

HISTORIA
DE
FRAY GERUNDIO
DE
CAMPAZAS



HISTORIA

DEL FAMOSO PREDICADOR

FRAY GERUNDIO DE CAMPAZAS.



17-51-992.

HISTORIA

DEL FAMOSO PREDICADOR

FRAY GERUNDIO DE CAMPAZAS

ALIAS ZOTES.

ESCRITA POR EL LICENCIADO

D. FRANCISCO LOBON DE SALAZAR,

Presbítero, Beneficiado de Preste en las villas de Aguilar y de Villagarcía de Campos,
Cura en la Parroquial de San Pedro de esta,
y Opositor á Cátedras en la Universidad de la ciudad de Valladolid,

QUIÉN LA DEDICA AL PÚBLICO.

Edicion adornada con preciosas láminas,
Y ENRIQUECIDA CON CURIOSAS NOTAS
POR UN PROFESOR DE TEOLOGÍA.

TOMO I.



BARCELONA.

EMPRESA EDITORIAL DE MORENO Y ROIG.

CALLE DE JOVELLANOS N.º 2.

1875.

Esta edición es propiedad de la Empresa Editorial de los señores Moreno y Roig.

Barcelona 1875. — Imp. de OBRADORS y SULÉ, Rambla de Sta Mónica 19





FRAY GERUNDIO DE CAMPAZAS.

LOS EDITORES.



Creemos complacer á un gran número de personas amantes de la bella literatura, dando al público la presente edición de la justamente celebrada obra *Historia del Famoso predicador Fr. Gerundio de Campazas*, que es tan buscada por los hombres entendidos, y de la cual no se encuentran ejemplares. Hemos adoptado el sistema de la publicación por tomos, por ser mucho más ventajoso para los señores suscritores, y cada tomo irá adornado con una preciosa lámina, representando los asuntos más culminantes que se tratan en el texto.

Al propio tiempo, y sin reparar en sacrificios, hemos encomendado á un profesor de Teología, muy reputado, el ilustrar con notas y explicaciones esta nueva edición, á la que, si merece el favor del público, seguirán otras de diversas obras antiguas, de mérito indisputable, y cuyas últimas ediciones se hallan completamente agotadas.



FOR EDITORS

The following information is intended to assist you in the preparation of manuscripts for publication. Please refer to the instructions for authors in the back matter of the journal for more detailed information.

Manuscripts should be typed on one side of the paper, double-spaced, with a margin of 10 mm. The title page should be typed on a separate sheet. The title should be typed in full, and the author's name and address should be typed on a separate sheet. The title page should be typed on a separate sheet. The title should be typed in full, and the author's name and address should be typed on a separate sheet.

The abstract should be typed on a separate sheet. It should be concise and to the point, and should not exceed 10% of the total length of the manuscript. The abstract should be typed on a separate sheet. It should be concise and to the point, and should not exceed 10% of the total length of the manuscript.

The introduction should be typed on a separate sheet. It should provide a brief overview of the topic and state the objectives of the study. The introduction should be typed on a separate sheet. It should provide a brief overview of the topic and state the objectives of the study.

The methods section should be typed on a separate sheet. It should describe the procedures used in the study in detail. The methods section should be typed on a separate sheet. It should describe the procedures used in the study in detail.

The results section should be typed on a separate sheet. It should present the findings of the study in a clear and concise manner. The results section should be typed on a separate sheet. It should present the findings of the study in a clear and concise manner.

The discussion section should be typed on a separate sheet. It should interpret the results of the study and discuss their implications. The discussion section should be typed on a separate sheet. It should interpret the results of the study and discuss their implications.

The conclusion should be typed on a separate sheet. It should summarize the main findings of the study and provide a final statement. The conclusion should be typed on a separate sheet. It should summarize the main findings of the study and provide a final statement.

The references should be typed on a separate sheet. They should be listed in alphabetical order and should include the author's name, the year of publication, and the title of the work. The references should be typed on a separate sheet. They should be listed in alphabetical order and should include the author's name, the year of publication, and the title of the work.

The appendices should be typed on separate sheets. They should contain any additional information that is relevant to the study. The appendices should be typed on separate sheets. They should contain any additional information that is relevant to the study.

The figures and tables should be typed on separate sheets. They should be clearly labeled and should be easy to read. The figures and tables should be typed on separate sheets. They should be clearly labeled and should be easy to read.

The acknowledgments should be typed on a separate sheet. They should thank any individuals or organizations that have provided assistance or support. The acknowledgments should be typed on a separate sheet. They should thank any individuals or organizations that have provided assistance or support.

The funding sources should be typed on a separate sheet. They should list any organizations or individuals that have provided financial support. The funding sources should be typed on a separate sheet. They should list any organizations or individuals that have provided financial support.

The author's biography should be typed on a separate sheet. It should provide a brief overview of the author's background and qualifications. The author's biography should be typed on a separate sheet. It should provide a brief overview of the author's background and qualifications.

The author's contact information should be typed on a separate sheet. It should include the author's name, address, and telephone number. The author's contact information should be typed on a separate sheet. It should include the author's name, address, and telephone number.

AL PÚBLICO.

Poderosísimo señor :

CON efecto, no le ha habido desde Adan acá más poderoso que V., ni le habrá hasta el fin de todos los siglos. ¿Quién trastornó toda la faz de la tierra, de modo que, á vuelta de pocas generaciones, apenas la conoceria la madre que le parió? ¿V. quién fundó las Monarquías y los Imperios? ¿V. quién los arruinó después, ó los trasladó á dónde le dió la gana? ¿V. quién introdujo en el mundo la distincion de clases y jerarquías? ¿V. quién las conserva dónde le parece, y las confunde dónde se le antoja? V., malo es que á V. se le ponga una cosa en la cabeza, que solamente el Todo-Poderoso la podrá embarazar.

Y si del poder de las manos hacemos tránsito al del juicio, del dictámen y de la razon; ¿dónde le hay ni le ha habido más despótico ni absoluto? Sabida cosa es, que después del derecho divino y del natural, el derecho de V., que es el delas gentes, es el más respetado y obedecido en todo el mundo: esto aun en caso de que el derecho de las gentes y el natural sean distintos; controversia en que no quiero embarazar-

me, porque para mí asunto importa un bledo. Lo cierto es, que una vez que V. mande, resuelva, decrete y determine alguna cosa, es preciso que todos le obedezcan; porque como V. es todos, y todos son V., es necesario que todos hagan aquello que todos quieren hacer. No se me señalará otro legislador más respetado.

Parecióle á V. ser conveniente, que se llamasen sabios, los que sabian ciertas materias, que fuesen tenidos por ignorantes, los que las ignoraban, aunque supiesen otras artes, quizá más útiles, ó á lo ménos tanto, para la vida humana. Pues salióse V. con ello. En todo el mundo, el teólogo, el canonista, el legista, el filósofo, el médico, el matemático, el crítico; en una palabra, el hombre de letras, es tenido por sabio; y el labrador, el carpintero, el albañil y el herrero, son reputados por ignorantes. A los primeros, se les habla con el sombrero en la mano y se les trata con respeto; á los segundos, se les oye ó se les manda con la gorra calada, y se les trata de *tú*; ¿esto por qué? Porque así lo ha querido el público.

En consecuencia de esto, y acercándome ya á lo que más me importa, V. solo (si por cierto), V. solo es el que dá ó el que quita el crédito á los escritos y á los escritores; V. solo, el que los eleva ó los abate, segun lo tiene por conveniente; V. solo, el que los introduce en el templo de la fama, ó los condena al calabozo de la ignominia; V. solo, el que los eterniza en la memoria, ó hace, apenas ven la luz, que entregados á las llamas se esparzan sus cenizas por el viento. Dígolo con osadía, pero con muchísima verdad; no tienen los escritores que buscar fuera de V.

sombra que los refrigere, árbol á dónde se arrimen, escudo que los defienda, proteccion que los asegure, ni patrono que los indemnice.

Permítame V. la flaqueza de que me cite á mí mismo. En el libro I, cap. 8, n.º 15 de esta mi historia, que lo es de lo pasado, de lo presente y de lo futuro, me burlo (y á mi parecer con razon) de los que dedican sus obras á personajes de la más soberana elevacion, pensando, y aún diciéndolo ellos mismos en las dedicatorias, que de esta manera los ponen á cubierto contra los tiros de la crítica, de la malignidad ó de la envidia; ¡pobres hombres! ¡aún no los han desengañado tantas experiencias! No ha habido en el mundo ni un solo personaje, que haya sacado la espada para defender al autor, que la busca por Mecénas; ni, lo que más es, aunque la sacara, pudiera defenderle. Demos que sea el más poderoso monarca del mundo. Podrá colmar de honras al benemérito autor. Podrá hacer que en sus dominios ni se escriba ni aún se hable contra él, y que se tribute en exterior respeto á sus obras; pero, ¿podrá embarazar, que la ignorancia, la mordacidad ó la crítica descontentadiza, no las muerda, y no las despedace á sus solas? ¿podrá estorbar, que fuera de sus estados no broten contra ellas tantos Zoylos como verdolagas?

Desengañémonos: solo V. tiene este gran poder, porque solo V., en este particular (hablo de tejas abajo) puede todo cuanto quiere. Quiera el público que nadie chiste contra una obra, y ninguno chistará. Quiera el público que todas la celebren interior y exteriormente, y todos la celebrarán. Quiera el público que se reimprima mil veces, y mil veces se reimpri-

mirá. Y este poder no es limitado á estos ó aquellos dominios; extiéndese por dónde se extienden los dilatados ámbitos del mundo. En cualquiera parte dónde hay hombres, hay público; porque el público son todos los hombres. Por lo ménos, el PÚBLICO, á quién yo dedico mi obra, este es: el PÚBLICO de España, de Francia, de Italia, de Alemania, el Tártaro, el Moscovita, el de la China y el de las Californias. Pues si yo tuviese la dicha de lograr, que todos los hombres la tomasen debajo de su proteccion; ¿á quién habia de temer? Hágome cargo de que esta fortuna es más para pretendida, que para esperada.

Pero, Señor, valga lo que valiere, yo á ella me acojo, de V. me amparo; en solo V. solicito el patrocinio. Bien puede ser que la obrilla no le merezca; pero no lo desmerece la intencion. Soy con el más profundo respeto,

PODEROSÍSIMO SEÑOR,

Vuestra mas mínima parte,

DON FRANCISCO LOBON DE SALAZAR.

APROBACION del muy R. P. M. Fr. ALONSO CANO, Calificador de la Suprema y General Inquisicion, Académico de la Real Academia de la Historia, Censor diputado por S. M. para la revision de Libros en estos Reinos, y Redentor General del Orden de la Santisima Trinidad de Calzados, Redencion de Cautivos, et.

LA Historia del famoso predicador Fray Gerundio de Campazas, que el Señor D. José Armendariz, Teniente de Vicario de esta Villa, se sirve someter á mi censura, es uno de aquellos felices pensamientos, que sugiere por último recurso el apuro ó el despecho en lances apretados, al ver frustrados los medios más directos y propios. Bien superficial tintura de erudicion bastaria para insinuar los lugares de Escritura, sentencias de padres, invectivas de doctores, y universal consentimiento de celosos y prudentes, que baten en brecha la sacrílega profanacion del ministerio de la palabra Divina, si un secreto latido de la sindéresis propia no nos excusase esta fatiga, y acusase nuestra obstinacion, basta indiciarla de estupidez. Sin embargo, léjos de contener el mal tan legítimos y saludables preservativos, insulta indiferentemente médicos y enfermos; y lo que ántes se recelaba síntoma de mortal letargo, hoy se celebra como decretorio de apacible sueño; pues ¿qué remedio? No aparece otro que el presente, ó recete Esculapio. Sea en buen hora extremo, que siendo extrema la enfermedad, eso mismo la autoriza de específico exquisito (1) y el buen éxito de Cervantes responde á la esperanza de igual suceso.

(1) *Extremis morbis, extrema exquisite remedia optima sunt. Hippocrat. Aphor. 6.*

No es de disimularse, que la extrema diferencia y respectiva importancia pide otro tino, doctrina y delicadeza en nuestro caso; y confio, que, en esta parte, hará el público imparcial la justicia que acostumbra en el discernimiento de tan necesarias calidades, y otras de erudicion, sal, amenidad, y sobre todo del nativo desembarazo y castiza propiedad, que agracian toda la obra. Tampoco se defenderá, al observar algo cargada la dosis de sales cáusticas y corrosivas, de que no se curan con agua rosada las gangrenas.

Con todo eso, sin aventurar mucho el pronóstico, es de recelar algun clamoroso resentimiento de aquella especie de enfermos, que, ó bien hallados con su mal, ó frenéticos en fuerza de él, como los describe con gracia San Agustin (1), revuelven furiosos contra el médico que los cura, la saña y aborrecimiento, que debieran emplear contra el vicio de su llaga. Pero si las sabias y cristianas precauciones del Prólogo no los desarman, yo aconsejaria al autor, que no se tomase más pena, que remitirse al exorcismo del toro, que en él se cita (2).

No me atreveré á prometerle tan decisivo y perentorio desembarazo de algunas otras querellas literarias, en que por via de digresion, amenidad ó incidencia, se divierte á escaramucear, regulando por su valor y ardimiento, más que por la urgencia, las excursiones de su pluma; bien que sea de esperar de

(1) Curavit omnes languores eorum, non tacuit vitia eorum: his omnibus curationibus ejus ingrati, tanquam multa febre phreneticí, insanientes in Medicum qui venerat curare eos, excogitaverunt consilium perdendi eum. *D. Aug. in Psalm. 63. v. 2.*

(2) *Prol. núm. 34.*

ja magistral destreza y pulso crítico con que la maneja, que sabrá guardar su ropa; y, en todo caso, que no se presente á la palestra, desprevenido de alguna secreta malla, que sirva de cuerpo de reserva al de su obra, proporcionando su defensa y el resto de la armadura al temple del *Morrion* con que cubre su cabeza. Por último, para decir en una palabra mi sentir, le circunscribo al apoftegma, á que redujo el suyo el insigne Doctor Martínez sobre D.^a Oliva; es á saber: *Que este libro solo falta, como otros muchos sobran* (1). Así lo siento en este de la Santísima Trinidad de Madrid y Octubre 26 de 1757.

FRAY ALONSO CANO.

(1) *Doctor Martínez*, Elogio á la Obra de D.^a Oliva, al principio de ella.

LICENCIA del Ordinario.

Nos, el Licenciado Don José Armendariz y Arbeloa, Abogado de los Reales Consejos, y Teniente Vicario de esta Villa de Madrid y su partido, etc. Por la presente, y por lo que á Nos toca, damos licencia para que se pueda imprimir é imprima el Libro intitulado: *Historia del Famoso Predicador Fray Gerundio de Campazas*, mediante que de nuestra orden ha sido reconocido, y no contiene cosa que se oponga á nuestra Santa Fé Católica y buenas costumbres. Dada en Madrid, á 26 de Octubre de 1757.

Lic. ARMENDARIZ.

Por su mandado, JOSÉ DAGANZO.

EL REY.

Por cuanto, por parte de Don Francisco Lobon de Salazar, Presbítero, Beneficiado de Preste en las Villas de Aguilar, y Villagarcia de Campos, Cura en la Parroquial de S. Pedro de dicha Villa, y Opositor á Cátedras en la Universidad de Valladolid, se representó á él mi Consejo, tenia compuesta, y deseaba imprimir una obra, cuyo título era, *Historia del Famoso Predicador Fray Gerundio de Campazas*, 3^o tom., y para poderlo ejecutar, sin incurrir en pena alguna, suplicó se sirviese concederle su licencia y privilegio por tiempo de diez años para su impresion, así para este tomo, como para los demás que se vayan presentando, remitiéndolo á la censura de la persona que conviniese. Y visto por los de mi Consejo (y como por su mandado se hicieron las diligencias, que por la Pragmática últimamente promulgada sobre la impresion de libros, se dispone), se acordó expedir esta mi Cédula: por la cual concedo licencia y facultad á el expresado Don Francisco Lobon de Salazar, para que, sin incurrir en pena alguna, por tiempo de diez años primeros siguientes, que han de correr, y contarse desde el dia de la fecha de ella, el susodicho, ú la persona que su poder tuviere, y no otra alguna, pueda imprimir y vender la referida obra, intitulada: *Historia del Famoso Predicador Fray Gerundio de Campazas*, así el 3^{er} tomo, como los demás que sean necesarios, con que se haga en papel fino, y por el ejemplar original, que en mi Consejo se vió, que vá rubricado, y firmado al fin, de Don José Antonio de Yarsa, mi Secretario, Escribano de Cámara más antiguo y de gobierno de él; con que ántes que se venda se traiga ante ellos, juntamente con dicho ejemplar original, para que

se vea si la impresion está conforme á él, trayendo asimismo fé en pública forma, como por corrector por mi nombrado se vió y corrigió dicha impresion por el ejemplar original, para que se tase el precio á qué se ha de vender: Y mando al impresor que imprimiere dicha obra, no imprima el principio, y primer pliego, ni entregue más que uno solo con el original al dicho D. Francisco Lobon, Presbítero, á cuya costa se imprime, para efecto de dicha correccion, hasta que primero esté corregida, y tasada por los de mi Consejo; y estando así, y no de otra manera, pueda imprimir el primer pliego, en el cuál seguidamente se ponga esta licencia y la aprobacion, tasa y erratas, pena de caer, é incurrir en las contenidas en las Pragmáticas y Leyes de estos mis Reinos, que sobre ello tratan y disponen: Y mando que ninguna persona, sin licencia del expresado Don Francisco Lobon de Salazar, no pueda imprimir, ni vender la citada obra, pena del que la imprenta pierda todos y cualesquiera libros, moldes y pertrechos, que de dicha obra tuviere, y más incurra en la multa de 500 mrs., y sea la tercia parte para la Cámara, otra para el Juez que lo sentenciare, y la otra para el denunciador; y cumplidos los dichos diez años, el referido Don Francisco Lobon, ni otra persona en su nombre, quiera no use de esta mi Cédula, ni prosiga en la impresion de la citada obra, sin tener para ello nueva licencia mia, so las penas en que incurren los Consejos, y personas que lo hacen sin tenerla: Y mando á los de mi Consejo, Presidentes y Oidores de las mis Audiencias, Alcaldes, Alguaciles de mi Casa y Corte y Chancillerías, y á todos los Corregidores, Asistentes, Gobernadores, Alcaldes-Mayores y Ordinarios, otros Jueces y Justicias, Ministros y personas de todas las Ciudades, Villas y Lugares de estos mis Reinos y Señoríos, y á cada uno en su distrito, y jurisdiccion, vean, guarden, ejecuten y cumplan esta mi Cédula, y todo lo en ella contenido; y contra su tenor y forma no vayan, ni

pasen, ni consientan ir, ni pasar en manera alguna, pena de la mi merced, y de cada 500 mrs. para mi Cámara. Dada en Buen Retiro, á ocho de Setiembre de mil setecientos y cincuenta y siete. YO EL REY. YO D. AGUSTIN MONTIANO LUYANDO, *Secretario del Rey nuestro Señor, le hice escribir por su mandado.*

CARTA del Señor Don Agustín de Montiano y Luyando, del Consejo de S. M. y su Secretario de la Cámara de Gracia y Justicia y Estado de Castilla, Director perpetuo de la Real Academia de la Historia, del Número de la Española y de la de Buenas Letras de Sevilla, Consiliario en la de Bellas Artes de esta Corte, Honorario de la de Barcelona, y entre los Arcades de Roma Leghinto Dulichio.

Muy Señor mio y mi amigo. Muchos dias ha que deseaba se emplease alguna diestra pluma en el asunto de su obra de V., y que saliese al público, segun se necesita, tratada magistralmente, y por un término que no hallase repugnancia en llegar á las manos de todos ni en ser buscada y leida de la curiosidad ó del gusto: medio el más conducente á que se haga comun el desengaño, y á que no se aventure el aprovechamiento. Si V. se hubiese ceñido á la severidad de las reglas que se indican, y á la acrimonia de las reprehensiones que merecen los que sin consideracion las atropellan, pararia en ocupar, olvidada, los estantes y sótanos de las tiendas de los librerros, ó en envolver drogas en las especierías, como sucede con tantas acreedoras á mejor destino; pero no padecerá V. este chasco, porque su mañosa advertencia

ha sabido quitar, con la dulzura del chiste, el desabrimiento de la enseñanza, y unirlos con tan natural y atractivo enlace, que aun aquellos á quiénes hiera la burla, ó fastidie la seriedad, se han de dejar vencer y conducir á cebarse en su leccion, por deliciosa y por útil; y, lo que es más fijo, para corregir su descaminada inteligencia, y no declararse objeto determinado de la chanza, ó verbi-gracia de los rebeldes á la solidez de la doctrina.

Verdaderamente que es doloroso el desenfreno con que corren al último deshonor los profanadores de la divina Palabra, adulterando con sus impertinentes discursos la cátedra del Espíritu Santo. Llórase ya perdida la sagrada elocuencia, que ejercitaron y ennoblecieron algunos de nuestros mayores, principalmente el singular Fray Luis de Granada, convencido por las piadosas y sabias amonestaciones de aquel apóstol de Andalucía, el maestro Juan de Avila: y no hay resignacion (trayendo á la memoria la notoriedad instructiva de este hecho) para que triunfe el orgullo de los ignorantes en los mismos púlpitos, declamando contra los que se afanan en atraer con la razon y con ejemplo, á que se renueve la verdadera oratoria, y se coteje lo que dista de la que hoy, por nuestra desgracia, es embeleso de los que se introducen sin suficiente proporcion á ejercicio tan espinoso y difícil; y por lo general de los que buscan, no sé si diga su interés y su aplauso, más que la precisa conversion de las almas.

Estos mismos ciegos, enemigos en algun modo de las suyas y de las ajenas, que no se aquietan en sus remordimientos interiores con tan pobre despique,

aplican porfiados como improprio, el respetable nombre de críticos á los que se apartan de las frases hinchadas, de las voces campanudas, de los conceptos falsos, de los lugares comunes de la Mitología, y de las ideas extravagantes, y á los que censuran juiciosos el inútil perjudicial desconcierto de práctica tan desnuda de aprobados ejemplares que la autorizan. Contra aquellos pues, y contra cuantos los apoyan y defienden, no hay injuria ni maquinacion que no esgriman para intimidarlos y contenerlos, y como no lo consiguen (porque no ha permitido Dios que sea absoluta la relajacion ni la carestía de los obreros), sino con los sórdidamente contemplativos del vulgo, y con otros que no debieran entrar en esta clase, apelan á la superchería de esparcir, que semejantes delicadezas y escrupulosidades (como ellos las llaman), son efecto de la introduccion y estudio de los libros extranjeros, origen de los extravíos de la Religion, y causa de que se abandonen nuestras puras costumbres; raro desvanecimiento, y no sé si añada, absurdo temerario, querer persuadir que no hay máximas cristianas, instrucciones morales, ni documentos de probidad y virtud más allá de la lengua castellana! Buenos quedarian los Kempis, los Séñeris, los Burdalues, porque escribieren en latin, en italiano y en francés.

Bien insinúa V. que de los errores de la crianza proceden cuantos perjuicios sufren hoy en España las letras. Las primeras se enseñan por unos hombres, que escasamente saben la materialidad de formarlas, y que no saludaron jamás la pronunciacion ni la ortografía: requisitos necesarios, y aún forzosos,

para satisfacer á las obligaciones de su encargo. La gramática se estudia como lo acreditan los efectos: apénas se conoce uno, que use con soltura en los teatros la jerga facultativa, y en la conversacion la mediana latinidad; y mucho más difícilmente quien imite los autores del siglo de Augusto. No lo finjo ni lo pondero; lo uno lo ví muchas veces cuando en mi mocedad arrastraba tambien las bayetas, y aún permanece, segun se dice, tratar la materia del argumento en castellano, luego que se apura la vocería de los ergos, y lo otro lo califican las arengas, las dedicatorias y las obras mismas, como V. lo advierte ya en la suya. Algo contribuye al embarazo que se nota, sino lo pienso mal, que estén las reglas en el propio idioma que se vá á adquirir, porque no las comprenden bien los muchachos, no vuelven nunca á ellas en pasando á estudios mayores, y los más, contentos con el cartapacio, no adquieren en buenos libros lo que les falta. Fueron muy respetables los que así lo establecieron; pero ya somos singulares en la Europa en esta observancia, y hasta en las lenguas vivas, que son más fáciles, ninguno imaginó hacer más grande la dificultad de poseerlas. En las universidades no se mejoran hácia el adelantamiento estos trabajosos principios, segun el método con que se cursan, y lo que en ellas se aprende; es negocio grave para tocarle deprisa, y fuera de sazón extenderme en él.

Otras no ménos considerables especies, que coinciden con estas, introduce V. en su obra, si yo no me engaño, con un pulso, discrecion y acierto, que no dejan duda en que nadie será capaz de competir,

y aún ni de imitar el noble estado en que V. las ha puesto. Ojalá aproveche lo saludable del aviso, á medida de lo que conviene, que le entendian los interesados en el remedio, y que muden de sistema los que apetecieron seguir el único rumbo que lleva al acierto. V. ha empleado por su parte todo lo que cabe en la intencion más justa, en el conocimiento más perfecto, en el juicio más exacto, y en la erudicion más escogida. Si los tercamente ilusos con la preocupacion que los domina, insistieren en su extraña manía á despecho de la verdad, que se les muestra, solo la mano de Dios vigorosa y eficaz en sus impulsos, será la que pueda sacarles el entendimiento de las tinieblas que le ofuscan, y guiarles la voluntad al seguro camino, que abrieron los Apóstoles, frecuentaron los Santos Padres, y pisan en el dia los prudentes, religiosos y bien instruidos. No predicán, no á la francesa (como yo oí á uno de los más afamados de la Corte), *poniendo el Evangelio á un lado, el asunto á otro, y echando por enmedio*: predicán, sí, sin detenerse en las frívolas circunstancias de la fiesta, sin violentar el genuino sentido de los textos, sin discurrir con desentonada fantasía, sin buscar adornos aparentes, y galanuras insubstanciales, sin entrete-ner al auditorio con frases afectadas, cuentecillos de plazuela y mentidero, equívocos bajos y disonantes, y sutilezas mal digeridas y peor aplicadas; predicán, repito, segun lo pide la disciplina eclesiástica, lo mandan los cánones, y lo amonestan los Sumos Pontífices, y se ejecuta hoy en casi todo el orbe Católico: la profesion Evangélica es una sola: la retórica Sa-grada la misma en cualquier país: á la torpeza del

abuso, y al baldon que acompaña al desorden, no comprende la propia prerogativa, porque ninguno se prostituye á confesarles patria, ni á concederles domicilio; ¡ay de nosotros, si los adopta España por hijos, pertinaz en su deslumbramiento!

No obstante lo delicado y vidrioso de los puntos, que V. abraza, y los ensanches que permite la ironía y graciosidad con que V. los maneja, se ha ceñido con tal miramiento y templanza á los límites, á que precisan las altas calidades de las mismas especies, que no hará V. quejosos con fundado motivo, ni aún con sombra de él, sino tuercen con violencia sus patentes y sanos fines, y la justificada pureza de sus caritativos anhelos: ó sino abultan por empeño comun las creidas ofensas, que, cuando más, pertenecen á los desbarros particulares, y su vindicacion al que entre, delatándose de haberlos cometido, y por consecuencia, que no debe reputarlas por agravio. No dificulto, que habrá muchos que se resientan de ver impugnados y confundidos sus errores; pero miéntras no produzcan nerviosas pruebas de que no lo son (triufo, que se ha de suponer inaccesible) y no se trastornan los cimientos de la Biblia, de la Iglesia, y aún los de la razon natural, ¿quién será tan negado, que los sostenga ni de oídos á la futilidad de sus recursos? ¿no se ha de rasgar alguna vez este túpido velo, con que se disfrazan los cuerpos á favor de sus individuos? Yo, á lo ménos, concibo, que debiera detestarse y no defenderse al que delinque: el miembro que se pudre, mejor es que se corte, que conservarle para infeccion de los demás; y así no alcanzo, que haya fundamento legal ni político, para

que se dejen correr impunemente los desaciertos notorios y calificados de tales, y se impida ó solicite, que no suene ni se esparzan el desaire y castigo de los que los cometen. Siendo tan importante su publicación á las costumbres, á la cristianidad y al crédito de todos, aseguro á V. ingénuo y desapasionadamente, que aún ántes de haber examinado su Prólogo, que desarma estas maliciosas oposiciones, no encontré en la obra artículo mal sonante, expresion informativa, concepto sin arrimo, ni consejo sin autoridad: no es dictámen el mio, que prestará opinion á V., ni le pondrá en salvo de la terrible cavilacion de la multitud; pero cumplo con V., conmigo mismo, y especialmente con Dios, en decir lo que siento.

Quisiera, no obstante, preguntar á los que sin discernimiento se avanderizan por la predicacion, que en lo general se gasta en las suntuosas funciones de los templos, á que entre algunos bien intencionados acuden tumultuariamente muchos de los más ociosos y peor dispuestos, ¿qué ventajas experimentan los fieles con la hojarasca insubstancial de los panegíricos, llenos de imaginaciones monstruosas, decadencias pueriles, de juguetes ridículos, y de palabras bárbaras y ruidosas? ¿se ha visto convertirse alguno por ellos? ¿qué lágrimas devotas se han derramado con la narracion de los dignos hechos del Santo que se celebra, vestida con pomposa verbosidad (cuando no horroriza el pensarlo), con métricas exornaciones? ¿Hay por ventura relevacion de que crezca ó se afiance la gloria accidental de los justos, por mediostan distantes de los que practicaron y eligieron por mejores en vida para llegar á aquel grado? No responderán de

forma, que debiliten el vigor de estas ni de otras reflexiones, que pudiera acumular con la corta fatiga de recorrer índices y salpicar de citas las márgenes. Y siendo esto así, y que no cabe dejen de comprender tan clara reconvencion, no sé como se obstinan en invertir el fin de su sagrado ministerio, faltos aún de aparente descargo que los abone: vergüenza es, que se sujete á cuestion su culpa, y casi lo es no ménos que se tolere.

Lo más reparable de la serenidad de su ánimo consiste, en que viéndose en aprietos de esta naturaleza, cuando los causa un lego como yo, salen á la orilla con el gracioso miserable efugio, de que no es para teólogos de corbata, ni para hombres que no son de carrera, el juzgar de los buenos ó malos oradores; como si el arte de la elocuencia, la mocion de los afectos, la pureza del idioma, la compostura del estilo, el uso de la elegancia, la sublimidad geométrica de los pensamientos, el órden en la division y subdivision de los puntos, y lo fundamental y claro de las pruebas, fuesen vínculo privativo del foro, de los claústros, y de las escuelas. El buen gusto, la aplicacion y el conocimiento de los autores sensatos en las divinas y humanas, letras es un país libre para el ingénio; y no hay en la Escritura ni en los cánones sentencia ni decision, que prohiba, ni coarte su estudio. Pero quede enhorabuena sin determinar la disputa; y para que se desengañen del mal pleito que defienden, oigan al venerable Gaspar Sanchez, segun lo traslada en su vida el padre Eusebio Nieremberg, al tomo segundo de *los varones ilustres de la compañía* de Jesús: *No ha tenido la Iglesia de*

Dios, exclamaba aquel insigne jesuita, *mayor persecucion, que la que hoy tiene en esta forma de predicar, que hoy se observa en ella.* ¿Huirán ahora de confesar su delito con zaherir las circunstancias y reputacion de un varon tan grande en virtud y en letras? No me parece que se atreverán á tanto: fuera demasía imperdonable de su ceguedad; mas dicen, pues, sus pocas palabras, que muy difusas expresiones; unas y otras son tiros, que van á fin blanco: si le aciertan, ¿por qué lo diferente del pulso ha de quitar su merecimiento al golpe?

¿Con cuanta ménos resistencia, por más que se esfuerzen á justificarla, se verán obligados á diferir á las convincentes demostraciones de su obra de V? Léase sin preocupacion ni reparos caprichosos, y solamente con imparciales ansias de descubrir la verdad, y habrán de retribuirla entónces alabanzas en vez de enconos, y gracias en lugar de vituperios: hallarán que es docta, escrita con madurez y gracejo; y por último encomio suyo, las más acepta á los ojos de Dios, entre cuantas se pueden trabajar en el dia, proporcionadas al remedio, que piden los daños inmensos que se experimentan. Me desnudo de la inclinacion que á V. profeso, y de lo que estimo y venero sus tareas literarias; y no me pararé en afirmarle con la libre sinceridad de que hago profesion, que no encuentro en que pudiera V. haberlas empleado mejor, que en confundir y avergonzar á los malos predicadores, ilustrándolos para que conozcan y detesten sus yerros, y se dediquen, sin distracciones escandalosas, al fervoroso cultivo de la viña del Señor, fiado á su fatiga y desvelo. Cuenten

sobre la paga del Padre de Familias, que es infalible, no sobre lo engañoso del mundo; y no extrañen, que se mezcle tal vez alguna dureza en la correccion; porque un siglo y más de abandono, si bien se examina, no se muda con amonestaciones lijeras y suaves.

Juzgo que toca ya esta carta en la pesadez de prolija, y es indiscrecion que se dilate y moleste á V., sobrando cuanto yo añado á lo que tan celosa y diestramente está esparcido en su obra. Con lo expuesto se califica, que soy del mismo sentir de V., hasta dónde son capaces de difundirse mis cortas luces, valgan lo que valieren; más alcanzará mi fino afecto, si gustare V. servirse de él, porque en todo será la más pronta y resignada mi obediencia: y en el interin que consigo esta satisfaccion, me ocuparé en rogar á Dios que guarde á V. los muchos años que deseo. Madrid 20 de Noviembre de 1757.

B. L. M. de V. su más apasionado fiel servidor y amigo,

D. AGUSTIN DE MONTIANO Y LUYANDO.

CARTA del Señor Don José de Rada y Aguirre, capellan de Honor de Su Majestad, su Predicador del Número, Cura del Real Palacio, y Académico del Número de la Real Academia Española.

Muy Señor mio y mi amigo: la desgracia de nuestros tiempos, por el abuso que se ha hecho de la predicacion Evangélica, pedia de justicia una correccion acre y vehemente, con la que se procurase cortar de una vez contagio tan perjudicial, y tan opuesto

á la Religion; pero ¿de qué serviría este remedio? Acaso agravaría más el mal, obstinándose en su tema y en su ignorancia los que, depuesto el temor á Dios, y faltos de celo por la salvacion de las almas, se atreven á profanar el ministerio más sagrado de la Iglesia de Jesucristo. Prueba de esto, es lo poco que han aprovechado contra los malos predicadores las declamaciones de los Santos Padres, los encargos repetidos de los concilios, las exhortaciones de los Sumos Pontífices, las cartas pastorales y edictos de los Prelados eclesiásticos, los consejos de los intérpretes de la Sagrada Escritura, aún de aquellos que manejan con más frecuencia los gritos de los misioneros apostólicos; y, lo que es más, los clamores continuos de la conciencia, que sin cesar los estará diciendo: *No vais bien, no predicais como Dios manda, no predicaron así los Santos, que dirigian sus sermones á la gloria de Dios, reforma de costumbres, conversion de las almas; y no á ganar aplauso y estimacion entre el vulgo, mucho ménos á valerse de la predicacion, para conseguir fines é intereses temporales.*

Así, reflexionando V. que los medios más sérios y más severos serian de ninguna utilidad para la reforma, que intentaba con sabio acuerdo y con invencion prodigiosa, ha fingido un héroe imaginario pulpitable (permítaseme esta voz por ahora), cuyas graciosas extravagancias en los diferentes perversos métodos de predicar que imita, ponen á la vista como en un espejo los defectos de los malos predicadores, para que el rubor de verse ridiculizados en cabeza ajena, los haga más prudentes, más contenidos y más sa-

bios. Porque, á mi parecer, ¿qué predicador, ya sea secular, ya regular, no predicará con cuidado y circunspeccion, temiendo que le apoden con decir; ¡qué bien ha predicado Don Gerundio ó Fray Gerundio! Si esta expresion, como sucederá, pasare á ser proverbial; ¿qué cosa más sensible para un orador lleno de vanidad, que solo piensa en predicarse á sí mismo? Por este motivo juzgo, que la obra de V. es capaz de corregir en gran parte el mal método, con que por lo comun se predica en este siglo.

Dije con cuidado *por lo comun*, porque no estamos tan escasos de predicadores celosos, que no haya muchos, así en las sagradas religiones, como en el clero secular, que prediquen al modo de un Ávila, de un Granada, de un Señeri, de un Burdalue. A algunos he oido dentro y fuera de la Corte; ¡ojalá acertara yo á imitarlos! Pero comparados estos grandes oradores con la multitud casi inmensa de los que predicán, son poquísimos. Y como siempre prevalece la multitud, no pueden en su buen modo de predicar hacer prosélitos. Sin embargo, no admite duda, que cuando más ha padecido la palabra de Dios y la elocuencia cristiana, ha sido en este siglo. En otros tiempos estaban reputados los españoles por maestros de la oratoria Evangélica, y aún los italianos, que siempre se han señalado en grandes oradores, por lo que se dijo, *Italus orador*, no sé si llegaban en ciertas circunstancias á los nuestros; á lo ménos los libros de sermones españoles no se les caian de las manos, y aún predicando en italiano procuraban imitarlos. No negaré, que el apoyo que tengo para lo que acabo de decir es español; pero todos

hacen la justicia de conceder crítica, juicio é imparcialidad, á Don Nicolás Antonio, que en el prólogo de su *Biblioteca Hispana* se explica en estos términos (1), que corresponden con la fidelidad posible á su original.

« En punto de sermones, tenemos contienda con los
 »italianos. Estos se aventajan en el artificio, gastan
 »mucho retórica, y pretenden imitar á los antiguos
 »oradores en las palabras, en el gesto, y en la planta
 »y movimiento de el cuerpo. La elocuencia de los
 »nuestros es más ceñida sin ser afectada. Los nues-
 »tros no usan de estilo trabajado con particular estu-
 »dio, ni de voces artificiosamente contrapuestas, sino
 »de una facundia natural y como nacida de repente.
 »Toda la agudeza, toda la erudicion que es menes-
 »ter, la aplican ingeniosa y prudentemente á persua-
 »dir y confirmar sus asuntos y argumentos con auto-
 »ridades de Sagrada Escritura y doctores de la Iglesia.
 »Mediante esta notable habilidad para inventar con
 »ingénio, discurrir con sutileza y aplicar con acierto
 »sus discursos á las cosas de que tratan, han logrado
 »tan general aceptación, que aún los sermones escritos
 »en nuestro idioma son comunmente muy estimados

(1) *De sacris actiōibus cum Italis nobis controversia est. Hi artificio prævalent, rhētoricantur; verbis, gestuque, ac totā corporis conformatione et motu, veterum Orationum imitatores videri volunt; nostrorum strictior, nec affectata est eloquentia, non coagmentata domi oratione, aut verbi utuntur artificiosè respondentibus; sed naturati, et quasi extemporalis facundia, quidquid iudicij, quidquid acuminis, quidquid eruditionis eliciendum est, rebus ipsis, et argumentis persuadendis, confirmandis, ex Sacræ Paginæ, ac Doctorum testimoniis ingeniosè, ac prudenter impendunt, eaque solerter inveniendi, excogitandi acutè, atquè apud rem præsentem cogitativè utendi, nota sic vulgo placere, ut etiam vernaculi Sermonis conciones communiter apud Italos in vulgus gerantur, et propriæ horum linguæ interpretatione donentur; nec paucos vidimus ex probatissimis, qui sic formam hanc nostram suam fecerunt, ut Italico Sermone loquentes mors concionarentur prorsus Hispano.*

»de los italianos, y se traducen en el suyo. Y en esta
»Nacion hemos visto no pocos sugetos del mayor cré-
»dito, que se han hecho tan familiar y tan propio
»nuestro modo de predicar, que hablando en italia-
»no, predicán enteramente á la española.» Hasta aquí
Don Nicolas Antonio.

Pero ya se acabaron estos bellos tiempos, y en lugar de aquellos insignes predicadores, han sucedido no pocos, que sin estudio de la Sagrada Eseritura sin la lectura de los Santos Padres y de los grandes, expositores, ignorando aún los rudimentos de la sólida y verdadera elocuencia, asaltan los púlpitos, admiten sermones, predicán á todas horas, y por los aplausos repetidos que logran de los ignorantes, aspiran á ser venerados como oráculos. Así los jóvenes enemigos de la aplicacion y del trabajo, sacuden en el yugo de los estudios más sérios, y viendo que con tener osadía, leer cuatro sermonarios, algunos libros mitológicos, y cuando más sabiendo manejar las concordancias de la Biblia, se consigue el renombre de predicador famoso, y alguna utilidad, aunque por via de limosna, aneja á este ministerio, se arrojan á él con precipitacion, se introducen en él sin ser llamados, contra la expresa palabra del Señor (1): pues aunque los Prelados lo permiten, suele ser en fuerza de empeños, de importunidad y de no estar bien informados.

«Y no será razon, que un desórden que todos confesamos y lloramos se reprenda? ¿no se deberá procurar su reforma por cuantos medios sean imagina-

(1) *En repetidos lugares del Nuevo, y Viejo Testamento.*

bles? ¿y le puede haber más discreto, más agradable, más suave, que el que se propone en la graciosísima ficción de Fray Gerundio? No negaré que para semejante empresa hay pocas plumas bien cortadas; pero la de V. es pluma maestra en este género de escritos. Los mismos, impugnados, no han de poder contener la risa al verse con tanta gracia zaheridos; y me persuado, á que los quejosos se tragarán sus quejas y sentimientos, por el miedo de no verse más corridos y avergonzados. Mas cuando no suceda así; ¿qué importarán los gritos de algunos infatuados, contra todo el torrente de los hombres de juicio, que están por V. y que desean que cuanto ántes se deje ver al público el famoso *Fray Gerundio*? Puedo decir con toda verdad, que habiendo hablado en diferentes ocasiones con religiosos doctos y ejemplares, con eclesiásticos sabios y virtuosos, á todos les he oído lamentarse del infeliz estado de la predicacion, pareciéndoles que seria muy oportuna una obra como la de V. para reprimir el mal gusto de predicar, que se halla ya tan arraigado.

No obstante, puede ser que algunos nimiamente escrupulosos, parándose solo en la corteza de la letra, discurran, que asunto tan sério no se debe tratar con chanzas; pero ¿quién ignora, que los antiguos inventaron el arte de la sátira para castigar con risa las costumbres? ¿quién quita, que riendo se digan las mayores verdades? Fuera de que, cuando los demás remedios se han inutilizado y el enfermo está deplorable; ¿hemos de despreciar uno, con el que prudentemente se puede esperar que recupere la salud?

Este escrúpulo no detuvo á un celeberrimo obispo

predicador de los más elocuentes que ha tenido la Francia (1), para componer un sermón de Magdalena, que es una finísima sátira contra el mal método de predicar, que aun reinaba en aquel país. Y fué tan aplaudida aquella invención por todos los hombres sensatos, que produjo el fruto que deseaba su autor. El Abad Villiers escribió una sátira en cuatro cantos contra los malos predicadores, muy conveniente para la reforma del púlpito, que al fin se ha conseguido por la mayor parte en la Francia.

Pero no dejemos de disipar enteramente el escrúpulo, que acaso será el mayor tropiezo de la obra. No se ha de usar del chiste, de la sal y del gracejo, para contener á los malos predicadores; y se ha de permitir de muchos (no les demos el nombre que merecen) hagan el papel ridículo de decir chistes, equívocos y refranes, para mover á risa al auditorio, al que he visto yo algunas veces en una carcajada continua, aún estando patente el Sacramento Augusto? Aquel medio ingenioso ha de dar en rostro, aún para conseguir un fin santo; ¡y se ha de tolerar tan sacrílega profanación! Háganse las justas reflexiones que pide un punto de tanta importancia, y se dejará de argüir con reparos pueriles y con escrúpulos impertinentes.

Mas no paran aquí los desórdenes; un *parace*, un *iba á decir*, si la fé no me deluviera, *salva fide*, son el escudo con que se cubren estos predicadores para proferir algunas herejías. Y tal vez las pronuncian absoluta y rotundamente, sin que les pueda servir de

(1) El obispo de Nismes, Mons. Flechier.

excusa el darlas después algun sentido católico; pues no subsanan con esto el escándalo, con que desde luego ofendieron los oídos piadosos de los fieles; ni tampoco la ignorancia excusa á los que tienen tan cortas luces como Fray Gerundio; porque ignorancia no cabe en un maestro público de la Religion, que ha de enseñar la verdad desde la cátedra del Evangelio. Bien pudiera, para que no se crea hay exageracion en lo que digo, citar algunas proposiciones terminantes; pero he oído, que un sábio muy laborioso ha recogido innumerables de diferentes sermones impresos, para demostrar quanto padece la pureza de la fé y de la doctrina con tan malos ejemplares.

Y ¿qué diré á V. del torpe abuso de las fábulas en los sermones? ¿quién podrá sufrir la indecente aplicacion de las fábulas á los misterios más sagrados de la Religion, á los sucesos más venerables de Cristo y de María, como lo oímos en muchos sermones, y lo leemos impreso en no pocos sermonarios? ¿quién tolerará, que se predique y se imprima, que *el Divino Adonis Cristo se enamoró de la Peregrina Psiquis de María?* ¿y lo que llena de horror y eriza los cabellos, el cotejó de la impura Vénus con la purísima Virgen? Tales despropósitos é indignidades, ó por mejor decir sacrilegios, se predicán, se sufren, se toleran; ¿y se ha de reparar, en que se ridiculicen en la persona del fingido Fray Gerundio? No ignoro que algunos pretenden defender la introduccion de las fábulas en los sermones, por contener verdades y consejos morales; pero no es razon darlos á beber á los fieles por canales tan sucios. Acudan los predicadores á los autores canónicos, á los libros de los San-

tos, que en ellos encontrarán el moral más puro, tratado con magestad, hermosura, discrecion y elegancia, sin que sea preciso recurrir á los padres de la ficcion y de la mentira.

Del apego á las fábulas nacen las citas de los autores profanos; ¿qué es oír citar á un Virgilio y á un Ovidio, al lado de un San Juan Evangelista y de un San Pablo? Y yo me acuerdo haber oído citar al mismo Ovidio, de *Arte amandi*, en un sermón de mandato. Así se trata, así se profana un ministerio tan sagrado. No negaré, que tal vez convenga citar algún dicho de los poetas; pero ha de ser con gran templanza, y con la discrecion que en una ú otra ocasion lo practicó San Pablo. Mas, por afectar erudicion, hablar á cada paso con los gentiles, es una relajacion, que no se debiera permitir. Por lo cual tambien fué muy reprehensible cierto orador, por otra parte hábil y erudito, que, para dar á entender que estaba impuesto en libros extranjeros, no citó en un sermón moral á otro autor, que al canciller Bacon de Berulamio. A semejantes extravagancias se abandona, quien, entre el rudo vulgo, pretende granjear el vano aplauso de literato.

A estos vicios se juntan otros muy considerables, principalmente en los panegíricos de los Santos; ¿qué es ver á muchos predicadores como se constituyen jueces de la santidad de los Espíritus bienaventurados? Hacen cotejos, comparaciones, entablan cuestiones de mayoría y preferencia, las que siempre resuelven á favor del Santo de quién predicán; de modo, que el Santo, objeto de la fiesta, es el mayor del Cielo, á lo ménos por aquel día. Así usurpan el

derecho á Dios, á quién solo pertenece *pesar los espiritus en la balanza de su equidad* (1).

El Angélico Doctor Thomás (2) afirma, que es temeridad comparar otro Santo con los Apóstoles; pero de estas temeridades se oyen muchas, y aún las suben tan de punto, que comparan á los Santos con Jesucristo y la Trinidad Beatífica. Paradojas impías, que, por más que se expliquen, siempre escandalizan. Yo quisiera que los predicadores, á quiénes supongo que tendrán muy á la mano el admirable libro de la *Imitacion de Jesucristo* (3), reflexionasen lo que escribe un venerable autor, que á buen seguro ellos procurarían evitar las comparaciones. Citaré algunas palabras suyas, segun la traduccion del padre Nieremberg. «Tampoco te pongas á inquirir ó disputar de los merecimientos de los Santos, cual sea más Santo ó mayor en el reino del Cielo. Estas cosas muchas veces causan contiendas y disensiones sin provecho; crián tambien contienda y vanagloria, de dónde nacen envidias y discordias, cuando quiere uno preferir imprudentemente á un Santo otro, y otro quiere aventajarlo. Querer saber é inquirir tales cosas, ningun fruto trae, ántes desagrada mucho á los Santos; porque yo no soy Dios de discordia, sino de paz: lo cual consiste más en verdadera humildad, que en la propia estimacion..... El que quisiere dis-

(1) Proverb, c. 16 v. 2.

(2) D. Thom. exponens verba illa Pauli ad Ephesios, 1. Secundum divitiarum gratiam ejus quæ superabundavit in nobis, ait: Ex quo apparet temeritas illorum (ut non dicam error) qui aliquos Sanctos præsumunt comparare Apostolis in gratia et gloria: manifestè enim patet ex verbis istis, quòd Apostoli habent gratiam majorem, quàm alii Sancti post Christum, et virginem Mariam..... Temerarium est ergò aliquem Sanctum Apostolis comparare.

(3) Imitacion de Christo, cap. 58. lib. 3.

»minuir algo de los Santos, á mí me apoca, y á dos
 »los otros de mi reino. Todos son una cosa por el
 »vínculo de la caridad, todos de un voto, todos de un
 »querer: todos se aman en uno.» Últimamente con-
 cluyo con referir estas palabras: «Callen, pues, los
 »hombres carnales y animales, y no disputen del es-
 »tado de los Santos, pues no saben amar sino sus
 »bienes particulares, quitan y ponen á su parecer,
 »no como agrada á la Eterna Verdad.» Casi todo el
 capítulo es el mayor convencimiento en la materia
 que tratamos.

Ni son ménos dignos de sentirse los ridículos asun-
 tos, que toman algunos en sus sermones. En un tomo
 impreso en Madrid, en el año de 1740, hace el predi-
 cador *jugador de manos* á San Juan de la Cruz, y,
 para plantear bien su idea, se explica en esta forma:
 «Cuando hay volatines en cualquiera pueblo, dos
 »géneros de gentes concurren fuera de ellos al espec-
 »táculo. Mirones, y los que llamaba la antigüedad
 »propiamente mimos; y nosotros, tomándolo del ita-
 »liano, decimos arlequines. El mironno le pierde punto
 »al jugador de manos: pero no acierta á conocer en
 »qué consiste aquello. El arlequin le pretende imitar,
 »y solo para hacer reir. Este será el asunto de mi
 »oracion. La luz de mi gran padre oculta para el dia-
 »blo *sub medio*. De suerte, que cuando éste le atien-
 »da al juego, cuando sea miron, empleando toda su
 »perspicacia, se le pasen las suertes más primorosas.
 »Y cuando el arlequin intente remedar su lijereza y rec-
 »titud, venga á parar en burla del teatro, lo que fué
 »avilantez del demonio. Serán, pues, dos puntos: e
 »diablo *miron* y el diablo *arlequin*»; ¿qué le parece

á V. de esta invención? ¿no es ingeniosa? ¿no es ridícula? ¿no es.....

Pero note V. que ya deja dicho como en esto San Juan de la Cruz, buen discípulo, imita el ejemplo de su Maestro; ¿y en qué se funda? Oiga V. sus palabras, pues aunque el pasaje es largo, es original en esta línea. «Una eternidad hace, que está jugando la divina Sabiduría; *Delectabar per singulos dies, ludens omni tempore*. Con que es el jugar bien lo más que á sus discípulos enseña. Y añade, que, aunque los expositores le aplican juegos varios, ya la pelota, por los diversos lugares que admite; ya las esgrima, por las rectas posturas que observa; y aún ya el peon por las espirales interminables líneas que forma.» Pero él, venerando estos dictámenes (dignos por cierto de gran veneración), aplica á Dios los juegos de las artes *Schænobatica*, y *Præstigiatoria*, *Volatineria* y juego de manos.

« Lo primero, dice, le conviene á Dios, pues le vió dar un vuelo en el aire David: *Volavit super pennas ventorum*. A todos los vaivenes humanos es la divina Providencia, quien tiene el contrapeso, proporcionando desdichas y ventajas, para que ni opriman ni desvanezcan, y en la recta é infalible línea de su decreto, huella sin temor el viento de todo lo caduco. En lo segundo, no está ménos diestro. Para los instrumentos de la operación; (observe V. qué bella metáfora, y qué bien seguida!) ó juego de manos, la muerte le sirve de bolsillo; porque como allí se revuelven cubiletes, copas, naipes, libros, cuchillos, pelotillas, lesnas, varas, estopas, cintas, sin que nada quede distinto, sino dentro del bolsi-

»llo confuso; así en la muerte (que para la farsa de
 »este mundo es vestuario), todos se mezclan en la
 »primera confusa masa, sin haber distincion del pelli-
 »co á la púrpura. Vera, es la direccion con que ri-
 »ge el imperio. Libro, el de la vida, en que escribe
 »los predestinados. Naipes, las figuradas dignidades
 »que continuamente se barajan. Estopas, los muchas
 »veces vanos que las solicitan. Fuego, el que fomenta
 »la irascible y la concupiscible. Cintas, el enlace que
 »en las causas segundas luce. Copa, la soberana
 »de ese mayor Misterio (habla del misterio Eucari-
 »stico). Pelotillas, los bienes de fortuna, que, como
 »tales, ruedan. Cubiletes, que las encubren lo ines-
 »crutable de los juicios que las reparten. Cuchillo,
 »su misma eficaz palabra. Y lesna, la agudísima pun-
 »ta con que tal vez la caridad nos flecha. Así juega
 »Dios; y enseña á mi gran padre á que juegue así.»
 No hay más que pedir, ni es fácil que se encuentre
 semejante modo de disparatar. Pero prevengo á V.
 que el referido libro está impreso con todas las li-
 cencias necesarias; y, no obstante, ¿habrá quién no se
 escandalice de que estas indignidades se prediquen
 y se impriman, y torcerá el rostro, arrugará la fren-
 te, el verque se burla de ellas en la persona de Fray
 Gerundio?

Vamos á delante. Tambien los títulos de comedia
 tienen entrada, y ocupan su lugar en los sermones.
 No ha mucho que se predicó en la Côte: *Fineza
 contra fineza: para vencer amor, querer vencerle*; y en
 Salamanca, y en Sevilla: *El Escondido y la Tapada
 al Santísimo Sacramento*; y este último pensamiento
 se irá propagando y predicando en todo el reino, res-

pecto hallarse ya impreso en un tomo en cuarto de sermones, que se publicó en Sevilla en el año de 1753. Con esta ocasion se me viene á la memoria, que estando yo en una ciudad de las más respetables de España, hubo en ella un predicador de tan rara inventiva, que en un sermón del Sacramento eligió por asunto representar una comedia; de su título no me acuerdo, aunque sé que era bien profano. Repartió los papeles, dió uno á Jesucristo, otro á María Santísima, al Santo titular de la Iglesia otro, y á este modo fué acomodando los demás; pero, añadió, que él tomaba para sí el papel del bobo; y ello es preciso confesarlo. Lo bueno que tuvo aquel sermón, fué lo bien que el predicador desempeñó su papel.

Pues, amigo mio, aquí doy la razon: tales disparates no se castigan, apénas hay quién levante el grito contra ellos; los hombres graves de las religiones y del clero secular callan en público, aunque bien lo sienten, y lloran en secreto; ¿pues, por qué ha de ser reprehensible el que V. tenga valor, celo y destreza para cortar con ingenio y con buen gusto semejante depravacion? Puede ser que se tengan por prudentes los que callan; pero no es prudencia cristiana callar, cuando se aventura la gloria de Dios, la salvacion de los prójimos, y la reforma de las costumbres.

Añádese á esto el prurito, la gala y ostentacion de tocar cuantas circunstancias hay en la fiesta. Las más menudas, las más pueriles se pretenden encontrar en la Sagrada Escritura, y solo por el sonsonete quieren que el Espíritu Santo autorice las mayores futilidades. Y no crea V. que esto pasa solamente dónde

predicaba Fray Gerundio: en la Córte, en la Córte misma, á vista de tantos hombres grandes, es dónde más reina este abuso. Pero lo más precioso es, lo que sucede en el último dia de las solemnísimas octavas, que por acá con ostentoso aparato se celebran. Para aquel dia se escoge un predicador diestro y práctico en acomodar circunstancias. Es de su cargo formar un ramillete (así le llaman) de las flores que han predicado los oradores que le han precedido. Hace una recopilacion de los principales pasajes de los sermones; procura añadir algo; y sino lo ejecuta, se alaba de ello. Hecha esta diligencia, tomando ocasion del nombre, del apellido ó de la profesion, forman un grande elogio de cada predicador, y cierra con llave de oro el octavario; pero como á vuelta del elogio tal vez se suelta, como dicen, una floja ó una sátira, suele encenderse tal fuego entre estos oradores evangélicos, que no se puede apagar en mucho tiempo. *Yo soy el espadachin de mi comunidad*, oi decir en el púlpito enardecido y furioso á un predicador, que se hallaba sentido de otro, porque le habia satirizado en un sermón; ¡qué ejemplo para los fieles! ¡qué edificacion! ¡qué mansedumbre cristiana! ¡qué caridad!

He referido á V. todas estas cosas, no porque dejen de estar admirablemente reprendidas en el Fray Gerundio, sino para que V. se persuada, á que su obra es tan útil, tan necesaria en Madrid, como en el mismo Campazas.

Puede ser que al leer alguno esta carta, confiese con ingenuidad lo mucho que se delira en los sermones panegíricos; pero dirá, que no sucede lo mis-

mo en los sermones morales. Así es verdad; porque hay entre nosotros excelentes apostólicos predicadores, que predicán la moral con tanto celo, elocuencia y moción, que en fuerza de divina Palabra, anunciada por su boca, vemos anegarse en lágrimas los templos llenos de gentes; hacerse innumerables confesiones generales, restituirse cantidades gruesas, y entablar muchas personas una vida arreglada y devota, correspondiente á sus respectivas situaciones. Decir lo contrario, es temeridad; es querer llevar las cosas hasta el último extremo; es ponerse de propósito á denigrar la nación. Pero como estos celosísimos predicadores sean los ménos, por esto aún los sermones morales necesitan de una gran reforma.

Absolutamente se suelen descuidar en ellos todas las reglas de la verdadera elocuencia: ¿cuántos, sin haberla estudiado ni aun saludado, suben llenos de satisfacción al púlpito? ¿cuántos hacen consistir la elocuencia en voces campanudas é hinchadas, en períodos pomposos, en amontonar frases y sinónimos, que significan una cosa misma? La cadencia afectada y pueril, los retruécanos, los equívocos, las transposiciones, son defectos, que comunmente se notan en muchos oradores, que, aunque sabios en otras facultades, están destituidos de principios y de una verdadera idea de la oratoria.

Otros ponen toda la elocuencia en puras descripciones; dos ó tres pinturitas de N. han de tener lugar en el sermón, aunque no vengan al caso ni las pida el Evangelio del día. Y como no todos tienen habilidad para formarlas, ¿qué cosa más fácil (sigo el pen-

samiento (1) del P. Bartoli), que robarlas á los poetas, que tomarles de las novelas y de las comedias? Y con tal que haya un poco de arte para transformar á Vénus en una Magdalena, no se conoce el hurto, y se logra el embeleso del auditorio. Con esto, y con usar de un estilo florido, lleno de metáforas, salpicado de luces, de estrellas, de soles, de epiciclos, si además se juntan una recitacion cómica, con acciones más propias del teatro, que del púlpito, no hay más que desear; y yo aseguro, que este predicador tendrá séquito, serán sus auditorios numerosísimos, saldrán gustosos y alegres los oyentes del sermón: pero ni se derramará una lágrima, ni se cogerá otro fruto, que el aplauso del predicador; y, ¿es este el fin de la predicacion? ¿se instituyeron en la Iglesia los sermones para remediar representaciones cómicas, ó para promover la conversion de las almas? ¿son la corona del predicador los vanos aplausos, ó la compuncion de los oyentes (2)? Por esto quisiera, que usted no se acobardase, y que saliera cuanto ántes con el segundo tomo de Fray Gerundio; y si fuere menester, con tercero y cuarto, para poner en claro la deformidad de estos abusos.

Mas nos faltan predicadores, que echen por diferente rumbo. Si hacen de los doctos, no hay punto el más delicado, el más sutil de la Teología Escolástica, que no le traten largamente. Y no importa que el pueblo no lo entienda; eso es lo que más se alaba. Si presumen de eruditos, las citas de los autores sagra-

(1) Daniel Bartholi, *Eternidad Consejera*.

(2) Divi Hieron. ad Nepoc. *Docente te in Ecclesia non timor populi, sed gemitus suscitetur, lacrymas auditorum laudes tuas sint.*

dos y profanos; los textos hacinados de la Sagrada Escritura, las autoridades largas referidas en latin, para hacer ostentacion de su memoria, las versiones diferentes del Sagrado Texto, la Hebrea, la Griega, la Árábica, la Syriaca, la de Teodocion, de Aquila, de Símaco, y la Parafraſis Caldea, ſon el ruidoso aparato con que aſombran á los que no ſaben: eſte fárrago en cualquiera parte ſe recoge; y, cuando más, prueba que revuelven índices y polianteas.

Pues qué; ¿ſi los predicadores quieren paſar plaza de agudos en ſus ſermones? Entónces ſe amontonan conceptos ſobre conceptos, dudas ſobre dudas. Un ſin número de *mas es*, y de *porque es* (ſi me puedo explicar aſi) tienen ſuſpenſo al auditorio, que no ſaca juſgo, ſubſtancia ni inſtruccion. Ni ſon ménos perjudiciales los predicadores, que blasonan de cultos: los más de los oyentes vuelven á ſus caſas ſin haber entendido una palabra del ſermon. El an-títeſis es la figura retórica, que más aman: por lo miſmo á cada paſo la uſan. No aciertan á decir una palabra, que eſté en paz con otra. Todas mantienen entre ſí una guerra viva; y como ſe toman la licencia de inventar frases y voces, que nadie ſabe lo que ſignifican, con razon dice el P. Antonio Vieyra, en el gran ſermon de la Sexagésima: *Aſi como hay Lexicon para el Griego y Calepino para el Latin, aſi es neceſario que haya un Vocabulario del púlpito: y añade: Yo á lo ménos lo tomara para los nombres propios, porque los cultos tienen debautizados á los Santos, y cada autor que alega, es un enigma.*

Estos escollos en que ſe estrella la predicacion Evangélica, ſe evitarian, ſi nos hiciéramos cargo los

predicadores de la estrechísima cuenta que hemos de dar á Dios, por el abuso de tan sagrado ministerio; y si el fin de muchos sermones no fuera el de ganar nombre y estimacion entre el pueblo, y aún el de lograr alguna retribucion. No por esto es mi ánimo decir, que el jornalero no sea digno de su ganancia; lo que abomino, lo que condeno, es, que la predicacion sirva de medio para conseguir fin tan ratero é interesado: y á la verdad, ¿se puede imaginar mayor prostitucion de la divina palabra, que el hacer mercancia de ella? ¡Dios, por su infinita misericordia, libre á los predicadores de una intencion tan mala, tan baja y tan vil!

Tambien entre los medios proporcionados para predicar con fruto, se señala comunmente y con razon, el estudio de la verdadera elocuencia. Buena prueba es la gran *retórica Eclesiástica*, que escribió el venerable Padre Fray Luis de Granada, la que ha servido de modelo para muchas que han escrito los extranjerios. Y sino fuera porque se vá dilatando esta carta más de lo que discurri al principio, yo haria ver en ella con ejemplos de los padres Griegos y Latinos, y con lo que San Agustin escribió en los libros de la *Doctrina Cristiana*, la necesidad de este estudio para la predicacion, y responderia al argumento que toman los contrarios de una autoridad de San Pablo mal entendida.

Pero es ya demasiada mi prolijidad: y si he de decir á V. ingénuamente mi dictámen, en el estado presente, no pido discursos elocuentes, me contento con que no se prediquen cosas ajenas é indignas de la magestad del púlpito, contrarias á la palabra del

Señor, y opuestas á la edificacion y aprovechamiento de los fieles. Para este fin juzgo necesaria la obra de V., no porque absolutamente se conseguirá, sino porque en gran parte contribuirá á que se consiga.

Nuestros Ilustrísimos Señores Obispos, que en santidad, letras, desinterés, celo de la gloria de Dios y de la salvacion de las almas, no ceden á los más venerables de otras naciones, son los que únicamente pueden reformar la predicacion. Y como seria osadía temeraria atreverme á dar consejos á los que Dios ha puesto sobre el candelero de la Iglesia, para que nos alumbren, nos instruyan, nos enseñen, referiré solamente lo que algunos prelados practican para introducir esta reforma.

Procuran informarse exactamente de la buena vida y costumbres del que intenta seguir la carrera de la predicacion, ya sea secular ó regular; y sino corresponden los informes, no le permiten el ejercicio de este santo ministerio, para que no destruya con el ejemplo lo que podia edificar con la palabra: á ninguno dan licencia de predicar, hasta que esté probado en el sacerdocio; porque solo los sacerdotes deben ser los coadjutores de los Obispos en dar pasto saludable á sus ovejas, que es la primera y principal obligacion del ministerio pastoral. Y aunque consta de los Hechos Apostólicos y de la Historia Eclesiástica, haber predicado públicamente los Diáconos, esto fué en tiempo de las persecuciones, como lo podrán ejecutar con el permiso de los prelados, cuando haya causa justa ó falta de operarios; pero que prediquen los que aún no están ordenados *in sacris*, sobre no ser decoroso ni decente, trae el peligro de que el

mismo que acaba de dar la bendicion al pueblo desde el púlpito, baja inmediatamente para el estado del matrimonio, á recibirla de su párroco, como más de una vez ha sucedido.

En los exámenes para predicadores ponen el mayor cuidado. No los reducen precisamente á preguntar cuántos son los sentidos de la Sagrada Escritura, y otras cosas fáciles y triviales, que apénas hay quién las ignore: procuran arreglarse para examinarlos á lo prevenido en una de las Actas del Concilio V de Milan, presidido por el gran Zelador de la Disciplina Eclesiástica, San Carlos Borromeo.

Si oyen ó saben, que algun predicador, desperdiçando el tiempo en circunstancias impertinentes, no explica en la salutacion un punto de Doctrina Cristiana, segun está mandado por la Santidad de Benedicto XIII, ó que el sermon no habla como debe, le recogen las licencias de predicar, y tal vez le corren y avergüenzan públicamente, para que escarmienten los demás. Así sucedió este mismo año en una de las más célebres catedrales de España. En la octava del Corpus subió al púlpito en presencia de su Ilustrísimo Prelado y de su venerable cabildo uno de aquellos predicadores, que no han formado idea de la alteza de su ministerio, y dió principio á su exórdio con este vulgarísimo refrancete: *Media vida es la candela, pan y vino la otra media*. El celosísimo Prelado, enardecido al oír semejante despropósito, le dijo: *Bájese, Padre, que para predicar así, más vale que no se predique*. La repeticion de algunos ejemplares haria más circunspectos á los predicadores.

Estos medios, si se continúan, llegarán sin duda á

reformular el púlpito, y pondrán la oratoria Eclesiástica en el alto grado de perfeccion que se merece. Usted, por su parte, ofrece un auxilio oportunísimo para tan santo fin: y así, estoy por vaticinar, que su preciosa *Historia de el famoso fray Gerundio*, será recibida con estimacion de los Prelados, con singular aprobacion de los hombres de juicio, y con universal aplauso del público, á quién se dedica.

Dios guarde á V. muchos años, como deseo. Madrid, y Diciembre 10 de 1757.

B. L. M. de V., su amigo, servidor y capellan,
 JOSÉ DE RADA Y AGUIRRE.

CARTA del Señor D. Juan Manuel de Santander y Zorrilla, Colegial en el mayor de San Ildefonso, Universidad de Alcalá, Canónigo Doctoral que fué de la Santa Iglesia de Segovia, Bibliotecario Mayor de la Real Biblioteca de S. M. Académico de la Real Academia Española, y Honorario de la de las tres Nobles Artes.

MUY señor mio y muy amigo. Ya que V. ha tenido el mal gusto de querer oír mi dictámen sobre la *Historia del famoso Predicador Fray Gerundio de Campazas*, quisiera, agradecido á una confianza que me es tan honrosa, hallarme en estado de desempeñarle dignamente, no solo anticipando á V. las justas gracias que le debe nuestra nacion por lo que trabaja en su beneficio, sino tambien concurriendo al santo, aunque árduo fin, de enmendar y desarraigat los grandes abusos y males, que padece hoy entre nosotros en alto ministerio de la predicacion

del Evangelio: males tan graves, tan complicados y de tan difícil curacion, que solo puede hacerlos tolerables la esperanza de que se acerca y proporciona su remedio.

El que V., como sabio y experto médico, propone en la citada historia, digno y admirable parto de su fecundo y floridísimo ingenio, es tan natural y oportuno, y tan conveniente al estado actual de la enfermedad, que dudo pueda ofrecerse otro de más probables esperanzas, para coadyuvar al santo y heroico celo de los ilustrísimos Prelados, escritores y oradores insignes, que la divina Providencia nos ha dado siempre, y nos continua hoy para hacer frente, y contener al numeroso escuadron de aquellos, que sin la debida reflexion, y desnudos de las calidades y partes indispensables á tan santo ministerio, se atreven á invadirle y profanarle, con gran perjuicio de la salvacion de las almas.

Confieso á V. ingenuamente, que no sé, ni alcanzo como hay valor y resolucion, para emprender con la facilidad y satisfaccion que vemos, un oficio de tan alta y venerable dignidad, que fué el único ó el principal que ejerció el Salvador y Maestro del mundo; un oficio tan elevado y casi divino, que para tomarle los Apóstoles, hubo de proceder la vocacion, eleccion y mandato del mismo Jesucristo; un oficio lleno de trabajos, fatigas y tribulaciones, que sobre el preciso fundamento de la vocacion ú obligacion, pide necesariamente una vida ejemplar y edificante, un sólido estudio de la Sagrada Teología, una continua leccion y meditacion de la Santa Biblia, Padres y Expositores, una razonable noticia de las demás

ciencias y artes, con la perfecta inteligencia de los preceptos de la retórica Eclesiástica, para enseñar, deleitar y mover, que son las tres partes que constituyen y forman al orador cristiano.

Vuelvo á decir á V., y diré mil veces, que no lo entiendo; porque si el que *por oficio ú obediencia de sus mayores*, ha de proponer al pueblo la palabra de Dios, tiene razon de decir con San Francisco de Borja, en el admirable tratado que hizo del modo de predicar el Santo Evangelio, *timor et tremor venerunt super me*; ¿como se podrá disculpar la gran confianza y satisfaccion con que muchos solicitan y abrazan tan formidable empleo? ¿qué otros motivos puede haber para atropellar ciegamente, y posponer unos respetos y consideraciones tan graves, que han atemorizado siempre á los Sanos, y estremecen hoy con justa razon á nuestros más ilustres oradores, sino la ignorancia de la majestad y grandeza de tan alto ministerio; la falta de las disposiciones más precisas para ejercitarle; el poco ó ningun celo de la honra de Dios y de la salvacion de los prójimos con que se emprende; la ambicion y deseo de predicarse á sí mismos; y los demás vanos y despreciables pretextos que movieron á Fray Gerundio, y son en realidad los que han hecho tan numeroso y digno de lástima al vulgo de nuestros predicadores?

La conversion de estos al verdadero y sólido método de predicar cristianamente, es el principal y grande objeto de V. en la inimitable historia de su ideado héroe. Y aunque en este santo fin sigue V. los pasos de muchos celosísimos Prelados, insignes oradores y escritores infatigables de nuestra nacion,

puede V. lisonjearse de haber descubierto un nuevo rumbo de grandes esperanzas en su admirable, utilísima historia, cuya publicacion debe V. no retardar un instante, asegurado de que será admitida de los mismos Ilustrisimos Prelados con mucha estimacion, de nuestros excelentes oradores con aplauso, de los escritores que se han fatigado en este asunto con admiracion, de los doctos y sabios con aprecio, y de todos con general aceptacion y agrado; pues todos reconocerán el justo y santo fin á que se dirige, lo maravilloso y bien dispuesto de su invencion, la solidez de su doctrina, lo escogido y primoroso de su erudicion, y finalmente lo natural, fácil, sazonado, ameno y abundante de su estilo: calidad singular que brilla admirablemente junto al desaliñado, seco y bronco de Fray Gerundio, y que unida á las demás de su famosa historia, prueba con evidencia, en mi concepto, que aún tiene vigor nuestra España para producir nuevos *Cervantes*.

Aquí cerraria yo de esta carta, por escrúpulo que formó de impedir con mi detencion en responder á usted, la utilidad y beneficio público; pero como no desempeñaria fielmente la confianza que le debo, sino expresase con sinceridad y franqueza todo mi dictámen, paso á decir á V. llanamente los reparos que se me ofrecen, con entera satisfaccion de que V. los oirá como efecto de la atencion y cuidado con que le he obedecido, y de la amistosa ingenuidad con que le correspondo.

La verdad, que es el alma de la Historia, pide en la de Fray Gerundio muy particular estudio y desvelo. Y aunque V. en la narracion de los motivos y

fines que tuvo aquel héroe para dedicar sus talentos al santo ministerio de la predicacion, observa exacta y religiosamente tan importante documento, pues no falta en un ápice á la realidad de los sucesos, sin omitir circunstancia alguna; sin embargo no quisiera yo, que habiendo la mejor y más sana crítica introducido y aprobado ya en todas partes el conveniente uso y estilo de autorizar y comprobar la verdad histórica, con apéndices de pruebas é instrumentos sacados de archivos públicos y de autores fidedignos, faltase á la que V. ha escrito de Fray Gerundio, un requisito y calidad tan importante para tapar la boca á los muchos émulos que se puede recelar prudentemente no dejarán de abrirla cuanto puedan, para morderla con más fuerza, ya que no sean capaces de tragarla y digerirla.

Lo segundo, aún cuando en lo substancial no la nieguen ni disputen el carácter de verdadera, podrán decir, que los vicios y defectos de Fray Gerundio, que V. supone haber florecido al fin del siglo pasado, son mucho más antiguos y rancios, y como dicen, del tiempo de entónces: que hoy no se tiene ya noticia ni se sabe de ellos, y que V. los resucita intempestivamente sin necesidad, y con riesgo de que se comuniquen y vicien á nuestros predicadores, que cuando más solo padecen algunas leves imperfecciones, que no perjudican al digno ejercicio de su ministerio ni á la salvacion de las almas.

Temo finalmente lleguen á decir, que aun cuando fuesen ciertos los graves defectos que se notan en Fray Gerundio, y asimismo que todos ellos, y aún otros mayores si es posible, se hallasen hoy en los

predicadores, modelos ó retratos suyos, no es conveniente ni propio modo de reprender y corregir á unos hombres consagrados á tan santo ministerio como el de la predicacion, el hacer notorios y reparables sus defectos en una historia, que por precision ha de andar en las manos de todos, y que habrá de leer continuamente hasta el pueblo y vulgo de la nacion, aún cuando no se proponga otro fin, que gozar del festivo y gracioso estilo en que V. la escribe.

Yo no sé qué fuerza podrá hacer á V. todo esto; pero bien que á mí me la hace tal, que estoy pesadoso y casi arrepentido de haberme metido á predicador, no ménos que de los mismos predicadores; cuando mi profesion, la ignorancia de la Sagrada Teología, y la falta de las demás calidades necesarias, me excusa de entrar en la clase aún de los más comunes y ordinarios. Pero ya dado este paso, y quedándome la satisfaccion de no haber dicho cosa que no sea muy cierta y verdadera, para lo cual, sin el título de predicador, me basta el de presbítero, y el saber que *la palabra de Dios se debe oír con el mismo respeto y reverencia, que se debe al Cuerpo de Jesucristo* (1); voy á decir á V. lo que juzgo preciso para satisfacer á los expresados reparos, cre-

(1) *Cap. interrogo, caus. I. quæst. I. Interrogo vos, fratres, vel sorores, dicite mihi, qui vobis plus esse videtur, Verbum Dei, an Corpus Christi? Si eorum vultis respondere, hoc utique dicere debetis, quòd non sit minus verbum Dei, quàm Corpus Christi, Et ideò quantà sollicitudine observamus, quando nobis Corpus Christi ministratur, ut nihil ex ipso de nostris manibus in terram cadat, tantà sollicitudine observemus, ne verbum Dei, quod nobis erogatur, dùm aliud aut cogitamus, aut loquimur, de corde nostro pereat; quia non minus reus erit qui verbum Dei negligenter audierit, quàm ille qui Corpus Christi in terram cadere negligentia sua permiserit.*

yendo no tendrá V. á mal que lo ejecute con separacion, y en tres puntos, sin embargo de que sea estilo de nuestros predicadores dividir sus sermones en cuatro, cinco y aún en trece, como yo lo he visto en uno impreso en este siglo.

Por lo que mira á la precision de autorizar la Historia de Fray Gerundio con documentos irrefragables que comprueben su verdad, pudiera fácilmente hacer un libro de gran volúmen, con solo referir lo que al mismo intento han escrito casi uniformemente nuestros más ilustres predicadores, y otros santos y venerables varones, que Dios nos ha dado para nuestra enseñanza y ejemplo: pero juzgando inútil semejante trabajo material, le he suspendido, por ser bastante al expresado fin el citar los lugares más oportunos de cada autor, refiriendo uno ú otro de los que no son comunes.

Sea el primero de estos Fray Juan de Segovia, predicador general del Orden de Predicadores, en su *Retórica Evangelica*, obra excelente, singular y rara, que mereció reimprimirse en Italia, con gloria de nuestra nacion. Este grande orador, doliéndose de la libertad, y de los impropios é indignos motivos con que en España se introducian muchos á ejercer la predicacion del Evangelio, pone los mismos que V. toca y refiere en Fray Gerundio: *Quapropter (dicit) hæc mea pro nunc est, et semper fuit sententia, quod concionatur (sit Monachus aut Clericus) rogatus semper, aut ex obedientia compulsus, pulpitem ascendat. Hic est enim totus Evangelici concionatoris decor; ut sit vocatus, tanquam Aaron; quomodo enim prædicabunt, nisi mittantur? Quæ profecto verba non us-*

que adeo honestum, et laudabilem concionatorem illum prædicant, qui sese in concionandi officium, non vocatus, ingerit. Et hæc dixerim, quod nostra hæc tempestate præcipuus est hic concionatorum morbus: quippe cum ut in plurimum vix reperiatur aliquis, qui jam non summo opere curet, et anxia sollicitudine undequaque sibi conciones inquirat. Quod si hoc in eis ex animarum zelo procederet, laudarum quidem. Sed tamen vehementer suspicor aliter se habere; et quod ostentationis suæ causa, aut alicujus temporalis lucri, vel honoris, ac si aliquod aliud esse temporale negotium, hæc ut in plurimum oppetunt, et inquirunt (1).

Explica aún con más claridad los motivos y fines viciosos con que se emprendia la predicacion, diciendo: *Alii prædicantes quidem ut sese in hominum opinione sapientes exhibeant: unde ad hoc deveniunt perniciosissimum malum, quod subtilia quæque, et curiosa in suis concionibus doceant, quæ potiùs ostentationem suam quàm populi eruditionem respiciunt. Alii propter inanem gloriam et populi applausum, qui sibi ab hominibus datur, prædicant: unde coguntur non substantiali legis, sed vana et inutilia prædicare. Alii propter populi favores concionantur, ut inter omnes reipublicæ cives præcipui habeantur consultores, et omnes à minimo usque ad maximum eorum benevolentiam captent summamque reverentiam deferant. Alii (; proh dolor!) propter alicujus temporalis commodi lucrum, Evangelium docent, reipu-*

(1) Fr. Joannes Segoviensis. Ord. Prædicat. *De prædicatione Evangelicâ, libro primo, cap. VI páj.* 23. No he visto la edicion de España, que parece se hizo en el año de 1571: pero sí la de Italia en 4.º Brixia, 1596.

*blicæ officia publica, et dignitates aucupantes. Quæ-
madmodum verum habet in iis, qui in regia incedunt
curia, semper apud reges et magnates degentes vitam
inquirentes nimirum an prædicatione sua (tanquam
ferreo hamo piscatorum more) Episcopatum aliquem
sive Abbatiam, aut Canonicatum, sive regiam prædi-
cationem, vel aliam similem reipublicæ dignitatem et
honorem consequi valeant (1).*

En el mismo capítulo, después de notar á los predicadores el deseo de su propio honor y estimacion con que ejercitan tan santo ministerio, dice: *Hinc diabolicum quoddam aliud procedit malum. Nam hac de causa Evangelici concionatores minimè veritatem quando que in concionibus tractare audent. Quia cum Dei honorem tanquam prædicationi suæ finem aliquando non intendant; sed sui ipsorum duntaxat lucrum, ut hoc nempe ab auditoribus acquirant; statuunt in concionibus suavia illis proponere dogmata, et quæ eorum demulceant appetitum, vitia eorum dissimulantes, atque eorum promulgantes virtutes (2).* Por no ser molesto deajo otros muchos lugares de este celosísimo predicador; ni aún hubiera referido estos, aunque oportunos, si á su gran mérito y á lo raro de su obra no se agregase el justo motivo de la comprobacion y crédito de la de V.; pero, si alguno la quisiere mejor, dígame V. que venga á reconocer las citas marginales. Ni me detengo á poner á la letra lo que al mismo intento y con igual celo escribió Fray

(1) Idem, libro segundo, cap. XXXII, pag. 363.

(2) Idem, *Ibidem*, pag. 364; et pag. 1, 4, 5, 13, 15, 23, 27, 28, 89, 107, 111, 131, 132, 264, 265, 318, 367, 381, 447, 483, 493, 499, 500, et fere per tot.

Tomás de Trujillo de la misma religion, por que van conformes en todo: solo diré, que habiéndose propuesto este concurrir á desterrar de España los cartapacios y Códices sermonarios que muchos copiaban para ejercer el santo ministerio de la predicacion, subrogándolos en lugar del estudio de los Santos Padres, refiere la prohibicion que habia hecho de los tales Códices el Santo Tribunal de Sevilla, y dice: *Quamobrem tum desiderio huic tam gravi morbo (si id per me fieri poterit) medendi, tum etiam quod doleam concionatores plurimos de sua estimatione casuros esse, publicato Dominorum Inquisitorum hæreticæ pravitatis edicto, mense Junio, anno á Cristi Domini ortu 1577, in illustrissima Hispalensi urbe: quo quidem imperatur, ut omnes alieni auctoris Codices manuscripti, sermones, ut aiunt, continentes, seu expositiones divinæ Scripture, exhibeantur, á singulis? His inquam de causis hunc non levem laborem subire decrevi, etc. (1).* Ya se vé que los tales predicadores, que se valian de sermones dignos de prohibirse, eran unos verdaderos *Gerundios*. Yo no me atreveré á jurar que hoy suceda lo mismo; pero sí deseo que V. me diga, en vista de esta carta, si tendré fundamento para esperar que el Santo Tribunal renueve tan oportuna providencia con los muchos sermonarios que desde entónces se han impreso.

Al padre Lorenzo de San Juan, varon apostólico de la Compañía de Jesús, que ejerció cuarenta y siete años el santo ministerio de la predicacion, pidieron

(1) Fr. Thomás de Trujillo, Ordinis Prædicatorum, in *Præfatione ad Thesaurum Concionatorum*, col. 5 et 6 Item. *Lib. V, col. 114, 130, 131, 134 et 135*, edit. *Barcnone*, 1579, duob. volum. in-fol.

muchos que escribiese algunos avisos convenientes, fundados en su experiencia: hizolo así poco ántes de morir; y en ellos, después de sentar la utilidad de la retórica para dicho fin, dice: *Pero muchos no la estudian; de lo cual se sigue que sus sermones más son liciones curiosas y verbosas, que sermones y homilias de Santos....., ¿cuántos hay que predicán sin saber qué cosa es ser predicador, y qué fin ha de tener, siendo el ministerio más alto? Para ningún oficio hay ménos exámen; y de ahí viene el poco caso que se hace de ellos, cuan pocos los oyen, concuan poca estima... Dicen algunos, yo no soy Obispo ni Rector ni Cura de almas, sino que predico por mi contento y entretenimiento: ¿quién me manda á mí poner en mal con nadie? De esta manera me conservo con amistad con todos, y tengo amigos, y muy ricos estipendios: doscientos ó trescientos ducados. Buen provecho te hagan; ¡tú no predicás en nombre de Cristo, y has prometido predicar el Evangelio! Pues si tú infamas á Cristo, y adulteras el Evangelio, abusas de la palabra de Dios, contaminas la Iglesia; ¿qué castigo no mereces? Dices, que no haces oficio de Obispo. El provisor no es Obispo, ni el Oidor del Consejo es Rey; pero, sino hacen lo que el Obispo y el Rey son obligados, se irán al Infierno.*

Sigue el Diálogo con el mal predicador; y dice éste: *Padre, veo que muchos lo hacen así. Poco importa, si lo han de pagar en la otra vida; y son pocos los que agradan á Dios de los que hacemos este oficio, y se verán innumerables condenados, segun las amenazas de la Escritura, y lo que dicen los Santos Padres, yo no sentía espíritu. Y aún por eso abríades*

de tomar otro empleo: qui docet in doctrina, qui exhortatur in exhortando. Padre, Dios me hizo verboso. Que tomárades oficio de orador en las Escuelas ó de pregonero, y no ocupar el oficio del digno y fructuoso: Ut excludant eos qui probati sunt argento; ¡Ah! y cuanta verdad es que el predicador habia de ser llamado, importunado, y tomar este oficio por obediencia y espíritu y hambre de las almas, como San Pablo, el cual dice de sí: Paulus vocatus, segregatus: en voz pasiva; y guardarse de la ambicion, y de buscar primeras Cátedras in Synagogis, como es fama se hace, por sí, por amigos, y aún demás, procurando los mejores púlpitos y Cuaresmas, y lo saben los oyentes; ¿estos como pueden predicar con espíritu, y decir: non quæro gloriam meam, sino la de Dios, haciendo todo lo contrario?

Tenga V. paciencia, y oiga el fin de tan sólida y nerviosa doctrina, pues tanto comprueba y califica lo que V. refiere en su Historia. *Padre, dice el predicador, sino se hiciese eso, nunca tendria un buen sermon ni Cuaresma. No se perderia nada, ántes, ántes se ganaria: y para vos, y para las almas seria mejor que proveyese Dios de predicador, y no fueseis vos, que sois intruso y no entraís por la puerta. Direis que sino sobornais con exquisitos modos oyentes, no los tendreis. Si vos sois llamado de Dios, su Majestad traerá auditorio que no cabrá en los Templos, como aconteció á San Vicente Ferrer, á Fray Lobo, y al Padre Juan Ramirez y á otros muchos, que yo he conocido y predicaron toda la vida contra su apetito y voluntad propia, por pura obediencia: y en 44 años y más de predicacion, jamás por sí ni por otro pro-*

curaron Sermon, Púlpito: Iglesia ni Cuaresma, etc.

Si alguno quisiere ver lo demás que añade aquel gran maestro de la predicacion, envíele V. á la excelente *Retórica Cristiana* del Padre Juan Bautista Escardo, de la Compañía de Jesús (1), dónde no solo hallará los avisos del Padre San Juan, sino tambien que el mismo autor que los refiere, es de igual sentir, y lo confirma con muchos lugares que trae de otros escritores nuestros, y con admirables ejemplos y preceptos, hijos de su continua leccion y larga experiencia en el tiempo que enseña retórica en Zaragoza, y en más de treinta años que ejerció después la predicacion. Excuso el poner aquí sus palabras por no ser prolijo; y por lo mismo me reduzco á solo apuntar lo que en la calificacion de su Historia de V. dijeron otros insignes predicadores, escritores y prelados celosos de nuestra nacion (2), que han re-

(1) *Retórica Cristiana ó idea de los que desean predicar con espíritu y fruto de las almas, etc.*, por el Padre Juan Bautista Escardo, de la Compañía de Jesús. En Mallorca, año de 1647. un vol. 4.º Véanse los Avisos del Padre San Juan á los predicadores, fól. 150. 497 y siguientes de esta Retórica.

(2) *Retórica en lengua Castellana, por un Fray de la Orden de San Gerónimo, en Alcalá de Henares, año 1541, un vol. 4.º* Véase el prólogo, fól. 1, B. 2 y 35; y cap. V. fól. 12 y 13. cap. 30. fól. 51, cap. 33, fól. 73 y 74, B.

Benedicti Aria Montani Rhetoricorum, libri IV. Antuerpiæ 1569, I. vol. 8.º Véase en el libro primero los págs. 17, 18 y 19.

Ecclesiastica Rhetorica, sive de ratione concionandi libri sex, Autore R. P. F. Ludovico Granatensi, etc. Ulyssipone, anno 1576. I. vol. 8.º Véanse las págs. 15, 18, 50, 52, 68, 76, 79, 155, 159, 193, 195 y 196.

Modus concionandi, et explanandi in Psalmo CXXXVI. Super flumina Babylonis; Autore Didaco Stella Minoritá: Salmantice, 1576. I. vol. 8.º Véase la Epistola Dedicatoria, y el fól. 7.º 10, 26 y 27.

De sacra ratione concionandi, opus Jacobi Peresii à Valdivia, Barcinone, 1588. I. vol. 8.º Véase el Prólogo ad sacra Theologia studiosos, y las págs. 24, 42, 323 y 327.

Primera parte de la Retórica de Juan Guzman, en Alcalá, año 1589. I. vol. 8.º Véase el fól. 59, 60. B. 61, 62, 63 y B. 68, 69, y B. 70, 71, y B. 75.

F. Joannis à Jesu Maria, Ord. Carm. Excalc. Ars concionandi, Roma 1610. I. vol. 12.º Véase la parte 1.ª cap. 4.º y parte 3.ª cap. 4.º

Elocuencia Española en arte, por el Maestro Bartolome Ximenez Paton, en Baeza, año 1612. I. vol. Véase el fól. 59, y B. 137, 138, B. 139, B. 141, 142 y B.

sistido y hecho frente á los que han intentado profanar tan santo ministerio. Téngalos V. prevenidos para su mayor justificacion, y así mismo las Constituciones Sinodales, especialmente las de Toledo, Sevilla, Santiago, Valencia, Córdoba, Málaga, Segovia, Valladolid, Plasencia, Calahorra, Orense, Barcelona, Tortosa, Segorbe, Mallorca, Canaria y Ucles, en que se reprenden y castigan los mismos, y aun otros defectos gravísimos, en que incurre el vulgo de nuestros predicadores y V. nota en Fray Gerundio (1).

Pero si estos ó algun otro que piense en defender su mala causa, dijeren que los expresados vicios no son del dia, y que ya no se conocen ni se sabe de

D. Ildephonsus Mésa de Tobar, Episcopus Asturicensis, De perfecto concionatore, Asturicæ. 1624, un vol. en 4.º Véase cap. 1. pág. 5, cap. 12. pág. 235, 243, cap. 13. pag 356, cap. 15. pág. 276 y 277, cap. 16, pág. 290.

D. Thomas á Villanova. Con. II. in die Pentecostes, fól. 93. B. 140. B. El Ven. M. Juan de Avila. Tomo II. del Epistolario Espiritual, impreso en Madrid año 1618. fól. 12. B. y siguiente. Santa Teresa de Je-ús, en su Vida impresa en Amberes, año 1549, cap. 16, pág. 143 y 144. Fr. Agustin Nuñez Delgadillo. en el Prólogo á sus Sermones de Cuaresmas. Fr. Gerónimo de Aldovera, al principio del Tomo segundo de sus Sermones de Santos. El Padre Bernardino de Villegas, en el libro de la Esposa de Cristo, cap. 31. Luis Munoz, Padre Gaspar Sanchez, Juan Rodriguez de Leon, Ilustrísimo Barcia y Lepe, Padre Caravantes, y otros muchos que omito.

(1) *Toletani Concilii Provincialis actiones. Compluri, 1566. 8. Vease fól. 47.*

Dertosana Synodus, à Joanne à Izquierdo habita. Valentia, 1575, 8.º Vease, pag. 72.

Diæcesana Synodus Segobricensis celebrata, Proeside III. ac. Rever. D. D. Peiro Genisio Casanova. Valentia, 1613, 8.º Vease, pág. 26 et seq. Maioricensis Eccles. Synodales, per D. Didac. Escolano. Matriú. 1660, 4.º Vease Tit. I. Const. I. pág. 144 y 458. Maioricensis Episcopatus leges Synodales, celebratæ à D. Peira de Alagon. Maioricæ, 1692. fól. Vease pág. 153. Constituciones Synodales del Obispado de Valladolid, impresas en Valladolid año 1607. Tit. 12, fól. 60. Tit. 15, fól. 124. De Sevilla, 1609, cap. 8, fól. 8, B. cap. 9, fól. 19. De Segovia 1640, Const. 3.ª pág. 8. De Canaria, 1634, fól. 50, 79, y B. De Orense, 1622, fól. 52. De Córdoba, 1667, fól. 10. núm. 4. De Málaga, 1674, fól. 57. siguiente. De Barcelona, 1673 pág. 153 y 155. De Toledo, 1632, fól. 26. De Valencia, 1690, pág. 1. De Plasencia, 1692. Tit. I. Const. 3, fól. 81 y siguiente. De Calahorra, y la Calzada, 1700, fól. 32 y siguientes. De Ucles, 1742, Tit. 3. Const. 6, pág. 36. De Santiago, 1747, Cons. 3, pág. 23 y siguientes.

ellos (que es el efugio y salida que les ha de cerrar este segundo punto), además de que tienen contra sí las sinodales de nuestro siglo, que quedan citadas, dígalas V., que lean lo que en él han escrito con igual celo y santo fin', el infatigable Don Gregorio Mayans, en sus doctos Diálogos (1) del Orador Cristiano; el Reverendísimo y Sapientísimo Fray Benito Gerónimo Feijóo, en sus *Cartas Eruditas* (2); y el Apostólico, celosísimo y sabio varón el R. P. Pedro de Calatayud en su *Arte y método de hacer Misiones* (3). Dígalas que vean también lo que en este particular observaron los sabios Autores del *Diario de los literatos de España* (4): obra utilísima, que debemos sentir no continúe, por lo mucho que serviría, no solo al intento de V., sino también á los demás progresos de la literatura Española. Finalmente, si se hallare alguno tan tenaz, que no se rinda á una demostración tan clara, póngale V. en la mano, para que las lea y medite con la atención y respeto que se merecen, las *Cartas Pastorales* de los Ilustrísimos señores Valero, Montalvan y otros grandes prelados (5), que en

(1) *El Orador Cristiano, ideado en tres Diálogos: su Autor D. Gregorio Mayans y Siscar, etc. en Valencia, M. DCC. XXXIII, I. vol. 8.º*

(2) *Cartas eruditas y curiosas, en continuación del Teatro crítico universal, escritas por el muy ilustre Señor D. Fr. Benito Gerónimo Feijóo, etc. tomo tercero, en Madrid, M. DCC. L. en 4. Véase la Carta XXXI, pág. 406, y siguiente.*

(3) *Misiones y Sermones del D. Pedro de Calatayud: arte y método con que los establece, &c. En Madrid, año 1754, II. vol. en 4. Véase el tom. 1.º cap. II. §. 6 y 7, pág. 91, 95 y 96.*

(4) *Diario de los Literatos de España. En Madrid, 1737 y siguientes. Véase el tomo I, art. XXI, pág. 335; tomo IV, art. 4, pág. 142, art. V, página 149.*

(5) *Carta Pastoral del Ilustrísimo y Reverendísimo Señor D. Fr. Juan de Montalvan, Obispo de Gúndix y Baza, de 24 Julio de 1716, impresa en un volumen en 4.º art. IV. §. II. pág. 48 á 52; art. V. §. I. pág. 64, y art. VI. §. III. pág. 108 á 117.*

nuestros dias han reprendido los mismos vicios, con no ménos fervor y razon, que lo ejecutaron los que los precedieron en los dos siglos antecedentes, auxiliados de tantos dignos ministros y fieles operarios en la noble y santa fatiga de la predicacion del Evangelio.

Más cuando fuese posible que durmiesen tan vigilantes centinelas, y faltasen á la Historia de V. tan fidedignos testigos, no podrian negar su verdad los mismos predicadores, cuyos sermones andan en las manos de todos, y son la más convincente prueba, no solo de que aún permanecen en España los vicios y defectos que padecia en el siglo pasado tan santo ministerio, sino de que se han ido aumentando y han subido á un grado tan alto, que al paso que claman por el remedio, me parece no excluyen ninguno de cuantos se puedan imaginar, como sucede en las enfermedades contagiosas y deploradas.

No hablo de memoria: tengo reconocidos más de cien tomos de *Sermones*, impresos de un siglo á esta parte: y quién cotejase los del pasado con los del presente, conoceria que en los de éste ha sido aún mayor el abuso, y más deplorable la enfermedad. Si el Padre Vieyra, por ejemplo, en su famoso sermón de la Sexagésima notó á los predicadores de su siglo la extravagancia de sus enigmas ó antonomásias del *Cedro penitente*, el *Evangelista Apeles*, el *Águila*

Carta Pastoral del Ilustrísimo y Reverendísimo Señor D. Francisco Valero y Lassa, Arzobispo de Toledo, etc. un vol. en 4.º Véase desde la pág. 160 en adelante.

Carta Pastoral de un Señor Prelado para los Eclesiásticos de su Diócesis En Madrid, año de 1725, un vol. 4.º Véase desde la pág. 89 en adelante, 92, 93, 97 y 98.

de *África*, el *Panal de Claraval*, etc., ¿qué diría hoy, si oyese que el *Panal de Claraval* se ha convertido en el *doctor de Miel-fluida*: el *Aguila de Africa* en *Caballero andante*, y el *Amadis de las Letras*: el *Cedro penitente* en el *Pastor Coronado*: San Pascual Bailon en el *Santo Sacramento*: San Pedro de Alcántara en el *Serafin Estremeño*: San Benito en *Padre de los Cielos*; y que á los demás Santos nos los representan tan desfigurados, que *no los conocerá la Madre que los parió*, como decia graciosamente en uno de sus sermones el célebre loco *Don Amaro*, que lo fué por la manía de predicar en las calles y plazas de Sevilla?

Igual proporcion en el aumento de la enfermedad notaria el Padre Vieyra en el sentido altisonante, cultibárbaro, ó sea de laberintos, en los conceptos ridículos ó vulgares, en las proposiciones ya rústicas ó ya escandalosas, y en las violencias de sus sentidos acomodaticios. Y para que V. lo reconozca comprobado todo por junto, doy el texto en estas cláusulas, que se ha segregado de las muchas que se hacen notables en los libros impresos de este siglo.

Sepa V. (aunque importará poco que se le olvide), «que el denso vapor que congeló la clara nube, que »le sirvió de carroza triunfante á Jesucristo, se con- »geló de aquel sudor diaforético, que su Majestad »tuvo en el Huerto». Son palabras expresas de un sermón de Circuncision. En el mismo se dice: «Que »como fué (la Circuncision de Cristo) prólogo de todo »el contexto sangriento, plana primera de la muerte »en Cruz, razon de la obra de la Redencion..... solo »la Circuncision es sobreescrito rasgado, sello abier-

»to, lacre despegado, nema roto, que declara á la
 »Pasion, carta dichosa, y es título porque Cristo, aun
 »siendo Dios, es digno de recibir la Deidad: *Dignus*
 »*est agnus qui occisus est, accipere virtutem et divi-*
 »*nitatem*. Amante liberal (en la Circuncision) quiere
 »ser herido de gracia..... dando guantes de bizarría
 »en la cute que se despoja..... La primera salida de
 »su sangre fué más entrada de la Pasion, que la en-
 »trada en Jerusalem fué nacimiento de la muerte,
 »Oriente del Ocaso, aliento primero del desaliento,
 »cuna de la sepultura, y en fin principio del fin, y
 »aun de después del fin..... Quejaráse el Domingo de
 »Ramos del día de la Circuncision, porque habiendo
 »empezado en él la Pasion, aquél se llama Natividad
 »aun de la muerte en Cruz..... El árido leño de la
 »Cruz no secó á Cristo su valor, los clavos le aumen-
 »taron, no evaporaron el olor de su virtud, y el vote de
 »la lanza fué como pomo de licor rojo, aromático, tan
 »bello como fragante, primaverizando su hermosura
 »con cuanto era invierno de su belleza..... Sea Cristo
 »flor fructuosa en la Cruz; la Circuncision fué su Na-
 »tividad, porque fué flor de esa flor, matiz primero
 »de la vita rosa ó animado clavel; su cuchillo punta
 »primera de la olorosa trascendencia de su vida; su
 »herida corta primera del cuerpo floreciente, pene-
 »tracion de fragancia penetrante, y vapor primero
 »para el último perfume.»

¿Pues qué diría V., si oyese decir en la cátedra
 del Espíritu Santo: «*Tu qui es; quién vá á la ronda?*
 »Una mujer honrada: Poco á poco (señora mia),
 »que hay mucho que decir en eso. Antes que se san-
 »tifique, óigame por su vida, que V. dirá si es mujer

»honrada ó no lo es, sabiendo lo que ahora diré yo.
 »Noticia es de Clemente Alejandrino, que los lacede-
 »monios y sicilianos tuvieron por mujeres infames á
 »las que vestian profanamente. Luégo segun esta
 »pragmática, V. se engaña en decir que es mujer hon-
 »rada..... ¿Para qué son tantos encajes?.... Solo el
 »traer el pelo tan atado, y esa aguja atravesada por
 »él me ha caido en gusto; porque siendo las muje-
 »res de estos tiempos tan flacas de cabeza, podrán
 »disimular lo liviano de sus cascos con tantos atadi-
 »jos: ¡ó qué siglo tan perdido el que vivimos! Cas-
 »tíganos Dios con guerras, hambres y pestes; ¿cuál
 »será la causa de tantos azotes? Si el tal predicador
 me lo preguntara, le diria que sus sermones; porque
 todo el de este pasaje y los demás son dignos de un
 Gerundio.

Pero ni el mismo Fray Gerundio, ó la fecundidad de
 la fantasía de V. pudo llegar á la elevacion de este es-
 tilo: «Contra Eva vino la mejor Ave, la fiel María: y
 »si aquella hizo el dobladillo del engaño, esta bordó
 »el desengaño. Aquella sugerió á Adán para que pre-
 »varicase, esta metió á Cristo en que nos redimie-
 »se..... Ciñamos estos pigmeos discursos con el lazo
 »del Evangelio. Entra el Ángel á saludar á la Virgen,
 »y le hace una sacramentosa cuanto obscura adver-
 »tencia, *quod enim ex te nascetur Sanctam*..... ¡O Ma-
 »ría! Ave la más pura de la gracia y que de léjos
 »nos traes el libro purpurado de la generacion de
 »Cristo..... Libro en que sirvió de tinta la sangre,
 »María de papel, el Espíritu Santo de pluma, y donde
 »se incorporaron las desencuadernadas hojas del vo-
 »lúmen de la vida. Ya que la suerte nos deparó en

»el pico de una ave el libro de nuestro Evangelio.....
 »Busquemos otra ave de buen pico para panegirista
 »de sus elogios, que, pues, las aves las crió Dios para
 »saludar la luz de la mañana, no extrañará la crítica
 »escrupulosa, que forme mi salutacion de tanta vola-
 »tería..... Esta milagrosa ave no puede ser otra que
 »el *Ave* de María. Sea muy enhorabuena; y para sa-
 »ludarla con acierto, equivoquémosle este elogio:
 »*Ave María.*» Pudo V. desatinar otro tanto en boca
 de Fray Gerundio? Pues oiga V. otro de la misma es-
 tofa: «San Pablo fué escogido como vaso, ¿y por qué
 »como vaso? Porque había de llevar el óleo del nom-
 »bre de Jesús..... Y gritando (San Pablo) en pinta-
 »das elocuentes voces desnudas útiles verdades, re-
 »sonaba los léjos de la pasada noche, avisaba los
 »clarísimos claros del presente día, borraba obras de
 »sombas, tocaba ropajes, y retocaba armas de luces
 »para paso de buena vida, en el temporal ameno de
 »la gracia.» Dios por su misericordia nos la dé para
 sufrir tales desvaríos.

Verdad es que, en cuanto al estilo pueril y culti-bár-
 baro, he visto tanto bueno, que siempre el último
 que V. lea, le parecerá el mejor: oiga V. este pasaje
 de un sermón de Purificacion: «María en su Purifi-
 »cacion es la Luna más nueva, más maravillosa, más
 »festiva, Planeta-Signo que brillando repica á su culto,
 »aun guiando la procesion de su Misterio, tocando á
 »vuelo de luz, á golpes de resplandor á su mayor
 »festividad..... Mas es que el Verbo divino se pene-
 »trase en sus poros puros, y se vistiese y armase de
 »sus copados copos, cristal como pan, y nieve como
 »lana. Y más es, que si ántes humanado el Verbo es-

»taba encerrado en el escaparate del materno cláustro, en el cuerpo que le dió cuerpo, llenándole de gracia por dentro de su clausura, hoy sale el vaso lleno de Divinidad por mano de María, bebiendo á su pecho más hilos de láctea lana para más cuerpo humano.» Dejo otras proposiciones erróneas, y algunas expresiones indecentes, de que hago juicio no usaria el poeta más licencioso.

Últimamente, si yo hubiese de referir á V. todas las expresiones que en sermones impresos tengo leidas en esta Real Biblioteca, y que por singulares tengo notadas, compondria un volúmen algo más abultado que el de la primera parte de su historia de V. Doleríame, sin embargo, el no apuntarle en compendio, á fin de que las reserve para su segunda parte, las noticias de «que cuando María Santísima tenia en sus entrañas á su Divino Hijo Jesús, el arcángel San Gabriel, que le hacia escolta y le servia de guardia de corps, acompañándola en forma humana, le mostraba una cruz bellissima que en su pecho traia divinamente rubricada. Ponia el dulce niño Jesús sus columbinos ojos en aquella Cruz, etc..... Que con singularísimos prodigios dió á entender el cielo á los Magos el nacimiento de Cristo. Al rey Baltasar le nació aquella propia noche un niño, que, segun escribe Bosquiar, fué San Bartolomé, el que, puesto por sí mismo en pié, dijo estas palabras: *In hac nocte in Judæa natus est nobis Salvator Mundi.* Entrando el rey Melchor en un jardin de su palacio, oyó que le decia una hermosa paloma: *In hac nocte ortus est Salvator generis humani.* La propia noche nacieron al rey Gaspar un

»leon y una oveja de una avecilla que tenia en hue-
 »vos, dándole á entender el cielo con esta maravilla
 »que el Verbo Divino se habia ya humanado y naci-
 »do.» Todo lo refiere á S. Germano. Su cita es esta:
San Germano, ap. Mesfr. in Epiphan. D.

¿Qué tal parece á V? dijo otro tanto Fray Gerundio?
 Pero prosigo mi compendio: «Que aunque Cristo
 »nació para todos, nació tan especial para San Joa-
 »quin, que solo nació para San Joaquin. Que Cristo
 »es pez soberano, porque en sus tormentos tuvo es-
 »pinas. Que las almas se transforman en ley, en
 »fuerza del amor de Dios; *Lex Domini immaculata*
 »*convertens animas*; (¡bella traduccion!) Que San
 »Bernardino de Sena habla como echando Bernardi-
 »nas. Que Jesucristo es el Dios Penate. Que hace
 »más gala de ser hombre, que de ser Dios.» (Si re-
 »convenido se ratificase en esta doctrina, ó si la de-
 »fendiese en la cátedra; ¿dónde iría á parar este Ge-
 »rundio?) «Que la sabiduría de María luce más que la
 »de Cristo. (No es de menores quilates este absur-
 »do.) Que la Puebla de los Angeles (alude al Cielo)
 »poco después de fundada padeció un terremoto. Que
 »San Juan fué medicamento contra el mal de cora-
 »zon de Cristo. Que Dios es achacoso de mal de co-
 »razon. Que el ángel que dijo á San Agustin el *tolle*,
 »*lege*, no vino á enseñar, sino á aprender; ó cuánto
 »tuvo el ángel que aprender; cuánto llevó que ense-
 »ñar á los que se quedaron en el Cielo; ó felices
 »errores de Agustino, que enseñan hasta los ángeles!
 »Que segun dice el docto Geminiano, el ajo tiene mu-
 »chas virtudes: *In aliis reperitur specialis virtus*.
 »Virtud dice que tiene el ajo; y qué más tiene? Que

»pica; y es lo cierto, que no ha de faltar quién pique, y aún pique con ajo á quién trata de virtud.» ¡Gallarda invencion! Omíto otras muchas por tan mal sonantes y excesivamente ridículas, que temo el escándalo, aun cuando solo trato de desterrarlas y abominar su lección.

Pues, ¿qué diré á V. de sermones en aire de comedias ó con títulos de tales? Mucho he visto de esto en los impresos del siglo pasado; pero en los del presente nó es menor el abuso. He leído *la armonía de la naturaleza emendada en el Misterio de la Encarnacion. Ononichites, pasquinada contra Cristo de los Cartaginenses: la Diosa Marica: la desesperacion afortunada: el hijo en duda, declarado en la Gloria: el carro de los Arameos: el Hércules de la Iglesia: cegar para ver mejor: la mesa del Sol: el Filis de la Santidad: las mejores perlas de la aurora de la Gracia: el mayor teatro del dolor, etc.*

En vista de este tan indecente modo de predicar la Palabra divina; ¿quién extrañará el que V. ha hallado de reprender á los que le ejercitan? ¿qué podrán éstos decir contra V. que no sea digno del mayor desprecio? Si ellos profanan el santo ministerio de la predicacion, y V. le defiende; ¿de qué podrán quejarse? de que V. pone y reprende en Fray Gerundio los vicios en que incurren? No por cierto; porque estos son verdaderos, como lo acreditan los pasajes citados, que por impresos debemos suponer más correctos; ¿se quejarán de que V. no trata con seriedad este asunto, y con mucho respeto á los predicadores vulgares? Esto ya lo ejecutaron de dos siglos á esta parte los prelados, escritores y oradores

más celosos de la nación, y no se vé el fruto debido á sus trabajos; ¿pues, de qué han de ser las quejas? ¿de que V. no señala los autores de tales disparates? Ménos, ántes bien deben dar á V. muchas gracias, pues pudiera nombrarlos todos, así por la libertad que ellos dan publicando sus escritos, como por el ejemplo de los mismos que los han reprendido con seriedad.

No reparó Fray Juan de Segovia en nombrar á varios que habian compuesto diferentes *Sermonarios*, cuya leccion aconsejaba á los predicadores huyesen y desechasen de sí, como perjudicial al digno ejercicio de tan alto ministerio. Oiga V. sus palabras: *Eadem ratione qua huc usque suasimus, concionatores hujusmodi libellorum lectionem, qui parvæ sunt auctoritatis fugere debere, eadem omnino sermonarios qui sic vulgariter appellantur, juidicio meo à se quodammodo repellere oportet, siquidem non satis intelligo an concionatoris officium plurimum adjuvent, quemadmodum Barilete, Sanctius Porta, Dormi secure, Vade mecum, Petrus ad Boves, et alii similes sunt (1), qui hujusmodi inscribuntur nominibus, quandoquidem soli operum ipsorum tituli sufficere deberent, ut substantiam quam in se continent, concionatores intelligerent: ac per consequens, ut eis non usquequaque in sudarent (2).*

Si extrañan el estilo festivo, lean á Juan de Guzman

(1) Tengo presentes estas obras; es á saber, *Barilete*, *Sanctius Porta*, *Petrus ad Boves*, que son los nombres y apellidos de los autores; con los cuales se imprimieron en Paris, Leon y Amberes; y asimismo el *Dormi secure*, *Paratus Evangelicorum*, y *Mamotrectus*, impresos tambien en Paris, etc. Y advierto que solo uno es español.

(2) F. Joannes Segobiensis, de *Prædicatione Evangelica*, lib. 2 cap. 35, pág. 382.

en su retórica (1), y oigan su modo de reprender en el convite ó diálogo VI. « D. Al predicador Amuso »oí decir, que lo principal que hacia era abrir los »doctores que tenia sobre aquel Evangelio, y sacar »los principales puntos que á él le parecian, y enga- »lanarlos de sentencias y palabras elegantes. L. Esa »es traza de niños, y creo le convenia un dicho de »cierta señora Burgalesa. D. ¿ Qué fué ? L. Las mu- »jeres de aquella ciudad son por la mayor parte de »agudos entendimientos, como las vuestras Toleda- »nas. Una oyendo ciertos sermones á un predicador, »los cuáles no iban con el órden y concierto que ella »y el demás auditorio quisieran, y murmurando, se- »gun sucede, otras muchas mujeres con ella, para »dar á entender que aquella persona todo el tiempo »que estudiaba en los Sagrados Doctores, tomaba de »ellos lo ménos substancial para sus sermones, dijo: »el Padre Fulano parece que toda la semana barre »los Santos, para después el Domingo echarnos el »estiércol, etc. » Lean los *Clamores de la razon contra los tumultos de la locuacidad*, que se imprimieron en esta Córte el año de 1683. Lean en Fray Tomás de Trujillo (2) sus expresiones ardientes, bien que hijas de su celo por el honor de Dios. Lean al citado Fray Diego de Estela (3), y observen el desprecio con que se explica: *Barbari quidam homines his propé lapsis temporibus insurrexerunt, qui sané egregium pris-*

(1) Retórica de Guzman, Convite IV fol. 90, 96, 97. Convite V, foleo 102, 103. Convite VI, fol. 124, 129. Convite IX, fol. 187. Convite X, foleo 195, etc.

(2) Fr. Tomás de Trujillo, in *Thesuro Concional. in præfatione et lib. V per tot.*

(3) F. Did. Estela, *Mod. Concion.* Véase fol. 16, 17, 24, 25, 27, 31, 51, 52, 76, 80, 89, 120, 123, 124, 125, 127.

corum dicendi characterem, quod illi paratissimo calamo depinxerunt, carbonibus suis abolentes, et quasi meri Grammatici litteram summis (ut aiunt) labiis degustantes, explicabant: et quæ intrinsecus latebant mysteria, quasi Scripturæ Sacræ litteris eruti, et spoliati, non calluerunt: tanquam ad miserorum refugium ad sua se conferebant monstra. Et ut in Tragicis actibus fieri solet, unus et idem solus vicissim personatus incedit, nunc Regis, nunc pastoris, nunc militis gloriosi, tandem pulchræ fœminæ et elegantis formæ personarum acturus: Non secus hi concionatores videntur facere qui typicum Isaac in medium trahentes, quem Cristum significare dicunt: et in eadem forma permanentem, æternum patrem faciunt. Mox quasi personatus incedens, hunc Cristianum representare dicunt: et tandem in montem eundem convertunt. Egregia quidem monstra et probè machinata portenta..... Hæc nisi detesteris figmenta, et quasi à facte aspidis non subterfugias, eo quidem longè abest ut probus concionator evadas, quam ego ut volare queam. Vean el modo con que acusa los mismos y otros defectos Fray Juan de Segovia (1). Lean la burla con que los trata el Padre Fray Juan de Pineda en su *Agricultura Cristiana*, llaman'olos predicadores de las Alpujarras, enjertos en Toledanos, con romance nuevo de Mandinga ó Moscovia, que echan un estomaticon de alchêrmes, y un emplaso de médulas con que más empalagan á los cuerdos, que si los embutiesen de chicharrones.

Refiere este lugar el maestro Bartolomé Gimenez

(1) F. Joannes Segobiensis, de *Prædicatione Evangelica*, pág. 107, 264, 265, 389, 433, 478, 486, 493, 494, 496, 499, 500, 501.

Paton (1), y añade estas palabras; *Como testigo de vista puede afirmar que predicando cierto predicador de los de este jaez, ciertos caballeros mozos (más amigos de chocarrerías, que de doctrina devota), en sabiendo cuándo y dónde predicaba, hacian llevar con cuidado sillas diciendo, que no habia comedia más barata, que oír aquel predicador, ni truan Velasquillo más de valde. Y se trató de remediarle, y que no predicase, porque convenia por estar enfermo de este vicio. El cual por ser no solo contra preceptos de la buena elocuencia, mas porque es contra la Religion, debe huirse.*

Sin duda seria de este mismo jaez el predicador de quién hace memoria Fray Tomás Ramon, del Orden de Predicadores (2), en estas palabras: «Así le sucedió el año de 1630, en Sevilla, á un predicador de estos críticos y cultos, que con sus sermones tan floreados llevaba como embelesada la gente, que á pocos sermones que hizo, como eran todos violentados, y traia la divina Escritura al redopelo, (como lo hacen los que dan en este devaneo), le mandaron los señores inquisidores que no predicara más. Santo y justo mandamiento, y que tienen obligacion los preladados en conciencia á hacer..... con los que en esto son defectuosos, y no permitir en sus iglesias suban al púlpito semejantes bufones, hinchados y desvanecidos.»

Esto dice del siglo pasado este sabio y prudente religioso, y aunque por lo que toca al presente en que es mayor el daño, no me precio de anticipar cen-

(1) Maestro Bartolomé Jimenez Paton, *Elocuencia española*, fol. y 58 C. Vease fól. 95 y B. 104, B. y 141.

(2) Fr. Thomás Ramon. *Nueva Pragmatica de reformation contra el lenguaje culto, y su mas uso*, 324.

suras, ni el respeto que profeso á quién tiene autoridad para hacerlas y promulgarlas me lo permite; sin embargo, creo, que si, como lo espero, llegase el caso de examinar con la justificacion acostumbrada los expresados sermones, se han de mandar quitar de ellos muchas proposiciones mal sonantes, escandalosas, sentencias dignas de censura teológica, y máximas impropias de proferirse y enseñarse al pueblo cristiano en nombre del Espíritu Santo, y mucho más de que se impriman, reparan y vendan libremente á toda la nacion.

Lo contrario deberia decirse de su historia de V., pues, al paso que ilustra á nuestra nacion con el prodigioso hallazgo de su Gerundio, es un eficaz sermón á vulgo de nuestros predicadores, para atraerlos al cumplimiento de su obligacion. No será ménos oportuno remedio para los oyentes; pues instruidos y prevenidos de lo que es paja, fruslería y puerilidades, las evitarán, y solo anhelarán á oír los buenos predicadores, de quiénes pueden esperar aprovecharse, cogiendo el fruto de la palabra de Dios. Con este mérito y estas utilidades; ¿qué hombre de juicio no aplaudirá el trabajo de V? yo por lo ménos le aseguro mis vivos deseos de que lo publique, y de que continúe y haga lo mismo con su segunda parte, para que llenando así el círculo, se consiga más bien su piadoso y cristiano fin.

Dios guarde á V. muchos años como deseo. Madrid y Enero 6 de 1757.

B. L. M. á V. su más afecto servidor, amigo y capellan,

D. JUAN DE SANTANDER.

CARTA del Señor D. Miguel de Medina, del Consejo de su Magestad, su Secretario, y Contador general de Medias-Anatas, Espolios y vacantes eclesiásticas, y Académico del número de la Real Academia de la Historia.

MUY Señor mio y mi amigo. Aún cuando yo fuera como V. me contempla, por el mismo hecho de explorar mi dictámen en una obra de objeto tan digno y tan sagrado, como la que me remite, estaria muy dudoso en contestarle, ó en corresponderle con aquellos aplausos, que son debidos á la fineza con que me favorece, al mérito de V., y al de la obra que intenta publicar.

En España, señor mio, los legos solo ayudamos las misas; y si nos admiramos cuando oimos que hay sacerdotes casados en la Iglesia Griega, no es tanto por la dificultad que encontramos en unir el tálamo con el sacerdocio, sino es por una casi imposibilidad, que concebimos, en que un hombre pueda entender de púlpito, de teología y de materias sagradas, viviendo con su mujer.

Acaso V. me dirá, que aunque esta sea la opinion de los más, no es V. del número de los que la siguen. Que sabe, que las letras, bien sean sagradas ó profanas, ni tienen estado, ni son machos ni hembras. Que San Próspero é Hilario, ámbos legos, fueron los primeros que tomaron la pluma contra Casiano y sus monjes de Marsella, en defensa de la gracia y excelentes obras de San Agustín, sobre la predestinación de los Santos y don de la perseverancia. Que Eusebio, después obispo de Dorileo, siendo lego, fué el

primero que en Constantinopla se opuso públicamente con indecible fortaleza á los sermones de Nestorio, y descubrió al clero y pueblo el oculto veneno de su herejía. Que..... Pero V. no querrá decir tanto, ni tendrá á bien la prolija pedantería de que le formo una Biblioteca de legos sabios, escritores en materias sagradas, lo cual seria necesario si los hubiese de referir todos.

Bastará, que para probar la justicia de la opinion de V., y para hablar con más precision en el asunto, me arguya con el ejemplar del erudito Corbata Don Gregorio Mayans y Siscar, que en nuestros dias, renovando la memoria de algunas reglas de oratoria sagrada, fué el primero que declamó de propósito, en idioma en que todos lo enten liesen, contra los lastimosos abusos de nuestros púlpitos, publicando en el año de 1733 su librito, el *Orador Cristiano*.

Todo esto y mucho más podrá V. decirme para alentar mi timidez, pero ni con todo ello ni con mucho más podrá V. persuadirme á que yo meta mi hoz en materias, que no son de mi miés. Pudieron muy bien hacerlo en aquellas ocasiones San Próspero, Hilario, Eusebio y otros, y aún, D. Gregorio Mayans; pues á los primeros los defendian su virtud y sabiduría, y al último el ser á la sazón catedrático del Código, y maestro público en una universidad; pero como á mí me faltan estos méritos, seria sorprendido con la censura de haberme incluido en negocios del santuario, sin ser sacerdote griego, ni teólogo de profesion.

Fuera de esto, aún cuando V. explorase mi opinion, solo con respeto á los preciosos derrames, ó

episodios que amenizan su obra, son tantos y tan varios, y algunos tan problemáticos, que sería necesario que esta carta pasase á ser libro, y que V. me prestase la destreza y magisterio universal, que manifiesta en ellos, para que yo pudiese darle dictámen *ex Cúthedra*, ó responderle con solidez.

No obstante esta justa excusa, si en cuanto al objeto principal de su obra buscase V. en mí solo aquellas razones *à posteriori*, que por sus experiencias podrá darle cualquier cristiano, que ciña espadín, le diré, que he visto de todo. La compasion, la ira, el celo cristiano, la risa, el llanto, todos mis afectos, las más de mis pasiones han tenido, ó cebo, ó ejercicios al oír muchos predicadores. Pero como he notado en algunos aquella majestad, aquel fuego sagrado, aquella uncion, aquella solidez de doctrina, de pensamientos cristianos, aquella sentencia que brilla, que embelesa, que enciende en los Granadas, en los Barcias, en los Gallos, en los Señeris, en los Flechierres, en los Colombierres, en los Bourdalues, y al fin, como he visto en ellos la virtud del Evangelio, y la eficacia de la palabra de Dios, por mi propia experiencia, por mi edificacion; el fruto de estos pocos me ha hecho desear la imitacion de todos, la necesidad de oportuno remedio para cortar, para impedir la lastimosa é inútil tarea de muchos.

Sin querer he dicho ya á V. en estas últimas expresiones cuánto siento, y todo mi dictámen en orden al entusiasmo ó novela de su héroe, ó sea figuron de Fray Gerundio. La medicina parece acre al primer aspecto; así lo confiesa V. en su eruditísimo, exquisito, inimitable prólogo: pero ¿qué medicina se re-

probó jamás por acte en enfermedades capitales si se espera probabilísimamente, que ha de ser remedio? ¿y cuánto se promoverá el honor y gloria de Dios, el de la religion, y el de toda nuestra nacion, si acertase á ser oportuno el de la Historia de Fray Gerundio? ¿Son siempre ocultos, y tal vez extraordinarios los senderos que toma la Providencia en sus más altos designios, y muchas veces para humillacion nuestra dispone, que de causas ó accidentes ruinosos ó despreciables, resulten compuestos ó substancias peregrinas que sabemos si para confesion, si para escarmiento de los que fuesen profanadores de la cátedra del Espiritu Santo, si para la comun cristiana utilidad de los fieles, tiene reservada á esta invencion la reforma de nuestra Oratoria Sagrada; así como quiso librar sobre la fecunda fantasía de Cervantes el destierro de los perniciosos libros de caballerías? Debemos así esperar lo por una probable conjetura; y tambien, que el nombre de V. será en el dia tan famoso entre las demás naciones de la Europa, y tan glorioso en la posteridad de la nuestra (porque hoy será difícil,) como lo han sido siempre los Cervantes y los Quevedos, formando así un triunvirato, el principado de nuestra varia y festiva literatura.

Quedo reconocido á V. por haberme anticipado el gusto de una leccion tan grata y tan amena, y con el deseo de servirle y obsequiarle en cuanto lo permitan mis facultades laicâles.

Dios guarde á V. muchos años, que deseo. Madrid y Noviembre primero de 1757.

B. L. M. de V. su seguro amigo y servidor.

D. MIGUEL DE MEDINA.

PRÓLOGO

CON MORRION.

PORQUE (hablemos en puridad) eso de *Prólogo de Galeato*, es mucho latin para principio de una obra lega. Aunque el héroe de ella se supone que fué predicador y de misa, desengáñate, lector mio, que dijo tantas, como sermones predicó. Yo le concebí, yo le parí, yo le ordené, yo le despaché el título de predicador; para todo lo cual tengo la misma autoridad y el mismo poder, que para hacerle Obispo y Papa. Y sino, dime con sinceridad cristiana: si Platon tuvo facultad para fabricar una república en los espacios imaginarios; Renato Descartes para figurarse un mundo como mejor le pareció; muchos filósofos modernos, alumbrados de Copérnico, y atizando la mecha mi amigo y señor Bernardo Fontenelle, para criar en su fantasía tantos millones de mundos, como millonés hay de estrellas fijas, y todos habitados de hombres de carne y hueso, ni más ni menos como nosotros: ¿qué razon habrá divina y humana, para que mi imaginativa no se divierta en fabricarse un padrecito rechoncho, atusado y vivaracho, dándole los empleos que á ella se la antojare, y haciéndole predicar, á mi placer, todo aquello que

me pareciere? ¿por ventura la imaginacion de los susodichos señores míos, y de otros ciento que pudiera nombrar, tuvo algun privilegio que no tenga tambien la mia, aunque pobre y pecadora?

2. Segun eso, me replicarás, ¿no ha habido tal Fray Gerundio en el mundo? Vamos despacio, y dejadme tomar un polvo, que la preguntica tiene uñas. Ya le tomé, y voy á responderte. Mira, hermano, *Fray Gerundio de Campazas*, con este nombre y apellido, ni le hay, ni le ha habido, ni es verosímil que jamás le haya. Pero predicadores Gerundios, con *Fray* y sin él, con *Don* y sin *Don*, con capilla y con bonete, en fin, vestidos de largo, de todos colores, y de todas figuras, los ha habido, los hay, y los habrá como así, si Dios no lo remedia. Cuando dije *como así*, junté los dedos de las manos, segun se acostumbra. No digo yo, que en alguno de ellos se unan todas las sandeces de mi querido Fray Gerundio, que aunque eso no es absolutamente imposible, tampoco es necesario; pero tanto como que todas ellas están esparramadas y repartidas por aquí y por allí, tocando á este más y al otro ménos, esa es una cosa tan clara, que la estamos palpando á vista de ojos. Pues, ¿qué hice yo? No más que lo que hacen los artífices de novelas útiles, y de poemas épicos instructivos. Propónense un héroe, ó verdadero ó fingido, para hacerle un perfecto modelo, ó de las armas, ó de las letras, ó de la política, ó de las virtudes morales, que de las evangélicas hartos tenemos verdaderos, si los queremos imitar. Recogen de este, de aquel, del otro y del de más allá, todo aquello que les parece conducente para la perfeccion de su idolillo, en aquella

especie ó línea en que le quieren sacar redondeado. Aplicanselo á él con inventiva, con proporcion, y con gracia, fingiendo los lances, pasos y sucesos que juzgan más naturales para encañenar la historia con las hazañas, y las hazañas con la historia; y cádate aquí un poema épico, en verso ó en prosa, que no hay más que pedir.

3. ¿Parécete á tí, que hizo más Homero con su Ulyses, Virgilio con su Eneas, Jenofonte con su Ciro, Barclayo con su Argénis, Quevedo con su Tacaño, Cervantes con su Quijote, Salignac con su Telémaco? Y si todavía quieres que luzca un poco más lo erudito á bien poca costa; ¿juzgas que las *Obras y Dias* de Hesiodo, el *Hero y Leandro* de Museo (ó de quién fuere), el *Adónis* del caballero marino, la *Dragontea* de Lope de Vega, y la *Numantina* de Don Francisco Mosquera, fueron más que unos poemas épicos, más ó ménos perfectos, más ó ménos ajustados á las leyes de la epopeya, que plugó promulgar á sus epopeyarcas y legisladores? Ea, no me tuerzas el hocico, ni me digas que entre las obras que cito hay algunas en prosa, que consiguientemente no pueden pertenecer á la clase del poema épico. Cier-to que tienes mala condicion. Sobre si el verso es ó no es esencial y necesario al poema épico, se dan sendos remoquetes los autores, y hay entre ellos una zambra y baraunda de mil diantres; tú, aplícate al partido que te pareciere más fuerte, en la inteligencia de que, hasta ahora, ningun Papa ó concilio general lo ha definido, y así no te han de obligar á abjurar, ni aún *de levi*, porque sigas cualquiera de las dos opiniones.

4. Pero, si todavía te mantienes reaz ó reacio (que no sé, á fé, como se debe decir), en que mi pobre Fray Gerundio no merece sentarse en el banco elevado y aforrado en terciopelo carmesí, de los poemas épicos; ya porque está escrito en prosa lisa y llana, y harto ratera; ya porque mi héroe no es por ahí algun Lantgrave, que era lo ménos que podia ser, para que se le hiciese lugar en la dieta épica, segun la decision del Poeti-Consulta Horacio:

*Res gestæ Regumque, Ducumque, et tristia bella,
Quo scribi possent numero, monstravit Homerus.*

y ya, finalmente, porque falta á mi obra el papel ó el personaje principal de todo poema épico, que es *el Héroe*; puesto que el cuitado Fray Gerundio, no solo no era descendiente de los dioses, pero ni aún del Cid Campeador, Lain Calvo ó Nuño Rasura, lo que por lo ménos era menester para darle la investidura de héroe; amen de faltarle las otras calidades indispensables para entrar en la Orden del Heroísmo; conviene á saber, magnanimidad, constancia, corpulencia, robustez y fuerza extraordinaria. Digo, que si por estas y por otras muchas razones te estás erre que erre en que esta no es composición épica, ni calabaza; por mí, que no lo sea, que no es negocio de romper lanzas por esta bagatela.

5. Estoy viendo que aún te queda allá dentro cierto escrupulillo sobre esto del Epicismo. Dirásme, como si lo oyera, que el principal fin de toda composición épica es encender el ánimo á la imitación de las virtudes heroicas, por el ejemplo del héroe, fingido ó verdadero, cuyos rasgos y hazañas se representan. Y

más, que si esto mismo me lo quieres decir en latin, para aturrullarme un poco, y para que yo sepa, que sabes tú dónde te muerde el zapato épico, me esperarás en mis barbas toda la autoridad de Pablo Beni (antes el *Padre Pablo*), el cuál dice así en su comentario sobre la Poética de Aristóteles: *Certum est heroico Poemati illud esse propositum, ut Herois alicujus, et Ducis egregium aliquod factum celebret, in quo idea quædam et exemplum exprimat fortitudinis, ac militaris civilisque prudentiæ.* En cuya consecuencia dirás (y al parecer no te faltará razon), que tan léjos estoy yo de proponerme en mi obra un perfecto modelo de heróica oratoria, á cuyo ejemplo incite la imitacion, que antes bien te represento el dechado más ridículo, que se puede imaginar, para mover á la fuga y á la abominacion.

6. ¿Parécete que me has cogido ya en la ratonera? pues óyeme esta erudicioncilla. Léila no sé dónde, y no es negocio de perder ahora dos ó tres horas de tiempo en buscar el autor, para darte la cita. Haz cuenta, que lo dice Plutarco ó cualquiera otro autor de los tantos, con quién tengas más devocion. Habia en Aténas un célebre músico (sin duda que debia ser maestro de capilla), de cuyo nombre tampoco me acuerdo. Llámale Pitágoras, si te pareciere, que es cuestion de nombre. Éste, para enseñar la música á sus discipulos, segun todos sus modos diferentes, *Dorio, Lidio, Mixti-Lidio, Frigio, Sub-frigio, Eolio*; ¿qué hacia? Juntaba cuidadosamente las voces más desentonadas, más ásperas, más carraspeñas, más becerriles y más descompasadas de toda la república. Hacíaslas cantar en presencia de sus escolares, en-

cargando mucho á estos, que observasen cuidadosamente el chirrion desapacible de las unas, el tala-drante chillido de las otras, el insufrible desentono de estas, y los intolerables galopeos, brincos, corcobos y corbetas de las otras. Vuelto después á sus discípulos, les decia con mucho cariño y apacibilidad: *Hijos, en haciendo todo lo contrario de lo que hacen estos, cantraeis divinamente.*

7. Paréceme que ya me has entendido lo que te quiero decir; pero, si todavía no has caido en cuenta, no doy dos cuartos por tu entendimiento, y vamos á otra cosa, que no hemos de andar á mogicones, aunque digas, que esta obra á lo más es una desdichada novela, y que dista tanto del poema épico, como la tierra del cielo.

8. Un poco más serio te pones para hacerme otra pregunta. Supuesto que hay tantos predicadores *Gerundios*, por desgracia de nuestros tiempos, con *Fray* y sin él, con *Don* y sin *Don*, de capilla y de bonete, como yo mismo confieso, ¿qué motivo he tenido para pegar á mi Gerundio el *Fray*, más que el *Padre* á secas, ó su *Don*, si otro turuleque? Es pregunta substancial, y pide seria satisfaccion: vóitela á dar, y óyeme con indiferencia; pero ántes de entrar en materia, escúchame este cuento: Fué cierto receptor á no sé que pesquisa á Colmenar el Viejo, lugar de veinte vecinos: examinólos á todos, y espetáronle una sarta de mentiras. Aturdido el receptor, dijo al alcalde santiguándose: *Jesús! Jesús! aquí se miente tanto como en Madrid.* Replicóle el alcalde: *Perdóneme su mercé, que aunque en Colmenar se miente todo lo posible, pero en Madrid se miente mucho más, porque hay más que mientan.*

9. No me negarás, que es mucho mayor el número de los predicadores que se honran con el nobilísimo, santísimo y venerabilísimo distintivo de *Fray*, que el de los que se reconocen con el título de *Padre*, ó con el epíteto de *Don*. Para cada uno de estos, hay por lo ménos veinte de aquellos; porque las familias mendicantes, no clericales, que todas le usan, y las monacales (que muchas le estilan, otras no) son sin comparacion más numerosas, que todas las religiones de clérigos regulares, dónde no se ha introducido. Los que en el clero secular ejercitan el ministerio de predicar, claro está, que en el número no pueden compararse con los que ejercen el mismo ministerio en el estado religioso. Pues ahora, aunque en todas las demás profesiones y estados, hay sin duda muchísimos Gerundios, que predicán mal, no hay ni puede haber tantos como en las otras: ¿Por qué? porque en ellas son muchísimos más los que predicán. De manera, que toda la diferencia está en el número y no en la substancia. Siendo, pues, el fin único de esta obra desterrar del púlpito español los intolerables abusos que se han introducido en él, especialmente de un siglo á esta parte, parecia puesto en razon buscar el modelo dónde son más frecuentes los originales, precisa y únicamente, porque es más copioso el número de los predicadores.

10. Si hubieran de leer este prólogo no más que hombres discretos, bastaba lo dicho, para que sobre este capítulo quedásemos todos en paz; pero como es naturalísimo, que le lean también otros muchos, que no lo sean tanto, es menester decirlos esto mismo de otra manera más de bulto.

11. Díme tú, bonísima criatura (ahora hablo por ahí con un labrador de pestorejo, hombre sano, y que sabe leer casi de corrida), haz cuenta que para burlarme, y al mismo tiempo para corregir la desordenada pasión al tabaco de los segadores, la inclinacion al vino de los coritos, y la fantástica ventolera de los alojeros, se me antojase escribir la vida de un alojero ideal, de un corito ente de razon, y de un segador imaginario; ¿no era naturalísimo, que á mi hombre le hiciese, si era segador, gallego; montañés, si era alojero; y si era corito, asturiano? ¿Se estaba cayendo de su peso? ¿Por qué? Porque, aunque es cierto, que hay coritos, alojeros y segadores de todos los pueblos y naciones; pero respecto de las tres que he dicho, los de todas las demás es un puñado de gente, y pedía esto la propiedad de la ficcion. Ea, pues, aplica el símil, y no me quiebres la cabeza.

12. Otra vez te vuelves á fruncir, y me replicas con sobrecejo. Pase el título de *Fray*, pero el nombre de *Gerundio*; ¡nombre ridículo, nombre bufon, nombre truanesco! Eso parece que es hacer burla del estado religioso, y con especialidad de aquellos religiosos institutos, que hacen tan honrada y tan gloriosa vanidad del epíteto de *Fray*; porque, no hay duda, que lo burlon y lo estrafalario del nombre se refunde en el estado.

13. ¡Pecador de mí! ¡Y cómo se conoce, que no sabes con quién tratas! Mira, si supiera yo, que habia en el mundo quién me excediese en la cordial, en la profunda, en la reverente veneracion que profeso á todas las religiones que hay en la Iglesia de Dios, sin distincion de institutos, de colores ni de

vestido: si llegara á entender, que habia quién me hiciese ventajas en abominar, en detestar, en hacer el más soberano desprecio de todos aquellos, sean de la clase que fueren, que toman con vilipendio el religiosísimo nombre de *Fray*, en su indigna, en su necia y en su presumida boca: si creyera que alguno pudiese dejarme atrás en lastimarme, en compadecerme de aquellos pobres infelices religiosos (hay algunos, por nuestra desdicha, de todos institutos y profesiones), que recíprocamente miran, con ménos amor, estimacion y aprecio á los de otras familias, ó porque no convengan en algunas opiniones, ó por otros motivos puramente humanos y mundanales, ajenos de aquel purísimo, nobilísimo y santísimo fin, á que todos debieran aspirar en sus operaciones, segun la peculiar y privativa profesion de cada uno: digo, que si me persuadiera á que alguno me excedia en algo de esto, me tendria por hombre desgraciado, y á quién le habia tocado la triste suerte de nacer entre las heces de los cristianos, y aún de los racionales.

14. Te parece en Dios y en conciencia, que quién mamó con la leche estos dictámenes, quién debió á Dios la gracia de que se los arraigase más y más en el ama una cristiana y honrada educacion; quién se ha confirmado en la mismas máximas con alguna tal cual lectura de libros, y con una más que mediana experiencia de mundo; ¿te parece, vuelvo á decir, que un hombre de este carácter pensaria en decir cosa, que ni de mil y quinientas leguas pudiese desdorar al sagrado estado religioso? No es verosímil.

15. Ea, vamos serenos. Con efecto, la misma ri-

diculez del nombre y su misma inverosimilitud, resguardan el respeto que se debe al Estado, en lugar de ofenderle. Ella misma acredita, que ni ha habido ni verosímilmente puede haber tal hombre en tal estado, y no solo desvia el figurado agravio de la profesion, sino de las personas. Fingiéndose una, que ni ha existido ni puede existir, solo se dá contra los defectos, sin lastimar á los individuos. Si alguno de ellos se hallare comprendido en los que se notan, le aconsejo que calle su pico y tenga paciencia; pues lo mismo hacemos los pobres pecadores, cuando desde el púlpito nos cardan la lana.

16. Y ya que te vas suavizando un poquitico, hablemos en confianza; ¿hay por ventura en el mundo, ni aún en la Iglesia de Dios, estado alguno tan santo, tan sério ni tan elevado, dónde no se encuentren algunos individuos ridículos, exóticos y extravagantes? ¿Las extravagancias y las exotiqueces de los individuos, son por ventura exotiqueces ni extravagancias del estado? Claro está que no. Y si algun satírico ó algun cómico quiere corregirlas, haciendo visible y como de bulto su ridiculez, ya en la sátira, ya en el teatro; ¿no se vale siempre de algun nombre fingido, y por lo comun estrafalario, para que ni aún la casualidad pueda hacer que recaiga la reprimenda sobre sujeto determinado? No tienes más que preguntárselo á Horacio, á Juvenal, á Boileau, á Terencio, á Molière, y á muchos de nuestros cómicos.

17. Horacio en la cabeza de Tigelio, hombre que no habia *in rerum natura*, corrige mil defectos muy frecuentes en los hombres de todos los estados, clases y condiciones. Juvenal se finge á no sé qué Pón-

tico, para dar en él, como en centeno verde, contra los nobles que hacen gran vanidad de su genealogía, y ninguna de imitar las virtudes y las hazañas de sus ilustres progenitores. Boileau, en la supuesta persona del poeta Damon, se burla con gracia de mil monadas que se usan en las córtes, de los raros fenómenos que en ellas se ven, y de los artificios que se estilan. Pero si todavía se te antojare replicarme, que estos eran hombres reales y verdaderos, que comian y bebían, ni más ni ménos como comemos y bebemos los cristianos, ni por eso hemos de reñir; que yo en ciertos puntos de erudicion y crítica, que importan un comino, soy el hombre más pacífico del mundo.

18. Pero dime; ¿ha habido hasta ahora en él alguno, que se llamase *Tartufa*? Y con todo eso, el bellaco de Molière, en la más ruidosa de sus comedias, y no sé yo también si en la más útil, debajo de este ridículo nombre, dá una carga cerrada á los hipócritas de todas profesiones, que los pone tamañitos. Y cierto, que se le dará mucho de eso á San Francisco de Sales, ni á todos los que son verdaderamente virtuosos; ¿has conocido alguno, que en la pila del bautismo le pusiesen el nombre de *Trisotin*? Pues á la sombra de él sacude valientemente el polvo el referido autor en la bella comedia de las *Mujeres sabias*, á todos los preciados de *Ingénios*, por cuatro equivoquillos de cajon, y media docena de dichicos sin substancia, con que espolvorean las conversaciones, acechando la más remota, y muchas veces la más importuna ocasion para encajarlos; y ¿qué cuidado le dará de tal Trisotin á Don Francisco de Quevedo, ni á los demás ingénios verdaderos? ¿sabes que se haya

paseado por esas calles algun marqués *Mascarilla*, ó algun vizconde de *Jodelet*? Pues á Molière se le antojó despachar esos dos títulos, perdonándoles las lanzas, y las medias annatas, á dos bufones, lacayos de dos marqueses verdaderos, para hacer una sangrienta, pero bien merecida mofa de las *Preciosas ridiculas*. Y en verdad que no tengo noticia, de que por eso hayan perdido hasta ahora el sueño ni el marqués de Astorga ni el vizconde de Zolina. Finalmente; ¿no me dirás en qué pila de Segovia está bautizado el *Gran Tacaño*? Y, sin embargo, no he oido quejarse á ninguno de los originales que representa esta copia, de que fuese denigrativa de su estado ó profesion. Quedemos, pues, de acuerdo en que Fray Gerundio á ningun estado ofende; y si perjudicare á alguno, seguramente no será por la regla que profesa, sino por los disparates que dice. Corrijalos, y seremos grandisimos amigos.

19. ¿Quiéres acabar de persuadirte á esta verdad? ¿Quiéres confesar, aunque te pese, que en esta obra no se ha podido proceder con mayor miramiento ni con mayor circunspeccion, para guardar el decoro y el respeto que por todos títulos se debe á las sagradas familias? Pues haz no más que las reflexiones siguientes: 1.^a Con grande estudio se escogió el epíteto más genérico y más universal entre ellas, para que á ninguna determinadamente se pudiese aplicar con razon el individuo ideal de nuestra historia. 2.^a El mismo cuidado se puso en evitar escrupulosamente cuántas señas particulares podian convenir á unas más que á otras, entre aquellas que se honran y se distinguen con el epíteto más comun. Y aunque

es cierto que en esta ó en aquella pintura ó descripción hay tal cual rasgo, que no se puede adaptar á algunas, son realmente muy pocas, respecto de las muchas á que son adaptables los retratos indiferentemente. 3.^a y principalísima: nota bien, que casi siempre que Fray Gerundio ó cualquiera otro religioso desbarra en algun sermón, plática, máxima ó cosa tal, se le pone inmediatamente al lado otro sujeto del mismo paño, lana ó estameña, que le corrija, que le reprenda, que le enseñe. Obsérvalo en Fray Blas con el padre ex-provincial, y en Fray Gerundio con el maestro Prudencio, sin hablar ahora del provincial, que con tanta solidez deshizo los disparates del lego, cuando éste habló con tan poca reflexión al niño Gerundio; esto, ¿qué quiere decir? Que si en el estado religioso se encuentra algun botarate, cosa que no es imposible, apénas se hallará tampoco, no digo religion, sino casa ó comunidad tan reducida, dónde no haya otros hombres verdaderamente sabios, doctos, ejemplares y prudentes, que floren los desaciertos, y que clamen contra ellos. Digo, ¿no es esto venerar las religiones y volver por su decoro?

20. Aún á los individuos particulares, cuyas obras públicas se desaprueban, se les guarda este respeto, siendo así, que los que dan á luz sus *producciones* (es terminillo de moda), ya las hacen *juris publici*, las sujetan al exámen y á la censura de todos, y cada pobrete puede decir con libertad lo que siente, dentro de los términos de la religion, de la urbanidad y de la modestia. Como no se toque á la persona del autor en el pelo de la ropa, que esto no es lícito, sino cuando se trata de defender la religion, por el

parentesco que esta tiene con las costumbres; por lo que toca á la obra, cada uno puede repelarla, si hay motivo para ello, citándola con sus pelos y señales y llamando á juicio al padre que la engendró, con su nombre y apellido, dictados, campanillas y cascabeles. En medio de esta facultad, que tienen todos por tácita concesion de los autores, en nuestra historia se observa una circunspeccion exquisita, para que ninguno se dé justamente por ofendido. Censúranse en ella muchos sermones, y no sermones, de regulares y de no regulares, segun las ocasiones que salen al encuentro; pero á ningun autor se nombra. Pónese el título del sermon, de la obra ó de lo que fuere: dícese á lo más, ó se apunta la profesion genérica del autor; pero en llegando al instituto particular que profesa, y especialmente á su nombre, chiton, altísimo silencio. De manera, que solamente los que hubieren leído las obras, y tuvieren presente sus autores, podrán saber sobre quién recae la conversacion; los demás se quedarán en ayunas, y á lo sumo sabrán, que *un tal* escribió otro *tal*, ó predicó otro *cual*, que no era para escribirse ni para predicarse. No cabe mayor precaucion.

21. Solo á uno se exceptúa de esta regla general. Este es el Barbadiño, á quién se le quita el sagrado disfraz, de que indignamente se vistió; se le arrancan las barbas postizas que se pegó, como vegete de entremés; y se le hace salir al público con su cara lampiña natural, ó á lo ménos barbihecha, con su peluquin blondo y redondo, ú ovalado por lo ménos; con su cuelli-valona almidonada, y de azul á la italiana; con su muceta de martas, terciada hácia la iz-

quierda á lo Arcediano majo; con su cruz caballeral bien hendida de hasta que no hay más que pedir; con su roquete á puntas delicadas, que le podia traer un Padre Santo de Roma; con su bonetico cuadrado y mocho, arrimado al pecho, y sostenido con los dos dedos de la mano derecha, tan pulidamente, que no parece sino que el hombre toma bonete, como otros toman tabaco; con su librote de á marca empinado en la mesa, y asido con la mano izquierda por la parte superior, que en cualquiera honrado facistol podria parecer con decencia; y finalmente con su tinteron en figura de brocal de pozo, y en medio una pluma torcida, que remata en rabo de zorra por la mano zurda del penacho. Este es el retrato del señor Psuedo-Capuchino, que tengo en mi estudio para divertirme con él cuando me dá la gana.

22. A este solo *signor Abate* se le señala con el dedo, sacándole á lucir con todos sus dictados, bien que todavía se le perdona el nombre y el apellido, aunque se sabe muy bien como es su gracia y la pila en que se bautizó. Para esta excepcion de nuestra regla general, hubo buenas y legítimas razones. ¿Por qué se habia de perdonar á un hombre, que á ninguno perdona? ¿por qué se habia de tener algun respeto á quién no le tiene á los mismos Santos Padres, doctores y lumbreras de la Iglesia? ¿por qué se habia de llevar la mano blanda con quién la lleva tan bronca y tan pesada con los maestros y príncipes de casi todas las facultades? ¿quién habia de tener paciencia para halagar, acariciar y quitar el sombrero con mucha cortesía al que no sabe tratar con ella sino á los En-siskmildes, á los Scheuchzeros, á los Braudrandos,

á los Strauchios, á los Beveregios, á los Krancios y á otros autores *ejusdem farinae*, pasándose con la gorra calada delante de los hombres de mayor veneracion que todos respetamos? Al Reverendísimo, eruditísimo, sabio y discreto maestro y señor Feyjoó le trata como pudiera á un monaguillo. Y es la gracia, que en aquellos puntos en que convienen los dos, no se vale el Barbadiño de otras razones, que las que trae el maestro Feyjoó, sin más diferencia, que esforzarlas éste con hermosura, con nervio, con eficacia y con modestia, y dejarlas caer aquel al desgayre, á lo farsanton, desdeñoso y despreciativo.

23. Finalmente, seria bueno que yo me anduviese ahora en ceremonias ni en cortesánias con un hombre que á todos los españoles nos trata de bárbaros y de ignorantes; pues hasta que él vino al mundo no sabíamos ni Gramática, ni Lógica, ni Física, ni Teología, ni Jurisprudencia, ni Cánones, ni Medicina; y, lo que es más, no sabíamos ni aún leer y escribir, ni aún las mismas mujeres sabian hilar, hasta que por caridad tomó de su cargo instruirnos á todos este *enciclopedista*, como él se llama, ó este corrector universal de todo el género humano, como le llamo yo. Perdóname, lector mio, que no te puedo servir en esto. Vínoseme á la pluma con ocasion oportuna ó importuna, que de eso no disputo ahora: presentóseme con viveza á la imaginacion el honor de la nacion española y portuguesa, á las cuáles, igualmente aja, pisa, atropella y aniquila: irritóme el entono, el orgullo y el desprecio con que trata á tanta gente honrada: fastidióme la intolerable satisfaccion y despotiquez con que trincha, corta, raja, pronuncia,

sentencia, define y vomita oráculos *ex tripode*; y, no pudiéndome contener, esgrimí la *maquera*, y allá van provisionalmente esos cuantos espaldarazos, reservándome el derecho de meterle la daga tinteral hasta la guarnicion, si alguna vez se me antoja tomar este asunto de propósito; porque, créeme, el hombre necesita de cura radical.

24. Quizá me dirás, que eso absolutamente no te parece mal, pero que desearias que hubiese venido más á cuento; porque no parece sino que muy *ex-profesamente* (úsase mucho éste adverbio en esta tierra) le fuí á sacar de alguno de los jardines de Roma, dónde estaria el pobre divertido, oyendo alguna buena serenata, solo y precisamente para cantarle otras áreas, que no le sonasen tambien; que si él se hubiese venido por su pié, adelante: pero que traerle yo arrastrando por los cabellos ó por las barbas; sobre ser mucha violencia, parece mala crianza. Amen de que no se hace verosímil, que una obra tan culta, tan exquisita y tan rara (pues aún anda á sombra de tejado) como *el Método* del Barbadiño, se hallase en la celda de un jóven tan simple, tan estrafalario y de tan mal gusto, como se pinta á Fray Gerundio. Y aquí te espiritarás de crítico, diciéndome, que toda inverosimilitud, en este género de obras, es un pecadazo de á fólio, y de aquellos que no se perdonan en este siglo ni en el futuro.

25. ¡Ahora te me andas con esos melindres! Mira, yo soy hombre sincero, y aunque sea contra mí, te he de confesar la verdad. Es cierto que desde que leí el tal dichoso *Método* (el cual, y quede esto dicho de paso, tiene tanto de método como el *Método de*

curar los sabañones, que compuso el otro barbero ó cirujano latino, de que se hace mencion en esta obra. Ya va largo el paréntesis, cerrémosle.) Es cierto, que desde que leí el tal dichoso *método* tuve un hipometódico de zurrarle bien la badana, que no me podia remediar. Es igualmente cierto, que dentro de la misma historia de nuestro Fray Gerundio, pude discurrir, buscar y disponer otro método mejor, y más natural para zurrársela: pero dime; ¿estoy yo por ventura obligado á seguir siempre lo mejor; parécete, que quien está reventando por vomitar, tendrá flema para andar escogiendo entre rincones, y para buscar aquel donde se exonere con más limpieza ó con menos incomodidad? Seria bueno, que por tu delicadeza reformase yo ahora quince ó veinte hojas de mi trabajísima ó trabajosísima historia, solo por zurrar al señor Barbi-Castron más metódicamente, más en solfa y más á compás? Anda, hombre, que no sabes lo mucho que esto cuesta á un pobre autor, y más si estan poltron como yo. Pero sino obstante te emberrinchas en que el baquetéo está fuera de su lugar, compongámonos, que yo no quiero pependencias. Desde luego me comprometo en el juicio de aquel alcalde, á quien se fué á quejar una mager, de que su marido le habia vareado muy bien las costillas lo más importunamente del mundo. *Declaro* (dijo el Juez) *que los palos fueron nullos, y se le apercibe al marido, que otra vez los dé con motivo, tiempo y en sazón.*

26. A lo otro que decias, de que no es verosímil que un hombre como Fr. Gerundio tuviese en su poder una obra como el *Método*, y que la inverosimilitud es un crimen *læsæ proprietatis* detestable, irre-

misible, imperdonable en este género de escritos, te digo, que me hubieras puesto tamañito con esa decision canónica; porque al fin, aunque pecador y miserable, soy timorato y un tantico escrupuloso, sino tuviera el testimonio de mi buena conciencia. En cuanto á lo primero, yo no sé para aquí y para delante de Dios; ¿qué impedimento dirimente podia haber en el pobre Fray Gerundio, para que no pudiese tener en su celda el método del Barbadiño ni más ni ménos como podia tener las coplas de Calainos, el Romance de los Siete Infantes de Lara, y la historia de los Doce Pares? Si porque es libro de contrabando, ántes por lo mismo debia de parar en él más que en otro, pues ya se sabe, que los contrabandos se guardan donde ménos se sospecha. Si por ser culto y exquisito, ciertamente, que las cartas del metodista no son ni tan cultas como las del célebre monsieur de Peiresc, ni tan exquisitas como las del cardenal Antonio Perrenot, por otro nombre el cardenal Granvela, ni tan misteriosas y tan apetecidas como las de Antonio Perez; y con todo eso sé yo, que muchas de las primeras pararon primero en las mochilas, y después en los fusiles de algunos soldados salteadores, que juzgando ser otra cosa, se las hurtaron á un caballero de Leiden; gran porcion de las segundas fué redimida del cautiverio de las boticas y de las especierías; y el tomo de las terceras se rescató de una taberna de la Maragatería, donde servia de cobertera á un pichel. Sino sabes que es *pichel*, pregúntaselo á cualquiera maragato, que yo no quiero decírtelo, porque no sepas tanto como yo. Así, que no solamente es verdad que *donde menos se*

piensa salta la liebre, sino que tambien falta el libro, donde menos se imagina.

27. Pero al fin, permitámoste de gracia, que tenga alguna pequeña inverosimilitud el lance; es posible, que has de ser tan inexorable conmigo, al mismo tiempo que callas y te muestras tan condescendiente con otros? Parécete más verosímil, que Segismundo en la comedia del *Alcazar del Secreto*, por el grande Don Antonio de Solís, se arrojase al mar en las costas de Epiro, y llegase á las de Chipre, embarcado ó sostenido solo de su escudo, sino que este fuese de corcho y Segismundo de papel? ¿parécete más verosímiles los oráculos, que á cada paso interrumpen á nuestros representantes, adivinando lo que ellos iban á decir para que el suceso parezca misterioso? ¿parécete más verosímiles aquellas voces, que salen de la música tan á tiempo, que se adelantan á decir cantado aquello mismo que el cómico iba á pronunciar representado? ¿parécete más verosímiles aquellos versos, pensamientos y conceptos, en que prorumpen dos representantes, que á un mismo tiempo salen por diferentes puertas, y sin verse ni oirse, lo mismo que dice el uno, dice el otro, sin más diferencia, que la material de las voces? En fin, si quieres una carga de estas inverosimilitudes, no tienes más que acudir á la insigne *Poética* de D. Ignacio de Luzán, y allí encontrarás tantas, que no podrás con ellas.

28. Y no te parezca por Dios, que solos nuestros españoles son reos de esa verosimilitud en sus composiciones cómicas y no cómicas. Ahí tienes entre los franceses á Molière, á Racine, y todavía, como

dicen, chorreando tinta, á monsieur de Boisy en su celebrada comedia, *Les dehors trompeurs, ou l'homme du jour*; no tienes más que leer esta, y casi todas las de los otros dos, y encontrarás á cada paso tantos lances inverosímiles, que te hagas cruces, pareciéndote, y con razon, que muchos de aquellos sucesos solamente pudieron acontecer por arte de encantamiento. Y porque no me digas que el primero lo conoció así, pero que de propósito no lo quiso enmendar, burlándose con mucha sal de las escrupulosas reglas á que se quiere estrechar la composicion cómica, y sentando por principio universal que la suprema y aún la única regla de todas era el arte de agradar al público, te presentaré, si me aprietas demasiado, al mismo mismísimo Cornelio, al soberano Cornelio, reconocido generalmente de todos, franceses y no franceses, por el grande reformador del teatro, y por el génio más elevado de su siglo y de otros muchos, para pulir hasta la última perfeccion cualquiera pieza dramática. No obstante, ya sabrás (y sino sábelo ahora,) que contra este Corifeo de la tragedia llovieron tantos escritos de sus mismos nacionales, ya fuese por emulacion, ó ya por otro motivo, que le hubieran sofocado si el mérito no fuese como el aceite, que al cabo nada sobre todo. Y aunque él se purgó plenamente de los otros defectillos que le suponian ó le exageraban sus émulos y acusadores, en el capítulo de la inverosimilitud, que oponian á muchos pasos de sus tragedias, agachó un si es no es la cabeza, y solo recurrió á los ejemplares de Séneca, Terencio, Plauto y otros padres maestros del teatro antiguo, que alguna vez

se descuidaron en esto; y con cuatro gotas de agua lustral exorcizada por algun sacerdote de Apolo, segun el rito poético, se juzgaban purificados de esta venialidad. Por tanto, lector mio (mira el cariño, y la cortesía con que te hablo), suplicote con el sombrero en la mano, que no quieras mostrarte tan severo conmigo sobre estas menudencias, melindres y delicadezas.

29. Otra cosa será si tú me pones un poco sério, ceñudo, y entonado sobre el asunto sustancial de la obra. Confieso, que solo con imaginarse en esa figura de Minos y Radamanto, estoy ya tamañito; porque una cosa es que yo sea algo desembarazado de génio, y otra que no sea hombre pusilánime y meticoloso; ¿qué sé yo si, mirándome con semblante torbo, feroz y truculento, y jurándomelas por la Laguna Estigia, te dispones á reñir, á reprender, á detestar, á anatematizar mi atrevimiento, hablándome en esta ponderosa, y gravisonante substancia?

30. Bien está, mal clérigo, clérigo insensato, atrevido y nada considerado. Supongamos que el púlpito esté en España, y tambien en otras partes tan extragado y tan corrompido, como dá á entender esta maldita obra, perniciosa, detestable, abominable. Supongamos que en nuestra nacion, y tambien en otras, hay muchos predicadores Gerundios, indignos de ejercitar tan sagrado ministerio. Demos caso, que esta corrupcion, esta epidemia, esta peste (llámala así si te pareciere) pidiese el más pronto, el más ejecutivo remedio. Dime, infeliz, ¿podia ofrecerse asunto más sério ni más grave, para que le tratase una pluma docta, magestuosa, enérgica y vehemente? ¿Habia

materia más digna de manejarse con la mayor gravedad, con el mayor nervio, con un torrente arrebatado de razones y de autoridades, y con otro torrente de lágrimas, no ménos rápido y copioso en el celoso escritor? ¿Y una materia como esta, era para tratarla como la tratas tú, sacerdote indigno; ¿Hay en el mundo licencia ni autoridad para juntar las cosas más sérias con las más burlescas, las más graves con las más bufonas, las más importantes con las más chocarrerías? No la hay, no la hay, te clama un gentil juicioso, para llenarte de confusion y de vergüenza, si fueras capaz de tenerla. Es cosa ridícula, es cosa risible; y yo añado, que en la materia presente es cosa execrable, que casi casi se roza con sacrilega, juntar chufletas y chocarrerías con atrocidades, serpientes con palomas, y tigres con corderos. Es vulgar el texto, mas no por eso es ménos verdadero:

*Sed non ut placidis coëant immitia, non ut
Serpentes avibus geminentur, tigribus agni.*

31. ¡Roma ardiendo y Neron cantando! No pudo llegar á más la fiereza de aquel mónstruo, aborto de la naturaleza humana. Tú le imitas, pues te pones á cantar cuando arde Troya, y supones que se abrasa tu nacion; bello modo de atajar el fuego; echar mano de la flauta, y ponerte á tocar una gaita gallega!

32. Desde que se predicó en el mundo el Evangelio, hubo predicadores que abusaron de este oficio, y desde que hubo malos predicadores, hubo hombres celosos que declamaron contra ellos, pero, ¡con qué seriedad, con qué peso, con qué vehemencia! Este

era un lugar muy oportuno para ir discurriendo de siglo en siglo hasta el nuestro por todos los padres, doctores y autores de la Santa Iglesia, que levantaron el grito, y manejaron la pluma contra los que en su tiempo corrompian la palabra de Dios y profanaban el Evangelio. Habiendo sido este indisputablemente el verdadero origen de todos los errores, herejías y cismas, que han afligido en todas las edades á nuestra Santísima Madre, manchándola, ajándola, y despedazándola su túnica inconsútil, como expresamente lo dice y lo llora San Agustín en el 2.º libro de la *Doctrina Cristiana*: *Corruptio verbi Dei, viscera Ecclesie dirumpit, et tunicam dilacerat*, discurre tú cuánto habrán declamado los padres, los doctores, y los concilios contra estos corruptores y profanadores de la Sagrada Escritura, en la misma cátedra de la verdad, trono especial del Espíritu Santo, que solo debe presidir, inspirar, encender, mover y hacer hablar en él. Fácil cosa me seria ponerte á la vista un largo catálogo de las vehementes invectivas que se han hecho contra esta profanísima profanidad en todos los siglos de la Iglesia, comenzando por el Apóstol San Pablo, y acabando en los autores más famosos del siglo pasado, y del presente; pero ¿cuánto crecería éste tu prólogo, cuánto te detendría en esta conversacion? Ni tú con la pluma, ni tus simples lectores con su necia curiosidad llegarías en un año á tu perniciosa historia.

33. Conténtome, pues, solo con apuntártelo, y con preguntarte; ¿si tienes noticia de que alguno de los santos padres, doctores y escritores sagrados hayan seguido el diabólico rumbo que tú sigues, para corre-

gir á los malos predicadores ; si has encontrado con alguno , que se vistiese el boton gordo , con la caperuza y saco de bobo , y el látigo de vejigas en la mano , que es el uniforme de los satíricos , para desterrar del mundo esta epidemia? Razones , textos , decisiones cánones conciliares , constituciones apostólicas , edictos de santísimos y celosísimos prelados , censuras fulminadas , ayes , lamentaciones , lágrimas , súplicas , exclamaciones , amenazas , eso sí : de esto hallarás mucho , muchísimo , infinito , y todo muy escogido en innumerables escritores , que ya de propósito , ya por incidencia tratan este gravísimo punto ; pero chufletas , pero bufonadas , pero chocarrerías ; ¿dónde , dónde las has visto empleadas en esta materia , párroco atrevido y mal aconsejado? Voy , voy á dar contigo en todos los tribunales de la tierra , para que te castiguen , para que te confundan , para que te aniquilen , y para que hagan en tí un ejemplar , que sirva de escarmiento á los siglos venideros.

34. *Mansuescat te Deus Pater , mansuescat te Deus Filius , et reliqua.* De muy mal humor te levantaste esta mañana , severísimo lector de mi alma , y no tengo yo la culpa de que hubieses pasado mala noche , por las indigestiones y crudezas de la cena . Yo cené poco , lo digerí presto , dormí bien , y estoy como una lechuga . Por tanto , óyeme serenamente si gustares , y sino tapa los ojos , que son las orejas por dónde se oye á los autores .

35. Todo cuanto dices es así , y no hubieras perdido nada por habérmelo dicho con mayor templanza y con un poco más de urbanidad , siquiera por esta coronaza , que me abre de cuando en cuando mi barbe-

ro, molde de vaciar Sanchos Panzas; ¡si tú le vieras; oh, si tú le vieras! Basta decirte, que sus navajas no rapan tanto como sus dedos aferrados en piel de lija, y por yemas cabezas de cardo silvestre, aunque por otra parte no hay hombre más bueno en todo Campos. Pero esta digresion no viene al caso, y sino sirve para cortarte la cólera, por lo demás es un grande despropósito. Volvamos, pues, á nuestro asunto. Digo, pues, que tienes muchísima razon, que todos los que han tratado el asunto que yo trato, ó ya adredeamente, ó ya porque les salió al camino, le trataron con la mayor gravedad, peso, circunspeccion, vehemencia y seriedad. Solo un tal Erasmo de Rotterdam, cuyo nombre huele mejor á los humanistas que á los teólogos, en un libro latino, que intituló el *Elogio de la Locura*, dijo mil gracias contra los malos predicadores de su tiempo; pero como su idea principal era hacer ridículas con esta ocasion á las sagradas Religiones, que entónces florencian, burlándose, ya de sus trages, ya de sus ceremonias, ya de sus usos, ya de sus costumbres, confundiendo inícuamente y perversamente el todo con la parte, el uso con el abuso, y la vida ejemplar de millares de individuos con la ménos ajustada de un puñado de defectuosos; el tal *Elogio de la Locura* corrió poca fortuna, y solola tuvo y aún la tiene el dia de hoy, con los que por interesados merecen ser comprendidos en el referido elogio. Fuera de este señor Desiderio Erasmo (que era su verdadero nombre y apellido), monaguillo, monje, ex-monje, clérigo secular, rector, consejero, todo y nada; fuera de este perillan y otro autor modernísimo, venerado y muy circunstanciado, todos los demás trataron el pun-

to, que yo trato, con toda la gravedad que V. pondera, y aún no la pondera mucho, señor lector y circunspectísimo dueño mio.

36. Pero, y bien; ¿qué fruto sacaron todos esos gravísimos autores de sus truenos, relámpagos y rayos? atemorizaron á los malos predicadores? ¿obligáronlos á abandonar el campo y á retirarse á sus celdas, aposentos, cuartos ó casas, á lo ménos mientras pasaba la tempestad, para estar á cubierto de ella? ¿corrigiéronse los insufribles desórdenes del púlpito en España, Portugal, Francia, Italia, Alemania y todo el mundo? Si eso fuera así, no hubieran llovido escritos contra esta lamentable corrupcion en estos dos últimos siglos. Ni Claudio Acuvava y Juan Paulo Oliva, generales ambos de la compañía, hubieran arrancado ayes tan profundos de lo más íntimo de su corazon, lastimándose de ella, aquél en una gravísima instruccion, y éste en una sentidísima y discretísima carta. Ni el elegante Nicolás Causino hubiera gastado tanto calor intelectual, oratorio y crítico, en su vastísima obra de la *Elocuencia Sagrada*. Ni Don Cristóbal Soteri, abad de Santa Cruz, en los Estados de Venecia (sino estoy equivocado), hubiera dado á luz aquel librito de oro: *Rudimenta Oratoris Christiani*, que á instancias suyas y para su particular instruccion escribió cierto religioso docto, grave y erudito. Ni Antonio de Vieyra en su famoso sermon de la Sexagésima, sobre el Evangelio de *exūt qui seminat seminare semen suum*, hubiera declarado con tanto ardor contra muchos predicadores, que en su tiempo infestaban las almas y los oidos. Ni el célebre señor Arzobispo de Cambray, Francisco de Salignac de la

Mota Fenelon se hubiera fatigado en componer sus admirables *diálogos sobre la Elocuencia en general, y sobre la Elocuencia del púlpito en particular*, en los cuáles, no solo no perdona lo que todo hombre de mediano entendimiento califica de disparates y despropósitos, sino que critica sin piedad algunos sermones, que á primera vista parecerian á muchos modelos de ingenio, de juicio y de elocuencia. Ni el P. Blas Gisbert hubiera dado á luz su estimado libro: *Elocuencia Cristiana en la especulativa y en la práctica*, que corre con tanta aceptacion en las naciones, y en el cual descarga mortales golpes sobre todas las especies de malos predicadores. Y nota para tu consuelo y para el nuestro, que todos los autores que he citado, á excepcion de uno, son extranjeros: todos declaman contra la corrupcion del púlpito en sus respectivos pueblos, no en los extraños. De dónde inferirás, que ese pernicioso mal no es privativo de los españoles y de los portugueses, como quieren muchos, la mitad por ignorancia, y la otra mitad por emulacion.

37. Y después de todos estos escritos enérgicos, convincentes, graves, serios y magestuosos; ¿qué hemos sacado en limpio? Nada ó casi nada: los pseudo-predicadores *vont leur train*, como dicen nuestros vecinos, ó prosiguen su camino, como debemos decir nosotros; el mal cunde, la peste se dilata, y el estrago es cada dia mayor. Pues ahora dime, lector avinagrado (que ya me canso de tratarte con tanta urbanidad), si la experiencia de todos los siglos ha acreditado, que no alcanzan estos remedios narcóticos, emolientes y dulcificantes; ¿no pide la razon y la

caridad, que tentemos á ver como prueban los acres y los corrosivos? Quieres introducir en la medicina intelectual, para curar las dolencias del espíritu (y tal dolencia como la que tenemos entre manos) aquel bárbaro aforismo, á quién con tanta razon trata de *Aforismo exterminador* el más famoso de nuestros modernos críticos: *Omnia secundum rationem facienti, si non succedat secundum rationem, non est transeundum ad aliud, suppetente quod ab initio probaveris?* El médico que cura fundado en razon, aunque el suceso no corresponda; y aunque le sea contraria la experiencia, prosiga adelante, no mude de remedios, y si se le murieren los enfermos, que los entierren, et *Fidelium animæ per misericordiam Dei, requiescant in pace*; ¿parécete justo, que en una materia de tanta importancia me acomode yo con tan bárbara doctrina? Vete á pasear, que no te puedo servir.

38. Antes quiero probar fortuna, y ver si soy en este asunto tan feliz como lo han sido muchos autores honrados en otros diferentes, persuadidos á la verdadera máxima de Horacio, de que

Ridiculum acris

Fortius plerùmque, et melius magnas secat res.

Esto es, que muchas veces, ó las más, ha sido más poderoso para corregir las costumbres el medio festivo y chufletero de hacerlas ridículas, que el entonado y grave de convencer las disonantes: echaron por este camino, y lograron su intento con felicidad, y por lo mismo dice un sabio académico de Paris, hizo Molière más fruto en Francia con sus *Preciosas ridiculas*, con su *Tartufa*, con su *Paysano Caballe-*

ro, con su *Escuela de los maridos y de las mujeres*, y con su *Enfermo imaginario*, que cuantos libros se escribieron, y cuantas declamaciones se gritaron contra los vicios, ya morales, ya intelectuales, y ya políticos, que se satirizaban en estas graciosas comedias. Todas las tropas unidas de los mayores y de los mejores filósofos modernos, contra los ingeniosos y específicos sueños de Renato Descartes, no le hicieron perder tanto terreno, como el graciosísimo, discretísimo é ingeniosísimo *Viage al mundo de Descartes*, escrito en francés por el P. Gabriel Daniel, y harto bien traducido en castellano; ¿qué nos cansamos? Hasta que Miguel de Cervantes salió con su incomparable *Historia de D. Quijote de la Mancha*, no se desterró de España el extravagante gusto á historias y aventuras romanescas, que embaucaban inutilísimamente á innumerables lectores, quitándoles el tiempo y el gusto para leer otros libros, que los instruyesen, por más que las mejores plumas habian gritado contra esta rústica y grosera inclinacion, hasta enronquecerse; pues ¿por qué no podré esperar yo, que sea tan dichosa la *Historia de Fray Gerundio de Campazas*, como o fué la de Don *Quijote de la Mancha*, y más siendo la materia de orden tan superior y los inconvenientes que se pretenden desterrar de tanto mayor bulto, gravedad y peso?

39. Y véa aquí, lector mio (ahora vuelvo á acariciarte y á pasarte la mano por el cerro), que con esto queda servido el autor duende de cierto recientísimo papel, que anda por ahí de tapadillo, á título de que se imprimió *in partibus*, y es su gracia: *La sabiduría y la locura en el púlpito de las Monjas*. Hacia el

fin del prólogo (que casi es tan pesado como éste) refiere el autor como de oídas, que *un obispo de Francia, viendo inutilizadas las prohibiciones de cincuenta ó sesenta predicadores, que deshonoraban en el púlpito el ministerio de la Palabra de Dios, creyó que debía probar si seria más útil ridiculizarlos, que emplear la autoridad severa. Compuso, dicen, un sermón lleno de conceptos, del que nuestros predicadores del número se holgarían ser los autores. El texto que puso fué: Sicut unguentum quod descendit à capite in barbam, barbam Aaron. Luego que pareció este sermón, al día siguiente, no tenía el librero un ejemplar. Más de cuarenta reimpressiones que se han hecho de él, han tenido el mismo despacho. Pero lo mejor que tiene es, que ha desterrado del púlpito los conceptos; y si por descuido à algun orador se le desliza alguno, basta para que le digan, que ha predicado en el gusto de sicut unguentum..... Este medio me parece el más eficaz y el más pronto.*

40. Tiene V. Reverendísima muchísima razon, reverendo padre mio. (Hablo con el autor de este papel, á quién conozco como á los dedos de las manos, y sé muy bien que tiene tanto de español, como yo de francés, por más que quiera honrarnos con hacerse nuestro nacional, honor que le estimamos sin envidiarle demasiado). Digo que V. Reverendísima tiene en esto tanta razon, como en el religioso celo con que tomó la pluma para corregirnos, no ménos en los dos disparatadísimos sermones de autores españoles, que coteja con otros dos, verdaderamente sólidos y buenos, de un célebre autor francés, que en la primera parte de su Prólogo; pues

aunque esté tomada de lugares comunes, y se componga de reflexiones trivialísimas, al fin ellas son muy verdaderas, y nada pierden por manoseadas.

41. Así la tuviera V. Reverendísima en la poquísima merced que nos hace á todos los españoles en general, y en lo mucho que ofende en particular al respetable gremio de los predicadores del rey, singularizando entre ellos á los *predicadores del número*. Es un gusto ver como desde la pág. XXVI comienza V. R. á esgrimir tajos y reveses contra todos nuestros predicadores, á diestro y á siniestro, en monton, indefinidamente, y caiga quien cayere. *Há un siglo* (dice V. R.) *que nos faltan los predicadores. En vez de predicadores tenemos rábulas, charlatanes, papagayos, delirantes, vocingleros.* Esto sí que es ser hombre denodado; acometer valerosamente al *Todo*, y no andarse ahora en escaramuzas con partidas y destacamentos. La pequeña guerra es buena para generales raposas, tretillas y pusilánimes: los Alejandro de la pluma van á atacar al enemigo cara á cara, y dónde está el grueso del ejército. No hay que cansarse: los Bárcias, los Castejones, los Bermudez, los Gallos, y otra larguísima lista de vivos y sanos, que podía añadir, *son unos rábulas, unos charlatanes, unos papagayos, delirantes y vocingleros,* y pueden aprender otro oficio, porque al fin *há un siglo que nos faltan los predicadores.*

42. *No hay que admirarnos, pues,* (prosigue V. Reverendísima en la pág. XXVII XXVIII de su discreto urbano y caritativo Prólogo) *de que entre nosotros no haya predicadores, que hagan conversiones, porque no los hay que formen el proyecto de hacerlas, y aún ellos se ad-*

mirarian, si vieran que alguno se convertia, porque nunca pensaron en intentarlo. Acabáramos con ello, y viva V. Reverendísima mil años, porque nos abre los ojos, que hasta aquí teníamos todos lastimosamente cerrados, ó por lo ménos cubiertos de cataratas. Pensábamos nosotros, que dentro de nuestro siglo, y en nuestros mismos dias los infatigables Garceses, los austerísimos, y celosísimos Hernándezes (Dominicanos), los apostólicos Dutaris y Calatayudes (Jesuitas), los Ilustrísimos Gloris, y los Señores Aldaos, Gonzaleces y Michelenas (del clero secular), habian hecho, y estaban haciendo muchas, y muy portentosas conversiones. Imaginábamos, que este era el único proyecto que se formaban en las continuas excursiones apostólicas, con que corren incansablemente unos por todo el reino de España, y otros por determinados reinos y provincias de la monarquía. Creíamos, que los imitaban en lo mismo otros innumerables misioneros, no de tanto nombre, pero de no inferior celo y espíritu, que andan casi perpétuamente santificando, ya estos, ya aquellos pueblos de nuestra Península. A lo ménos teníamos el consuelo de pensar, que el número sin número de los predicadores Evangélicos, que en tiempo de Cuaresma declaran sangrienta guerra á la ignorancia y al vicio, yéndolos á atacar dentro de sus mismas trincheras, ni formaban otro proyecto, ni tenian otro intento, que el de la conversion de las almas, y que, léjos de admirarse ellos mismos si convirtiesen alguna, se admirarian con más razon sino convirtiesen muchas; pues aunque entre estos últimos, por nuestra desgracia, haya algunos ó sean tambien muchos

que ó no se propongan este fin, ó no acierten con los medios, no se puede negar que los más, ni tienen otro intento, ni se pueden valer de medios más oportunos, atento el génio de la nacion y circunstancias del auditorio. Esto creíamos nosotros, pero gracias á V. Reverendísima, que *nos quita la ilusion* (bella frase para el castellano que gasta V. Reverendísima); ni los primeros, ni los segundos, ni los terceros, han formado ese proyecto, ni nunca pensaron en intentarlo, porque entre nosotros no hay predicadores que hagan conversiones ni piensen nunca en hacerlas. Vamos claros, ¿en qué medallon del emperador Caracalla estaba distraido V. R. cuando estampó una proposicion tan escandalosa y tan injuriosa á toda nuestra nacion? Pero lo más gracioso, y acaso sin ejemplo, es el ser mendigada, no solo la sentencia, sino es la frase y casi todo el Prólogo del libro que escribió en el idioma del autor, intitulado: *Verdadero método de predicar, segun el espíritu del Evangelio*, el Ilustrísimo señor Luis Abelly, obispo de Rodas; y porque se haga creible tamaña galanteria, doy la cata: «No debe, pues, causar admiracion haya tan pocos predicadores que conviertan, habiendo tan pocos que formen tan importante designio; ántes bien hay muchos, que justamente se admirarán y mucho (como dice un buen espíritu) si se les mostrase alguno, que se hubiese convertido por sus sermones, pues ellos nunca pensaron en tal cosa.» Hállase á la letra al cap. 7, pág. 28 de la traduccion publicada en Madrid por el P. maestro Medrano, dominicano, año de 1724. No para aquí lo más fino de la superchería, sino es que así por algunos pasajes, que claramente

hablan con los franceses, en particular, como por ser el autor francés, se reconoce ser dirigida la obra y la referida sentencia á ellos y á sus malos predicadores, y su Reverendísima la revota con un candor que edifica, en invectiva contra los nuestros, y apología por los suyos; ¿cabe más valentía, cabe plagio más descarado ni más ratero?

43. Pero ya parece que achica V. Reverendísima la voz en la pág. XXXI, cuando tácitamente confiesa, que algunos de nuestros misioneros predicán con este intento; mas yerran miserablemente los medios, y aun más lastimosamente se engañan en las señales por dónde regulan el fruto de sus misiones. *Quedan después muy pagados de su fervor* (Dice V. R.) *porque gritó con ellos y como ellos el pueblo en sus actos de contrición; porque se asustó la vieja, malparió la embarazada, se desmayó de susto la doncella; porque comulgaron dos ó tres mil personas; pero advierten, que de estas no se convierten dos á nueva vida; ¿porqué? porque como no quedó ganado, sino atemorizado del grito el corazón, se arrojó al Tribunal de la penitencia sin propósito meditado... y endureciéndose más y más en la culpa por falta de este propósito, se aleja y se desvia de la verdadera conversión, que es cuanto el diablo desea, pues de estas misiones saca un sin número de sacrilegios, y un renuevo de sus cadenas en los miserables pecadores, que se llevaron de los ahullidos sin penitencia interior del alma.*

44. Padre Reverendísimo, no sé yo que haya misionero de nombre en España ni predicador de juicio, que no esté bien persuadido á que ni los gritos del auditorio, ni el susto de la vieja, ni el aborto de

la embarazada (no hacia falta este *verbi gracia*) ni el desmayo de la doncella, ni la comunión de tres mil personas, ni aún de treinta mil, como ya se ha visto más de una vez, sean señales infalibles de una conversión verdadera. Saben muy bien que son señales equívocas; pero al fin son señales, sino de que se convierten todos, á lo ménos de que les hace fuerza lo que oyen. La moción no está muy distante de la conmoción, segun aquella sentencia del Espíritu Santo: *Ubi spiritus, ibi commotio*. Y en verdad, que á San Juan Crisóstomo no le parecían mal las demostraciones exteriores de su pueblo Antioqueno, cuando lloraba si el Santo lloraba, clamaba si clamaba el Santo, y se derretía en ternura si el Santo se derretía. Apénas leerá V. Reverendísima Homilia alguna de este elocuentísimo Padre, dónde no encuentre expresiones del consuelo y de la santa complacencia, que esto le causaba. *En los sermones de San Vicente Ferrer* (dice el historiador de su vida) *todo el auditorio era lágrimas, gritos, alaridos, desmayos, accidentes*. Y por español le descarta V. Reverendísima, oiga lo que dice el Padre Croiset, que sabe V. Reverendísima que no la es, en la vida del mismo Santo, que se lee el día 5 de Abril en su célebre *Año Cristiano*.

45. *Predicaba con tanta fuerza y con tanto celo, que llenaba de terror aún los corazones más insensibles. Predicando en Tolosa* (note V. R. que no fué en Lábajos, ni en algun pueblo de España) *sobre el Juicio Universal, todo el auditorio comenzó á estremecerse con una especie de temblor, semejante al que causa el frío á la entrada de una furiosa calentura.*

Muchas veces le obligaban á interrumpir el sermón los llantos y los alaridos de sus oyentes, viéndose el Santo precisado á callar por largo rato, y á mezclar sus lágrimas con las del auditorio. En no pocas ocasiones, predicando ya en las plazas públicas, ya en campaña rasa, se veían quedar muchas personas inmóviles y pasmadas, como si fueran estatuas. Y ahora dígame V. Reverendísima; ¿párecelle en puridad, que al Santo le sonarian mal estas demostraciones exteriores, erupciones casi precisas de la conmoción interior del corazón?

46. ¡Oh, señor, que en las misiones *se comete un sin número de sacrilegios!* Pase, aunque sea á trágala perra, el *sin número*; pero ¿juza V. R. que se cometen pocos en el tiempo de la confesión, y de la comunión Pascual, á que es preciso se sujete todo católico, so pena de tablillas y algo más? ¿cree buenamente V. Reverendísima, que dejarán de cometerse algunos en los jubileos más célebres? ¿y será bueno, que por eso no sepan cuál es su alegría derecha aquellos celosos párrocos, que tanto se regocijan en el Señor, cuando ven que han cumplido con la Iglesia todos sus feligreses? ¿será bueno, que V. Reverendísima se ria del espiritual consuelo, que siente todo hombre de mediano celo y amor á la Religión, cuando ve un número sin número de confesiones y de comuniones en los jubileos plenísimos? ¿Será bien parecido que V. Reverendísima asiente con la mayor rotundidad, que eso es *cuánto el diablo desea*, que todos confiesen y comulguen, así en el precepto Pascual, como en los grandes jubileos, *pues de esto saca un sin número de sacrilegios?* Mi padre, como se lla-

ma, otra vez váyase V. Reverendísima con más tiento en esas proposiciones tan universales y tan odiosas, pesando un poco más las razones con que pretende probarlas, y créame, que por estar de prisa y de pura lástima, no me detengo en acribar otras clausulillas de tal donoso parrafito, en que se asoman unos granzones de mala calidad.

47. Pero, ¿cómo quiere V. Reverendísima, que en Dios y en conciencia le disimule todo este monton de proposiciones injuriosísimas, por ser tan universales, que se siguen? Pág. XXVIII. *Tambien una vieja que chochea, habla; habla un delirante y un papagayo habla; ¿y son predicadores estos? sí COMO NUESTROS PREDICADORES... que no son más que unos habladores y nada más.* Pág. XXXII. *Pues digo á NUESTROS PREDICADORES PANEGIRISTAS, que no saben, que no pueden predicar de San José, de San Benito, de San Bernardo, etc, sin decir herejias.* Pág. XXXIV. *¿Puede darse libertad ni más osada ni más comun, que la de NUESTROS PREDICADORES, que ponen los Santos que panegirizan, siempre superiores á todos los del antiguo y nuevo Testamento?* Pág. XLIII. *NUESTROS PREDICADORES juntan, como en otro tiempo Pablo en las plazas de Atenas, un auditorio ocioso, que no se propone otro fin, que el de oír algo de nuevo.* Pág. LIII. *En una librería de Holanda habia un gran número de volúmenes españoles: eran unos sermones impresos de NUESTROS grandes PREDICADORES, cuidadosamente recogidos y respaldado cada tomo con una inscripcion, que con letras doradas decia: DIALÉCTICA ELOCUENCIA DE LOS SALVAJES DE EUROPA.*

48. Basta, que ya no hay paciencia para más;

¡con que NUESTROS PREDICADORES son unos delirantes, unos papagayos, unos habladores, y nada más! ¡con que NUESTROS PREDICADORES PANEGIRISTAS no saben predicar de los Santos sin decir herejías! ¡con que NUESTROS PREDICADORES son unos charlatanes, que convocan un auditorio ocioso, *como en otro tiempo Pablo en las plazas de Atenas!* (¡Pobre Apóstol, y qué bien te ponen!) ¡Con que NUESTROS GRANDES PREDICADORES son los salvajes de Europa! ¡y para que compremos el papelejo dónde esto se estampó á hurtadillas, nos despachan por el correo á todas partes papeletas impresas, en que se especifica el lugar de la impresion, y las librerías extranjeras dónde nos regalarán por nuestro dinero con estas donosuras! ¡Y hay españoles que se han dado prisa á comprar estas dulcísimas lisonjas! y el autor de ellas, que tanto nos honra, ¡quizá estará comiendo sueldo de España! Como el gran Bruzen de la Martinière, que en su Diccionario Geográfico habló de nosotros con tal descuido, ignorancia y poca estimacion, que parece se lo pagaron nuestros enemigos.

49. Iba á exaltárseme el atrabilis; pero la eché una losa encima, porque estos negocios mejor se tratan con flema. Ahora bien, Reverendísimo mio, no se puede negar, que entre NUESTROS PREDICADORES hay algunos, hay muchos, que son todo lo que V. Reverendísima dice, y algo más si pudiera ser; pero ¿lo son *todos* NUESTROS PREDICADORES? que eso quiere decir una proposicion tan indefinida; y ¿lo son *solamente* NUESTROS PREDICADORES? Eso dá á entender V. Reverendísima, cuando en la pág. XL nos propone el ejemplo de *nuestros vecinos* (los predica-

dores franceses), *que como fieles canes ladran contra los lobos, los apartan así de sus hatos, hacen constantemente la guerra, la más viva al vicio, etc.* Y después comienza V. Reverendísima á decir por contraposición lo que pasa. *Aquí en nuestra España... LOS PREDICADORES, mudos contra el vicio, le dejan que se arraigue, que se extienda, que se multiplique.*

50. Válgame Dios, y qué flaco de memoria debe de ser V. Reverendísima; pues ¿no nos acaba de contar aquel cuentecito (y con una gracia que encanta) de aquel señor obispo de Francia, que quitó de predicar á cincuenta ó sesenta predicadores; y viendo que esto no alcanzaba, estampó aquel sermón burlesco, que se reimprimió más de cuarenta veces, sobre el texto *sicut unguentum*, que al leer la sal con que V. Reverendísima le refiere, se nos derrite la risa por las barbas? ¿esos cincuenta ó sesenta predicadores *nuestros vecinos* (dentro de una misma diócesis, como es preciso suponerlo, para que estuviesen sujetos á la jurisdicción del tal señor Obispo) serian *unos canes fieles, que ladraban contra los lobos, y los apartaban de sus hatos*; ¿y no podrían contarse también entre los *salvajes de Europa*? Pues ahora regule V. Reverendísima no más que á razón de cincuenta ó sesenta predicadores *de las barbas de Aaron*, por cada uno de los ciento y doce obispados, que contiene el Reino de Francia, y eche no más que cien predicadores de la misma estofa á cada uno de los diez y ocho arzobispados que cuenta en sus dominios: hallará V. Reverendísima un cuerpo de 8,500 *salvajes de nuestros vecinos*, que no es malsocorro para reforzar el ejército de los *salvajes de Europa*; ¡qué digo! harto será que

las tropas auxiliares no excedan el todo de las principales.

51. Mi Reverendo Padre, no nos alucinemos. Ninguno de los vicios, que V. Reverendísima nota en NUESTROS PREDICADORES, dejaron de notar en los PREDICADORES NUESTROS VECINOS el señor Salignac, y los padres Causino y Gisbert, en las obras que escribieron para corregir los abusos del púlpito, precisamente en sus paisanos, porque ellos no se metieron con otros, singularmente el primero y el último. *Si esto valiera la pena* (tampoco es maluca frase para el gusto de V. Reverendísima y el de otros camaradas, fácil cosa me sería hacer la demostración *ad oculum*; pero me fastidia detenerme tanto en su prólogo, que ya me tiene hasta las cejas. Y sería yo bien recibido en Francia, si fingiéndome francés, y aprovechándome de lo que los mismos franceses declaman contra sus malos predicadores, diese á luz un *folleto*, ó llámese *libelo*, en que á rapa terron gritase:

NUESTROS PREDICADORES *son unos rúbulas.*

NUESTROS PREDICADORES *son unos charlatanes.*

NUESTROS PREDICADORES *son unos papagayos.*

NUESTROS PREDICADORES *son unos vocingleros.*

NUESTROS PREDICADORES *no hacen conversiones.*

NUESTROS PREDICADORES *no forman tal proyecto.*

NUESTROS PREDICADORES *quedan muy apagados de su fervor, porque se asustó la vieja y malparió la embarazada.*

NUESTROS PREDICADORES *son unos habladores y nada más.*

NUESTROS PREDICADORES PANEGIRISTAS *no saben predicar de los Santos sino herejías.*

NUESTROS GRANDES PREDICADORES *son los salvajes de Europa.*

52. Si yo publicase en Francia, dándome por autoridad propia el derecho de naturalidad, un libreo atestado de estas lindezas; ¿no llovieran con razon más decretos de todos los parlamentos de fuego contra el libreo, y de prision contra mí, que han llovido delgunos años á esta parte contra los curas, sobre el negocio que sabe V. Reverendísima? ¿no me pelarian justísimamente las barbas, y me gritarian todos, hombres, mujeres y niños, *al Coquin, al Faquin, al Maraud*, que hace una injusticia *si criante* á todos los grandes predicadores que ha tenido la Francia, y que cada dia están saliendo de su seno, solo porque deshonran su púlpito un puñado de fátuos y de mentecatos? ¿no me darian en los bigotes con los Bourdalues, con los La-Colombières, con los Fleuris, con los Flechières, con los Segauts, con los Masiellones, con los Bretonaus, y con un inmenso catálogo de oradores verdaderamente apostólicos, celosos, elocuentes, rápidos, evangélicos, sólidos, sublimes, modelos originales? ¿y no me reconvendrian tambien, con que no necesitaba la Francia de que un francés postizo se viniese á entrometer para corregir los defectos de sus compatriotas, pues ya tenia ella hijos verdaderos suyos, que lo tomasen de su cuenta con mucha más gracia, y con mucho mayor juicio? Señor Padre, estamos en el mismo caso, y suplico á V. Reverendísima que me excuse la aplicacion.

53. Como soy cristiano, que ya quisiera dejarlo, porque me voy abochornando, y no me puede hacer provecho para la digestion. Pero formo escrúpulo de

no decir una palabrita sobre cierta digresion, la más impertinente del mundo para el intento que hace V. R. en la pág. L; y con todo predicando así (dice V. R.) han llegado varios religiosos á la mitra! Como si las mitras fueran para cabezas escondidas en las capuchas; ¿continuaremos en tener á los extranjeros persuadidos por nuestra culpa á esto? Como no están acostumbrados á ver, que fuera de España obispen los frailes, cuando leen en las gacetas, que el Rey de España ha dado un obispado á un religioso, creen que por falta de eclesiásticos obispaes se vé el rey precisado á echar mano de los religiosos, pues no tiene quién pueda ni merezca ser obispo entre los bonetes.

54. Que se engaste este parrafito en piedras preciosas de á dos en quintal, mientras tanto voy á sonarme las narices, porque me baja la fluxion, y lo pide la materia. Mire, Padre, ninguno puede hablar con más imparcialidad que yo en este asunto, porque ha de saber su Reverendísima, que yo soy un pobre bonete, no tengo metida la cabeza en la capucha, y no puedo ser obispo; ¿á qué cura de San Pedro de Villagarcía se le ha sentado jamás la mitra, no digo en la cabeza, pero ni aún en la fantasía? Lo más que tuvimos aquí, fué un doctor por Sigüenza ó cosa tal, que llegó á ser comisario del Santo Oficio, y estuvo la villa para sacarle un Vitor pintado con almagra, lo que se dejó porque no alcanzaban los Propios para los gastos. A mí me graduó la Universidad de Valladolid de Bachiller, y casi soy un fenómeno. Cuando me oyen decir que fuí opositor á cátedras (si alguna vez lo digo), se santigua el consejo, y más de dos preguntan si las cátedras son cosa de comer;

¡considere V. Reverendísima, si con estos dictados serán humildes mis pensamientos, y si podré pensar en mitra! Con una prebendica de 700 ó de 800 ducados no me trocaria por un patriarca; y dígaselo así V. Reverendísima de mi parte al rey y al señor confesor, que como los dos quieran, está hecha la cosa; pues por lo que toca á mí, allá vá anticipada la aceptacion.

55. Esto supuesto; ¿no me dirá V. Reverendísima en qué pensaba cuando se atrevió á escribir la primera cláusula del tal donoso parrafillo? *Y con todo, predicando así, ¡han llegado varios religiosos á la mitra!* Esto es, han llegado á la mitra varios rábulas, charlatanes, papagayos, habladores, delirantes, predicadores de herejías, salvajes de la Europa, porque, al fin, estos son los que predicán así. Á esto ha consultado la Cámara de Castilla para obispos; se han conformado con la consulta los señores y padres confesores, y el rey los ha nombrado para la mitra. Saque V. Reverendísima las consecuencias que se siguen de esto, que yo estoy algo de prisa, y me está llamando la cláusula que viene después: *como si las mitras fueran para cabezas escondidas en las capuchas;* hay tal; ¡con que ni las mitras son para cabezas escondidas en las capuchas, ni las cabezas escondidas en las capuchas son para las mitras! Pero mucho ménos serán para el sombrero rojo (*capelo*, le llama el italiano), y muchísimo ménos para la tiara, y tiene V. Reverendísima bien contadas las cabezas, que desde la *capucha* salieron para el *capelo*, y desde el *capelo* se cubrieron con la tiara, sin contar las muchas otras, á las cuáles encajaron la tiara casi casi encima de la *capucha*. ¿Ha

leido V. Reverendísima algo de la Historia Eclesiástica? Me temo que solamente ha oído hay en el mundo una cosa que se llama así; porque si la hubiera no más que saludado, sabría que por casi doscientos años (otros dicen trescientos) apenas salió la tiara de la *capucha* Benedictina del célebre Monte Casino; pero, ¡qué *capucha*! Pero, ¡qué tiara!

56. Y las mitras de Francia nunca *se hicieron para cabezas metidas en las capuchas*; ¡pobre español pegote, y qué poco *sabe su historia*! (También esta frase es *favorita* de V. R.); ¡ignora V. Reverendísima, que por más de tres siglos apenas hubo obispo en Francia, que no hubiese salido de las *capuchas* escondidas en los célebres Monasterios de Lerins, Pontigni, Tours, Fuente-Juan, Chalis, Mon-Martre, Isla-Barba, Brou y otros innumerables, así de benedictinos como de cistercienses, por no contar á Cluni ni al Cister, que en los siglos décimotercio y décimocuarto se llamaban *les Pepinières des Evêques*, como si dijéramos el plantío de los obispos? ¿nunca leyó en su historia, que en el siglo duodécimo era ya como cosa asentada, que para las mitras vacantes se habían de proponer en la junta del clero y del pueblo á los abades del Cister, cuya orden florecía entonces con el mayor rigor de la más exacta observancia? ¿no reparó en ella el grande embarazo, en que se halló la clericia y la ciudad de Bourges en la muerte de su arzobispo Enrique de Sully, porque *florecia entonces el orden cisterciense en tantos sugetos insignes, que esta misma multitud embarazaba la eleccion del clero*? palabras con que se explica la Historia, ¿cómo que era preciso que la eleccion recayese en sugeto de aque-

lla órden? Dígame, padre español neófito, los Martines, los Guillemos, los Luvines, los Euchérios y otro número sin número de mitras francesas, canonizadas y no canonizadas, *¿fuéron cabezas metidas en los bonetes ó en las capuchas?*

57. Dice V. Reverendísima: *Que como los extranjeros no están acostumbrados á ver que fuera de España obispén los frailes, cuando leen en las gacetas, que el rey de España ha dado un obispado á un religioso, creen que por falta de eclesiásticos obispaes se vé el rey precisado á echar mano de los religiosos;* ¡ con que los extranjeros no están acostumbrados á ver que fuera de España obispén los frailes! ¡ con qué en Italia no hay obispos frailes, ni en Alemania hay obispos frailes ó religiosos! Déjelo, Padre, por amor de Dios; ántes que V. Reverendísima diese á luz esta proposicion, ¿no le hubiera sido mejor y más fácil averiguar si habia en estos tiempos en Alemania y en Italia algunos frailes vestidos de obispos, que gastan el calor natural en inquirir, si dos mil ó tres mil años ha los niños y las niñas de los gentiles se vestian de diosecicos y diosecicas de devocion, así como se visten ahora de frailicos y mongicas de devocion muchos niños y niñas de los cristianos? Curiosa noticia que debemos á la infatigable laboriosidad de V. Reverendísima, pero que nos hacia poca falta, y á V. Reverendísima le hacia mucha saber, que los extranjeros están muy acostumbrados á ver fuera de España muchos frailes vestidos de obispos y muchos obispos vestidos de frailes.

58. Finalmente vamos á la raiz, y abreviemos el camino. Es cierto, Padre mio, que en el primer siglo

de la institucion ó de la fundacion de los monjes, de las cabezas *metidas en las capuchas* (si es que tenian capuchas en que meterse las cabezas de aquellos primeros monjes), no sólo no se hicieron para las mitras; pero ni aún para las coronas; porque aquellos monjes primitivos, por regla general, ni recibian ni querian recibir las Órdenes Sagradas. Tan feos eran todos, como la madre que los parió, salvo tal cual que después de ordenado *in Sacris*, se retiraba á la vida monacal. Y no era esto porque no hubiese entre ellos muchísimos hombres tan eminentes en sabiduría como en virtud, sino porque su profunda humildad los desviaba de aquel altísimo estado. Si vuestra Reverendísima quiere instruirse á fondo en la materia, no tiene más que leer al padre Mabillon. Esto era en el primer siglo del instituto y de la profesion monacal.

59. Pero después que el papa Siricio, por los años de 390, consideró despacio los grandes bienes de que se privaba la Iglesia de Dios, y las grandes ventajas que podia sacar de que los monjes graves, circunspectos, ejemplares y sabios fuesen promovidos, no solo á todas las Órdenes, sino á todos los oficios y beneficios de la Santa Iglesia; después que reflexionó, á que no era razon, que el bien particular, que los representaba á ellos su humildad, prevaleciese al bien comun; y finalmente, después que, en virtud de estas consideraciones, en la famosa carta que escribió á Himerio, obispo de Tarragona, en el capítulo 13 le dice, que no solo ordene, sino que eleve á todos los oficios y beneficios eclesiásticos á los monjes que sobresalieren en gravedad, doctrina,

pureza de la fé y en santidad : *Monachis quoque, quos tamen morum gravitas, et vitæ ac fidei institutio sancta commendat, clericorum officiis aggregari*: es gusto ver la prisa que se dieron los obispos, los pueblos, los emperadores, y los mismos papas á turbar, por decirlo así, la santa quietud de los desiertos, y á arrancar de ellos á los estáticos cenobitas, para colocarlos en las primeras dignidades, pareciéndoles muy justo, que los que habian santificado primero el cláustro y la soledad, fuesen á santificar después á los poblados y al mundo. Desde entónces, y por muchos siglos después, apénas se vieron más que monjes en las primeras sillas de la Iglesia universal, tanto en Oriente como en Occidente. Vea ahora V. Paternidad muy Reverenda, *si las mitras se hicieron para cabezas metidas en las capuchas*.

60. Conclusion. Suplicasele, pues, á V. Reverendísima con el mayor rendimiento, que otra vez no se meta en lo que no entiende, que haga más justicia (ya que no quiera hacerla merced) á la nacion española; que cuando intente corregir abusos, hable con ménos universalidad; que trate con mayor respeto las resoluciones del rey, el dictámen de sus prudentes confesores, y el parecer de sus sabios ministros; y en fin, que no eche en olvido aquel refrancito español: *Quien tiene tejado de vidrio, no tire piedras al de su vecino*.

61. Mas para que V. Reverendísima conozca que procedo de buena fé y que no choco, porque tengo gana de chocar, le digo ingénuamente, que como se hubiese contentado con la primera parte de su Prólogo coracero; con haber contraído un poco más la

segunda, sin meterse en el delicado punto de obispados (que ya pica en antigua historia), con no haber salpicado á todos los predicadores del rey, singularmente á los del número, y con haber hecho su paralelo de los dos sermones franceses y castellanos, aunque fuese con los paréntesis y glosas en romance Esguizaro, que añade á estos últimos, no hubiéramos reñido. Le hubiera abandonado á V. Reverendísima los dos sermones, con sus dos predicadores, y aunque fuesen otros dos mil como ellos, sin que hubiésemos sacado las espadas. Porque al fin, V. Reverendísima tiene muchísima razon en todo lo que dice de los tales dos sermones, y de todos los demás que sean tales como los susodichos. Convengo en eso; y por lo mismo esgrimo la pluma en este escrito, para ver si los puedo desterrar, no solo de España, sino de todo el mundo, porque más ó ménos en todo el mundo hay orates con el nombre de oradores. Si *el unguento* de la barba de Aaron sanó en Francia á tantos predicadores relajados, como dice V. Reverendísima, no desconfío de que *el sebo* del entendimiento de Fray Gerundio haga en España iguales prodigios. En todo caso, yo tendré grande consuelo si al acabar de oír un sermón de los que tanto se usan, dice el auditorio; *que ha estado admirable el padre Fray Gerundio: que el padre Gerundio lo ha hecho asombrosamente; y que no ha podido decir más el señor Don Gerundio.*

62. Para esto, lector mio (cuánto há que no nos hablamos? perdona, que se me atravesó este embozado en el camino, y era preciso contestarle): Para esto, lector mio, ha sido indispensable citar muchos

textos de la Sagrada Escritura, como los citan los Fray Gerundios, aplicarlos, como ellos los aplican, y fingir entenderlos, como ellos los entienden. Pero, oia, no te persuadas ni aún en burlas, á que yo los cito, los aplico ni los entiendo de veras, como los entienden ellos. Tengo muy presente, así el gravísimo Decreto del Concilio de Trento, como las Bulas de Pio V, Gregorio XIII, Clemente VIII y Alejandro VII, contra esta sacrilega profanacion. Protesto, que ántes quemara mil historias de Fray Gerundio, que contravenir ni aún ligerísimamente á tan severa como sagrada prohibicion. Pero no era posible hacer ridículos á los predicadores, que incurren tan lastimosamente en ella, y en las censuras que la acompañan, sin hacer ridículo el modo con que ellos manejan el Sagrado Texto. Mas esto ¿cómo podia ser sin citar el texto, y sin burlarme del modo con que le manejan ellos? Así, pues, siempre que encuentres algun lugar de la Sagrada Escritura ridiculamente entendido, y estrafalariamente aplicado, ten entendido, que es por burlarme de ellos, por correrlos, por confundirlos, y consiguientemente, que esta impiedad debe de ir de cuenta suya y no de la mia. Cuidado con esta advertencia, que es de suma importancia; pues al fin, aunque no sea más que un pobre clérigo de misa y olla (y esta flaca) soy un poco temeroso de Dios, me profeso rendido y obediente á las leyes de la Iglesia, y por fin y por postre tengo mi alma en las carnes, á la cual estimo tanto como puede estimar la suya un patriarca.

63. Pero sino eres de lo que dices (esta es tu última réplica); ¿quién te ha metido á tí en dibujos y

en tales dibujos? ¿Faltaban en España hombres doctísimos, celosísimos, eruditísimos y sazoadísimos, que tomasen de su cargo un empeño de tanta importancia como gravedad? ¿de dónde te ha venido de repente el caudal de literatura, de juicio, de crítica, de noticias y de sal, que se necesita para un empeño tan árduo? Dejo á un lado la autoridad, dictados, crédito y fama, que era menester para emprenderle; un capellan de San Luis, un cura de la Iglesia de San Pedro de Villagarcía, un Lobon metido á reformador del púlpito de España; un Lobon, ¡Santos Cielos! un Lobon; ¡qué sabemos quién fué los que le conocemos! un Lobon, que en tres ó cuatro sermones que predicó (y algunos de ellos *de rumbo*), dejó muy atrás á todos los Gerundios pasados, presentes, futuros y posibles; este nos quiere instruir; este nos quiere reformar; este se nos viene ahora á burlarse de nosotros; ¡ó tiempos; ó costumbres!

64. Sí, amigo lector, sí, aunque te pese. Ese mismo Lobon que fué todo lo que tú dices, y todo lo que quieres decir, y aún mucho más, sino estás contento, es el que se atreve á una empresa como esta. Mayor fué la de la conversion de todo el mundo, y en verdad que para ella no se valió Dios de catedráticos, sino de unos pobres pescadores; porque al fin, amigo, el Espíritu del Señor inspira dónde quiere, cuando quiere y en quién quiere. Que lo haria mucho mejor que yo, cualquiera otro, no te lo puedo negar; más como oigo, que infinitos se lastiman, y que ninguno lo emprende, excusándose los hombres grandes con estas, con aquellas y con las otras razones; yo que ni me mato por ser más, ni tampoco por

ser ménos, escupí las manos, refreguélas, y púselas á la obra con este tal cual caudalejo, que el Señor me dió. Si acerté en algo, á él sea la gloria: si lo erré un todo, agradéceme la buena voluntad. Y con esto á Dios, que á fé estoy ya cansado de tanta parladuría.

EXPLICIT PROLOGUS.



HISTORIA

DEL FAMOSO PREDICADOR

FR. GERUNDIO DE CAMPAZAS

LIBRO PRIMERO.

CAPÍTULO PRIMERO.

PATRIA, NACIMIENTO Y PRIMERA EDUCACION DE FRAY GERUNDIO.

CAMPAZAS es un lugar de que no hizo mencion Ptolomeo en sus cartas geográficas; porque verosíblemente no tuvo noticia de él, y es que se fundó como mil doscientos años después de la muerte de este insigne geógrafo, como consta de un instrumento antiguo, que se conserva en el famoso Archivo de Cotañes. Su situacion es en la provincia de Campos, entre Poniente y Septentrion, mirando hácia Este, por aquella parte que se opone al mediodía. No es Campazas ciertamente de las poblaciones más nombradas, ni tampoco de las más numerosas de Castilla la Vieja, pero pudiera serlo, y no es culpa suya que no sea tan grande como Madrid, Paris, Lóndres y Constantino-

pla, siendo cosa averiguada que por cualquiera de las cuatro partes pudiera extenderse hasta diez y doce leguas sin embarazo alguno. Y si como sus celebérrimos fundadores (cuyo nombre no se sabe) se contentaron con levantar en ella veinte ó treinta chozas, que llamaron casas por mal nombre, hubieran querido edificar doscientos mil suntuosos palacios con sus torres y chapiteles, con plazas, fuentes, obeliscos y otros edificios públicos, sin duda seria hoy la mayor ciudad del mundo. Bien sé lo que dice cierto crítico moderno, que esto no pudiera ser, por cuanto á una legua de distancia corre de Norte á Poniente el rio grande, y era preciso que por esta parte se cortase la poblacion. Pero sobre que era cosa muy fácil chupar con esponjas toda el agua del rio, como dice un viajero francés que se usa en el Indostan y en el gran Cairo; ó cuando ménos se pudiera extraer con la máquina pneumática todo el aire y cuerpecillos extraños que se mezclan en el agua, y entónces apénas quedaria en todo el rio la bastante para llenar una vinajera, como á cada paso lo experimentan con el Rhin, y con el Ródano los filósofos modernos; ¿qué inconveniente tendria que corriese el rio grande por medio de la ciudad de Campazas, dividiéndola en dos mitades? ¿No lo hace así el Támesis con Lóndres, el Moldalva con Praga, el Spreé con Berlin, el Elba con Dresde y el Tíber con Roma, sin que por eso pierdan nada estas ciudades? Pero al fin los ilustres fundadores de Campazas no se quisieron meter en estos dibujos, y por las razones que ellos se sabrian, se contentaron con levantar en aquel sitio como hasta unas treinta chozas (segun la opinion que se tiene por más

cierta) con sus cobertizos ó techumbres de paja á modo de cucuruchos, *que hacen un punto de vista el más delicioso del mundo.*

2. Sobre la etimología de Campazas hay grande variedad en los autores. Algunos quieren que en lo antiguo se llamase *Campazos*, para denotar los grandes campos de que está rodeado el lugar que verosímilmente dieron nombre á toda la provincia de Campos, cuya punta occidental comienza por aquella parte; y á esta opinion se arriman Anton Borrego, Blas Chamarro, Domingo Ovejero y Pascual Cebollon, diligentes investigadores de las cosas de esta provincia. Otros son de sentir, que se llamó y hoy se debiera llamar *Capazas*, por haberse dado principio en él al uso de las capas grandes que en lugar de mantellinas usaban hasta muy entrado este siglo las mujeres de Campos, llamadas por otro nombre *las Tias*, poniendo sobre la cabeza el cuello; ó la vuelta de la capa cortada en cuadro, y colgando hasta la mitad de la saya de frechilla, que era la gala recia en el dia del Corpus y de San Roque, ó cuando el tio de la casa servia alguna mayordomía. De este parecer son Cesar Capi-Sucio, Hugo Capet, Daniel Caporal, y no se desvia mucho de él Julio Caponi. Pero como quiera que esto de etimologías, por lo comun, es erudicion *ad libitum*, y que en las bien fundadas de San Isidro no se hace mencion de la de Campazas, dejamos al curioso lector que siga la que mejor le pareciere; pues la verdad de la historia no nos permite á nosotros tomar partido en lo que no está bien averiguado.

3. En Campazas, pues, (que así le llamaremos, con

formándonos con el estilo de los mejores historiadores que en materia de nombres de lugares usan de los modernos, después de haber apuntado los antiguos): en Campazas habia, á mediados del siglo pasado, un labrador que llamaban el rico del lugar; porque tenia dos pares de bueyes de labranza, una yegua torda, dos carros, un pollino rucio, zancudo, de pujanza y andador para ir á los mercados, un ható de ovejas, la mitad parideras, y la otra mitad machorras: se distinguia su casa entre todas las del lugar, en ser la única que tenia tejas. Entrábase á ella por un gran corralon flanqueado de cobertizos, que llaman *Tenadas* los naturales; y ántes de la primera puerta interior, se elevaba otro cobertizo en figura de pestaña horizontal, muy jalbegueado de cal, con sus chafarrinadas á trechos de almagre, á manera de faldon de disciplinante en dia de Jueves Santo. El zaguan ó portal interior estaba barnizado con el mismo jalbegue á excepcion de la ráfagas de almagra, y todos los sábados se tenia cuidado de lavarle la cara con un baño de aguacal. En la pared del portal que hacia frente á la puerta, habia una especie de aparador ó estante, que se llamaba *Basar* en el vocabulario del país, donde se presentaba desde luego á los que entraban toda la vajilla de la casa, doce platos, otras tantas escudillas, tres fuentes grandes, todas de Talavera de la Reina, y en medio dos jarras de vidrio con sus cenefas azules hácia el brocal, y sus asas á picos ó á dentellones como crestas de gallo. A los dos lados del basar se levantaban desde el suelo con proporcionada elevacion, dos poyos de tierra, almagreados por el pié y caleados por el plano, sobre

cada uno de los cuáles se habían abierto cuatro á manera de hornillos, para asentar otros tantos cántaros de barro, cuatro de agua zarca para beber, y los otros cuatro de agua del rio para los demás menesteres de la casa.

4. Hacia la mano derecha del zaguan, como entramos por la puerta del corral, estaba la sala principal, que tendria sus buenas cuatro varas en cuadro, con su alcoba de dos y media. Eran los muebles de la sala, seis cuadros de los más primorosos y más finos de la famosa calle de Santiago de Valladolid, que representaban un San Jorge, una Santa Bárbara, un Santiago á caballo, un San Roque, una nuestra Señora del Cármen, y un San Antonio Abad con su cochinito al canto. Habia un bufete con su sobremesa de gerga listoneada á flecos, un banco de álamo, dos sillas de tijera á la usanza antigua, como las de ceremonia del colegio viejo de Salamanca; otra que al parecer habia sido de vaqueta, como las que se usan ahora, pero solo tenia el respaldar, y en el asiento no habia más que la armazon; una arca grande, y junto á ella un cofre sin pelo y sin cerradura. A la entrada de la alcoba se dejaba ver una cortina de gasa con sus listas de encajes de á seis maravedis la vara, cuya cenefa estaba toda cuajada de escapularios con cintas coloradas y Santas Teresas de barro, en sus úrnicas de carton, cubiertas de seda floja, todo distribuido y colocado con mucha gracia. Y es, que *el rico de Campazas* era hermano de muchas religiones, cuyas cartas de hermandad tenia pegadas en la pared, unas con hostia y otras con pan mascado, entre cuadro y cuadro de los de la calle

de Santiago ; y cuando se hospedaban en su casa algunos padres graves, ú otros frailes que habian sido confesores de monjas, dejaban unos á la tia Catuja (así se llamaba la mujer del rico), y los más á su hija Petrona, que era una moza rolliza y de no desgraciado parecer, aquellas piadosas alhajuelas en reconocimiento del hospedaje, encargando mucho la devocion y ponderando las indulgencias.

5. Por mal de mis pecados se me habia olvidado el mueble más estimado que se registraba en la sala. Eran unas conclusiones de tafetan carmesí de cierto acto que habia defendido en el colegio de San Gregorio de Valladolid un hermano del rico de Campazas, que habiendo sido primero colegial del insigne colegio de San Froilan de Leon, el cual tiene hermandad con muchos colegios menores de Salamanca, fué después porcionista de San Gregorio; llegó á ser gimnasiarca, puesto importante que mereció por sus puños; obtuvo por oposicion el curato de Ajos y Cebollas en el obispado de Ávila, y murió en la flor de su edad, consultado ya en primera letra para el del Berraco. En memoria de este doctísimo varon, ornamento de la familia, se conservaban aquellas conclusiones en un marco de pino, dado con tinta de imprenta; y era tradicion en la casa, que habiendo intentado dedicarlas primero á un obispo, después á un título, y después á un oidor, todos se excusaron, porque les olió á petardo; con que desesperado el gimnasiarca (la tia Catuja le llamaba siempre el *Here-siarca*), se las dedicó al Santo Cristo de Villaquejida, haciéndole el gasto de la impresion un tio suyo, comisario del Santo Oficio.

6. Su hermano el rico de Campazas, que habia sido estudiante en Villagarcía, y habia llegado hasta medianos, siendo el primero del banco de abajo, como se entra por la puerta, sabia de memoria la dedicatoria, que tenia prevenida para cualquiera de los tres mecenas que se la hubiera aceptado, porque el gimnasiarca se la habia enviado de Valladolid, asegurándole que era obra de cierto fraile mozo, de estos que se llaman *Padres Colegiales*, el cual trataba en dedicatorias, arengas y quodlibetos, por ser uno de los latinos más deshechos, más encrespados y más retumbantes, que hasta entónces se habian conocido, y que habia ganado muchísimo dinero, tabaco, pañuelos y chocolate en este género de trato, *porque al fin* (decia en su carta el gimnasiarca) *el latin de este Fraile es una borrachera, y sus altisonantes frases son una Babilonia*. Con efecto, apenas leyó el rico de Campazas la dedicatoria, cuando se hizo cruces, pasmado de aquella estupendísima elegancia, y desde luego se resolvió á tomarla de memoria, como lo consiguió al cabo de tres años, retirándose todos los dias detrás de la Iglesia, que está fuera del lugar, por espacio de cuatro horas: y cuando la hubo bien decorado, aturrullaba á los curas del contorno, que concurrían á la fiesta del patrono, y tambien á los que iban á la romería de Villaquejida, unas veces encajándose la toda, y otras salpicando con trozos de ella la comida en la mesa de los mayordomos. Y como el socarron del rico á ninguno declaraba de quién era la obra, todos la tenían por suya, con lo cual entre los curas del rio grande por acá, y aún entre todos los del páramo, pasaba por el gramático más

horroroso, que habia salido jamás de Villagarcía: tanto, que algunos se adelantaban á decir sabia más latin, que el mismo Taranilla, aquel famoso *Domine*, que atolondró á toda la tierra de Campos con su latin crespo y enrebesado, como v. gr. aquella famosa carta con que examinaba á sus discípulos, que comenzaba así: *Palentiam mea si quis*; que unos construian, *si alguno mea á Palencia*; y por cuanto esto no sonaba bien, y parecia mala crianza, con peligro de que se alborotasen los de la Puebla; y no era verosímil que el domine Taranilla, hombre por otra parte modesto, circunspecto y grande azotador, hablase con poco decoro de una ciudad, por tantos títulos tan respetable, otros discípulos suyos lo construian de este modo: *Si quis mea*, chico mio, suple *fuge*, huye, *Palentiam* de Palencia. A todos estos los azotaba irremisiblemente el *impiyotable* Taranilla; porque los primeros perdian el respeto á la ciudad, y los segundos le empuñaban á él; sobre que unos y otros le suponian capaz de hacer un latin, que segun su construccion estaria atestado de solecismos. Hasta que finalmente después de haber enviado al rincon á todo el general, porque ninguno daba con el recóndito sentido de la enfática cláusula, el domine, sacando la caja, dando encima de ella dos golpecillos, tomando un polvo á pausas, sorbido con mucha fuerza, arqueando las cejas, ahuecando la voz y hablando gangoso reposadamente, la construia de esta manera: *mea*, vé; *si quis*, si puedes; *Palentiam* á Palencia. Los muchachos se quedaban atónitos, mirándose los unos á los otros, pasmados de la profunda sabiduría de su domine; porque aunque es verdad, que echada bien

la cuenta habia en su construccion mitad por mitad tantos disparates como palabras; puesto que ni *meo mas* significa como quiera *ir*, sino *ir por rodeos, por giros y serpenteando*; ni *queo quis* significa *poder* como quiera, sino *poder con dificultad*; pero los pobres niños no entendian estos primores; ni el penetrar la propiedad de los varios significados, que corresponden á los verbos, y á los nombres que parecen sinónimos y no lo son, es para gramáticos de primera tonsura, ni para preceptores de legua.

7. Ya se vé, como los curas del Páramo no estaban muy enterados de estas menudencias, tenian á Taranilla por el Ciceron de su siglo, y como oian relatar al rico de Campazas la retumbante y sonora dedicatoria, le ponian dos codos más alto que al mismo Taranilla. Y por cuanto la mayor parte de los historiadores, que dejaron escritas á la posteridad las cosas de nuestro Fray Gerundio, convienen en que la tal dedicatoria tuvo gran parte en la formacion de su exquisito y delicado gusto, no será fuera de propósito ponerla luégo en este lugar, primero en latin y despues fielmente traducida en castellano, para que en el discurso de esta verdadera historia, y con el calor de la narracion no se nos olvide.

CAPÍTULO II.

EN QUE, SIN ACABAR LO QUE PROMETIÓ EL PRIMERO,
SE TRATA DE OTRA COSA.

DECIA, pues, así la recondita, abstrusa y endiablada dedicatoria, dejando á un lado los títulos que no tuvo por bien trasladar el gimnasiarca.

2. *Hactenus me intra vurgam animi litescentis inipitum, tua heretudo instar mihi luminis extimadea denormam redubiare compellet sed antistar gerras meas anitas diributa et posartitum Nasonem quasi agredula: quibusdam lacunis. Barburrum stridorem averrucandus oblatero. Vos etiam viri optimi: ne mihi in anginam vestræ hispiditatis ananticataclum carmen irreplet. Ad rabem meam magicopertit: cicuresque conspicate ut alimones meis carmatoriis, quam censiones extetis. Igitur conramo sensu meam returem quamvis vasculam Pieridem actutum de vobis lampo-
nam comtulam spero. Adjuta namque cupedia præsumentis, jùm non exippitandum sibi esse conjectat. Ergo benepedamus me hac pudori, citimum colucari censete. Quam si hac nec treperat exiterint nec fracebunt quæ halucinari, vel ut vovinator adactus sum voti vobis damiumusque ad exodium vitulanti is cohacmentem. Quis enim mesonibium et non murgisso-*

*nem fabula autamabit quam Mentorem exfaballibit
altibuans, unde favorem exfebruate, fellibrem ut
applaudam armoniæ tensore á me velut ambrone col-
lectam adoreos veritatis instruppas.*

3. Esta es la famosa dedicatoria que el gimnasiar-
cade San Gregorio, cura de Ajos y Cebollas, electo del
Berraco, envió desde Valladolid á su hermano el ri-
co de Campazas: la cual, después de haber corrido
por las más célebres universidades de España con
el aplauso que se merecia, pasó los Pirineos, pene-
tró á Francia, dónde fué recibida con tanta estima-
cion, que se conserva impresa una puntual, exacta
y menudísima noticia genealógica de todas las manos
por dónde corrió el manuscrito, con los pelos y se-
ñales de los sugetos que le tuvieron, hasta que llegó
á las del maldito adicionador de la *Menagiana*, que
la estampó en el primer tomo de los cuatro que echó
á perder con sus impertinentísimas notas, scolios y
añadiduras. Dice, pues, este scoliador de mis pecados,
que el primer manuscrito que se sepa hubiese llega-
do á Francia paró en poder de Juan Lacurna, el cual
era hombre hábil y Baylío de Arnai-Dél-Duque: que
después pasó al docto Saumaise, y de éste le heredó
su hijo primogénito Claudio Saumaise, el cual murió
en Beaune á los 34 años de su edad, el dia 18 de
Abril de 1661: que por muerte de Claudio paró en la
Biblioteca de Juan Bautista Lantin, consejero, el
cuál y otro consejero llamado Filiberto de la Mare,
fueron legatarios por mitad de los manuscritos de
Saumaise, y que de Juan Bautista Lantin le heredó su
hijo Señor Lantin, consejero de Dijon.

4. Todo está muy bien, con puntualidad, con

menudencia y con exactitud: porque claro está, que iba á perder mucho la república de las letras, sino se supiera con toda individualidad, porque manos padres á hijos habia pasado [un manuscrito tan importante; y si todos los investigadores hubieran sido tan diligentes y tan menudos como este doctísimo y exactísimo adicionador, no hubiera ahora tantas disputas, repiquetes y contiendas entre nuestros críticos sobre quién fué el verdadero Autor de *la Pulga* del licenciado Burguillos, que unos atribuyen á Lope de Vega, y otros á un fraile, engañados sin duda, porque en el manuscrito sobre el cual se hizo la primera impresion en Sevilla, se leian al fin de él estas letras: Fr. L. de V. entendiendo que el *Frey* era *Fray*, cosas entre sí muy distintas y diversas, como lo saben hasta los niños Malabares. Ni en Inglaterra se hubieran dado las batallas campales, que se dieron á principio de este siglo entre dos sabios anticuarios de la universidad de Oxford, sobre *el origen de las espuelas, y la primitiva invencion de las alforjas*, fundándose uno y otro en dos manuscritos, que se hallaban en la Biblioteca de la misma universidad, pero sin saberse en qué tiempo, ni por quién se habian introducido en ella, que era el punto decisivo para resolver la cuestion.

5. Pero si al adicionador de la Menagiana se le deben gracias por esta parte, no se las daré yo, porque con su cronología sobre el manuscrito de la dedicatoria, me mete en un embrollo histórico, del cual no sé cómo me he de desenvolver, sin cometer un *anacronismo*, voz griega y sonora, que significa contradiccion en el cómputo de los tiempos. Dice

monsieur el adicionador, que Claudio Saumaise murió el año de 1661, y que cuando llegó á él el manuscrito de la dedicatoria ya habia pasado por otras dos manos; conviene á saber, por las de su padre el docto Saumaise, y por las del Baylío Juan Lacurna; y es mucho de notar, que no dice que pasó de mano en mano, como suele pasar la Gaceta, y el pronóstico de Torres, sino que dá bastantemente á entender, que fué por via de herencia, y no de donacion *inter vivos*. Esto supuesto, parece claro como el agua, que ya por los años de 1600 se tenia noticia en Francia de la tal dedicatoria, no siendo mucho dar sesenta años al señor Lacurna, y veinte ó treinta á Saumaise; porque aunque se pudiera decir que ámbos eran de una misma edad, no parece verosímil, que un particular, por doctísimo que fuese, viviese tanto como un Bailío; pues bien, que esto de Baylío en Francia signifique poco más que acá un alcalde gorrilla; pero al fin para lo de Dios el Baylío de Arnai era tan Baylío como el de Lora. Y habiendo dicho nosotros al principio de esta verdaderísima historia, ó por lo ménos habiéndolo dado á entender, que la dedicatoria la compuso un padre colegial, que estudiaba en Valladolid, cuando ya estaba muy entrado en dias el siglo pasado, puesto que hasta la mitad de él no hacen mencion del rico de Campazas los anales de esta posibilísima ciudad, y que se la envió su hermano el gimnasiarca; ¿cómo era posible que se tuviese noticia de ella en Francia por los años de 1600?

6. Para salir de esta intrincada dificultad, no hay otra callejuela sino decir, que el padre colegial leeria esta estupendisísima pieza en algun librete francés, y

después se la embocaria al bonísimo del gimnasiarca como si fuera obra suya, porque de estas travesuras á cada paso vemos muchas aún en el siglo que corre, en el cuál no pocos de estos, que se llaman autores y que tienen cara de hombres de bien, averiguada después su vida y milagros, se halla ser unos raterillos literarios, que hurtando de aquí y de allí, salen de la noche para la mañana en la Gaceta con los campanudos dictados de matemáticos, filológicos, físicos, eléctricos, proto-críticos, anti-sistemáticos, cuando todo bien considerado no son en la realidad más que unos verdaderos panto-mímicos.

7. Mas dejando este punto indeciso, lo que en Dios y en conciencia no se puede perdonar al impertinentísimo adicionador, es la injusta y desapiadada crítica que hace de la susodicha dedicatoria, tratándola de la cosa más perversa, más ridícula y más extravagante que se puede imaginar; y añadiendo, que el lenguaje, aunque parece suena á latin, es de una latinidad monstruosa, bárbara y salvaje. Pero con licencia de su mala condicion, yo le digo claritamente y en sus barbas, que no sabe cuál es su latin derecho, y que se conoce que en su vida ha saludado los Christus de la verdadera latinidad, pues le hago saber que ni Ciceron, ni Quintiliano, ni Tito-Livio, ni Salustio, hicieron jamás cosa semejante, ni fueron capaces de hacerla. Y á lo otro, que añade con mucha socarronería, de que aunque en la cultísima dedicatoria se hallan algunas palabras latinas que se encuentran en las glosas de Isidoro y de Papias, y en la coleccion de Du Cange, pero que se engaña mucho, ó no se ha de encontrar ingenio tan hábil en el mundo, que al todo

de ella le dé verdadero y genuino sentido; yo le digo que para que vea con afecto lo mucho que se engaña, el mismo padre colegial, que dió al gimnasiarca la dedicatoria en latin, ora fuese composicion suya, ora agena, se la dió tambien vertida en castellano fluido, corriente, natural, claro, perspicuo, como se vé en una copia auténtica, que se encontró en el libro dónde el rico de Campazas iba asentando por suyas la soldada de los criados, y los pellejos de ovejas que iba trayendo el pastor. La version, pues, de dicha dedicatoria decia así ni más ni ménos.

8. «Hasta aquí la excelsa ingratitud de tu soberanía ha obscurecido en el ánimo, á manera de clarísimo esplendor las apagadas antorchas del más sonoro clarín, con ecos luminosos, á impulsos balbucientes de la furibunda fama. Pero cuando examino el rosicler de los despojos al terso bruñir del hemisferio en el blando horóscopo del argentado catre, que elevado á la region de la techumbre inspira oráculos al acierto en bóvedas de cristal; ni lo airoso admite más competencias, ni en lo heróico caben más elocuentes disonancias. Temerario arrojó seria rescalar con pompa fúnebre hasta el golfo insondable, donde campea cual vivorezno animado el piélago de tu hermosura; porque hay sistemas tan atrevidos, que á guisa de emblemáticos furóres esterilizan á trechos toda su osadía al escrutinio; mas no por eso el piadoso Eneas agotó sus caudales al Ródano, cubierta la arrogante faz con el crespo, falaz y halagüeño manto: que si el jazmin sostiene pirámides á los lisonjeros peces, tambien el chopo franquea espumoso lecho á las odoríferas naves; ni es

»tan crítico el enojo del carrasco, que no destile rayo
»á rayo todo el alambique del aprisco. Mentor en ca-
»vilaciones de Sol, pudo esgrimir orgullosas sinra-
»zones de fanal; pero tambien experimentó á golpes
»del desengaño desagravios incautos del alevoso ceño
»cuando la agigantada nobleza de tu régia exactitud
»embota las puntas al acero de alentada majestad.
»Admite, pues, este literario desdeñ, elegante tributo
»de soporífero afan; y si estienes los aplausos de
»tu armonía á los hirsutos cambrones, no puede mé-
»nos de penetrar tu coletó la fragancia de la verdad
»hasta calama á las tripas, ó hasta aniquilar con di-
»chosa fortuna los estrupros: *Ut aplaudam armoniæ*
»*tem sore à me velut ambrone collectam adoreos veri-*
»*tatis instruppas.*»

CAPÍTULO III.

DONDE SE PROSIGUE LO QUE PROMETIÓ EL PRIMERO.

ESTE tal rico de Campazas, hermano del gimnasia-
rca, se llamaba Anton Zotes, familia arraigada en
Campos; pero extendida por todo el mundo, y tan
fecundamente propagada, que no se hallará en todo
el reino provincia, ciudad, villa, aldea ni aún al-
quería dónde no hiervan los Zotes, como garbanzos
en olla de potaje. Era Anton Zotes, como ya se ha
dicho, un labrador de una mediana pasada; hombre
de machorra, cecina y pan mediado los días ordina-
rios, con cebolla ó puerro por postre; baca y cho-
rizo los días de fiesta; su torrezno corriente por al-
muerzo y cena, aunque esta tal vez era un salpico de
baca; despensa ó agua-pié su bebida usual, ménos
cuando tenia en casa algun fraile, especialmente si
era prelado, lector, ó algun gran supuesto en la ór-
den, que entónces se sacaba á la mesa vino de Villa-
maran ó del Páramo. El genio bondadoso en la cor-
teza, pero en el fondo un si es no es suspicaz,
envidioso, interesado y cuentero: en fin, legítimo
bonus vir de Campis. Su estatura mediana, pero for-
nido y repolludo; cabeza grande y redonda, frente

estrecha, ojos pequeños, desiguales y algo taimados; guedejas rabi-cortas, á la usanza del Páramo, y no consistoriales como las de los Sexmeros del Campo de Salamanca: pestorejo, se supone, á la geronimiana, rechoncho, colorado y con pliegues. Este era el hombre interior y exterior del tio Anton Zotes, el cual, aunque habia llegado hasta el banco de abajo de medianos con ánimo de ordenarse, porque dicen que le venia una capellanía de sangre, en muriendo un tio suyo, arcipreste de Villaornate; pero al fin le puso pleito una moza del lugar, y se vió precisado á ir por la Iglesia, mas no al coro, ni al altar, sino al santo matrimonio. El caso pasó de esta manera.

2. Hallábase estudiando en Villagarcía, y ya medianista como se ha dicho, á los veinte y cinco años de su edad. Llegaron *los quince dias*, que así se llaman las vacaciones que hay en la Semana Santa, y en la de Pascua, y fuése á su lugar, como es uso y costumbre en todos los estudiantes de la redonda. El diablo que no duerme, le tentó á que se vistiese de penitente el Jueves Santo; y es, que como el estudiantico ya era un poco espigado, adulto y barbucubierto, miraba con buenos ojos á una mozuela vecina suya, desde que habian andado juntos á la escuela del sacristan, y para cortejarla más, le pareció cosa precisa salir de disciplinante; porque es de saber, que este es uno de los cortejos de que se pagan más todas las mozas de Campos, dónde ya es observacion muy antigua, que las más de las bodas se fraguan el Jueves Santo, el dia de la Cruz de Mayo, y las tardes que hay baile, habiendo algunas tan

devotas y tan compungidas, que se pagan más de la pelotilla y del ramal, que de la castañuela. Y á la verdad, mirada la cosa con ojos serenos y sin pasion, un disciplinante con su cucuracho de á cinco cuartas, derecho, almidonado y piramidal; su capillo á moco de pavo, con caida en punta hasta la mitad del pecho; ¿pues qué si tiene ojeras á perspunte, rasgadas con mucha gracia? con su almilla blanca de lienzo casero, pero aplanchada, ajustada y atacada hasta poner en prensa el pecho y el talle: dos grandes trozos de carne mómia, maciza y elevada, que se asoman por las dos troneras rasgadas en las espaldas, divididas entre sí por una tira de lienzo, que corre de alto á bajo entre una y otra, que como están cortadas en figura oval, á manera de cuartos traseros de calzon, no parece sino que las nalgas se han subido á las costillas, especialmente en los que son rechonchos y carnosos; sus enaguas ó sufaldon campanudo, pomposo y entre-plegado. Añádase á todo esto, que los disciplinantes macarenos y majos suelen llevar sus zapatillas blancas; con cabos negros, se entiende cuando son disciplinantes de devocion y no de cofradía, porque á éstos no se les permiten zapatos, salvo á los penitentes de luz, que son los jubilados de la órden. Considérese después, que este tal disciplinante que vamos pintando saca su pelotilla de cera, salpicada de puntas de vidrio, y pendiente de una cuerda de cáñamo empegada para mayor seguridad; que la mide hasta el codo con gravedad y con mesura, que toma con la mano izquierda la punta del moco del capillo, que apoya el codo derecho sobre el hjar del mismo lado (ménos que sea zurdo

nuestro disciplinante, porque entónces es cosa muy necesaria advertir, que todas estas posturas se hacen al contrario), que sin mover el codo y jugando únicamente la mitad del brazo derecho comienza á sacudirse con la pelotilla hácia uno y otro lado, sabiendo con cierta ciencia, que de esta manera ha de venir á dar en el punto céntrico de las dos carnosidades espaldares, por reglas inconcusas de anatomía, que dejó escritas un cirujano de Villamayor, mancebo y aprendiz que fué de otro de Villarramiel. Contémplese finalmente como empieza á brotar la sangre, que en algunos, sino es en los más, parecen las dos espaldas dos manantiales de pez, que brotan leche de empegar botas; como vá salpicando las enaguas, se distribuye en canales por el faldon, como le humedece, como le empapa, hasta entraparse en los pernejones del pobre disciplinante. Y digamos con serenidad el más apasionado contra las glorias de Campos; ¿si hay en el mundo espectáculo más galan, ni más airoso; si puede haber resistencia para este hechizo, y sino tienen buen gusto las mozanconas, que se van tras los penitentes, como los muchachos tras los gigantones y la Tarasca el dia del Corpus?

3. No se le ocultaba al bellaco de Anton esta inclinacion de las mozas de su tierra, y así salió de disciplinante el Jueves Santo, como ya llevamos dicho. A la legua le conoció Catanla Rebollo (que este era el nombre de la doncella su vecina, y su discípula de escuela); porque además de que en toda la procesion no habia otro caperuz tan chusco ni tan empinado, llevaba por contraseña una cinta negra, que ella misma le habia dado al despedirse por San

Lúcas parair á Villagarcía. (1) No le quitaba ojo en toda la procesion, y él, que lo conocia muy bien, tenia gran cuidado de cruzar de cuando en cuando los brazos, encorvar un poco el cuerpo y apretar las espaldas, para que exprimiesen la sangre, haciendo de camino un par de arrumacos con el caperuz, que es uno de los pasos tiernos á que están más atentas las doncellas casaderas; y el patan que le supiere hacer con mayor gracia, tendrá mozas á escoger, aunque por otra parte no sea el mayor jugador de la calva ó del morrillo, que haya en el lugar. Al fin, como Anton se desangraba tanto, llegó el caso de que uno de los mayordomos de la Cruz, que gobernaba la procesion, le dijese que se fuése á curar. Catanla se fué tras él, y como vecina se entró en su casa, dónde ya estaba prevenido el vino con romero, sal y estopas, que es todo el aparato de estas curaciones. Estrujáronle muy bien las espaldas, por si acaso habia quedado en ellas algun vidrio de la pelotilla; laváronselas, aplicáronle la estopada, vistióse, embozóse en su capa parda, y los demás se fueron á ver la proce-

(1) Con la gracia que se viene observando, critica aqui el autor, muy oportunamente, á los que asisten á las prácticas piadosas de la Religion, con objetos profanos. Siempre ha habido esta clase de devotos que poniendo una vela á San Miguel y otra al diablo, se han creído ser modelos de virtud, olvidando la sentencia del Evangelio que dice: *No se puede servir á dos señores*. Ninguna ocasion es ménos apropiada para buscar amores que una procesion de penitencia, en la que el espíritu debe recogerse completamente á la meditacion de las cosas eternas. En Anton, presenta el escritor uno de esos muchos tipos, para los que una procesion de penitencia ó un acto cualquiera religioso es para ellos un espectáculo, como la asistencia á un baile.

sion, ménos Catanla, que dijo estaba cansada, y se quedó á darle conversacion. Lo que pasó entre los dos no se sabe: solo consta de los anales de aquel tiempo, que vuelto Anton á Villagarcía, comenzó á correr un run run malicioso por el lugar; que sus padres quisieron se ordenase á título de la capellanía; que él, por debajo de cuerda, hizo que la moza le pusiese impedimento; que al fin y postre se casaron; y que para que se vea el poco temor de Dios y la mucha malicia con que habian corrido aquellas voces por el pueblo, la buena de la Catanla no parió hasta el tiempo legal y competente.

CAPÍTULO IV.

ACÁBASE LO PROMETIDO.

PARIÓ, pues, la tia Catuja un niño como unas flores, y fué su padrino el licenciado Quijano de Perote, un capellan del mismo Campazas, que en otro tiempo habia querido casarse con su madre, y se dejó, por haberse hallado que eran parientes en grado prohibido. Empeñóse el padrino en que se habia de llamar Perote, en memoria ó en alusion á su apellido; porque aunque no habia este nombre en el calendario, tampoco habia el de Lain, Nuño, Tristan, Tello ni Peranzules, y constaba que los habian tenido hombres de gran pro y de mucha cuenta. Esto decia el licenciado Quijano, alegando las historias de Castilla; pero como Anton Zotes no las habia leído, no le hacian mucha fuerza, hasta que se le ofreció decirle, que tampoco estaban en el calendario los nombres de Oliveros, Roldan, Florismarte ni el de Turpin, y que esto no embargante no le habia estorbado eso para ser arzobispo. Vaya que soy un asno, dijo entónces el tio Anton, pues no tengo leído otra cosa; y es, que era muy versado en la historia de los Doce Pares, la que sabia tan de memoria como

la dedicatoria del gimnasiarca. Llámese Perote, y no se hable más en la materia. Pero el cura del lugar que se hallaba presente, reparó en que *Perote Zotes* no sonaba bien, añadiendo, no sin alguna socarronería, que *Zote* era consonante de *Perote*, y que él había leído, no se acordaba dónde, que esto se debía evitar mucho cuando se hablaba en prosa. No gaste usted tanta, señor cura, replicó el padre del niño, que tampoco suena bien Sancho Ravancho, Alberto Retuerto, Geromo Palomo, Antonio Bolonio, y no vemos ni oímos otra cosa en nuestra tierra. Fuera de que eso se remedia fácilmente con llamar al niño Perote de Campazas, dándole por apellido el nombre de nuestro pueblo, como se usaba en lo antiguo con los hombres grandes, según nos informan las historias más verídicas; y así vemos hablar en ellas de Oliveros de Castilla, de Amadis de Gaula, de Artus de Algarve, y de Palmerin de Hircania, constándonos ciertamente, que estos no eran sus verdaderos apellidos, sino los nombres de las provincias ó reinos dónde nacieron aquellos grandes caballeros, que por haberlas honrado con sus hazañas, quisieron eternizar de esta manera la memoria de su patria en la posteridad. Y esto no solamente lo usaron los que fueron por las armas, sino también los que fueron por las letras, y dejaron escritos algunos libros famosos, como el Piscator de Sarrabal, el Dios Momo; la Carantamaula, el Lazarillo de Tormes, la Pícara Justina y otros muchos que tengo leídos, cuyos autores, dejando el propio apellido, tomaron el de los lugares dónde nacieron para ilustrarlos: y á mí me dá el corazón, que este niño ha de ser hombre de prove-

cho, y así llámese por ahora Perotico de Campazas, hasta que con la edad y con el tiempo le podamos llamar Perote á boca llena.

2. No en mis dias, dijo la tia Catanla. *Perote* suena á cosa de perol, y no ha de andar por ahí el hijo de mis entrañas, como andan los peroles por la cocina. Punto en boca, señores, exclamó Anton Zotes de repente. Ahora me incurre un estupendísimo nombre, que jamás se impuso á ningun nacido, y se ha de imponer á mi chicote. *Gerundio* se ha de llamar, y no se ha de llamar de otra manera, aunque me lo pidiera de rodillas el Padre Santo de Roma. Lo primero y principal, porque *Gerundio* es nombre singular, y eso busco yo para mi hijo. Lo segundo, porque me acuerdo bien, que cuando estudiaba con los teatinos de Villagarcía, por un *Gerundio* gané seis puntos para la vanda, y es mi última y postrimera voluntad hacer inmortal en mi familia la memoria de esta hazaña.

3. Hízose así ni más ni ménos, y desde luego dió el niño grandes señales de lo que habia de ser en adelante, porque ántes de dos años ya llamaba *pueca* á su madre con mucha gracia, y decia *no chero, cuerno* tan claramente como si fuera una persona; de manera, que era la diversion del lugar, y todos decian que habia de ser la honra de Campazas. Pasando por allí un fraile lego, que estaba en opinion de Santo, porque á todos trataba de *tú*, llamaba *bichos* á las mujeres, y á la Virgen *la Borrega*, dijo que aquel niño habia de ser fraile, gran letrado y estupendo predicador. El suceso acreditó la verdad de la profecía; porque en cuanto á fraile, lo fué tanto co-

mo el que más, lo de gran letrado, sino se verificó en esto de tener muchas letras, á lo ménos en cuanto á ser gordas y abultadas las que tenia, se verificó cumplidamente; y en lo de ser estupendo predicador, no hubo más que desear, porque este fué el talento más sobresaliente de nuestro Gerundico, como se verá en el discurso de la historia.

4. Aún no sabia leer ni escribir, y ya sabia predicar; porque como pasaban por la casa de sus padres tantos frailes, especialmente cüesteros, verederos, predicadores sabatinos, y aquellos que en tiempo de cuaresma y adviento iban á predicar á los mercados de los lugares circunvecinos, y estos unas veces rogados por el tio Anton Zotes, y por su buena mujer la tia Catanla; otras (y eran las más) sin esperar á que se lo rogasen, sobremesa sacaban sus papelonnes, y ni más ni ménos que si estuvieran en el púlpito, leian en tono alto, sonoro y concionatorio lo que llevaban prevenido; el niño Gerundio tenia gran gusto en oirlos, y después en remedarlos, tomando de memoria los mayores disparates que los oia, que no parece sino que estos se le quedaban mejor; y si por milagro los oia alguna cosa buena, no habia forma de aprenderla.

5. En cierta ocasion estuvo en su casa á la cuesta del mes de Agosto un padrecito de estos atusados, con su poco de copete en el frontispicio, cuelli-erguido, barbi-rabio, de hábito limpio y plegado, zapato ehusco, calzon de ante, y gran cantador de jácaras á la guitarrilla, del cual no se apartaba un punto nuestro Gerundico, porque le daba confites. Tenia el buen padre mitad por mitad tanto de presumido, co-

mo de evaporado, y contaba, como estando él de colegial en uno de los conventos de Salamanca, le habia enviado su Prelado á predicar un sermón de ánimas á Cabrerizos, y que habian concurrido á oírle muchos colegiales mayores, graduados y catedráticos de aquella universidad, por el crédito que habia cogido en ella con ocasion de graduarse cierto rector de un colegio menor, ya ordenado *in sacris*, de quién era pública voz y fama, que después de haber recibido el subdiaconato subrepticamente y á hurtadillas, habia estado un año en la cárcel eclesiástica de su tierra; por cuanto tres doncellas honradas habian presentado al señor provisor tres papeles con palabra de casamiento. Esto se compuso lo mejor que se pudo; volvió á proseguir sus estudios á Salamanca, porque era mozo de ingenio; quiso graduarse y encomendó una de las arengas al tal padrecito, que era paisano suyo, el cual comenzó por aquello de *apprehenderunt septem mulieres virum unum*; encajó después lo de *filius tui de longe venient, et filia tua de latere surgent*: y no se le quedó en el tintero el texto tan oportuno de *generatio rectorum benedicetur*. Y puesto que los textos y lugares de la Sagrada Escritura en semejantes composiciones puramente retóricas y profanas son tan impertinentes y tan importunos como las fábulas y los versos de los poetas antiguos, usados á pasto y con inmoderacion, lo son en los sermones: no embargante tampoco, que el tal fraile incurrió boníticamente en excomunion, que el Sagrado Concilio de Trento tiene fulminada contra los que abusan de la Sagrada Escritura para liviandades, sátiras, chanzonetas y chocarrerías, la tal arenga

tuvo su aplauso á título de truhanesca, y el susodicho padre quedó tildado por pieza.

6. Pues como supieron que predicaba en Cabrerizos el sermón de ánimas, concurrieron con efecto á oírle todos aquellos ociosos y desocupados de Salamanca (haylos de todas clases y especies), que se huelgan á todo lo que sale; y el buen religioso quedó tan pagado de su sermón, que repetía muchas cláusulas de él en todas las casas de los hermanos dónde se hospedaba. Oigan ustedes por vida suya como comenzaba, dijo la primera noche de sobremesa á Anton Zotes, á su mujer y al cura del lugar, que había concurrido al levantarse los manteles, para cortejar al fraile y brindar á la salud de su buena venida, como es uso en toda buena crianza.

7. Fuego, fuego, fuego, que se quema la casa: *Domus mea, domus orationis vocabitur.* (1) Ea, sacristan, toca esas retumbantes campanas: *In cymbalis bene sonantibus.* (2) Así lo hace; porque tocar á muerto y tocar á fuego es una misma cosa, como dijo el discreto Picinelo: *Lazarus amicus noster dormit.* (3) Agua, señores, agua, que se abrasa el mundo; *¿Quis dabit ca-*

(1) Como quiera que para comprender suficientemente la disparatada aplicación de textos de la Sagrada Escritura, es necesario tener conocimiento del idioma latino, iremos dando la traducción de muchos de los que se encontrarán en el curso de ésta obra para los que no saben latino: *Domus mea, domus orationis vocabitur*: quiere decir: *Mi casa, casa de oración será llamada*, (S. Mateo, cap. XVI, v. 13.)

(2) Con cimbales sonoros. (Salm. CL. v. 5.)

(3) Lázaro nuestro amigo, duerme. (S. Juan cap. XI, v. 11.)

pili meo aquam? (1) La interlineal: *Qui erant in hoc mundo* (2). Pagnino: *Et munduseum non cognovit*, (3) pero ¡qué veo; ay, cristianos, que se abrasan las ánimas de los fieles! *Fidelium animæ*, y sirve de yesca á las voraces llamas derretida pez: *Requiescant in pace, id est, in pice*, como expone Vatablo; fuego de Dios; ¡cómo quema! *Ignis á Deo illatus*. Pero, albricias, que ya baja la Virgen del Cármen á librar á las que trajeron su devoto escapulario: *Scapulis suis*. Dice Cristo, favor á la justicia: dice la Virgen, válgame la gracia. *Ave Maria*.

8. Anton Zotes estaba pasmado; á la tia Catanla se la caia la baba; el cura del lugar, que se habia ordenado con reverendas de Sede-vacante, y entendia lo que rezaba como cualquiera monja, le miraba como atónito; y juró por los santos cuatro Evangelios, que aunque habia oido predicar la Semana Santa de Campazas á los predicadores sabinos más famosos de toda la redonda, ninguno le llegaba á la suela del zapato. No acababa de ponderar aquel chiste de comenzar un sermón de ánimas con *fuego, fuego, que se quema la casa*; ¿pues qué el ingenioso pensamiento de que lo mismo es tocar á muerto, que tocar á fuego? Tenga usted, señor cura, le interrumpió el padre, alargándole la caja para que tomase un polvo, que eso tiene más alma de la que parece. Las almas de los difuntos ó están en la gloria, ó están en

(1) ¿Quién dará agua á mi cabeza? (Jerem. cap. IX, v. 1.)

(2) Los que estaban en el mundo.

(3) Y el mundo no le conoció. (S. Juan 1.)

el infierno, ó están en el purgatorio: por las primeras no se toca, porque no han de menester sufragios; por las segundas tampoco, porque no las aprovechan; con que solo se toca por las terceras, para que Dios las saque de aquellas llamas: pues eso y tocar á fuego, allá se va todo. Ahora prosiga usted con su glosa, que me dá mucho gusto, y se conoce que es hombre que lo entiende; y no como cierto padre maestro de mi religion, que aunque es hombre grave en la órden y le tienen por docto y de entendimiento, me tiene ojeriza desde que le negué el voto en un capítulo del convento para que fuese Prelado, y me dijo, que el sermon era un hato de disparates, añadiendo, que eran delatables á la inquisicion.

9. Todos somos hombres, replicó el cura, y como de esas envidias se ven en las religiones. A fé, que acaso su reverendísima el tal Padre Maestro en todos los dias de su vida daría con una cosa tan oportuna como aquella de *agua, agua, que se quema la casa*, con ser así, que después de haber tocado las campanas á fuego, se estaba cayendo de su peso el pedir agua. Añada usted, le dijo el Padre Colegial, que ahí se hace alusion al agua bendita, la cual, como usted sabe, es uno de los sufragios más provechosos para las benditas ánimas del purgatorio. Eso es claro, respondió el cura, porque el fuego se apaga con el agua, y así se lo explico yo en la misa á mis feligreses. Desde que se lo oí predicar á su mercé (saltó la tía Catanla) tengo yo mucho cuidado de regar bien la sepultura de mi madre, porque diz que cada gota de agua bendita, que cae sobre ella, apaga una gota del fuego del purgatorio. Lo

que más me admira, continuó el cura, es la propiedad de los textos, que no parece sino que V. Paternidad los trae en la manga; y cuando habla de agua, luego saca un texto, que habla de agua; cuando de casa, de casa; y cuando de mundo, de mundo: todos tan claros, que los entenderá cualquiera, aunque no haya estudiado latin. Ese es el chiste, respondió el Padre; ¿pero va que no sabe usted por qué traje el texto de *Lazarus amicus noster dormit*, cuando dije, que tocar á muerto y tocar á fuego es una misma cosa? Confieso que no lo entendí, dijo el buen cura; y que aunque me sonó á despropósito, pero como veo el grande ingenio de V. Paternidad, lo atribuí á mi rudeza, y desde luego creí, que sin duda se ocultaba algun misterio; ¿Y cómo que le hay? prosiguió el fraile: y sino dígame usted, ¿cuándo Cristo resucitó á Lázaro, no estaba este muerto? Así lo dice San Agustin, Lira, Cartagena y otros muchos, y no hay duda que esta es la sentencia más probable; porque aunque el texto dice que dormia, *dormit*, es porque la muerte se llama sueño, como lo notó doctamente el sapientísimo idiota. Pues ahora, habiendo yo dicho *tocar á muerto*, venia de perlas poner delante un difunto. ¿Y por qué escogeria yo á Lázaro más que á otro? Aquí está el chiste; porque el mayordomo de la Cofradía de las Animas de Cabrerizos se llamaba Lázaro, y era grande amigo de nuestro convento, al cual enviaba de limosna todos los años un cordero, y media cántara de vino. Por eso dije, *Lazarus amicus noster*; que al oirlo el alcalde, el regidor y el fiel de fechos, que estaban delante del púlpito, sentados en

el banco de la señora Justicia, dieron muchas cabezadas, mirándose unos á otros. No pudo contenerse el cura: levantóse del asiento, y echando al Padre los brazos al cuello, le dijo casi llorando de gozo: padre, vuesa Paternidad es un demonio; y añadió Catanla: ¡benditas las madres, que tales hijos paren!

10. A todo esto estaba muy atento el niño Gerundio, y no le quitaba ojo al religioso. Pero como la conversacion se iba alargando y era algo tarde, vínole el sueño, y comenzó á llorar. Acostóse su madre, y á la mañana, como se habia quedado dormido con las especies que habia oido al Padre, luego que despertó se puso de piés y en camisa sobre la cama, y comenzó á predicar con mucha gracia el sermon, que habia oido por la noche, pero sin atar ni desatar, y repitiendo no más que aquellas palabras más fáciles, que podia pronunciar su tiernecita lengua, como *fuego, agua, campanas, sacristan, tío Lázaro*, y en lugar de Picinelo, Pagnino y Vatable, decia *pañuelo, pollino, y buen nabo*, porque aún no tenia fuerza para pronunciar la *l*. Anton Zotes y su mujer quedaron aturdidos: diéronle mil besos, despertaron al padre colegial, llamaron al cura, dijeron al niño que repitiese el sermon delante de ellos; y él lo hizo con tanto donaire y donosura, que el cura le dió un ochavo para avellanas, el fraile seis chochos, su madre un poco de turrón de Villada, que habia traído de una romería; y contando la buena de la Catanla la profecía del bendito lego (así le llamaba ella), todos convinieron en que aquel niño habia de ser gran predicador, y que sin perder tiempo era menester ponerle á la escuela de Villaornate, dónde habia un maestro muy famoso.

CAPITULO V.

DE LOS DISPARATES QUE APRENDIÓ EN LA ESCUELA DE VILLAORNATE.

ÉRALO un cojo, el cual siendo de diez años se había quebrado una pierna por ir á coger un nido. Había sido discípulo en Leon de un maestro famoso, que de un rasgo hacia una pájara, de otro un pavillon, y con una A ó con una M al principio de una carta, cubria toda aquella primera llana de garambainas. Hacia carteles, que dedicaba á grandes personajes, los cuáles por lo comun se los pagaban bien; y aunque le llamaban por esto el maestro socialiñas, á él se le daba poco de los murmuradores, y no por eso dejaba de hacer sus ridículos cortejos. Sobre todo era eminente en dibujar aquellos carteles, que llaman de letras de humo, y con efecto pintaba *un Alabado* que podia arder en un candil. De este insigne maestro fué discípulo el cojo de Villaornate; y era fama, que por lo ménos habia salido tan primoroso garambainista, como su mismo maestro.

2. Siendo cosa averiguada que los cojos por lo comun son ladinos y avisados, este tal cojo de quién vamos hablando, no era lerdo, aunque picaba un poco en presumido y en extravagante. Como salió

tan buen pendolista, desde luego hizo ánimo á seguir la carrera de las escuelas; esto es, á ser maestro de niños: y para soltarse en la letra, se acomodó por dos ó tres años de escribiente con el notario de la vicaría de San Millan, el cual era hombre curioso, y tenia algunos libros romancistas, unos buenos y otros malos. Entre estos habia tres libritos de ortografía, cuyos autores seguian rumbos diferentes y aún opuestos, queriendo uno que se escribiese segun la etimología ó derivacion de las voces; otro defendiendo, que se habia de escribir como se pronunciaba; y otro, que se debia seguir en eso la costumbre. Cada uno alegaba por su parte razones, ejemplos, autoridades, citando academias, diccionarios, lecciones, *ex omni lingua, tribu, populo et natione*; y cada cual esforzaba su partido con el mayor empeño, como si de este punto dependiera la conservacion, ó el trastornamiento y ruina universal de todo el orbe literario, conviniendo todos tres en que la ortografía era la verdadera *clavis scientiarum*, el fundamento de todo el buen saber, la puerta principal del templo de Minerva, y que si alguno entraba en él sin ser buen ortografista, entraba por la puerta falsa; nó habiendo en el mundo cosa más lastimosa, que el que se llamasen escritores los que no sabian escribir. Sobre este pié metia cada autor una zambra de todos los diantres en defensa de su particular opinion. Al etimologista y derivativo, se le partia el corazon de dolor, viendo á innumerables españoles indignos, que escribian *España* sin *H*, en gravísimo deshonor de la gloria de su misma patria, siendo así que se deriva de *Hispania*, y esta de *Hispaan*, aquel héroe,

que hizo tantas proezas en la caza de conejos, de dónde en lengua *Punica* se vino á llamar *Hispania*, toda tierra dónde habia mucha gazapina. Y si se quiere que se derive de *Hespero*, aún tiene origen y cuna más brillante, pues no viene ménos que del lucero vespertino, que es ayuda de cámara del sol cuando se acuesta, y le sirve el gorro para dormir, el cual á ojos vistos se ve que está en el territorio celestial de nuestra amada patria; y quitándola á esta la *H* con sacrílega impiedad, obscurecióse todo el esplendor de su clarísimo origen; y los que hacen esto se han de llamar españoles; ¡ó indignidad! ¡ó indecencia!

3. Pero dónde perdía todos los estribos de la paciencia y aún de la razon, era en la torpe, en la bárbara, en la escandalosa costumbre ó corruptela de haber introducido la *Y* griega, cuando servia de conjuncion, en lugar de la *I* latina, que sobre ser más pulida y más pelada, tenia más parentesco con el *et* de la misma lengua, de dónde tomamos nosotros nuestra *i*. Fuera de que la *y* griega tiene una figura basta, rústica y grosera, pues se parece á la horquilla con que los labradores cargan los haces en el carro; ó aunque no fuera más que por esta gravísima razon, debia desterrarse de toda escritura culta y aseada. Por esto, decia dicho etimologista: siempre que leo en algun autor *y Pedro, y Juan, y Diego*, en lugar de: *i Diego, i Pedro, i Juan* se me revuelven las tripas, se me conmueven de rabia las entrañas, y no me puedo contener sin decir entre dientes: Hi-de-pu... Y al contrario, no me harto de echar mil bendiciones á aquellos celebérrimos auto-

res, que saben cual es su *I* derecha, y entre otros á dos catedráticos de dos famosas universidades, ambos inmortal honor de nuestro siglo, y envidia de los futuros, los cuales en sus dos importantísimos tratados de ortografía, han trabajado con glorioso empeño en restituir la *I* latina al trono de sus antepasados; por lo cual digo y diré mil veces, que son benditos entre todos los benditos.

4. No le iba en zaga el otro autor, que despreciando la etimología y la derivacion pretendia que en las lenguas vivas se debia escribir como se hablaba, sin quitar ni añadir letra alguna que no se pronunciase. Era gusto ver como se encendia, como se irritaba, como se enfurecia contra la introduccion de tantas *hh*, *nn*, *ss*, y otras letras impertinentes, que no suenan en nuestra pronunciacion. Aquí de Dios, y del Rey (decia el tal autor, que no parecia sino portugués en lo fanfarron y en lo arrogante): Si pronunciamos *ombre*, *outra*, *ijo* sin aspiracion ni alforjas; á qué ton hemos de pegar á estas palabras aquella *h* arrimadiza, que no es letra, ni calabaza, sino un recuerdo, ó un punto aspirativo? Y si se debe aspirar con la *h*, siempre se pone; ¿por qué nos reimos del andaluz cuando pronuncia *jijo*, *jourra*, *jombre*? Una de dos; ó él habla bien, ó nosotros escribimos mal; pues ¿qué diré de las *nn*, *ss*, *rr*, *pp* y demás letras dobles, que desperdiciamos lo más lastimosamente del mundo? Si suena lo mismo *pasion* con una *s* que con dos; *inocente* con una *n* que con dos; *Philipo* con una *p* que con dos; ¿*ut quid perditio hæc*? Que doblemos las letras en aquellas palabras en que se pronuncian con particular fortaleza, ó en las

cuáles, sino se doblan, se puede confundir su significado con otro, como en *perro* para distinguirle de *pero*, en *parro*, para diferenciarle de *paro*, y en *cerro* para que no se equivoque con *cero*, vaya; pero en *buro*, que ya se sabe lo que es, y no puede equivocarse con otro algun significado; ¿para qué hemos de gastar una *r* más, que después puede hacernos falta para mil cosas? ¿Es esto más que gastar tinta, papel y tiempo contra todas las reglas de la buena economía? No digo nada de la prodigalidad con que malbaratamos un prodigioso caudal de *uu*, que para nada nos sirven á nosotros, y con las cuáles se podian remediar muchísimas pobres naciones, que no tienen una *u* que llegar á la boca: v. gr. *en qué*, en *por qué*, en *para qué*, en *quiere*, et reliqua; ¿no me dirán ustedes, qué falta nos hace la *u*, puesto que no se pronuncia? ¿Estaría peor escrito *qiero*, *qé*, *por qé*, *para qé*, etc.? Añado, que como la misma *q* lleva en vuelta en su misma pronunciacion la *u*, podíamos ahorrar muchísimo caudal de *uu* para una urgencia, aún en aquellas voces en que claramente suena esta letra: porque; ¿qué inconveniente tendria, que escribiésemos *qerno*, *qando*, *qales*, para pronunciar *querno*, *quando*, *quales* (1)? Aún hay más en la materia: puesto que la *K* tiene la misma fuerza que la *q*, todas las veces que la *u* no se declara, distingamos de tiempos y concordaremos derechos, quiero decir, desterremos la *q* de todas aquellas palabras en que

(1) Dejamos en estas palabras la ortografía con que fueron escritas, que es la que se usaba en el siglo XVIII. Ya comprende el lector que hoy escribiríamos *cucerno*, *cuando*, *cuales*.

no se pronuncia la *u*, y valgámonos de la *K*, pues aunque así se parecerá la escritura á los Kyries de la Misa, no perderá nada por eso. Vaya un verbi gracia de toda esta ortografía.

5. «El ombre ke kiera escribir coretamente, uya »tanto pudiere de «escribir akellas letras, ke no se »egspresan en la pronunciacion; porke es desonra »de la pluma, ke debe ser buena ija de la lengua, no »aprender lo ke la enseña su madre, &c.» Cuéntense las *uu* que se ahorran en solo este período, y por aquí se sacará las que se podrian ahorrar al cabo del año en libros, instrumentos y cartas: y luégo extrañarán que se haya encarecido el papel.

6. Por el contrario, el ortografista, que era de opinion que en esto de escribir se habia de seguir la costumbre, no se metia en dibujos; y haciendo gran burla de los que gastaban el calor natural en estas bagatelas, decia, que en escribiendo como habian escrito nuestros abuelos, se cumplia bastante-mente: y más cuando en esto de ortografía, hasta ahora no se habian establecido principios ciertos y generalmente admitidos, más que unos pocos, y que en lo restante cada uno fingia los que se le antojaba. El cojo, que como ya dijimos era un si es no es muchísimo extravagante, leyó todos los tres tratados; y como vió que la materia tenia mucho de arbitraria, y que cada cual discurria segun los senderos de su corazon, le vino á la imaginacion un extraño pensamiento, parecióle que él tenia tanto caudal como cualquiera para ser inventor, fundador y patriarca de un nuevo sistema ortográfico; y aún se lisonjeó su vanidad, que acaso daria con uno jamás oido ni ima-

ginado, que fuese más racional y más justo que todos los descubiertos; figurándosele, que si acertaba con él, se haría el maestro de niños más famoso, que había habido en el mundo, desde la fundacion de las escuelas hasta la institucion de los escolapios *inclusive*.

7. Con esta idea comenzó á razonar allá para consigo, diciéndose á sí mismo; ¡Válgame Dios! las palabras son imágenes de los conceptos, y las letras se inventaron para ser representación de las palabras; con que por fin y postre ellas tambien vienen á ser representacion de los conceptos. Pues ahora, aquellas letras que representaren mejor lo que se concibe; esas serán las más propias y adecuadas; y así, cuando yo concibo una cosa pequeña la debo escribir con letra pequeña, y cuando grande con letra grande. Verbi gracia; ¿que cosa más impertinente, que hablando de una pierna de vaca, escribirla con una *v* tan pequeña, como si se hablara de una pierna de hormiga, y tratando de un monte, usar una *m* tan ruin, como si tratára de un mosquito? Esto no se puede tolerar, y ha sido una inadvertencia fatal y crasísima de todos cuantos han escrito hasta aquí; ¿hay cosa más graciosa, ó por mejor decir más ridícula, que igualar á Zaqueo en la Z, con Zorobabel y con Zabulon; siendo así, que consta de la Escritura, que el primero era pequeñito y casi enano, y los otros dos cualquiera hombre de juicio los concibe por lo ménos tan grandes y tan corpulentos como el mayor gigante del dia del Corpus? ¿Por qué pensar, que no llenaban tanto espacio de aire, como llenan de boca, *proportione servata*? ¿Es cuento de niños? ¡Pues vé aquí, que sal-

gan Zaqueo y Zabulon en un escrito; y que siendo ó habiendo sido en sí mismo tan desiguales en el tamaño, han de parecer iguales en la escritura! Vaya, que es un grandísimo despropósito. Item, si se habla de un hombre, en quien todas las cosas fueron grandes, como si dijéramos un San Agustin, ponderando su talento, su ingenio, su comprension; ¿hemos de escribir y pintar en el papel estas agigantadas prendas con unas letricas tan menudas y tan indivisibles, como si habláramos por comparanza de las del autor *del Poema Epico de la Vida de S. Anton*, y otros de la misma calaña? Eso seria cosa ridícula, y aún ofensiva á la grandeza de un Santo Padre de tanta magnitud. Fuera de que, ¿dónde puede haber mayor primor, que el hacer que cualquiera lector, solo con abrir un libro, y ántes de leer ni una sola palabra, conozca por el mismo tamaño y multitud de las letras grandes, que allí se trata de cosas grandiosas, magníficas y abultadas? ¿Y al contrario, en viendo que todas las letras son de estatura regular, ménos tal cual que sobresale á trechos, como los pendones en la procesion, cierre incontinenti el libro, y no pierda tiempo en leerle, conociendo desde luego que no se contienen en él sino cosas muy ordinarias y comunes? Quiero explicar esto con el ejemplo de un estupendo sermon, predicado al mismo S. Agustin, el mejor que he oido ni pienso oir en los dias de mi vida. Preguntaba el predicador; ¿por qué á San Agustin se le llamaba el *Gran Padre de la Iglesia*, y á ningun otro Santo Padre ni doctor de ella se le daba este *epiteto*? (Así decia él). Y respondió:

8. «Porque mi Agustino, no solo fué Gran Padre;

»sino Gran Madre y Gran Abuelo de la Iglesia. Gran
 »Padre, porque ántes de su conversion tuvo muchos
 »hijos, aunque no se logró más que uno. Gran Madre,
 »porque Concibió y Parió muchos Libros. ¡Gran Abue-
 »lo, porque Engendró á los Ermitaños de San Agustin,
 »y los Ermitaños de San Agustin engendraron des-
 »pués todas las Religiones mendicantes, que siguen
 »su Santa Regla, las cuáles todas son Nietas del Gran-
 »de Agustino. Y note de paso el discreto, que la Re-
 »gla destruye la Maternidad, y la Regla fué la que
 »aseguró la Maternidad de mi Gran Padre. *Magnus*
 »*Parens.*»

9. Este trozo de sermon, que oí con estos mismí-
 simos oídos, que han de comer la tierra, y un pobre
 ignorante y mentecato, aunque tenia crédito de gran
 letrado y hombre maduro, trató de puerco, sucio,
 hediondo y digno del fuego; pero á mí me pareció, y
 hoy dia me lo parece, la cosa mayor del mundo: digo
 que este trozo de sermon, escrito como está escrito,
 esto es, con letras mayúsculas y garrafales en todo
 lo que toca á San Agustin, desde la primera vista
 llama la atencion del lector, y le hace conocer, que
 allí se contienen cosas grandes, y, sin poderse conte-
 ner, luégo se abalanza á leerlo: cuando al contrario,
 si estuviera escrito con letras ordinarias, no pararia
 mientes en él, y quizá le arrimaria sin haber leído
 una letra. Así que en esta mi ortografía se logra; lo
 primero, la propiedad de las letras con los conceptos
 que representan; lo segundo, el decoro de las perso-
 nas de quien se trata; lo tercero, el llamar la atencion
 de los lectores. Y podia añadir lo cuarto, que tambien
 se logra la hermosura del mismo escrito; porque son

las letras grandes en el papel lo que los árboles en la huerta, que la amenizan y la agracian, y desde luego da á entender, que aquella es huerta de Señor; cuando un libro todo de letras iguales y pequeñas, parece huerta de verdura y hortaliza, que es cosa de frailes y gente ordinaria.

10. Con estas disparatadas consideraciones se enamoró tanto el extravagante cojo de su ideada ortografía, que resolvió seguirla, entablarla y enseñarla. Y habiendo vacado por aquel tiempo la escuela de Villaornate, por ascenso del maestro actual á fiel de fechos de Cojeces de abajo, la pretendió y la logró á dos paletadas; porque ya habia cobrado mucha fama en toda la tierra, con ocasion de los litigantes que acudian á la vicaría. Llovian niños como paja de todo el contorno á la fama de tan estupendo maestro; y Anton Zotes y su mujer resolvieron enviar allá á su Gerundico, para que no se malograra la viveza que mostraba. El cojo le hizo mil caricias, y desde luego comenzó á distinguirlo entre todos los demás niños. Sentábase junto á sí, hacíale punteros, limpiábale los mocos, dábale avellanas y mondaduras de peras, y cuando el niño tenia gana de proveerse, el mismo maestro le soltaba los dos cuartos traseros de las bragas (porque consta de instrumentos de aquel tiempo que eran abiertas), y arremangándole la camisita, le llevaba en esta postura hasta el corral, dónde el chicuelo hacia lo que habia menester. No era oro todo lo que relucía; el bellaco del cojo sabia bien que no echaba en saco roto los cariños que hacia á Gerundico; porque á los buenos de sus padres se les caía la baba, y además de pagarle muy pun-

tualmente el real del mes, la rosca del sábado, que llevaba su hijo, era la primera y la mayor, si siempre acompañada con dos huevos de pava, que no parecían sino mesmamente como dos bolas de trucos. Amen de eso, en tiempo de matanza eran corrientes y seguras tres morcillas, con un buen pedazo de solomo: esto sin entrar en cuenta la morcilla cagalar con dos buenas varas de longaniza, que era el coigajo del día de San Martín, nombre que tenía el maestro. Y cuando paría la señora (así llamaban los niños á la maestra), era cosa sabida que la tía Catanla la regalaba con dos gallinas las más gordas que había en su gallinero, y con una libra de vizcochos, que se traían exprofesamente de la confitería de Villamañan. Con esto se esmeraban maestro y maestra en acariciar al niño, que la maestra todos los sábados le cortaba las uñas, y de quince en quince días le espulgaba la cabeza, y sacaba las liendres (1).

(1) Con tan fina crítica, satiriza aquí el autor á los maestros, (que aún en la actualidad no faltan) que dedicando todos sus cuidados á los hijos de las familias opulentas, que premian sus desvelos con regalos, no se cuidan para nada de los niños que por ser de padres pobres no pueden corresponder de la misma manera. Para aquellos son siempre los premios, aunque sean tan zotes como *Gerundio*; para los otros los malos tratos.

CAPÍTULO VI.

EN QUE SE PARTE EL CAPÍTULO QUINTO, PORQUE YA VA LARGO.

PUES con este cuidado que el maestro tenia de Gerundico, con la aplicacion del niño y con su viveza é ingenio que realmente le tenia, aprendió fácilmente y presto todo cuanto le enseñaban. Su desgracia fué, que siempre le deparó la suerte maestros estrafalarios y estrambóticos como el cojo, que en todas las facultades le enseñaron mil sandeces, formándole desde niño un gusto tan particular á todo lo ridículo, impertinente y extravagante, que jamás hubo forma de quitarle; y aunque muchas veces encontró con sujetos hábiles, cuerdos y maduros, que intentaron abrirle los ojos para que distinguiese lo bueno de lo malo (como se verá en el discurso de esta puntual historia), nunca fué posible apearle de su capricho: tanta impresion habian hecho en su ánimo los primeros disparates. El cojo los inventaba cada dia mayores; y habiendo leído en un libro, que se intitulaba *Maestro del maestro de niños*, que éste debe poner particular cuidado en enseñarlos la lengua propia, nativa y materna con pureza y con propiedad; por cuanto enseña la experiencia, que la incongruidad, barbarismos y

solecismos con que la hablan toda la vida muchos nacionales, dependen de los malos modos, impropiedades y frases desacertadas, que se les pegan cuando niños; él hacia grandísimo estudio de enseñarlos á hablar bien la lengua castellana: pero era el caso, que él mismo no podia hablarla peor; porque como era tan presumido y tan exótico en el modo de concebir, así como habia inventado una extravagantísima ortografía, así tambien se le habia puesto en la cabeza, que podia inventar una lengua no ménos extravagante.

2. Miéntras fué escribiente del notario de San Millan, habia notado en varios procesos que se decia así: *cuarto testigo examinado, María Gavillan: octavo testigo examinado, Sebastiana Palomo*. Esto le chocaba infinitamente; porque decia, que si los hombres eran testigos, las mujeres se habian de llamar *testigas*, pues lo contrario era confundir los sexos, y parecia romance de vizcaino. De la misma manera no podia sufrir, que el autor de la vida de Santa Catalina dijese: *Catalina sujeto de nuestra historia*; pareciéndole, que *Catalina* y *sujeto* eran mala concordancia, pues venia á ser lo mismo que si se dijera: *Catalina, el hombre de nuestra historia*, siendo cosa averiguada que solamente los hombres se deben llamar *sujetos*, y las mujeres *sugetas*; ¿pues qué, cuando encontraba en un libro, *era una mujer no comun, era un gigante*? Entónces perdía los estribos de la paciencia y decia á sus chicos todo en cólera y furioso: ya no falta más sino que nos quiten las barbas y los calzones y se los pongan á las mujeres; ¿por qué no se dirá, *era una mujer no comuna, era una gigante*? Y por

esta misma regla los enseñaba que nunca dijesen, *el alma, el arte, el agua*, sino *la alma, la arte, la agua*, pues lo contrario era *ridicularia*, como dice el indigesto y docto Barbadiño.

3. Sobre todo estaba de malísimo humor con aquellos verbos y nombres de la gramática castellana, que comenzaban con *arre*, como *arrepentirse, arremangarse, arreglarse, arreo, &c.* jurando y perjurando, que no habia de parar hasta desterrarlos de todos los dominios de España; porque era imposible que no los hubiesen introducido en ella algunos arrieros de los que conducian el bagaje de los godos y de los árabes. Decia á sus niños, que hablar de esta manera era mala crianza, porque era tratar de burros ó de machos á las personas. Y á este propósito los contaba, que yendo un padre maestro de cierta religion por Salamanca, y llevando por compañero á un frailecito irlandés recién trasplantado de Irlanda, que aún no entendia bien nuestra lengua, encontraron en la calle del Rio muchos aguadores con sus burros delante, que iban diciendo: *arre, arre*. Preguntó el irlandesillo al padre maestro; ¿qué queria decir *are*, pronunciando la *r* blandamente, como lo acostumbran los extranjeros? respondióle el maestro, que aquello queria decir, que anduviesen los burros adelante. A poco trecho después encontró el maestro á un amigo suyo, con quién se paró á hablar en medio de la calle: la conversacion iba algo larga; cansábase el irlandés, y no sabiendo otro modo de explicarse, cogió de la manga á su compañero y le dijo con mucha gracia: *are, padre maestro, are*: lo cual se celebró con grande risa en Salamanca. Pues ahora, decia el cojo hecho

un veneno, que el *arre* vaya solo, que vaya con la comitiva y acompañamiento de otras letras, siempre es *arre*, y siempre es una grandísima desvergüenza y descortesía, que á los racionales nos traten de esta manera: y así tenga entendido todo aquel que me arreare las orejas, que yo le he de arrear á él el cu...: y acabólo de pronunciar redondamente. A este tiempo le vino gana de hacer cierto menester á un niño, que todavía andaba en sayas, fué delant de la mesa dónde estaba el maestro, puso las manicas, y le pidió la caca con grandísima inocencia; pero le dijo, que no sabia *arremangarse*. Pues yo te enseñaré, grandísimo bellaco, le respondió el cojo enfurecido: y diciendo y haciendo, le levantó las faldas, y le asentó unos buenos azotes, repitiéndole á cada uno de ellos: *anda, para que otra vez no vengas á arremangarnos los livianos*.

4. Todas estas lecciones las tomaba de memoria admirablemente nuestro Gerundico; y como por otra parte en poco más de un año aprendió á leer por libro, por carta y por proceso, y aún á hacer palotes y á escribir de á ocho, el maestro se empeñó en cultivarle más y más, enseñándole lo más recóndito que él mismo sabia, y con lo que lo habia lucido en más de dos convites de cofradía, asistiendo á la mesa algunos curas, que eran tenidos por los mayores moralistones de toda la comarca; y uno, que tenia en la uña todo el Larraga, y era un hombre que se perdía de vista, se quedó embobado, habiéndole oído en cierta ocasion.

5. Fué, pues, el caso, que como la fortuna ó la mala trampa deparaban al buen cojo todas las cosas

ridículas, y él tenía tanta habilidad para que lo fuesen en su boca las más discretas, por no saber entenderlas ni aprovecharse de ellas, llegó á sus manos, no se sabe cómo, una comedia castellana intitulada: *el Villano Caballero*, que es copia mal sacada y peor zurcida, de otra que escribió en francés el incomparable Molière, casi con el mismo título. En ella se hace una graciosísima burla de aquellos maestros pedantes, que pierden el tiempo en enseñar á los niños cosas impertinentes y ridículas, que tanto importa ignorarlas como saberlas; y para esto se introduce al maestro ó preceptor del repentino caballero, que con grande aparato y ostentacion de voces le enseña cómo se pronuncian las letras vocales y las consonantes. El cojo de mis pecados tomó de memoria todo aquel chistosísimo pasaje; y como era tan cojo de entenderas como de piés, entendiolo con la mayor seriedad del mundo, y la que en realidad no es más que una delicadísima sátira, se le representó como una leccion tan importante, que sin ella no podia haber maestro de niños, que en Dios y en conciencia mereciese serlo.

6. Un dia, pues, habiendo corregido las planas más aprisa de lo acostumbrado, llamó á Gerundio, hizole poner en pié delante de la mesa, tocó la campanilla á silencio, intimó atencion á todos los muchachos, y dirigiendo la palabra al niño Gerundio, le preguntó con mucha gravedad: dime, hijo, ¿cuántas son las letras? Respondióle el niño prontamente: Señor maestro, yo no lo sé, porque no las he contado. Pues has de saber, continuó el cojo, que son veinte y cuatro, y sino cuéntalas. Contólas el niño, y dijo con intrepidi-

dez: Señor maestro, en mi cartilla salen veinte y cinco. Eres un tonto, le replicó el maestro, porque las dos *A a* primeras, no son más que una letra, con forma ó con figura diferente. Conoció que se había cortado el chico, y para alentarle añadió: no extraño que siendo tú un niño, y no habiendo más que un año que andas á la escuela, no supieses el número de letras, porque hombres conozco yo que están llenos de canas, se llaman doctísimos, y se ven en grandes puestos y no saben cuantas son las letras del abecedario; ¡pero así anda el mundo! Y al decir esto, arrancó un profundísimo suspiro. La culpa de esta fatal ignorancia la tienen las repúblicas y los magistrados, que admiten para maestros de escuela á unos idiotas, que no valian ni aún para monacillos; pero esto no es para vosotros ni para aquí: tiempo vendrá en que el sabrá rey lo que pasa. Vamos adelante.

7. De estas veinte y cuatro letras, unas se llaman *bocales* y otras *consonantes*. Las bocales son cinco, *a, e, i, o, u*; llámanse bocales porque se pronuncian con la boca; ¡pues acaso las otras, señor maestro (le interrumpió Gerundico con su natural viveza), se pronuncia con el cu...? y dijolo por ontero. Los muchachos se rieron mucho; el cojo se corrió un poco, pero tomándolo á gracia, se contentó con ponerse un poco serio, diciéndole: no seas intrépido y déjame acabar lo que iba á decir. Digo, pues, que las bocales se llaman así porque se pronuncian con la boca y puramente con la voz; pero las consonantes se pronuncian con otras bocales. Esto se explica mejor con los ejemplos. *A*, primera bocal, se pronuncia abriendo mucho la boca, *A*. Luego que oyó esto Gerundico, abrió su bo-

quita y mirando á todas partes, repetia muchas veces *a, a, a*; tiene razon el señor maestro. Y éste prosiguió: la *E* se pronuncia acercando la mandíbula inferior á la superior; esto es, la quijada de abajo á la de arriba, *e*. A ver, á ver como lo hago yo, señor maestro, dijo el niño, *e, e, e: a, a, a, e*; ¡Jesús, y qué cosa tan buena! La *I* se pronuncia acercando más las quijadas una á otra, y retirando igualmente las dos extremidades de la boca hácia las orejas, *i, i*. Deje usted, ¿á ver si yo sé hacerlo? *i, i, i*. Ni más ni ménos, hijo mio, y pronuncias la *i* á perfeccion. La *O* se forma abriendo las quijadas y después juntando los labios por los extremos, sacándolos un poco hácia fuera y formando la misma figura de ellos como cosa redonda que representa una *o*. Gerundio con su acostumbrada intrepidez, luego comenzó á hacer la prueba y á gritar *o, o, o*: el maestro quiso saber si los demás muchachos habian aprendido tambien las importantísimas lecciones que les acababa de enseñar, y mandó que todos á un tiempo y en voz alta pronunciasen las letras que les habia explicado. Al punto se oyó una gritería, una confusion y una algarabía de todos los diantres: unos gritaban *a, a, a*; otros *e, e*; otros *i, i*; otros *o, o*. El cojo andaba de banco en banco mirando á unos, observando á otros, y enmendando á todos: á éste le abria más las mandíbulas, á aquél se las cerraba un poco; á uno le plegaba los labios, á otro se los descosia; y en fin, era tal la gritería, la confusion y la zambra, que parecia la escuela ni más ni ménos al coro de la Santa Iglesia de Toledo en las vísperas de la Expectacion.

8. Bien atestada la cabeza de estas impertinencias,

y muy aprovechado en necesidades y en extravagancias, leyendo mal y escribiendo peor, se volvió nuestro Gerundio á Campazas; porque el maestro habia dicho á sus padres, que ya era cargo de conciencia tenerle más tiempo en la escuela, siendo un muchacho que se perdía de vista, y encargándoles que no dejasen de ponerle luego á la gramática, porque habia de ser la honra de la tierra. La misma noche que llegó, hizo nuestro escolin ostentacion de sus habilidades y de lo mucho que habia aprendido en la escuela, delante de sus padres, del cura del lugar, y de un fraile, que iba con obediencia á otro convento, porque de estos apenas se limpiaba la casa. Gerundico preguntó al cura: ¿Á qué no sabe usted cuántas son las letras de la cartilla? El cura se cortó, oyendo una pregunta que jamás se la habian hecho, y respondió: hijo, yo nunca las he contado. ¿Pues cuéntelas usted, prosiguió el chico; y va un ochavo á que aún después de haberlas contado no sabe cuántas son? Contó el cura veinte y cinco, después de haberse errado dos veces en el a, b, c; y el niño, dando muchas palmadas, decia; ¡Ay! ¡ay! que le cogí, que le gané, que le gané, porque cuenta por dos letras las dos A a primeras, y nó es más que una letra escrita de dos modos diferentes. Después preguntó al padre: Vaya ¿otro ochavo á que no me dice usted cómo se escribe burro; con *b* pequeña ó con *B* grande? Hijo, respondió el buen religioso, yo siempre le he visto escrito con *b* pequeña. No señor, no señor, le replicó el muchacho: si el burro es pequeñito y anda todavía á la escuela, se escribe con *b* pequeña; pero si es un burro grande, como el burro de mi padre, se es-

cribe con B grande; porque dice señor maestro, que las cosas se han de escribir como ellas son, y que por eso una pieraa de vaca se ha de escribir con una P mayor, que una pierna de carnero. A todos les hizo gran fuerza la razon, y no quedaron ménos admirados de la profunda sabiduría del maestro, que del adelantamiento del discípulo: y el buen padre confesó, que aunque habia cursado en las dos Universidades de Salamanca y Valladolid, jamás habia oido en ellas cosa semejante; y vuelto á Anton Zotes y á su mujer les dijo muy ponderado: señores hermanos, no tienen que arrepentirse de lo que han gastado con el maestro de Villaornate, porque lo han empleado bien. Cuando el niño oyó *arrepentirse*, comenzó á hacer grandes espavientos, y á decir; ¡Jesús! ¡Jesús! ¡qué mala palabra; *arrepentirse!* no señor, no señor, no se dice *arrepentirseni* cosa que lleve *arre*, que eso dice, señor maestro, que es bueno para los burros ó para las ruecas (*requas*, querrás decir, hijo, le interrumpió Anton Zotes, cayéndosele la baba): Sí señor, para las requas, y no para los cristianos; los cuáles debemos decir *enrepenitir*, *enremangar*, *enreglar* el papel, y cosas semejantes. El cura estaba aturdido, el religioso se hacia cruces, la buena de la Catanla lloraba de gozo, y Anton Zotes no se pudo contener sin exclamar, ¡*Vaya qué es bobada!* que es la frase con que se pondera en Campos una cosa nunca vista ni oida.

9. Como Gerundico vió el aplauso con que se celebraban sus agudezas, quiso echar todos los registros, y volviéndose segunda vez al cura, le dijo: Señor cura, pregúnteme usted de las vocales y de las

consonantes. El cura, que no entendia palabra de lo que el niño queria decir, le respondió : *de qué brocales, hijo ; del brocal del pozo del humilladero, y del otro que está junto á la ermita de San Blas?* No señor, de las letras consonantes y de las vocales. Cortóse el bueno del cura, confesando, que á él nunca le habian enseñado cosas tan hondas. Pues á mí sí, continuó el niño, y del rabo á oreja, sin faltarle punto ni coma, los encajó toda la ridícula arenga que habia oido al cojo de su maestro sobre las letras vocales y consonantes : y en acabando, para ver si la habian entendido, dijo á su madre : *madrica ¿cómo se pronuncia la A?* Hijo, cómo se ha de pronunciar : así, A, abriendo la boca. No, madre ; pero ¿cómo se abre la boca ? ¿cómo se ha de abrir, hijo, de esta manera, A. Que no es eso, señora : pero cuando usted la abre para pronunciar la A ; ¿qué es lo que hace? abrirla, hijo mio, respondió la bonísima Catanla ; ¡abrirla! eso cualquiera lo dice : tambien se abre para pronunciar E, y para pronunciar I, O, U, y entonces no se pronuncia A. Mire usted, para pronunciar A, se baja una quijada, y se levanta otra, de esta manera : y cogiendo con sus manos las mandíbulas de la madre, bajaba la inferior y subia la superior, diciéndola, que cuanto más abriese la boca, mayor seria la A que pronunciaría. Hizo después que el padre pronunciasse la E, el cura la I, el fraile la O, y él escogió por la más dificultosa de todas, la pronunciacion de la U, encargándoles, que todos á un tiempo pronunciasen la letra que tocaba á cada uno levantando la voz todo cuanto pudiesen, y observando unos á otros la postura de la boca, para que viesen

la puntualidad de las reglas, que le habia enseñado el señor maestro. El metal de las voces era muy diferente ; porque la tia Catanla la tenia hombruna y carraspeña, Anton Zotes clueca y algo á aternerada, el cura gangosa y tabacuna, el padre, que estaba ya aperdigado para vicario de coro, corpulenta y ber-cerril, Gerundico atiplada y de chillido. Comenzó cada uno á representar su papel y á pronunciar su letra, levantando el grito á cual más podia : hundíase el cuarto, atronábase la casa, era noche de verano, y todo el lugar estaba tomando el fresco á las puertas de la calle. Al estruendo y á la algazara de la casa de Anton Zotes, acudieron todos los vecinos, creyendo que se quemaba ó que habia sucedido alguna desgracia ; entran en la sala, prosiguen los gritos descompasados, ven aquellas figuras, y como ignoraban lo que habia pasado, juzgan que todos se han vuelto locos. Ya iban á atarlos, cuando sucedió una cosa nunca creida, ni imaginada, que hizo cesar de repente la gritería, y por poco no convirtió la música en responsos. Como la buena de la Catanla abria tanto la boca para pronunciar su A, y naturaleza liberal la habia proveido de este órgano abundantísimamente, siendo mujer que de un bocado se engullia una pera de donguindo hasta el pezon, quiso su desgracia que se la desencajó la mandíbula inferior tan descompasadamente, que se quedó hecha un mascarón de retablo, viéndosela toda la entrada del esófago, y de la traqui arteria, con los conductos salivales, tan clara y distintamente, que el barbero dijo descubria hasta los vasos linfáticos, dónde excretaba la respiracion. Cesaron las voces, asustáronse todos,

hicieronse mil diligencias para restituir la mandíbula á su lugar ; pero todas sin fruto, hasta que al barbero le ocurrió cogerla de repente, y darla por debajo de la barba un cachete tan furioso, que se la volvió á encajar en su sitio natural, bien que, como estaba desprevenida, se mordió un poco la lengua, y escupió algo de sangre. Con esto paró en risa la función ; y habiéndose instruido los concurrentes del motivo de ella, quedaron pasmados de lo que sabia el niño Gerundio, y todos dijeron á su padre que le diese estudios, porque sin duda habia de ser obispo.

CAPÍTULO VII.

ESTUDIA GRAMÁTICA CON UN DOMINE , QUE POR LO QUE TOCA AL ENTENDIMIENTO, NO SE PODIA CASAR SIN DISPENSACION CON EL COJO DE VILLAORNATE.

EN eso estaba ya Anton Zotes; pero la duda era, si le habia de enviar á Villagarcía, ó á cierto lugar, no distante de Campazas, donde habia un dómine, que tenia aturdida toda la tierra, y muchos decian, que era mayor latino que el famoso Taranilla. Pero la tia Catanla se puso como una furia, diciendo, que primero se habia de echar en un pozo, que permitir que su hijo fuese á Villagarcía, á que se le matasen los teatinos; porque su marido *todavía* tenia las señales de una *guelta* de azotes, que le habian dado en junta de generales, solo porque de cuando en cuando bebia dos ó tres azumbres de vino más de las que llevaba su *estómago*, y porque se iba á divertir con las mozas del lugar, que todas eran niñerías, y cosas que las hacen los mozos más honrados, sin que perdian por eso casamiento, ni dejen de cumplir honradamente con la *Perrochia*, como cualquiera cristiano viejo. Con esto, por contentarla, se determinó finalmente, que el muchacho fuese á estudiar con el dómine; y más, que Anton Zotes afirmaba con

juramento, que solo él habia construido la elegante dedicatoria de su hermano el gimnasiarca, sin errar punto : cosa que no habian hecho los mayores moralistas de todo el Páramo, ni ninguno de cuantos religiosos doctos se habian hospedado en su casa, aunque algunos de ellos habian sido definidores.

2. Luego, pues, que llegó San Lucas, el mismo Anton llevó á su hijo á presentársele y á recomen-
dársele al domine. Era este un hombre alto, derecho, seco, cejjunto y populoso, de ojos hundidos, nariz adunca y prolongada, barba negra, voz sonora, grave, pausada, y ponderativa, furioso tabaquista, y perpétuamente aforrado en un tabardo talar de paño pardo, con uno entre becoquin y casquete de cuero rayado, que en su primitiva fundacion habia sido negro, pero ya era del mismo color que el tabardo. Su conversacion era taraceada de latin y de romance, citando á cada paso dichos, sentencias, hemistiquios y versos enteros de poetas, oradores, historiadores y gramáticos latinos antiguos y modernos, para apoyar cualquiera friolera. Dijole Anton Zotes, que aquel muchacho era hijo suyo, y que como padre queria darle la mejor crianza que pudiese. *Optimè enim verò*, le interrumpió luego el domine, esa es la primera obligacion de los padres *maximè* cuando Dios les ha dado bastantes conveniencias. Dijolo Plutarco: *Nil antiquius, nil parentibus sanctius, quàm ut filiorum curam habeant; iis præsertim quos Pluto non omnino insalutatos reliquit*. Añadió Anton Zotes, que él habia estudiado tambien su poco de gramática, y queria que su hijo la estudiase. *Qualis pater, talis filius*, le replicó el preceptor: aunque mejor lo dijo el otro,

hablando de las madres y de las hijas: *De meretrice puta, quod sit semper filia... Nam sequitur levitèr filia matris iter*. Lo que ya V. vé, cuan fácilmente se puede acomodar á los hijos respecto de los padres; y *obiter* sepa V. que á estos llamamos nosotros versos leoninos; porque así como el leon (*animal rugibile* le define el filósofo) cuando enrosca la cola, viene á caer la extremidad de ella (*cauda caudæ*, cola de la cola la llamé yo en una dedicatoria á la ciudad de Leon) sobre la mitad del cuerpo ó de la espalda de la rugible fiera; así la cola del verso que es la última palabra, como que se enrosca y viene á caer sobre la mitad del mismo verso. Nótelo V. en el exámetro: *puta-puta*: clavado: después en el pentámetro: *iter-levitèr*, de quien *iter* es eco. Porque, aunque un moderno (*quos Neotericos dicimus cultissimi latinorum*) quiera decir, que esto de los ecos es invencion pueril, ridícula y de ayer acá, *pace tanti viri*, le diré yo en sus mismas barbas, que ya en tiempo de Marcial era muy usado entre los griegos, *juxta illud: Nusquam Græcula quod recantat echo*. Y si fuera menester citar á Aristóteles, á Eurípides, á Callimaco, y aún al mismo Gauradas, que no porque sea un poeta poco conocido, deja de tener más de dos mil años de antigüedad, yo le haria ver *luce meridiana clarius*, si era ó no era invencion moderna esto de los ecos; y luego le preguntaria, si era verosímil que inventase una cosa pueril y ridícula un hombre que se llamaba Gauradas; ¡*O furor; O insania maledicendi!*

Pues, señor, prosiguió Anton Zotes, este niño muestra mucha viveza, aunque no tiene más que diez años, *Ætas humanioribus litteris aptissima* (in-

terrumpió el pedante), como dijo Justo Lipsio; y aún con mayor elegancia en otra parte: *decennis Romane lingue elementis maturatus*. Porque si bien es verdad que de esa y aún de menor edad se han visto en el mundo algunos niños, que ya eran perfectos gramáticos, retóricos y poetas (*quos videre sis apud Anium Viterbiensem de præcocibus mentis partibus*); pero esos se llaman con razón mónstruos de la naturaleza: *monstrum horrendum, ingens*. Y Quinto Horacio Flacco (*quem Lyricorum Antistilem extitisse, mortalium nemo iverit inficias*) no gustaba de esos frutos anticipados, pareciéndole que casi siempre se malograban; y así *solemne erat illi dicere: odi puero præcoces fructus*. Y el cojo de Villaornate, que fué su maestro..... (iba á proseguir el buen Anton). Tenga V., le cortó el enlatinizado domine: *Siste gradum, viatro*. ¿El cojo de Villaornate fué maestro de este niño? Sí, señor, respondió el padre; ¡ó *fortunate nate!* exclamó el eruditísimo preceptor; ¡ó niño mil veces afortunado! Muchos cojos famosos celebró la antigüedad, como lo habrá leído V. en el curiosísimo tratado de *Claudis non claudicantibus*, de los cojos que no cojearon, tomando el presente por el pretérito, segun aquella figura retórica, *præsens pro præterito*, á quien nosotros llamamos *Enalage*: tratado que compuso un prevoste de los mercaderes de Leon de Francia, llamado monsieur Pericon; porque, sépalo usted de paso, en Francia hasta los pericones son monsieurs, y pueden ser prevostes. *Imó potius*, sin recurrir á tiempos antiguos, *novissimis his temporibus*; en nuestros días hubo en la misma Francia un celeberrimo cojo llamado Gil Menage,

que aunque no fué cojo *naturá suá*, al fin, sea como se fuese, él fué cojo real y verdadero; esto es, cojo *realitèr, et à parte rei*, como se explica con elegancia el filósofo: y no obstante de ser cojo, él era hombre sapientísimo: *sapientissimus claudorum quodquod fuerunt, et erunt*, que dijo doctamente Plinio el mozo. Pero, *meo videri*, en mi pobre juicio todos los cojos antiguos y modernos fueron cojos de teta, respecto del cojo de Villaornate; hablo, *intrà suos límites*, en su línea de maestro de niños; y por eso dije, que este niño habia sido mil veces afortunado en tener tal maestro; ¡*O fortunate nate!*

4. No lo es ménos, prosiguió Anton Zotes, en que V. lo sea suyo: *Non laudes hominem in vita sua; lauda post mortem*, dijo mesurado el domine. Son palabras del Espíritu Santo, pero mejor lo dijo el Profano: *Post fatum laudare decet, dum gloria certa*; Señor preceptor, ¡mejor que el Espíritu Santo! le preguntó Anton Zotes; pues qué; ahora se escandaliza V. de eso; ¿cuántas veces lo habrá oído en esos púlpitos á predicadores que se pierden de vista? así el Profeta Rey, así Jeremías, así Pablo; pero yo de otra manera. Eso que quiere decir sino..... pero yo lo diré mejor. *Præter quàm quod*: yo no digo que el dicho sea mejor, sino que está mejor dicho, porque las palabras de la Sagrada Escritura son poco á propósito para confirmar las reglas de la gramática: *Verba sacræ scripturæ grammaticis exemplis confirmandis parum sunt idonea*. Eso ya lo lei yo en no sé qué libro, cuando estudiaba en Villagarcía, replicó el buen Anton, y cierto que no dejé de escandalizarme. A ese llaman los teólogos, dijo el domine, *scandalum pu-*

sillorum, escándalo de parvulillos; y aunque dicen que no debe despreciarse, y en este particular me parece que llevan razon; pero tambien dicen ellos otras mil cosas harto despreciables, por más que ellos las digan.

5. Yo no me meto en esas honduras, respondió el bonazon de Anton Zotes; y lo que suplico á V. es, que me cuide de este muchacho, que yo cuidaré de agradecérselo, y que le mire como si fuera padre suyo. *Prima magistrorum obligatio*, respondió el domine, *quos discipulis parentum loco esse decet*, dijo á este intento Salustio. Es la primera obligacion del maestro tratar á los discipulos como hijos, porque ellos están en lugar de padres. ¿Y dime, hijo, le preguntó al niño Gerundio, mirándole entre recto y cariñoso; has estudiado algunos cánones gramaticales? No señor, respondió el chico prontamente, los cañones que yo traigo no son grajales, que son plumas de pato, que mi madre se las quitó á un pato grande que tenemos en casa: ¿no es así, padre? Sonrióse el preceptor de la viveza y de la intrepidez del muchacho, y le dijo: *non quero à te hoc*, no te pregunto eso; pregúntote, si traes alguna talega. Señor, la talega era cuando andaba en sayas; pero después que me puso calzones, me la quitó señora madre. *Non valeo à risu temperare*, dijo el domine y en medio de su grande seriedad, soltó una carcajada, añadiendo: *ingenium errando probat*, aún en los desaciertos muestra su viveza. Hijo, lo que te pregunto es, si has estudiado algo del arte; ¿ah? eso, sí señor: ya llegué hasta *Musa*, *æ*. No has de decir así, querido; sino *Musa*, *Musæ*. No, señor, no, señor: mi

arte no dice *Musa*, *Musæ*, sino *Musa, æ*. Vaya, según eso ¿has estudiado en el arte de Nebrija? No, señor, en mi arte no está pintada ninguna lagartija, sino un león muy guapo; mírele usted, y enseñóle el león, emblema ó insignia de la oficina, que está en la llana del frontis.

6. No dejaron de caer en gracia á la rectísima severidad del preceptor las candideces de Gerundico; pero volviéndose al padre, le dijo en tono ponderativo: *Ecce tibi sebosus*. Vé aquí uno de los errores tan crasos, como velas de sebo, que yo noto en este arte de Nebrija ó de la Cerda, de que usan los Padres de la Compañía, con quiénes también estudié yo. Es cierto que son varones sapientísimos, pero son hombres, y *hominum est errare*: son agudos, son buenos ingenios y muy despiertos; pero muy despierto y muy bueno fué el ingenio de Homero, y con todo eso, *quandoque bonus dormitat Homerus*. Lo primero comenzar la gramática por *musa musæ*, es comenzar por dónde se ha de acabar: *cœpisti qua finis erat*: porque las musas, esto es, la poesía, es lo último que se ha de enseñar á los muchachos después de la retórica. Argumento es este que le he puesto á muchos jesuitas, clarísimos varones, y ninguno ha sabido responderme; pero ¿qué me habían de responder, sino tiene respuesta? *Deinde*, en la impresión de muchos artes, en lugar de poner *nominativo musa*, *genitivo musæ*, *dativo musæ*, *acusativo musam*, todo á la larga, y por extenso; por ahorrar papel lo ponen en abreviatura: *nom. musa, æ. Gen. æ. Dat. æ. Acus. am*; ¿y qué sucede? ó que los pobres chicos lo pronuncian así, *quod video quam sit ridiculum*; ó que

sea menester gastar tiempo malamente en enseñárselo á pronunciar ; *et nihil est tempore pretiosius*. Pero dónde se palpan *ad oculum* los inconvenientes de estas abreviaturas, son en los tesauros, ya sea de Salas ya de Requejo. Va un niño á buscar un nombre, *exempli causa*, que hay por *madre*, y en lugar de encontrar *mater, matris*, halla *mater, tris*. Quiere saber que hay por *enviar*, y en vez de hallar *mitto, mittis*, encuentra *mitto, is*. Busca que hay por *camisa*, y en lugar de *subucula, subuculæ*, no lee más que *subucula, æ*. Antójasele, como al otro muchacho, escribir á su madre una carta latina, para darla á entender lo mucho que habia aprovechado, en la cual la dice, que la envia una camisa sucia, para que se la lave, y encájala esta sarta de disparates: *Mater, tris; mitto, is; subucula, æ; ut labo, as; quid tibi videtur*; ¿qué le parece á usted, señor Anton Zotes? ¿Qué me ha de parecer? que aunque habia oido mil cosas de la estupendísima sabiduría de usted, y yo tenia alguna experiencia; pero habiéndole oido ahora, me he quedado aturdido, y en llegando á mi lugar, he de dar muchas gracias á la mi Catanla, porque me quitó de la cabeza el enviar al mi Gerundio á Villagarcía; pues después de Dios, á ella se le debe el que mi hijo merezca tener tan doctísimo maestro. Con esto se despidió del preceptor, dejó á su hijo en una posada, y se restituyó á Campazas, dónde luego que llegó dijo á su mujer y al cura, que le estaban esperando á la puerta de la calle, que si Gerundico habia tenido fortuna en topar con el cojo de Villaornate, más afortunado habia sido todavía en dar con un maestro como el domine, con quién le dejaba, por-

que era un latino de todos los diantres, y que todos los teatinos de Villagarcía juntos no llegaban al zancajo de su sabiduría. Déjelo, señor; aquello era una Babilonia: más de una hora estuvimos hablando mano á mano, y á cada palabra que yo le decia, luego me sacaba un rintero de textos en latin, que no parecia sino que los traia en el balsopeto de una en guarina muy larga que tenia puesta. Por (1) fin, y por postre, el cojo de Villaornate bien puede ser el *tuau-tem* de los maestros de escuela; pero en línea de preceptor, el dómine de Villamandos es el *per omnia se-cula seculorum*, y mientras Campos sea Campos, no habrá quién le desquite.

7. Con efecto, el paralelo no podia ser más justo; porque si el cultísimo cojo tenia una innata propension á todo lo extravagante en órden á la ortografía y á la propiedad de la lengua castellana, el latinísimo domine no podia tener gusto más estrafalario en todo lo que tocaba á latinidad, comenzando por la ortografía latina, y acabando por la poesia. A la verdad él entendia medianamente los autores, y habia leído muchos; pero pagábase de lo peor, y sobre todo le caian más en gracia los que eran más retumbantes, y más ininteligibles. Preferia la afectada pomposidad de Amiano y Plinio el mozo, á la grave magestad de

(1) Esta critica es muy oportuna. Son muchos los que siendo unos verdaderos ignorantes, aprenden de memoria una ó dos docenas de textos y sentencias de filósofos que encajan en cualquier conversacion, vengan ó no á cuento, y creen de este modo poder pasar por hombres entendidos. Los que son tan ignorantes como ellos, se quedan pasmados al escuchar lo que creen erudicion, al paso que los que son verdaderos sabios, se rien de los tales pedantes.

Ciceron; la oscuridad y la dureza de Valerio Máximo, á la dulce elegancia de Tito-Livio; los entusiasmos de Estacio, á la elevacion sublime y juiciosa de Virgilio: decia que Marcial era un insulso respecto de Catulo, y que todas las gracias del inimitable Horacio no merecian descalzar el menor de los chistes de Plauto. Los cortadillos de Séneca le daban grandísimo gusto; pero de quien estaba furiosamente enamorado era de aquel sonsonete, de aquel paloteado, de aquellos triqui-traques del estilo de Casiodoro; y aunque no le habia leído sino en las aprobaciones de los libros, se alampaba por leerlas, asegurado de que hallaria pocas, que no estuviesen empedradas de sus cultísimos fragmentos, porque aprobacion sin Casiodoro, es lo mismo que sermon sin agustino, y olla sin tocino.

8. Para él no habia cosa como un libro, que tuviese título sonoro, pomposo y altisonante, y más si era alegórico y estaba en él bien seguida la alegoría. Por eso hacia una suprema estimacion de aquella famosa obra, intitulada: *Pentacontarchus, sivè quinquaginta militum ductor; stipendiis Ramirezii de Prado conductus, cujus auspiciis varia in omni litterarum dititione monstra prostigantur, abdita panduntur, latebræ ac tenebræ pervestigantur, et illustrantur*. Quiere decir: El pentacontarcho, esto es, el capitan de cincuenta soldados, á sueldo de Ramirez de Prado, con cuyo valor y auspicio se persiguen y se ahuyentan varios mónstruos de todos los dominios de la literatura; se descubren cosas no conocidas, se penetran los senos más ocultos y se ilustran las más densas tinieblas. Porque, si bien es verdad, que el título no

puede ser más ridículo, y más cuando nos hallamos con que todo el negocio del señor Pentacontarcho se reduce á impugnar cincuenta errores, que al bueno de Ramirez de Prado le pareció haber encontrado en varias facultades, y no embargante, de que á la tercera paletada se le cansó la alegoría; pues no sabemos que hasta ahora se hayan levantado regimientos ni compañías de soldados para salir á caza de monstruos ni fieras, y mucho ménos que sea incumbencia de la soldadesca examinar escondrijos, ni quitar el oficio á los candiles, á cuyo cargo corre esto de desalojar las tinieblas; pero el bendito del domine no reparaba en estas menudencias, y atronado con el estrepitoso sonido de Pentacontarcho, capitan, soldados y estipendio, decia á sus discípulos que no se habia inventado título de libro semejante y que éste era el modo de bautizar las obras en culto y sonoro. Por el mismo principio le caia muy en gracia aquella parentacion latina, que se hizo en la muerte de cierto personaje llamado Fol-de Cardona, varon pio y favorecido con muchos consuelos celestiales, á la cual se la puso este oportunisimo título: *Follis spiritualis, vento consolatorio turgidus acrophitio Sacræ Scripturæ armatus, manique Samaritani applicatus*. Es decir: Fuelle espiritual, hinchado con el viento de la consolacion, aplicado al órgano de la Sagrada Escritura, siendo su éntonador el Samaritano; ¿quién hasta ahora, decia el pedantísimo preceptor, ha escogitado cosa más discreta ni más elegante? Si alguna pudiera competirla, era el incomparable título de aquel elocuentísimo libro que se imprimió en Italia á fines del siglo pasado, con esta

armoniosa inscripcion: *Fratrum Roseæ crucis fama scancia redux, buccina jubilæi ultimi, Eva hyperboleæ prænuncia, muntium Europæ cacumina suo clangore seriens, inter colles, et valles Araba resonans*: fama recobrada de los hermanos de la Roja Cruz; trompeta sonora del último Jubileo, precursora de la hiperbólica Eva, cuyos ecos hiriendo en las cumbres de los montes de Europa, retumban en los valles y en las concavidades de Arabia. Esto es inventar y elevarse, que lo demás es arrastrar por el suelo. Y no que lospreciados de críticos y de cultos han dado en estilar unos títulos de libros tan sencillos, tan claros y tan naturales, que cualquiera vejezuela entenderá la materia de que se trata en la obra á la primera ojeada, queriéndonos persuadir que así se debe hacer, que lo demás es *pedantería*, nombre súcio y mal sonante. Y al decir esto se espitraba de cólera el enfurecido domine. Por toda razon de un gusto tan ratero y tan vulgar, nos alegan, que ni Ciceron, ni Tito-Livio, ni Cornelio Nepote, ni algun otro autor de los del siglo de Augusto, usaron jamás de títulos rumbosos, sino simples y naturales. *Ciceronis Epistolæ: orationes Ciceronis, Cicero de Officiis: historia Titi-Livii: annales Cornelii Tacitii*; y daca el siglo de Augusto, terna el siglo de Augusto, que nos tienen ensigliados y en-Augustados los sesos, como si en todos los siglos no se hubieran estilado hombres de mal gusto, y que cometieron muchos yerros, como lo dice expresamente la Iglesia en una oracion que comienza: *Deus qui errantibus*, y acaba: *per omnia secula seculorum*. Digan Ciceron, Tito-Livio y Tácito y cien Tácitos, cien Tito-Livios y cien Cicerones, lo que quisieren, todo

cuanto ellos hicieron no llega al carcañal de aquella estupendísima obra intitulada: *Amphiteatrum sapientiæ eternæ, solius vere, Christiano-Cabalisticum, divino-Magicum, necnon Physico-Chymicum, ter-triunum-Catholicum; instructore Henrico Cunroth*. Anfiteatro de la sabiduría eterna, única, verdadera, cristiano-cabalístico, divino-mágico, físico-químico, untrino-católico, construido ó fabricado por Enrico Conrath. Que me den en toda la antigüedad, aunque entre en ella su siglo de Augusto, cosa que se le parezca. Dejo á un lado aquella oportunidad de adjetivos encadenados, cada cual con su esdrújulo corriente, que son comprensivos de todas las materias tratadas en el discurso de la obra. Después de haberla llamado á esta *Amphyteatro*; ¿qué cosa más aguda ni más oportuna, ni más al caso, que decir *construido*, *fabricado*, y no *escrito*, ni *compuesto* por Enrico Conrath, siguiendo la alegoría hasta la última boqueada? Si éste no es primor, que me quiten á mí el crisma de la verdadera latinidad.

CAPÍTULO VIII.

SALE GERUNDIO DE LA ESCUELA DEL DÓMINE, HECHO UN LATINO HORROROSO.

DESPUÉS de haberse echado el preceptor á sí mismo tan terrible maldicion, que si por nuestros pecados le hubiera comprendido, quedaria la latinidad preceptoril defraudada de uno de sus más ridículos ornamentos, pasaba á instruir á sus discípulos de las buenas partes, de que se compone un libro latino. Después del título del libro, les decia, se siguen los títulos ó los dictados del autor; y así como la estruendosa, magnífica é intrincada retumbancia del título excita naturalmente la curiosidad de los lectores, así los dictados, títulos y empleos del autor dan desde luego á conocer á todo el mundo el mérito de la obra. Porque claro está, que viendo un libro compuesto por un maestro de teología, un catedrático de prima, y más si es del gremio y claustro de alguna universidad, por un abad, por un prior, por un definidor; pues ¿qué si se le añade un *Ex* á muchos de sus dictados, como ex-definidor, ex-provincial, etc., y se le junta que es teólogo de la nunciatura, de la Junta de la Concepcion, Consultor de la Suprema, Predicador de su Magestad de los del número: sobre todo, si en los tí-

tulos se leen media docena de *Protos*, con algunos pocos de *Archis*, como proto-médico, proto-filomatemático, proto-químico, archi-historiógrafo? De contado es una grandísima recomendacion de la obra y cualquiera que tenga el entendimiento bien puesto y el juicio en su lugar, no ha menester más para creer, que un autor tan condecorado, no puede producir cosa que no sea exquisitísima; y entra á leer el libro ya con un conceptazo de la sabiduría del autor, que le aturruella. Bien hayan nuestros españoles y tambien los alemanes, que en eso dan buen ejemplo á la república de las letras; pues aunque no impriman más que un folleto, sea en latin, sea en romance, un sermoncete, una oracioncilla, tal vez una mera consulta moral, ponen en el frontis todo lo que son y todo lo que fueron, y aún todo lo que pudieron ser, para que el lector no se equivoque y sepa quién es el sugeto que le habla; que no es ménos, que un lector jubilado, un secretario general, un visitador, un provincial, y uno que estuvo consultado para obispo. Así debe ser; pues sobre lo que esto cede en recomendacion de la obra, se adelanta una ventaja que pocos han reflexionado dignamente. Hoy se usan en todas partes bibliotecas de los escritores de todas las naciones, en que á lo ménos es menester expresar la patria, la edad, los empleos y las obras que dió á luz cada escritor de quien se trata. Pues con esta moda de poner el escritor todos sus dictados, y más si tienen cuidado de declarar la patria dónde nacieron, como loablemente lo practican muchos, por no defraudarla de esa gloria, diciendo: *N. N. Generosus Valentinus, nobilis Cesaraugustanus, clarissi-*

mus cordubensis, et reliquia; ahorran al pobre bibliotecario mucho trabajo, pesquisas y dinero; porque en abriendo cualquiera obra del escritor, halla su vida escrita por él mismo ante todas cosas.

2. Y aún por eso no solo no condeno sino que alabo muchísimo á ciertos escritores modernos, que si se ofrece buena ocasion, se dejan caer en alguna obrilla suya la noticia de las demás obras, que ántes dieron á luz, ya para que allí las encuentre juntas el curioso, y ya para que algun mal fin no les prohija partos que no son suyos; pues por la diversidad del estilo se puede sacar concluyentemente la suposicion del hijo espúreo. Por este importantísimo motivo se vió precisado á dar individual noticia de todas, ó casi todas *las producciones* con que hasta allí habia enriquecido á la república literaria cierto escritor Neotérico, culto, terso, aliñado, exactísimo ortográfico hasta la prolijidad y hasta el escrúpulo. Un autor columbino y serpentino, que todo lo juntaba; pues decia el pericon mismo, que se llamaba *Fr. Columbo Serpiente*, dió á luz un papelon, que se intitulaba: *Derrota de los Alanos* contra el doctísimo, el elocuentísimo y el modestísimo M. Soto-Marne; pues no porque el Rey y el Consejo sean de parecer contrario, y le hubiesen negado la licencia de escribir ó de imprimir contra ese pobre hombre del maestro Feijoó, nos quitan á los demás la libertad de juzgar lo que nos pareciere: sospechóse, y díjose en cierta comunidad, que el autor de tal derrota ó derrotador papel era fulano. Ya se vé, ¡qué injuria más atróz, que esta sospecha; ni qué agravio más público, que el discurso de cuatro amigos en la celda de un con-

vento! Monta en cólera el irridadísimo doctor: enristra la pluma, y escribe una carta dirigida á cierto hermano suyo, que era casi lector en aquella comunidad: dála á la estampa, y espárcela por España, para que vengan á noticia de todos su agravio y su satisfaccion, que sin duda era grandísima. Y después de haber tratado á la tal *derrota* como merecia llamándola *derrota de la conciencia y la urbanidad, derrota de la lengua castellana, derrota de la erudicion, derrota d' el gracejo, derrota d' el método, derrota de la ortografía, y derrota al fin de todas las derrotas, que toman las nobles plumas en el mar de la crítica y de las letras*, añade: *Nada hay en ella, que pueda llamarse cosa mia. Ni locucion ni frase ni contextura ni transiciones, ni el modo de traer las noticias, ni la falta de aliño, ni la impropiedad de las voces, ni la grosería d' el dicterio, ni lo ramplon de unos apodos y la improporcion de otros: y para decirlo de una vez, ni aquella falta de aire subtilísimo, que dá en los escritos á conocer sus autores, y no lo perciben más que los entendimientos bien abiertos de poros.* Que es lo mismo que decir: hermano, si tus frailes no fueran tan cerrados de poros, ó no tuvieran el entendimiento constipado, á mil leguas olerian, que no era ni podia ser obra mia esa derrota; porque en todas mis obras la locucion es tersa, la frase culta, la contextura natural, las transiciones ni de encaje, el modo de traer las noticias ni aunque vinieran en silla de manos; las voces propísimas, los dicterios delicados, los apodos no ramplones, sino con más de cuatro dedos de tacón. Aunque no fuera más que por la ortografía, cualquiera que no estuviese arromadizado podria oler,

que si fuera cosa mia la derrota, no permitiria que se imprimiese como se imprimió, aunque supiera quedarme sin borla; permitir yo, que se escribiese la conjuncion con la *y* griega, y no con *i* latina; tolerar que en mis obras se estampase *y de el padre, de la agua, de ayer acá*, y no con el apóstrofe, que las dá tatna sal, y tanto chiste, escribiendo *d' ayer acá, de l'agua, d' el Padre!* Vaya, que es falta de criterio, y no tener olfato para percibir aquel *aire subtilísimo, que da en los escritos á conocer sus autores*: y el que no conociere que mis escritos están llenos de este aire, no vale para podenco: declárole por mastin.

3. *Prueba perentoria de quanto digo sean mis producciones.* Ahora entra lo que ántes os decía (continuaba el dómine, hablando con sus discípulos) del cuidado que tienen los escritores de mejor nota, no solo de autorizar sus obras con todos sus dictados, sino de dejarse caer en alguna de ellas la importante noticia de todas las que las han precedido. Y no hablando de las latinas, que á la sazón cuando se escribió dicha carta, se sabe que serian como media docena de arengas y otra tanta porcion de dedicatorias: *De las españolas en prosa, y verso* (prosigue nuestro autor) *unas guardan clausura en el retiro de mi celda.... otras andan como vergonzantes, embozadas siempre con los retazos de un acertijo, cuyo ribete es un anagramma: otras en fin llevan todo el tren de mis nombres y apellidos, campanillas y cascabeles.* Y habeis de saber, hijos (interrumpia aquí el socarron del dómine), que en esto de cascabeles son muchos los que los tienen. *De este calibre son* (esto

es del calibre de los cascabeles) *la aprobacion, que di á un sermon del P. M... la que hice al Sermon de... la que está en el libro de las fiestas de... una oracion que pronuncié en el capitulo de mi órden, otra que dije en las exequias de... el libro de las fiestas de... Y que sé yo que más!* Veis aquí una noticia curiosa, individual y menuda de unas obras de grandísima importancia, que cualquiera autor que mañana quiera proseguir la *Biblioteca Hispana* de Don Nicolás Antonio, las encuentra á mano en esta carta, y por lo ménos hasta el año de 1750, sabe puntualmente todas las obras, que dió á luz nuestro gravísimo escritor, *con sus nombres, apellidos, campanillas y cascabeles.*

4. Yo bien sé, que algunos críticos modernos hacen gran burla de esta moda, tratándola de charlatanería y de titulomanía, con otras voces disonantes y *piarum aurium* ofensivas, pretendiendo que es una vana ostentacion y muy impertinente para dar recomendacion á la obra; pues dicen, que esta no se hace recomendable por los dictados del autor, sino por lo bien ó mal dictada que esté ella. Tráennos el ejemplar de los franceses y de los italianos, que por lo comun nunca ponen más que el nombre, el apellido, y á lo más la profesion del autor, aún en las obras más célebres y de más largo aliento (gústame mucho esta frase): como *Historia Romana por Monsicur Rollin, Mabillon, Benedictino, de la Congregacion de S. Mauro, de Re diplomática. Historia Eclesiástica por el Abad Fleuri. Specimen Orientalis Ecclesiæ, Auctore Joanne Bapt. Salerno, Societ. Jesu.* Y aún nos quieren tambien decir, que los títulos, así

magníficos como ridículos, que han tomado algunas Academias, especialmente de Italia, no son más que una graciosa sátira, con que se rien de los títulos, con que salen á luz pública algunos autores fantasmas: y que por eso unas Academias se llaman *de los Seráficos, de los Elevados, de los Inflamados, de los Olímpicos, de los Partenicos, de los Entronizados*: y otras por el contrario, *de los Oscuros, de los Infecundos, de los Obstinados, de los Ofuscados, de los Ociosos, de los Somnolientos, de los Inhábiles, de los Fantásticos*. Pero digan lo que quisieren estos desenterradores de las costumbres, usos y ritos más loables, y estos grandísimos bufones y burladores de las cosas más serias, más establecidas y más generalmente recibidas de hombres graves, doctos y píos, yo siempre me tiraré á un libro, cuyo autor salga con la comitiva de una docena de dictados, que acrediten bien sus estudios y su literatura, ántes que á otro, cuyo autor parece que sale al teatro en carnes vivas, y que no tiene siquiera un trapo, con que cubrir su desnudez. Esto parece que es escribir en el estado de la inocencia, y ya no estamos en ese estado. *Obras de Fr. Luis de Granada, del Orden de Predicadores*. Miren qué insultez; y ¿qué sabemos quién fué ese Fr. Luis? *Obras del P. Luis de la Puente, de la Compañía de Jesús*; otro que tal; y ¿por dónde nos consta, que este Padre no fué por ahí algun grangero ó procurador de alguna cabaña?

5. Y ya que viene á cuento, y hablamos de esta religion, es cierto que en todo lo demás la venero mucho; pero en esto de los títulos de los libros y de los autores, no deja de enfadarme un poco: aque-

llos por lo comun son llanos y sencillos; y estos por lo regular salen á la calle poco ménos que en cue-ros: su nombre, su apellido, y santas pascuas. No parece sino que los autores más graves, los de primera magnitud, hacen estudio particular de intitular sus libros como si fueran por ahí la vida del Lazari- llo de Tormes, y de presentarse ellos, como pudiera un pobre lego pelon. *De religione: Tomus primus, auctore Francisco Suarez Granatensi, societatis Jesu. De concordancia gratiæ, et liberi arbitrii: auctore Lu- dovico de Molina, Soc. Jesu. De controversiis tom. I, auctore Roberto Bellarmino, Soc. Jesu.* Y si alguno de éstos añade *presbítero*, ya le parece, que no hay más que decir. No alabo esta moda ó acaso esta manía; y por más que me quieran decir, que es modestia, juicio, cordura, religiosidad, y aún en cierta manera mayor autoridad y gravedad, no me lo persuadirán cuantos aran y caban, que parece son los oradores más persuasivos, que se han descubierto hasta aho- ra. Y sino díganme: dejan de ser modestos, cuerdos, religiosos y graves aquellos autores jesuitas (no son muchos), que ponen á sus títulos magníficos y so- norosos, como *Thepompus, Ars magna lucis et um- bræ. Pharus scientiarum, etc.*; ¿y los otros que no dejan de decir si son ó fueron maestros de teología y en donde doctores, catedráticos ó rectores? Díganme más; no vemos que hasta los reyes ponen todos sus títulos, dictados y señoríos en sus reales provisiones, para darlas mayor autoridad; y que lo mismo hacen los arzobispos, obispos, provisosores, y cuantos tienen algo que poner, aunque sean títulos *in partibus*, ó del calendario, que dan señoría simple, sin carga de

residencia? Solo el Papa se contenta con decir, *Benedictus XIV, Servus Servorum Dei*, y acabóse la comision; pero esa es humildad de la cabeza de la Iglesia, que no hace consecuencia para los demás, y no debe traerse á colacion. Estas últimas razones, aunque tan ridículas, hacian muchísima fuerza á nuestro insigne preceptor; y procuraba imprimírselas bien en la memoria á sus muchachos, para que supiesen qué libros habian de escoger y de estimar.

6. De los titulos, así de las obras como de los autores pasaba á las dedicatorias. En primer lugar ponderaba mucho la utilísima y urbanísima invencion del primero, que introdujo en el orbe literario este género de obsequios; pues sobre que tal vez un pobre autor, que no tiene otras rentas que su pluma, gana de comer honradamente por un medio tan lícito y honesto, logra con esto la ocasion de alabar á cuatro amigos, y de cortejar á media docena de poderosos, los cuales, sino fueren en la realidad lo que se dice en las dedicatorias que son, á los ménos sabrán lo que debieran de ser. En segundo lugar se irritaba furiosamente contra el autor de las *observaciones halences*, y contra algunos otros pocos de su mismo estambre, que con poco temor de Dios y sin miramiento por su alma, dicen con grande satisfaccion, que esto de dedicar libros es especie de petardear, ó á lo ménos de mendigar: *Dedicatio librorum est species mendicandi*; y aún no sé quién de ellos se adelanta á proferir, que el primer inventor de las dedicatorias fué un fraile mendicante; blasfemia, malignidad, ignorancia supinísima; pues no sabemos, que Ciceron dedicaba sus obras á sus parientes y á

sus amigos ; y Ciceron fué fraile mendicante; no sabemos que Virgilio dedicó, ó á lo menos pensó dedicar su Eneida á Augusto ; y fué fraile mendicante Publio Virgilio Maron ; finalmente no saben hasta los autores malabares , que Horacio dedicó á Mecenas todo cuanto escribió, y que de ahí vino el llamarse Mecenas cualquiera á quien se dedica una obra, aunque por su alcurnia , y por el nombre de pila se llame Pedro Fernandez ; y no me dirán , de ¿qué religion fué fraile mendicante el reverendísimo padre maestro fray Quinto Horacio Flacco? Así que, hijos míos, este uso de las dedicatorias es antiquísimo, y muy loable, y no solo le han usado los autores pordioseros y mendicantes, como dicen estos bufones, sino los papas, los emperadores y los reyes, pues vemos que San Gregorio el grande dedicó el libro de sus Morales á San Leandro, arzobispo de Sevilla : Carlo-Magno compuso un tratado contra cierto conciliábulo, que se celebró en Grecia para desterrar las santas imágenes, y le dedicó á su secretario Enginaro ; y Enrique VIII rey de Inglaterra, dedicó al Papa y á la Iglesia católica, de quién después se separó el libro que escribió en defensa de la fé contra Lutero.

7. Y, señor dómine, le preguntó uno de los estudiantes, ¿cómo se hacen las dedicatorias? Con la mayor facilidad del mundo, respondió el preceptor, diga lo que dijere cierto semi-autorcillo moderno, que se anda traduciendo libretes franceses, y quiere parecer persona, solo porque hace con el francés lo que cualquiera medianistilla con el latin ; siendo así, que hasta ahora no hemos visto de su pegujal más que una miserable aclamacion del reino de Navarra

en la coronacion de nuestro rey Fernando el VI (á quien Dios inmortalice): por señas que la sacudió bravamente el polvo un papel, que salió luego contra ella, intitulado: *Colirio para los cortos de vista*; el cual, aunque muchísimos dijeron que no tocaba á la obrilla en el pelo de la ropa, y que en suma se reducía á reimprimirla en pedazos, añadiendo á cada trozo una buena rociada de desvergüenzas á metralla contra el autor y contra los que éste alababa; y aún que tambien es verdad, que inmediatamente le prohibió la Inquisicion; pero en fin, el tal papel ponía de vuelta y media y más negro que su sotana al susodicho autorcillo. Este, pues, en cierta dedicatoria que acababa de hacer á un gran Ministro, nos quiere persuadir, solo porque á él se le antojó, *que no hay en todo el país de la elocuencia, provincia más árdua, que la de una dedicatoria bien hecha.*

8. Yo digo que no la hay más fácil, como se quiere tomar el verdadero gusto y el verdadero aire de las dedicatorias. Porque, lo primero se busca media docena de sustantivos y adjetivos sonoros, y metafóricos (y si fuera una docena tanto mejor), los cuáles se han de poner en el frontis del libro, de las conclusiones, ó de la estampa de papel (porque hasta estas se dedican), ántes del nombre y apellido del mecenaz, que sean apropiados, y vengan como de molde á su carácter y empleos. Por ejemplo, si la dedicatoria es latina y se dirige á un señor Obispo: el sobre-escrito, la direccion ó el epígrafe, ha de ser de este modo: *Sapientiæ Oceano, Virtutum omnium Abisso, Charismatum Encyclopædiæ, Prudentiæ Miraculo, Charitatis Portento, Miserationum Thaumatur-*

go, *Spiranti Poliantheæ*, *Bibliothecæ Deambulanti*, *Ecclesiæ Tytani*, *Infularum mytræ*, *Hespericæque totius fulgentissimo Phosphoro*: Illmo. Dño. Domino meo *D. Fulano de tal*. Si la obra se dedica á una santa imágen, como si dijéramos á N. Señora de la Soledad ó de los Dolores, hay mil cosas buenas de que echar mano; como *Mari Amaro*, *Soli Bis-Soli*. *Orbis Orbataæ Parenti*, *Ancillæ Liberrimæ absque Libero*, *Theotoco sine filio*, *Conflicte non fictè Puerperæ*, *inquam*, *diris mucronibus confossæ sub Iconico Architypo de tal y tal*. Pero si la dedicatoria fuere de algun libro romancista y se dirigiere á un militar, aunque no sea más que capitán de caballos, entónces se ha de ir por otro rumbo, y ante todas cosas se ha de decir: *Al Xerxes español*, *al Alejandro andaluz*, *al César bético*, *al Cyro del Genil*, *al Tamborlan Europeo*, *al Kauli-Kan Cis-montano*, *al mar-te no-fabuloso*, á *D. Fulano de tal*, *capitán de caballos lijeros del Regimiento de tal*. Y no encajar el nombre y apellido del mecenas de topeton, como lo estilán ahora los ridículos modernos, diciendo á secas: á *D. Fulano de tal*, á *mi Señora Doña Zutana de tal*, á *la Excma. Señora Duquesa de cual*; que no parece sino sobre-escrito de carta, que ha de ir por el correo.

9. Dedicatoria he visto yo muy ponderada por algunos ignorantes y boqui-rubios, dirigida al mismo rey de España, la cual solo decia en el frontis: AL REY, con letras gordas iniciales, sin más principios ni postes, caireles, ni campanillas; no puedo ponderar cuánto me estomacó, moviéndome una náusea, que aún ahora mismo me está causando arcadas, y

bascas, AL REY; pero á qué rey, majadero? Pues no sabemos si es á alguno de los reyes magos, al rey Perico, ó al rey que rabió; AL REY; ¿puede haber mayor llaneza? Como si dijéramos, á Juan Fernandez, ó á Perico el de los Palotes. AL REY. Díme, insolente, desvergonzado y atrevido; es *al rey de bastos ó al de copas*? Nos quieren embocar los críticos y los cultos, que este es mayor respeto, mayor veneracion y tambien más profundo rendimiento, como que ningún español puede ni debe entender por el nombre antonomástico de rey, á otro que al rey de España, y como que lo mismo debieran entender todas las demás naciones, puesto que no hay rey en el mundo descubierto, que tenga tan dilatados dominios como nuestro católico monarca, ni con algunos millares de leguas de diferencia; ¡bagatelas y más bagatelas! Por lo mismo era muy puesto en razon, que ántes de llegar á su augusto nombre, se le diera á conocer por lo ménos con unos cincuenta dictados ó inscripciones alegóricas, que fuesen poco á poco conciliando la espectacion y el asombro, los cuales pudieran ser, como si dijéramos de esta manera: *Al poderoso Emperador de dos mundos; al émulo del Sol, Febo sublunar en lo que domina, como el celeste en lo que alumbra: al Archi-Monarca de la tierra; y después para dar á entender sus reales virtudes personales, añadir: Al depósito Real de la Clemencia, al coronado archivo de la Justicia, al Sacro Augusto tesoro de la Piedad, al Escudo Imperial de la Religion, al Pacífico, al Benéfico, al Magnético, al Magnífico, al Católico Rey de las Españas FERNANDO el Sexto, Pio, Feliz, siempre augusto, rey de Castilla,*

de Leon, de Navarra, de Aragon, etc., é ir prosiguiendo así hasta el último de sus reales dictados. Lo demás es tratar al rey como se pudiera á un hidalgo de polaina, y sacarle tan solo al teatro del papel, como si fuera uno de aquellos reyes antiguos, que se andaban por esos campos de Dios, pastoreando ovejas, y ellos mismos llevaban los bueyes á beber en su propia Real persona.

10. Después tampoco me gusta que se comience á hablar con el rey, espetándole un *Señor* tan tieso como un garrote, que ya no falta sino que añadan un *Señor mio*, como si fuera carta de oficio de algun ministro superior á otro subalterno. Nuestros antepasados eran hombres más respetuosos y verdaderamente circunspectísimos, pues nunca hablaban con el rey, sin que comenzasen de esta manera: *Sacra, Católica, Real Majestad*, cosa que llenaba la boca de veneracion, y de contado se tenia ya hecho un pié majestuoso para un romance heróico al modo de las coplas de Juan de Mena. He oido decir que esta moda de tratar al rey, llamándole Señor á secas, nos le han pegado tambien los franceses, como otras mil y quinientas cosas más, por quanto ellos, cuando hablan con su rey cristianísimo, le encajan un *Sire, in puris naturalibus*; y vamos adelante, válgate Dios por franceses, ¡y qué contagiosos que sois; con qué si á ellos se les antojara llamar *Sirena* á la reina, tambien nosotros se lo llamaríamos corrientemente á la nuestra, y cierto que quedaria muy lisonjeada! Ellos tratan de *Madama* á la suya, y en verdad, que si á algun español se le antojara tratar así á la reina nuestra Señora, nó le arrendaria yo la ganancia, salvo que fuese por ahí al-

gun lego, ó algun donado, de estos que son santos y simples adredemente que esos tienen licencia para tutear al mismo Papa, pues allí está toda la gracia de su santidad. Por tanto, hijos míos, lo dicho dicho, y tomad bien de memoria estas importantísimas lecciones.

11. Nunca imprimais cosa alguna, aunque sean unos tristes *Quodlibetos*, sin vuestra dedicatoria al canto, que en eso no vais á perder nada, y de contado mal será que no ahorreis por lo ménos el coste de la impresion; pues no todos los mecenas han de ser como aquel conchudo Papa (Dios me lo perdone) Leon X, á quién un famoso alquimista dedicó un importantísimo libro, en que, como él mismo aseguraba, se contenian los más recónditos arcanos de la crisopeya, esto es, un modo facilísimo de convertir en oro todo el hierro y todos los metales del mundo; y el bueno del Pontífice (perdónemelo Dios) por todo agradecimiento le regaló con un carro de talegos, para que recogiese en ellos el oro que pensaba hacer: cosa de que se rieron mucho los mal intencionados; pero los eruditos y verdaderamente literatos la tuvieron por mezquindad, y la lloraron con lágrimas de indignacion. Resuelta vuestra dedicatoria, atacadla bien de epígrafes alegóricos, simbólicos y altisonantes; y si fuere á alguna persona real, cuidado con tratarla como es razon, y que no salga en público sin su compañía de guardias de corps, y sin su guardia de alabarderos, esto es, de epitetos bien galoneados y bien montados, precedidos de epígrafes á mostachos, que wayan abriendo calle.

12. Y aunque ya vá un poco larga la leccion, por

concluir en ella todo lo que toca á lo sustancial de las dedicatorias, quiero instruiros en otros dos puntos, que son de la mayor importancia. Autores latinos romancistas, que cuando llegan á poner los verdaderos títulos, que tienen los sugetos á quiénes dedican sus obras, como Duque de tal, Conde de tal, Marqués de tal, Señor de tal, Consejero de tal, etc., los ponen en un latin tan llano, tan natural y tan ramplon, que le entenderá una demandadera, aunque no sepa leer ni escribir, solo con oírle; pues dicen muy á la pata la llana: *Duc de Medina-Cœli, Comiti de Altamira, Marchioni de Astorga, Domino de los Cameros, Consiliario Regio, etc.* ¡Cosa ridícula! Para eso más valiera decirlo como pudiera un maragato. Cuanto más culto y más latino será decir: *Cœlico-Metimnesi, Doctori-Satrapè, a Comitiis de Cacuminato-conspectu; Mœnium Asturicensum à Markis; Lecti-Fabrorum Dynastè, à Penetralibus Regiis;* y sino lo entendieren los lectores, que aprendan otro oficio, porque esa no es culpa del autor, el cual, cuando se pone á escribir en latin, no ha de gastar un latin que le entienda cualquiera remimista.

13. Otra cosa es, cuando los títulos no son verdaderos y reales, sino puramente simbólicos ó alegóricos, inventados por el ingenio del autor; que entónces, para que se penetre bien toda la gracia y toda la oportunidad de la invencion, conviene mucho ponerlos llana y sencillamente. Explicaréme con un ejemplo. El año de 1074, cierto autor aleman publicó una obra latina intitulada: *Geographia Sacra, seu Ecclesiastica*: Geografía Sagrada, ó Eclesiástica. Dedicóla á los tres únicos Soberanos Príncipes heredita-

rios en el Cielo y en la tierra : *Tribus summis, atque unicus Principibus hereditariis sin Cælo et in terra*; esto es, á Jesucristo, á Federico-Augusto, príncipe electoral de Sajonia, y á Mauricio Guillermo, príncipe hereditario de las provincias de Saxe-Geitz: *Christo, nempe, Federico Augusto, principi electorali Sajoniæ, et Mauricio Wilhelmo, provinciarum Sajo-Cizensium hæredi*; ¡cosa grande! pero aun todavía la habeis de oír mucho mayor; y ¿qué títulos inventaria nuestro incomparable autor para explicar los estados de que era príncipe hereditario Jesucristo? Atención, hijos míos, que acaso no leeréis en toda vuestra vida cosa más divina; y lo que es yo, si fuera el inventor de ella, no me trocaria por Aristóteles ni por Platon.

14. Llama, pues, á Jesucristo en latin claro y sencillo, como era razon que le usase en esta importante ocasion: *Imperator coronatus cælestum exercituum, electus Rex Sionis, semper Augustus, Cristianæ Ecclesiæ Pontifex Maximus, et Archi-Episcopus animarum, Elector Veritatis, Archi-Dux Gloriæ, Dux Vite, Princeps Pacis, Eques Portæ inferni, Triumphator Mortis, Dominus hæreditarius Gentium, Cominus Justitiæ, et Patris Cælestis à Sanctioribus Consiliis, etc., etc., etc.* Quiere decir, porque es importantísimo que ninguno se quede sin entenderlo. Es Cristo coronado Emperador de los Ejércitos celestiales, electo Rey de Sion siempre Augusto, Pontífice máximo de la Iglesia Cristiuna, Arzobispo de las Almas, Elector de la Verdad, Archiduque de la Gloria, Duque de la Vida; Príncipe de la Paz, Caballero de la Puerta del infierno, Triunfador de la Muerte, Señor hereditario de las Gentes; Señor de la Justi-

cia y del Consejo de Estado y Gabinete del Rey su Padre celestial. Y añadió el autor muy oportunamente tres etcéteras, para dar á entender, que todavía le quedaban entre los deditos otros muchos títulos y dictados, y que de aquí á mañana los estaría escribiendo sino bastaran los dichos, para que se conociese los que podía añadir. Muchachos, encomendad esto á la memoria, aprendedlo bien, tenedlo siempre en la uña, que se os ofrecerán mil ocasiones en que os pueda servir de modelo, para acreditaros vosotros y para acreditarme á mí.

15. Falta decir dos palabritas sobre el cuerpo y el alma de las dedicatorias. Supónese, que el latin siempre ha de ser de boato, altísono, enrevesado é inconstruible, ni más ni ménos como el latin de una insigne dedicatoria, que años há me dió á construir el padre de Gerundio de Campazas, *alias Zotes*, y en verdad, que se la construí sin errar un punto á presencia de todo el arciprestazgo de San Millan, en la romería del Cristo de Villaquejida. Supónese tambien, que á cualquiera á quien se le dedica una obra, sea quien fuere, se le ha de entroncar por aquí ó por allí con el rey Wamba, ó á lo ménos con don Veremundo el diácono, sea por línea recta ó por línea transversal, que eso hace poco al caso, y es negocio de cortísimo trabajo; pues ahí está Jacobo Guillermo Imhoff, (1) dinamarqués ó sueco (que ahora

(1) Quién haya leído ó posea algunos libros de los impresos en el siglo XVIII, comprenderá lo delicado y oportuno de la crítica que hace el autor acerca de las dedicatorias y su manera de escribirlas. Era el principal objeto de ellas buscar la proteccion de algun personaje, y generalmente entra-

no me acuerdo) famoso genealogista de las casas ilustres de España y de Italia, que á cualquiera le emparentará con quien le venga más á cuento. Sobre este supuesto, ya se sabe que la entrada de toda dedicatoria ha de ser siempre exponiendo la causa impulsiva, que dejó sin libertad al autor para emprender aquella osadía, la cual causa nunca jamás ha de ser otra, que la de buscar un poderoso protector contra la emulacion, un escudo contra la malignidad, una sombra contra los abrasados ardores de la envidia, asegurando á rostro firme, que con tal mecenazas, no teme ni á los aristarcos ni á los zoilos; pues, ó acobardados no osarán sacar las cabezas de sus madrigueras y escondrijos; ó si tuvieren atrevimiento para hacerlo, serán icaros de su temeridad, derretidas sus alas de cera á los encendidos centelleantes rayos de tan fogoso resplandeciente padrino. Porque si bien es verdad, que aunque un libro se dedique al Santísimo Sacramento, si él es malo, hay hombres

bapor mucho la adulacion, como se ve por los dictados y títulos que las encabezaban, y el empeño que se ponía en entroncar á la persona á quien se dedicaba la obra con las más ilustres ramas del reino.

El célebre P. Isla, que se cree generalmente y con fundamento que es el verdadero autor de la *Historia de Fr. Gerundio de Campazas*, dedicó el primer tomo de su *Año Cristiano* al señor Rey D. Fernando VI, y cada uno de los otros tomos á otros diversos personajes; pero en estas dedicatorias, no se advierten esos vicios que critica en los demás, ni esa mezquina adulacion que causa enfado el leerlas. Tal vez, con estas dedicatorias quiso enseñar á los demás autores de su tiempo, la delicadeza y sencillez con que debe procederse en estos escritos, que no han de ser memoriales pidiendo ayuda y socorro, sino testimonio de respeto ó de amistad.

tan insolentes y tan mordaces, que adorando al divino objeto de la dedicatoria, hacen añicos al libro, y tal vez á la misma dedicatoria no la dejan hueso sano; y más de dos libros de á fóllo he visto yo recogidos por la Inquisicion, con estar dedicados á reyes, á emperadores y aún al mismo Papa, sin que los mecenas hagan duelo de eso ni se les dé un ardi-te, no hallándose noticia en la historia, de que jamás haya habido guerras entre los príncipes cristianos por la defensa de un libro que se les haya dedicado; siendo así, que muchas veces las ha habido por quítame allá esas pajas. Digo, que aunque todo esto sea así (por justos juicios de Dios y por los pecados del mundo), en todo caso siempre debemos atenernos á aquel refran, que dice : *Quien á buen árbol se arri-ma, buena sombra le cobija*; y de una manera ó de otra, es indispensable de toda indispensabilidad, que toda dedicatoria bien hecha se abra por este tan oportuno, como delicado y verdadero pensamiento.

CAPÍTULO IX.

EN QUE SE DÁ RAZON DEL JUSTO MOTIVO QUE TUVO NUESTRO GERUNDIO PARA NO SALIR TODAVÍA DE LA GRAMÁTICA, COMO LO PROMETIÓ EL CAPÍTULO PASADO.

ADMIRADO estará sin duda el curioso lector, de que habiéndose dicho en el capítulo antecedente, como salia en él de la gramática el ingenioso y aplicado Gerundio, todavía le dejemos en ella, oyendo con atencion las acertadas lecciones de su doctísimo preceptor, contra la fé de la historia, ó á lo ménos contra la inviolable fidelidad de nuestra honrada palabra. Pero si quiere tener un poco de paciencia y prestar oidos benignos á nuestras poderosísimas razones, puede ser que se arrepienta de la temeridad y de la precipitacion con que ya en lo interior de su corazon nos ha condenado sin oirnos.

2. Lo primero es una intolerable esclavitud, por no llamarla ridícula servidumbre, esto de querer obligar á un pobre autor á que cumpla lo que promete, no sólo en el título de un capítulo, sino en el título de un libro; ¿qué escritura de obligacion hace el autor con el lector para obligarle á eso ni en juicio ni fuera de él? Y así vemos, que autores, que no son ranas, ponen á sus libros los títulos que se les antoja, aunque nunca tengan parentesco con lo que se

trata en ellos, y ninguno los ha hablado palabra, ni por eso han perdido casamiento. Verbi gracia al leer el título de *Margarita Antoniana*, ó de *Antoniana Margarita*; con que bautizó su obra el famosísimo español Gomez Pereyra, que fué el verdadero patriarca de los Descartes, de los Newtones, de los Boyles y de los Leibnitzes; ¿quién no creerá, que va á regalarnos con algun curiosísimo tratado sobre aquella margarita, ó aquella perla, que valia no sé cuántos millones, con la cual, desatada en vino ó en agua (que esto aún no está bien averiguado), brindó Cleopatra á la salud de su Antonio, ó se la dió á éste de colacion en un dia de ayuno, que de una y otra manera nos lo cuentan las historias? Pues nó, señor, no es nada de eso. La *Antoniana Margarita*, no es más que un delicadísimo tratado de filosofía, para probar que los brutos no tienen alma sensitiva, y para citar á juicio con esta ocasion, otras muchas opiniones de Aristóteles, que por larga série de siglos estaban en la quieta y pacífica posesion de ser veneradas en las escuelas, no solo como opiniones de tal autor, sino como principios indisputables, que solo el dudar de ellos seria especie de herética pravedad: y no obstante aquel travieso, sùtil y litigioso gallego, se atrevió á ponerles á pleito la propiedad, ya que no pudiese litigarles la posesion; ¿pero por qué puso á su obra un título tan distante del asunto? ¿por qué? por una razon igualmente fuerte que piadosa, y que ninguno se la impugnará: porque su padre se llamaba Antonio, y su madre Margarita, y ya que no se hallaba con caudal para fundar un aniversario por sus almas, quiso á lo ménos dejar fundada esta agra-

decida memoria. Pues que se me vengan ahora á hacerme cargo de que no cumplo lo que ofrezco en mis capítulos.

3. Amen de eso: por grave que sea el capítulo de un libro, ¿lo será nunca tanto como el capítulo de una religion? Y no obstante; ¿cuántas veces vemos, que nada de lo que se decia al principio del capítulo sale después al fin de él? ¿y qué capítulo se ha declarado hasta ahora nulo, precisamente por este motivo? Finalmente, si un pobre autor comienza á escribir un capítulo con buena y sana intencion de sacarle moderado y de justa medida y proporcion, y de cumplir honradamente lo que prometió al principio de él, y después se atraviesan otras mil cosas, que ántes no le habian pasado por el pensamiento, y le dá gran lástima dejarlas, ¿es posible que no se le ha de hacer esta gracia ni disimularle esta flaqueza, siendo así que á cada paso vemos en las conversaciones atravesarse especies, que interrumpen el hilo del asunto principal por una y por dos horas, y no por eso se hacen aspavientos, ántes bien se llevan en paciencia las adversidades y flaquezas de nuestros prójimos? Y vamos adelante; ¿pues por qué no se usará la misma caridad y se ejercitará la misma obra de misericordia con los autores y con los libros? fuera de que ¿no seria gran lástima, que solo por cumplir con lo que prometió el capítulo inconsideradamente, sacásemos á nuestro Gerundio de la gramática ántes de tiempo, y sin haber oido otras lecciones, no ménos curiosas, que necesarias, con que enriquecía á sus discípulos el pedantísimo maestro?

4. Deciales, pues, que en sus composiciones latinas,

fuesen de la especie que se fuesen, se guardasen bien de imitar el estilo de Ciceron ni alguno de aquellos otros estilos, á la verdad propios, castizos, perspicuos y elegantes; pero por otra parte tan claros y tan naturales, que cualquiera lector, por voto que fuese, comprendia luego á la primera ojeada lo que le querian decir. Esto por varias razones, todas á cual más poderosas: la primera, porque hasta en las Sagradas Letras se alaba mucho á aquel no ménos valeroso que discreto héroe, que trataba las ciencias magníficamente: *Magnificè etenim scientiam tractabat*; y ciertamente nadá se puede tratar con magnificencia, cuando se usa de voces obvias, triviales y comunes, aunque sean muy propias y muy puras. La segunda, porque sino se procura tener atada la atencion de los lectores y de los oyentes con la obscuridad, ó á lo ménos con que no esté á primer fólío la inteligencia de la frase, enseña la experiencia, que unos roncan y otros piensan en las babilias, por cuanto es muy volátil la imaginacion de los mortales. La tercera, porque miéntras el lector anda revolviendo Calepinos, Vocabularios y Lexicones para entender una voz, se le queda después más impreso su significado, y á vueltas de él la doctrina y el pensamiento del autor. La cuarta y más poderosa de todas, para que sepan esos extranjerillos, que notan el latin de los españoles de despeluzado, incurioso ó desgreñado, que tambien acá sabemos escribir á la papillota, y sacar un latin con tantos bucles, como si se hubiera peinado en la calle de San Honorato de París: lo que no es posible que sea miéntras no se anden á caza de frases escogidas, crespas y naturalmente ensortijadas.

5. Ahí teneis al inglés ó al escocés Juan Barclayo (que yo no tengo ahora empeño, en que fuese de Lóndres ó de Edimburgo), el cual no dirá *exhortatio*, aunque le quemen, sino *parænesis*, que significa lo mismo, pero un poco más en griego; ni *obedire* por obedecer, que lo dice cualquier lego, sino *decedere*, que, sobre tener mejor sonido, es de significado más abstruso, por lo mismo que es equívoco. Llamar *Prologus* al Prólogo; ¿qué lego no entenderá ese latin? llamarle *Proæmium*, suena á zaguan de lógica: *Præfatio*, parece cosa de misal, y luego ofrece á la imaginacion la idea del Canto Gregoriano: llámese *Alloquium*, *Ante-loquium*, *Præloquium*, *Præloquuntio*, y dejadlo de mi cuenta. Al estilo doctrinal llámesele siempre en latin *Stilus didascalicus*, y caiga quien cayere: cuando se quiera notar á algun autor latino, aunque sea de los más famosos, de que aún no ha cogido bien el aire de la lengua romana, y que hasta en ella se descubre el propio de la suya nacional, dígase, á Dios te la depare buena, *redolet Patavinitatem*; porque si bien es así, que todavía no han convenido los gramáticos en el verdadero significado de esta voz, cualquiera que la usa queda *ipso facto* calificado de un latino, que se pierde de vista, elegante, culto y terso. Sobre todo os encargo mucho, que ni á mí ni á algun otro preceptor, maestro ó doctor apellideis jamás con los vulgarísimos nombres de *doctor*, *magister*, *præceptor*; ¡Jesus, qué parvulez y qué patanismo! A cualquiera que enseñe alguna facultad, llamadle siempre *Mistagogus*; porque aunque es cierto que no viene á propósito, aún el mismo que lo conoce os lo agradecerá, por ser voz que

presenta una idea misteriosa y extraordinaria. La mejor advertencia se me olvidaba. Es de la mayor importancia: cuando leais alguna obra latina, de las que *están más en voga* (frase que me cae muy en gracia), decir de cuando en cuando: *hic est Trasonismus*, este es Trasonismo: y no os dé cuidado, que vosotros ni los que os oyeren entendais bien lo que en eso quereis decir; porque yo os empeño mi palabra, de que los dejareis aturrullados y arqueando los ojos de admiracion. Con esto y con hacer grande estudio en no escribir jamás trabados los diptongos de *a* y *e*, ni de *o* y *e*, como lo han hecho hasta aquí muchos latinos honrados, sino con sus letras separadas, escribiendo, v. g. *feminae* en lugar de *feminæ*, y *Phoebus* en vez de *Phœbus*: con no contar las datas por los dias del mes, sino por las Kalendas, los Idus y las Nonas; con guardaros mucho de no llamar á los meses de Julio y Agosto con sus nombres sabidos y regulares, sino con los de *Quintilis* y *Sextilis*, como se llamaban *in diebus illis*; y finalmente con desterrar los números arábigos de todas vuestras composiciones latinas, usando siempre de las letras romanas, en vez de números, y esas dibujadas á la antigua: v. gr. para poner *anno millesimo septingentesimo quinquagesimo cuarto*, año de mil setecientos cincuenta y cuatro, no poner, como pudiera un contador ó un comerciante, *anno 1754*, sino *anno M.DCC.LIV*: digo, hijos mios, que con solo esto podeis echar piernas de latin por todo el mundo: *et peream ego, nisi cultissimi omnium latinisimorum hominum audieritis*.

6. Muy atento estaba nuestro Gerundio á las lec-

ciones del dómíne, oyéndolas con singular complacencia, porque como tenia bastante viveza, las comprendia luego; y por otra parte, como eran tan conformes al gusto extravagante con que hasta allí le habian criado, le cuadraban maravillosamente. Pero como vió, que el dómíne inculcaba tanto en que el latin fuese siempre crespó, y todo lo más oscuro que fuese posible; y por otra parte en fuerza de la inclinacion que desde niño habia mostrado á predicar, su padrino el licenciado Quijano le habia enviado los cuatro tomos de sermones del famoso Juan Raulin, doctor parisiense, que murió en el año 1514, los cuales por ser de un latin muy llano, muy chavacano y casi macarrónico, los entendia perfectamente Gerundico, dijo al dómíne muy desconsolado, hablándole en latin, porque habia pena para los que en el aula hablasen en romance: *Domine, secundum ipsum, quidam sermones latini, quos ego habeo in pausatatione mea, non valebunt nihil, quia sunt plani; et clari sicut aqua.* Pues, señor, segun eso unos sermones latinos que yo tengo en mi posada, no valdrán nada, porque son llanos y claros como el agua; ¿*Qui sunt hi sermones?* le preguntó el dómíne; ¿qué sermones son esos? *Sunt cujusdam prædicatoris,* respondió el chico, *qui vocatur Joannes de... non me recordor, quia habet apellitum multum enrebesatum:* Son de un predicador que se llama Juan de... no me acuerdo, porque tiene un apellido muy enrevesado: ¿*De quo agunt?* le volvió á preguntar el dómíne; ¿de qué tratan? *Dómíne,* respondió el muchacho, *de multis rebus, quæ faciunt ridere:* Señor, de muchas cosas que hacen reir. Anda, vé y tráelos, le dijo el precep-

tor, y veremos qué cosa son ellos y qué cosa es el latin.

7. Partió volando el obediente Gerundio, trajo los sermones, abrió el dómine un tomo, y encontróse con el sermon 3 de *viduitate*, dónde leyó en voz alta este admirable pasaje.

8. *Dicitur de quadam vidua, quod venit ad curatum suum, quærens ab eo consilium, si deberet iterum maritari, et allegabat, quod erat sine adjutorio, et quot habebat servum optimum, et periculum in arte mariti sui. Tunc curatus dixit: Benè accipite eum. E contrario illa dicebat: Sed periculum est accipere illum, ne de servo meo faciam dominum. Tunc curatus dixit: Benè nolite eum accipere. Ait illa: ¿quomodo ergo faciam? Non possum sustinere pondus illud, quod substinebat maritus meus, nisi unum habeam. Tunc curatus dixit: Benè, habeatis eum. At illa: ¿sed si malus esset, et velle me disperdere, et usurpare? Tunc curatus: non accipialis ergo eum. Et sic curatus semper juxta argumenta sua concedebat ei. Videns autem curatus, quia vellet illum habere, et habere devotionem ad eum, dixit ei; ut benè distinctè intelligeret, quid campanæ Ecclesiæ ei dicerent; et secundum consilium campanarum, quod ipsa faceret. Campanis autem pulsantibus intellexit, juxta voluntatem suam quod dicerent: prends ton valet, prends ton valet. Quo accepto, servus egregiè verberavit eam, et fuit ancilla, quæ prius fuerat domina. Tunc ad curatum suum conquesta est de consilio, malèdicendo horam, quâ crediderat ei. Cui ille: non satis audisti, quid dicant campanæ. Tunc curatus pulsavit campanam, et tunc intellexit, quod campa-*

nee dicebant: ne le prends pas, ne le prends pas:
Tunc enim vexatio dederat ei intellectum.

9. No obstante la seriedad innata y congénita del gravísimo preceptor, afirma un autor coetáneo, sincrono y fidedigno, que al acabar de leer este gracioso trozo de sermón no pudo contener la risa; y para que le entendiesen hasta los niños que habían comenzado aquel año la gramática, mandó á Gerundio que le construyese. Este dijo, que de puro leerle se le había quedado en la cabeza: y que sin construirle, si quería su merced, le relatara todo seguidamente, y aún le predicara como si fuera mesmamente el mismo predicador. Parecióle bien la proposición, hizo silencio, dando sobre la mesa tres golpes con la palma: plantóse Gerundio con gentil donaire en medio del general: limpióse los mocos con la punta de la capa; hizo la cortesía con el sombrero á todos los condiscípulos, y una reverencia con el pié derecho, á modo de quien escarba; volvió á encasquetarse el sombrero, gargajeó, y comenzó á predicar de esta manera, siguiendo punto por punto el sermón de Juan Raulin.

10. «Cuéntase de cierta viuda, que fué á casa de
 «su cura á pedirle consejo sobre si se volveria á ca-
 «sar; porque decia, que no podia estar sin alguno
 «que la ayudase, y que tenia un criado muy bueno
 «y muy inteligente en el oficio de su marido. Entón-
 «ces la dijo el cura: Bien, pues cástate con él. Mas
 «ella le decia; pero está á pique, si me caso con él,
 «que se suba á mayores, y que de criado, se haga
 «amo mio. Entónces el cura la dijo: Bien, pues no
 «te cases tal. Pero ella replicó: no sé que me haga,
 «porque yo no puedo llevar sola todo el trabajo que

«tenia mi marido, y he menester un compañero que
 «me ayude á llevarle. Entónces la dijo el cura: Bien,
 «pues cástate con ese mozo. Mas ella le volvió á re-
 «plicar; ¿y si sale malo, y quiere tratarme mal, y
 «desperdiciar mi hacienda? Entónces el cura la dijo:
 «Bien, pues no te cases. Y así la iba respondiendo
 «siempre el cura, segun las proposiciones y las ré-
 «plicas que la viuda le hacia. Pero al fin, conociendo
 «el cura, que la viuda en realidad tenia gana de ca-
 «sarse con aquel mozo, porque le tenia pasion, dí-
 «jola, que atendiese bien lo que la dijesen las cam-
 «panas de la iglesia, y que hiciese segun ellas la
 «aconsejasen. Tocaron las campanas, y á ella le pa-
 «reció que la decian, segun lo que tenia en su cora-
 «zon: *cá-sa-te-con-él, cá-sa-te-con-él*. Casóse, y el
 «marido la azotó y la dió de palos tan lindamente,
 «pasando á ser esclava la que ántes era ama. En-
 «tónces la viuda se fué al cura, quejándose del con-
 «sejo, que la habia dado, y echando mil maldiciones
 «á la hora en que le habia creído. Entónces el cura
 «la dijo: sin duda que no oíste bien lo que decian
 «las campanas. Tocólas el cura, y á la viuda le pa-
 «reció entónces, que decian clara y distintamente:
 «*no-te-ca-ses-tal; no-te-ca-ses-tal*, porque con la
 «pena se habia hecho cuerda.»

11. Aplaudió mucho el dómine lo bien que Gerundio habia entendido el cuento del predicador, y la gracia con que le habia recitado, conociendo, que sin duda habia de tener mucho talento para predicar: los condiscípulos tambien le vitorearon, y rieron mucho el cuento. Pero el preceptor, volviendo á tomar la palabra, hizo algunas reflexiones sérias y

juiciosas, acabando con otras, que no podian ser más ridículas. Por lo que toca al latin, dijo á sus discípulos, es muy chavacano, y aún los mismos que gustan de latin claro y corriente no le aprobarán, porque ese no tanto es claro y natural, cuanto apatanado y soez, en lo cual tenia muchísima razon. Pero habeis de notar una cosa, y es la poca razon que tienen algunos señores franceses para hacer mucha burla del latin de los españoles, tratándonos de bárbaros en punto de latinidad, y diciendo, que siempre hemos hablado esta lengua como pudieran hablarla los godos y los vándalos. Esto porque hubo tal cual autor nuestro, que realmente escribió en un latin charro y guedejudo, ó como latin de boticario y sacristan. Ea, monsiures, démonos todos por buenos, que si acá tuvimos nuestros Garcías, nuestros Cruces y nuestros Pedros Fernandez, tambien ustedes tuvieron sus Raulines, sus Maillardos, sus Barletas, sus Menotos; y en verdad, que su autor de ustedes, el célebre Monsieur du Cange, en el vocabulario que compuso de la *Baja Latinidad*, la mayor parte de los ejemplos que trae, no los fué á buscar fuera de casa. Y de camino adviertan ustedes, que cuando allá en su París se usaba un latin tan elegante, como el del doctor Juan Raulin, acá teníamos dentro de aquel mismo siglo á los Montanos; á los Brocenses, á los Pereyras, á los Leones, y á otros muchos que pudieran escupir en corro y hablar barba á barba con los Tulios y con los Livios que ustedes alaban tanto, aunque no sean de mi parroquia ni de mi mayor devocion.

12. Esto en cuanto al latin, dijo el dómine; mas

por lo que mira á la substancia del sermon, continuó, cansándose de hablar en juicio ó dejándose llevar de su estrañalario modo de concebir; por lo que mira á la substancia del sermon, aunque de este predicador no he leído más que este trozo, desde luego digo, que fué uno de los mayores predicadores que ha habido en el mundo, y me iria yo hasta el cabo de él solo por oirle. A mí me gustan tanto en los sermones estos cuentecitos, estas gracias y estos chistes, que sermon en que el auditorio no se ria, por lo ménos media docena de veces á carcajada tendida, no daria yo cuatro cuartos por él, y luego me dá gana de dormir. Yo creia, que esta era una gracia privativa de algunos famosos predicadores españoles, y que en otras partes no se estilaba este modo de predicar y de divertir á la gente; pero ahora veo, que todo el mundo es país; y aunque por otra parte siento que no tengan la gloria de ser los únicos en esto algunos de nuestros célebres oradores, por otra no me pesa que tambien participen de ella otras naciones, porque lo demás seria envidia, y una especie de viciosa ambicion. No echó esta leccion en saco roto nuestro Gerundico; porque como desde niño habia mostrado tanta inclinacion á predicar, oia con especial gusto y atencion todo cuanto podia hacerle famoso por este camino, y desde luego propuso en su corazon, que si algun dia llegaba á ser predicador, no predicaria sermon, fuese el que se fuese, que no le atestase bien de chistes y de cuentecillos.

13. Finalmente, el bueno del dómine instruia á sus discípulos en todas las demás partes de que se compone la perfecta latinidad ó el perfecto uso de la len-

gua latina, con el mismo gusto ni más ni ménos con que les habia instruido en el estilo. Decíales, que la retórica no era *arte de persuadir*, sino *arte de hablar*; y que eso de andar buscando razones sólidas y argumentos concluyentes para probar una cosa, y para convencer al entendimiento, era una mecánica buena para los lógicos, y para los matemáticos, que se andaban á caza de demostraciones, como á caza de gangas; que el perfecto retórico era aquel que le atacaba y le convencía con cuatro fruslerías, y que para eso se habian inventado las figuras, las cuales eran inútiles para dar peso, á lo que de suyo le tenia, y que toda su gracia consistia en alucinar á la razon, haciéndola creer, que el vidrio era diamante, y el oro el oropel. Enseñábales, que no gastasen tiempo ni se quebrasen la cabeza en aprender lo que es introduccion, proposicion, division, prueba, confirmacion, aumento, epílogo, peroracion ni exhortacion; porque eran cuentos de viejas, invenciones de modernos, y querer componer una oracion latina con la misma simetría con que se fabrica una casa. No les disimulaba, que Aristóteles, Demóstenes, Ciceron, Longino y Quintiliano habian enseñado que esto era indispensable, no solo para que una oracion fuese perfecta, sino para que mereciese el nombre de oracion; pero añadía, que esos habian sido unos pobres hombres, y porque ellos nunca habian sabido hablar en público de otra manera, dado le ha, que habian de hablar así todos los que habian de hablar bien. Prueba clara de que no tenian razon, eran millares de millares de sermones, que andaban por ese mundo de Dios, impresos de letra

de molde, con todas las licencias necesarias, y con aprobaciones de hombres muy científicos, y muy sabientes, los cuales habian sido oídos con un aplauso horroroso; y sabiendo todo el género humano, que los sermones no son ó no deberían ser otra cosa, que una artificiosa y bien ordenada composicion de elocuencia y de retórica, en los susodichos no se hallaba pizca de toda esa saramalla y barahunda de introduccion, proposicion, division, etc., sino unos pensamientos brillantes, saltarines y aparentes, á cual más falso, sembrados por aquí y por allí, conforme se le antojaba al predicador, sin convencimiento, persuasion ni calabaza; y con todo eso fueron aplaudidos como piezas de elocuencia inimitables, y se dieron á la prensa para que se eternizase su memoria. De todo lo cual, legítima y perentoriamente se concluia, que la verdadera retórica, y la verdadera elocuencia no consistia en nada de eso, sino principalisimamente en tener bien decoradas las figuras retóricas con los nombres griegos y retumbantes, con que habia sido bautizada cada una, estando pronto el retórico á dar su propia y adecuada definicion siempre que fuese legítimamente preguntado. Y así, concluia el dómine, dadme acá uno, que sepa bien *quid est Epanorthosis, Ellypsis, Hyperbaton, Paralypsis, Pleonasmó, Synonymia, Hypotyposis, Epiphonema, Apostrophe, Prolepsis, Upobolia, Epitrophe, Periphrasis y Prosopopeya*; y que en cualquiera composicion, sea latina, sea castellana, use de estas figuras conforme se le antojare, vengan ó no vengan, que yo os le daré más retórico y más elocuente, que cien Cicerones y doscientos Demóste-

nes pasados por alambique. Así, pues, todo el empeño del cultísimo preceptor era, que sus muchachos supiesen bien de memoria estas vagatelas; y á los que veía más instruidos y más expeditos en ellas, les decía lleno de satisfacción y de vanidad: *Andad, hijos, que ya podeis echar piernas de retóricos por todos esos estudios de Dios, y por todos esos seminarios de Cristo*. Con efecto, los retóricos del dómine *Zancas-largas* (este era su mote ó su verdadero apellido) eran muy nombrados por toda la ribera de Orbigo, y por todo lo que baña el famoso rio Tuerto.

14. Finalmente, las lecciones que les daba sobre la poesía latina, última parte de todo, lo que les enseñaba eran primas hermanas de las otras, pertenecientes á las demás partes de la latinidad. Contentábase con hacerlos aprender de memoria la prosodia, la cantidad de las sílabas, los nombres griegos de los piés, *dáctilo, spondeo, yambo, trochaico, pirrichio, etc.*, aquellos que explicaban la uniformidad ó la variedad de las estrofas, *monócolos, monóstrofos, dícolos, dístrofos, tetástrofos*, y que decorasen gran número de versos de los poetas latinos única y precisamente, para probar con ellos la cantidad de las sílabas breves ó largas por su naturaleza, sin advertir, que esta regla no es absolutamente infalible, por cuanto los mejores poetas latinos hicieron, no pocas veces, largas las sílabas breves, y breves las largas, ó usando de la ciencia poética, ó tambien porque, no embargante de ser poetas, eran hombres y pudieron descuidarse, puesto que tal vez hasta el mismo Homero dormitó. Hecho esto, como los muchachos compusiesen versos que constasen, mas que fuesen

lánguidos, insulsos y chavacanos, y aunque estuviesen más atestados de ripio, que pared maestra de argamasa, no habia menester más para coronarlos con el laurel de Apolo. Una vez decia en el tema ó en el romance, para una cuartilla, estas palabras: *Entón-ces se supo con cuanta razon castigó Dios al mundo con el diluvio, y se fabricó el arca de Noé.* Compúsola en verso latino un discípulo de Zancas-largas, y dijo:

Diluviumque, Arcamque Noe, tum quâ ratione.

Por solo este admirable verso, le dió el dómine dos parces y un abrazo, sin poderse contener. En otro tema se decia esta sentencia: *Se deben tolerar las cosas, que no se pueden mudar,* y un chico la acomodó en este bello pentámetro:

Quæ non mutari sunt, toleranda queunt.

Valióle doce puntos para su vanda, y una tarde de asueto. Mandó componer en una estrofa de versos sáficos este breve romance: *Andrés Corbino convidó á Pedro Pagano á que el miércoles por la tarde fuese á merendar á su casa, porque aquel dia se habia de hacer en ella la matanza de un cerdo.* Un muchacho, que pasaba por ingenio milagroso, le llevó el dia siguiente la siguiente estrofa:

*Domine Petre, Domine Pagape,
Corbius rogat, velis, ut Andreas,
Vesperis quarta mactabimus suem,
Ad se venire.*

15. Faltó poco para que el preceptor se volviese loco de contento, y luego incontinenti le declaró em-

perador perpétuo de la vanda de Roma: hizole tomar posesion del primer asiento ó trono imperial; mandó que provisionalmente fuese laureado con una corona de malvas y otras yerbas, por quanto no habia otra cosa más á mano en uno que se llamaba huerto, y era un erreñal de la casa del dómine, miéntras se hacia venir de la montaña un ramo de laurel; y ordenó, que desde allí adelante, y por todos los siglos venideros, hasta el fin del mundo, fuese habido, tenido y reputado por el archi-poeta Parames (era del Páramo el rayo del muchacho) para diferenciarle y no confundirle jamás con Camilo Cuerno, archi-poeta de la Pulla.

16. Pararse el dómine á explicar á sus discípulos en qué consistia el alma y el divino furor de la poesía; pedirle que los hiciese observar el carácter y la diferencia de los mejores poetas; esperar que los enseñase á conocerlos, á distinguirlos y á calificarlos; pretender que los instruyese, en que no se pagasen de atronamientos, ridiculeces y puerilidades; no habia que pensar en eso, porque ni él lo sabia, ni él mismo se pagaba de otra cosa. Naturalmente se le iba la inclinacion á lo peor que encontraba en los poetas, como tuviese un poco de retumbancia ó algun sonsonetillo ridículo, insulso y pueril. Por el primer capítulo elevaba hasta las nubes aquellas dos bocanadas ó ventosidades poéticas de Ovidio:

Semi-bobemque virum, semi-virumque bobem:

Egelidum boream, egelidumque notum.

Y decia con grande satisfaccion, que en este poeta, no encontraba otra cosa que alabar. Por el segundo,

no habia para él cosa igual á aquella recanilla tan ridícula y tan fria de Ciceron, que para siempre le dejó tildado por tan pobre hombre entre los poetas, como máximo entre los oradores:

¡O fortunatam natam, me Consule, Romam!

17. Pero nada le asombraba tanto como el divino ingenio de aquel poeta oculto, que en solas dos palabras compuso un verso exámetro cabal y ajustado á todas las reglas de la prosodia; pero tan escondido, que sin revelacion apenas se puede conocer que es verso. Porque sin ella, ¿quién dirá que lo es éste?

¿Consternabatur Constantinopolitanus?

Y con todo eso no le falta sílaba. Así, pues, todo su mayor empeño y todo su conato le ponía en enseñar á sus muchachos puntualmente todo aquello, que en materia de poesía debieran ignorar ó saberlo únicamente para abominarlo ó para hacer de ello una solemnisima burla, como la hacen cuantos hombres de pelo en pecho merecen hacerse la barba en el Parnaso. Por mal de sus pecados habia caido en sus manos cierta obra de un escritor de este siglo, intitulada: *de Poesía Germanorum symbolica*, de la poesía simbólica de los alemanes en la cual se trata y se celebra la prodigiosa variedad de tantas especies de versos leoninos, alejandrinos, acrósticos, cronológicos, gero-glíficos, cancrinos, piramidales, laberínticos, cruciformes y otras mil varatijas como ha inventado aquella nacion, por otra parte docta, ingeniosa y sesuda; pero en este particular, de un gusto tan extravagante que ha dado mucho que admirar y no poco que

reir á las demás naciones, aunque muy rara será aquella á quién no la haya pegado este contagio; bien así como el de las viruelas, que por lo comun solo se pegan á los niños y á los muchachos de corta edad, de la misma manera esta ridiculísima epidemia, por lo regular, solo cunde en poetillas rapaces, que aún no tienen uso de razon poética; y si tal vez inficiona á algun adulto, es mal incurable ó punto ménos que desesperado.

18. A todas las demás castas de versos preferia Zancas-largas, los que son de la peor casta de todos, esto es, los leoninos ó aconsonantados, que fueron en esta opinion muy probable los que introdujeron en el mundo poético la perversa secta de las rimas ó de consonantes, que con su cola de dragon arrastró tras de sí la tercera parte de las estrellas, quiero decir, que ha sido la perdicion de tan nobles ingenios, los cuales hubieran enriquecido á la posteridad con mil divinidades, y por esos malditos de consonantes (Dios me lo perdone) felizmente ignorados de toda la antigüedad, la dejaron un tesoro inagotable de pobrezas, de impropiedades y de ripios insufribles. Encaprichado nuestro dómine en su mal aconsejada opinion, juraba por los dioses inmortales, que toda la Iliada de Homero, toda la Eneida de Virgilio, y toda la Farfalia de Lucano, no valian aquel solo dístico, con que Mureto hizo burla de Gambarra, poeta antuerpiense, salva empero la suciedad, la hediondez y el mal olor, que eso no era de cuenta de la poesía.

*Credite, vestratum merdosa volumina vatam,
Non sunt Nostrates tergere digna nates.*

19. Por fin y por postre, los instruía en la que él llamaba *divina ciencia* de los equívocos y de los anagramas; y de esta última con especialidad estaba furiosamente enamorado. Un anagrama perfecto, decía, es arte de artes, ciencia de ciencias, delicadeza de delicadezas, elevacion de elevaciones, en una palabra, es el *Lydius lapis*, ó la piedra de toque de los ingenios castizos, de ley y de quilates; ¿dónde hay en el mundo cosa, v. g. como llamar *bolo* al *lobo*, y *lobo* al *bolo*, como decir *pace* al gato, y *zape* al buey, cuando está paciendo? ¿pues qué? si en una oracion perfecta se disimula, no ménos que un nombre y un par de apellidos, sin faltar ni sobrar sílaba ni letra, como por ejemplo, el bello disfraz con que el autor de cierto escrito moderno ocultó y salió en público con su nombre y aledaños, diciendo en el frontis de la obra: *Homo impugnat lites*, y concluyéndola con un *pinguet olim*, que vale un Potosí, por cuanto es perfectísimo anagrama de sus dos apellidos, y una y otra oracion tienen unos significados propísimos y que se pierden de vista. Anagramas hay imperfectos, que con ser así que lo son, son de un valor inestimables y en su misma imperfeccion tienen más gracia que toda la que se pondera en las insulseces de Owen y de Marcial. Por ejemplo, el que hizo un anagrama del apellido *Osmu*, y dijo *Asno*, y *sobra una pierna*, ¿no merecia por este solo dicho, que le erigiesen una estatua en el capitolio de Minerva? ¿Y mereceria ménos el otro, habiendo encontrado en el nombre y apellido de cierto obispo este anagrama: *Tú serás cardenal*, pero sobran dos *ll*, que no podia acomodar, y añadió: *Y sobran dos ll, para látigos de la posta, que*

ha de traer la noticia? Desengañémonos, que esto de los anagramas es cosa divina, digan lo que dijeron media docena de bufones, que los tienen por juego de niños, y que nos quieren decir que aquello de Marcial: *Turpe est difficile habere nugas, et stultus labor est ineptiarum*, está bien aplicado á los anagramatistas. Y ménos fuerza me hace la otra sátira del indigesto Adrian de Valois, que porque él no sabia cual era su anagrama derecho, cantó este bello episonema á deum de dere.

*Cytharædus esse, qui nequit, sit Aulædus:
Anagrammatista, qui Poeta non sperat.*

Vitor; y denle un confite por la gracia. Pues yo le digo, que el que no supiere hacer anagramas, no espere ser poeta en los dias de su vida; y el que los hiciere buenos, tiene ya andado más de la mitad del camino para ser un poetazo de á folio; porque si la poesía no es más que un noble trastornamiento de las palabras, los anagramas no son otra cosa, que un bello trastornamiento de las letras. Y váyase muy enhoramala el otro Colletet ó Coletillo, que dijo con bien poco temor de Dios:

*Eso de hacer anagramas,
Y andar trastornando letras,
Lo hacen solo los que tienen
Trastornada la cabeza.*

CAPÍTULO X.

EN QUE SE TRATA DE LO QUE ÉL MISMO DIRA.

CINCO años, cuatro meses, veinte dias, tres horas y siete minutos gastó nuestro Gerundio en aprender estas y otras impertinencias de la misma estofa (segun una puntualísima leyenda antigua, que nos dejó exactamente apuntados hasta los ápices de la cronología), y cargado á entera satisfaccion del dómine, de figuras, de reglas de versos, de himnos y de lecciones de breviario, que tambien hacia construir á sus discípulos y tomarlas de memoria, por ser un admirable prontuario para los exámenes de órdenes, se restituyó á Campazas un dia del mes de mayo, que nota el susodicho cronicon habia amanecido pardo y continuó despues lluvioso. Conviene todos los gravísimos autores, que dejaron escritas las cosas de este insigne hombre, en que siendo así que el dómine era grande azotador, y que especialmente en errando un muchacho un punto de algun himno, la cantidad de una sílaba, el acomodo de un anagrama y cosas á este tenor iba al rincon irremisiblemente, aunque le atestase el gorro de parces. Con todo eso, nuestro Gerundio era tan exacto en todo, y supo guardar tan bien su colete, que en todo

el susodicho tiempo que gastó en estudiar la gramática, no llevó más que cuatrocientas y diez vueltas de azotes, por cuenta ajustada, que apenas salen tres cada semana: cosa que admiró á los que tenían noticia del rigor y de la severidad de Zancas-largas. No causa ménos admiracion, que en todo el discurso de este tiempo no hubiese hecho Gerundio novillos del estudio, sino doce veces, segun un autor, ó trece, segun otro, y esas siempre con causas legítimas y urgentes; porque una los hizo por ir á ver unos toros á la Beñaza, otra por ir á la romería del Cristo de Villaquejida, otras dos por ir á cazar pájaros con liga á una zarza, junto á una fuente, que habia tres leguas del lugar donde estudiaba, y así de todas las demás; lo que acredita bien su aplicacion y el grande amor que tenia al estudio. Tambien aseguran los mismos autores, que en todo él no habia muchacho más quieto ni más pacífico. Jamás se reconocieron en él otros enredos ni otras travesuras, que el gustazo que tenia en *echar gatas* á los nuevos, que iban á su posada: esto es, que despues de acostados los dejaba dormir, y haciendo de un bramante un lazo corredizo, le echaba con grandísima suavidad al dedo pulgar del pié derecho ó izquierdo, del que estaba dormido, despues se retiraba él á su cama con el mayor disimulo, y tirando poco á poco del bramante, conforme se iba estrechando el lazo, iba el dolor despertando al paciente, y este iba chillando á proporcion que el dolor le afligia, el cual tambien iba creciendo conforme Gerundio iba tirando del cordel: y como el pobre paciente no veia quien le hacia el daño, ni podia presumir que fuese alguno de sus com-

pañeros, porque á este tiempo todos roncaban adredeamente, fingiendo un profundísimo sueño, gritaba el pobrecito, que las brujas ó el duende le arrancaban el dedo. Y si bien es verdad, que dos ó tres niños estuvieron para perderle, pero siempre se tenia por una travesura muy inocente, y más diciendo Gerundio por la mañana, que lo habia hecho por entretenimiento y no más que para reir. Por lo demás era quietísimo; pues habia semana que apenas descataba á media docena de muchachos, y en los cinco años bien cumplidos que estuvo en una misma posada, nunca quebró un plato ni una escudilla, y lo más que hizo en esta materia, fué en cuatro ocasiones hacer pedazos toda la vasija que habia en el bazar, pero eso fué con grande motivo, porque un gato rojo, á quien queria mucho el ama, le habia comido el torrezno gordo que tenia para cenar. Su compostura en la iglesia del lugar, á donde todos los estudiantes iban á oír misa de comunidad, era ejemplar y edificante. No habia que pensar que nuestro Gerundio volviese la cabeza á un lado ni á otro, como veleta de campanario ni que tirase de la capa al muchacho que estaba delante ni que mojando con saliva la extremidad de una pajita se le arrimase suavemente á la oreja ó al pescuezo, como que era una mosca, ni mucho ménos que se entretuviese en hacer una cadena con lo que sobraba del cordon del justillo ó de la almilla, tirando despues por la punta para deshacerla de repente. Todos estos enredos, con que suelen divertir la misa los muchachos, le daban en rostro, y le parecian muy mal. Nuestro Gerundio siempre estaba con la cabeza fija enfrente del altar, y con

los ojos clavados en las fábulas de Esopo, construyéndolas una y muchas veces con grandísima devoción.

2. Vuelto á Campazas, ¿quién podrá ponderar la alegría y las demostraciones de cariño con que fué recibido del tío Anton, de la tía Catanla, del cura del lugar, y de su padrino el licenciado Quijano, que eran los continuos comensales de la casa de Anton Zotes? y apenas habian salido de ella, desde que supieron, que ya habia ido la burra por Gerundio (1).

3. Despues de los primeros abrazos, que le dieron todos, se quedaron atónitos y aturridos al verle echar españadas de latin por aquella boca, que era un juicio. Hablóse luego como era natural del preceptor, y el chico exclamó al instante; *¡proh Dii immortales! Mystagogus meus est homo, qui amittitur de conspectu:* ¡O Dioses inmortales! mi maestro es un hombre, que se pierde de vista. Preguntáronle si habia muchos muchachos: y al punto respondió: *Qui numeret estellas, poterit numerare puellas:* El que pudiere contar el número de las estrellas, podrá contar el número de los muchachos. Su padrino el licenciado Quijano, que era el ménos romancista de todos los circunstantes, le dijo: mira hombre, que *puellas* no significa muchachos, sino muchachas. *Pace tua dixerim, domine dripane,* le replicó su ahijado: *puella puellæ* es epiceno: *juxta illud: Uno epicena vocant graii; promiscua nostri.* No tuvo que responderle el padrino, y solamente le preguntó por qué le llamaba *dripane*, que le sonaba á cosa de mote, y

(1) En Campos, cuando se envia por un chico que está estudiando gramática, se dice: ya le envié la burra, ya fué la burra por él, etc.

le parecia atrevimiento; ¡*Neutiquam per medium fidium!* le respondió Gerundio, sonriéndose, y como quien se burlaba de su ignorancia: *Dripant est anagrammaton de padrine; et anagrammaton figura est, qua unius vel plurimum vocum litteræ transponuntur, vel invertuntur.* Y así, señor padrino, con licencia de usted, y para que lo entiendan todos, si en lugar de decir *mi madre*, dijese *mi merda*, y en vez de decir *Antonio Zotes*, dijera ó *Tina* ó *Cesto*, y sobran dos piernas, tan léjos estaria de perderlos el respeto, que usaria de una de las figuras más delicadas y más ingeniosas que hay en toda la retórica.

4. Con estas y otras necedades de la misma calaña pasaba Gerundio el tiempo, dando muestras de sus grandes progresos en la latinidad, y esperando á que llegase San Lúcas para dar principio á las sùmulas, cuando hácia la mitad del verano pasó por su casa y se detuvo en ella algunos dias el Provincial de cierta órden, varon religioso y docto. Componíase su comitiva, como se acostumbra, de otro padre gravé, que era su sócio y secretario, y de un lego rollizo, despejado, mañoso y de pujanza, que en los caminos servia para los menesteres de las posadas, y en los conventos para los oficios de la celda. Era el lego de buen humor, nada gazmoño, y mucho ménos que, nada escrupuloso. Dábale á Gerundio periquitos, rosquillas y alcorzas, con que le habian regalado unas monjas, cuyo convento acababan de visitar. Con esto se le aficionó mucho el muchacho, y tambien con los cuentos y chistes que contaba entre la familia, miéntras su paternidad y el secretario dormian la siesta, que el lego no gustaba de dormir, y

licen, que los contaba con gracia. Por las tardes, luego que acababan de refrescar los dos padres graves, el lego se salia á pasear con Gerundio, y éste le llevaba unas veces á las eras, otras al humilladero, y otras al majuelo de su padre, que linda con el carrascal. En estas conversaciones vertia el muchacho todos los disparates que habia aprendido con el dómine; y como el lego le oia hablar tanto en latin, que para él era lo mismo que griego, y por otra parte el chico era bien dispuesto y desembarazado, parecia que podia ser muy á propósito para la órden, y así comenzó á catequizarle.

5. Decíale, que en el mundo no habia mejor vida que la de fraile, porque el más topo tenia lá racion segura, y en asistiendo á su coro, santas pascuas; que el que tenia mediano ingenio iba por la carrera de maestro, ó por la carrera de predicador; y que aunque la de las leturías era más lucida, la del púlpito era más descansada y más lucrosa; pues conocia él predicadores generales, que en su vida habian sacado un sermon de su cabeza, y con todo eso, eran unos predicadores que se perdian de vista, y habian ganado muchísimo dinero; y que en fin, en jubilando por una ó por otra carrera, lo pasaban como unos obispos; ¡pues qué la vida de los colegiales! que así llamamos á los que están en los estudios, ni el Rey ni el Papa la tienen mejor; por lo ménos más alegre. Algunas crugias pasan con los lectores y con los maestros de estudiantes, si son un poco ridículos ó celosos de que estudien; ¿pero qué importa si se la pegan guapamente? Nunca comen mejor, que cuando les dan algun pan y agua por flojos, porque no

Llevaron la leccion, ó porque se quedaron en la cama; pues entonces los demás compañeros los guardan en la manga lo mejor de su pitanza, y comen como unos abades. Ahora; la bulla, la fiesta, la chacota que tienen entre sí cuando están solos; los chascos que se dan unos á otros, eso es un juicio, y han sucedido lances preciosísimos. Es verdad, que si los pillan lo pagan, y hay despojos que cantan misterio: pero *datus sunt passatus sunt*. De la vida de los novicios no se hable: ya se vé, que asisten siempre al coro, que nunca faltan á maitines, que ayudan las misas, que tienen mucha oracion y muchas disciplinas, que andan con los ojos bajos y con la cabeza colgando, á manera de higo maduro; pero eso es una friolera: en volviendo la suya el maestro, ó en aquellos ratos de libertad y de asueto que los dan de cuando en cuando, hay la zambra y la trisca, que se hunde el noviciado: juegan á la gallina-ciega, á fiel derecho y á los batanes, que no hay otra cosa que ver.

6. No se puede ponderar el gusto con que oia nuestro Gerundio esta indiscreta pintura de la vida religiosa, representada con más imprudencia que verdad; pues descubriendo únicamente las travesuras de los religiosos imperfectos, ocultaba la severidad con que se reprendian y se castigaban, disimulando el rigor con que se celaba la observancia, y lo mucho que pide á todos sus individuos cualquiera religion, por mitigada que sea. Pero al bueno del lego le parecia, que como él una por una le metiese al chico en el cuerpo la vocacion, hacia una gran cosa, y que lo demás allá lo veria. Con efecto, se la metió tan metidamente, que desde luego dijo á su catequista, que

aunque le ahorcasen habia de ser fraile de su órden, y que aquella misma noche habia de pedir el hábito al padre provincial delante de sus padres. El lego le dió un abrazo, dos corazones de alcorza, y un escapulario con cintas coloradas y su escudo bordado de hilo de oro, con lo cual se le arraigó la vocacion, de manera que ya no le quitarian de ser fraile, aunque le dieran el curato de su mismo lugar. Y más, que el lego le instruyó en el modo con que se habia de explicar con el provincial, y que despues de haber conseguido el sí, le habia de pedir, que él mismo fuese su padre de hábito; pues de esa manera aseguraba su fortuna, por cuanto el partido de su paternidad era el que mandaba, y mandaria verosímelmente por algunos años, puesto que apenas habia definidor, jubilado ni prelado conventual, que no fuese hijo ó nieto de su reverendísima, esto es, ó discípulo suyo ó discípulo de sus discípulos, y que así se llevaba los capítulos en el pico, disponiendo en ellos á destajo cuanto se le antojaba.

7. Siglos se le hicieron á Gerundio las horas que faltaban hasta la de cenar, y llegada esta se sentó á la mesa junto á sus padres con el provincial y secretario, como acostumbraba: pero en vez de que otros dias los divertia mucho con sus intrepideces, latines, anagramas y versos de memoria, que decia á borbotones, aquella noche, segun la instruccion del socarron del lego, se mostró mustio, cabizbajo y desganado. Picábanle por aquí y por allí, mas él apenas hablaba palabra, hasta que levantados los manteles el provincial y el secretario le hicieron sentar entre los dos, comenzaron á acariciarle mu-

cho, y le preguntaron qué tenia. Despues que se hizo bien de rogar, y de burlas ó de veras se le asomaron algunas lagrimitas, dijo por fin y por postre, que queria ser fraile de su órden, y que aunque fuese á pié se habia de ir tras ellos, hasta que le diesen el hábito. Al oir esto la buena de la Catanla, volviéndose á su marido, puestas ó en crucijadas las manos y meneando la cabeza, le dijo con la mayor bondad del mundo; *¿No te lo dije yo, mi Anton, que al cabo el chico habia de ser fraire? no pes come se cumpre el prefacio de aquel bendito lego, que pernoticó que este niño habia de ser un grand predicador?* Y volviéndose despues á Gerundio, echándole la bendicion, le dijo: *Anda bendito de Dios, con la bendicion de su Divina Magestad, y con la mia, que aunque te venia una capellania de sangre, y tu padrino el licenciado Quijano queria persignar en tí el beneficio simple de Berrocal de arriba, mas te quiero ver en un cúlbito convirtiendo almas, que si te viera arcipreste de todo el partido.* Anton Zotes, que era bueno como el buen pan, solo respondió: *Yo por mí, como sea buen fraire, mas caga lo que quisiere, porque los padres no podemos quitar la voluntad á los hijos.*

8. Viendo el provincial lo poco que habia que hacer por parte de los padres, y conociendo que el muchacho tenia en realidad viveza y habilidad, y que los disparates que le habian enseñado eran efectos de la mala escuela, los que se podia esperar que con el tiempo y con los libros los conociese y enmendase, desde luego ofreció que le recibiria, y que él mismo le daria el hábito y seria siempre su padre y su padrino. Pero como era varon, docto y religioso, y

el punto era tan sério, temió que fuese alguna veleidad de muchacho, ó que á lo ménos quisiese abrazar aquel estado atolondradamente y sin conocimiento de lo que abrazaba; y para cumplir con su conciencia, con su oficio y con su grande entendimiento, resolvió desengañarle delante de sus mismos padres, y así le habló de esta manera.

9. «¿Sabes, hijo mio, lo que es el estado religioso? Es una cruz en que se enclava el alma con los tres votos religiosos, desde el mismo punto en que los hace, y no se desprende de ella hasta que espira. Es un martirio continuado que comienza cuando se abraza y se acaba cuando se deja, advirtiéndote, que solo se puede dejar ó perdiendo la vida ó abandonando la honra y tambien con ella el alma. Es un estado de humildad, todo de mortificacion y todo de obediencia. El que no se desprecia á sí mismo, ese es el más despreciado de todos; ninguno es más mortificado que el que ménos se mortifica, con el desconsuelo de que padece más y merece ménos. Al que no quiere ser obediente se le obliga á ser esclavo; ¿vés estas nevadas canas que blanquean mi cabeza? (al decir esto se quitó un becoquin ó escofieta que traia en ella) pues sábete, que há veinte años que me la cubren, me la desfiguran y desmienten los que tengo que aún hoy faltan algunos para llegar á cincuenta, y nunca se anticipa tanto el color tardío de estas naturales plantas, sino cuando las deseca el calor de las pesadumbres; y puedes observar que apenas hay religioso que no encañezca por razon de estado muchos años ántes de lo que debiera por la edad. Ciertamente que está vio-

«lencia que se hace á la naturaleza , no puede tener
 «regularmente otro principio que la que se hace vo-
 «luntaria ó involuntariamente al natural.

10. «Como nunca has tratado más religiosos que
 «los que la caridad de nuestros hermanos y tus pa-
 «dres hospedan cristiana y piadosamente en su casa,
 «temo que alguno ménos prudente (pues no podemos
 «negar que en todas partes los hay) te haya pintado
 «la religion como aquel pintor, que para ocultar la
 «deformidad de Filipo, padre de Alejandro, á quién
 «le faltaba un ojo, le pintó á medio perfil, repre-
 «sentándole solo por aquel lado de la cara que no
 «era defectuoso y cubriendo el otro con el lienzo.
 «Quiero decir, temo que solo te hayan pintado á la
 «religion por donde puede agradarte, ocultándote
 «artificialmente aquello por donde pudiera retraer
 «tu natural inclinacion. Sí, hijo mio, hay en el estado
 «religioso hombres graves, justamente atendidos por
 «sus méritos, con privilegios y con exenciones; pero
 «no hay ni puede haber privilegios contra la obedien-
 «cia ni contra la observancia, ni hasta ahora se han
 «descubierto en el mundo exenciones de las pesa-
 «dumbres y de los trabajos; ¿qué importa que á esos
 «padres graves les sobre cuanto han menester en la
 «celda, si en caso de no ser ajustados les falta lo que
 «más necesitan en el corazon? Tampoco te negaré
 «que en la religion más estrecha se encuentran in-
 «observantes, y tal vez se vé algun escandaloso. Pero
 «tambien en el cielo hubo ángeles apóstatas, en el
 «paraíso hombres inobedientes y en el colegio apos-
 «tólico un alevoso, un presumido, un inconstante, un
 «incrédulo y muchos cobardes, y ni el cielo dejó de

« ser un cielo, ni el paraíso, ni el colegio apostólico
 « la comunidad más santa que ha habido ni ha de ha-
 « ber en el mundo. No se llama perfecto un estado,
 « porque no se hallen en él hombres defectuosos, si-
 « no porque á los que lo son se les corrige, y á los
 « que no se corrigen no se les tolera; porque ó se les
 « corta como miembros podridos, para que no inficio-
 « nen á los sanos, ó se les conjura como á las tem-
 « pestades, para que vayan á descargar donde á nin-
 « guno hagan daño: quiero decir, que encerrados de
 « por vida entre cuatro paredes, ó la pena les hace
 « entrar en sí mismos y entónces son verdaderamente
 « felices, ó si con la desesperacion echan el sello á su
 « desgracia, solo se perjudican á sí propios y pasan
 « solos de un infierno á otro, del temporal al eterno.
 « Así pues, hijo mio, si quieres ser religioso, has de
 « hacer ánimo á que si fueres bueno, has de vivir y mo-
 « rir en una perpétua cruz; si fueres malo, aún vivirás
 « y morirás más atormentado y de cualquiera manera
 « siempre te aguarda un matirio que durará mientras
 « te durare la vida. Yo he cumplido con lo que á mí
 « me toca, tú ahora resolverás lo que te pareciere, en
 « la inteligencia de que sino obstante la claridad con
 « que te hablo, te determinarás á abrazarte con la cruz,
 « yo como padre y como padrino tuyo que desde lue-
 « go me constituyo por tal, aunque no pueda quitárte-
 « la de los hombros, haré cuanto me sea posible por
 « alijerártela, salva siempre la religiosa observancia.»

11. Atentísimos estuvieron Anton Zotes y la buena de Catanla á la discreta arenga del prudente y piadoso provincial, y no dejaron de enternecerse un si es ó no es, tanto, que la última tuvo necesidad de limpiarse

los ojos y las narices, estas con el delantal y aquellos con la punta de la toca. Pero Gerundio la oyó con grandísima serenidad y sin ninguna atención, pensando solo como había de jugar á fiel-de-recho cuando estuviese en el noviciado, en dar ya trazas como pegársela al dispensero corriendo un par de raciones cada semana, y figurándose ya en su imaginación el mayor predicador de toda aquella tierra, confesando después, que mientras el provincial estaba hablando, él estaba ideando una plática de disciplinantes para cuando le echasen la Semana Santa de Campazas. A esto contribuyó también que el bellaco del lego se puso donde sin ser visto del provincial, pudiese serlo de Gerundio, y cuando éste ponderaba alguna cosa, aquél le guiñaba el ojo y le hacía señas con la cabeza como que no hiciese caso de lo que le decía: con que luego que acabó de hablar aquel prelado, el muchacho se cerró en que quería ser fraile, y que si otros pasaban por todas aquellas cosas, él también pasaría por ellas sin dar otra razón chica ni grande. Viéndole todos tan resuelto, se determinó que lo que había de ser tarde fuese luego, porque teniendo ya quince años estaba en la mejor edad para entrar en religión: y así dentro de dos días, el provincial con su comitiva, acompañado de Gerundio, de su padre, de su madre y del licenciado Quijano su padrino, que quiso hacer la costa de la entrada, se fueron á un convento de la orden no muy distante de Campazas, donde el mismo provincial le puso por su mano el hábito con grande solemnidad; y así al prelado de la casa, como al maestro de novicios, se le dejó muy recomendado al fin como cosa suya.

LIBRO SEGUNDO.

CAPÍTULO PRIMERO.

CONCLUIDO SU NOVICIADO PASA A ESTUDIAR ARTES.

YA tenemos á Fray Gerundio en campaña, como toro en plaza, novicio hecho y derecho, como el más pintado, sin que ninguno le echase el pié adelante ni en la puntual asistencia á los ejercicios de comunidad, porque guardaba mucho su colete, ni en las travesuras que le habia pintado al lego cuando podía hacerlas sin ser cogido en ellas, porque era mañoso, disimulado y de admirable ligereza en las manos y en los piés. No obstante, como no perdía ocasion de correr un panecillo, de encajarse en la manga una ración, y en un santi-amen se echaba á pechos un Jesús, cuando ayudaba al refitolero á componer el refectorio, llegó á sospecharse, que no era tan limpio como parecia, y así el refitolero como el sacristan, le acusaron al maestro de novicios, que cuando Fray Gerundio asistia al refectorio ó ayudaba á las misas, se acababa el vino de estas á la mitad de la mañana, y

á un volver de cabeza se hallaban vacíos uno ó dos jesuses, de los que juraria á Dios y á una cruz, que ya habia llenado; y aunque nunca le habian cogido con el hurto en las manos, pero que por el hilo se sacaba el ovillo; y que en Dios, y en su conciencia no podia ser otra la lechuza que chupaba el aceite de aquellas lámparas.

2. Era el maestro de novicios un bellissimo religioso, devoto y pio hasta más no poder; pero sencillo y cándido como él mismo. En viendo á un novicio con los ojos bajos, con la capilla calada, las manos siempre debajo del escapulario, poco curioso en el hábito, traquiñándose al andar, y andando siempre arrimado á la pared, puntual á todos los actos de comunidad, silencioso, rezador, y que en las recreaciones hablaba siempre de Dios; pues que, si naturalmente era bien agestadillo, y vergonzoso; si le pedia licencia para hacer mortificaciones y penitencias extraordinarias y ocultas, aunque nunca las hiciese; si acudia frecuentemente á comunicarle las cosas de su espíritu, y á darle cuenta de los sentimientos, que tenia en la oracion, especialmente si habia algo, que oliese á cosa de vision imaginaria? Sobre todo; ¿si en tono de caridad, de escrúpulo ó de celo iba á contarle las faltas que habia notado, ó que quizá solo habia aprendido en los otros su malicia? Para el buen maestro no habia más que pedir: no creeria cosa mala de este novicio, aunque se la predicaran frailes descalzos; y si alguno le acusaba de alguna faltilla, lo tenia por envidia ó por emulacion, diciendo casi con lágrimas, que la virtud hasta en los claustros es perseguida. Los bellacos de los

novicios, aunque por la mayor parte de poca edad, ya tenían bastante malicia para conocer esta flaqueza ó esta bondad de su maestro, y así los más ladinos se la pegaban tan lindamente, haciéndole creer que eran los más santos. Nuestro Gerundio no iba en zaga al más raposilla de todos, ántes bien en esta especie de farándula los hacia muchas ventajas, y se sabia, que era el queridito del maestro, y más añadiéndose á su buen parecer, disimulo y afectada compostura, el ser ahijado y tan recomendado de nuestro padre provincial; porque si bien es verdad, que el maestro de novicios era baron espiritual y místico, no embargante todo eso, á mayor gloria de Dios, y por el mayor bien de la religion, hacia con purísima intencion su córte á los mandones, y no querria disgustar á un padre grave, por cuanto tuviese el mundo.

3. En esta disposicion del maestro, dicho se está lo mal recibidas que fueron las acusaciones del refitolero y del sacristan. Dijoles el bendito varon, que conocian mal al hermano Fray Gerundio, y que no sabia con que conciencia hacian juicios tan temerarios, y levantaban aquellos falsos testimonios á un novicio tan angelical; que si supieran bien quien era aquel mancebo, se tendrian por dichosos en poner la boca donde él ponía los piés; y que si era verdad que les faltaba el vino, seria sin duda, porque el diablo tomaba la figura del santo novicio para beberle y para desacreditarle: concluyendo con decirles, que si la Orden tuviera media docena de Fray Gerundios, esa media docena de santos más adoraria con el tiempo en los altares.

4. Sucedió, que miéntras el bueno del maestro

de novicios estaba dando esta repasata á los dos legos acusadores, el angelical Fr. Gerundio pasó (no se sabe si por casualidad ó por aviso que tuvo) por delante de la despensa y viendo á la puerta de ella una cesta de huevos, se embocó media docena en el seno, y con la mayor modestia del mundo siguió su camino para el noviciado, y se fué derecho á la celda del maestro, á darle cuenta de lo que le habia pasado en la oracion de aquel dia. Entró, como acostumbra, con los ojos clavados en el suelo, la capilla hasta como dos dedos sobre la frente, las manos en las mangas debajo del escapulario, sonroseado adrede, para lo cual le vino de perlas la travesurilla que acababa de hacer; y en todo caso (lo que era mucho del conjuro) amagando á una risita. Luego que el maestro le vió entrar, se le renovó todo el cariño, mandóle sentar junto á sí, comenzó la cuenta de oracion, y comenzaron las mentiras, ensartando todas cuantas se le vinieron á la cabeza; pero tan bien concertadas, y dichas con tanta gracia y con tanta compostura, que el bonazo del maestro sin poderse contener se levantó de la silla, y para alentar más y más á su novicio, le dió un estrechísimo abrazo. En hora menguada se le dió; porque como le apretó tanto en el seno, se estrellaron en el pecho los huevos, que el angelical mancebo traia escondidos en él, y comenzaron á chorrear yemas y claras por el hábito abajo, que parecia haberse vaciado el perol donde se batian los huevos para las tortillas de la comunidad. El maestro quedó atónito y confuso, y le preguntó al novicio; pues qué es esto, hermano Fray Gerundio? El santo mozo, que era asaz sereno

y de imaginacion pronta y viva para salir con lucimiento de los lances repentinos, le respondió sin turbarse: Padre, yo se lo diré á su Reverencia. Como ha dos meses, que su Reverencia me dió licencia para tomar disciplina en las espaldas, por no poderla ya tomar en otra parte, se me han hecho unas llagas, y llevaba estos huevos para ponerme una estopada; y no me atreví á decirlo á su Reverencia, porque su Reverencia no me privase del consuelo de esta corta mortificacion. Tragó el anzuelo el bonísimo varon, y pasmado de la estupenda mortificacion de su novicio, volvió á darle otro abrazo, aunque ménos apretado que el primero, por no lastimarse en las llagas de las espaldas, y por no mancharse con la chorrera del hábito; y contentándose con advertirle blandamente, que mejor es la obediencia que los sacrificios, le despidió, dándole orden, de que se fuese á mudar otra saya y otro escapulario.

5. Con estas trazaş pasó nuestro Fr. Gerundio su noviciado, é hizo su profesion *incenso pelle*, sin que le faltase voto; y como todavia duraba el provincialato de su padrino y padre de hábito, le envió luego á estudiar las artes á un convento de los más graves de la provincia, sin que pasase por la regular aduana de corista, por dos ó por tres años, como pasan los demás frailes en canal que no tienen arrimo.

6. Era lector un religiosito mozo, como de hasta treinta años escasos, de mediano ingenio, de bastante comprehension, de memoria feliz, estudianton de cal y canto, furiosamente aristotélico, porque jamás habia leído otra filosofía, ni podia tolerar que se hablase de ella; eterno disputador, para lo cual le ayu-

daba una gran volubilidad de lengua, una voz clara, gruesa y corpulenta, una admirable consistencia de pecho, y una maravillosa fortaleza de pulmones: en fin, un escolástico esencialmente tan atestado de voces facultativas, que no usaba de otras ni las sabia, para explicar las cosas más triviales. Si le preguntaban como lo pasaba, respondia, *materialitè*, bien, *formalitè*, subdistingo; *reduplicativè ut homo*, no me duele nada; *reduplicativè ut religioso*, no deja de haber sus trabajos. En una ocasion se le quejó su madre, de que en las cartas que la escribia no la hablaba palabra de su salud, y él la respondió: «Ma-
«dre y señora mia: es cierto, que *signatè* no decia
«á V. que estaba bueno, pero *exercitè* ya se lo
«decia. Ahora pongo en noticia de V. como estoy
«explicando á mis discípulos la *transcendencia* ó la
«*intranscendencia del ente*: yo llevo la *analogía*, y
«niego la *trascendencia*. A mi hermana Rosa dirá V.
«que me alegro mucho lo pase bien, así *ut quo*, co-
«mo *ut quod*, y que en cuanto á las calcetas con
«que me regala, la *materia ex qua* me pareció un
«poco gorda, pero la *forma artificial* viene con to-
«dos sus *constitutivos*. De las cuatro libras de cho-
«colate, que V. me envia, diré *in rei veritate* lo
«que me parece: las *cualidades intrínsecas* son bue-
«nas, pero las *accidentales* le echaron á perder, por
«haber estado aplicado más tiempo del conveniente
«á la *naturaleza ignea*, mediante la *virtud combustiva*.
«B. L. M. de V. su hijo *inadæquate*, *et partialiter*,
«y su capellan *totaliter*, *et adæquate*. Fr. Toribio,
«Lector de Artes.»

7. Por aquí se puede sacar el carácter del padre

lector fray Toribio, que en un argumento á todos se los llevaba de calle, porque con la voz sonora, con el pecho fuerte, con la lengua expedita, y con la abundancia de términos, no habia quien le resistiese, y así le llamaban el azote de los concursos. Tenia atestada la cabeza de apelaciones, ampliaciones, alienaciones, equipolencias, reducciones, y de todo lo más inútil y más ridículo, que se enseña en las sumulas, sirviendo solo para gastar el tiempo en aprender mil cosas inútiles. Ejercitábase él: y hacia que sus discípulos se ejercitasen en componer contradictorias, contrarias, subcontrarias y subalternas, en todo género de proposiciones, en las categóricas, en las hipotéticas, en las simples, en las complexas, en las necesarias, en las contingentes y en las de imposible, gastando meses enteros en estas bagatelas impertinentísimas. Sobre la importante y gravísima cuestion de *si blictiri es término*, era cosa de espiritarse; y si alguno le queria defender, que la union era tan término como todos los demás, y que en ella se resolvia la proposicion *tan resolidamente*, como en el sugeto y en el predicado, era negocio de volverse loco, y á lo ménos no le faltaba un tris para perder el juicio.

8. El mismo exquisito gusto, y la misma buena eleccion que tenia en las sumulas, mostraba en lo perteneciente á la lógica. Aunque sabia muy bien, que esta no es más que un arte, que ayuda á la razon natural á discurrir con penetracion, y con solidez, enseñándola el modo de buscar y descubrir la esencia de las cosas, de formar diferentes ideas de una misma, segun los diversos respetos, nociones ó for-

malidades con que se presenta al entendimiento ; y que estas diferentes formalidades, nociones y respetos le dan bastante fundamento, no para que de una sola cosa haga dos, sino para que conciba, como si fueran dos, la que en realidad es una sola ; y que supuesta esta penetracion y esta division ideal, pueda ir despues racionando y discurrendo acerca de ellas, hasta llegar muchas veces á la demostracion, y casi siempre á un prudentísimo asenso. Repito, que aunque el buen padre lector no ignoraba, que esta y no otra, era la verdadera lógica, de nada ménos cuidaba, que de instruir á sus discípulos en lo que conducia para esto, y de los nueve meses del curso, gastaba los siete en enseñarles lo que de mal-dita la cosa servia, sino de llenarles aquellas cabezas de ideas confusas, de representaciones impertinentes, y de idolillos ó figuras imaginarias ; si consistió en un único hábito, cualidad ó facilidad científica, ó en un complejo de muchos correspondientes á la variedad de los actos lógicos ; si es ciencia práctica ó especulativa ; si la docente se distingue de la utente, esto es, si la instruccion en las reglas se distingue del uso de ellas ; si su objeto es un entecillo duende, enteramente fingido por el entendimiento, ó una entidad, que tiene verdadero y real ser, aunque puramente intelectual ; si la lógica artificial es tan necesaria para aprender otras ciencias, que sin ella ninguna pueda aprenderse ni bien ni mal ; y así de otras cuestiones proemiales, que de nada sirven y para nada conducen, sino para perder tiempo, y para quebrarse la cabeza lo más inútilmente del mundo.

9. Esto es, por paridad, como si un maestro de

obra prima (que así se llama, no se sabe por qué, á los zapateros) con un aprendiz, que quisiese instruirse en el oficio, gastase un mes en enseñarle si la facultad zapateril era arte ó ciencia, y si arte, si era mecánico ó liberal. Otro en instruirle; si era lo mismo saber cortar, que saber coser, saber coser, que saber desvirar, ó si para cada una de estas operaciones era menester un hábito ó instruccion científica que las dirigiese. Señor, que yo quiero aprender á hacer zapatos. Espérate, tonto; ¿cómo has de saber hacerlo, sino sabes si el objeto del arte zapateril es el zapato que realmente se calza, ó aquel que se representa en la imaginacion, como idea del que despues se ha de hacer? Señor, que yo no quiero hacer zapatos imaginarios, sino estos que se palpan, se tocan y se calzan. Eres un orate: ¿por ventura, sabrás nunca hacer esos zapatos, no estando bien enterado de si las reglas que se dan para hacerlos, son ó no son diferentes del uso y práctica de ellas? señor, ¿qué se me dá á mí, que lo sean ni dejen de serlo? Enséñeme usted esas reglas, pues ha cuatro meses que estoy en su casa, y hasta ahora ni siquiera una me ha enseñado. Ven acá, idiota, ¿cómo te las he de enseñar yo, ni cómo las has de aprender tú, mientras no estés plenísimamente instruido en qué este arte, que llamamos de obra prima, es en parte práctica y en parte especulativa? Práctica, porque su fin es enseñar á hacer zapatos, ajustados, airosos y duraderos: especulativa, porque las reglas que da para eso, es menester que dirijan primero á la razon, sin lo cual no se gobernarían bien las manos. Por vida de... (y echóle redondo) que usted ma-

tará á un santo. Y dígame, señor, para que yo aprenda esas reglas; ¿qué me importará saber, si el oficio es plático, ó culativo, ó la perra que me parió?

10. Si alguno fuera al padre lector con este cuento, bien sé yo que no lo habia de contar por gracia; porque sobre abundar de un humor escolástico flavobilioso, que hiriendo en un momento las fibras del cerebro, se comunicaba rápidamente al corazon por el nérvio intercostal, con movimiento crispatorio, y de aquí por una instantánea repercusion volvia al mismo cerebro, donde agitaba con igual ó con mayor crispatura las fibras, que se ramifican en la lengua, estaba tan furiosamente poseido de todas estas vanas inutilidades, que era capaz de chocar con el mismo sol, si pretendia alumbrarle en este punto. En primer lugar, luego daba en los hocicos con aquella prodigiosa multitud de hombres grandes, que se han ocupado loablemente en estas materias, y eran tenidos de todo el mundo por hombres sapientísimos. Si alguno le replicaba que los hombres más sábios y los hombres más grandes al fin son hombres, y que no se habian acreditado ni de grandes ni de sabios por haber gastado el tiempo en esas fruslerías, sino por haber escrito grave y doctamente otras materias utilísimas; y si se habian empleado en aquellas impertinencias, no era por no conocer que lo fuesen, sino porque la obediencia ó la política los habia precisado á no desviarse del camino carretero y á seguir el uso comun, le faltaba poco para romperle los cascos; y si lo dejaba de hacer, era de pura compasion, despreciándole como á un pobre mentecato. Despues echaba mano de aquel otro lugar comun, con que

se defienden los que no tienen bastante valor ni bastante generosidad para confesar que estas son impertinencias, diciendo, que sirven de mucho, aunque no sirvan de otra cosa que de materia para aguzar los ingenios y para ejercitarlos en la disputa.

11. No habia que reponerle lo primero, que siendo la lógica la que enseña á discurrir y á disputar, parecia cosa ridícula comenzar á aprenderla arguyendo y disputando. Porque ó ya se sabian las reglas de la disputa ó se ignoraban: si se sabian, era ociosa la lógica; si se ignoraban, ¿cómo era posible, que se disputase, sino diciendo en la materia y en la forma cuatrocientos disparates? Y así vemos, que las artes más mecánicas, y los oficios más fáciles no se comienzan á aprender por el ejercicio, sino á lo ménos por aquellas reglas generales, que son necesarias para saber imperfectamente ejercitarle. No hay oficio más fácil, que el de aguador, porque en sabiendo echar al burro la albarda, y el camino del rio ó de la fuente, está aprendido el oficio: con todo, es indispensable, ántes de ir por agua, saber echar la albarda al burro y saber el camino. Si á un aprendiz de herrero le dijesen desde el primer dia, que hiciese una sarten, se reiria del maestro. Primero es menester darle una noticia general de todos los instrumentos del oficio, del uso particular de cada uno, del modo de manejarlos y de disponer la materia para recibir la forma artificial que se pretende darla: despues irle ejercitando en lo más fácil. Pues ahora, ¿háy cosa más graciosa, que comenzar disputando, si la lógica docente se distingue de la utente, y empedrar por precision la disputa de toda la doctrina que

se da acerca de los hábitos naturales, infusos y adquiridos, suponiendo ya sabido el modo con que estos se engendran, y en qué consiste la virtud, que tienen, para producir despues unos hijos, enteramente parecidos á sus abuelos?; esto es, á los actos que engendraron á los hábitos, siendo así que el pobre niño no tiene idea ni noticia de otros hábitos, que de los hábitos largos de los curas, ó de los hábitos de los frailes, que vió predicar la cuaresma y pedir el agosto en su lugar; ¿qué concepto formará de toda aquella algaravía de hábitos, de actos, de semejanza específica, de semejanza genérica, que es indispensable entienda, aún solo para penetrar los términos de la cuestion, si nada de esto se le ha de explicar, hasta que estudie la metafísica ó la animástica?

12. No habia que reponerle lo segundo, que toserado y no concedido, que para ejercitar el entendimiento en la disputa, fuese conveniente excitar algunas cuestiones proemiales, seria razon tomarlas de aquellos puntos históricos, que pertenecen al fin, invencion, progresos y estado actual de la misma lógica. Como v. gr. ¿para que fin fué inventada la lógica si solamente para enseñar á discurrir bien, ó para evitar que otros no nos alucinasen con sofismas y con paralogismos; si la lógica es más antigua ó más moderna, que la filosofía en todas sus partes? Y aquí entraba naturalmente un curioso resúmen historial del origen de la filosofía, y de su division en tanta variedad de sectas, la iónica, la itálica, la cirenáica, la elíaca, la megárica, la cínica, la estóica, la académica, la peripatética, la eleánica, la pirrónica ó scéptica, la epicúrea, y finalmente la eléctica, ántes

de hablar de los diversos sistemas de la filosofía moderna. Hallaríase, que la lógica, respecto de unas sectas, había sido muy posterior, muy anterior respecto de otras, y respecto de algunas sincrona ó coetánea.

13. Después se podía preguntar; ¿si la lógica se inventó por casualidad ó de propósito? Y suponiendo, como suponen todos, que se inventó por casualidad, haciendo algunas observaciones para descubrir y para desembarazarse de los sofismas, se seguía la pregunta; ¿de quién fué el primero, que hizo estas observaciones y formó una coleccion de ellas, para enseñar y para abrir los ojos á los demás, si Zenon Eleates, si Sócrates, si Platon, si Aristóteles ó si Speusippo? Y constando por la historia que Zenon hizo algunas observaciones, Sócrates otras y Platon otras, todos tres anteriores á Aristóteles, de quien Platon fué maestro, preguntar; ¿porqué no obstante eso, se tiene comunmente á Aristóteles por inventor de la lógica ó de la dialéctica? A lo cual se ha de responder necesariamente, que porque fué el primero que hizo una coleccion de todas las observaciones de aquellos tres filósofos, añadiendo él otras muchas de suyo, disponiéndolas en estilo didascálico ó instructivo, y dándolas un método seguido, claro conexo y natural. Así como Pedro Lombardo, por otro nombre el Maestro de las sentencias, se llama regularmente el inventor de la teología escolástica, no porque lo fuese de los tratados de que se compone, sino por que los que estaban esparcidos y sin orden en las obras de los Padres, especialmente latinos, los redujo á un método uniforme en los cuatro libros de

los sentenciaros; disponiéndolos de manera, que formasen un cuerpo bien repartido de facultad y de doctrina; añadiendo de suyo, además de eso, el poner en estilo de escuela y de disputa, algunos puntos, que en las obras de los Padres se leen en estilo puramente doctrinal.

14. Después de todas estas cuestiones, se concluía naturalísimamente con las pertenecientes á los progresos y estado actual de la misma lógica; si Aristóteles la concluyó ó la dejó imperfecta; si la que hoy tenemos es la misma que enseñó aquel filósofo ú otra diferente? Si la misma, aunque muy añadida, ¿que partes son las que se añadieron, cuando, por quiénes, y con qué ocasion ó motivo? Y de estas partes añadidas, ¿cuáles son necesarias, cuáles útiles, y cuáles impertinentes? Vé aquí unos proemiales de mucha utilidad, de mucha curiosidad, y de muchos y bellos materiales, para que los entendimientos se ejerciten en disputas históricas y críticas, pertenecientes á la misma lógica, con tanto gusto como aprovechamiento. Pero vé aquí tambien lo que oia nuestro padre lector Fray Toribio, unas veces con una cólera espantable, y otras con una risa falsa y despreciativa, que le caia muy en gracia. Decia por toda respuesta, que todos eran tiquis-miquis, fruslerías de entendimientos superficiales, y que esos proemiales eran buenos para una lógica de corbatin ó de sofocante: en una palabra, admirables cuestiones para aquellos lógicos, que leian gacetas, y encargaban á un corresponsal de Madrid que los enviase el mercurio.

15. No puede omitir la historia un caso curioso,

que sucedió con nuestro escolasticísimo padre lector. Cierta padre maestro de su misma orden, hombre de vasta erudicion, y de igualmente grave, que amena literatura, harto mejor instruido en lo que era verdadera lógica y verdadera filosofía, que el bendito Fray Toribio, viéndole tan escolastizado en aquellas vanísimas sofisterías, y no pudiendo reducir á la razon aquella mollera endurecida y callosa, le dijo por burla cierto dia: Pues de ese modo, padre lector, para usted no habrá en el mundo cuestion más importante, que aquella que se defendió en Alemania; *Utrum chimæra bombilians in vacuo possit comedere secundas intentiones?* Quedóse atónito y como pasmado al oír semejante cuestion el metafisiquísimo Fray Toribio; porque aunque no habia curso tomista, scotista, suarista, okamista, nominalista ni baconista, que á su parecer no hubiese revuelto, no hacia memoria de haber leído jamás aquella cuestion *in terminis*. Suplicó al padre maestro, que se la volviese á repetir: hizolo este con grande socarronería. Quedóse el lector suspenso por un rato, como quien repasaba allá para consigo los términos de la cuestion, queriendo penetrarlos; y despues de haber repetido dos ó tres veces en voz inteligible; *Utrum chimæra bombilians in vacuo possit comedere secundas intentiones; utrum chimæra bombilians in vacuo possit comedere secundas intentiones?* dió una gran patada en el suelo, y prorrumpió diciendo: *Por el santo hábito que visto, que más quisiera ser autor de esta cuestion, que si desde luego me hicieran presentado; y concluido me vea yo en las primeras sabatinas, sino la defendiere en acto público, llevando la afirmativa.*

Rióse á su satisfaccion el bellacon del maestro del fanático lector, y para echar el sello á la burla que estaba haciendo de él, le dijo con bufonada: Hará bien padre lector, hará bien, y muérase con el consuelo, de que le podrán poner sobre la piedra este epitafio, que se puso sobre la sepultura de otro, que era de su mismo génio y gusto:

*Hic jacet magister noster,
Qui disputavit bis aut ter
In Barbara et Celarent,
Ita ut omnes admirarent
In Fapesmo et Frisesomorum,
Orate pro animas eorum.*

CAPÍTULO II.

PROSIGUE FR. GERUNDIO ESTUDIANDO SU FILOSOFÍA, SIN ENTENDER PALABRA DE ELLA.

LA verdad sea dicha (porque; ¿qué provecho sacara el curioso lector, de que yo infierne mi alma?), que cuanto más cuidado ponía el incomparable Fr. Toribio en embutir á sus discípulos en estas inútiles sutilezas, ménos entendía de ellas nuestro Fr. Gerundio: no porque le faltase bastante habilidad y viveza, sino porque como el génio y la inclinacion le llevaban hácia el púlpito, que contemplaba carrera más amena, más lucrosa y más á propósito para conseguir nombre y aplauso, le causaban tédio las materias escolásticas, y no podia acabar consigo el aplicarse á estudiarlas. Por eso era gusto oírle las ideas confusas, embrolladas y ridículas, que él concebía de los términos facultativos, conforme iban saliendo al teatro en la explicacion del maestro. Llegó este á explicar los grados metafísicos de ente, substancia, criatura, cuerpo, etc., y por más que se desgañitaba en enseñar, que todo lo que existe es ente; si se vé y se palpa, es ente real, físico y corpóreo; si no se puede ver ni palpar, porque no tiene cuerpo, como el alma, y todo cuanto ella sola produce, es ente verdadero y

real ; pero espiritual, inmaterial é incorpóreo : si no tiene más ser que el que le da la imaginacion y el entendimiento, es ente intelectual, ideal é imaginario. Siendo esta una cosa tan clara, para Fray Gerundio era una algaravía ; porque habiendo oido muchas veces en la Religion, cuando se trataba de algun sugeto exótico y estrafalario, *vaya que ese es ente*, jamás pudo entender por *ente* otra cosa, que un hombre irregular ó risible por algun camino. Y así, despues que oyó á su lector las propiedades del ente, contenidas en las letras iniciales de aquella palabra bárbara *R. E. V. B. A. U.*, cuando veia á alguno de génio extravagante, decia, no sin vanidad de su comprehension escolástica, este es un Reubau, como lo explicó mi lector.

2. Por la palabra *substancia*, en su vida entendió otra cosa más que caldo de gallina, por cuanto siempre habia oido á su madre, cuando habia enfermo en casa, *voy á darle una substancia*. Y así se halló el hombre más confuso del mundo el año que estudió la física. Tocándole argüir á la cuestion, que pregunta, *si la substancia es inmediatamente operativa*, su lector defendia que no ; y Fray Gerundio perdia los estribos de la razon y de la paciencia, pareciéndole que este era el mayor disparate que podia defenderse, pues era claramente contra la experiencia, y á él se le habia ofrecido un argumento, á su modo de entender, demostrativo, que convencia concluyentemente lo contrario. Fuése, pues, al general muy armado de su argumento, y propúsole de esta manera : *El caldo de gallina es verdadera substancia ; sed sic est, que el caldo de gallina es inmediatamente ope-*

rativo: luego la substancia es inmediatamente operativa. Negáronle la menor, y probóla así: *Aquello, que administrado en una ayuda hace obrar inmediatamente, es inmediatamente operativo. Sed sic est, que el caldo de gallina, administrado en una ayuda, hace obrar inmediatamente: luego el caldo de gallina es inmediatamente operativo.* Rióse á carcajada tendida toda la mosquetería del aula; negáronle la menor de este segundo silogismo; y él enfurecido, parte con la risa, y parte con que le hubiesen negado una proposicion, que tenia por más clara que el Sol que nos alumbra; sale del general precipitado y ciego, sin que nadie pudiese detenerle, sube á la celda, llama al enfermero, dícele, que luego luego le eche una ayuda con caldo de gallina, si por dicha habia alguno prevenido para los enfermos. El enfermero, que le vió tan turbado, tan inquieto y tan encendido, creyendo sin duda que le habia dado algun accidente cólico, para el cual habia oido decir, que eran admirable específico los caldos de pollo, juzgando que lo mismo serian los de gallina, va volando á su cocinilla particular, dispónele la lavativa, y administrasela: hace prontamente un prodigioso efecto; llena una gran vasija de las que se destinan para este ministerio, y bajando al general sin detenerse, dijo colérico al lector, al que sustentaba y á todos los circunstantes: *Los que quisieren ver si el caldo de gallina hace ó no hace obrar inmediatamente, vayan á mi celda, y allí encontrarán la prueba; y despues que se vayan á defender, que la substancia no es inmediatamente operativa.*

3. Este lance acabó de ponerle de muy mal hu-

mor con todo lo que se llamaba estudio escolástico. Y aunque algunos padres graves y verdaderamente doctos, que le querian bien, procuraron persuadirle que se dedicase algo á este estudio; á lo ménos al de aquellas materias, así físicas, como metafísicas, que no solo eran conducentes, sino casi necesarias para la inteligencia de las cuestiones más importantes de la teología en todas sus partes, escolástica, expositiva, dogmática y moral, sin cuya noticia era imposible saber hacer un sermón, sin exponerse á decir mil necedades, herejías y dislates, no fué posible convencerle; ni aunque le dieron algunos panes y agua, hasta llegar tambien á media docena de despojos, ni por esas se pudo conseguir, que se aplicase á lo que no le llevaba la inclinacion, y más habiendo en casa quien le ayudaba á lo mismo.

4. Era el caso, que por mal de sus pecados se encontró nuestro Fr. Gerundio con un predicador mayor del convento, el cual era un mozalvete, poco más ó ménos de la edad de su lector, pero de traza, gusto y carácter muy diferente.

5. Hallábase el padre predicador mayor en lo más florido de la edad, esto es, en los treinta y tres años cabales. Su estatura procerosa, robusta y corpulenta, miembros bien repartidos, y asaz simétricos y proporcionados; muy derecho de andadura, algo salido de panza, cuelli-erguido, su cerquillo copetudo, y estudiosamente arremolinado; hábitos siempre limpios y muy prolijos de pliegues, zapato ajustado, y sobre todo su solideo de seda, hecho de aguja, con muchas y muy graciosas labores, elevándose en el centro una borlita muy airosa; obra toda de ciertas

beatas, que se desvian por su padre predicador. En conclusion, él era mozo galan, y juntándose á todo esto una voz clara y sonora, algo de ceceo, gracia especial para contar un cuentecillo, talento conocido para remedar, despejo en las acciones, popularidad en las modales, boato en el estilo y osadía en los pensamientos, sin olvidarse jamás de sembrar sus sermones de chistes, gracias, refranes y frases de chimenea, encajadas con grande donosura, no solo se arrastraba los concursos, sino que se llevaba de calles los estrados.

6. Era de aquellos cultísimos predicadores, que jamás citaban á los Santos Padres, ni aún á los Sagrados Evangelistas por sus propios nombres, pareciéndoles que esta es vulgaridad. A San Mateo le llamaba *el Angel Historiador*, á San Márcos *el Evangélico Toro*, á San Lúcas *el más divino Pincel*, á San Juan *el Águila de Patmos*, á San Jerónimo *la Púrpura de Belen*, á San Ambrosio *el Panal de los Doctores*, á San Gregorio *la Alegórica Tiara*. Pensar que al acabar de proponer el tema de un sermón, para citar el Evangelio y el capítulo de donde le tomaba, habia de decir sencilla y naturalmente: *Joannis capite decimo tertio: Matthæi capite decimo cuarto*, eso era cuento, y le parecia, que bastaria eso para que le tuviesen por un predicador sabatino: ya se sabia, que siempre habia de decir: *Ex evangelica lectione Matthæi, vel Joannis capite quarto decimo*; y otras veces, para que saliese más rumbosa la colocacion: *Quarto decimo ex capite*. Pues qué; ¿dejar de meter los dos deditos de la mano derecha, con garbosa pulidez entre el cuello y el tapacuello de la capilla, en

ademan de quien desahoga el pescuezo, haciendo un par de movimientos dengosos con la cabeza, mientras estaba proponiendo el tema; y, al acabar de proponerle, dar dos ó tres brinquitoş disimulados, y como para limpiar el pecho hinchar los carrillos, y mirando con desden á una y otra parte del auditorio, romper en cierto ruido gutural, entre estornudo y relincho! Esto de afeitarse siempre que habia de predicar, igualar el cerquillo, levantar el copete, y luego que hecha ó no hecha una breve oracion, se ponía de pié en el púlpito, sacar con airoso ademan de la manga izquierda, un pañuelo de seda de á vara y de color vivo, tremolarle, sonarse las narices con estrépito, aunque no saliese de ellas más que aire, volverle á meter en la manga á compás y con armonía, mirar á todo el concurso con despejo, entre ceñudo y desdeñoso, y dar principio con aquello de, *sea ante todas cosas bendito, alabado y glorificado*: concluyendo con lo otro de, *en el primitivo instantáneo ser de su natural animacion*, no dejaria de hacerlo el padre predicador mayor en todos sus sermones, aunque el mismo San Pablo le predicara; que todas ellas eran, por lo ménos otras tantas evidencias de que allí no habia ni migaja de juicio ni asomo de sindéresis, ni gota de ingenio, ni sombra de meollo, ni pizca de entendimiento.

7. Sí, andaos á persuadirselo, cuando á ojos vistas estaba viendo, que solo con este preliminar aparato se arrastraba los concursos, se llevaba los aplausos, conquistaba para sí los corazones, y no habia estrado ni visita donde no se hablase del último sermón que habia predicado.

8. Ya era sabido, que siempre habia de dar principio á sus sermones ó con algun refran, ó con algun chiste, ó con alguna frase de bodegon, ó con alguna cláusula enfática ó partida, que á primera vista pareciese una blasfemia, una impiedad ó un desacato, hasta que después de tener suspenso al auditorio por un rato, acababa la cláusula, ó salia con una explicacion que venia á quedar en una grandísima friolera. Predicando un dia del Misterio de la Trinidad, dió principio á su sermon con este período: *Niego, que Dios sea Uno en Esencia y Trino en Personas*; y paróse un poco. Los oyentes, claro está, comenzaron á mirarse los unos á los otros, ó como escandalizados ó como suspensos, esperando en qué habia de parar aquella blasfemia heretical. Y cuando nuestro predicador le pareció que ya los tenia cogidos, prosigue con la insulsez de añadir: *Así lo dice el Evionista, el Marcionista, el Arriano, el Maniqueo, el Sociniano; pero yo lo pruebo contra ellos con la Escritura, con los concilios y con los Padres.*

9. En otro sermon de la Encarnacion, comenzó de esta manera: *A la salud de ustedes, caballeros*: y como todo el auditorio se riese á carcajada tendida, porque lo dijo con chulada, él prosiguió diciendo: No hay que reirse, porque á la salud de ustedes, de la mia y la de todos, bajó del cielo Jesu-Cristo y encarnó en las entrañas de María. Es artículo de fé. Pruébolo: *Propter nos homines, et propter nostram salutem, descendit de Cælis, et incarnatus est.* Al oír esto, quedaron todos como suspensos y emboados, mirándose los unos á los otros, y escuchándose una especie de murmurio en toda la iglesia,

que faltó poco para que parase en pública aclamacion. (1)

10. Habia en el lugar un zapatero, truhan de profesion, y eterno decididor, á quien llamaban en el pueblo *el azote de los predicadores*; porque en materia de sermones su voto era el decisivo. En diciendo del

(1) Precisamente el estado á que muchos oradores llevaron la predicacion de la divina Palabra en el siglo XVIII movió al autor á componer y publicar esta obra en la que se ponen de relieve los vicios que se habian introducido en el ejercicio de tan santo ministerio. El dar principio á los sermones con algun refran ó chiste ó el intercalarlos en el cuerpo del discurso, era muy comun, así como referir algun cuentecillo que viniese como de molde al asunto que se trataba, y puede asegurarse que siendo *Fr Gerundio*, un personaje fabuloso, engendrado y parido por la feliz imaginacion del autor, habia muchos *Fr. Gerundios* verdaderos, así de capilla como de bonete. Por dicha, la propagacion y lectura de esta obra, fué una medicina eficaz para aquel mal tan lamentable, y si bien hemos visto algunos sermones impresos á los principios del presente siglo, en los que no faltan algunas sandeces y chocarrerías, son ya en escaso número, y no tardó la predicacion en elevarse al grado de dignidad que hoy tiene y del que nunca debió apartarse. Al calo de los preiados, y al impulso que se ha dado á los estudios eclesiásticos, se debe este feliz renacimiento en la oratoria sagrada.

En una obrita titulada *Rebuscos del P. Isla*, se lee la censura que en verso dió á un sermón escrito y predicado por un tal Padre Soto, que es como sigue:

Si el lego que asiste fiel
al Padre Soto, tuviera
otro lego, y este fuera
mucho más lego que él;
y escribiera en un papel
de e traza, manchado y roto
de toda ciencia remoto
un sermón, este sermón
fuera sin comparacion
mejor que el del Padre Soto.

predicador; *Gran pájaro; pájaro de cuenta!* bien podía el padre desvarrar á tiros largos; porque tendria seguros los más principales sermones de la villa, incluso el de la fiesta de los pastores y el de San Roque en que habia novillos y un toro de muerte. Pero si el zapatero torcia el hocico, y al acabar el sermón decia; *Polluelo; Cachorrillo! Iráse haciendo;* más que el predicador fuese el mismísimo Vieyra en su misma mesmedad, no tenia que esperar volver á predicar en el lugar, ni aún en el sermón de San Sebastian, que solo valia una rosca, una azumbre de hipocras y dos cuartas de cerilla. Este, pues, formidable censor de los sermones estaba tan pagado de los del padre Fray Blas (que esta era la gracia del padre predicador mayor), que no encontraba voces para ponderarlos: llamábale *pájaro de pájaros, el non prus hurta de los púlpitos,* y en fin, *el orador por Antonio mesta,* queriendo decir, *el orador por Antonomastia:* y como el tal zapatero llevaba en el lugar, y aún en todo aquel contorno, la voz de los sermones, no se puede ponderar lo mucho que acreditó con sus elogios á Fray Blas, y la gran parte que tuvo en que se hiciese incurable su locura, vanidad y bobería.

11. Compadecido igualmente de la sandez del predicador, que de la perjudicial simpleza del zapatero, un padre grave, religioso, docto y de gran juicio, que despues de haber sido provincial de la órden, se habia retirado á aquel convento, emprendió curar á los dos, si podia conseguirlo, y como el dia después del famoso sermón de la Anunciacion, le fuese á calzar el zapatero (porque era el maestro de la comunidad), y este con su acostumbrada bache-

ría comenzase á ponderar el sermón del día antecedente, pareciendo también, que en aquello lisonjeaba al reverendísimo, por ser fraile de su orden, el buen padre ex-provincial quiso aprovechar aquella ocasión, y sacando la caja dió un polvo á Martín (que este era el nombre del zapatero), hízole sentar junto á sí, y encarándose con él, le dijo con grandísima bondad:

12. « Ven acá, Martín; ¿qué entiendes tú de sermones? ¿para qué hablas de lo que no entiendes ni eres capaz de entender? Sino sabes escribir ni apé- nas sabes deletrear; ¿cómo has de saber quién predica mal ni bien? Dime: si yo te dijera á tí, que no sabias cortar, coser, desvirar ni estaquillar, y que todo esto lo hacía mejor fulano ó zutano de tu misma profesion, ¿no me dirias con razon; Padre, déjelo, que no lo entiende, métase allá con sus libros, y déjenos á los maestros de obra prima con nuestra tijera, con nuestra lesna y con nuestro trinchete? Esto, siendo así que saber cual zapato está bien ó mal cosido, bien ó mal cortado, es cosa que puede conocer cualquiera que no sea ciego. Pues si un maestro y un predicador haria mal en censurar, y mucho peor en dar reglas de cortar ni de coser á un zapatero; ¿será tolerable, que un zapatero se meta en dar reglas de predicar á los predicadores y en censurar sus sermones? Mira, Martín, lo más que tú puedes conocer, y que puedes dar tu voto, es en si un predicador es alto ó bajo, derecho ó corcobado, cura ó fraile, gordo ó flaco, de voz gruesa ó delgada, si manotea mucho ó poco y si tiene miedo ó no le tiene; porque para esto no es menester más que tener ojos y oidos: pero en

«saliendo de aquí, no solo te expones á decir mil «disparates, sino á elogiar cien herejías. (1)

13. Vitor, padre reverendísimo, dijo el truhan de zapatero; ¿y por qué no acaba su reverendísima con gracia y gloria, para que el sermoncillo tenga su debido y legítimo final? Segun eso, tendrá V. Rma. por herejía aquella gallarda entradilla con que el padre predicador mayor dió principio al sermón de la Santísima Trinidad: *Niego, que Dios sea Uno en Esencia y Trino en Personas*. Y de las más escandalosas que se pueden oír en un púlpito católico, respondió el grave y docto religioso. Pero si dentro de poco, (replicó Martin) añadió el padre Fr. Blas, que no lo negaba él, sino el Evarista, el Marconista, el Mar-

(1) Con razon hace objeto de su critica el autor este punto, y por cierto que no podemos decir lo que en la nota anterior, esto es, que sirvió de correccion. El mal de que con tanta gracia se lamenta, creemos que es tan antiguo como la humanidad. El dar voto en materias que no se entienden es achaque muy general. Todo el mundo parece autorizado para discurrir sobre religion, ciencias, política, etc., como si para hablar con acierto de cada una de estas cosas, no fuesen necesarios estudios especiales. Y aquí recordamos la sabida anécdota de Felipe IV y el estudiante. Cuando aquel monarca contemplaba la gigantesca obra del Escorial que habia de inmortalizar su nombre, fijó su atencion en dos estudiantes que daban su voto sobre aquella magnífica fábrica, y como el uno dijere: *En este lado falta un ángulo*; el rey le dirigió la palabra preguntandole: *¿Qué cosa es ángulo?* El estudiante fijó la vista en el rostro del que le habia dirigido la palabra, y reconociendo en él al severo monarca, contestó avergonzado: *Señor; ángulo es hablar de lo que no se entiende. ¿Qué es ángulo?* Hé aquí la pregunta que debe hacerse á los necios que con aire de importancia, habian de todo sin entender de nada, y quieren arregiar la Europa y el mundo, sentados á la mesa de un café.

rano, el Macabeo y el Súcio enano, ó una cosa así, y sabemos que todos estos fueron unos perros herejes; ¿qué herejía de mis pecados, dijo el buen padre predicador, sino puramente referir la que estos turcos y moros dijeron? Sonrióse el reverendo ex-provincial, y sin mudar de tono, le replicó blandamente: dígame, Martin; si uno echa un *voto á Cristo* redondo, y de allí á un rato añade *valillo*, ¿dejará de haber echado un juramento? Claro es que no, respondió el zapatero, porque así lo he oido cien veces á los teatinos, cuando vienen á misionarnos el alma. Y á fé, que en esto tienen razon; porque el valillo que se sigue después, ya viene tarde; y es así, á la manera que digamos de aquello que dice el refran: *romperte la cabeza, y despues lavarle los cascos*. Pues á la letra sucede lo mismo en esa proposicion escandalosa, y otras semejantes que profieren muchos predicadores de mollera por cocer (repuso el buen padre); la herejía ó el disparate sale rotondo, y en todo caso descalabran con él al auditorio, y eso es lo que ellos pretenden, teniéndolo por gracia: después entran las hilas, los parchecitos y las vendas para curarle. De manera, que todo el chiste se reduce á echar por delante una proposicion que escandalice, y cuanto sea más disonante mejor; después se la da una explicacion, con la cual viene á quedar una grandísima friolera; ¿no te parece, Martin, que, aún cuando así se salve la herejía, á lo ménos no se puede salvar la insensatez y la locura?

14. No entiendo de Tulojías, respondió el zapatero, lo que sé es, que por lo que toca á la entradilla del sermon de ayer: *á la salud de ustedes, caballe-*

ros, ni V. Rmá., ni todo el concilio Trementino, me harán creer, que allí hubo herejía, porque la probó claramente con el credo: *propter nostra salute descendit de Caelos*, y que á todos nos dejó aturridos. Es cierto (replicó el Rmo.), que en eso no hubo herejía; pero no me dirá Martin; ¿en qué estuvo el chiste ó la agudeza, que tanto los aturdió? ¿pues qué (respondió el maestro de obra prima) no es la mayor agudeza del mundo comenzar un sermón, como quien va á echar un brindis, y cuando todo el auditorio se rió, juzgando que iba á sacar un jarro de vino para convidarnos, echarnos á todos un jarro de agua con un texto, que vino que ni pintado? Óigase, Martín, le dijo con sosiego el Rmo., cuando en una taberna comienza un borracho á predicar; ¿qué se suele decir de él? A esos, respondió Martin, nosotros los cofrades de la cuba, los llamamos los borrachos desahuciados; porque sabida cosa es, que borrachera que entra por la mística ó á la apostólica, es incurable. Pues venga acá, buen hombre (replicó el provincial), si la mayor borrachera de un borracho es hablar en la taberna, como hablan en el púlpito los predicadores; ¿será gracia, chiste y agudeza de un predicador usar en el púlpito las frases que usan en la taberna los borrachos! ¿y á estos predicadores alaba Martin; á estos aplaude! Vaya, que tiene poca razón. Padre maestro, respondió convencido y despechado el zapatero, yo no he estudiado lógica ni gramáticas, lo que digo es, que lo que me suena me suena. V. Paternidad es de esa opinión, y otros son de otra y son de la misma lana, y en verdad que no son ranas. El mundo está lleno de envidia, y los

claustros no están muy vacíos de ella. Viva mi padre Fray Blas, y V. Paternidad deme su licencia, que me voy á calzar al padre refitolero.

15. No bien habia salido Martin de la celda del padre ex-provincial, cuando entró en ella Fray Blas á despedirse de su reverendísima, porque el dia siguiente tenia que ir á una villa que distaba cuatro leguas á predicar de la colocacion de un retablo. Como estaban frescas las especies del zapatero y el buen reverendísimo, ya por la honra de la religion, ya por la estimacion del mismo padre predicador á quién realmente queria bien y sentia ver malogradas unas prendas, que manejadas con juicio podian ser muy apreciables, deseaba lograr coyuntura de desengañarle y pareciéndole, que era muy oportuna la presente, le dijo luego que le vió: padre predicador, siento que no hubiese llegado V. un poco ántes, para que oyese una conversacion en que estaba con Martin el zapatero, y él me la cortó cuando yo deseaba proseguirla. Apuesto, respondió Fray Blas, que era acerca de sermones, porque no habla de otra cosa, y en verdad que tiene voto. Podrále tener, replicó el ex-provincial, en saber dónde aprieta el zapato, pero en saber dónde aprieta el sermon, no sé por qué ha de tenerle. Porque para saber quién predica bien ó mal, respondió Fr. Blas, no es menester más que tener ojos y oídos. Pues de esa manera, replicó el ex-provincial, todos los que no sean ciegos ni sordos, tendrán tanto voto como el zapatero. Es que hay algunos, respondió el padre Fray Blas, que sin ser sordos ni ciegos, no tienen tan buenos ojos ni tan buenos oídos como otros. Eso es decir, replicó el ex-provin-

cial, que para calificar un sermón, no es menester más, que ver como lo acciona, y oír como lo siente el predicador. No, padre nuestro, nos es menester más. Con que según eso, arguyó el ex-provincial, para ser buen predicador, no es menester más que ser buen representante. *Concedo consequentiam*, dijo Fray Blas, muy satisfecho.

16. ¿Y es posible que tenga aliento para proferir semejante proposición un orador cristiano, y un hijo de mi padre San N. que viste su santo hábito? Ora bien, padre predicador mayor; ¿cuál es el fin que se debe proponer en todos sus sermones un cristiano orador? Padre nuestro, respondió Fray Blas, no sin algún desenfado, el fin que debe tener todo orador cristiano y no cristiano es agradar al auditorio, dar gusto á todos y caerles en gracia: á los doctos, por la abundancia de la doctrina, por la multitud de las citas, por la variedad y por lo selecto de la erudición: á los discretos, por las agudezas, por los chistes y por los equívocos: á los cultos, por el estilo pomposo, elevado, altisonante y de rumbo: á los vulgares, por la popularidad, por los refranes y por los cuentecillos, encajados con oportunidad y dichos con gracia; y en fin, á todos por la presencia, por el despejo, por la voz y por las acciones. Yo á lo ménos en mis sermones no tengo otro fin, ni para conseguirle me valgo de otros medios, y en verdad, que no me va mal; porque nunca falta en mi celda un polvo de buen tabaco, una jícara de chocolate rico, hay un par de mudas de ropa blanca, está bien proveída la frasquera, y finalmente no faltan en la naveta cuatro doblones para una necesidad, y nunca salgo á predicar,

que no traiga cien misas para el convento, y otras tantas para repartirlas entre cuatro amigos. No hay sermón de rumbo en todo el contorno que no se me encargue, y mañana voy á predicar á la colocacion del retablo de..., cuyo mayordomo me dijo que la limosna del sermón era un doblón de á ocho.

17. Apenas pudo contener las lágrimas el religioso y docto ex-provincial, cuando oyó un discurso tan necio, tan aturdido y tan impío en la boca de aquel pobre fraile, más lleno de presuncion y de ignorancia, que de verdadera sabiduría: y compadecido de verle tan engañado, encendido de un santo celo de la gloria de Dios, de la honra de la religion y del bien de las almas, en las cuales podia hacer gran fruto aquel alucinado religioso, si empleara mejor sus naturales talentos, quiso ver si podia convencerle y desengañarle. Levantóse de la silla en que estaba sentado, cerró la puerta de la celda, echó la aldabilla por adentro, para que ninguno los interrumpiese; tomó de la mano al predicador mayor, metiéndole en el estudio, hizole sentar, y sentándose él mismo junto á él, con aquella autoridad que le daban sus canas, su venerable ancianidad, su doctrina, su virtud, sus empleos, su crédito y su estimacion en la órden, le habló de esta manera.

CAPÍTULO III.

DEL GRAVE Y DOCTO RAZONAMIENTO, QUE UN PADRE EX-PROVINCIAL
DE LA ÓRDEN HIZO AL PREDICADOR MAYOR DE LA CASA DÓNDE
ESTUDIABA LAS ARTES NUESTRO FRAY GERUNDIO.

« ATURDIDO estoy, padre Fray Blas, de lo que acabo
« de oírle, tanto, que aún ahora mismo estoy dudando
« si me engañan mis oídos, ó si sueño lo que oigo.
« Bien temía yo al oírle predicar, y al observar cui-
« dadosamente todos sus movimientos, ántes del púl-
« pito, en el púlpite y después del púlpite, que en sus
« sermones no se proponía otro fin, que el de la va-
« nidad, el del aplauso y del interés; pero este temor
« no pasaba de ofrecimiento, y ni aún se atrevía á ser
« sospecha, porque no se fuese arrimando á juicio
« temerario. Mas ya veo por lo que acabo de oírle,
« que me propasé de piadoso.

2. « Con que el fin de un orador cristiano y no
« cristiano es agradar al auditorio, captar aplausos,
« grangear crédito, hacer bolsillo y solicitar sus con-
« veniencias! A vista de esto, ya no me admiro de
« que el padre predicador se disponga para subir al
« púlpite, como se dispone un comediante para salir
« al teatro: muy rasurado, muy afeitado, muy cope-
« tudo, el mejor hábito, la capa de lustre, la saya ple-

« gada , zapatos nuevos , ajustados y curiosos , pañuelo
« de color sobresaliente , otro blanco , cumplido y de
« tela muy delgada , ménos para limpiar el sudor que
« para hacer ostentacion de lo que debiera correrse un
« religioso , que profesa modestia , pobreza y humil-
« dad . Un predicador apostólico , que subiese á la cá-
« tedra del Espíritu Santo con el único fin de enamo-
« rar á los oyentes de la virtud , y moverlos eficaz-
« mente á un santo aborrecimiento del pecado , se
« avergonzaria de esos afectados adornos , tan impro-
« pios de su estado , como de su ministerio ; pero ,
« quién sube á profanarla con fines tan indecentes , y ,
« aún estoy por decir , tan sacrílegos , ni puede ni de-
« be usar otros medios . No quiero decir , que el des-
« aliño cuidadoso sea loable en un predicador ; solo
« pretendo , que la afectada curiosidad en el vestido ó
« en el traje , es la cosa más risible , y no hay hom-
« bre de juicio que no tenga por loco al religioso que
« pone más cuidado en componer el hábito , que en
« componer el sermón , pareciéndole que el afeite de
« la persona puede suplir la tosca grosería del papel .
« En una palabra , padre mio , el que se adorna de esa
« manera para predicar , bien dá á entender , que no
« vá á ganar almas para Dios , sino á conquistar cora-
« zones para sí . No sube á predicar , sino á galantear ,
« tiene más de orate , que de verdadero orador .

3. « El fin de este , sea sagrado , sea profano ,
« siempre debe ser convencer al entendimiento y mo-
« ver á la voluntad , ya sea á abrazar alguna verdad de
« la Religion , si el orador es sagrado , ya á tomar al-
« guna determinacion honesta y justa , si fuere pro-
« fano el orador . No habrá leído ni leerá jamás el

« padre predicador, que un orador profano, por pro-
« fano que fuese, se hubiese jamás propuesto otro fin.
« Este es el único, que se propusieron en sus oracio-
« nes Demóstenes, Ciceron y Quintiliano, dirigiéndose
« todas á algun fin honesto y laudable; unas á conser-
« var á la república, otras á encender los ánimos
« contra la tiranía, estas á defender á la inocencia,
« aquellas á reprimir la injusticia, muchas á implo-
« rar la misericordia, no pocas á excitar toda la se-
« veridad de las leyes contra los atrevimientos de la
« insolencia. Si se hubiera oido, que alguno de
« aquellos famosos oradores no tenían otro fin en sus
« declamaciones, que hacerse oír con gusto, captar
« el aura popular, ostentar el aseo ó la magestad del
« vestido, el aire de la persona, el garbo de las ac-
« ciones, lo sonoro de la voz, lo bien sentido de los
« afectos, la pomposa hojarasca de las palabras, y la
« agudeza ó falsa brillantez de los pensamientos: si
« se hubiera llegado á entender, que sus arengas no
« se dirigian á otro fin que á solicitar aplausos, á
« conquistar corazones y á ganar dinero, hubieran sido
« el objeto de la risa, del desprecio y aún de la in-
« dignacion de todos. Y si algunos concurriesen á oír-
« los, no seria ciertamente para dejarse persuadir de
« ellos, como de oradores, sino para divertirse con
« ellos, como se divertian con los histriones, con los
« pantomimos y con los charlatanes. Porque en su-
« ma, mi padre predicador, el orador no es más que
« un hombre dedicado por su ministerio á instruir á
« los hombres, haciéndolos mejores de lo que son. Y
« dígame, los hará mejores de lo que son, el que
« desde que se presenta en el púlpito, se muestra tan

«dominado de las pasioncillas humanas, como el que
 «en todas sus acciones y movimientos está respiran-
 «do presuncion y vanidad? ¿Corregirá la profanidad de
 «los adornos y el desordenado artificio de los afeites
 «el que dentro de los términos á que puede exten-
 «derse su estado y su profesion, sube al púlpito de
 «gala? Enmendará los desórdenes de la codicia, el que
 «se sabe que hace tráfico de su ministerio, que pre-
 «dica por interés, y que revuelve al mundo, para que
 «le encarguen los sermones que más valen? Final-
 «mente; á quién persuadirá, que á solo Dios debe-
 «mos agradar, el que confiesa que en sus sermones
 «no tiene otro fin, que el agradar á los hombres.

4. «No me dirá el padre predicador, si los após-
 «toles se propusieron este bastardo fin en los sermo-
 «nes, con que doce hombres rústicos, groseros y
 «desaliñados convirtieron á todo el mundo? Dirá, que
 «Dios hacia la costa; ¿y quién le ha dicho, que no la
 «haría tambien ahora, si se predicara con el espíritu
 «con que predicaron los apóstoles? Replicará que
 «aquellos eran otros tiempos, y que los nuestros son
 «muy diferentes que aquellos; ¿qué quiere decir en
 «eso, padre mio? Si quiere decir que los apóstoles
 «predicaron á una gente idiota, bárbara, inculta,
 «ignorante, que se convencía de cualquiera cosa, y
 «en cualquiera manera que se la propusiesen, acre-
 «ditará que está más versado en leer libros de con-
 «ceptillos, que llaman predicables, y yo llamo into-
 «lerables y contentibles, que en la historia eclesiástica
 «y profana; sabe, que nunca estuvo el mundo más
 «cultivado, que cuando Dios envió sus apóstoles á él;
 «ignora, que aún duraban y duraron por algun tiem-

«po las preciosas reliquias del dorado siglo de Au-
 «gusto, dentro del cual nació Cristo, y en el cual
 «florecieron más que en otro alguno todas las artes
 «y ciencias, especialmente la oratoria, la poesía, la
 «filosofía y la historia? Nuestro siglo presume, con
 «razon ó sin ella, de más cultivado que otro alguno,
 «y no se puede negar; en algunas determinadas fa-
 «cultades y artes se han hecho descubrimientos que
 «ignoraron los que le precedieron. Con todo eso, en
 «aquellas que cultivaron los antiguos, no se ha deci-
 «dido hasta ahora entre los críticos la famosa cues-
 «tion sobre la preferencia de estos á los modernos;
 «y sepa el padre predicador, que aunque las razones
 «que se alegan por unos y por otros son de mucho
 «peso; pero el número de votos, que están por los
 «primeros, hace incomparables excesos al que cuen-
 «tan los segundos. Vea ahora si eran ignorantes,
 «bárbaros é incultos aquellos á quienes predicaron
 «y convirtieron los apóstoles, cuando se disputa con
 «grandes fundamentos, si nos excedieron en com-
 «prehension, en ingenio, en buen gusto y en cultura.

5. «Responderá, que aún por eso mismo los
 «apóstoles no convertian más que á la gente popular,
 «idiota y del vulgacho. Otra alucinacion, que nace
 «del mismo principio; no me hará merced el padre
 «predicador de decirme, si era idiota, popular y del
 «vulgacho Cornelio el Centurion; si el Eunuco de
 «la reina Candace era tambien del vulgacho y popu-
 «lar; si era idiota San Dionisio Areopagita, si era un
 «pobre ignorante San Justino mártir; si San Cle-
 «mente Alejandrino fué idiota; si era popular y del
 «vulgacho San Lino, y sus padres Herculano y Clau-

« dia , ámbos de las familias más ilustres de Toscana;
 « si tantos reyes , tantos príncipes y tantos magistra-
 « dos , como convirtieron los apóstoles en sus respec-
 « tivas provincias , eran del vulgacho y populares?
 « Un predicador , que siquiera se tomase el corto y
 « necesario trabajo de leer las vidas de los Santos de
 « quienes predica , no incurriría en semejante pobre-
 « za ; pero ¿ cómo no ha de incurrir en esta y en más
 « crasas ignorancias , cuando muchas veces , quien
 « tiene ménos noticia del Santo á que se predica es
 « el mismo predicador , haciendo vanidad de tomar
 « asuntos tan abstraídos , que un mismo sermón se
 « pueda predicar á San Liborio , á San Roque , á San
 « Cosme y San Damian , á la Virgen de las Angustias ,
 « y en caso necesario á las benditas Animas del Pur-
 « gatorio ?

6. « Pero si acaso quiere decir el padre predica-
 « dor , que aquellos primeros tiempos de la Iglesia ,
 « aunque no eran ménos instruidos , eran ménos es-
 « tragados que los nuestros , y consiguientemente no
 « era tan dificultoso reducirlos á la verdad del Evan-
 « gelio con razones claras , naturales , desnudas y sen-
 « cillas , dirá otra necedad , que en conciencia no se
 « le puede perdonar ; ¿ con que eran ménos estragados
 « que los nuestros , unos tiempos en que los vicios
 « eran adorados como virtudes , y las virtudes abor-
 « recidas como vicios ; unos tiempos en que la incon-
 « tinencia recibía incienso en Citherea , la embriaguez ,
 « adoraciones en Baco , el latrocinio sacrificios en Mer-
 « curio ; unos tiempos en que se adoraba á Júpiter
 « estrupador , á Venus incestuosa , á Hércules usurpa-
 « dor y á Caco ratero ; unos tiempos en que la vanidad

« se llamaba grandeza de corazón, el orgullo eleva-
« cion de espíritu, la soberbia magnanimidad, la
« usurpacion heroismo y al contrario, la modestia, el
« encogimiento, la moderacion y el retiro se trataban
« como bajeza de ánimo, como apocamiento, no solo
« inútil, sino pernicioso á la sociedad?

7. « Mas no quiero estrecharle tanto: no quiero
« hacer cotejo de nuestro siglo, con el primer siglo
« de la Iglesia; conténtome con hacer la comparacion
« entre nuestros tiempos, y aquellos en que florecie-
« ron los Páduas, los Ferreres, los Tomases de Vi-
« llanueva. Dígame, ¿hay mucha diferencia entre
« nuestras costumbres y las de aquellos tiempos? Si
« sabe algo de historia, precisamente responderá, que
« si hay alguna diversidad, es en los trajes, en las
« modas, en la mayor perfeccion de las lenguas, y en
« algunos usos puramente accidentales y exteriores;
« que en lo demás, reinaban entónces como ahora
« las mismas costumbres, las mismas pasiones, las
« mismas inclinaciones, los mismos vicios, los mis-
« mos desórdenes, solo que estos eran más frecuen-
« tes, más públicos y más escandalosos en aquellos
« tiempos que en estos. Con todo eso, ¿qué conver-
« siones tan portentosas y tan innumerables no hicie-
« ron aquellos Santos en los suyos? ¿qué séquito no
« tenían siempre, que predicaban, despoblándose las
« ciudades, y aún las provincias enteras por oírlos,
« y se predicaban á sí mismos? ¿No se proponian otro
« fin en sus sermones, que el de captar aplausos,
« granjear admiraciones, ganar dinero y meter ruido
« en el mundo? Metíanle y grande; pero ¿era esto lo
« que ellos intentaban, y conseguíanlo por unos me-

« dios tan impropios, tan indecentes, tan indignos y
« aún estoy por decir tan sacrílegos?

8. « Paréceme, que estoy ya oyendo lo que me
« dirá interiormente el padre predicador: lo que veo
« es que yo lo consigo por los que uso, que también
« meto ruido, que me siguen, que me aplauden y que
« me ádmiran lindamente; y de ahí, qué se infiere;
« que predica bien; que sabe siquiera lo que se pre-
« dica; ¡oh que mala consecuencia! Mete ruido; tam-
« bien le mete una farsa, cuando entra en un lugar.
« Siguenle, también se sigue á un charlatan, á un tru-
« han, á un titiritero, á un arlequin, cuando hacen
« sus habilidades en un pueblo. Apláudenle; pero
« quiénes? los que oyen como oráculo á un infeliz za-
« patero, y los que celebran á un predicador, como
« pudieran á un representante. Admíranse al oírle;
« ¿pero de qué? los necios y los aturdidos de su osadía
« y de sus gesticulaciones, los cuerdos y los inteli-
« gentes de su satisfaccion y de su falta de juicio.

9. « Ora bien, padre predicador: ¿quién le ha
« dicho, que los aplausos y las admiraciones de la
« muchedumbre, son hijas de los aciertos? Frecuen-
« tísimamente, por no decir las más veces, son hijas
« de la ignorancia. El vulgo, por lo comun, aplaude
« lo que no entiende; y sepa, que en todas las clases
« de la República hay mucho vulgo. Ya habrá leído ú
« oído lo de aquel famoso orador, que rengado en
« preferencia de todo el pueblo, y oyendo hácia la
« mitad de la oracion, una especie de alegre murmu-
« rio de la multitud, que le sonó á aclamacion, se
« volvió á un amigo suyo que estaba cerca, y le pre-
« guntó sobresaltado; *¿He dicho algun disparate?*

« *porque este aplauso popular, no puede nacer de otro*
 « *principio. Aún el mismo Ciceron, que no escupia*
 « *los aplausos, desconfiaba de ellos si eran muy fre-*
 « *cuentes, pareciéndole que no siendo posible mere-*
 « *cerlos siempre, necesariamente habia de tener en*
 « *ellos mucha parte la adulacion ó la ignorancia: No*
 « *gusto oír muchas veces en mis oraciones; ¡ qué cosa*
 « *tan buena! ¡ no se puede decir mejor! Bellè et præ-*
 « *clarè nimum, sæpè, nolo.* »

10. « *Aún más equívocas son las admiraciones,*
 « *que los elogios; estos nunca debieran dirigirse sino*
 « *á lo bueno y á lo sólido; aquellas pueden sin salir*
 « *de su esfera limitarse precisamente á lo singular y*
 « *á lo nuevo; porque la admiracion no tiene por ob-*
 « *jeto lo bueno sino lo raro. Y así, dice discreta-*
 « *mente un jesuita francés muy al caso en que nos*
 « *hallamos, que puede suceder y sucede con frecuencia*
 « *una especie de paradoja en los sermones; esta es,*
 « *que el auditorio tiene razon para admirar ciertos*
 « *trozos del discurso, que se oponen al juicio y á la*
 « *razon; y de aquí nace, que muy frecuentemente se*
 « *condena poco despues lo mismo que á primera vista*
 « *se habia admirado; ¿ cuántas veces lo pudo haber*
 « *notado el padre predicador? Están los oyentes escu-*
 « *chando un sermon con la boca abierta, embele-*
 « *sados con la presencia del predicador, con el garbo*
 « *de las acciones, con lo sonoro de la voz, con la que*
 « *llaman elevacion del estilo, con el cortadillo de las*
 « *cláusulas, con la viveza de las expresiones, con lo*
 « *bien sentido de los afectos, con la agudeza de los*
 « *reparos, con el aparente desenredo de las solucio-*
 « *nes con la falsa brillantez de los pensamientos.* »

«Mientras dura el sermón no se atreven á escupir ni
 «aún apénas á respirar, por no perder ni una sílaba.
 «Acabada la oración, todo es cabezadas, todo mur-
 «muros, todo gestos y señas de admiraciones. ¡Al
 «salir de la iglesia, todo es corrillos, todo pelotones
 «y en ellos todo elogios, todo encarecimientos, todo
 «asombros; ¡hombre como este; pico más bello; in-
 «genio más agudo!

11. «Pero ¿qué sucede? Algunos hombres inte-
 «ligentes, maduros, de buena crítica y de juicio
 «claro, que oyeron el sermón, y no se dejaron des-
 «lumbrar, no pudiendo sufrir que se aplauda lo que
 «debiera abominarse, sueltan ya esta, ya aquella es-
 «pecie contra todas las partes de que se compuso el
 «sermón, y hacen ver con evidencia, que todo él fué
 «un tejido de impropiedades, de ignorancias, de
 «sandeces, de pobreza y cuando ménos de futi-
 «lidades. Demuestran con toda claridad, que el es-
 «tilo no era elevado, sino hinchado, campanudo,
 «ventoso y de pura hojarasca; que las cláusulas cor-
 «tadas y cadenciosas son tan contrarias á la buena
 «prosa, como las llenas y las numerosas, pero sin
 «determinada medida, lo son al buen verso; que este
 «género de estilo causa risa, ó por mejor decir, asco
 «á los que saben hablar y escribir; que las expre-
 «siones, que se llaman vivas, no eran sino de ruido y
 «de boato; que aquel modo de sentir y de expresar
 «los afectos, mas era cómico y teatral, que oratorio,
 «loable en las tablas, pero insufrible en el púlpito;
 «que los reparos eran voluntarios, su agudeza una
 «fruslería, y la solución de ellos tan arbitraria, co-
 «mo sutil; que los pensamientos se reducian á unos

«dichicos de conversacion juvenil, á unos retrueca-
 «nos ó juguete de palabras, á unos conceptos poéti-
 «cos, sin meollo ni jugo y sin solidez; que en todo
 «el sermon no se descubrió ni pizca de tal oratoria,
 «pues no habia en él ni asomo de un discurso metó-
 «dico y seguido; nada de enlace, nada de conexion,
 «nada de racionio, nada de mocion: en fin, una
 «escoba desatada, conceptillos esparcidos, pensa-
 «mentuelos esparramados por aquí y por allí, y aca-
 «bóse. Con que todo bien considerado no habia que
 «aplaudir ni que admirar en nuestro predicador, sino
 «su voz, su manoteo, su presuncion y su reverendí-
 «simo *coram vobis*. Los que oyen discurrir así á estos
 «hombres perspicaces, penetrativos y bien actuados
 «en la materia, vuelven de su alucinacion, conocen
 «su engaño, y el predicador que por la mañana era
 «admirado, ya por la tarde es tenido por pieza; los
 «compasivos le miran con lástima, y los duros con
 «desprecio.

12. «No quiero más prueba de esta verdad, que
 «los sermones mismos del padre predicador; cuanto
 «se celebró, y cuanto se admiró aquella famosa en-
 «tradilla del sermon de la Santísima Trinidad: *Niego*
 «*que Dios sea Uno en Esencia y Trino en personas;*
 «cuánto se admiró y cuánto se ponderó la otra del
 «sermon de la Anunciacion: *A la salud de ustedes,*
 «*caballeros;* qué elogios no se oyeron de una y otra
 «al acabarse las funciones; pero ¿cuánto duraron
 «estas admiraciones y estos aplausos? El tiempo que
 «tardó un hombre celoso, caritativo y prudente en
 «abrir los ojos á los oyentes, para que conociesen,
 «que la primera proposicion habia sido una grandí-

«sima herejía, y la segunda una grandísima borra-
 «chera; y cuando ménos, añadida la explicacion
 «de la una y de la otra, ambas habian quedado
 «en dos grandes insulseces. Porque la primera se
 «redujo á decir, que muchos herejes habian ne-
 «gado el misterio de la Santísima Trinidad; ¡miren
 «qué noticia tan exquisita! Y la segunda, estrujada
 «su substancia, no vino á decir más, que Cristo ó el
 «Verbo Divino habia encarnado por la salud de los hom-
 «bres; ¡miren qué pensamiento tan delicado! Luego
 «que sus oyentes cayeron en la cuenta, quedaron
 «corridos de lo mismo que habian admirado poco
 «antes; y sé muy bien, que en las mismas tardes de
 «la Trinidad y de la Anunciacion, se lo dieron á en-
 «tender al padre predicador, si él hubiera querido
 «percibirlo. Porque yendo á visitar á sus penitentas,
 «como lo acostumbra los dias que predica, para re-
 «coger los aplausos de los estrados, cierta señorita
 «le dijo el dia de la Trinidad: *¡Jesús padre predica-*
 «*dor! Dios se lo perdone á V., el susto que me dió*
 «*con el principio de su sermon; porque cierto temí,*
 «*que el comisario del Santo Oficio le mandase callar,*
 «*y que desde el púlpito le llevase á la inquisicion. Y*
 «tambien sé que otra le dijo la tarde de la Anuncia-
 «cion: *Cuando V. comenzó el sermon esta mañana,*
 «*creí que estaba dormida y que soñaba, que en lugar*
 «*de llevarme á la iglesia, me habian llevado á la*
 «*taberna.* Ambas fueron dos pullas muy delicadas y
 «bien merecidas; pero como el padre predicador
 «todo lo convierte en substancia, túvolas por chiste
 «y le entraron en provecho.

13. «Estos son, padre mio, los aplausos que lo-

« gra, aún de aquellas personas que no tienen más
« luces, que las de un sindéresis natural bien puesto:
« burlarse de él, y estimarle en lo que vale. Las que
« están más cultivadas, las que tienen alguna tintura
« del buen gusto, y sobre todo, aquellas que no mi-
« ran con indiferencia un ministerio tan sério y tan
« sagrado de la Religion, no le puedo ponderar el
« dolor que las causa verle tan profanado en su boca,
« y la compasion con que miran tan infelizmente ma-
« logrados unos talentos, que si los manejara como
« debe, serian utilísimos para el bien de las almas,
« para la gloria de Dios, para mucha honra de nues-
« tra sagrada órden, y para más sólida y más ver-
« dadera estimacion del padre predicador. No puede
« dudar este la especial inclinacion que siempre le
« he manifestado, desde que fué mi novicio, las
« pesadumbres de que le libré cuando fuí prelado
« suyo, la estimacion que hice de sus prendas siendo
« su provincial, pues yo fuí quien le colocó en el
« candelero, encargándole uno de los púlpitos más
« apetecidos de la provincia. Ya se acordará de la
« carta paternal que con esta ocasion le escribí, re-
« comendándole mucho, que desempeñase mi con-
« fianza, que no diese ocasion, para que me insulta-
« sen, los que censuraron esta eleccion, sin duda
« porque le conocian mejor que yo; que predicase
« á Jesu-cristo Crucificado, y no se predicase á sí
« mismo ó á lo ménos, que predicase con juicio y
« con piedad, ya que no tuviese espíritu para hacerlo
« con celo y con fervor. Protéstole, que uno de los
« mayores remordimientos, que tengo de los muchos
« desaciertos que cometí en mi provincialato (aun-

« que pongo á Dios por testigo, que todos con buena
 « intencion), es el de haber hecho predicador al pa-
 « dre Fray Blas, fiando la conversion de las almas
 « á quien en nada ménos piensa, que en convertir-
 « las, y á quien muestra tener la suya no poco nece-
 « sitada de conversion. Dile á conocer en el mundo,
 « cuando estaria mejor en el retiro del claustro y en
 « la soledad del coro. Púsele en ocasion de que los
 « aplausos de los nécios le engreyesen y la vanidad
 « le precipitase. Conózcolo, llórolo; pero ya no lo
 « puedo remediar, pues veo con imponderable dolor
 « mio, que aún dentro de la Religion no faltan fomen-
 « tadores de su vanidad, elogiadores y panegiristas
 « de sus locuras, unos porque no alcanzan más,
 « otros por adulacion; algunos pocos por interés, y
 « la mayor parte porque se deja llevar de la corrien-
 « te, y no tiene más regla que el grito de la muche-
 « dumbre.

14. « Entre estos últimos cuento á esa pobre ju-
 « ventud, compuesta de colegiales, filósofos y teólo-
 « gos, que se cria en este convento, y á quien es
 « indecible el daño, que hace con su mal ejemplo el
 « pabre predicador. Venle aplaudido, celebrado, bus-
 « cado, regalado y sobrado de religiosas convenien-
 « cias: oyen al mismo padre predicador hacer osten-
 « tacion pueril de ellas, alabarse de lo mucho que
 « le fructifica la semilla del *Verbum Dei*; ponderar la
 « utilidad y la estimacion de su carrera, haciendo
 « chunga y chacota de la de los lectores y maestros
 « de la órden, á quienes trata de pelones, pobretes,
 « mendigos, pordióseros y camaleones, que se sus-
 « tentan del aire de los ergos, y que tienen las nave-

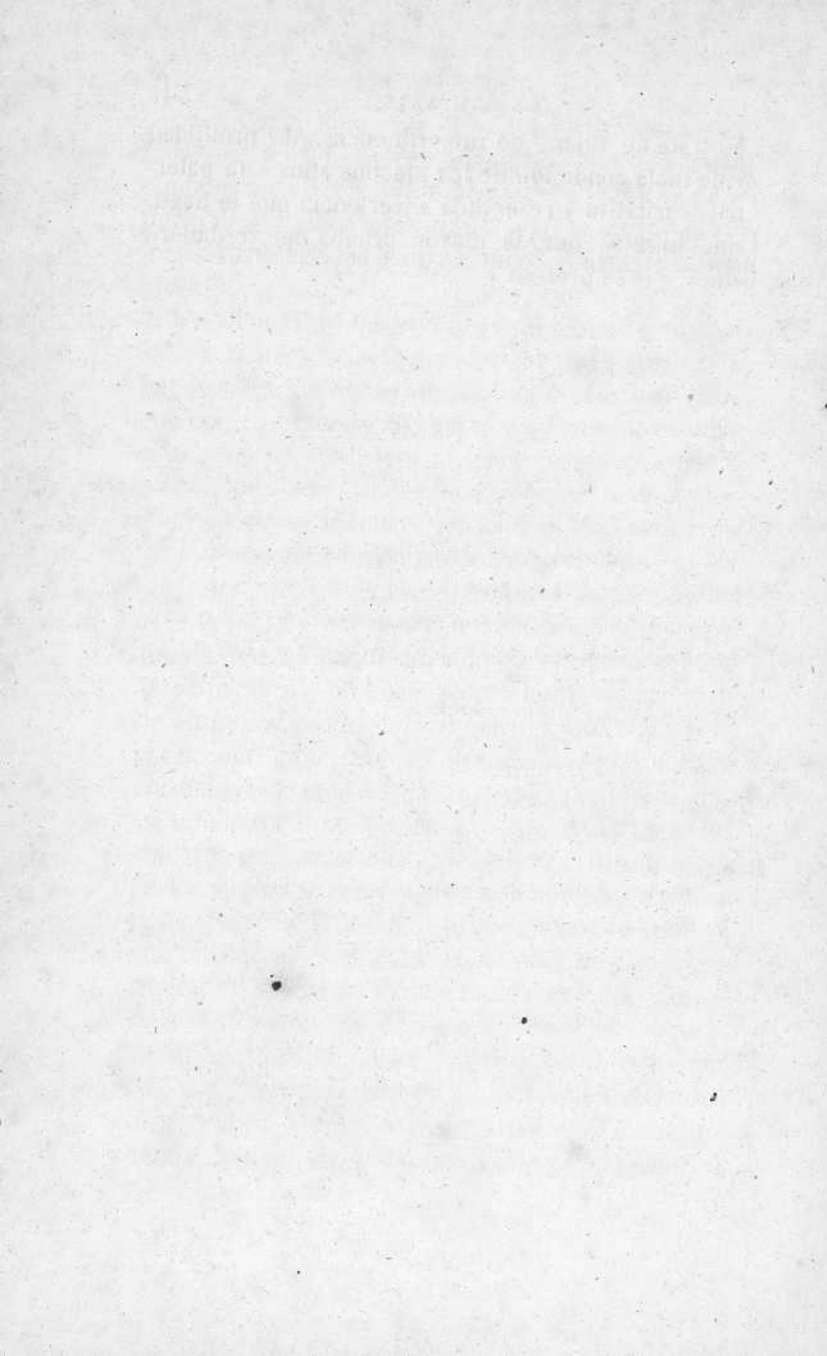
«tas tan vacías de chocolate, como los cascos llenos
 «de cuestiones impertinentes. ¿Qué sucede? Que co-
 «bran horror al estudio escolástico, tan necesario
 «para la inteligencia de los misterios y de los dog-
 «mas, y para no decir de unos y de otros, tantos
 «disparates como dice el padre predicador: dedícanse
 «á leer libros de sermonarios inútiles y disparata-
 «dos, ó á trasladar sermones tan ridículos, tan in-
 «substanciales y aún tan perniciosos, como los del
 «padre Fray Blas: tómanle á él mismo por modelo,
 «remedándole hasta las acciones y los movimientos,
 «sin advertir que los que parecen bien, cuando son
 «naturales, se hacen risibles y despreciables en el
 «remedo. Créanse con esta leche, y salen despues á
 «ser la diversion del vulgo, la admiracion de los ig-
 «norantes, la risa de los discretos, el dolor de los
 «piadosos, el descrédito de la órden, y tal vez su
 «azote y su tormento.

15. «Viéndolo estamos todos en ese pobre, sim-
 «ple y atolondrado de Fray Gerundio. Su sencillez
 «por una parte, y el padre predicador por otra, am-
 «bos concurren á echarle á perder á tiros largos.
 «Aunque no le faltan talentos, para que con el tiem-
 «po saliese hombre de provecho, viendo estoy que
 «nos ha de sonrojar, y que nos ha de dar que pade-
 «cer. No hay forma de estudiar una conferencia, de
 «dedicarse á entender una cuestion, y mira con hor-
 «ror al estudio escolástico, gastando el tiempo en leer
 «sermones impresos, y en trasladar los manuscritos
 «del padre Fray Blas. Y esto ¿por qué? porque me
 «dicen que no sale de su celda, que tiene en ella
 «letra abierta para desayunarse, para merendar y

« para perder tiempo, que el padre predicador le va
 « imbuyendo en todas sus máximas, hasta pegarle
 « tambien sus afectos y desafectos, no solo con per-
 « juicio de su buena educacion, sino en grave detri-
 « mento de la caridad y de la union fraternal y reli-
 « giosa.

16. « Por tanto, padre mio, si el amor de nuestra
 « Madre la Religion le debé algo, si tiene algun celo
 « por la salvacion de las almas, que Jesu-cristo redi-
 « mió con su preciosa Sangre, si su misma estima-
 « cion sólida y verdadera le merece algun cariño,
 « ruégole por la misma preciosísima Sangre de Jesús,
 « que mude de conducta: sea más noble, más cris-
 « tiano y más religioso el fin de sus sermones, y será
 « muy otra su disposicion: predique á Cristo Crucifi-
 « cado, y no se predique á sí mismo, y á buen seguro,
 « que no pondrá tanto cuidado en el afectado aliño
 « de su persona: no busque otro interés, que el de
 « las almas, *da mihi animas; cætera tolle tibi*; y yo
 « le fio, que predicará de otra manera: no solicite
 « aplausos, sino conversiones; y tenga por cierto, que
 « no solo logrará las conversiones que desea, sino los
 « aplausos que no solicita, y estos de orden muy su-
 « perior al aura popular y vana que ahora le arrebatá
 « tanto. Sobre todo le encargo, le ruego, le suplico,
 « que cuando no haga caso de lo que le digo, y se
 « obstine en seguir el errado rumbo que ha comen-
 « zado, á lo ménos no dogmatice, no haga escuela
 « tan perniciosa, no quiera imitar aquel dragon, que
 « con la cola arrastró tras de sí la tercera parte de
 « las estrellas. Estremézcale aquel *Væ* tan espantoso
 « contra los que escandalizan á los pequeñuelos. Y

«no trate de vejez, de impertinencia, de prolijidad
«y de mala condicion de los muchos años esta pater-
«nal, caritativa y reservada advertencia que le hago,
«sino mírela como la mayor prueba del verdadero
«amor que le profeso.»



ÍNDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO.

LIBRO PRIMERO.

	<u>Páginas.</u>
CAPÍTULO PRIMERO. Patria, nacimiento y primera educación de Fray Gerundio.	134
CAP. II. En que, sin acabar lo que prometió el primero, se trata de otra cosa.	140
CAP. III. Donde se prosigue lo que prometió el primero..	147
CAP. IV. Acábase lo prometido.	153
CAP. V. De los disparates que aprendió en la escuela de Villaornate.	163
CAP. VI. En que se parte el capítulo quinto, porque ya va largo.	174
CAP. VII. Estudia gramática con un domine, que por lo que toca al entendimiento, no se podía casar sin dispensación con el cojo de Villaornate.	186
CAP. VIII. Sale Gerundio de la escuela del domine, hecho un latino horroroso.	199
CAP. IX. En que se dá razon del justo motivo que tuvo nuestro Gerundio para no salir todavía de la gramática, como lo prometió el capítulo pasado.	219
CAP. X. En que se trata de lo que él mismo dirá.	240

LIBRO SEGUNDO.

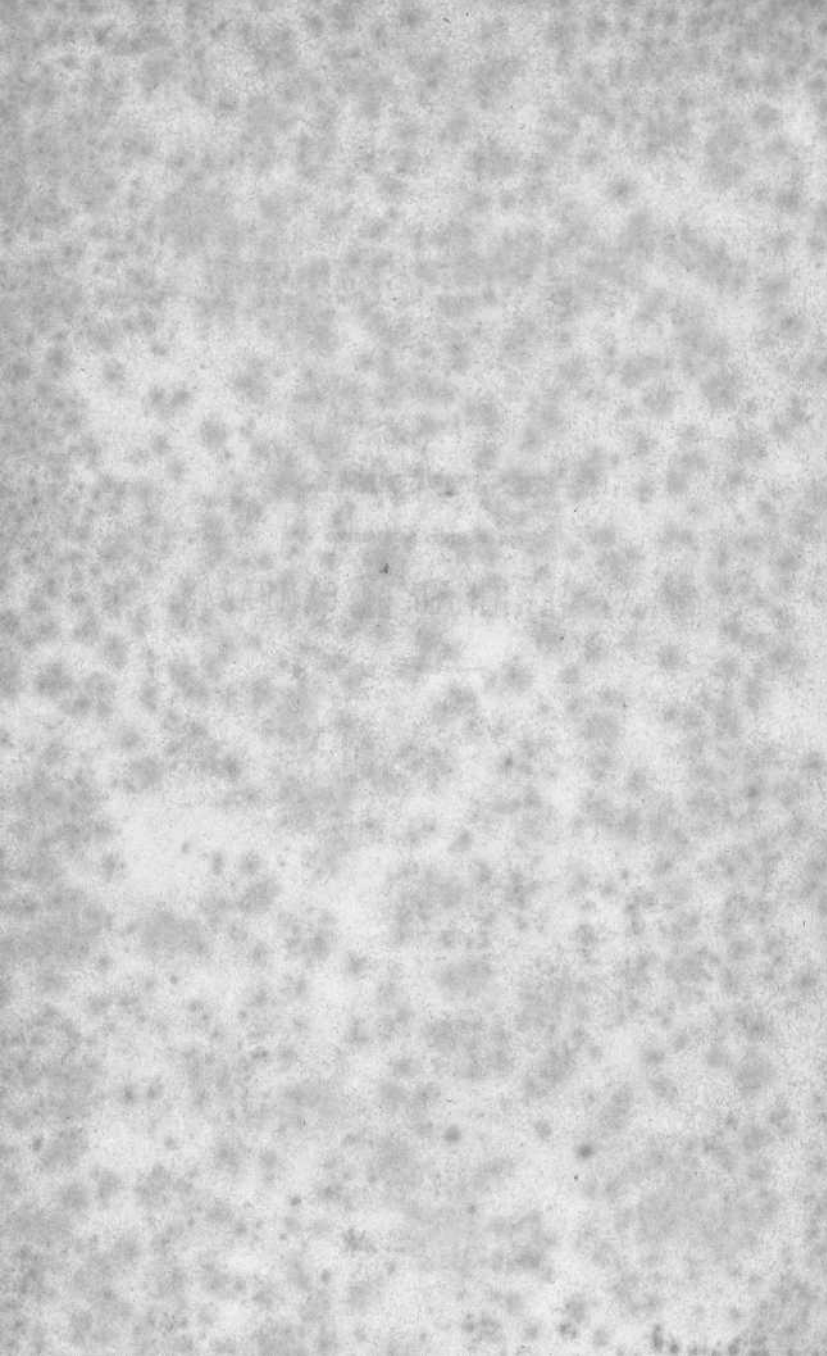
CAPÍTULO PRIMERO. Concluido su noviciado pasa á estudiar artes.	253
CAP. II. Prosigue Fr. Gerundio estudiando su filosofía, sin entender palabra de ella.	269
CAP. III. Del grave y docto razonamiento, que un padre ex-provincial de la órden hizo al predicador mayor de la casa dónde estudiaba las Artes nuestro Fray Gerundio.	285

HISTORIA

DEL FAMOSO PREDICADOR

FRAY GERUNDIO DE CAMPAZAS.





HISTORIA

DEL FAMOSO PREDICADOR

FRAY GERUNDIO DE CAMPAZAS

ALIAS ZOTES.

ESCRITA POR EL LICENCIADO

D. FRANCISCO LOBON DE SALAZAR,

Presbitero, Beneficiado de Preste en las villas de Aguilar y Villagarcía de Campos,
Cura en la Parroquia de San Pedro de esta,
y Opositor á Cátedras en la Universidad de la ciudad de Valladolid,

QUIÉN LA DEDICA AL PÚBLICO.

—

Edición adornada con preciosas láminas,
Y ENRIQUECIDA CON CURIOSAS NOTAS
POR UN PROFESOR DE TEOLOGÍA.

—
TOMO II.
—

BARCELONA.

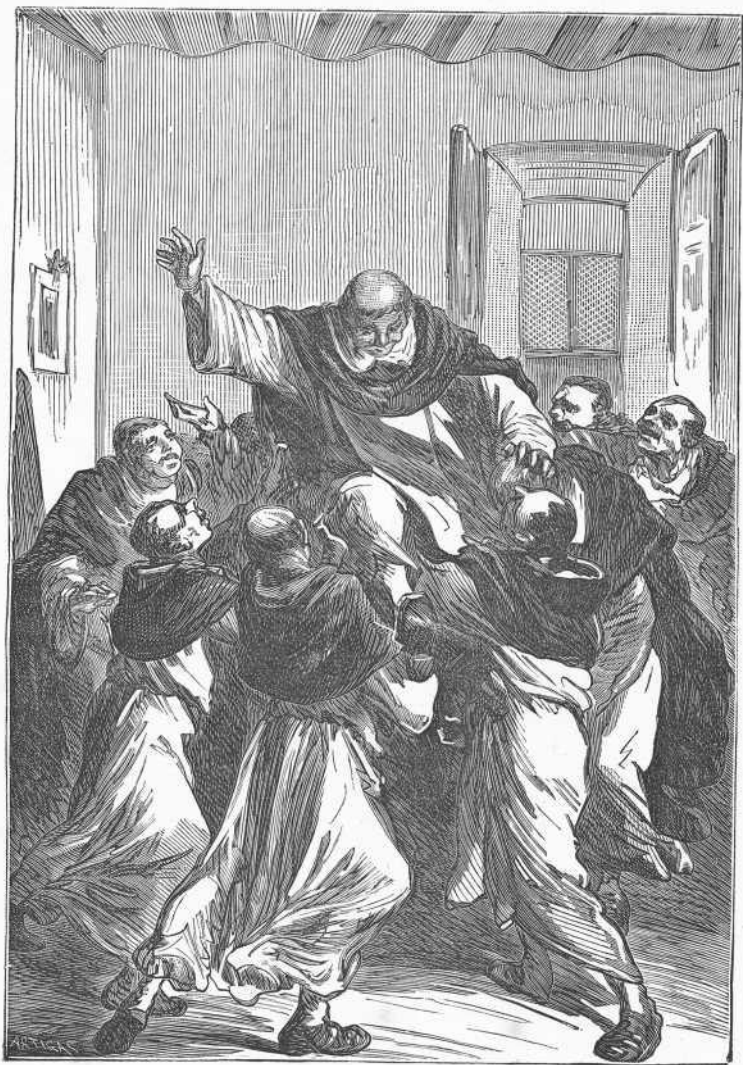
EMPRESA EDITORIAL DE MORENO Y ROIG,
CALLE DE JOVELLANOS, NÚMERO 2.

1875.

Esta edición es propiedad de la Empresa Editorial de los señores Moreno y Reig.

Barcelona 1875. — Imp. de OBRADORS y SULÉ, Rambla de Sta Mónica 16





OTROS LE LEVANTABAN POR EL AIRE.

Lib. III, cap. VI.

HISTORIA

DEL FAMOSO PREDICADOR

FR. GERUNDIO DE CAMPAZAS

LIBRO SEGUNDO.

CAPÍTULO IV.

DE LA BURLA QUE HIZO EL PREDICADOR MAYOR DEL RAZONAMIENTO
DEL EX-PROVINCIAL, Y DE LO QUE PASÓ DESPUES CON
FRAY GERUNDIO.

SIN cespitar estuvo oyendo Fray Blas el sermón, que le espetó el reverendo padre ex-provincial, y á pié firme sufrió la carga cerrada, que le disparó, con una contención tal, que cualquiera se persuadiría, que quedaba convencido, persuadido y trocado ya en otro hombre. Porque dice la leyenda de la órden, que oyó con semblante sereno, con los ojos bajos, con las manos debajo del escapulario, con el cuerpo algo inclinado hácia adelante, en postura humilde, aplicando un poco el oído izquierdo, como para no perder sílaba, sin estornudar, sin escupir, y

aún sin sacar la caja ni tomar un polvo de tabaco en todo el tiempo que duró la mision. Ya el buen padre ex-provincial se aplaudia interiormente á sí mismo de aquella feliz conquista ; ya tenia por mil veces dichosa la hora , en que se habia determinado á hablarle con tanta resolucion y claridad ; ya estaba para echarle los brazos al cuello, dándole mil parabienes de que finalmente hubiese abierto los ojos á la luz de la razon , cuando vió que el buenó del predicador levantó los suyos, le miró con serenidad , sacó las manos de debajo del escapulario, reclinó el codo derecho sobre el brazo de la silla, refregóse la barba, echó despues mano á la manga, sacó la caja, dió dos golpecitos pausados sobre la tapa, abrióla, tomó un polvo, y encarando al ex-provincial, le dijo muy reposado: *acabó ya V. Paternidad? Sí, ya acabé. Pues, padre nuestro, óigame V. Paternidad este cuento.*

2. Asistia un loco al sermon del juicio universal, que se predicaba en cierta mision. Estuvo verdaderamente fervoroso y apostólico el celoso misionero, y dejó tan aturdido el auditorio, que aún despues de acabado el sermon, por un rato ninguno se rebullia. Aprovechóse el loco de aquel compungido silencio, y levantando la voz descompasadamente, dijo: *Señores, todo eso que nos acaba de predicar el padre misionero, de juicio, juicio y juicio, sin duda, que debe de ser así. Pero nondum venit hora mea, y yo llevo la contraria con el doctísimo Barradas. Veá V. Paternidad si manda algo para Cevico de la Torre, porque yo parto mañana. Y sin esperar á más razones se levantó de la silla, tomó la puerta y se fué á su celda.*

3. Esperábale en ella su queridito Fray Gerundio,

que además de ser un eterno admirador de las locuras y de los disparates de Fray Blas, cuya sola razon bastaria para que éste le estimase mucho, era fuera de eso un frailecito rollizo, bien agestado, muy compestico de andadura, de acciones y movimientos; por lo cual, no solo se llevaba todos los cariños del padre predicador mayor, sino generalmente los de casi todos los padres graves de la casa, entre los cuales habia una especie de celillos y de competencia sobre quien le habia de hacer más cocos. Enviábanle desde la mesa traviesa la fruta, los extraordinarios y el platillo, cuando solo le tenian los padres gordos y no los colegiales: y aún por lo mismo era entre estos envidiado, acechado y más que medianamente mordido, para lo que daba él mismo poco motivo, ya por lo que se engreia con los halagos de los reverendísimos; ya por las mañuelas y artificios de que se valia para tenerlos más engaitados, ya finalmente porque el horror que tenia al estudio escolástico, los daba muchas ocasiones de burlarse de él y de sonrojarle, las cuales no las perdian los bellacuelos de los otros colegiales; però á Fray Gerundio se le daba muy poco de eso, procurando en todo caso cautivar la predileccion de los mandones del convento; y entre todos, inclinándose más (aunque con el mayor disimulo posible) al despejo, al garbo y á la discrecion del padre predicador mayor.

4. Luego que éste entró en la celda, contó á Fray Gerundio cuanto le acababa de pasar *con nuestro padre*: hizole un resúmen del sermon, remedó su voz, imitó su postura, pintó sus gestos, glosó sus palabras y burlóse de todo, tratándole de *carcuzo*, de

Fray-Zaragüelles, de hombre de antaño y de otros apodos semejantes. Finalmente le dijo: *Chico, como la mision duró tanto, tengo gana de cierta cosa, y así con tu licencia.* Retiróse á la alcoba, tiró la cortina, hizo lo que tenia que hacer, y acabada esta funcion dijo Fr. Blas á Fr. Gerundio: Ya sabes, que mañana voy á Cevico de la Torre á predicar del Patriarca San Benito en su ermita del Otero, es voto de villa, pascua de flores y hay romería, y el sermon es de los de á oncita de oro. Ante todas cosas, tómate esos dulces (y llenóle la manga de los que sacó de una naveta), cerremos la puerta, porque no venga á inquietarnos algun reverendo Muletilla (y echó la aldaba); siéntate y oirás uno de los mejores sermones que he compuesto en toda mi vida.

5. Título y asunto: *Ciencia de la ignorancia, en la sábia ignorancia de la ciencia.* Tenga usted, padre predicador, le interrumpió luego Fray Gerundio, no diga más, que solo eso me encanta. Esos retruuecanillos, ese paloteo de voces, y ese triquitraque de palabras con que usted propone casi todos los asuntos de sus sermones, es cosa que me embelesa: *¡Ciencia de la ignorancia, en la sábia ignorancia de la ciencia!* Vaya, que no hay más que decir. A la verdad, yo no entiendo bien lo que quiere significar; pero lo que me suena, me suena, signifique lo que significare, ello es una gran cosa. No quiere decir más, replicó el predicador, que lo que dice San Pablo, *que la ciencia de los Santos es la verdadera sabiduría, y que la sabiduría de este mundo es verdadera ignorancia y estullicia.*

6. Con que ¿eso y no más quiere decir? Sí. Pero,

válgame Dios; ¿quién lo adivinaria? Otro que no fuera V. Paternidad, diría sencillamente: San Benito supo lo que le convenía saber, é ignoró lo que no importaba ignorar; y de esa manera, aunque lo entenderian todos, pero tambien cualquiera gayan sabria decirlo. Mas eso de proponer una cosa tan comun con el airecillo especial con que la propone V. Paternidad, en el mundo hay quien lo haga con tanta gracia. Y sino dígame aquel otro asunto del sermon, que V. Paternidad predicó al capítulo dos meses há, en el dia de las elecciones particulares: *Eleccion de la rectitud para la rectitud de la eleccion*. Primero que se me olvide el tal asunto, me he de olvidar yo de como me llamo. Pero ya que hablamos de él, ¿no me explicará V. Paternidad el concepto? porque á decir la verdad, no le penetré muy bien. A mí lo que se me ofreció que querria decir era, que para que la eleccion fuese recta, era preciso que fuese recta la eleccion; mas esto claro está que no lo querria decir V. Paternidad, porque seria una verdad de Pero-Grullo.

7. Calla, simplon, le respondió al punto Fray Blas; pues claro está, que no quise decir otra cosa; y ahí estuvo el chiste, en decir una pero-grullada de manera, que parecia una cosa del otro mundo. Si te acordáras del modo tan claro, tan perspicuo, tan brillante con que entablé esa proposicion, para introducirme en el discurso, verias más claro que el Sol de mediodía lo que yo quise decir. Como soy cristiano, que ya no me acuerdo (replicó Fr. Gerundio), aunque tengo el sermon en la celda, porque al punto le trasladé, como sabe V. Paternidad. Pues yo te lo traeré á la memoria, que bien en ella lo tengo.

8. Concluida la salutacion, que ese fué vino de otra cuba, di principio al sermon con este apóstrofe al Sacramento, que estaba patente: *Amorosamente sabio os ofreceis (Soberano Sacramentado Monarca), Maestro y Director de este capítulo.* Nota de paso la oportunidad de llamar Presidente del capítulo al Sacramento, y dime si esto se ofrece á cualquiera. Añadi despues: *Para la más acertada rectitud de las elecciones, ofrece ese Augusto Sacramento vitales luces á los electores prelados.* Prueba perentoria y terminante; *Ego sum panis vitæ.* Nota lo de *panis vitæ*, para las *lucis vitales*. Mas por quanto los electores eran muchos, y cada uno tenia su vida, buena ó mala, como Dios sabe (que á nosotros no nos toca indagar vidas ajenas), y el texto solo hablaba de una vida, *vitæ*, era menester uno que hablase de muchas. Halléle á pedir de boca en el Siríaco, que lee: *Panis vitarum.* Ya tenemos al Sacramento *Pan de muchas vidas*: pero, por quanto estas vidas podian ser de coristas, de sacristanes, de refitoleros y de otros muchos frailes, que no tenian voto en capítulo, y yo habia menester precisamente un Sacramento que fuese pan de las vidas de los padres capitulares y electores, aquí estuvo mi felicidad y mi discurso. Halléle como lo podia desear en Zacarías, en Tiriño, en Menoquío y en Lira; porque el primero llama al Sacramento *Fruentum electorum*; el segundo *Panem electorum*; el tercero *Fruentum electorum*; y el cuarto, *Fruentum electorum est Corpus Christi consecratum pane frumenti.*

9. Digo que V. Paternidad es demonio ó que tiene familiar (le interrumpió Fray Gerundio, sin po-

derse contener;) ¿dónde diantres fué á encontrar unos textos tan á pelo, tan al intento, y que hablan de *pan de electores* con tanta claridad, que los entenderá el más zafio batueco de los que van á vender miel á la villa de Bezar? Ahora me acuerdo, que especialmente cuando oí estos textos en el sermón, me quedé como atorrollado. Es verdad, que hablando después acerca de ellos con un padre maestro de la casa que me quiere mucho, me dejó un poco confuso; porque me dijo claritamente que todos ellos en el sentido en que V. Paternidad los entendió, habian sido unos grandísimos disparates, delatables á la Inquisicion; que así el texto como los intérpretes solo querian decir, que el pan del Sacramento, ó que el Sacramento era pan de los escogidos, que eso, y no otra cosa significaba *electorum*; que aplicarlo á los electores, puramente por el sonido material de la palabra, era un abuso intolerable de la Sagrada Escritura, condeñado por el Concilio Tridentino, por los Papas y por la Inquisicion; que esta habia castigado en Roma á un predicador, porque en las honras del cardenal Cibo habia dicho, que la carne de Cristo en el Sacramento era verdaderamente la carne del cardenal, probándolo con aquel texto: *Caro mea verè est cibus*, el cual le habia querido entender aquel loco (así le llamó el padre maestro) ni más ni ménos como V. Paternidad habia querido entender el *Fruementum electorum*; que si se permitiera la licencia de usar ó de abusar de la Sagrada Escritura con esa materialidad, no habria herejía, disparate, torpeza ni suciedad, que no se pudiese probar con ella: y de aquí fué ensartando tantas cosas, que me metieron en mucha confusion, y no sé como tuve paciencia para oirlas.

10. ¿Y tú hiciste caso de ellas? No, padre predicador: ¿qué caso habia de hacer, si estaba conociendo palpablemente, que todo era envidia; porque el tal padre maestro es un hombre indigesto, que no sabe más que sus ergos, su Teología, su Biblia, sus concilios, sus Santos Padres y servitor? En sacándole de ahí, no sabe una palabra: ni él ha leído jamás el Teatro de los Dioses, ni á Rabisio Textor, ni á Aulo Gelio, ni á Natal Comite, ni á Alejandro de Alejandro, ni á Plinio, ni á Picinelo: con que, ya se vé, ¿qué obligacion tiene el pobre á entender de sermones, ni á saber cómo se han de traer ó cómo se han de manejar los textos de la Sagrada Escritura? Y como por otra parte es un triste pelon, que anda con la hortera para tomar una jicarilla, y vé gracias á Dios la celda de V. Paternidad tan abastecida de todo, se pudre á todo podrir, y de aquí proviene, que todo cuanto hace V. Paternidad le dá en rostro. Dame un abrazo (le dijo al oír esto el padre Fray Blas) que tú has de ser la honra de la orden; toma esos cuatro bollos de chocolate, para que te remedies en mi ausencia, y vamos adelante con el sermon capitular.

11. Otro dia hablaremos de ese sermon (dijo Fray Gerundio,) que ahora como está V. Paternidad para irse mañana, temo que no nos ha de quedar tiempo para leer el de San Benito, aunque no sea más que la salutacion, y yo estoy rabiando por oirla, porque solo el pensamiento de *Ciencia de la ignorancia, en la sabia ignorancia de la Ciencia*, me ha excitado una curiosidad que es un horror. Tienes razon (respondió Fray Blas,) y vamos á ella: aquí está el cartapacio sobre la mesa. Ten presente que estamos en prima-

vera, que es Pascua de flores, y que la ermita del Santo está en el campo y oye.

12. «Al celebrado Dios del regocijo consagraba
«la Grecia, Esparta y Tesalia festivos, solemnes cul-
«tos el dia 27 de Marzo: *Thessali huic Deo risui quo-*
«*tannis rem divinam in summá lætitiâ faciebant,*
«dice Rabisio Textor. Tejian verdes guirnaldas, es-
«maltadas de matizadas flores, ofreciendo una pri-
«mavera de gozo al obsequiado Dios del regocijo:
«*Vernis intexens floribus arva... risibus, et grandes*
«*mirata es Roma cachinos,* dice Lilio Giraldo. Ofre-
«ciase esta deidad al culto en la figura de un jóven
«desnudo, coronado de mirto, adornado de alas y en
«la frondosidad de un prado ameno: *Puer nudus, ala-*
«*tus, mirthoque coronatus, qui humi sedebat,* dice
«Vincencio Cartario.»

13. ¿Has visto entradilla más florida para un ser-
mon de primavera, en Pascua de flores, y toda ella
no ménos que con autoridad de Cartario, Lilio Giral-
do y Rabisio Textor? Pues aguarda un poco, y escu-
cha la aplicacion. *¿Este es vernal paralelo del esclar-*
recido Patriarca San Benito, á quién con festivo gozo
consagra hoy este pueblo este solemnizado culto? ¿qué
te parece, Gerundio amigo? ¿Qué me ha de parecer?
Lo primero que V. Paternidad tiene más en la ñña el
calendario de las fiestas de los gentiles, que la mis-
ma Epacta de la órden; porque jamás le he visto
errar ni siquiera una de aquellas, y más de una vez
le he notado, que no sabia bien el Santo de quién se
rezaba aquel dia. Lo segundo que casi todos los ser-
mones de V. Paternidad comienzan con una fabulilla
tan á pelo y tan al caso, que no parece sino que la

fábula se fingió para el misterio, ó que el mismo Dios fué sacando el misterio por la idea de la fábula. Por ejemplo, ¿cuándo se me olvidará á mí aquella crespada entradilla del sermón de la Concepción, que oí este año á V. Paternidad, y la tomé de memoria, porque no espero oír en mi vida cosa más adecuada al asunto?

14. «De la rizada espuma del celebrado Egeo, «fingió la Etnicidad fabulosa, fué su idólatra Vénus «concebida: *Nuda Cythereis edita fertur aquis*, dice «Ovidio. Concibióse de las tres celestiales gracias so- «ciada: *Et Veneris turba ministra fuit*, dice Giraldo; «porque no se verificase instante en que faltase al- «guna gracia á su hermosura. Y en memoria de esta «concepción graciosa, celebraban los ciclades el día «8 de Diciembre con solemne alborozado culto: *Hoc «tamen die octavo Decembris, festium Conceptionis «pulcherrimæ Veneris ingenti jubilo celebratur.*» No me detengo ahora en reparar la cultura de llamar *Etnicidad* á la religión de los gentiles, y no *Gentilidad* ó *Paganismo*, que eso lo diría cualquier gavacho; y si no la llamé *Polyteísmo* ó *Poly-Deísmidad*, interrumpió el padre predicador, fué por reservar estos dos terminillos para otra ocasión. Digo que no me detengo en esto, porque con especialidad en esta invención de voces nuevas y flamantes, alambicadas de la lengua latina, es V. Paternidad inimitable; y yo tengo ya apuntadas algunas, para valerme de ellas en ocasión y tiempo, con la seguridad que aunque no haga más que hablar en ese estilo, no ha de haber sermón de cofradía que no me busque. Ya sé, que al mar salado siempre le he de llamar *salsuginoso elemento*; á la vara de Aaron, *Aaronítica Vara*; al contraer el pe-

cado original, *traducir el fomes del pecado; Adam futurizado*, al decreto de la creacion de Adam; á su misma creacion, *Adamitico fundamento, universal opificio*; á la fábrica de todas las criaturas; á la naturaleza ciega, *cecuciente naturaleza*; y á un deseo ardiente y encendido, *ignitas alas del deseo*. Este bello, claro, perspicuo y delicado estilo, déjelo V. Paternidad de mi cuenta, y yo salgo por fiador de mí mismo, que por lo que toca á él, no ha de tener V. Paternidad discípulo que más le honre.

15. Tampoco quiero detenerme ahora en el reparo de aquella ingeniosa figura con que V. Paternidad llama *idólatra á Vénus*, cuando dijo; *Fué su idólatra Vénus concebida*. Más de dos ignorantes lo tendrían por necedad, pareciéndoles que eso queria decir, que Vénus idolatraba en ellos, y no ellos en Vénus, y que V. Paternidad debiera de haber dicho *su idolatrada Vénus*. Pero sobre que entónces no constaria el pié de verso heróico de que se compone dicha cláusula: *Fué su idólatra Vénus concebida*, que era á lo que V. Paternidad tiraba; y (quede dicho de paso) esta es una de las gracias, que más me encantan en el elegante estilo de V. Paternidad, la multitud de piés líricos y heróicos de que consta, que algunas veces me parece que estoy oyendo una relacion, amen de los consonantes; digo, que fuera de este primo, faltaria otro que no advierten ni son capaces de advertir esos tontos. ¿Esta es aquella figura retórica, que se llama? que se llama... ¡válgate Dios! ¿cómo se llama?... que se llama... no sé cómo; la cual enseñaba á usar el presente por el pretérito, lo activo por lo pasivo: y así decimos, *mi amantísimo ami-*

go, por mi amigo muy amado, recibí la favorecida carta de V. por la carta favorecedora; pues lo demás querría decir, que se le hacia favor en recibirla, y no me parecería mucha modestia ni mucha política. De la misma manera se puede decir tan lindamente *idolatra Vénus*, por *Vénus idolatrada*, como lo sabemos muy bien todos los que tuvimos la dicha de estudiar con el famoso preceptor de Villaornate, y por eso tengo yo tan en la uña todas las figuras retóricas, con sus nombres, pelos y señales.

16. Pero dejándonos de estos pelillos, como iba diciendo de mi cuento, digo, que la fábula de la concepcion de Vénus, para el misterio de la Concepcion de María, no parece sino que V. Paternidad mismo la inventó, tan adecuada viene y tan al caso. Digo más, que á mi pobre juicio estuvo de sobra aquella valiente cláusula con que V. Paternidad la aplicó. *Gallardo, aunque fabuloso paralelo del milagroso objeto, que termina los regocijados cultos de este día octavo de Diciembre, en que la Iglesia católica celebra la Concepcion pasiva de María. Vénus del Amor Divino, diosa de la hermosura de la gracia; porque no habria en todo el auditorio entendimiento tan zopenco, que no se hiciese luégo cargo de la propiedad del gallardo paralelo, sin el cansancio de la aplicacion. Porque es claro como el agua, que si Vénus fué madre del amor, María fué madre del amor: si Vénus fué concebida de la espuma del mar; en la nivea espuma de la divina gracia, fué concebida María del mar de la humana naturaleza, como dijo V. Paternidad un poco más abajo: si en la concepcion de Vénus asistieron las tres gracias en contraresto á*

las gracias, sociaron á María en su Concepcion las horas, siendo las horas y las gracias dos cosas tan parecidas, que es imposible haya otras dos más semejantes. Finalmente, si Vénus fué concebida el dia 8 de Diciembre, el dia 8 de Diciembre fué concebida María. Así que el paralelo no puede ser más gallardo, por lo que toca á estas cuatro propiedades. Y en cuanto á la segunda, en que se coteja la espuma del mar Erytreo, con la nivea espuma de la divina gracia, se encierra en ella una propiedad tan recóndita, que no es fácil se dé en el chiste á cuatro paletadas. Porque si la espuma no es otra cosa, que el viento que se introduce en el agua ó en cualquiera otro licor, más ó ménos movido y agitado del mismo aire ó de algun otro agente extraño, como leí pocos dias há en uno de estos libros que se usan y tratan de novedades; es claro como el agua, que la divina gracia ha de ser muy espumosa, y precisamente ha de hacer una espuma nivea, que disgregue la vista; ¿por qué? porque la divina gracia se atribuye particularmente al Espíritu Santo: este ya se sabe que unas veces es aura suave y apacible, y otras es viento impetuoso, que agitando á la divina gracia é introduciéndose al mismo tiempo en sus divinos poros é intersticios, necesariamente ha de levantar una espuma nivea como el ampo; y ¿qué cosa más propia, que el que de esta nivea espuma fuese concebida la Vénus del amor divino? Con que realmente no pudo ser más gallardo el paralelo.

17. A mí así me lo pareció, y así lo defendí tambien contra aquel simplon, beaton y testarudo de Fray Gonzalo, que estaba junto á mí, y al oirlo hizo

muchos gestos, diciéndome después del sermón, que aquello le habia escandalizado. Preguntéle; ¿por qué? y me respondió el tontarrón, que porque hacer coitejo de la madre de la pureza con la madre de la torpeza, de la mujer más limpia con la mujer más súcia, de la Concepcion inmaculada de María con la puerquísima concepcion de Vénus, de las gracias profanas con la Gracia Divina, y concluir llamando á María, *Vénus del Divino Amor, diosa de la hermosura de la gracia*, sobre ser la última proposicion una herejía formal, las demás eran unas blasfemias tan impías, tan sacrílegas, tan indecentes en la boca de un cristiano, cuanto más *de un predicador apostólico*, como V. Paternidad dice que lo es, mostrando su título en toda forma; que á su parecer el sermón merecia la hoguera, concluyendo con que si él fuera Prelado le quitaria á V. Paternidad la licencia de predicar. No sé como Dios me tuvo de su mano, y no le llené de dedos aquella cara compungida; pero contentéme con decirle, que no era la miel para la boca del asno, que no se habian hecho *los gallardos paralelos* paralelos gallardos, y volvíle las espaldas.

48. Y ya que hablamos *de paralelos*, volvamos por Dios al *vernal paralelo* del sermón de San Benito, donde dejamos la salutacion, que como unas cosas llaman á otras, y todas las de V. Paternidad me emboban, yo mismo interrumpí la lectura, sin poderme remediar. Ya me acuerdo, que la introduccion era del Dios del regocijo, á quien celebraban los antiguos el dia 27 de Marzo; que le representaban un jóven desnudo, y en pelota, como su madre le parió, muy coronado de mirto y muy adornado de alas, tendido

en aquel campo, como si dijéramos con la panza al sol: *Puer nudus, alatus, myrthoque coronatus, qui humi sedebat*; y finalmente, que el modo de celebrarle era con grandes risadas, zambra, bulla y carcajadas: *Et grandes mirata est Roma cachinos*. Decia después V. Paternidad *este es vernal paralelo del esclarecido patriarca San Benito*. Pero ántes de pasar más adelante, dígame V. Paternidad ¿qué quiere decir, *vernal paralelo*? Porque confieso, que no lo entiendo; ¡Ay, bobo! dime, ¿qué significa *ver ververis*? *Ver, veris* significa la primavera, que así lo dicen los géneros de Lara por donde yo estudié. Pues, tonto, *vernal paralelo* quiere decir *paralelo primaveral*, por ser en tiempo de primavera, en que se celebraba la fiesta del regocijo, y tambien la de San Benito. Y véas ahí como de camino está encajado con grande arte y disimulo la circunstancia de celebrarse esta fiesta en Pascua de flores: *Vernis intexens floribus arva*; que en eso de hacerme cargo de todas las circunstancias, por ridículas que sean, aunque yo lo diga, ninguno me echará la pierna adelante.

19. Ya estoy, dijo Fray Gerundio, en lo que significa *vernal paralelo*: ahora me falta saber la aplicación, y en qué se pareció San Benito al dios del regocijo, y la fiesta de aquél á la fiesta de éste. Ten un poco de paciencia, continuó el predicador, y presto lo sabrás. Y en cuanto á la omnímoda semejanza de las fiestas, es cosa tan clara, que solo un ciego podrá no distinguirlas sin que nadie se lo diga; porque si aquella se celebraba en la primavera, en la primavera se celebra esta; si aquella en el dia 27 de Marzo, cabalitamente se celebra esta en el mismo

dia; si aquella en el campo, esta en el otero; si allí habia flores, flores hay aquí; si gente en aquella, gente en esta; y en fin, si en aquella habia grandes carcajadas, esta no la va en zaga; pues no se oye otra cosa por aquellos campos, y aún dentro de la misma ermita durante el sermón, si el predicador tiene un poco de sal, que grandísimas risadas: *Et grandes mirata est Roma cachinos*. Ahora digo, respondió Fray Gerundio, que las dos fiestas son tan parecidas una á otra, como un huevo á otro huevo, y ahora también descubro y la clave para aplicar cualquiera cosa, que haya sucedido en el mundo, en el mismo tiempo, y en el mismo día del sermón, á la fiesta que predicare sea la que fuere.

20. Mas dígame V. Paternidad; ¿cómo diantres pudo casar á San Benito con el dios del regocijo? Con la mayor facilidad del mundo, respondió Fray Blas. ¿No dice la historia, que siendo el Santo de solos quince años se salió de Roma, se fué al desierto, se escondió entre las mayores asperezas del monte Sublac, se sepultó en una cueva, ó en una profunda cisterna; que allí hizo asperísima penitencia por espacio de tres años, que padeció crueles tentaciones del demonio, que se revolcó en una zarza, hasta dejarla toda ensangrentada; que solo se alimentaba de pan y agua, que de ocho en ocho días le traía un monje llamado Roman, descolgándose por una cuerda, hasta que al cabo de los tres años un buen clérigo por Divina revelacion vino á buscarle, trayéndole vianda para comer, y diciéndole, que la comiese, porque era día de Pascua, lo que el Santo mozo no sabia? pues ¿qué cosa más parecida al dios

del regocijo, que San Benito en este pasaje de su vida? Este jóven, aquel niño, éste en el campo, aquél en el desierto, éste tendido en la yerba, aquél en el pozo, éste desnudo, aquél mal vestido; y cuando se revolcó en la zarza, tan desnudo como su madre le parió, éste coronado de flores, aquél cubierto de espinas, y finalmente éste celebrando en tiempo de Pascua, y aquél regalándose en ella con lo que el buen clérigo le trajo; ¿mira tú ahora si pudo venir más ajustado el *vernal paralelo*? Porque en lo demás, aunque el dios del regocijo fuese un dios de tararira, de trisca, de bulla y de chacota, y San Benito en el desierto fuese una imágen viva de la más áspera penitencia, ejemplar asombroso de compuncion y de lágrimas; eso para el asunto importa un bledo, porque ni los paralelos, aunque sean *vernales*, ni las semejanzas, ni las comparaciones han de correr á cuatro piés.

21. Iba Fray Blas á proseguir en la lectura de su sermón, cuando llamaron á la puerta de la celda con tanta fuerza, que se sobresaltó; y aunque á los principios hizo ánimo de no abrir, como el que llamaba era el padre prior, y le dijo en voz alta, que abriese, que era él, el que llamaba, y que bien sabia estaba dentro, no pudo resistirse, y se vió precisado á abrir. Entró en la celda el prior, y encontrando en ella á Fray Gerundio, le dijo con alguna seriedad, ¿qué hacia allí perdiendo tiempo, y porque no se iba á estudiar? Fray Gerundio le respondió sin turbarse, que habia venido de parte de su madre á dar al padre predicador la limosna de tres misas, para que las mandase decir en el altar de San Benito del Otero,

porque habia parido un niño quebrado, y el Santo, en aquella santa imágen, diz que era prodigioso con los niños que padecian este trabajo; y ¿qué lleva en esa manga? le preguntó el prior, notando que abultaba demasiado. Aquí saltó prontamente el predicador, son unos dulces, que le dí yo, para que de mi parte los envíe á sus dos primas, las hijas del familiar de Cojeces, que el otro dia me regalaron con dos pares de calcetas. No satisfizo mucho al padre prior una ni otra respuesta; pero como era buen hombre y nada malicioso, dejólas pasar, y contentándose con decir á Fray Gerundio, que tratase de ser más aplicado, y de guardar más la celda, le envió á ella, y él se quedó con el padre predicador mayor tratando el negocio á que iba, de cuyo contenido no se encuentra rastro alguno en el archivo del convento, ni en los exactos documentos de donde se ha sacado esta puntualísima historia, lo que dá bien á entender, que no debió ser cosa de importancia, ó á lo ménos, que no trataron materia alguna que tenga concernencia con ella.

CAPÍTULO V.

DE UNA CONVERSACION MUY PROVECHOSA , QUE UN BENEFICIADO DEL LUGAR TUVO CON FRAY GERUNDIO , SI FRAY GERUNDIO HUBIERA SABIDO APROVECHARSE DE ELLA.

HABIA en aquella villa (ya conocerá el sagaz y penetrativo lector, que hablamos de aquella villa donde estaba el convento). Habia pues en aquella villa un beneficiado hábil, capaz, despejado, de edad ya madura, porque estaba entre los cuarenta y los cincuenta. Habia estudiado la filosofía, que se usa en España con aplauso, y la teología con crédito, tanto que habia sido opositor en Toledo, y despues de haberse dado uno de los mejores curatos, le renunció con pension, porque le probaba mal la tierra, y se habia retirado á su lugar, donde tenia un mediano beneficio, con el cual y con la pension lo pasaba con mucha decencia. Era de costumbres muy ajustadas, de un porte eclesiástico sério y grave; pero al mismo tiempo de un génio jovial y festivo, lo que le conciliaba la general estimacion de todos, acompañada de inclinacion y cariño. Dedicábase mucho al ejercicio del confesionario, y de cuando en cuando predicaba tambien sus sermones con juicio, con piedad y con celo, porque era muy aficionado á las obras de los padres Señeri y Bourdalue, á quiénes procuraba imitar en

sus sermones, así panegíricos, como morales. Y como entendia medianamente las lenguas italiana y francesa, tenia algunos otros de los mejores sermonarios que se han impreso en uno y en otro idioma, sin dejarse llevar tan totalmente del estudio de las Letras Sagradas y sérias, que no hiciese sus excursiones hácia las más amenas, especialmente hácia los libros de crítica, de que tenia algunos selectos en su librería, no copiosa, pero escogida.

2. A favor de ellos, con su natural penetracion y juicio, ni estaba tan encaprichado con todas las opiniones antiguas, como lo suelen estar los que no han estudiado otras, ni tan ciegamente enamorado de las modernas, que no descubriese la frustería y la insubstancialidad de muchas. Conocia y confesaba de buena fé, que en todas las facultades se habian introducido mil inutilidades, preocupaciones y no pocas extravagancias: era de parecer, que en realidad necesitaban de mucha reforma; pero al mismo tiempo era de opinion, que ninguna estaba más necesitada de ella, que la crítica. Juzgaba que esta se habia remontado con exceso, y que era menester cortarla los vuelos; porque no contenta con rajar, cortar y trinchar, algunas veces con razon, otras sin ella, y no pocas por puro antojo ó capricho por las ciencias naturales, se habia atrevido á escalar hasta el sagrado alcázar de la Religion, con tanta osadía, que apenas dejaba costumbre inmemorial, tradicion antigua ni monumento aún de los más respetables, que no pretendiese zapar hasta el cimiento; siendo este el verdadero principio, no solo de tanto error como ha brotado en el campo de la Iglesia en estos últimos si-

glos, sino de tanta libertad de costumbres, de tanta irreligion, y aún de tanto ateísmo.

3. Sobre todo se reía mucho de la grande presuncion de la crítica en punto de física natural, y de aquella intolerable satisfaccion, con que se jactaba de haber arrollado la de Aristóteles, abriendo los ojos al mundo, para que conociese los grandes excesos que la hacia cualquiera de las físicas modernas. Aquí se descalzaba de risa el bueno del beneficiado; porque decia, que á excepcion de tal cual fruslería de poca consideracion, tan en ayunas se estaba el mundo de las verdaderas causas de casi todos los efectos de la naturaleza con la física de Descartes, de Newton y de Gasendo, como con la de Aristóteles; y que para él tan inconcebibles eran los torbellinos ó turbillones y materia etérea del primero, como la materia primera y las formas substanciales del último, protestando, que ni con una ni con otra explicacion veia gota. Yo no sé (añadia con gracia) con qué conciencia hacen tanta burla los modernos de los aristotélicos, porque preguntados estos, en qué consiste, que el fuego queme, responden; *porque tiene una virtud ustiva ó quemativa*. Convengo en que nada dicen en esto; pues en suma solo vienen á decir, que el fuego quema, porque tiene virtud para quemar. Filosofía tan recóndita, que la alcanzará el más záfio Sayagues.

4. Pero quisiera saber, si dicen más los modernísimos señores, cuando responden, que el fuego quema, porque es una substancia compuesta de unas partículas piramidales ó puntiagudas, sutilísimas, agilísimas, que agitadas continuamente con suma rapi-

dez en movimiento vertical, se penetran por los poros de los cuerpos más consistentes, los taladran, los desunen, los deshacen. En esta respuesta hay sin duda más aparato de voces; pero bien reflexionada tiene ménos substancia que la otra; porque la aristotélica siquiera ya dice una verdad de Pero-grulló, con la cual modestamente viene á confesar su ignorancia; mas la de nuestros físicos á la Chamberí, entre un grande follaje de palabras, solo nos vende unas purísimas arbitrariedades; ¿quién ha hecho el análisis del fuego, para descubrir de qué figura son sus partículas, si piramidales, cilíndricas, ovas, cuadradas ó globulosas, agudas ó chatas? Por donde se prueba, que su movimiento es vertical ó arremolinado; siendo así, que si son tan ágiles y tan sútiles como se supone, de necesidad han de ser levisimas y volátiles, mucho más lijeras que el aire, y consiguientemente su movimiento no ha de ser hácia el centro, como lo es todo movimiento vertical, sino hácia arriba, como se observa en la llama; de donde vendria á inferirle el grandísimo absurdo de que ningun cuerpo estaria más libre de la actividad del fuego, que el que estuviese más dentro de él, y que el remedio más eficaz para no quemarse uno, era arrojarse en medio de la hoguera.

5. En fin, en esta materia estaba preciosísimo el bellaco del beneficiado, y concluía con decir, que si él fuera hombre de talento y de chiste, se le habia ofrecido un buen proyecto, con que hacer por lo ménos tan ridícula lá filosofía moderna, como la aristotélica. Habia de formar un exaplo filosófico, á manera de los bíblicos, ó una filosofía poliglota, com-

puesta de cuatro ó de seis columnas, en cada una de las cuales, discurriendo por todos ó por los principales tratados de la física, habia de exponer con sus mismas palabras lo que dicen acerca de él Aristóteles y los jefes de las principales sectas filosóficas modernas. Por ejemplo: *Principios ó constitutivos del cuerpo en general*. 1.^a columna Aristóteles, 2.^a Descartes, 3.^a Casendo, 4.^a Maignau, 5.^a Newton, 6.^a Boile. *Principios ó constitutivos de los cuerpos celestes*. 1.^a, 2.^a, 3.^a, etc. *Principios ó constitutivos del cuerpo sub-lunar inanimado, del vegetal, del orgánico y sensitivo, del racional, etc.* 1.^a, 2.^a, 3.^a, etc. Y descendiendo despues á los cuerpos y efectos particulares de sol, luz, calor, frio, humedad, sólidos, fluidos, opacos, transparentes, colores, sonido, sensacion, etc., trasladar en cada columna con toda fidelidad, lo que dice cada jefe acerca de cada uno de estos entes naturales. Y despues, para amenizar más la obra y aún para variarla, añadir por modo de apéndice un breve resúmen de la variedad, de la voluntariedad, del capricho y aún de la extravagancia con que en estas y en otras materias filosóficas han discurrido aquellos modernos más acreditados, que son *nullius in verba*, esto es, que no son partidarios de alguna secta particular; y que aprovechándose de la libertad de conciencia para filosofar, que se han tomado, especialmente en este siglo casi todas las naciones, cada uno ha filosofado segun su fantasia. Aseguraba, que solo con trasladar sus opiniones, con sus mismísimas voces, explicando las obscuras, y dejando en su tenebrosa incomprehensibilidad á las ininteligibles, se formaria una obra que en España hi-

ciese olvidar á los Cervantes, en Francia á los Despreaux, en Italia á los Bocalinis, en Alemania á los Menkenios, y arrinconarse en Inglaterra á los Waltones.

6. Así que por lo que toca á todas las filosofías sistemáticas, tanta burla hacia de unas como de otras, y aún más que de todas se burlaba mucho de la crítica de ellas. Solo daba algun cuartel á la física experimental; pero no tanto como otros, que eran más indulgentes, pretendiendo que de cien experimentos, apénas se hallarian dos, hechos con la debida exactitud. En órden á la física matemática, que es hoy la física de la gran moda, adoptada por casi todas las academias de Europa, y es aquella que pretende deducir todas sus conclusiones de principios matemáticos y geométricos, se reservaba el derecho de juzgar, hasta que estuviese mejor instruido de ella: bien que decia le daba el corazon, que los principios de estas dos facultades apenas podian servir más, que para explicar las leyes del movimiento, la mayor ó menor resistencia, gravedad ó levedad de los cuerpos, su elasticidad respectiva, y algunos pocos efectos de la luz. Por lo demás, no concebía de qué utilidad podian ser los principios de la matemática y de la geometría, para explicar las verdaderas causas y constitutivos de todó cuerpo sensible y natural, que es el objeto de la física; pero al fin suspendía su juicio, hasta que mejor instruido en autos, se hallase en estado de pronunciar con conocimiento de causa.

7. En lo que no le suspendía era en el acierto y en la felicidad, con que la crítica moderna trataba el

importantísimo punto de la oratoria cristiana, en la evidencia que hacia de que esta no solo estaba adulterada, sino vilipendiada, estragada, despedazada y lastimosamente corrompida, en las verdaderas y radicales causas, que señalaba de esta lamentable corrupcion, y en las sabias, discretas é infalibles reglas, que prescribia para resucitarla, para darla nueva vida, y para conducirla al mayor estado de perfeccion á que puede llegar en lo humano.

8. Por lo que toca á la hedionda corrupcion de la oratoria cristiana, la crítica no hace más que remitirnos á los sermones que oimos. Entre mil predicadores, apénas se hallarán dos ó tres, que sepan las partes de que se compone un sermón: y entre millares de sermones, con dificultad se encontrarán otros tantos que merezcan este nombre. Los más son un tejido de disparates sin orden, ó una sarta de osadías sin juicio, ó un encadenamiento de agudezas sin solidez, ó una chorrera de chicos sin jugo, y los ménos malos un matorral de verdades trivialísimas, sin método, sin cultura, sin eficacia y sin mocion.

9. Las verdaderas, legítimas y originales causas de estar tan corrompido el púlpito cristiano, singularmente en España, todas se pueden reducir á tres: á la poca ó ninguna estimacion, que hacen del púlpito los que ordinariamente nombran á los predicadores; á la poca ó ninguna aplicacion de los mismos predicadores nombrados, que no se dedican á instruirse en su facultad y á hacerse maestros en ella; y en no pocos á su incapacidad de aprenderla aún cuando se dedicaran: y finalmente, al mal gusto de

los auditorios, que aplauden lo que debieran abominar, y abominan lo que debieran aplaudir.

10. En casi todas las religiones de España se aprecia mucho más la carrera de las cátedras, que la del púlpito; se hace más estimacion de la cátedra de Aristóteles, que de la del Espíritu Santo; se conceden mayores honores al maestro más inepto, que al predicador más sobresaliente. Esto es de notoriedad pública; pero ¿puede haber error más perjudicial ni más lamentable? Dícese, que el médico comienza donde acaba el físico *Ubi definit physicus, incipit medicus*. Si la filosofía es la que enseña ordinariamente en nuestras escuelas, tan impertinente es para la medicina como para la música; ¿pero quién negará, que donde acaba el teólogo, allí ha de comenzar el predicador? ¿Cómo podrá serlo, no digo sobresaliente, pero ni aún tolerable, el que no sabe los misterios de la fé, los dogmas de la Religion ni los sentidos de la Escritura? y ¿cómo sabrá los primeros para enseñarlos al pueblo, el que no está más que medianamente versado en la Teología escolástica; ni los segundos, el que ignora la dogmática; ni los terceros, el que jamás ha estudiado la expositiva ni mucho ménos la mística? ¿cuánto desbarrará en los misterios de la Trinidad, de la Encarnacion, de la Eucaristía, el que no ha estudiado estas materias; cuántos disparates dirá acerca de la predestinacion, de la reprobacion, de la Providencia, de la economía, de la gracia, de la presciencia infalible de Dios, sin perjuicio de la libertad, el que no esté más que razonablemente instruido en todos estos necesarísimos tratados? ¡qué locuras, qué puerilidades, qué chocarrerías! y tal

vez qué blasfemias heréticas no dirá, abusando de los textos de la Sagrada Escritura, el que no sabe manejarla, ni en su vida se ha dedicado á estudiar los cuatro únicos sentidos en que es capaz de explicarse, el literal, el alegórico, el místico y el tropológico? Todo esto no se puede saber, sin estar más que superficialmente versado en las cuatro partes de la Teología; ¿pues por qué se ha de hacer más aprecio de esta, que de la oratoria, siendo así que puede uno ser gran teólogo sin ser predicador, pero no puede ser gran predicador sin ser gran teólogo?

11. Digo, pues, para descargo de mi ánima, que no me parece razonable esta preferencia, y que á mi pobre juicio debieran reflexionar las religiones que la usan, que ninguna de ellas se introdujo en el mundo, se propagó y se elevó al auge de estimacion en que hoy las vemos, por las funciones de la cátedra, sino por los misterios del púlpito, ejercitados con solidez, con meollo y con celo á la usanza apostólica. Así que no ha llegado á nuestra noticia, que hasta ahora se haya fundado en la Iglesia de Dios ninguna religion de matemáticos, de físicos, de filósofos, de teólogos; y en verdad, que se han fundado algunas con el título de religion de predicadores, de misioneros, de la doctrina cristiana, *et reliqua*. Pues aquí de Dios y del Rey, si las cosas se conservan por aquellos mismos principios, que las producen (hablo como se acostumbra, que la verdad de este principióte quédese en su lugar); si las cosas se conservan por aquellos mismos principios, que las producen; y si es indubitable, que las más de la sagradas religiones fueron producidas, propagadas y elevadas á

la procera estatura en que hoy las veneramos, por los apostólicos ministerios del púlpito; ¿qué razón habrá, divina ni humana, para que se haga en ellas más caudal de las fatigas literarias de la cátedra?

12. No quiero decir por esto, (ni Dios permita tal) que no ha de haber en ellas maestros, y que no se ha de hacer un sumo aprecio de los que verdaderamente lo fueren; ántes pretendo todo lo contrario. Si voy suponiendo que es imposible de toda imposibilidad, que haya buenos predicadores, sin que sean buenos teólogos; ¿cómo he de intentar, que no sean sumamente estimados los que los enseñan á serlo? Lo que digo es, que si el predicador supone al teólogo, no debe ser más estimado el teólogo que el predicador. Lo que digo es, que en mi corto entender no debieran las religiones nombrar á alguno para que enseñe desde el púlpito, que no fuese capaz y muy capaz de enseñar desde la cátedra, y que ya no hubiese enseñado desde ella; pero ¿qué sucede por lo regular? Al que no entiende los ergos, ó mira con tédio las arideces escolásticas, como tenga buena voz, buena memoria, buena presencia y mucho despejo, hágote predicador de la noche para la mañana, y ármote de punta en blanco caballero del púlpito, con dos grandes legajos de papeles ajenos, buenos ó malos, con media docena de sermonarios impresos, malos ó buenos, y vandéate como pudieres.

13. De aquí nace, lo primero, que como las religiones saben muy bien hasta dónde llegan los talentos, de los que por lo comun hacen predicadores, los miran un poco al soslayo; y aunque les conceden

algunos honorcillos, son de prima tonsura, *ornatus gratia*, y dedaditas de miel para engolosinar niños; y aquellos que llegan á jubilar por la carrera del púlpito, son jubilados de media braga ó de tapadillo. Nace lo segundo, que los que pueden ir por la carrera de las cátedras, y pudieran ser predicadores eminentes, no los harán ir por la del púlpito, aunque los descrimen; y visto lo visto, de tejas abajo hacen bien, como soy clérigo. Nace finalmente lo tercero, que los que van por esta vía son por lo comun unos lindos religiosos, que por su parola, verbosidad y despejo, harian unos buenos procuradores, unos buenos sacristanes, unos famosos demandantes, pero hacen unos perversos predicadores. Étele, sino me engaño, la principalísima causa de la corrupcion de la cristiana oratoria en España de parte de los electores.

14. Y de camino queda dicha la que hay de parte de los electos. Siendo la mayor parte de ellos unos hombres, como los acabamos de pintar, poco gramáticos, nada filósofos y ménos teólogos; ¿por dónde han de saber, cual es su sermon derecho, ni hácia donde caen las partes de la oracion? (salvo las del arte de Nebrija) estudian sus mamotretos, zurcen unos, hilvanan otros, descuartizan éstos, enjalman aquéllos y vamos adelante; que al cabo de los diez ó de los doce años, jubilado me he de ser, y no me ha de faltar mi platillo, ni á mal dar, un vicariato de monjas; y desdichada la madre que no tiene un hijo predicador jubilado, que llegue á definidor.

15. Finalmente, contribuye tanto como lo que más á la corrupcion de nuestra oratoria, el mal gusto

de los oyentes. Mas porque no quiero infernar mi alma, declaro para descargo de ella, que el mal gusto de los oyentes es hijo legítimo y de legítimo matrimonio del perverso gusto de los predicadores. Si aquellos pobrecillos no oyen otra cosa; ¿cómo no se les ha de pegar necesariamente lo que oyen?

16. Ora bien, yo leí en cierta parte del mundo un tratadillo oratorio del padre Sanadon, jesuita, en que prueba, que esto de mal gusto de los ingénios, es enfermedad contagiosa, y que se deben usar preservativos contra ella; pero la lástima es que al mismo discretísimo padre le parece, que es muy dificultoso encontrarlos eficaces; y en verdad que sino me engaño mucho, lo esfuerza de manera, que sino convence, concluye. Que el mal gusto se pegue como contagio, es más claro que chocolate de padre de la Compañía; y no hay más que ir discurriendo por los siglos en que reinó el más perverso, buscar la causa de su propagacion, y se encontrará la prueba. Solo hay una diferencia entre la peste y el mal gusto, que los estragos de aquella se conocen ántes que se experimenten; los de éste, hasta que se experimentan no se advierten: aquélla cunde á ojos vistas, éste se propaga sin sentir: por lo demás, así como aquella se dilata por la comunicacion de los apestados, así ni más ni ménos se va extendiendo éste por el comercio de los que se sienten tocados del gusto epidémico.

17. Que no se encuentren á dos tirones preservativos eficaces contra esta epidemia, y consiguientemente que su curacion sea muy dificultosa, por no llamarla desesperada, es una verdad que casi salta á

los ojos. Lo primero, hay pocos médicos capaces de emprenderla. Los génios superiores, cuales se requieren para tomar á su cargo el desengañar á los entendimientos de sus erradas preocupaciones, son raros. Algunos hay que las conocen muy bien, que se lamentan de ellas, que en lo interior de su corazon las abominan; pero en el fuero externo déjense llevar de la corriente, y hacen lo que todos los demás; porque el *laudo meliora, provoque... deteriora sequor* en toda especie de cosas tiene muchos sectarios. Lo segundo, la naturaleza de la enfermedad la hace casi irremediable; ¿cómo se ha de curar un mal, con el cual se halla tan lindamente el enfermo, que le cae muy en gracia, y que á su parecer nunca está más robusto, que cuando está más achacoso? Si algun médico caritativo intenta su curacion, riése el enfermo de la locura del médico, y dice, que él es el que verdaderamente tiene necesidad de curarse. Con que vé aquí la peste del mal gusto extendida, y punto ménos que sin remedio.

18. Uno solo hay y ese es eficacísimo. Este seria, que á ninguno se le permitiese predicar, que no fuese hombre muy probado en letras, en virtud y en juicio. Y no hay que decir, que esto es pedir gollerías; porque solo es pedir lo que David y San Pablo piden indispensablemente á todo predicador. El primero dice en sentido acomodable al intento: *Disponet sermones suos in iudicio*: véle ahí el juicio. El segundo quiere, que el predicador sea irreprehensible: *Oportet irreprehensibilem esse*: véla ahí la virtud; de doctrina sana y capaz de argüir y de convencer á los que le contradijeren: *In doctrina sana, et eos*

qui contradicunt arguere; véis ahí las letras. Y no hay que salirme con la pata de gallo, de que San Pablo no habla de los predicadores sinó de los obispos. Vagatelas: habla de los obispos, en cuanto son predicadores: pues sabida cosa es, que el oficio de predicar es propio y privativo del obispo, y que en la primitiva Iglesia el obispo predicaba de oficio. Como después se multiplicó el número de los fieles, se extendieron tanto las Diócesis, y no era posible que los obispos estuviesen en todas partes para repartirlos el pan de la divina palabra, introdujéronse los predicadores á quiénes los concilios llaman coadjutores de los obispos en el ministerio de predicar; *Coadjutores Episcoporum in ministerio verbi*; y por tanto solo se escogian para eso á los que sobresalian más entre todo el clero en virtud y en sabiduría. Yo quisiera saber, ¿por qué ahora no se podría hacer lo mismo?

19. Y no, que en ordenándose de Misa cualquiera teologuillo, luego solicita sus licencias corrientes para confesar, predicar, bobear, etc., y allá se las campaneá. Pero siendo esto tan malo, todavía no es lo peor. Hay en una Universidad un manteistilla chusco, pero aplicado y grande argüidor. Ha estudiado su filosofía, y sus tres ó cuatro años de teología con créditos de ingenio, y ha sustentado un par de actos con despejo y con intrepidez. Hacen á su padre ó á su tío mayordomo de la Cofradía del Santísimo de su Lugar: echa el sermón al hijo ó al sobrino, acude por la licencia, despáchasele por lo comun sin tropezar en barras: sube al púlpito con su sobrepelliz almidonada y de perifollo, representa con desembarazo lo que otro le compuso, ó echa por aquella boca con grande satisfaccion

los disparates que él mismo enjirrió; porque un pobre muchacho, sin más estudio, que cuatro párrafos escolásticos, ¿qué obligacion tiene á saber componer otra cosa? Acábase el sermón ó lo que fuere: ¿hay vitores, hay aclamaciones, hay enhorabuenas, hay después grandes brindis y muchas coplas en la mesa? ¿Y qué sucede no pocas veces? Que al dia siguiente sale una mozuela, poniendo demanda de matrimonio al señor predicador, y en aquella misma iglesia, donde le oyeron tantas maravillas del Sacramento de la Eucaristía, le ven recibir pocos dias después las bendiciones para el del Santo Matrimonio (1).

(1) Sucedia en siglos anteriores, que á ocasiones, y casi siempre por satisfacer exigencias de los parientes, ó de los pueblos de donde eran naturales, los obispos concedian licencia para predicar algun sermón, á estudiantes que solo habian recibido la prima tonsura, ó cuando más, las órdenes menores. Así acontecia lo que aquí critica oportunamente el autor y no era raro el caso de contraer matrimonio, uno que antes habia ejercido el ministerio de la predicacion. Hoy con mucha dificultad se conceden estas licencias, si bien no hace muchos años oimos predicar á un menorista en cierta iglesia del arzobispado de Sevilla.

CAPÍTULO VI.

EN QUE SE PARTE EL CAPÍTULO PASADO, PORQUE HA CRECIDO MÁS DE LO QUE SE PENSÓ, Y SE DA CUENTA DE LA CONVERSACION PROMETIDA.

PUES, como iba diciendo de mi cuento, de esta y otras bellas especies de crítica estaba más que medianamente instruido nuestro beneficiado; y como por otra parte no era de aquellos sectarios plebeyos ó de escalera abajo que hay en todas las escuelas, los cuales miran á los de la contraria con sobrecejo, con desden y aún con horror, sino de los nobles, de los distinguidos, de los verdaderamente despejados, que haciendo la debida diferencia entre los dictámenes del entendimiento y los de la voluntad, conocen muy bien que en todas las escuelas católicas hay maestros, que se pierden de vista, doctores sapientísimos, hombrones de doctrina consumada, y que tambien hay en todas insignes majaderos; aunque él habia estudiado opiniones contrarias á las que comunmente se enseñaban en el convento de su lugar, donde estudiaba nuestro Fray Gerundio, veneraba mucho á algunos de aquellos padres maestros, y tenia grande y familiar trato con todos los padres graves de la comunidad, los cuales viendo su gran juicio, su porte verdaderamente eclesiástico, su mucha erudicion, sus

bellos y gratísimos modales, su chiste y gracia natural, sin salir jamás de los términos de una modesta compostura, y sobre todo el sólido amor y estimación que profesaba á la órden, acreditadas con buenas pruebas, no solo le correspondian con igual estimación y cariño, sinó que no se reservaban de tocar en su presencia algunas materias domésticas con religiosa y amistosa confianza.

2. A dos de los padres más sábios, más religiosos y más graves del convento, cuyas celdas eran las que él frecuentaba más, y á quiénes él trataba con mayor estrechez, oyó lamentarse muchas veces de los lastimosos desbarros del predicador mayor de la casa; pero mucho más del daño que hacia con su ejemplo y con sus disparatadas máximas en punto de predicar á los colegiales mozos, y especialmente al candidísimo Fray Gerundio, á quién tenia tan imbuido, en que para ser gran predicador no era menester ser filósofo, niteólogo, ni calabaza, que habia cobrado un sumo horror á todo estudio escolástico, sin haber bastado para hacerle que se aplicase á él, ni avisos particulares ni reprehensiones públicas ni panes y agua, ni disciplinas ni otros castigos, que usaba santamente la órden. Añadian, que ya le hubieran sacado ignominiosamente de los estudios, sinó tuviera unas prendas por otra parte tan amables, y á no estar apadrinado de un padre ex-provincial, que le habia dado el Santo hábito; y sobre todo, por el respeto de sus buenos padres, que aunque eran unos labradores honrados y no ricos, con todo eso eran de los hermanos más devotos y más proficuos que tenia la órden.

3. Una de las ocasiones en que aquellos dos reverendísimos trataron esta materia con mayor vehemencia y con mayor compasion, en presencia de nuestro beneficiado, les dijo éste: ora, padres maestros, tanto como la cura del padre predicador mayor, no me atrevo á emprenderla, porque la tengo por desesperada. Está el mal tan arraigado, que se ha convertido en naturaleza, y el enfermo tan casado con su mal, que echará á pasear, á quien pretenda curarle. Pero Fray Gerundio es otra cosa; el achaque está muy á los principios, ni está tan duro el alcazer, y como quiera *nihil tentase nocebit*. Yo ni confío ni desespero: mas ¿qué vamos á perder en intentarlo? A Dios y á dicha voy allá sin perder tiempo, y diciendo y haciendo partió derecho á su celda.

4. Entró en ella con familiaridad de doméstico, encontróle leyendo, y le preguntó con festivo desembarazo: ¿Qué hace V., amigo Fray Gerundio? ¿qué he de hacer, señor beneficiado! Habrá una hora, que acabé de trasladar un sermon, y cansado ya de escribir me puse á leer en un libro el más guapo que he leído ni pienso leer en todos los dias de mi vida; y en verdad que si le leyeran nuestros padres maestros, no me aporrearán tanto para que estudiase las impertinencias que estudian sus paternidades. ¡Ay cosa! replicó el beneficiado: ¿y cómo es la gracia de ese libro? Por cual me pregunta usted, que tiene muchas, y todo él es una pura gracia. No digo eso, continuó el beneficiado, sino que, cómo se intitula el libro. ¡Ah! ¿cómo se intitula? respondió Fr. Gerundio: ¿cómo se intitula? eso es otra cosa, y no la habia entendido. Como se intitula... par diez

que ya no me acuerdo. Pero tenga usted, que ya se me vino á la memoria. Se intitula *el Capuchino...* No, no: soy un borracho: no se intitula *el Capuchino*; pero ello es cosa de barbas; ¡ah! ya me acuerdo bien; se intitula *El barbon*. ¿El barbon?... No; ¡válgate Dios por memoria! mas ello, pues está aquí el mismo libro, hay más que ir á ver la primera llana y lo sabremos.

5. Bien conoció desde luego el beneficiado, que hablaba de la obra del Barbadiño; pero no le quiso interrumpir, por el gusto que le daba oírle desatinar, y para ver si caía en cuenta, de que quien no sabia ni aún el título del libro que estaba leyendo, como habia de entenderle. Al fin, viéndole tan embarazado, le dijo: No es menester, que V. lea la primera llana; que ya sé que libro es ese. Está escrito en portugués, y se intitula, *el Verdadero método de estudiar*; y aunque su autor quiso esconderse tras de las venerables barbas de un capuchino de la congregacion de Italia, y por eso tuvo por bien llamarse el P... Barbadiño, pero con licencia de sus barbas postizas, ya todo el mundo le conoce por las verdaderas, con sus pelos y señales; y hasta los niños cuando pasa por la calle, le señalan con el dedo, diciendo: *ahí vá el señor arcediano*. Pero á propósito, mi padre Fray Gerundio; ¿usted entiende la lengua portuguesa? Toda, no señor, respondió el candidísimo religioso, pero tanto como hasta una docena de palabras ya las entiendo bien, y con ellas me vandeo: como *Pregador, Evangelho, Sermoens, Fieis*, y así otras á este tenor. Y como por el hilo se saca el ovillo, por unas palabras saeo otras, y acá á mi

modo formo el concepto de lo que quiere decir. Mas puesto que segun parece V. ha leído esta obra, dígame; ¿qué siente de ella en Dios y en su conciencia?

6. Eso, padre mio, es cuento largo, respondió el beneficiado, y hoy no estoy muy de vagar: puede ser que algun dia se ofrezca ocasion de que hablemos de este punto; aunque de paso diré á V. que como hubiera escrito con ménos satisfaccion, sin tanta arrogancia, y con más respeto de muchos hombres de bien, habidos y reputados por tales entre todos los literatos del mundo, puede ser que hubiera sido mejor recibida la obra, porque no se puede negar, que tiene *muita coiza boa*. Entre esas, dijo Fray Gerundio, las que mejor me parecen á mí, son aquellas en que da contra la lógica, la física; la metafísica, la animástica y la teología escolástica, tratándolas *de ridicularias*, nombre que repite mucho, y á mí me dá grande choz, porque me suena tan lindamente. Poco á poco, padrecito mio, replicó el beneficiado, no levante V. ese falso testimonio al señor Arcediano de Ehora, aunque no es V. el primero que se lo ha levantado; pero el hecho es, que él no da contra esas facultades. Lo primero dá contra el mal método, con que se enseñan en Portugal y aún en toda España, y en eso no le falta razon: lo segundo contra las muchas cuestiones inútiles é impertinentes, que se mezclan en ellas, y en esto le sobra: lo tercero contra el demasiado tiempo, que se gasta en enseñar las que pueden ser de algun provecho, y en esto tampoco va descaminado. En materia de física natural, no dice que no se estudie, sino que no es física ni calabaza la que comunmente se estu-

dia por acá; y tambien esto, son pocos los hombres verdaderamente sabios los que no lo conozcan, aunque no sean muchos los que lo confiesen.

7. Pues sino es física la que se enseña por acá, replicó Fray Gerundio, y yo no tengo de ir á estudiarla donde se enseña, excuso aporrearame la cabeza. No se ha de tomar eso tan en cerro, respondió el beneficiado, ni quiere decir el Barbadiño, que nada de lo que acá se enseña sea física, sino que mucha y aún la mayor parte no lo es. Item, aunque dá á entender, que en Portugal y aún en toda España, apénas se tiene noticia de la que es física legítima, castiza y verdadera, con licencia de sus venerables barbas, no tiene razon. No ha salido ni verosimilmente saldrá en mucho tiempo curso alguno español, que de intento la profese y la promueva, porque para eso es menester superar muchos estorbos, que en el génio nacional, son punto ménos que invencibles; pero tanto como saber hácia donde cae todo lo que soñaron los antiguos y cavilaron los modernos, así acerca de la constitucion del mundo en general, como de la composicion del cuerpo natural, que es el objeto preciso de la física, impugnando con vigor, con nérvio y con solidez á unos y á otros, hay por acá muchos hombres honrados que lo saben, por lo ménos tan bien como el reverendo padre Barbadiño.

8. Dejo á un lado, que el famoso Antonio Gomez Pereira no fué inglés, francés, italiano ni aleman, sino gallego por la gracia de Dios y del obispado de Tuy, como quieren unos, ó portugués, como desean otros; pero sea esto ó aquello, que yo no he

visto su fé del bautismo, al cabo español fué, y no se llamó Jorge, como se le antojó á Monsieur el Abad Ladvoeat, compendiador de Moreri, y no tuvo por bien de corregirlo su escrupulosísimo traductor, sin duda por no faltár á la fidelidad. Pues es de pública notoriedad en todos los estados de Minerva, que este insigne hombre, seis años ántes que hubiese en el mundo Bacon de Verulamio, más de ochenta ántes que naciese Descartes, treinta y ocho ántes que Pero Gasendo fuese bautizado en Chantersier, más de ciento ántes que Isaac Newton hiciese los primeros puchericos en Volstrobe de la provincia de Lincoln, los mismos, con corta diferencia, ántes que Guillermo Godofredo, Baron de Leibnitz, se dejase ver en Leipsic, envuelto en las secundinas; digo, padre mio Fray Gerundio, que el susodicho Antonio Gomez Pereira, mucho tiempo ántes, que estos patriarcas de los filósofos neotéricos y á la papillota levantasen el grito contra los podridos huesos de Aristóteles; y saliesen uno con su órgano, otro con sus átomos, éste con sus turbillones, aquel con su atraccion, el otro con su cálculo, y todos refundiendo á su modo lo que habian dicho los filósofos viejísimos; ya nuestro español habia hecho el proceso al pobre estagirita. Habia llamado á juicio sus principales máximas, principiotes y axiomas: habíalos examinado con rigor y con imparcialidad, y sin hacerle fuerza la quieta y pacífica posesion de tantos siglos, habia reformado unos, corregido otros, desposeido á muchos, y hecho solemne burla de no pocos; tanto, que algunos críticos de buenas narices son de sentir que Antonio Gomez fué el texto de esos revolvedores

de la naturaleza que ahora meten tanto ruido, pretendiendo aturrullarnos, los cuales no fueron más que unos hábiles glosadores ó comentadores suyos; y yo, aunque algo romo y pecador, me inclino mucho, á que tienen razon á lo ménos en gran parte, como fácilmente lo probaria si mereciera la pena.

9. Pero no metiéndonos ahora con los huesos del señor Antonio Gomez, que están bien enterrados, siquiera por los que su merced hizo enterrar en Medina del Campo, cuando fué médico de aquella villa, digo, que bien pudiera no disimular el padre Fray Barbadiño, que aún en las físicas más rancias de España se hace larga y muy comprensiva mencion de las antiguas, y consiguientemente tambien de las modernas; porque éstas, segun dije poco há, á la reserva de tal cual bachillería, experimentillo ó cosa tal, apénas son más que una pomposa ó galana refundicion de aquellas. A Meliso y Parménides, que no reconocian más que un único principiò, inmutable, indivisible, sin ponerle nombre ni querernos decir como era su gracia, pretendiendo que de la varia combinacion de él se componian todos los cuerpos, y consiguientemente no reconociendo en ellos diferencia alguna específica y substancial, sino meramente accidental, copiaron después todos los modernos, que negaron las formas substanciales, y reconocieron otro principio de todo cuerpo sensible que uno solo, al cual bautizó cada uno con el nombre que le dió la gana. Este le llama *Átomos*, aquel *Materia*, el otro *Glóbulos*, et sic de reliquis.

10. A Meliso, Anaximènes, Heráclito y Hesiòdo, que tambien fueron filósofos monotelitas, esto es,

que tampoco reconocian más que un principio de todos los mixtos, pero dieron un pasito más adelante, y cada uno le nombró según su género ó capricho, porque Meliso, que debia de ser flemático y aguado, dijo, que todas las cosas se componian de agua y no más: Anaximènes, que debia de adolecer de fantástico y lijero, defendió, que todo era puro aire: Heráclito, que sin duda era de género ardiente y fogoso, se desgañitaba por persuadir, que todo era fuego; y Hesiodo, que en su poema intitulado *las Obras y los Dias*, acreditó su inclinacion á la agricultura, y consiguientemente á los terrones, juraba por los dioses inmortales, que todo cuanto veíamos y palpábamos era tierra, y no le sacarian de ahí cuantos araban y cavaban. Digo, pues, que á estos filósofos de antaño tambien remedaron aquellos filósofos de ogaño, que firmes en la resolucion de no admitir más que un único principio de todos los entes corpóreos, andan besando las manos á todos los cuatro elementos, unos á éste, y otros á aquél, para acomodarse cada cual con el que mejor le parece. Y note V. sobre la marcha, mi padre Fray Gerundio, que el peso del aire, que tanto nos cacarean los modernos, como un descubrimiento muy importante que no se habia hecho en el mundo, hasta que se inventó la máquina pneumática, con el cual nos encajan una filosofía llena de ventosidades, ya en tiempo de Anaximènes debia ser tan conocido como el peso del plomo. Porque si este filósofo tuvo para sí por cosa cierta é indubitable, que todo cuanto veia y palpaba era aire y nada más (y en cierto sentido, á fé que no le faltaba razon), que el plomo era aire, el hierro era aire, las

piedras eran aire, necesariamente habia de persuadirse á que el aire era pesado.

11. En la misma cierta, firme y valedera persuacion estuvo no ménos que el mismo Aristóteles, á quien sus propios discípulos en muchas materias dejan padecer unas persecuciones injustas de estos bellacones de filósofos modernos, que en Dios y en mi conciencia no sé como se lo sufre el corazon; pero ¿qué han de hacer los pobres, si los más ni aún por el pergamino han leído en su vida á su maestro? Pues este hombre verdaderamente grande, conoció demostrativamente el peso del aire con un experimento que hizo sencillo, simple y natural, sin más máquina pneumática, que la de un triste pellejo: pesóle primero estrujado, y pesóle después inflado, y halló que inflado pesaba más, que estrujado: con que infirió legítimamente, que á no ser por arte de encantamiento, esto no podia suceder, sin que el aire tuviese peso. Esta experiencia la refiere el mismo buen viejo claritamente, y no con palabras góticas, como él ó sus intérpretes se explican en otras partes, en el *libro 4.º de Cælo, cap. 4.º* y en verdad, que para hacerla no hubo menester andarse con bolas de vidrio llenas de aire, ni con máquinas pneumáticas para extraérsele, como lo hizo el bueno del académico Monsieur Amberg, supongo que no más que *ad terrorem*, pues para la prueba bastaba cualquiera vejiga de puerco, de buey, y aunque fuese de un burro viejo.

12. No le agradó á Empedocles esta monotonía en la constitucion de los cuerpos, y queriendo echar el pié adelante á todos los que habian precedido, dijo,

que aquellos tan léjos estaban de componerse de un solo único elemento, que todos se componian de todos cuatro; pero no como nosotros grosera y sensiblemente los percibimos, impuros, mezclados y revueltos unos con otros, sino purísimos, desecadísimos, y en fin, como á cada uno le parió su madre la naturaleza; preguntado ¿en qué consistia la diferencia específica de los mixtos, puesto que todos se componian de unos mismos simples? Respondia, con aquella gravedad y con aquella soberanía propia de un hombre que despreciaba coronas y cetros, que á la reserva del hombre (á quien no negaba alma racional, distinta de los cuatro elementos) todos los demás mixtos solo se diferenciaban entre sí, ya por la varia combinacion de los elementos mismos, ya por el mayor predominio del uno sobre el otro, y que así entre la rana y el burro no habia otra diferencia, sino que en aquella dominaba el agua, y en éste la tierra, y que por eso croába la una, y el otro rebuznaba.

13. ¿Parécele á V., padre mió Fray Gerundio, que los modernos no remedaron tambien al amigo D. Empédocles? Pues cuente V. por secuaces suyos á todos aquellos médicos á *la dernière* (son estos innumerables) los cuales no se contentan con decir, que en todos los mixtos se mezclan los elementos, lo que apénas se puede dudar, sino que añaden, que á ellos y á nada más se reducen todos los mixtos, pretendiendo que todo cuanto se extrae de ellos por el análisis ó por la resolucion es aire, agua, tierra y fuego, *et præterea nihil*. Cuente V. tambien por el mismo partido á los químicos, y sepa, que este el

dia de hoy es un partido formidable, los cuáles, aunque de los elementos de Empedocles solo admiten en la apariencia dos, conviene á saber, el agua y la tierra, y en lugar de los otros dos inventan ellos tres, á los cuáles llaman espíritu, azufre y sal, pero en realidad el espíritu se reduce al aire, el azufre al fuego y la sal al agua; con que solo añaden voces al sistema empedocliano. Finalmente, cuente V. por el mismo vando (segun quieren malas lenguas) al habilísimo jesuita Honorato Fabri, el cual, aunque en rigor hizo burla de todos los sistemas filosóficos, sin declararse partidario de alguno de ellos; pero alguna mayor inclinacioncilla mostró á la opinion de nuestro Empedocles; bien que exceptuando de ella al hombre y á los brutos, porque esto no lo podia ajustar con lo que enseña la fé.

14. Y los señores filósofos atomistas y corpusculares, que son los que hasta pocos años há han metido más bulla; ¿piensa V. que fueron originales? Ríase de eso por su vida: tan monas ó tan monos fueron como todos los demás. En diciéndole á V., que la filosofía atomista y corpuscular cuenta ya por lo ménos cerca de dos mil y cien años de antigüedad, que la inventó Leucipo, la adelantó Demócrito y la extendió Epicuro, más de trescientos años ántes que naciese Cristo, sabrá que los Galileos de Galileis, los Gasendos, los Bacones, los Descartes, los Maiguanes, los Saguens, los Toscas y otros que no se pueden contar, no hicieron otra cosa, que cristianizarla en lo que pudieron, refundirla en lo que no encontraron inconveniente, y sacarla al teatro barbihecha, afeitada y con zapatos nuevos.

15. Solo con poner en limpio lo que dijo Epicuro está hecha la prueba. Soñó, pues, alguna noche, que habia cenado poco y bebido mucha agua (porque con efecto fué hombre templado), que allá desde la eternidad andaban revoleteando libremente y á sus aventuras, sin órden y sin concierto por esos inmensos espacios, que llamamos caos, una infinita multitud de átomos ó de cuerpecillos, los cuales se estuvieron moviendo y travesando sin forma y sin destino, siglos de siglos, hasta que quiso su buena suerte y la nuestra, que por una dichosa casualidad se travaron, unieron y pegaron todos unos con otros, y formaron esta prodigiosa masa, de que se compone todo el universo, cielos, astros, montes, valles, rios, plantas, brutos, hombres. Para que esta casualidad, aunque extraordinaria, no fuese milagrosa, vino muy á pelo y condujo mucho, que los tales átomos ó cuerpecillos no eran todos, ni de una misma figura, ni de un mismo peso, sino que quiso la suerte, que unos fuesen redondos, otros cuadrados, estos cúbicos, aquellos piramidales, unos cilíndricos, otros triangulares, agudos éstos y aquellos chatos, unos más pesados y otros más leves. Y como estuvieron tanta infinidad de siglos encontrándose unos con otros, no fué imposible que al cabo acertasen á enlazarse, enredarse y engancharse recíprocamente, mezclándose con variedad unos con otros, y étele formada toda la masa del mundo, con toda la diversidad de mixtos y de entes que la constituyen.

16. Y no crea V. amigo Fray Gerundio, que Epicuro ni los muchos corbatines, bonetes y capillas,

que le copian al somormuso, se embarazan en explicar la diversidad sensible de los entes, segun esta sentencia; ¡bueno es eso para su despejo! Si V. les pregunta, ¿qué cosa es la tierra? Responderán con la mayor satisfacion del mundo; es un gran agregado de átomos cúbicos, que juntó la casualidad en un monton, y en eso consiste la consistencia y la solidez de la tierra; y el agua, ¿qué cosa es? Eso es claro como el agua. Es un casual conjunto de átomos redondos, circulares y globulosos, que no pueden estar parados si no los cierran en alguna vasija ó no los reprimen con algun dique, y vé ahí en que topa toda la fluidez de este elemento; ¿y el fuego? El fuego, ¿quién no vé que es una masa de átomos piramidales, puntiagudos y muy afilados, que á fuer de tales, todo lo penetran, lo taladran y lo deshacen? y cádate ahí el secreto de su prodigiosa actividad. Y el aire, ¿qué será? ¡Bella pregunta! ¿qué entendimiento habrá tan romo, que no conozca, que el aire no viene á ser más, que un inmenso espacio ocupado de bolillas revoleteantes, mucho más menudas, tersas y lisas, que las que componen el agua? Y en esto consiste clara é indubitavelmente, que aquel sea mucho más fluido y mucho más diáfano que esta.

17. Vé aquí, Fray Gerundio amigo, los principales sueños de los filósofos antiguos, y las principales imaginaciones de los modernos, que apénas se diferencian de aquellos más que en media docena de terminillos, y en haber sacado al teatro sus opiniones con otro traje más de moda. Yo no negaré, que unos y otros hicieron lo que pudieron para averiguar sus secretos á la naturaleza, y para sacar á luz sus

escondrijos, y que esto es lo que se llama filosofía; pero ¿quién le ha dicho al reverendo señor Don Barbadiño, que esta filosofía se ignora en Portugal y en España? Ciertamente que teniendo su merced tanta obligación como se sabe, á no ignorar lo que ha pasado en su misma universidad de Coimbra, causa admiración que afecte ignorar lo que escribieron los sábios jesuitas coimbricenses en su curso filosófico. Allí verá explicados muy extensamente todos estos sistemas, y también los verá impugnados con el mayor nervio. Es verdad, que como aquellos padres no alcanzaron á estos monsiures novísimos, no pudieron impugnarlos en sus propios términos. Pero si es cosa averiguada, que la que se llama filosofía nueva y flamante, es solo un tejido de las más añejas y de las más podridas del mundo, todos los que tienen noticia de estas, tienen noticia de aquella, y todos los que impugnan las unas, impugnan la otra. Pues por esta cuenta, no solo en el curso de los coimbricenses, sino en muchos de los cursos filosóficos, que de doscientos años á esta parte se han impreso en España, hallará mucha noticia de la que su Paternidad Barbadiña llama filosofía legítima, castiza y verdadera.

18. Pero si todavía no se contenta con esto, y pretende que sea cierta su proposición, mientras no se verifique que en los cursos de España se conoce en su propia y mismísima figura esta filosofía del tiempo, aún así será preciso que la vuelva al cuerpo. Porque si le dieran lugar para saber lo que pasa por acá, sus estrechas correspondencias con ciertos amigos de Francia, y su aplicación infatigable á entender mal ó á interpretar peor las Bulas y Breves

Pontificios sobre las misiones de Oriente, tendria sin duda noticia, de que há más de treinta años se publicó en España el curso filosófico del sábio padre Luis de Losada, cuya admirable física comienza por un largo y docto discurso preliminar, en que se exponen, se examinan y se batien en brecha casi todos los sistemas filosóficos, que se llaman modernos por mal nombre, representándolos todos con sus pelos y señales. Aunque esta impugnacion, como imparcial y como verdaderamente sábia, no es tan en cerro ni tan á destajo, que en el discurso de la obra no se abracen algunas opiniones de los filósofos experimentales, desamparando la de los aristotélicos, á cuyo jefe, por lo demás, se sigue con juicio y sin empeño.

19. Acordariase tambien, de que el insigne valenciano Don Vicente Tosca, no solo nos dió larga noticia de todas las recientes sectas filosóficas, sino que aún se empeñó el santo clérigo, en que habia de introducir las en España, desterrando de ella la aristotélica. No logró el todo de su empeño, pero le consiguió en gran parte; porque en los reinos de Valencia y de Aragon se perdió del todo el medio al nombre de Aristóteles, se examinaron sus razones, sin respetar su autoridad, se conservaron aquellas opiniones suyas, que se hallaron estar bien establecidas, ó por lo ménos, no concluyentemente impugnadas y al mismo tiempo se abrazaron otras de los modernos, que parecieron puestas en razon; de manera que en las universidades de aquellos dos reinos se tiene tanta noticia de lo que han dicho los novísimos terapeutas de la naturaleza, como se puede tener en

la mismísima Berlin; y hay filósofos, que pueden hablar con tanta inteligencia en estas materias á las barbas de la misma Academia de las Ciencias de París, como los Regis y los Regaults en su misma mesmedad.

20. Finalmente, ahora, ahora en fresco, y como dicen, todavía chorreando tinta, se acaba de imprimir en Salamanca el primer tomo de un curso filosófico, que ha de constar no ménos que de doce volúmenes, en el cual, segun promete el autor, cuando llegue al tercero, todo él le ha de emplear en llamar á juicio todas las sectas filosóficas, recien nacidas ó resucitadas, y el cuarto en examinar los recobecos de la naturaleza al gusto de los modernos, sin perjuicio del derecho que se reserva, de averiguar en el quinto las verdaderas causas de tantas travesuras como hacen los metéoros, y de pasearse en el sexto por los cielos, como pudiera por su celda, donde es preciso que vuelva á encontrarse con los neotéricos, y, ó los abrace como amigos, ó los precipite de aquellas alturas como espíritus rebeldes, que no merecen pisar el estrellado país que no conocen. Ora bien, yo salgo por fiador de la habilidad del autor, pero no respondo del acierto de su ejecucion; y más, cuando él mismo destina ya *in prævisione* el tomo undécimo, para corregir los errores, descuidos ó equivocaciones de los diez precedentes; lo que parece señal, de que á lo ménos en estos diez tiene ánimo de errar, descuidarse ó equivocarse mucho, pues le ha hecho tan de antemano á dedicar todo un tomo á este único asunto. Verdad es, que para eso está seguro, de que en el tomo duodécimo y último no ha de padecer la

menor equivocacion, error ó descuido en los prolegómenos á la teología positiva y dogmática de que ha de tratar, si Dios fuere servido, para abrir los ojos á los teólogos y predicadores novicios; pues á no estar muy cierto, de que este último volúmen no ha de contener alguna errata ó descuidillo, era natural que el tomo de las erratas le reservase para el postrero, para comprender tambien en él las de los prolegómenos, como lo han hecho hasta aquí todos aquellos escritores, que quisieron dejarnos el buen ejemplo de confesar, que fueron hombres.

CAPÍTULO VII.

CÁNSASE DE HABLAR EL BENEFICIADO, SACA LA CAJA, TOMA UN
POLVO, ESTORNUDA, SUÉNASE, LÍMPIASE Y
PROSIGUE LA CONVERSACION.

DE todo lo cual inferirá V. mi padre Fray Gerundio, que el señor arcediano Barbadiño habló con sobrada indigestion en punto de filosofía de España; pues, aunque bien se pudiera ahorrar mucho de lo que en ella se enseña, y emplearlo mejor sin salir de la materia; pero no se pierde tanto tiempo, como pondera su merced muy reverenda; y al cabo, el filósofo Gasendista, el Cartesiano, el Newtoniano y el Aristotélico, algaravía más, algaravía ménos, todos salimos á nuestra algaravía. Pero bien entendido, que sin este tal cual estudio de la naturaleza, apénas se puede dar paso con acierto en las demás sagradas facultades.

Atónito estuvo oyendo el pacientísimo Fray Gerundio todo el largo razonamiento del señor beneficiado, sin toser, sin escupir, sin cespitar, y aún sin pestañear sino una sola vez, allá hácia el medio de la arenga, que se le puso una mosca de burro sobre la ceja zurda, y se le pegó de modo, que le costó mucho trabajo el desprenderla. Pasmóse de lo que le habia oido ensartar, con la leve ocasion de lo que le

habia preguntado acerca del Barbadiño; y aunque zorroclonco, no dejó de conocer que tenia razon en lo que habia dicho, pero que sobraba la mitad, y aún las tres partes y media para lo que pedia una conversacion, en que no se trataba sino por incidencia acerca de este autor. Pero como en efecto, le habia dado gusto todo lo que acababa de oirle, y el empeño del frailecito era escapar el cuerpo si pudiese á todo estudio escolástico, por dedicarse cuanto ántes al baratillo del *Verbum Dei*, segun la instruccion del lego, su catequista, y de su héroe el padre predicador mayor de la casa, quiso apurar del todo la materia. Y pareciéndole, que por lo ménos, lo que decia el Barbadiño acerca de la teología escolástica no tenia respuesta, le dijo: Señor beneficiado, todo lo que V. me acaba de explicar acerca de la filosofía, me parece lindamente; y aunque, la verdad sea dicha, que en lo más de ello yo no he entendido palabra, pero á mí me suena bien, y convingo en que no hace daño saber un poco de filosofía, aunque sea de la que nos enseñan por acá. Yo, bien ó mal, ya estoy para acabar mis tres años, y tanto como hablar de materia primera, de formas substanciales, de union, de compuesto *in fieri*, de principio *quod* y *quo*, y así de otras zarandajas, ya me atreveré á hacerlo como cualquiera arcipreste. Pero eso de pensar nuestros padres en que me han de obligar á que estudie teología escolástica, ¡tararira! no lo conseguirán aunque me emparedaran.

3. ¿Y por qué, amigo Fray Gerundio? le preguntó el beneficiado. ¿Por qué? Por las cosas que dice de la tal dichosa teología el susodicho Barbadiño. Pues

¿qué dice? le replicó el bellacuelo del clérigo. ¿Qué ha de decir? Mejor lo sabe V. que yo. *Dice lo primero, que esta facultad se trata pésimamente en Portugal, no solo en el convento, sino tambien en las universidades.* Y consiguientemente, lo mismo dirá de toda España, porque en toda ella no se trata la teología de otra manera, que en Portugal. Y eso ¿cómo lo prueba, padre mio? Como lo he de probar; con una razon que no tiene respuesta; porque dice, que acá se estudian cuatro años de teología, asistiéndose á cuatro cátedras, en las cuales se explican cada año dos materias de teología escolástica, una de moral y otra de Escritura, á la que ningun estudiante concurre, porque dicen que solo es buena para los predicadores. Y en esto, en verdad, que tiene razon; porque en este nuestro convento por lo ménos, donde tambien hay estudios de teología, yo no he visto otro modo de enseñarla, y discurro que lo mismo sucederá en los demás. ¿Y parécele á V. que eso basta, le preguntó el beneficiado, para decir, que se *trata pésimamente la teología?* A mí me parece que sí, respondió Fray Gerundio. Pues á mí me parece que nó, replicó el beneficiado. Porque eso á lo sumo probará, que el método no es bueno; que al cabo de los cuatro años es poca teología la que se trata; que ocho materias ó tratados escolásticos, cuatro de moral y otros tantos de Escritura, no bastan para que el estudiante salga teólogo hecho, ni aún para que tenga noticia de la vigésima parte de la teología, y en esto no iría descaminado; pero no prueba que la teología, poca ó mucha que se trata, se *trate pésimamente*, que es lo que suena

su valiente y atrevida proposicion. Fuera de que no puede ignorar el Barbadiño, que en una de las célebres escuelas de España, al cabo de los cuatro años se estudian ó se recorren todos los tratados de la teología escolástica, por un famoso compendio, que no le hizo ningun español, sino un docto religioso francés, y por lo mismo, será de su aprobacion. Si en otra de las escuelas no ménos célebres se observa el método que él satiriza, será, ó porque todavía no tiene un compendio teológico, segun sus principios, de su satisfaccion y acomodo para el uso de los estudiantes, ó por otras razones, que allá él se tendrá; pues al fin, como decia un alcalde de Villaornate, *si es Teatino y se ahogó, cuenta le tendria.*

4. ¿Y qué me dice V. le preguntó Fray Gerundio, de lo que añade poco después el mismo Barbadiño: *Que el primer perjuicio, ó la primera preocupacion que saca el estudiante del método de las escuelas, es persuadirse, que la Escritura para nada sirve al teólogo: Y el segundo es estar en la persuasion, de que no hay otra teología en el mundo, sino cuatro cuestiones de especulativa, y que todo lo demás son arengas y ociosidades de extranjeros... siendo esta en efecto la preocupacion general de todos los teólogos de este reino, y no rapaces ó ignorantes, sino maestros y hombres de barbas hasta la cintura?*

5. ¿Qué quiere V. que me parezca? respondió el beneficiado, que como el Barbadiño escribió la carta donde estampó estos disparates (y es la 14.^a del segundo tomo), cuando acababa de padecer ciertos vértigos ó vertígenes ó vahidos, ó como quisieren llamarlos, segun él mismo dice al principio de ella,

y debía de ser muy acosado de este accidente, por lo que se reconoce en sus cartas; todavía parece que le duraban algunas reliquias *del vértigo*, cuando afirmó dos proposiciones tan disparatadas con aquella osadía que es tan natural al hombre. Yo, estudiante he sido, y con estudiantes he tratado en las tres universidades de Salamanca, Alcalá y Valladolid, donde se estudia la teología escolástica, punto más, punto ménos, con el mismo método que en Coimbra, y en Eborá; pero hasta ahora no encontré estudiante tan zopenco, que de dicho método sacase la preocupación *de persuadirse, que la Escritura para nada sirve al teólogo*. ¿Ni cómo es posible, que alguno la sacase, á ménos que padeciese vértigos, viendo con sus mismos ojos, que en toda la teología escolástica no hay cuestion alguna, por especulativa, por abstraída, por metafísica, por sutil ó por inútil que sea ó que parezca, la cual bien ó mal no se procure probar con la Escritura? Y sino, señale siquiera una el Barbadiño. Aún la que él pone repetidas veces por verbi-gracia de las que llama *puerilidades teológicas*, conviene á saber, *si el principio quo generativo ó productivo en el padre y en el hijo, consiste en predicado, relativo ó absoluto*, todos los autores que siguen diferentes opiniones, procuran fundar la suya en textos de la Escritura; pues ¿qué estudiante ha de persuadirse, que la Escritura para nada sirve al teólogo, cuando sin Escritura no encuentra siquiera una cuestion de teología?

*Esto es saber hablar mal,
 Por no saber hablar bien;
 Y esto es mentir magistral,
 Por siempre jamás, Amen.*

6. El otro testimonio que levanta el Barbadiño, no ya á los estudiantes *rapaces*, sino á maestros *con barbas hasta la cintura*, de que *están en la persuasión de que no hay otra teología en el mundo, que cuatro cuestiones especulativas*, no le va en zaga al primero. Aquí donde V. me vé, sepa que tambien corré mi cachico de Portugal, donde traté con *Lentes* y *Mestres* de teología, que regentaban *as primeiras Cadeiras* del reino. En España he rodado mucha bôla, y aunque indigno pecador y vil gusano, he conversado silla á silla y facha á facha con muchos padres catedráticos, y hasta algunos padres lectores de la legua; quiero decir, aquellos lectores *in partibus* y como de burlas, que son lectores titulares de conventos semi-pinzochas, los cuales suelen ser más fieros y más entonados, que los mismos catedráticos de veras; digo, que hasta algunos de estos padres lectores de honor se han dignado darme puerta y silla, tratándome con cariño y casi con amistad. Pues certifico, y en caso necesario, juraré *in verbo sacerdotis*, que á ninguno, á ninguno, he encontrado tan boto de entendimiento, que no supiese muy bien, que además de la teología escolástica ó *positiva*, como la llama siempre el padre de las barbas largas, hay la dogmatica, la expositiva y la moral, á las que algunos añaden como teología aparte, la ascética ó la mística, y que todas estas cuatro ó cinco teologías se dan la mano unas á otras de manera, que tienen cierta dependencia ó conexion entre sí, y tanta, que ninguno puede llamarse teólogo consumado, si no está versado más que medianamente en todas ellas. Es verdad, que suponen nuestros

maestros (y por mí la cuenta si se engañaren en esta suposicion), que sin entender más que á media rienda á la teología escolástica, hay grande peligro de desbarrar mucho en la dogmática, de dar de hocicos en la expositiva, de no entender bien la moral, y de eseribir cien disparates en la ascética, salva siempre la iluminacion sobrenatural que lo suple todo. Esto es lo que he oido constantemente á todos nuestros maestros, no solo á aquellos *que tenian barbas hasta la cintura*, pero aún á muchos que apénas los apuntaba el bozo del magisterio, y aún tal cual, que parecia capon en el fuero externo, aunque delante de la cara de Dios seria lo que su Majestad fuese servido; ¿pues dónde encontró el señor padre Barbadiño *esos maestros con barbas hasta la cintura, que estaban persuadidos á que no habia otra teología en el mundo, que cuatro cuestiones especulativas?*

7. A lo ménos, replicó Fray Gerundio, no me negará V. que tiene razon en lo que añade más abajo: *Que todos los teólogos escolásticos están tan satisfechos de su especulativa, que dan al diantre á los extranjeros, porque se desviaron de ella... y que no vió hasta ahora Teólogo alguno de los que abrazaron con todo su corazon el peripato, que habiendo de proferir censura sobre los que introdujeron el método moderno, tomase el trabajo de examinar bien las razones en que se fundan los contrarios.*

8. ¡Pobre Fray Gerundio (respondió el beneficiado) y qué bellas tragaderas que tiene! Sí así engulle todo lo que encuentra en los libros, morirá de replecion de disparates. Muchos ensarta el Barbadiño en ese par de cláusulas, que le copia. Supone lo

primero, que todos los extranjeros se desvian de la teología especulativa, pues eso y no otra cosa quiere decir aquella proposicion indefinida y absoluta, de que los teólogos escolásticos dan al diantre á *los extranjeros*, porque se desviaron de ella; pero ¿quién le ha dicho á su Paternidad Barbadiña, que *todos los extranjeros* se desviaron ni se desvian de la teología escolástica? ¿Conet y Contenson, dominicos, fueron portugueses ó andaluces? ¿Rodes, Lefio, Tanero, jesuitas, fueron asturianos ó extremeños? ¿El cardenal de Norris y la Martinier, agustinos, fueron gallegos ó campesinos? ¿Mastrio y Wigant, franciscanos, fueron babazorros ó de las Batuecas? ¿y éstos se desvian de la teología escolástica, cuando muchos la comentaron toda, y los más una gran parte de ella? No quiero alegarle más ejemplos, porque seria negocio de formar una biblioteca. Los únicos extranjeros, que se desvian de la teología escolástica, son aquellos á quiénes incomoda ésta, para delirar á su satisfaccion en la dogmática, en la moral y en la ascética, sin reconocer otra regla para la inteligencia de la expositiva, que el capricho y la bodoquera de cada uno. Quienes sean estos monsieurs, no es menester declarárselo al Barbadiño, porque en sus escritos, y aún sin salir de esta carta, da fieros indicios de mantener gran correspondencia, ó á lo ménos de profesar mucha devocion á los principios, y tener gran fe con las noticias que gasta cierto grémio de ellos. Y aún de estos no todos tienen tanta ogeriza con la teología escolástica, como graciosamente quiere suponer su merced Barbadiña. Y sino, ahí está el doctor Jorge Bull, profesor de teología, y

presbítero de la Iglesia anglicana, que murió obispo de San David el año 1716, cuyas obras teológico-escolásticas, en fólío, nada deben á las más alambicadas que se han estampado en Salamanca y en Coimbra; y como los puntos que por la mayor parte trató en ellas son sobre los misterios capitales de nuestra Santa Fé, conviene á saber, sobre el misterio de la Trinidad, y sobre el de la Divinidad de Cristo, en los cuales su Pseuda-Iglesia anglicana no se desvia de la católica, en verdad, que los manejó con tanto nérvio y con tanta delicadeza, que los teólogos ortodoxos más escolastizados, como si dijéramos *electrizados*, hacen grande estimacion de dichas obras. Y aún en los dos tratados, que escribió acerca de la justificacion, que es punto más resbaladizo, en los principios que abrazó, no se separó de los teólogos católicos; pero en algunas consecuencias que infirió, ya dió bastante-mente á entender la mala leche, que habia mamado. Pues ¿por qué nos ha de querer embocar el señor Barbon, *que los extranjeros se desvian de la teología especulativa*; y que por eso los dan al diantre los teólogos escolásticos de Portugal y de España? Yo sí que doy al diantre los *vértigos*, que afligieron á dicho señor, en fuerza de los cuales deliró tanto el *coitado fradiño*, y nos quiso embocar tantas *parvoezas*.

9. Pues ahí es un grano de anís las que contiene la otra cláusula suya, con que me reconviene V. *que no vió ainda teólogo alguno, de los que abrazaron con todo su corazon el Peripato, que habiendo de proferir censura, sobre los que introdujeron el método*

moderno, tomase el trabajo de examinar bien las razones en que se fundan los contrarios. Tampoco yo vi ainda escritor alguno de los que abrazaron con todo su corazon la mordacidad, que escribiese con mayor satisfaccion, ni que dirigiese ménos los que escribia.

10. ¿Qué le parece á V. que entiende *por teólogos, que abrazaron con todo su corazon el Peripato?* Lea un poquito más abajo y lo encontrará. Entiende los que estudian la teología escolástica, *por cuyo nombre (dice él) se entiende una teología fundada en los perjuicios de la filosofía peripatética: quiere decir sobre las formas substanciales y accidentes, y sobre todas las otras galanterias de la escuela; pero no me dirá ¿dónde encontró esta casta de teólogos, ni dónde halló teología de esta especie?* La teología escolástica, que se usa por acá, no está fundada sobre las preocupaciones de la filosofía peripatética, ni se vale de ella para maldita la cosa, sino única y precisamente para el uso de los términos facultativos, á los cuales se les dió una significacion arbitraria, como *esencia, predicados, formas, accidentes, propiedades, emanaciones, ut quo, ut quod, formalitèr, materialitèr, auxilium quo, et sine quo, ecciedades, individuaciones, relativos, absolutos, etc.* Todas estas *galanterias* solamente la sirven para explicar con ménos palabras lo que quiere decir, y se vale de estas voces, por suponerlas ya entendidas desde la lógica y filosofía peripatética, donde se usa de ellas para los mismos significados; pero estos significados se aplican á principios y asuntos muy distintos, y aún inconexos con casi toda la teología

escolástica; ¿es esto estar fundada esta teología sobre los perjuicios de la filosofía peripatética? De esa manera tambien dirá, que están fundados sobre el Peripato todos los tratados que en este siglo han hecho entre si los príncipes de Europa, sean de paces, sean de comercio, sean de alianza, sean tambien aquellos que se llaman *tratados de familia*; porque en casi todos ellos se lee el terminillo, de que se quedarán las cosas *in statu quo*, que es tan peripatético como el *ut quo*, y el *ut quod*, el *in eo quod quid*, y el *quo ad an est*. Si hay algunas cuestiones en la teología escolástica, que en la substancia sean anfibia, esto es, que igualmente pertenezcan á la teología que á la filosofía, como son, las que tratan de la existencia de Dios, como primera causa de la creacion del mundo, en tiempo de la espiritualidad del alma, del libre albedrío ó de la libertad de los actos humanos, y algunas otras pocas más, éstas se tratan con total independendencia de los principios Aristotélicos, y muchas de ellas con positiva oposicion á ellos, y para nada recurrimos á la filosofía del Estagirita, sino puramente para explicarnos, y para que recíprocamente nos entendamos; pues ¿qué teología escolástica de mis pecados es esta, que está fundada en la filosofía peripatética? Vaya, que cuando escribió esto todavía le debia de durar el vértigo al Santo Padre.

11. ¿Y con qué conciencia dice, que *ainda no vió teólogo alguno, de los que abrazaron con todo su corazon el Peripato, que queriendo censurar á los que introdujeron el método moderno, tomase el trabajo de examinar bien las razones en que se fundan los con-*

trarios? ¿de qué método habla su Paternidad muy arcediana? Porque si habla del método de la teología escolástica (que es la teología en cuestion) ni los modernos ni los antiguos, ni los Peripatéticos ni los Newtonianos han inventado otro método que el que introdujo Pedro Lombardo, imitó Santo Tomás, y siguieron después todos los demás. Y sino, díganos su merced por su vida; ¿dónde encontró otro método de teología escolástica? Si habla del método de la teología puramente dogmática (que será un grande despropósito para el asunto), lo primero, hasta ahora no se ha escrito cuerpo alguno *entero*, que comprenda metódicamente *todos* los tratados pertenecientes á esta teología; y sino díganos el señor Barbadiño; ¿cómo es la gracia del autor, que los escribió ó que á lo ménos hizo la coleccion de ellos? Lo segundo, en los innumerables tratados dogmáticos que se han escrito, cada autor ha seguido el método que mejor le ha parecido, ó el que le ha venido más á cuento: unos oratorio, otros académico; éstos con *ergos*, aquéllos sin ellos; los más por libros ó tratados, muchos por disputas y cuestiones; algunos en figura de diálogos y finalmente los dogmáticos modernísimos, que han escrito contra las herejías del tiempo, y especialmente contra la que hoy es de la gran moda, de la cual muestra tener grandes noticias el señor Fray Arcediano, han preferido el método de cartas dialogizadas, el idioma vulgar y el aire un poco chufletero, para lo cual no les han faltado buenas y sólidas razones. Ningun teólogo escolástico y católico ha censurado hasta ahora alguno de estos métodos; ó señálenosle con

el dedo el padre de las barbas á tiros largos. Pues ¿para qué es meter tanta bulla y fingir fantasmones para dar de palos al aire?

12. Mas no es esta la madre del cordero. Con el sobre escrito del método, su verdadero intento es desterrar del mundo la teología escolástica, como él mismo lo confiesa sin rebozo; pues de ella *dice constantemente, que no solo es supérflua, sino perjudicial á los dogmas de la Religión*. Esto hiede que apesta. Lutero, Beza, Calvino, Melanchton, y el Barbadiño de su tiempo Erasmo de Rotterdam, dijeron lo mismo en propios términos. Los amigos del señor Arcediano son de la misma opinion; y nada acredita más la utilidad y aún la necesidad de la teología escolástica, para la inteligencia y para la defensa de los dogmas, que lo mucho que incomoda á estos monsiures.

13. Pues el padre de las barbas postizas escribe dentro de Italia, ya tendrá noticia (y sino la tiene, yo se la doy ahora) de las obras de Benedicto Alcini (alias el padre Benedicti jesuita), y de *las explicaciones teológicas de los Cánones del Concilio de Trento sobre los Sacramentos*, que el sábio servita Juan María Bertoli imprimió en Venecia el año 1714. Lea lo que escribieron estos dos autores de á fólío contra cierto autorcillo italiano, que salió por entónces con el mismo proyecto con que sale ahora el señor Barbazas, de querer desterrar del mundo la teología escolástica, para substituir en lugar de ella la leccion y la explicacion de las obras de los SS. Padres. Allí verá, que el autor italiano supone tan en falso, como el señor Portugués, que en las

escuelas no se hace caso del estudio de los Santos Padres. ¡Impostura palmira! Pues la teología escolástica apénas es más que un compendio de sus obras, en el cual, ó se examinan sus diferentes opiniones sobre principios ciertos, comunes y admitidos por todos ellos, ó se comparan y se cotejan unos con otros, para discernir por medio de este exámen y comparacion lo que en su modo de hablar no parece tan exacto; ó juntando las opiniones de todos acerca de los dogmas, se forma una especie de cadena y série cronológica de tradicion; y en fin en ella se encuentra toda la doctrina de los Padres, pero digerida segun el órden de las materias, desembarazada de digresiones inútiles, limpia y como acrivada de todos los descuidos que pudo mezclar en ella la flaqueza humana, ilustrada y confirmada con la autoridad de la Escritura y con el peso de la razon. De manera, que estudiar teología escolástica, es estudiar á los Santos Padres, pero estudiarlos con método. *El autor italiano*, dice el sábio Servita (y óigalo con atencion, con docilidad y con espíritu de compuncion el pseudo-capuchino): *el autor italiano y sus semejantes, poco versados en este género de estudios, ingenios y genios superficiales, amigos de la novedad, que afectando hacerse distinguir, se apartan del camino carretero, introducirían en las escuelas una extraña confusion, si llegase á abrazarse su proyecto. El estudio vago y mal arreglado de los Santos Padres, reducido á leer sus obras, sin haberse instruido ántes en los principios necesarios para entenderlas bien, y para formar recto juicio de lo que quieren decir, llenaria al mundo de herejes*

ó de sabios de perspectiva, bien cargada su memoria de lugares, de sentencias y de centones en monton; pero su pobre entendimiento más oprimido que ilustrado con todo aquel estudio ó embolismo. Hasta aquí el docto Servita.

14. Y luego nos dirá en nuestras barbas el barbadísimo y aún barbarísimo señor, que *la teología escolástica, no solo es supérflua, sino perjudicial á los dogmas de la Religion!* Sea por amor de Dios la desvergüenza. Si se contentara con decir, que en casi todos los tratados de ella se mezclan algunas cuestiones inútiles, que pudieran y aún debieran ahorrarse, que aún muchas de las útiles y necesarias se tratan con una prolijidad intolerable, que en varias de ellas de cada argumento se ha formado una cuestion y aún una disputa, y aún tal vez una materia entera, para cuyo estudio no sé yo, si el mismo Job tendría bastante paciencia, adelante; ya se le oiria con cristiana conformidad, y aún puede ser que en esta opinion no fuese solo; pero espetarnos á rebarredera y en cerro, que *la teología escolástica, no solo es supérflua, sino perjudicial á los dogmas de la Religion!* voto á... que si yo fuera inquisidor general... Mas tomemos un polvo, mi padre Fray Gerundio, y refresquémonos un poco, que ya me iba calentando.

15. Con efecto le tomó el bueno del beneficiado, sonóse, gargajeó, y prosiguió en su tono y frescura natural: Nos es tan lerdo el Barbadiño, que no conociese, que luego le habian de dar en las barbas con los patronos y secuaces de la teología escolástica, como v. gr. Alberto Magno, Santo Tomás, San Bue-

naventura, San Juan Capistrano, y en fin todos los Santos Teólogos, que han florecido desde el siglo XII acá, porque su Paternidad no quiere hacer más anciana á dicha teología; á algunos de los cuales Santos los tiene admitidos la Iglesia por sus doctores, y parece terrible osadía decir que los doctores de la Iglesia enseñaron una teología *perjudicial á los dogmas de la Religion*. No disimula el padre Barbeta este feroz argumento, aunque es verdad, que le propone blandamente y como al soslayo; pero ¿qué solución dará á él?

16. Dice lo primero, que esto importa un bledo, porque los Santos florecieron en un siglo, en que casi no se sabia otra cosa, y que conformándose con lo que se practicaba en su tiempo, tienen alguna disculpa. Vamos, que la solución se lleva los vigotes; y queda el entendimiento plenamente satisfecho, de que la Iglesia pudo con grandísima razón, y con no menor serenidad de conciencia, colocar en la clase de sus doctores á unos santos, que enseñaron una teología *perjudicial á sus dogmas*, por cuanto los pobres no tuvieron la culpa de florecer en un siglo, en que casi no se sabia otra cosa; y en caso de tener alguna en conformarse con lo que se practicaba en su tiempo, sería una culpilla venial, que se quitaba con agua bendita, y no podia perjudicarles para obtener la suprema borla de doctores de la Iglesia.

17. Pero vaya una preguntita así como de paso y sobre la marcha: ¿Con qué teología confundió Santo Tomás á los herejes, que se levantaron en su tiempo? ¿fué con la que aprendió y enseñó, ó con la que todavía no se habia fundado ni se fundó, hasta

que esos teologazos modernos, llenos de celo y de caridad, abrieron los ojos á la pobre Iglesia, que por tantos siglos los habia tenido lastimosamente cerrados, ó á lo ménos legañosos? ¿y en qué consistirá, que *todos los herejes estén de tan mal humor con este Santo Doctor*, como dice con discrecion cierto moderno? Si *su teología es tan perjudicial á los dogmas de la Religion*; ¿por qué no la abrazan, por qué no la siguen, por qué no hacen muchas cortesías al Santo, y celebran su fiesta con un octavario de sermones? El hecho es, dice el citado Recencior, que el verdadero motivo, *porque todos los herejes están tan avinagrados contra este admirable doctor es, porque á él se le debe aquel método regular, que reina en las escuelas, con el cual se desenredan las opiniones, se quita la mascarilla al error, se pone de claro en claro la verdad, se explican con limpieza y con claridad los dogmas de la Fé, segun el verdadero sentido de la Iglesia y de los Padres.* Y concluye: *No ha tenido la herejía enemigo mayor que nuestro Santo, porque nunca ha podido defenderse contra la solidez, y si me es lícito hablar así, contra la casi infalibilidad de su doctrina.* A seo Calcillas; ¿y todavía dirá V., y lo dirá *constantemente, que la teología escolástica es perjudicial á los dogmas de la Fé?* Pues yo tambien le diré á V. *constantemente, que creo á ciegas en la del símbolo de los apóstoles; mas para creer en la que V. profesa, necesito mucho exámen.* Y le advierto á V. que el autor de dichas palabras no es algun padre dominico, á quien le ciegue la passion, sino otro de profesion muy distinta, que sabe venerar las opiniones del Santo Doctor, y si algunas no le arman, separarse de ellas con reverencia.

18. Dice lo segundo, que *si Alberto Magno y su discípulo Santo Tomás comentaron á Aristóteles, no fué, á lo que él cree, porque lo juzgasen útil, sino por hacer ese servicio al público, que en aquel tiempo estaba muy preocupado por Aristóteles.* Hizo bien en añadir *á lo que creo*; porque el hombre dá muchos indicios de creer enrebesadamente. Esto es decir en buenos términos, que cree que Alberto Magno y Santo Tomás fueron unos hombres aduladores, unos doctores lisonjeros, unos maestros de aquellos que caracteriza San Pablo, los cuales, por acomodarse al gusto y á las pasiones del pueblo, le enseñan doctrina falsa, inútil y aún perniciosa, y apartando voluntariamente los ojos de la verdad, aunque saben muy bien hácia donde cae, le embocan fábulas, patrañas ó embelecocos inútiles; ¡pobres lumbreras de la Iglesia, y en qué manos habeis caido! Siquiera no os deja el carácter de hombres de bien, de honor y de sinceridad, que no saben engañar á nadie, sin que primero se engañen á sí mismos: y cuando en cualquiera materia es la mayor vileza de un autor escribir contra lo que siente, por lisonjear el mal gusto del público; en una materia de tanta gravedad y de tanta importancia como la Sagrada Teología, no repara en hacer reos de semejante ruindad á unos hombres como Alberto Magno y Santo Tomás de Aquino, á quiénes sobraba su santidad, y bastaria al uno su dignidad de obispo de Ratisbona, y al otro su nacimiento, para que los hiciese más merced y más justicia. Si esto lo dijera un rapagon desbarbado, adelante, pudiera pasar por rapazada; pero decirlo y estamparlo un hombre, que afecta profesion de bar-

bas largas, ¿no merecia que se las arrancasen todas pelo á pelo?

19. Ora bien, mi sincerísimo padre Fray Gerundio, un año duraria nuestra conversacion, si hubiera de seguir pié á pié al Barbadiño en todos los disparates, que dice con su acostumbrada satisfaccion y regüeldos, en sola esta carta sobre el método con que se estudia la teología escolástica, y si me hubiera de empeñar en impugnarlos. Yo estoy ya cansado, y solo el hablar de este hombre me fastidia. El abrirle los ojos á él, que los tiene cerrados con la presuncion, y el abríselos á sus apasionados, que se conoce lo son á cierra ojos y no más, que por el sonsonete sería una grande obra de caridad; pero sería obra muy larga, aunque no muy dificultosa; porque yo, con ser así, que soy un pobre pelon, me atrevia á hacerle ridículo, y á poner de par en par, más claros que la luz que nos alumbra, los innumerables desbarros que profiere en casi todas las materias que trata, aunque, como dije á V. al principio de nuestra conversacion, no deje de traer *muita coiza boa*. Pero ni yo estoy de vagar, ni esto es por ahora de mi intento. Solo diré á V. que en esta carta sobre la teología escolástica, muestra una grande adhesion á los enemigos más solapados y más perniciosos de la Iglesia, que adopta sus máximas, que celebra sus libros ó sus ediciones de las obras de los Santos Padres, que están prohibidas, por adulteradas; que insinúa con grande artificio su doctrina; y en fin, que todas cuantas reflexiones hace sobre la teología escolástica, con intento de desterrarla del mundo, de ellos las tomó, y en sus cenago-

sos charcos las bebió, especialmente de los seis libros que el año de mil y de setecientos dió á luz Juan Owen, no el célebre poeta inglés, sino otro de su mismo nombre y apellido, que los intituló *de Natura, ortu, progressu, et studio veræ theologiæ*. Y ya que hablamos de Juan Owen, no debe llevar á mal el padre Barbadiño, que me dén en rostro muchas cosas suyas, cuando hago justicia al mérito de otras, siquiera porque no me comprenda la paulina del poeta al principio de sus epigramas:

*Qui legis ista, tuam reprehendo, si me laudas
Omnia, stultitiam; si nihil, invidiam.*

Y porque temo, que el latin que enseñó á V. el dómine Zancas-largas, no alcanza á que entienda de repente este epigrama, allá va su traduccion en esta çuarteta, que se me antojó hacer ahora, para alegrar un poco la conversacion:

*Desde luego te declaro,
Lector de estos epigramas,
Por nécio, si alabas todo,
Por envidioso, si nada.*

20. Pero me hace lástima acabar esta conferencia, sin que V. me ayude á reir del método, que propone el Barbadiño para estudiar la verdadera y provechosa teología, después de haber hecho tan solemne burla del que se observa para estudiar la que él llama *inútil y perjudicial*.

21. Dice pues, que *el primer prolegómeno de la teología ha de ser la historia eclesiástica y civil, ántes de Cristo y después de Cristo*; que consiguientemente

la primerita cosa que ha de hacer el estudiante, que entra en la teología, es estudiar en breve la historia del Testamento antiguo, después la de Cristo para acá, después la de los emperadores romanos, por lo ménos hasta el sexto siglo, y que esta se ha de estudiar muito bem. Que como no se puede estudiar ni entender bien la historia sin la cronología, y la geografía, ante todas cosas debe buscar una tabla cronológica, de estas que se encuentran en un pliego de papel de marca, y encajar bien en la cabeza las principales épocas de la historia civil, observando bien el orden y la série de los tiempos. Que una vez metida bien en los cascos la cronología, debe tener siempre á la vista el tal estudiante ó teólogo catecúmeno una carta geográfica, esto es, un mapa general ó muchos particulares, en los cuales, siempre que se habla de algun suceso particular, ha de buscar la provincia y el lugar donde sucedió, y de esta manera irá aprendiendo facilísimamente la geografía sin trabajo y como por entretenimiento.

22. Y por quanto el pobre teólogo neófito no puede tener noticia de adonde caen estos mapas, ya el caritativo Barbadiño toma el trabajo de darle razon de los que á su parecer fueron los mejores autores geográficos, aprovechando esta bella ocasion de lucir su vasta erudicion en la geografía, siendo así, que ciertamente no le costó más que abrir el primer catálogo de alguna famosa librería, que tuvo más á mano, buscar el título de los autores geógrafos, y trasladar al papel los primeros que se le vinieron á la pluma.

23. Dice, pues, que es indispensable de toda in-

dispensabilidad, que el tal candidato de Teólogo se arme con el atlas geográfico de *Janson*, que se compone de ocho grandes volúmenes, ó por lo ménos con el compendio de él, que se reduce á un volumen de á fóllo, se entiende en papel de marca, como libro de coro ó de solfa de facistol. Item, del atlas de *Blaeu*, que son once grandes volúmenes del mismo tamaño. Item, del atlas más breve de los señores *Sanson*. Item, del de monsiur de *l'Isle*. Y basta esto para cartas generales: para las particulares no se le puede dispensar en que haga provision de las siguientes. De las de *Inselim*, que comprenden la Inglaterra, Países-Bajos, Francia, España y Portugal. De las de *Nolin*, que describen la Venecia y la Istria. De las del *P. Pivido*, que siguen todo el curso del Po. De las de *Ensishmid*, que representan la Alemania; y de las de *Scheuchzero*, que demarcan la Elvecia. *Estos autores* (aquí llamo la atencion de mi auditorio) *debense saber para buscarse en las ocasiones*. Con que si estos autores no se saben, y consiguientemente sino se tienen, voló el primer prolegómeno de la teología; y el que tuviere vocacion de estudiarla, ofrezca al Señor sus buenos deseos y aprenda otro oficio.

24. Bueno es que hasta aquí estábamos todos en la persuasion de que para equipar á un estudiante teólogo, no era menester más que proveerle de un vade que no pasase de catorce cuartos, de un plumero que se arma en un abrir y cerrar de ojos, con un par de naipes, de una redoma de tinta, de media docena de plumas, de la cuarta parte de una resma de papel, sus opalandas raidas, y á Dios amigo. Al teó-

logo que no fuese por la pluma, con meterle en una alforja el par de tomos de Gonet, estaba ya ajustado todo su matalotage escolástico; y si se le añadía á Larraga ó á la suma de Busembaum, era una india. Y ahora segun el nuevo método barbadiñal, vé aquí V. que un triste aprendiz de teólogo, solo para libros ha menester llevar más equipaje que un mariscal de campo. Porque ¡ qué piensa V. que aún precisamente para la geografía se contenta con los citados; bueno era eso para su humor! Todavía le encaja otra runfla de ellos que debió encontrar despues en otro catálogo, especialmente de diccionarios geográficos de los cuales protesta, que *tambien es necesario tener noticia*, como son de el de *Varea, Baudrand, Ferrario, Marty* y sobre todo de el de *la Martinere*.

25. Síguense despues los libros cronológicos que ha de llevar para mantenerse los primeros meses de estudiante teólogo. En esto está parco el Barbadiño, porque la cronología es algo indigesta y pudiera ocasionar crudezas al estudiante si cargara de ella el estómago con demasía. Conténtase con que *al principio* no coma más, que *Strauchio* ó *Beveregio* y algo del *Rationarium* del P. *Petavio*. Pero quién se sintiera con calor para digerir mayores noticias, puede engullirse la *Doctrina temporum* del mismo Petavio, la *Cronologia Sacra* de Uferio, y con el tiempo podrá cargar de más viandas si su estómago lo consintiere.

26. Pero lo que no tiene remedio es, que para la Historia Universal se eche en el maletón la primera parte del *Rationarium* del susodicho Petavio, el compendio latino de *Celario*, y no le hará daño el del *Padre Turselino*, aunque este (dice él) es más esti-

mado por el latin que por la historia : *el Compendium historiae universalis de Gotlob Krancio: este* (dice el P. calificador) *es el mejor de todos: el de Brietio, especialmente despues de Cristo, y el de Leschi que es buen autor.* Para la historia eclesiástica hasta Cristo, el compendio de *Bolerano*, que es sufrible para un principiante : despues de Cristo provéase de *Riboty* y de *Graveson*. Y porque no le tengan por impertinente ó por hombre que receta libros como píldoras un médico charlatan, concluye con grandísima bondad: *Y esto basta para um principiante.* Yo añado, que esto sobra para conocer, que no solo le duraba el *vértigo* al Santo Padre cuando escribió esto, sino que debia estar en la fuerza de su mayor vigor. Porque se cree que todo esto es necesario saber, *como primer prolegómeno de la teología*, á los orates ; y si no lo cree, ¿para qué se quebró la cabeza y nos la rompió á nosotros?

27. *Ex ungue leonem*, padre mio Fray Gerundio. Por aquí conocerá V. que cosazas no dirá nuestro metodista, cuando entra en lo vivo de la teología, y del método que se ha de observar en su estudio. Es un embrollo de embrollos, un embolismo de embolismos, y un lazo de lazos para enredar á los incautos. En los lugares teológicos que señala, hace distincion entre *la Iglesia Universal y la Iglesia Romana*, como si hubiera más, que una Santa Iglesia Católica, Apostólica, Romana: no toma en boca al Papa para nada ; dice, que la autoridad de la Iglesia Universal, de la Iglesia Romana, de los Concilios Generales, *nace de la tradicion*: enseña, que ántes que Cristo viniese al mundo, en el pueblo judaico

y en la ley escrita, *la declaracion del Sumo Sacerdote lo terminaba todo*; pero despues que vino Cristo á completar *as coizas*, *su doctrina se conserva pura en los prelados, de los cuales la pudiesen aprender los fieles*. En conformidad de éste, su amado principio afirma, que *creen los católicos, que la mayor parte de los obispos cristianos* (como si hubiera verdaderos obispos, que no lo fuesen) *UNIDOS AL PAPA, no puede errar en las definiciones de fé*. Lo que creemos los católicos, que estudiamos por Astete es, que el Papa para nada ha menester la mayor ni la menor parte de los obispos, para no errar en dichas definiciones, porque la infalibilidad no se la prometió Cristo á éstos, sino á aquél. Déjase caer, así como al soslayo, lo que sucedió en los dos conciliábulos de Rimini y de Seleucia, en que los padres, engañados en uno y violentados en otro, admitieron primero y confirmaron después una confesion de fé verdaderamente ariana: y diciendo, como quien no quiere la cosa, que presidieron en ellos dos legados de la Santa Sede, y que el número de los obispos *fué más que bastante para formar un Concilio General*, deja el argumento así, contentándose con decir, que sin el socorro de la historia, no se puede desatar; ¿qué le costaba añadir siquiera una palabra, por donde se conociese que dichos Concilios habian sido ilegítimos, no en su convocacion, sino en su prosecucion: que los legados habian sido depuestos y anatematizados; y que el Papa estuvo tan léjos de aprobar sus actas, que ántes las condenó, primero por sí y después en un concilio? Pero esto no le venia á cuento para sus ideas ni para el nuevo

método que propone de estudiar teología. Librenos Dios (que si librará) de que se introduzca en su Iglesia, porque la quiere mucho, la tiene prometida su asistencia, y los esfuerzos del metodista no prevalecerán contra ella.

28. A vista de esto, mi padre Fray Gerundio, ¿se confirma V. en su opinion con autoridad del Barbadño, de que la teología escolástica es inútil y aún perjudicial, y en que no quiere estudiarla? Señor beneficiado (le respondió con tanto candor, como frialdad, nuestro Fray Gerundio), es cierto, que ya no me suenan tan bien las cosas de ese padre portugués, como me sonaban ántes, y que no sé qué diantres de reconcómios siento acá dentro del corazón, que me dan muy mala espina acerca de ese sugeto. Al fin, Dios le haga mucho bien; pero á mí su Magestad no me lleva por las cátedras, sino por los púlpitos: y así estudiaré yo teología escolástica como ahora llueven albardas. Si llovieran, replicó el beneficiado, se malograrian todas las que no cayesen sobre las costillas de V., y haciéndole una cortesía, se salió algo enfadado de su celda, y se volvió á la otra de donde habia salido.

29. Esperábanle con impaciencia aquellos dos graves y doctos religiosos, con quienes habia tenido la conferencia acerca de Fray Gerundio, y como duraba tanto la sesion, apénas dudaban ya de que le habia convencido. Luego que le vieron entrar, le preguntaron ansiosos; ¿cómo le habia ido con el padre colegial? A lo que el socarron del beneficiado respondió con gran cachaza: saque cualquiera de vuestras reverendísimas la caja, denme un polvo, y

óiganme un cuento. Habia en la universidad de Coimbra un mediquillo teórico, gran disputador y muy presumido, pero ignorante y nécio á par de su presuncion. Tenia estomagados á todos los de la facultad y habiendo de presidir unas conclusiones públicas, rogaron al famoso Curvo Semedo, que tomase de su cuenta argüirle, concluirle y correrle para ajarle la vanidad. Juan Curvo le arguyó de empeño, y á pocas paletadas, para los inteligentes, le tumbó patas arriba; pero el mediquillo garlaba, manoteaba, se reia, le despreciaba, y en fin se llevó la voz del populo. Concluida la funcion, uno que no habia asistido á ella, preguntó á Curvo, cómo le habia ido con el presidente, á lo que respondió el discreto portugués: *Taon grandíssimo burro è, que naon le podem convencer.* A Dios, padres míos, que es tarde, y el ama estará esperando: dijo, y retiróse á su casa.

CAPÍTULO VIII.

PREDICA FRAY GERUNDIO EL PRIMER SERMON EN EL REFECTORIO DE SU CONVENTO: ENCAJA EN ÉL UNA GRACIOSÍSIMA SALUTACION Y DEJA LOS ESTUDIOS.

ELLO no tuvo remedio: cerróse Fray Gerundio en que habia de ahorcar los hábitos filosóficos, y que no habia de tomar los teologales, á excepcion del de la fé, que ese ya le tenia desde el bautismo; el de la esperanza de salvarse, á lo ménos *per modum hæreditatis*, no le podia faltar; y con el de la caridad debemos piadosamente suponerle, porque parecia buen religioso, salvo sus manías y caprichos, que absolutamente podian ser sin mucho perjuicio de su conciencia. Viéndole los prelados de la Religion y los padres graves del convento tan displicente con la filosofía, y tan empeñado en que no habia de estudiar teología, pues para ser predicador conventual, y para predicar como predicaban otros muchos con grande séquito, aplauso y provecho de su peculio, decia, que no la habia menester, y á fé que en eso le sobraba la razon por los tejados. Observando por otra parte, que mostraba bastante despejo, que tenia buena voz, que era de grata presencia, aseado,

límpio, prolijo, tanto, que picaba en pulcro. Pareciéndoles en fin, que llevándole la inclinacion por allí con tanta vehemencia, como le armasen de buenos papeles, que no faltaban en la órden, pues se conservaban los que habian dejado en sus espolios algunos famosos predicadores, podria acaso parecer hombre de provecho, acreditar la Religion y ganar su vida honradamente, resolvieron condescender con sus deseos. Pero ántes les pareció conveniente experimentar, qué era lo que se podia esperar de sus talentos pulpitables.

2. Es loable costumbre de la órden ejercitar á los colegiales jóvenes, así artistas como teólogos en algunos sermones domésticos, que se predicán privadamente á la comunidad, miéntras se come en el refectorio, dándoles tiempo limitado para componerlos: llevando en esto la mira, lo primero, de descubrir los talentos que muestra cada uno; lo segundo, de que se vayan desembarazando y acostumbrando á hablar en público, para cuando llegue el caso de hacerlo en teatros más numerosos; y lo tercero, de que tambien vayan aprendiendo á ejercitar un ministerio, que debe saber ejercitar todo religioso sacerdote, siga la carrera que quisiere. En otras religiones, donde se practica tambien esta loable costumbre, los sermones de refectorio son por lo comun sobre las festividades del año, y se suelen predicar en los mismos dias en que se celebran, siendo de cargo del lector, con acuerdo del prelado, nombrar al colegial que quiere que predique. Pero como en cada religion hay sus estilos, en la de nuestro Fray Gerundio esta incumbencia es privativa

del predicador mayor de la casa, al cual, avisado por el superior, toca nombrar el colegial predicador y señalarle para el sermón el asunto, misterio ó Santo que quisiere, con todas las circunstancias que á él se le antojaren, con tal que sean de aquellas que suelen concurrir en los sermones, y es gala precisa hacerse cargo en la salutacion de todas ellas.

3. Apénas, pues, volvió el padre Fray Blas, predicador mayor de la casa, de predicar su famoso sermón de San Benito del Otero en Cevico de la Torre, cuando fué á presentarse al prelado, y á tomar segun la ley su *benedicite*. Hechas las preguntas acostumbradas (por algunos pocos superiores ménos prudentes, y muy ajenas de los más que verdaderamente son hombres sérios y cuerdos) de cómo lo habia pasado, cómo se habian portado los mayordomos, cuánto le habia valido el sermón, qué comida habia habido y si traia algunas misas para el convento; y habiéndole satisfecho á todo Fray Blas, entregándole por conclusion doscientos reales, limosna de cien misas que habia sacado, y por otra parte ochenta para que su Paternidad muy reverenda dijese otras veinte, á razon de cuatro reales: oido y recibido todo con extraña benignidad, por el afabilísimo prelado, que con esta ocasion volvió á confirmar á Fray Blas la licencia general que le tenia dada, para que durante su gobierno admitiese con la bendicion de Dios cuantos sermones le encomendasen; le dijo por fin, y por postre: Váyase, padre predicador, á desalforjar y á descansar á su celda, y ántes que se me olvide, encargue luego un sermón de refectorio á Fray Gerundio, *que tenga algunas circunstancias;*

pero le prevengo, que no se le componga el padre predicador, y déjele que le trabaje él enteramente; porque como ese muchácho hipa tanto por el púlpito, queremos saber lo que él puede dar de suyo.

4. En un manuscrito antiguo del convento se halló advertido á la márgen, que al oír Fray Blas este encargo del prelado, y trasluciendo por él, que con efecto pensaban en echar por la carrera del púlpito á su queridito Fray Gerundio, que era lo que los dos tantas veces habian tratado en la celda á puertas cerradas, se alborozó tanto, que con aquel primer ímpetu del gozo, ya habia echado mano á la faltriquera para sacar el doblon de á ocho, que le habia valido el sermón y regalársele al prelado; pero pensándolo mejor en el mismo instante, sacó el pañuelo, limpióse los mocos, ofreció hacer al punto cuanto le habia mandado, y partió aceleradamente.

5. Aún estaba con los hábitos arremangados, cuando sin ir á su celda se entró de golpe y como galopeando en la de Fray Gerundio. Encontróle descuidado, asustóle un poco, arrojóse sobre él, dióle cien abrazos, y solo le dijo: *Vamos, chico, vamos á mi celda que te traigo un obispado*. Siguióle Fray Gerundio, que se recobró presto del susto, y en el camino le preguntó: *oye usted, ¿y cómo salió el vernal paralelo?* Hijo mio de los Cielos: le respondió el predicador. *¿Y aquello de las grandes risadas? Et grandes mirata est Roma cachinos*. Amigo, á pedir de boca, porque á carcajadas se hundia la ermita. Pues yo sé, añadió Fray Gerundio, que lo de *puer nudus, alatus, myrthoque coronatus, qui humi sedebat*, daria gran golpe. ¿Qué llama golpe? Dió tal porrazo,

que un bachiller por Sigüenza dijo públicamente en la mesa, que él había oído más de mil sermones de San Benito; pero qué cosa más propia para representar al Santo, cuando se revolcaba en la zarza, no la había oído. ¿Más de mil? replicó Fray Gerundio. No seas material, respondió el predicador, que eso se entiende dos ceros más ó menos.

6. Con esta conversacion entraron en la celda de Fray Blas: desalforjóse éste, quitóse las polainas, bajóse la saya, echó las dos manos á la capilla, que aún se mantenía descolgada, cogió vuelo, y arrojándosela primero toda sobre la cabeza, de manera que ya le cubria por la parte anterior hasta muy entrado el pecho, volvió despues con una especie de columpio á ponerla simétricamente sobre la mitad del cerquillo, y en fin la bajó hasta el medio del pescuezo colgando por la parte anterior iguales las dos puntas en los lados. Tomó un peine que estaba sobre la mesa, atusóse el cerquillo y el copete, abrió una alacena, sacó un frasco de vino de la Nava con bizcochos, echaron los dos un traguito, y aún no había colado bien el último sorbo por el gaxate de Fray Gerundio, cuando éste le preguntó con impaciencia; ¿qué obispado le traía?

7. ¿Qué obispado te he de traer? le respondió Fray Blas todo alborozado, que el prelado me dió á entender que querian sacarte de los estudios, y aplicarte á la carrera del púlpito; ¿puede haber mejor obispado para tí? Si logras esto, ¿no lo pasarás, no digo yo como un obispo, sino como un arcediano? y más con las reglecitas que yo te daré á su tiempo. Padre predicador; ¿qué dice? le replicó Fray Gerundio. Lo dicho, dicho, respondió el predicador. Dijo-

me, que luego te encargase un sermón del refectorio, y que no te le compusiese yo, porque como muestras tanta inclinación á sermo sermonis, y tan poca á silogismos y á ergos, querían ver hasta donde llegaba, ó á lo ménos lo que prometía tu cosecha. Y así, amigo mío, apretar los codos que á lo ménos en este sermón yo no te he de decir palabra y te he de dejar que vayas por los senderos de tu corazón. En saliendo de este barranco será otra cosa: mis papeles serán tuyos porque tus lucimientos serán míos.

8. En el mismo manuscrito antiguo, donde se encontró la nota pasada, se halló otra que dice de esta manera: *Atónito estuvo oyendo Fray Gerundio esta noticia, y le embargó tanto el gozo, que estuvo como fuera de sí por espacio de tres ó cuatro credos rezados con pausa.* Luego que se recobró, echó los brazos al cuello del predicador mayor de la casa, y le dijo: pues ahora bien, despachemos cuanto ántes, y señáleme V. luego el sermón que tengo de predicar; pues aunque diga cien disparates en él, á lo ménos ninguno me ha de dar plumada, todo ha de salir de mis cascos, y tanto como el garvillo y el modo de decir, no ha de descontentar, aunque parezca mal que yo lo diga y diciendo y haciendo, se subió sobre una silla ó taburete (que en esto hay variedad de leyendas y no están concordados los autores,) igualó las dos puntas delanteras de la capilla, metió los dos dedos de la mano derecha por entre ella y la nuez de la garganta como para desahogarse; miró hácia todas partes con desden y magestad, sacó después un pañuelo de seda y se sonó con autoridad, metióle en la manga izquierda, y de la derecha sacó otro pañuelo blanco, con el

cual hizo como que se limpiaba los ojos: entonó el *Alabado sea, &c.* con voz grave, abuecada y sonora, persignése magistralmente con la mano muy extendida, y tanto, que al llegar al palo de la Cruz, que se forma desde la punta de la nariz hasta la barba, parecia que hacia la mamola: tomó por tema: *Caro mea verè est cibus, et sanguis meus verè est potus*, con aquello de *ex Evangelica lectione Joannis, capite tertio decimo*; y prorrumpió en esta disparatadísima cláusula que habia tomado de memoria, habiéndola oído á otro colegial amigo suyo en un sermon del refectorio, y él la decoró teniéndola por cosa grande. *Al pautar las desigualdades de mi grosero pensar, fué desenebrando las líneas de mi discurso, tirando los primeros barruntos de mi imaginativa hácia el escrutinio del Evangelio Sagrado.* Caro mea; ¡qué elegante está el Profeta! Y callando de repente, porque no sabia más, prosiguió predicando un sermon mudo, manoteando y remedando todas las acciones, gestos y posturas que habia observado en los predicadores, y á él le habian caído más en gracia; tan enfrascado en esto, que aún el mismo predicador mayor se tendia de risa por aquellos suelos, y aún llegó á temer si se habia vuelto loco el pobre Fray Gerundio.

9. Cerca de una hora duró esta silenciosa muestra de sus predicaderas, en el cual espacio de tiempo el buen frailecito se zarandeó tanto aquel cuerpo, con tales movimientos de cuerpo, con tantas posturas, con tan violentas convulsiones, unas veces cruzando los brazos, otras abriéndolos y extendiéndolos en forma de cruz, ya amagando á echarse de bruces sobre el púlpito, ya arrimándose contra la pared, á ratos po-

niéndose de asas, á ratos levantando el dedo hácia arriba á manera de cuadro de San Vicente Ferrer, que al fin quedó tan sudado y rendido como si hubiera predicado de veras, y fué preciso volver á reconvenir al frasco y á refrendar los bizcochos, lo que hizo tambien con especial gusto, por ser esta ceremonia precisa cuando se acaba el sermón.

10. Despues que descansó algo de su fatiga, estuvo un poco sereno; y después tambien que el predicador se recobró de lo mucho que habia reido durante aquella extraña funcion, le dijo éste: es cierto, Fray Gerundio, y no se puede negar, que tienes talento conocido, especialmente algunas acciones salen que ni pintadas, y aunque no hablabas palabra, claramente conocia yo lo que querias decir con ellas. Parece que tienes en las manos los sermones. Y aquí viene de perlas aquello del sabio, *in manu illius nos, et sermones nostri*; porque aunque en realidad allí habla de cosa muy diferente; ¿quién me quita á mí aplicarlo á otra muy distinta, cuando viene el texto tan clavado? Ahora bien, manos á la obra, que yo quiero ya señalarte el asunto á que has de predicar, y las circunstancias de que te has de hacer cargo en el sermón.

11. Ya sabes que en la parroquia de la Santísima Trinidad hay una capilla dedicada á Santa Ana, que pertenece á la cofradía de la Santa, á quién la misma cofradía celebra una fiesta muy solemne. Ya sabes, que este año son mayordomos D. Luis Flores, y don Francisco Romero, regidores de este pueblo, y ya sabes en fin, que estos dos caballeros desterraron á algunas mujeres públicas, que habian venido á ave-

cindarse en él, cuya obra fué sin duda muy grata á los ojos de Dios y muy aplaudida de todos los buenos. Este es el asunto; estas las circunstancias que has de tocar pacíficamente. No tienes más que ocho días de término, porque no dá más la órden. No hay qué perder tiempo, á trabajar y á Dios, amigo.

12. ¿Has visto tal vez un coete, cuando prendiendo la mecha en el cebo de la caña, que sostenian blandamente los dos dedos de la mano derecha, en un abrir y cerrar de ojos parte desde la mano hasta lo más elevado de la esfera, y aquella misma vara, que poco há casi tocaba con su extremidad en el suelo, ya se la vé remontada, hasta dar susto á las mismas estrellas, tanto, que la constelacion de Virgo acude pronto á tapar la cara con las dos manos, temiendo, que la va á sacar un ojo? Pues así ni más ni ménos partió nuestro Fray Gerundio derecha y rápidamente desde la celda del predicador á la librería del convento. Allí cargó con la Biblia Poliglota de Alcalá, con las Concordancias de Zamora, con el *Theatrum vitæ humanæ* de Beyerlink, con los Saturnales de Macrobio, con la Mitología de Rabisio Textor, con el Mundo Simbólico de Picinelo, con los Kalendarios Mitológicos de Reusnero, Tamayo, Masculo y Rosino, que eran los libros y los Santos Padres, que veia revolver á su hombre el predicador Fray Blas, cuando tenia que predicar algun sermon. No se puede ponderar lo que él leyó, lo que él ojeó, lo que él revolvió en aquellos ocho días, ni las innumerables ideas que se ofrecian de tropel á aquella inquieta y turbulenta imaginacion, todas á cual más confusas, á cual más embrolladas, á cual más extra-

vagantes. Nada leía, nada veía, nada oía, que no le pareciese que venía de perlas para su asunto ó por simil ó por comparacion ó por texto. Apuntaba, notaba, quitaba, añadía, borrajaba, hasta que en fin despues de tres borradores, sacó su sermon en limpio. Estudióle, repasóle, representóle y se ensayó mil veces á predicarle en la celda, sobre todos los cachivaches que habia en ella: sobre la silla, sobre el taburete, sobre la mesa, sobre un banco, y hasta sobre la misma cama. Pues dos dias ántes de la funcion, cuando entró el despertador á darle luz, le encontró en camisa predicándole sobre la tarima, y es, que se habia levantado en sueños, sin saber lo que se hacia.

13. Como estas especies se habian esparcido por el convento, era grandísima la expectacion en que estaba toda la comunidad por oirle. Amaneció en fin el dia deseado, y se dejó ver nuestro Fray Gerundio, ante todas cosas afeitado, rasurado y lampiño, que era una delicia mirarle á la cara. Estrenó aquel dia un hábito nuevo, que para el efecto habia pedido á su madre, encargando mucho que viniese bien doblado, y sobre todo, que se pasase la plancha por encima de los dobleces, para que se conociesen mejor, porque esto da á la saya no sé qué gracia, y de camino pidió un par de pañuelos de á vara, uno blanco y otro de color, porque ambos eran alhajas muy precisas para la entradilla. Todo se lo envió la buena de la Catanla con mil amores, solo con la condicion de que ya que ella no podia oirle, la habia de enviar el sermon, para que se le leyese el señor cura ó su padrino el licenciado Quijano.

14. Llegada la hora, y hecha con la campana la señal para comer, no faltó aquel día del refectorio ni el más ínfimo donado de la comunidad, porque en realidad todos querian bien á Fray Gerundio, así por su buen génio, como porque era liberal y dadivoso, y tambien porque á todos los picaba la curiosidad, viéndole con tanta manía de púlpito, la cual entendian era más inocencia que malicia, ni mucho ménos inclinacion á ser haragan. Subió, pues, al púlpito del refectorio con gentil donaire; presentóse en él con tanto desembarazo, que casi comenzó á tenerle envidia el mismo predicador mayor. Echó un par de ojeadas con desden y con afectada magestad hácia todas las partes del refectorio; y precediendo aquellos precisos indispensables prolegómenos de tremolar sucesivamente el par de pañuelos, blanco y de color, que habia hecho venir expresamente para el intento, entonó ante todas cosas con voz hueca y gutural, *el sea alabado, bendito y glorificado el Santísimo Sacramento*, concluyendo con lo de *en el primer instante de su purísimo sagrado ser y natural animacion*: cláusula, que siempre le habia dado gran golpe. Santiguóse con pleno magisterio; propuso el tema, sin omitir lo de *ex evangelica lectione, capite cuarto decimo*, relinchó dos voces, y rompió la salutacion de esta manera: advirtiéndole, que no se añade ni se quita una sílaba de como se encontró de su misma letra.

15. «No es de ménos valor el color verde, por «no ser amarillo, que el azul por no ser encarnado: «*Dominus, ó altitudo diviliarum sapientie, et scien-*

«*tiæ Dei*; (1) como ni tampoco faltaron los colores á
 «ser oráculo de la vista, ni las palabras en la fé de
 «los oídos, como dijo Cristo: *Fides ex auditu; audi-*
 «*tus autem per verbum Christi*. (2) Nació Ana, como
 «asegura mi fé, por haberlo oído decir, de color ro-
 «jo; porque las cerúleas ondas de su funesto sentir,
 «la hicieron fuertemente palpitar en el útero mater-
 «no: *Ex utero ante Luciferum genui te*. (3) A este pues
 «ángel transparente, diáfana inteligencia, y objeto
 «especulativo de la devoción más acre, consagra
 «esta extática y fervorosa plebe estos cultos hiperbó-
 «licos; pues tiene, como allí se vé, hermoso y airo-
 «so vulto: *Vultum tuum deprecabuntur omnes divites*
 «*plebis*. (4) Déjome de exordios, y voy al asunto, aun-
 «que tan principal. Empiece pues el curioso á per-
 «cebir: *Qui potest capere, capiat*. (5)

16. «Fué Ana, como todos saben, Madre de
 «nuestra Señora, y afirman graves autores, que la
 «tuvo veinte meses en su vientre: *Hic mensis sextus*
 «*est illi*; y añaden otros que lloró: *Plorans ploravit*

(1) Obsérvese la disparatada aplicacion de textos. *Dominus, ó allitudo* etc., son palabras de la Epistola de San Pablo á los Romanos, cap. XI v 33. ¡Ó profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios!

(2) *La fé es por el oído, y el oído por la palabra de Cristo*. A los Romanos, X. 17.

(3) *Del vientre, ántes del lucero te engendré*. Salmo CIX v. 3.

(4) *Con presentes te ofrecerán humildes rüsgos, todos los ricos del pueblo*. Salmo XI. IV, 13.

(5) *El que pueda ser capaz, séato*. San Mateo, XIX, 12. Evitamos el dar la traducción de todas las demas citas por no fatigar la atención del lector. Por los anteriores puede comprenderse la ciencia de aplicación de textos de Fr. Gerundio.

« *in noctem*: de donde infiero, que fué María Zahori:
 « *Et gratia ejus in me vacua non fuit*. Atienda pues
 « el retórico al argumento: Santa Ana fué Madre de
 « María: María fué Madre de Cristo: luego Santa Ana
 « es abuela de la Santísima Trinidad: *Et Trinitatem*
 « *in unitatem veneremur*: por eso se celebra en esta
 « su casa: *Hæc requies mea in seculum seculi*.

17. « ¡Y qué te dán, Ana, en retribucion por tus
 « compendios; *quid retribuam Domino*; qué parale-
 « los podrán expresar mis voces al decir tus alaban-
 « zas; *Laudo vos? in hoc non laudo*. Eres aquella
 « misteriosa red, en cuyas opacas mallas quedan
 « presos los incautos pececillos: *Sagenæ misæ in ma-*
 « *ri*. Eres aquella piedra del desierto, que en los da-
 « mascenos campos erigió el amante de Raquel, para
 « dar á su ganado agua: *Mulier, da mihi aquam*.
 « Pero ménos mal lo diré, siguiendo el tema del
 « Evangelio: Es Santa Ana aquella preciosa Margarita,
 « que secundada á insultos del horizonte, deja ciego
 « á quien la busca: *Quærentibus bonas margaritas*:
 « es aquel tesoro, ya escondido: *Thesaurus abscondi-*
 « *tus*, ya oculto, *nihil occultum*, que reservó el alma
 « santa para los últimos fines de la tierra: *De ulti-*
 « *mis finibus prætium ejus*: Es aquel Dios escondido,
 « como decia Filon: *Tuus Deus absconditus*: Es el
 « mayor de los milagros, como decia Tomás: *Mira-*
 « *culorum ab ipso factorum maximum*.

18. « Varias circunstancias ennoblecen la fiesta;
 « unas son agravantes: *tolle gravatum tuum*; otras,
 « que mudan de especie: *specie tua, et pulchritudine*
 « *tua*. Y es, que los señores Flores y Romero, nobles
 « atlantes de este pueblo, llaman, ó á noche hicieron

«llamar con aquellos truenos, hijos relámpagos del
 «huracan más ardiente, que subian y bajaban á mo-
 «do de aquellos rapidísimos espíritus de la escala de
 «Jacob: *Angelos quoque ascendentes et descendentes.*
 «Y es la razon natural, porque todo lo que baja su-
 «be, y todo lo que sube baja: *Zachee festinans des-*
 «cende.

19. «Cese la energia de los labios, y contem-
 «plen mis ojos, como áncoras festivas, un texto muy
 «literal que me ofrecen los cantares. Dice así: *Vox*
 «*turturis audita est; flores apparuerunt in terra nos-*
 «*tra, tempus putationis advesit.* Cantó la tórtola
 «bella en nuestra macilenta tierra; vinieron á cele-
 «brarla las flores, y estas mismas flores desterraron
 «las rameras: *tempus putationis adveniet.* Es tan li-
 «teral el texto, que no necesita de aplicacion. Pero
 «diré con brevedad para el erudito: está representa-
 «da en la tórtola Santa Ana: porque si esta triste y
 «turbulenta avecilla, es trono geroglífico de la cas-
 «tidad, Ana fué casta, pues no tuvo más que una
 «hija: *Filia mea malè à Dæmonio vexatur.* Lo de
 «*tempus putationis* viene tan al pié de la letra, pues
 «los inclitos caballeros mayordomos desterraron
 «aquellas samaritanas que alborotaban el barrio.

20. «Ahora me acuerdo de otro texto, que aún
 «más bien que el pasado comprende todas las cir-
 «cunstancias del asunto: de aquella grande mujer
 «Ana, enemiga de Fenena, como se dice en el libro
 «de las Personas Reales, la cual, á impulso de sus
 «deprecaciones, ayudándola Helí, tuvo un hijo lla-
 «mado Samuel. Atienda pues el retórico al argu-
 «mento. *Heli*, en anagrama, suena lo mismo que

«Joaquin: *Sonet vox tua in auribus meis*. Samuel
 «fué profeta: María fué profetisa; con que en el sen-
 «tido místico, lo mismo es Samuel que María. Tengo
 «probado difusamente el asunto, y solo falta aplicar-
 «le á los Romeros; pero supuesto que el Romero
 «tiene flor, dicho se estaba ello: *Flores apparuerunt*
 «*in terra nostra*.

21. «Mas todavía quiero apropiiar con más pro-
 «piedad las circunstancias al asunto. Publicando
 «están las historias, que la Virgen Santísima tendía
 «los pañales de su recién nacido hijo Dios sobre los
 «romeros; y esto ¿quién se lo enseñó? su Madre
 «Santa Ana; pues todo cuanto supo, ella se lo ense-
 «ñó, *ipse vos docebit omnia*. Con que Santa Ana ten-
 «dia los pañales sobre los romeros. Con que los ro-
 «meros servian á Santa Ana. Pues eso es lo que
 «hacen el dia de hoy: con que tenemos lo que hemos
 «menester.

22. «Ea, pues, pidamos la gracia; pero ¿quién la
 «pedirá? ¿Isaías? Ea, que no; ¿Gregorio? Ea, que sí.
 «La Hija ayudará en la labor á su Madre: *Filia re-*
 «*gum in honore suo*. Ea pues, digámosla aquella
 «acróstica oracion, que ella en sus niñeces enseñó
 «á su Hija María; porque, como buena madre, al
 «punto la enseñó á rezar el.... AVE MARIA.»

23. Esta fué, sin quitar ni poner la famosísima
 salutación, que el incomparable Fray Gerundio de
 Campazas encajó en el refectorio de su convento, por
 estrena y muestra de paño de sus predicaderas, en
 presencia de toda aquella venerable comunidad, in-
 cluso el reverendísimo padre maestro provincial, que
 por una feliz casualidad habia llegado la noche ántes

á visitar el convento. Esta es aquella salutacion, que debiera perpetuarse en los moldes, eternizarse en las prensas, inmortalizarse en los mármoles, buriles y cinceles, por pieza original, pieza única, pieza rara, pieza inimitable en su especie. Y Dios se lo perdone al reverendísimo padre provincial, que por su génio grave, sério, maduro y demasiadamente circunspecto despues de haber echado un jarro de agua á la sies-ta, privó del cuerpo del sermón á la república de las letras, la cual ha hecho en esto una pérdida, que jamás la podrá llorar bastantemente; porque ¿quién duda, sino que sería un modelo de despropósitos, de locuras, de necedades, de herejías, de cosas inconexas y disparatadas, el más gracioso y el más divertido que ha salido hasta ahora del fondo ó del sudor de las agallas? Pues aunque en realidad andan por ahí impresos innumerables, infinitos sermones, especialmente de estos que llaman *circunstanciados*, los cuales, á lo ménos en la salutacion, que es lo que hemos visto del de Fray Gerundio, no la pierden pinta; pero es de creer, que en el alma y en el chiste no llegarían al zancajo del de nuestro recién nacido predicador.

24. Fué pues el caso, que como durante la salutacion hubo tanta bulla, tanta risa, tanta zambra en el refectorio, que á cada paso resonaban las carcajadas á mandíbulas batidas, hasta llegar un padre presentado á vomitar la comida de pura risa, el lector del caso á atrangantarse con un bocado de queso; y hasta el lego que andaba con la cajeta, siendo así que no entendía mucho de sermones ni de latines, cogiéndole uno de los despropósitos con el Jesús en

el pico, volvió á arrojar en él por boca y por narices, como cosa de media azumbre, que ya se habia embanastado, con tal ímpetu, que aspergeó y roció medianamente á los dos colaterales. Digo pues, que como por todos estos incidentes fuese menester que Fray Gerundio se parase á cada paso, haciendo mil pausas para dar lugar á la mosquetería, y ya estuviere para acabarse la mesa; pero principalmente porque el padre provincial hizo escrúpulo de dejarle proseguir en tanta sarta de disparates, y más que ya le pareció aquella demasiada bulla para un acto de comunidad tan sério; por todos estos motivos, le mandó que lo dejase y que se bajase del púlpito; lo que fué para el pobre Fray Gerundio un ejercicio de obediencia, lleno de amarguísima mortificacion; sucediendo despues lo que verá el curioso lector en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO IX.

DE LOS VARIOS PARECERES QUE HUBO EN LA COMUNIDAD,
ACERCA DE LA SALUTACION Y TALENTOS DE NUESTRO FRAY GERUNDIO,
Y DE COMO PREVALECIÓ EN FIN EL QUE ERA
MENESTER HACERLE PREDICADOR.

LA primera diligencia que hizo el padre provincial, luego que salió del refectorio, fué pedir á Fray Gerundio el papel; y mientras éste comia á segunda mesa, se leyó todo el sermón en la celda de su Reverendísima, adonde concurrieron á cortejarle todos los padres graves del convento, sirviendo esto de rato de conversacion. Y aunque allí se repitieron con más libertad las carcajadas, porque aseguraron los que fueron testigos de oidas, que el cuerpo del sermón no le iba en zaga á la salutacion, no hubo forma de quererle soltar jamás el provincial, por más instancias que le hicieron aquellos reverendos padres; excusándose con que hacia escrúpulo de exponerle á que se hiciese más ridículo, y solo á duras peras alargó la salutacion, permitiendo que se sacasen algunas copias, por cuanto esta ya la habia oido toda la mosquetería y populacho del convento.

2. Despues vuelto á los padres que le cortejaban, dijo con seriedad: es cierto, que me lastima este mozo, el talento exterior no solo es bueno,

sino sobresaliente; pero los disparates que ensarta, no se pueden tolerar, y todos nacen, lo primero de la falta de estudio, y lo segundo de los cenagales donde bebe, ó de los malditos modelos que se propone para imitarlos, los cuales no pueden ser peores por el modo y por la substancia. Maliciaron algunos, que esto último lo decia el provincial por el predicador mayor de la casa, pues no ignoraba la amistad particular que se profesaban los dos, ni las pésimas instrucciones que le daba, y aún el mismo predicador debió de sospechar algo, porque es fama que se puso colorado. Pero sea lo que fuere, prosiguió el provincial, yo quiero ver en presencia de vuestras Paternidades, si con maña y con suavidad puedo hacer que este muchacho conozca su bobería, estudie, se aplique y lea á lo ménos buenos libros de sermones, para que tome el verdadero gusto de predicar, y la orden se aproveche de sus especiosos talentos. Mandó, pues, al lego su sócio (que habia ido á servir á aquellos padres un traguito de vino rancio, y unos bizcochos de canela, por modo de postre), que bajase al refectorio, y dijese á Fray Gerundio, que en acabando de comer subiese á la celda del provincial.

3. Subió al punto apresurado, sobresaltado y azorado; pero luego se serenó, viendo que el provincial le decia con mucho agrado: venga acá, hijo, y déme un abrazo, que lo ha hecho ni más ni ménos como yo esperaba; y sino le permití que acabase su sermon, no fué porque no le oyésemos todos con gran gusto, pues ya vió cuanto se celebró, sino porque estaba ya acabando de comer la

comunidad. No es creíble cuanto se solazó, y cuanto se alentó Fray Gerundio al oír hablar á su provincial en un tono, que ciertamente no esperaba; pero llevando éste adelante su prudente artificio, le preguntó: Ea, dígame la verdad; ¿quién le compuso la salutacion? Padre nuestro (le respondió con una intrepidez y una sinceridad columbina), lléveme el diablo, si no la saqué yo toda de mi cabeza. Pues aquellos textos tan literales, y tan apropiados (le replicó el provincial); ¿cómo los podia saber si nunca ha leído la Biblia? Padre nuestro (respondió Fray Gerundio), eso con una leccioncita, que me dió en cierta ocasion el padre predicador mayor, es para mí la cosa más fácil del mundo. ¿Pues qué leccioncita fué esa? Díjome, que cuando quisiese aplicar algun texto á cualquiera palabra castellana, no tenia más que buscar en las concordancias la palabra latina, que la correspondiese, y que allí encontraría para cada voz textos á porrillo, con que podia escoger el primero que me diese la gana. Así lo hice, y en verdad que los textos, si no me engaño mucho, me salieron á pedir de boca. Por eso, cuando dije que Santa Ana palpitaba en el útero materno, luego encajé: *Ex utero ante Luciferum genui te*. Mire V. Paternidad muy reverenda el *utero* clarito como el agua. Cuando dije, que tenia hermoso y airoso vulto, al instante espeté lo de *vultum tuum deprecabuntur*, que ni de molde podia venir mejor. En hablando de hija, allí está en las concordancias, *filia mea malè à Dæmone vexatur*; y si hubiera querido traer otros cien textos de *filia*, tambien pude. Para las circunstancias agravantes; mire V. Pater-

nidad si el *tolle gravatum tuum* podia venir más al caso: y para aquello de las rameras, el *tempus putationis advenit*, me parece que vino como nacido.

4. ¿Con qué esa leccioncita le dió el padre predicador mayor? le replicó el provincial, con un poco de retintin. Sí, padre nuestro, respondió el inocente Fray Gerundio; y con ella no temo predicar el sermón más dificultoso, y de circunstancias más enrevesadas que puede haber; pues como yo encuentre en las concordancias la voz correspondiente, bien pueden llover circunstancias sobre mí, que también lloverán textos literales sobre el auditorio. ¿Pero no vé, hijo, le replicó el provincial, que esa regla no es buena, porque puede el predicador querer probar una cosa, y el texto, donde se halla la palabra, que va á buscar, hablar de otra que no tenga conexión ni parentesco con lo que él intenta? Pongo por ejemplo; ¿qué tiene que ver, que Santa Ana palpitase ó no palpitase en el vientre de su madre (dejo á un lado el disparate), con la generacion eterna del Verbo en la mente Divina, de la cual, en la sentencia más comun habla el texto: *Ex utero ante Luciferum genui te?* Ello, padre nuestro, respondió Fray Gerundio, allí hay cosa de *utero*; y sino viniere el texto al *palpitar*, vendrá al *utero*, y eso le basta al predicador.

5. Pero dígame; ¿y á qué vino el *vultum tuum deprecabuntur?* ¿A qué habia de venir? A lo de *hermoso y airoso vulto*. ¡Pecador de mí! exclamó el provincial, ¿pues no sabe, que *vultus, vultus, vultui*, significa el semblante? Sí, padre nuestro, ya lo sé; pero significa el semblante de vulto; porque sino di-

ria, *faciem tuam, os tuum*. Con dificultad pudo el provincial. ¿A qué lo habia de traer? Respondió Fray Gerundio; pues no se acuerda V. Paternidad, que lo traje á lo de circunstancias agravantes; ¿hay cosa más parecida, que *agravantes y gravatum*? Yo á la verdad no sé lo que significa *gravatum*; pero á mí me suena á cosa de agravante, y lo mismo sonará á cualquiera auditorio, que tenga buen oido; y como al auditorio le suene, no es menester más para que venga bien.

6. No obstante la natural seriedad y circunspeccion del padre provincial, le retozaba tanto la risa, al oir tan continuados y tan tremendos desatinos, que apénas podia reprimirla; pero al fin, conteniéndola lo mejor que pudo, y empeñado ya en tocar, aunque de paso, los muchos disparates de otra especie qua habia dicho en la salutacion, le preguntó; ¿y qué graves autores son, los que enseñan, que Santa Ana tuvo á nuestra Señora veinte meses en su vientre? Padre nuestro, respondió Fray Gerundio, yo no lo sé; porque en ninguno lo he leído: pero como oigo á cada paso decir á los predicadores más famosos, *afirman graves autores, dicen graves autores, enseñan graves autores, sienten graves autores*, yo creí que esa era una de las muchas fórmulas que se usan en los sermones; como cuando se dice: *aquí conmigo, ahora á mi intento, vaya para el teólogo, note el discreto*, de las cuales fórmulas cada cual puede usar libremente, cuando le diere la gana; y que aunque ningún autor haya soñado en decir lo que dice el predicador, éste puede citar á vulto autores, padres, concilios y teólogos siempre que le

viniere á cuento, como tambien versiones, exposiciones y leyendas; porque lo demás, padre nuestro; ¿á dónde íbamos á parar, ni quién habia de ser predicador si todas las noticias, erudiciones y textos que se traen en los sermones, se habian de encontrar en los libros?

7. ¿Pues no vé, hijo mio, replicó el provincial, que eso es mentir; y que la mentira, sobre ser vergonzosa é indigna de un hombre de bien en cualquiera parte, en el púlpito, que es la cátedra de la verdad, es una especie de sacrilegio? Buenos escrúpulos gasta V. Paternidad, respondió Fray Gerundio; yo no he oido tantos sermones como V. Paternidad, porque hasta ahora he vivido poco; pero puedo asegurar, que en ninguna parte he oido tantas mentiras como en los púlpitos. Allí se dan á las piedras las virtudes que no tienen; se fingen flores, árboles, frutas, aves, peces, animales y plantas, que no se encuentran en toda la naturaleza. Allí se hace decir á los padres y á los expositores lo que no les pasó por la imaginacion y á mi parecer hacen muy bien los que lo hacen; porque si los padres y los expositores no dijeron aquello, pudieron decirlo, y nadie los quitó que lo dijesen. Allí no pocas veces se fingen textos aún de la misma Sagrada Escritura, que no se hallan en ella; y esto á mi ver no tiene inconveniente; porque así como el Espíritu Santo inspiró á los profetas y á los evangelistas las cosas que dijeron, así puede inspirar á los predicadores las que ellos dicen. A lo ménos, cierto predicador de mucha fama así me lo dijo á mí; y aunque es verdad, que esta doctrina no asentó muy bien á mi razon,

pero al fin bien conocí, que era de mucha conveniencia. Finalmente, allí se fingen ó se cuentan sucesos y ejemplos trágicos y horrorosos, que nunca sucedieron, adornándolos y vistiéndolos con tan extrañas circunstancias, que claramente se conoce, que son novelas; y con todo eso vemos, que hacen mucho fruto, porque la gente gime, llora, suspira y se compunge; mire ahora V. Paternidad si se miente en los púlpitos.

8. No le puedo negar, que por nuestros pecados hay mucho de eso, replicó el provincial; pero siempre es un atrevimiento, y aún una desvergüenza intolerable, y á cualquiera predicador, á quien le cogieran en alguna de esas imposturas, se le debiera castigar severamente, y quitarle para siempre la licencia de predicar; ¡ah, padre nuestro! respondió Fray Gerundio, si se hiciera eso, ¿quién habia de predicar los sermones de cofradía? ¿y cuántos hombres honrados quedarían por puertas ó necesitarían aprender otro oficio?

9. Pero dígame, hijo, ya que por esos disparatados motivos levantó á esos graves autores el falso testimonio, de que afirmaban que Santa Ana habia tenido á la Virgen veinte meses en su vientre; ¿á qué propósito, ó á qué despropósito trajo para probarlo el texto de *hic mensis sextus est illi*? ¿Seis meses son por ventura veinte? Lo primero, padre nuestro, que yo no traje el texto para lo de *veinte*, sino para lo de *meses*; y para eso el *hic mensis* venia que ni de molde. Lo segundo, que aunque le hubiera traído para lo de *veinte*, tampoco podia venir más al caso; porque la cuenta es clara: donde hay seis,

hay cinco, seis y cinco son once: donde hay once, hay nueve, y nueve y once son veinte: con que vele ahí los veinte clavados, por las equipolencias, que no estoy tan en ayunas de sumulas, como algunos piensan.

10. Reventaba de risa el provincial, no obstante su génio adusto y algo cetrino, al oír unos disparates, por una parte tan garrafales, y por otra tan inocentes: y prosiguiendo ya por entretenimiento, lo que habia comenzado por vía de amorosa correccion, le preguntó: ¿y qué graves autores dicen, que Santa Ana fué Abuela de la Santísima Trinidad? ¿no vé, que esa es una herejía formalísima, porque la Santísima Trinidad es increada, es improducible, es eterna, y consiguientemente no puede tener Madre, ni Abuela? Por aquí conocerá ahora, cuánto le conviene estudiar teología aún para ser predicador; porque si la estudia, no dirá herejías como ésta. Como yo no diga otras herejías (respondió Fray Gerundio), no me llevarán á la Inquisicion. Tambien yo lo creo (replicó sonriéndose el provincial), porque á la Inquisicion no llevan á los tontos; ¿pero dejará de conocer, que esa es herejía? ¡Buena herejía de mis pecados! dijo Fray Gerundio. Pues dígame V. Paternidad, padre nuestro; ¿Santa Ana no fué Madre de nuestra Señora? Sí; porque así lo dice el texto: *Dixit discipulo: ecce mater tua.* ¿Nuestra Señora no fué Madre de Cristo? Tambien; porque así lo afirma San Juan: *Dixit matri suæ: ecce filius tuus.* Luego Santa Ana fué Abuela de la Santísima Trinidad. Si no estuviera más en ayunas de sumulas de lo que piensa (replicó el provincial), no habia de

sacar esa consecuencia, sino esta: *Luego Santa Ana fué Abuela de Cristo*. ¿Pues qué más me dá una que otra, padre nuestro? preguntó Fray Gerundio. ¿Pues qué, le dijo el provincial, Cristo es la Santísima Trinidad? Así lo fuera yo, respondió Fray Gerundio: *Et Trinitatem in unitate veneremur*. ¿Con qué me negará V. Paternidad muy reverenda, que Cristo es la Santísima Trinidad? ¿Y cómo que lo negaré? respondió el provincial: es la segunda Persona de la Trinidad, pero no es la Trinidad, así como Fray Gerundio es persona del convento, pero no es el convento. Y sino argüiría bien, el que dijese: *Cecilia Rebollo fué madre de Catanla Cebollon, Catanla Cebollon fué madre de Fray Gerundio de Zotes, persona del convento de Colmenar de abajo: luego Cecilia Rebollo fué abuela del convento de Colmenar de abajo*: tampoco arguyó bien el hermano Fray Gerundio; y cierto hubiera sido mejor, que el *retórico no hubiese atendido al argumento*. Padre nuestro, le respondió Fray Gerundio, *todas esas son galanterías de la escuela*, como dice el Barbadiño.

11. ¿Y son galanterías de la escuela, replicó el provincial, decir, que Santa Ana, como buena madre, enseñó á la Virgen á rezar el *Ave María*? ¿Pues qué, dijo Fray Gerundio, querrá V. Paternidad negar también una verdad tan clara y tan patente? Una Madre tan Santa y tan cuidadosa de la buena crianza de su hija, como fué la señora Santa Ana, dejaria de enseñarla la doctrina cristiana ni más ni ménos como está en el catecismo de Astete, comenzando por el *todo fiel cristiano*, hasta acabar; y más, que hay quien diga que también la enseñó aún él mismo

ayudar á misa, y que la Santa Niña á los siete años de su edad ayudaba á todas las misas que se decian en la iglesia de su lugar con mucha devocion y con mucha gracia; porque ya sabe V. Paternidad, que en tiempos antiguos, como lo leí en no sé qué libro, las mujeres ayudaban á misa. Déjelo, Fray Gerundio, déjelo, que no hay paciencia para oírle ensartar tantos y tan furiosos disparates, repuso el provincial; es posible, que sea tan pobre hombre, que no advierta que el Ave María es una oracion, que se reza á la misma Virgen; y que si Santa Ana se la hubiera enseñado, la enseñaria á que se rezase á sí misma; no ha leído siquiera en el catecismo aquella pregunta: *¿Quién dijo el Ave María? El Arcángel San Gabriel, cuando vino á saludar á la Virgen;* ¿y qué esta fué la primera Ave María, que se rezó en el mundo, cuando ya no estaba en él la gloriosa Santa, que habia muerto tres años ántes que esto sucediese?

12. No quiero ya hacerle más preguntas sobre la substancia de la salutacion, porque seria nunca acabar; pero no puedo ménos de hacerle algunas acerca del estilo, porque algunas cláusulas me dieron mucho golpe. v. gr.; ¿qué quiso decir en esta prodigiosa cláusula: *A este pues Angel transparente, diáfana inteligencia, y objeto especulativo de la devocion más acre, consagra esta extática y fervorosa plebe estos cultos hiperbólicos?* Padre nuestro, respondió Fray Gerundio, lléveme el diablo, si yo sé lo que quise decir; solo sé, que la cláusula es retumbante, y que en sonando bien á los oídos no hay que pedirla más. Y sino, dígame V. Paternidad, quién hasta ahora ha puesto tachas á estas cláusulas, que andan impresas

en un solo sermón de San Andrés, y en verdad, que no son más claras que la mía :

13. *Y porque el lleno de tan celestes luces no ofusque atingencias visuales, atemperaré la discrecion atenta, con las lustrosas circunstancias del asunto.... Al destellar los crepúsculos matutinos, iluminaban el templo de flamantes resplandores, siendo el brillante candor, feliz panegírico de su sacra solemnidad.... Nitidos ráfagos de flamulosas antorchas, brillantes destellos de solares luces, animaban afectos obsequiosos, excitando admiraciones festivas: Candidus insuetum miratur lumen Olympi. (Y note V. Paternidad de paso el modo de traer los textos ni más ni ménos como yo los traigo.) Y más abajo.... En el hermoso cielo de esta magnífica capilla, brillan soles en número distintos, Cristo y nuestro glorioso Santo: Fulserunt quondam candidi tibi soles; pero los identifica afectivamente la fineza; porque Cristo vitaliza con los igneos destellos de su amor al amante corazón de San Andrés: Lampades ignis: in me manet, et ego in illo. (¡Cosa divina! y luego me condenará V. Paternidad el *Trinitatem in unitate veneremur*). Con esta constelacion hermosa, ya no hay que temer fascinaciones de la esfera; porque las luces que podian recomendar propios resplandores, gloria stellarum (¡ay qué gloria! como quien dice, *vultum tuum deprecabuntur*), emplean hoy sus brillos en obsequiar de San Andrés glorias: Et opera manuum ejus annunciat firmamentum. (Mire V. Paternidad si yo mismo pudiera traer texto más al caso.)*

14. Padre nuestro, por ahora no quiero cansar más la atención de V. Paternidad con alegarle más

cláusulas, no solo de este sermón, sino de otros treinta y uno, que están impresos con él, y se contienen en un gran libro de á fólío, los cuales todos toditos están en este mismísimo estilo, que es un pasmo, es una admiracion, es una borrachera. Ahora lo dijo todo, replicó el provincial, sin saber lo que se dijo; porque no puede haber epíteto, que cuadre ni explique mejor lo que es ese género de estilo, pues solo un hombre embriagado con el vino de la ignorancia, de la insensatez y de la presuncion, puede gastarle; y digo que tiene muchísima razon, que ese estilo y el de su salutacion, esas cláusulas y las suyas, son tan parecidas como una castaña á otra castaña; pero ¿es posible, que me diga que hay un libro de sermones impresos en ese estilo? No lo creo; porque ¿quién lo habia de permitir? ¿Qué tribunal habia de dar licencia para eso? ¿Cómo habia de tolerar, que una obra como esa nos expusiese á la risa, á la burla y aún al desprecio de los extrangeros, que no nos quieren bien? ¿Y al autor, que seriamente pretendiese imprimir semejantes locuras; ¿cómo podian ménos declararle por falto de juicio, y de llevarle por caridad á la casa de la Misericordia de Zaragoza, ó á la de los Orates de Valladolid?

15. ¿Con qué V. Paternidad no quiere creer, que ande impreso tal libro, y con todas las licencias necesarias, y con aprobaciones rumbosas y de muy elevado coturno? Digo que no lo quiero creer, respondió el provincial, y que aunque lo vea, pensaré que lo sueño. Pues espere un poco V. Paternidad, que yo haré que lo vea y que lo palpe: y diciendo, y haciendo, sale Fray Gerundio precipitadamente

de la celda del provincial, vase corriendo á la suya, vuelve volando, trae un libro de á fólio muy manoseado y ajado, porque no le dejaba de la mano el bueno del Frailecito, y casi le sabia todo de memoria; preséntasele al provincial, y le dice: ¿Está impreso este libro? Sí, impreso está, respondió su reverendísima. Pues lea V. Paternidad, continuó Fray Gerundio, el primer sermon de San Andrés: hízolo, y leyó á la letra las cláusulas arriba citadas ni más ni ménos como las habia recitado Fray Gerundio. Quedóse pasmado; y viendo Fray Gerundio que triunfaba, añadió: pues ahora ábrale V. Paternidad por cualquiera parte, y verá si se desmiente el autor, y sino es todo semejantísimo á sí mismo.

16. Abrióle por el sermon, que se seguia de la Concepcion, y tropezó luego con esta cláusula. *Vea-
mos pues en aquellas occidentales fabulosas sombras,
dibujadas estas orientales Marianas luces, que no es
improprio á las soberanas luces el brillar entre las
sombras: lux in tenebris lucet; pues consta, que en-
tre la primordial tenebrosidad brilló la Concepcion
de la luz: tenebræ erant super faciem abissi: et facta
est lux. Y más abajo: Rosas, que siendo timbre de su
original pureza, carecen de las espinas de la troncal
mácula: ex spinis sine spina, que puso el simbólico:
porque á estas espinas preocuparon giros de radiantes
estrellas: in capite ejus corona stellarum. Y para aca-
bar la salutacion: Para ponderar la gloria, que re-
sulta á nuestra Soberana Reina de su original gracia,
pidamos la gracia que la comunica su gloria. Aquí se
paró un poco el juicioso provincial, y dijo: este pre-
dicador sabia tanta teología como Fr. Gerundio, pues*

por aprovechar un insulso retruecanillo, encajó un error teológico. La gloria á ningun bienaventurado comunica gracia, ni le añade un solo gradito más á la que tenia, cuando entró en ella. Pero vamos adelante.

17. Abrióle en el sermón siguiente de la Expectacion, y luego incontinenti se halló al principio con esta primera cláusula: *Tan complicado génio anima en la comun expectacion la esperanza, que su posesion y carencia son inexorables parcas de la vida.* ¡Qué diantres quiere decir aquí! exclamó el provincial. No sé, padre nuestro, respondió Fray Gerundio; pero ahí está el primor de ese inimitable estilo, hablar al parecer en castellano, y no haber ningun castellano que lo entienda. Pero tenga, añadió el provincial, que ya por el latín, que se sigue, saco lo que quiso decir: *Nec tecum possum vivere, nec sine te.* Sin duda quiso decir, que con esperanza no se puede vivir, y sin esperanza tampoco; que la esperanza mata, y la falta de esperanza tambien. Vaya, que eso es, reverendo padre, dijo Fray Gerundio, por eso dice *posesion y carencia*, esto es, esperanza y falta de ella, y por eso tambien concluye, que ambas *son inexorables parcas de la vida*, esto es, que la quitan. Por el hábito de mi Padre Santo Toribio, que esto es hablar culto y elevado, y que yo me muero por esto. Sin hacer caso el provincial de la sandez de Fray Gerundio, prosiguió leyendo: *Complica la esmeralda púrpura flumante con esplendor virente... El Evangelio y el asunto enuncian natural incoherencia; porque si el Evangelio enuncia á Cristo en María concebido, el misterio asunta á Cristo de María suspiradamente deseado.* (Ya escampa y llovia necesidad...) (Ya escampa y llovia necesidad...)

Aureo, triticeo cumulo descende á la aurora Mariana el Verbo Eterno. Ego sum panis vivus qui de Cœlo descendit: dice el mismo: Frumentum electorum, Predijo Zacarias. Amaltea Sacra nuestra Emperatriz excelsa, á riesgos de perlas, á fomentos de suspiros, anima su corazon sacra cornucopia de celestiales flores: Acervus tritici vallatus floribus; ¡Jesús, Jesús! (exclamó el Provincial); y esto se predicó; y se predicó esto á un Ilustrísimo Cabildo; y no echaron al predicador el perrero, en vez de echarle el órgano; y esto se imprimió con todas las licencias necesarias! Vaya, hijo Fray Gerundio, que ahora le disculpo.

18. Respecto de las cláusulas que he leído, son tortas y pan pintado aquellas cláusulas de su salutación, que tanto choz nos hicieron á todos; *¿Y qué te dan, Ana, en retribucion por tus compendios? ¿Qué paralelos podrán expresar mis voces al decir tus alabanzas?... Es Santa Ana aquella preciosa margarita, que fecundada á insultos del horizonte, deja ciego á quien la busca... Cese la energía de los labios, y contemplan mis ojos como áncoras festivas un texto muy literal, que me ofrecen los Cantares. Porque si esta triste y turbulenta avecilla; es trono geroglífico de la castidad, etc. Ea pues, digámosla aquella acróstica oracion, que en sus niñeces enseñó á su hija María. Digo, que estas cláusulas no merecen descalzar el pié á las otras, y que teniendo Fray Gerundio estos modelos, no extraño que hubiese ensartado tan furiosos disparates. Ya no tengo paciencia para leer más, porque está bien vista la muestra del paño; y desde luego aseguro, que el autor de estos sermones es sin duda algun mozalvetillo barbiponiente y atolondrado,*

de estos que aún están con el vade en la cinta, que habiendo leído cuatro libros de estilo culti-latino rumbático, y teniendo media docena de poetas, de mitológicos y de emblemistas, sin saber siquiera qué cosa es estilo ni ser capaz de saberlo, se ha formado una idea de locucion estrafalaria y pedantesca, y encaja *ab hoc, et ab illo* todo cuanto se le pone delante.

19. Poco á poco, padre nuestro, replicó Fray Gerundio, que V. Paternidad padece en eso una enorme equivocacion. El autor no es lo que V. Paternidad piensa, no es por ahí un autorcillo como quiera, es mucho hombre, es hombron, y ha hecho tanto ruido en España, que pocos han hecho más ni aún tanto. Vea V. Paternidad la primera llana del libro, lea el título de la obra y los dictados del autor, y despues me dirá V. Paternidad si es rana. Aunque ya habia cerrado el libro el provincial, y aún habia hecho ademán de arrojarle con indignacion por una ventana, oyendo esto á Fray Gerundio, le picó la curiosidad, abrió el frontis de la obra, leyó el título, y halló que decia así ni más ni ménos: *Florilógio Sacro, que en el celestial, ameno, frondoso Parnaso de la Iglesia, riega (místicas flores) la Aganipe sagrada fuente de gracia y gloria Cristo. Con cuya afluencia divina, incrementada la excelsa Palma Mariana (triunfante á privilegios de gracia) se corona de victoriosa gloria. Dividido en discursos panegíricos, anagógicos, tropológicos y alegóricos, fundamentados en la Sagrada Escritura, roborados con la autoridad de Santos Padres y Exegeticos, particularísimos discursos de los principales expositores, y exornados con copiosa crudicion sacra y profana, en ideas, proble-*

mas, hieroglíficos, filosóficas sentencias, selectísimas humanidades. Su autor el R. P. Fr. etc.

20. Por un gran rato quedó atónito el bueno del provincial, no sabiendo lo que le pasaba, y pareciéndole que con efecto era sueño lo que le sucedía. Pero al fin, volviendo en sí, estregándose los ojos, y palpando el libro, conoció que no soñaba. Quiso ver quien había tenido valor para aprobar aquel inmenso conjunto de desatinos, y para votar que se diesen á luz unos sermones, que no solo no debieran imprimirse, aunque no fuese más que por el honor de la nación, pero ni debieran los superiores á quienes tocaba haber permitido que se predicasen; pues no metiéndonos por ahora en más honduras, y sin detenernos á examinar una infinidad de proposiciones osadas, disonantes y aún erróneas respectivamente, solo la broza, el fárrago, el hacinamiento pueril de citas, textos, autoridades y lugares de todas especies, traídos sin método, sin juicio, sin eleccion, sin oportunidad, y las más veces por pura asonancia; solo el intolerable abuso de valerse por lo ménos tanto de los autores profanos como de los sagrados, hombreando Marcial, Horacio, Catulo y Virgilio con San Pablo, y con los profetas, y usando más de Beyerlink Mafejan, Aulio Gelio y Natal Comite, que de los Padres de la Iglesia; solo el estrafalario, el loco y aun el sacrílego empeño de apoyar los misterios más sagrados, y las acciones más ejemplares y más sérjas de los santos con una fábula, con una noticia mitológica, ó con una supersticion gentílica; solo el estilo tan fantástico, tan estrambótico, tan puerilmente hinchado y campanudo; solo un lenguaje tan esguí-

zaro, tan bárbaro, tan mestizo, que ni es latino, ni griego ni castellano, sino una extravagantísima mezcla de todos estos tres idiomas; solo por esto, vuelvo á decir, que verá y notará cualquiera que tenga ojos en la cara, merecia el tal predicador, que desde el primer sermón le hubieran quitado la licencia de predicar; pero ¡no solo no haber hecho esto, sino haberle permitido que imprimiese tales sermones; haber encontrado quien se los aprobase! Veamos quienes fueron los censores.

21. Aun más pasmado quedó el celoso provincial, cuando leyó el número, la autoridad y los elogios que daban al autor los aprobantes. Es verdad, que en medio de los elogios, le pareció como que divisaba algunas cláusulas, que le sonaban á pullas ó á discretas advertencias del modo con que el padre predicador apostólico debiera haber escrito; bien que temió, que esto acaso podia ser malicia suya. Los primeros aprobantes dicen, que *han leído el Florilogio Sacro con singularísimo gusto*; y añaden inmediatamente: *¡ojalá que con igual aprovechamiento!* Qué sabemos si en esto quisieron decir: ¡ojalá que el padre predicador apostólico nos hubiera edificado tanto, como nos ha divertido; ojalá, que hubiera hablado más ál alma y al aprovechamiento, que al gusto y á la diversion; ojalá que se hubiera dejado de flores y de flores tan vulgares, tan inútiles y tan silvestres, y que nos hubiera dado sazónados frutos! Notó tambien, que dichos aprobantes aplicaban á la obra un elogio, que Cino y Praxitelo dieron á la Cloaca de Galeno, y se le ofreció, si acaso lo decian por lo que esta obra tiene tambien de Sentina, pues toda ella huele á gentilidad y á pedantismo que apesta.

22. El segundo aprobante, sumamente respetable por todas las circunstancias de su dignidad y de su persona, da bastantemente á entender, que aprobó la obra *in fide parentum*, y que la leyó por poderes, siendo muy verosímil, que sus muchas y graves ocupaciones no le diesen lugar para registrarla de otra manera. Y á la verdad fué disculpable en los excesivos elogios, que la dió; porque ¿quién se habia de persuadir, á que no los merecian unos sermones, que pretendia estampar un predicador apostólico, un lector de teología y un cronista de su orden? Fuera de que quizá tendria presente, lo que dijo cierto poeta en caso semejante: *Que los poetas que alaban, y los censores que aprueban, nunca dicen lo que los autores son, sino lo que debieran de ser*. Finalmente, en todo caso, al fin de la censura, hablando de cierto sermón que el autor predicó en la misma ciudad, donde vivia á la sazón el reverendísimo, dice, que *tuvo la fortuna ingrata de no haberle oido*. Y si yo me conozco en desengaños, no es corto el que le ofrece en esta breve cláusula; pues ello, *ingrata ó no ingrata*, ya dice, que el no haberle oido fué fortuna suya. Yo á lo menos por tal la tengo.

23. El tercer aprobante, de circunstancias no ménos respetables que el segundo, no se anda en dibujos, y con toda la claridad y gravedad que correspondia á su elevado carácter, desde luego le declaró lo mucho que le sobresaltó el título de *Florilégio Sacro*, que le hizo entrar ya leyendo el libro *con advertencia*, que es decir en cortesía, *con desconfianza*, *por lo mucho que disuena lo florido con lo apostólico*, *siendo muy extrañas del apostólico predicador las flo-*

res. Y aunque despues procura dorarle suavemente la píldora, para que la trague, en todo acontecimiento el acíbar medicinal allá vá, sino hiciere buen efecto, atribúyalo el enfermo á su mala disposicion.

24. Pero al fin, concluyó el provincial, volviéndose á Fray Gerundio, sea lo que fuere de las aprobaciones, dígole, que no le he de volver este libro, porque cosa más á propósito para acabarle de rematar en ese perverso gusto, que tiene de componer sermones, es imposible que se haya estampado ni que se estampe en todos los siglos de los siglos. Padre nuestro, dijo Fray Gerundio, el libro me le volverá V. Paternidad, porque no es mio. ¿Pues de quién es? preguntó el provincial. No se lo puedo decir á V. Paternidad, respondió Fray Gerundio, porque me le prestaron en confesion. Resonó en toda la celda una espantosa carcajada, al oír tan gracioso despropósito; pero Fray Gerundio sin turbarse prosiguió diciendo: Y en órden á las tachas, que V. Paternidad le pone, lo que yo veo es, que corre con grande aplauso, que la impresion se despachó luego, y no se halla uno por un ojo de la cara, porque los que le tienen le guardan como oro en paño; y en verdad, que todos son hombres de buen gusto, y que el autor se hizo famosísimo en España, por una obra que publicó, dicen, que en el mismo estilo que el Florilugio, contra cierto escritor que ha metido gran ruido en este siglo. Con que si esto es predicar mal y con mal estilo, yo digo claramente á V. Paternidad, que no pienso predicar con otro estilo ni de otra manera miétras Dios me guarde el juicio. Dijo, y sin hablar más palabra, volvió las espaldas, y se des-

pidió broncamente de aquella reverendísima asamblea.

25. No se puede ponderar lo irritado, que quedó el provincial á vista de aquel desahogo, y de una despedida tan irreverente y tan desatenta. Iba á mandar con el primer movimiento de la cólera, que le emparedasen; pero algunos padres maestros, que conocian mejor la candidez de Fray Gerundio, le aseguraron, que aquella no era malicia, sino pura inocencia, y una mera simplicísima intrepidez. Con esto se sosegó, y se contentó con decir, que si como él estaba ya para acabar el provincialato, hubiera de proseguirle, tarde subiria al púlpito el majadero de Fray Gerundio: expresion, que no se sabe como se le escapó, porque era hombre moderado y comedido. Pero Dios nos libre de un hombre colérico, cuando todavía están calientes las paredes.

26. Miétras pasaba esto en la celda del provincial, andaba una terrible zambra en el convento entre los frailes de escalera abajo sobre la misma salutation. Es verdad, que los más eran de la propia opinion que nuestro padre; conviene á saber, que era imposible predicarse cosa más disparatada: pero otros defendian, que habia sido un asombro, y aunque no dejaban de conocer, que habia dicho muchos desatinos, pero los disculpaban con la poca edad, con los ningunos estudios, y en fin decian, que el talentazo, el garbo, la voz y la presencia lo suplían todo. Sobre todo, el formidable partido de los legos se le calzó enteramente, y no le faltó siquiera un voto, para que desde luego le ordenasen y le hiciesen predicador. Pero los que más á banderas desplega-

das se declararon por él entre los legos, fueron el socio del provincial y el sacristan segundo de la casa. Estos eran votos de grande consecuencia; porque el sócio habia cogido al bueno del provincial las sobaqueras de tal manera, que hacia más caso de él, que de muchos padres graves, y era voz comun en la provincia, que le dominaba.

27. El sacristancillo segundo por su término no le iba en zaga. Era un leguito, que ni de molde, de mediana estatura, cariredondo, agraciado, lampiño, ojos alegres y chuscos, pulcrísimo de hábito, vivaracho, oficioso, servicial y mañoso, porque sabia hacer mil enredillos de manos. Cortaba flores, dibujaba decentemente, componia relojes, acomodaba vidrios y para una cazuelita, para una torta, para una bebida tenia unas manos de ángel. A favor de estas habilidades y de su génio blando, y un si es no es zalamero, se insinuaba en las celdas, con especialidad de los padres graves, hacíalos la cama, limpiábales las mesas, batíalos el chocolate, servíalos en otros mil menesteres; y como le encontraban pronto para todo, se habia grangeado no solo el cariño, sino la confianza de los más, tanto, que casi los daba la ley, y los hacia querer todo lo que él queria, y alabar todo lo que él alababa. No es decible cuanto importaron á Fray Gerundio estos dos votos, y despues el de los demás legos; porque los dos primeros llegaron á hacer blandear, el uno al provincial, y el otro á casi todos los padres gordos, y los demás, como cada cual tenia su santo de devocion, poco á poco le fueron conquistando á los frailes de misa y coro; de manera que, en breves dias, ya casi todo el convento se declaró á favor de sus predicaderas.

CAPÍTULO X.

EN QUE SE TRATA DE LO QUE VERÁ EL CURIOSO LECTOR,
SI LO LEYERE.

PUES con estos batidores, muñidores y panegiristas viérades volverse la tortilla á favor de Fray Gerundio de manera, que toda la comunidad, á excepcion de algunos pocos hombres sesudos y religiosos de cuatro suelas, se echó sobre el provincial, para que, supuesta su aversion al estudio escolástico y su inclinacion al púlpito, le diese dimisorias para ordenarse, y le nombrase por predicador sabatino. Aún así y todo, costó mucho trabajo doblar la entereza del reverendísimo provincial; pero al fin acabó de rendirle el sócio de su Reverendísima, que le sabia mejor que otros las escotaduras: bien que no se rindió del todo, hasta que uno de los padres más graves y más maduros del convento, que queria mucho á Fray Gerundio, pero que contaba más de lo justo sobre su docilidad, salió por fiador de que se enmendaria en el modo de predicar, tomando de su cuenta instruirle muy de propósito, en que á lo ménos predicase con juicio. Pareciéndole al prelado, que de esta manera aseguraba su conciencia, y debajo de estas condiciones, consintió en que se orde-

nase de sacerdote, y le hizo predicador sabatino de aquel mismo convento con aplauso universal.

2. El que lo celebró más que todos fué el padre Fray Blas, predicador mayor de la casa, y el oráculo en materia de predicar de nuestro Fray Gerundio; porque, agregado ya á su gremio, y hecho en cierta manera subalterno y dependiente suyo, le tenía como á su mandar, para hacerle enteramente á su mano, y se proponía sacar en él un discípulo, que eternizase la fama del maestro como el tiempo le acreditó.

3. Receloso de esto aquel padre grave, que había salido por fiador de su enmienda, y se había ofrecido al provincial á instruirle ántes que le acabase de pervertir el padre Fray Blas, con el pretexto de ir á recrearse algunos dias á cierta granja del convento, le llevó en su compañía, y de propósito se detuvo en la casa de campo un mes cumplido, para tener más tiempo de insinuarle con destreza sus instrucciones, esperando que se le pegarian, por cuanto no tener al lado al predicador mayor, que era el que principalmente embarazaba prendiese en él la semilla de la buena doctrina que le daban; porque con sus disparatadas lecciones, y mucho más con sus ejemplos, todo lo echaba á perder. Llamábase el maestro Prudencio este padre grave, y le cuadraba bien el nombre, porque era hombre prudente, sábio, más que regularmente erudito, de génio muy apacible, aunque demasiadamente bondadoso, y por eso fácil á persuadirse á cualquiera cosa, y tambien á ser engañado.

4. La primera tarde, pues, que salieron los dos

á pasearse por entre una frondosa arboleda, dijo el maestro Prudencio á Fray Gerundio con llaneza y con cariño: ¿Con qué en fin, amigo Fray Gerundio, ya eres sacerdote del Altísimo, y predicador sabatino del convento? Sí, padre maestro, respondió Fray Gerundio, gracias á Dios, á la intercesion de V. Paternidad y á la de otras buenas almas. Ya sabes, continuó el maestro Prudencio, que salí por fiador con nuestro padre provincial, de que cumplirias con tu obligacion, y de que no nos sonrojarias. De eso pierda cuidado V. Paternidad, respondió Fray Gerundio, que espero en Dios desempeñarle á satisfaccion, y que no se arrepienta de la fianza. Pero, hombre; ¿cómo ha de ser eso, le replicó el padre maestro, si no has estudiado palabra de filosofía, ni de teología, ni de Santos Padres, ni de retórica, ni de elocuencia y en fin, de ninguna otra facultad? Y un perfecto orador, dice Ciceron, nada debe ignorar, porque se le han de ofrecer mil ocasiones de hablar de todo.

5. Ciceron, padre maestro, dijo Fray Gerundio, hablaba de aquellos oradores profanos y gentiles, que trataban en cosas muy distintas que nuestros predicadores. ¿Pues de qué trataban? le preguntó el padre maestro. Yo no lo sé, respondió Fray Gerundio, porque no he visto cosa alguna de aquellos oradores, más que unas pocas oraciones del mismo Ciceron, que nos hacia construir el dómine Zancas-largas; y esas parece, que todas se reducian, ó á defender á un acusado, ó á acusar á un reo, ó á excitar los ánimos de un pueblo y de la República á alguna resolucion ó empresa que fuese útil para todos; y tambien me acuerdo haber construido una ú otra, que pare-

cia elogio de algun ciudadano que habia hecho servicios importantes á la República, ó acciones gloriosas que podian ceder en esplendor y mayor lustre de toda ella.

6. Con efecto, de eso trataban los oradores gentiles, replicó el padre maestro, y á eso se reducía el fin y la materia de todas sus oraciones, á mejorar las costumbres. Y para eso solo se valian de tres medios, de defender la virtud injustamente acusada, y perseguida, de acusar al vicio inícuamente abrigado y defendido, y de elogiar á los virtuosos, poniéndolos al pueblo por dechado, y exhortándole á la imitacion. Pues véas aquí, amigo Fray Gerundio, como por tu misma confesion, aunque sin reparar en ello, el mismo fin debe ser el de un orador cristiano en sus sermones, que era en sus oraciones el de un orador gentil, y los mismos deben ser los medios. El fin es mejorar las costumbres, y los medios son enamorar de la virtud, representando su hermosura y conveniencias (y esto se llama defenderlas), ó infundir horror al vicio, pintando con viveza su deformidad y las desdichas aún temporales que arrastra (y esto se llama acusarle), ó finalmente elogiar á los Santos y á los hombres virtuosos, poniéndolos por modelo al pueblo cristiano, y exhortándole á la imitacion de sus ejemplos. De manera que la famosa division de nuestros sermones en panegíricos y en morales, está reducida á esto; y á esto tambien se reducía la division de las oraciones profanas: con que si Ciceron pedía en el orador profano tanto fondo de doctrina, que nada debía ignorar, porque se le habian de ofrecer mil ocasiones de tra-

tar de todo, lo mismo se debe pedir del orador cristiano. Y consiguientemente sabiendo yo, que tú eres un un pobre ignorante, discurre si me dará cuidado mi fianza.

7. No tiene que dársele á V. Paternidad, replicó Fray Gerundio: lo primero, porque andan por ahí muchísimos, que no saben más que yo, y son unos espanta pueblos en esos púlpitos de Cristo; y lo segundo, porque Ciceron no es algun evangelista ni Padre de la Iglesia, y así importa un pito que él pida tanta sabiduría en el orador. No es Padre de la Iglesia ni evangelista, respondió el maestro Prudencio; pero es y se llama con mncha razon el príncipe de los oradores, y como tal pocos supieron mejor que él lo que es menester saber para persuadir á los hombres á que sean mejores, que es el fin de todo orador, como ya llevamos dicho; y para saber persuadir á los hombres, á que sean mejores, preguntó Fray Gerundio, ¿es menester saberlo todo?

8. Sí, respondió el maestro Prudencio, en sentir de Ciceron; menos algunas curiosidades de astrología, de matemáticas y de física, que sirven más para la diversion, que para el aprovechamiento, el orador debe saber, ó á lo ménos estar más que medianamente tinturado en todas aquellas facultades, que dicen relacion á las costumbres y á las inclinaciones del hombre. Para combatir unas pasiones y excitar otras, debe estar instruido en la naturaleza de todas, y esto no puede ser sin estar bien informado de su composicion: vé aquí la necesidad de la filosofía. Para definir, proponer, dividir, probar y discernir entre sofismas y razones, entre paralogismos y discursos

sólidos, es menester la lógica ó la dialéctica. Sin un grande conocimiento de las leyes divinas y humanas, no es fácil distinguir, qué acciones de los hombres son conformes á ellas ó disformes; cuáles se han de aplaudir, cuáles se han de condenar: y esto ya véis, que no se puede saber sin tener muy profunda noticia de la teología moral, más que mediana del derecho canónico, y una tintura por lo ménos del derecho civil. Como las pasiones humanas nunca se conocen mejor que por los hechos, y como sola la historia es la que nos da noticia de los pasados, conocerá muy mal á los hombres el orador que no estuviese muy versado en la historia antigua y moderna, sagrada, eclesiástica y profana. ¿Y quién creerá que hasta la poesía es muy necesaria al orador? Pues lo dicho dicho: ninguno será buen orador, sino tiene algo y aún mucho de poeta. No hablo de aquella poesía que facilitita el modo de hacer versos, esto es, de hablar ó de escribir en determinado número y medida, que esto es cosa muy accidental á la poesía verdadera: hablo del alma, de la substancia, del espíritu de la misma poesía, que consiste en la elevacion de los pensamientos, en lo figurado de las expresiones, en la invencion, idea, y novedad de los discursos; porque sin esto, ¿cómo se pueden pintar con viveza los caractéres? ¿cómo se pueden mover y remover con eficacia los afectos? ¿cómo se pueden proponer las verdades más triviales con novedad y con agrado? Y véis aquí porque dice Ciceron (estas son sus formales palabras) *que el orador debe poseer la sutileza del lógico, la ciencia del filósofo, casi la diction del poeta y hasta los movimientos y las ac-*

ciones del perfecto actor ó representante; y has de estar en la inteligencia, de que el nombre de filósofo en la antigüedad, no significaba un hombre precisamente versado en aquella ciencia, que ahora llamamos filosofía, significaba un hombre lleno, un hombre verdaderamente sabio en todas las facultades. El orador que no está versado en ellas, aunque tenga buenos talentos, á la legua se le conoce: anda arañando aquí y allí noticias triviales, conceptillos comunes para llenar su sermón, que al cabo sale un descarnado esqueleto, mostrando bien, como dice cierto ilustrísimo prelado, que no habla porque está lleno de verdades, sino que anda buscando verdades, porque tiene precisión de hablar.

9. Eso seria bueno, replicó Fray Gerundio, si los predicadores hubiesen de predicar de repente; pero en no admitiendo sermones si no es con dos ó con tres meses de término, está todo remediado, porque en este tiempo se pueden tomar de las bibliotecas y de las poliantéas cuantas especies se quieran de todas las facultades, no solo para llenar sino para atestar un discurso. Así saldrá él, respondió el maestro Prudencio, y no habrá hombre entendido, que no lo conozca. A las mujeres, al populacho y á aquellos semi-sabidillos, que solamente lo son por lectura de socorro, puede ser que les parezca cosa grande; pero los que tienen buenas narices, al punto perciben el fárrago, la inconexion, el hacinamiento y la indigestion de las especies, que ninguno tiene peor sabidas, que el mismo que las ostenta con tanto aparato. No hizo más que trasladarlas del libro al papel, del papel á la memoria, de la memoria á los lábios, y si se las tocan

dos días después, le cogen tan de repente, como si jamás las hubiera decorado. Predicadores jornaleros, que solo trabajan lo que basta para salir del día. Quien no gasta muchos años en prepararse de antemano, nunca se preparará bien de repente; y al contrario, presto se dispondrá bien para un sermón particular, el que anticipadamente se halla ya prevenido para todos.

10. Y esa prevencion, padre maestro, preguntó Fray Gerundio; ¿cómo se ha de hacer? Ya te lo he dicho, respondió el maestro Prudencio: primeramente estudiando las facultades necesarias, y después leyendo con mucha reflexion, observacion y penetracion á los Santos Padres, á los expositores y oradores más acreditados; ¡Jesús, padre maestro! replicó Fray Gerundio, sería ya un hombre carcuero antes de ser predicador, porque para estudiar todo eso eran menester muchos años. A lo ménos, respondió el maestro, ninguno debiera ser predicador, que no fuese maduro y bien adulto; porque el demasiadamente jóven puede tener ingenio, puede tener habilidad, puede tener viveza, puede tener talentos, y todo lo demás que se quisiere; pero no puede tener la ciencia, noticias, especies y extension necesaria, porque esta no se adquiere sin mucho estudio y lectura, y para la mucha lectura son menester muchos años. Añádese, que á los predicadores demasiadamente jóvenes, si no suplen la falta de representacion con una virtud extraordinaria, nunca se les puede tener el respeto y la veneracion que son tan necesarias, para que hagan fruto los que ejercitan de oficio este sagrado ministerio, sin hablar de otros inconvenientes, que no

es menester decirlos , para que cualquiera se haga cargo de ellos.

11. ¿Pues por qué se empeñó V. Paternidad , le preguntó Fray Gerundio , en que á mí me hiciesen predicador , siendo así que apenas he hecho más que cumplir los veinte y cinco? Extraño mucho que me hagas esa pregunta , respondió el padre maestro , no sin algun enfadillo. ¿Tan presto te has olvidado de lo que tú mismo me importunaste , para que hiciese este empeño? Fuera de que viéndote encaprichado en no seguir los estudios , y que echabas los bofes para aplicarte á esta otra carrera , quise ver si podias servir de algo en la religion , especialmente que los predicadores sabatinos , apenas son más que aprendices de predicadores , porque solamente se les encargan algunos sermoncillos domésticos de poco ó ningun concurso , para que se vayan ensayando ; y me pareció , que en este tiempo podria suplir el arte , lo que faltaba al estudio y á la edad.

12. ¿Con que el arte ya puede suplir eso? replicó Fray Gerundio. Enteramente no lo puede suplir , respondió el padre maestro , pero de alguna manera sí. Por Dios , dígame V. Paternidad ; ¿cómo podrá suplirlo? Leyendo con cuidado buenos originales , respondió el maestro Prudencio , esto es , los sermonarios de los mejores predicadores que han florecido en España , y procurando imitarlos , así en la substancia como en el modo ; ¿pero cuáles tiene V. Paternidad por los mejores sermonarios? preguntó Fray Gerundio. Toda comparacion es odiosa , respondió el padre maestro ; y así , no metiéndome por ahora en calificaciones respectivas , te digo , que los sermones

de Santo Tomás de Villanueva, en la naturalidad, en la suavidad y en la eficacia, son un hechizo del entendimiento y del corazón. Los de Fray Luis de Granada, á quien llamaron con razón el Demóstenes español, en el nervio, en la solidez y en aquella especie de elocuencia vigorosa, que á guisa de un torrente impetuoso todo lo arrastra tras de sí, acaso tendrán pocos semejantes. La novedad de los asuntos, la ingeniosidad de las pruebas, la delicadeza de los pensamientos, la oportunidad de los lugares, la viveza de la expresión, la rapidez de la elocuencia, que reinan en los más de los sermones del padre Antonio Vieira, quizá le merecieron epíteto, que le dan muchos de mónstruo de los ingenios y príncipe de nuestros oradores.

13. En verdad, replicó Fray Gerundio, que entre esos muchos no tiene V. Paternidad, que contar al autor del *Verdadero método de estudiar*, el cual dice, *que en sus sermones no se hallará artificio alguno retórico, ni una elocuencia que persuada.... Que por haberse dejado arrebatado del estilo de su tiempo, tal vez fué aquel, que con su ejemplo dió materia á tantas sutilezas, que son las que destruyen la elocuencia.... Que sus sermones están llenos de galanterías que divierten, pero que no persuaden.... Que los que le aplican aquellos grandes epítetos de maestro del púlpito, príncipe de los oradores, maestro universal de todos los declamadores evangélicos, águila evangélica, ó no lo entienden ó hablan apasionados.... Finalmente, que era un hombre estimado en Portugal, pero no en Roma, como se lo oyó el autor á muchos jesuitas, que tenían de él perfecta noticia.*

14. Tambien yo la tengo, respondió el maestro Prudencio, de eso y de todo lo demás, que dice el Barbadiño autor de esa obra que me citas, contra este insigne hombre. Debiera este quejarse, si le tratara á él de otra manera, que trata á casi todos los hombres grandes, que florecieron en todas las facultades, siendo su empeño conocido dar á entender, que todo el mundo tenia los ojos cerrados, hasta que él vino á abríselos por caridad, haciéndoles ver, que eran unos pobres idiotas los que él calificaba por maestros. Nada se le dará al padre Antonio Vieira, ántes le estará muy agradecido, de que en materia de elocuencia cristiana le lleve á él por el mismo rasero por donde llevó en materia de teología, á Santo Tomás, San Buenaventura, Suarez, Vazquez y á todos los escolásticos; en materia de filosofía á todos cuantos no la escribieron á *la dernière, et sic de reliquis*. No obstante, si su critica no fuera tan universal, tan despótica y tan indigesta, si se hubiera contentado con decir, que el padre Vieira, *especialmente en algunos de sus sermones panegiricos*, se dejó llevar con algun exceso, y aunque dijese con mucho de aquella especie de entusiasmo, que arrebatava á su fogosa imaginacion, y que rompía en las primeras ideas que le ocurrian á ella, las cuales eran por lo comun sutilísimas, agudísimas, pero ménos sólidas, adelante: yo por lo ménos no me opondria á eso, porque estoy persuadido á que muchos de sus sermones, singularmente de los panegiricos, adolecen de este achaque. Por eso pudiste notar, que yo no te le propuse por modelo *en todos*, aún en aquellas determinadas cosas de que le alabé,

sino en los más. Pero pronunciar en cerro, y como dicen á red barredera, *que en sus sermones no se hallará artificio alguno retórico, ni una elocuencia que persuada*, no fué tirar la barra de la crítica hasta más allá de lo justo, fué propiamente tirar á desbarrar.

15. En cuanto al artificio retórico, ni uno solo se señalará de sus sermones, que no esté dispuesto con el más perfecto, con el más vivo, con el más natural, y al mismo tiempo con el más disimulado: si es que efectivamente hay otro artificio retórico, que un entendimiento bien lleno de su asunto, una imaginacion fecunda, viva, espiritosa y animada, con una facundia natural, pronta, abundante y expresiva. El que estuviere dotado de estas prendas, como lo estaba el padre Vieira en superlativo grado, hará sin pretenderlo y aún sin advertirlo, unas composiciones tan retóricas, que el mismo Tulio las admiraría, y colarán naturalísimamente de su boca y de su pluma, no solo aquellos tropos y figuras que hizo advertir la observacion, sino otras muchas que no se habian observado, y que quizá son más enérgicas que las ya sabidas. Quien no descubriere este artificio en cualquiera de los sermones del padre Vieira, no entre á leer los libros sin Lezarillo.

16. Por lo que toca á la elocuencia, que persuade (que es la única que merece el nombre de elocuencia castiza y de ley), quisiera yo me señalase con el dedo el Barbadiño otra más activa, más vigorosa, más triunfante que la del padre Antonio Vieira, singularmente en todos los sermones puramente morales, y tambien en muchos panegíricos. Lea con

reflexion los capitales asuntos, que trata en los sermones de Adviento y de Cuaresma, donde desmenuza los novísimos y promueve las verdades más terribles de la Religion, y dígame; ¿qué orador antiguo ni moderno trató jamás estos puntos con mayor viveza, con mayor solidez, con mayor valentía ni con más triunfante eficacia? Es un Ródano, es un Danubio, es un Tekesel, que quiere decir *espantoso*, río de la Etiópia, llamado así por su asombrosa rapidez; todo lo lleva tras sí, todo lo arrastra, todo lo arrebatada. No hay entendimiento, que no se rinda á la convincente solidez de sus razones; y apenas hay corazon, que resista al rápido vigoroso impulso con que le combate: tanto, que oí decir á un célebre misionero jesuita, que si se formase un cuerpo de mision de los sermones del padre Vieira, entresacando los que corresponden á los asuntos que se suelen predicar en esta sagrada batería, con dificultad habria otros, que conquistasen más almas, especialmente en auditorios cultivados y capaces. Y con efecto consta de la vida de este hombre prodigioso, que no hizo ménos fruto en los corazones con sus sermones morales, que causó admiracion en los entendimientos, así en España como en Italia, con la mayor parte de los panegíricos.

17. En Italia, vuelvo á decir, por más que el ce-
trino Barbadiño nos quiera persuadir, que oyó á muchos jesuitas italianos, *que el padre Antonio Vieira era un hombre estimado en Portugal, pero no en Roma*: ¿á qué jesuitas pudo oír semejante despropósito, sino que fuese á los cocineros de las muchas casas que tiene la Compañía en aquella córte? Estoy

por decir, que aún éstos no ignoran el gran ruido, que hizo en ella, cuando fué llamado de su general, por haberle significado el Papa Alejandro VII, muchos cardenales y la famosa reina Cristina de Suecia, la gana que tenían de oírle, por lo mucho que había publicado de él la fama en toda Europa. No ignoran, que despues de haber predicado varias veces en presencia del Sacro Colegio, convinieron todos, en que era aún mucho mayor que su fama. No ignoran, que habiendo predicado, digámoslo así, á competencia con el mayor orador que tuvo la Italia en aquel siglo, el reverendísimo padre Juan Paulo Oliva, predicador apostólico de tres Sumos Pontífices, y general de toda la Compañía; no obstante el elevado mérito de este hombre verdaderamente grande; no obstante el estar reputado, y con razon, por el evangélico Demóstenes de Italia; no obstante la pasion natural con que necesariamente le habian de mirar todos los patricios; no obstante el peso que habia de hacer en la balanza ó el respeto ó la dependencia ó la adulacion ó todo junto, viéndole cabeza suprema de toda su Religion, y con una autoridad casi despótica en la córte de Roma, por la grande estimacion que hicieron de él los tres Sumos Pontífices, que le alcanzaron: no ignoran, vuelvo á decir, los jesuitas, que no obstante todo esto, en los dos sermones, que en la fiesta de San Estanislao de Koska predicaron el general y el súbdito, el italiano y el portugués, los extraños y los domésticos dieron al de éste la preferencia.

18. No ignoran, que el mismo general, en una carta que le escribió despues desde Roma á Lisboa,

le llama *intérprete verdadero de la Escritura, singular órgano ó arcaduz del Espíritu Santo, modelo de oradores y padre de la elocuencia*; siendo así, que los superiores de la Compañía, y especialmente el supremo de todos, en las cartas que escriben á sus súbditos, aunque no les escaseen las expresiones paternales, los dispensan con mucha circunspeccion y con grande economía los elogios. Estos que el reverendísimo Oliva dedicó al padre Vieira, no solo no los ignoran los jesuitas de Roma, pero pudiera y debiera no ignorarlos el mismo Barbadiño, pues se hallan estampados en uno de los dos tomos de cartas de dicho general, que se dieron á la luz pública. Finalmente, no ignoran los jesuitas, que el mismo Papa Alejandro y la reina Cristina desearon con ansia, que se quedase en aquella córte, el uno para oráculo de su capilla Pontificia, y la otra para ornamento de su Real discretísimo y doctísimo gabinete, donde concurrían los hombres más sábios, y más eminentes de la Europa toda, que eran los que principalmente componian la córte de aquella extraordinaria princesa, por lo que dijo de ella con singular discrecion Samuel Bochart, haciendo el cotejo entre la reina de Sabá, que fué á conocer y á consultar á Salomon, y la reina Cristina:

*Illa docenda suis Salomonem invisit ab oris;
Undique ad hanc docti, que doceantur eunt.*

Que tradujo así un poeta castellano:

*Aque/la por oir á un sabio,
Su corté y su patria deja;
Los sabios dejan las suyas,
Solo por oir á esta.*

Pero así el Papa, como la reina desistieron de su empeño, por no mortificar al religiosísimo y celosísimo padre, que habiéndose dedicado con voto apostólico cultivo de los negros bozales del Brasil, y haciéndose intolerables los aplausos que le tributaba la Europa, suplicó rendidamente á la Cabeza de la Iglesia y á aquella sábia princesa, le permitiesen restituirse á donde le llamaba su espíritu y el de la divina vocacion.

19. Así lo hizo, sin que tampoco fuesen capaces de detenerle en Lisboa las instancias del Rey de Portugal, que quiso fijarle en ella, para tener el consuelo de oirle como maestro desde el púlpito, y obedecerle como padre en el confesionario, fiándole la direccion de su Real conciencia: mas el gran Vieira, firme en la apostólica vocacion, y superior á todas las fugaces honras con que le brindaba el mundo, enamorado de sus portentosos talentos, renovó en la córte del Rey Don Pedro el ejemplo, que ciento y treinta años ántes habia dado San Francisco Javier en la del Rey Don Juan; pues supo representar con tanta eficacia á aquel Monarca, cuanto más y cuanto mejor le serviria en el Brasil que en Lisboa, que el príncipe se dejó persuadir. Nada de esto ignoran los jesuitas italianos. ¿Pues quiénes pudieron ser aquellos *muchos jesuitas romanos*, á quienes oyó el Barbadiño, que *el padre Vieira era hombre estimado en Portugal, pero no en Roma?* Harto será, que cuando le pareció oir esto, no tuviese arromadizados los oídos, ó á lo ménos atronados con el sonido de la *turba magna*, de cuyos estruendosos ecos dá muestras de gustar mucho en varias partes del método,

pero con más especialidad en su furiosa *respuesta á las reflexiones de Fray Arsenio de la Piedad*.

20. Y de paso puedes notar la injusticia, y aún la temeridad, con que el Barbadiño atribuye esta que él llama falta de artificio retórico y de elocuencia que persuade, *al deseo que el padre Antonio Vieira muestra en casi todos sus sermones de agradar al público*. Un hombre, que con tanta modestia y con tanto empeño huía los aplausos de la primera corte del mundo, y las honras con que esta y la de Portugal á competencia le brindaban, por ir á emplear sus raros talentos entre los záfios y tostados negros del Brasil. ¿Qué caso haría de agradar al público en sus sermones, sino que fuese de aquel racional agrado, que debe pretender todo orador, para que le oigan con gusto, y abra el camino al provecho? porque al fin, aquel agrado y aquel aplauso, que consiste en las obras más que en las palabras, no es impropio, ántes es muy digno de cualquiera orador cristiano. San Crisóstomo, que ciertamente no solicitaba en sus sermones el aura popular del auditorio, no solo no hacia ascos de este agrado, sino que le pretendía: *Plausum illum desidero, quem non dicta, sed facta conficiant*.

21. No obstante lo dicho, yo convengo de buena gana con el señor Arcediano de Ehora (pues ya sabemos todos que lo es por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica el llamado Barbadiño), en que, no *casi todos*, sino muchos de los sermones *Panegíricos*, y aún tal cual de los *morales* del padre Vieira, están llenos de pensamientos más brillantes que sólidos, más ingeniosos que verdaderos: como

tambien de lugares de la Escritura, y de exposiciones traídas ó aplicadas con mayor agudeza que solidez, y consiguientemente, que sus pruebas deslumbran, pero no persuaden, deleitan, más no convencen. Tampoco me opondré del todo á lo que añade el Barbadiño, *de que tal vez fué aquel, que con su ejemplo dió materia á tantas sutilezas, que son las que destruyen la elocuencia*: con tal, que no quiera significar por estas palabras: como parece lo da á entender, que el padre Vieira fué el que introdujo en el mundo este mal ejemplo, siendo el primer inventor de estas sutilezas, que no hacen merced á la Escritura, y hacen añicos la elocuencia.

22. En ese caso reñiremos; porque siendo tan erudito el señor Arcediano, como ciertamente lo es, no puede ignorar, que cuando nació el padre Vieira, ya estaba el mundo atestado de libros de *conceptos predicables*, así en portugués como en castellano, en italiano, en latin, y aún habia algunos en francés, que tenian desterrada de los púlpitos la elocuencia verdadera, y la genuina y literal explicacion ó aplicacion de la Sagrada Escritura. Dejo aparte el reinado del sentido alegórico, que aunque propio, es el más arbitrario, y consiguientemente el más expuesto á desbarrar, si no se maneja con mucho pulso y con gran tiento, el cual se apoderó de todo el siglo décimo sexto, y de mucha parte del décimo séptimo en que nació el padre Vieira. Ya encontró éste muy celebradas en los púlpitos las sutilezas de Mendoza, las metafísicas de Silveira, los arrojos de Guevara, los reparillos de Fray Felipe Diez, y tambien en Italia y aún en Francia habian hecho grandes estragos en la

elocuencia sagrada las delicadezas de los Berninis, de los Maronis y de los Mercenieres.

23. Basten estos ejemplares para probar, que no fué el padre Vieira el inventor de las sutilezas del púlpito, y para que no se le recargue, con que tal vez fué aquel, que con su mal ejemplo dió materia para que estas se introdujesen, en perjuicio de la verdadera elocuencia. No por eso negaré, que los sermones panegíricos con especialidad, están demasíadamente cargados de ellas, y por eso no te le propongo absolutamente por modelo; pero los morales, con toda seguridad pueden servirte de ejemplar, aunque se encuentre en ellos tal cual agudez ó pensamiento no tan sólido; pues morales y muy morales son todas la homilias de San Juan Crisóstomo, y no obstante encontrarse en ellas uno ú otro pensamiento que no parezca tan cimentado, no hay en la Iglesia de Dios modelo de elocuencia más acabado ni más perfecto.

24. Insensiblemente fueron caminando cerca de una legua en esta conversacion el maestro Prudencio y nuestro Fray Gerundio, el cual daba muestras de oirla con atencion y con gusto, tanto, que rogó al padre maestro, que tuviese la bondad de irle instruyendo poco á poco en aquellas materias, y aún le suplicó que le diese unas reglas breves, claras y comprehensivas para componer todo género de sermones panegíricos, morales y tambien las que se llaman oraciones fúnebres; á cuyas tres clases pueden reducirse todas las especies de sermones que se predicán. Pidióle más, que no solo le diese reglas para componerlos, sino tambien para el modo de predi-

carlos, descendiendo hasta las mayores menudencias del gesto de la persona, de la decencia del traje, del juego de la voz, y del movimiento y decoro de las acciones. Todo se lo ofreció el bueno del maestro Prudencio, bañándose como dicen en agua rosada, y rebosando en el semblante una suma complacencia, por parecerle que le iba saliendo bien su traza, y muy persuadido ya á que habia de sacar en Fray Gerundio un predicador de gran pro, con desempeño de la fianza que habia hecho, no sin acreditar en ella la bondad de su corazon, más que la bellaquería de su buen juicio; pero como el paseo habia sido largo, era hora de comer, y los ácidos hacian su oficio en los estómagos de los dos, especialmente en el del robusto Fray Gerundio, se limitó la sesion para ocasion más oportuna, y se retiraron á la Granja á acallar las justas quejas de las tunicas estomacales.

LIBRO TERCERO.

CAPÍTULO PRIMERO.

DE UN ENREDO DE BARRABAS, QUE HIZO EL MAL DIMOÑO PARA
ACABAR DE REMATAR Á FRAY GERUNDIO.

HABRÁ notado acaso el muy crítico y muy curioso Lector (y tambien es muy natural que no lo haya notado), que la division y comenzamiento de este libro tercero, no está segun arte; porque, habiendo acabado el primero con las niñeces, primeras letras y estudios pueriles de nuestro incomparable Fray Gerundio, hasta dejarle en el noviciado con el hábito de la religion, parecia que el segundo libro se habia de cerrar con los estudios, pocos ó muchos que tuvo en ella, y que debiera comenzar el tercero desde que se halló ya sacerdote de misa, y con el nombramiento de predicador sabatino; por cuanto el nuevo estado, y así mismo el nuevo empleo, eran una época de su vida, natural, oportuna y propia para esta tercera division. De donde acaso el mismo lector querrá poner pleito al pobre libro segundo, sobre su capítulo dé-

cimo, diciendo que este toca de justicia al libro tercero, y que ha sido usurpacion y tiranía privarse de él.

2. Yo no juraré, que no tenga vislumbres ó apariencias de razon el que hiciere este reparo. Pero sobre que hasta ahora no se ha publicado alguna pragmática-sancion, que dé reglas fijas, ciertas y universales para el amojonamiento, término, límites ni cotos de los párrafos, capítulos ni libros; pues hasta en las lindes de los puntos, que son más necesarias, para que no haya pleitos en la jurisdiccion é inteligencia de las cláusulas, sabe Dios y todo el mundo los trabajos que hay, por no haberse recibido alguna ley obligatoria, que ligue y cause entero perjuicio á los escritores y á los escribientes: como esta costumbre de la division de capítulos y libros, dicen que se ha introducido en el mundo literario, para que descansen y tomen huelgo, así los que escriben, como los que leen; en asegurando yo, que no me cansé, hasta que dejé á Fray Gerundio, no solo con el título de predicador sabatino, sinó con los primeros crepúsculos de la instruccion del padre maestro Prudencio, paréceme que por lo que á mí toca, tapé la boca al crítico reparador. Si mis lectores se cansaron ántes, eso no debe ser de mi cuenta. ¿Quítoles yo por ventura, que cierren el libro cuando les diere la gana, y se echen á dormir hasta que despierten, con lo cual, no solo dividirán, sinó que podrán hacer gigote los capítulos y los libros, siempre y cuando les pareciere puesto en razon?

3. Pero me dirán, que aunque no hay ley escrita, que arregle estas divisiones, las regla, y como que las dicta la misma ley natural, esto es, el sindére-

sis y, la razon de los escritores metódicos, claros y de buena economía. A eso respondo, que en esto de sindéresis y de razon natural cada cual tiene la que Dios le dió, y que los entendimientos son tan diferentes como las caras. A tal le parece, que escribe, y que habla con el mejor método del mundo, y al otro que le lee ó que le oye, le parece un eterno embrollador, y una confusion de confusiones. Vaya un ejemplo. Díganle al autor del *verdadero método de estudiar*, que es un embolismo todo lo que escribe; que en muchas partes apénas se perciben las reglas prácticas que da, y que las que se perciben, ó es imposible ó sumamente dificultoso practicarlas, y consiguientemente, que por ellas ninguna facultad se aprenderá. Se espiritará de cólera, se pelará las barbas al quitar, con que quiso engalanarse, y á cualquiera que le vaya con esta embajada, le dará una rociada de *parvoices*, de *ridicularias*, y de *crasas ignoranzas*, con que le haga retirar más que de paso.

4. Vaya otro ejemplo. No ha muchos años, que cierto cirujano latino (así decia el que lo era), hombre bonísimo, imprimió un libro con este título: *Método racional, y gobierno quirúrgico para la curacion de los sabañones*. Quién no creeria, según el epígrafe de la obra, que esta se reducía á dar reglas prácticas y metódicas para curar estas bachillerías de la sangre, que dan tan malos ratos á la gente de poca edad y tal vez á hombres barbudos y aún canosos? Pues no señor, de los trece capítulos, á que se reduce todo el librete, solo el último tiene algun tastillo de metódico ó de práctico; los otros doce, sobre ser impertinentísimos para el asunto, tienen tanto de mé-

todo y de gobierno quirurgico, como de oportunidad. Empeñóse en hacérselo conocer al autor un tal Juan de la Encina, escritor desalmado de tres cartas, asaz bien escritas, en que esgrimió sobre las costillas del pobre cirujano toda la pujanza de su postizo apellido; y aunque con efecto le hizo evidencia, de que el nombre de *Método* solo podia ponérsele á la obrilla por mote ó por antifrasis, el bonazo del autor se fué á la otra vida muy persuadido, de que no se habia escrito en esta cosa más metódica ni más gubernativa. Vengansenos ustedes ahora, con que el sindéresis y la razon natural dictan á cada autor el método que debe observar en el económico repartimiento de sus escritos.

5. Pero al fin; ¿qué nos estamos quebrando la cabeza? Note el curioso lector, que en el primer párrafo ó número del capítulo último del libro antecedente, quedó nuestro Fray Gerundio presbítero *in facie Ecclesiæ*, y predicador sabatino en toda propiedad, y respóndame en Dios y en su conciencia á esta preguntilla. ¿Sería bien parecido, que aquel capítulo no se compusiese más que de un solo párrafo, y que se presentase en el libro como un capitulillo de teta ó de miniatura, siendo así, que los otros pueden pasar por capítulos generales, aunque sean de la religion más numerosa, por la multitud de especies, y de números que concurren á componerlos? Haga justicia el prudente y *equitativo* lector y si en medio de eso no me concediere la razon, *pacencia, Calros, pacencia.*

6. Hecha esta digresion tan necesaria como impertinente y molesta, volvamos á atar el hilo de

nuestra historia. Es tradicion de padres á hijos, que estaban acabando de comer, el maestro Prudencio y nuestro Fray Gerundio, por señas que les servian de postre unos caracoles de alcorza, y algunas bellotas de mazapan, con que habia regalado al padre maestro cierta monja de la órden, confesada suya, cuando comenzaron á llamar con grande fuerza á la puerta de la Granja. Salió al ruido de los golpes el lego, que cuidaba de ella, y encontróse (¡quién tal imaginara!) no ménos que con el padre predicador mayor de la casa, el incomparable Fray Blas y con un labrador guedejudo, fornido, rechoncho y de pestorejo, que venia en su compañía; caballero, el padre predicador en un rocin acemilado, tordo, sutil, zanqui-largo y ojeroso; y montado el paisano en un pollinejo rucio, aparrado, estrecho de ancas, rollizo, oreji-vivo y andador. Era el caso, que en una aldea presumida de lugar, dos leguas distante de la Granja, que se llamaba antiguamente Jaca la Chica, y ahora, ó porque se corrompió el vocablo ó por reducir á una sola voz el diminutivo se llama Jacarilla, habia fundado pocos años ántes una cofradía, dedicada á Santa Orosia, el cura del lugar, que era aragonés y muy devoto de la Santa. El mayordomo de aquel año, que era el labrador que venia acompañando á Fray Blas, le habia echado el sermon; y aunque éste no valia más que quince reales, dos libras de turrón y un frasco de vino de la tierra, Fray Blas le habia admitido; porque en materia de sermones llevaba la opinion de los mercaderes, que muchos pocos hacen un mucho, y recibir á todo pecador como viniere. Algo se rodeaba por la Granja; pero por comer en casa

de la órden, y sobre todo por ver Fray Blas á su querido Fray Gerundio, aunque habia tan poco tiempo que se habian separado, quiso hacer este rodeo.

7. Tanto como se alegró Fray Gerundio con la vista de su amigo, tanto sintió el maestro Prudencio aquella importuna visita, temiendo que si los dejaba hablar á los dos á solas, echaria á perder el aturrido del predicador todo lo que á su modo de entender habia adelantado él por la mañana. Hizo, pues, ánimo á no perderlos un punto de vista hasta que marchase Fray Blas, suponiendo que lo haria despues de comer; y para que lo ejecutase cuanto ántes, dió órden al lego para que los calentase á toda prisa lo que habia sobrado de la comida, añadiendo algunos torreznos fritos, que es el agua de socorro para huéspedes repentinos, cuando llegan al levantar de los manteles.

8. Miéntras se aderezaba la comida, no los divirtió poco el labrador, que aunque záfio de explicaderas, grosero de persona, y no muy delicado de crianza, era bastante ladino, y un si es no es socarron. Ya sabia que el maestro Fray Prudencio era hombre de mucho respeto en la órden, porque se lo habia prevenido Fray Blas en el camino; y así, luego que entró en la sala donde estaba, le hizo una grande reverencia, escarbando hácia atrás con el pié y pierna izquierda, tanto, que faltó poco para hincar una rodilla, pero sin quitarse el monteron perdurable, que tenia calado hasta las cejas, y saludando al maestro, le dijo: *Tenga su Eternidad guenas tardes, endísimo padre Fray maestro, y guen provecho haga su esencia: prega á Dios que todo se le convierta en*

unjundia; y diciendo y haciendo, sin esperar á que nadie se lo rogase, echó mano de uno de los vasos de vino que estaban sobre la mesa en una salvilla para echar á la que llaman de San Vitoriano, y con despejo patanal añadió sin detenerse: *A la salud de su Trinidad muy raborenda, y tambien á la de mi padre predicador Fray Bras, que es la frol de los predicadores de chapa, y tambien á la de ese flayre mozico, que mal año para quien me quiera mal, si no tiene pergeño de ser con el tiempo otro padre Flay Bras; y tambien á la de mi amigo el padre Granjero Flay Grigorio, que aunque nos es de misa, tampoco lo fué su padre, Dios le bendiga; pero en una feria de carneros, que se venga á emparejar con él un atajo de padres presentados; porque por fin y por postre, de todo se sirve Dios.* Acabada esta letanía, echóse á pechos el vaso, que era de mediano portante, y bolcándole boca abajo sobre la salvilla, él se dejó caer en un banco, repantigándose en él con mucha autoridad.

9. Cayó muy en gracia al bueno del maestro Prudencio toda esta introduccion, y como era de génio bondadoso y tan apacible, le dijo con mucho agrado: *Buen provecho, tio: ¿cómo se llama? Bastian Borrego, para servir á su ausencia,* respondió el labrador (y al decir esto, hizo ademan de levantarse un poco la montera.) Por muchos años, en vida y salud de su mujer y de sus hijos, si los tiene, continuó Fray Prudencio. *Y como unas froles, aunque parezca mal que yo lo diga,* replicó el tio Bastian, *especialmente uno que tengo vestido con el habitico de San Juan de Dios, de estos que llaman flayres gaspachos, déjelo su*

usandísima, eso es bobada; con que el tío Bastian, prosiguió el padre maestro, ¿es mayordomo de Santa Orosia? Y tambien lo juí, respondió Borrego, de la cofradia del Santísimo, y serví la de la Cruz y la de las Animas, y agora solo me fazta, que me echen á cuestras la de San Roque, que no dejarán de hacerlo, porque para los probes se hicieron los trebajos. Segun eso, tiene por trabajo el servir á los Santos, replicó el padre maestro. A los Santos, padre nuestro, gueno es servirlos; pero el caso es, que segun mi corto maginamiento, en estas mayordomías de mis pecados se sirve poco á los santos y mucho á los cofrades. Y sino dígame su Reverencia: ¿Se servirá mucho á los santos, en que un probe como yo, gaste en cada una de estas mayordomías sesenta reales en vino, veinte en tortada, diez en avellanas, todo para dar la caridad á los cofrades, sin contar la cera ni la comida á los señores sacerdotes, ni la limosna del padre predicador, que todo junto hace subir la roncha á más de ciento y veinte reales? Ya la cera, la limosna del sermón, y aunque digamos tambien la comida de los curas pase, porque todo esto parece cosa de Iglesia; pero el vino de los cofrades, que hay hombre que se mama dos cuartillas, la tortada y las avellanas para yesca; y añada su Trinidad, el baile por la tarde á la puerta del mayordomo, que dura hasta muy entrada la noche, y más si toca el tamboritero el son, que se llama el espanta-pulgas. ¿Querráme decir su Usandísima, que de esto se sirve Dios ni los santos?

10. De eso no creeré yo, que se sirvan mucho, respondió Fray Prudencio, y por lo mismo estoy tambien mal con ello. Pero si el tío Bastian conoce, que

las mayordomías y las cofradías se vienen á reducir á esas borracheras; ¿para qué entra en ellas? *Para qué entra en ellas; ¡guena pregunta! Bien se conoce, que su Ausencia está metido allí con sus libros, y no sabe lo que pasa en el mundo. Padre nuestro, en los lugares es preciso entrar en todas las cofradías, porque es preciso, y no digo más, que al quien entendedor, pocas palabras. Juera de esta razon, que pesa un quintal; viene un Flayre, y pondera tanto las indulgencias de una cofradía; viene otro y perdica tantas cosas sobre los suflagios, que hace la otra por sus defuntos, qui si un hombre no los cree, le llevan; ¿qué sé yo á dónde? y si los cree y no lo hace, le tienen por judío.*

11. Pero aunque entre en las cofradías, replicó Fray Prudencio, no le pueden obligar á que sea mayordomo. *¿No me pueden obligar?* respondió el tio Borrego: *Si usa caridad no sabe más de tulugía, que de Cafradías, no trueco mi cencia por toda la suya. ¿Qué razon habrá divina ni humana, para que habiendo yo bebido el vino y comido el turrón de los demás cofrades, no beban y coman ellos el mio? Amen de eso, si entro á la parte de los suflagios y en las indulgencias, tambien tengo á entrar en los gastos; ¿pues qué no hay más que entrar uno cofrade, morir bien ó mal, como Dios le ayudase, irse al pulgatorio, y salir luego de él de mogollon, y como dicen, de bobilis bobilis, sin que le cueste tanto como á cualquiera otro probe? A buen bocado, buen grito; lo que mucho vale mucho cuesta; donde las dán, las toman, y donde no las toman, no las dán.*

12. Pero si el cofrade se va al infierno, replicó

el padre maestro, ¿de qué le sirven los sufragios ni las indulgencias? *Ahora sí*, respondió el tío Bastian, *que su Eternidad muy Reverenda dió en el punto, y se conoce que es tiólogo. Sin serlo yo, he puesto esa enfecultá á muchos padres perdicadores, y en verdad, que no han sabido desenredarse bien de ella. Las cofradías, que se reducen todas á sufragios y á indulgencias, solo sirven para los que est'n en gracia; mas para ponerse en ella no sirven, sino que sea por muchos arrudeos. Pues aquí de Dios y del Rey, digo yo ahora; ¿cuánto más valen aquellas cofradías, que llaman conjuraciones? Congregaciones querrá decir, tío Bastian, le interrumpió Fray Prudencio. Su Usandísima no repare en venablos ó en vucablos, prosiguió Bastian Borrego, que en entendiéndonos, nos entendemos, y cada probe estornuda como Dios le ayuda. Digo, ¿que cuánto más valen aquellas conjuraciones ó congrigaciones ó lo que fueren, que obligan á escobijar la conciencia, confesando ó comulgando á menudo, como si dijéramos cada mes, ó los días de las fiestas recias, que dan regras para vivir un cristiano honradamente, en las cuales no hay mayordomias ni estos embelecós ó dimonios de caridades; y que en fin son medios para librarle á un hombre del infierno, que las otras, que lo más más á que tiran es á sacarle á uno del pulgatorio? A eso digo yo, padre nuestro, que una vez metido en el pulgatorio, tarde ó temprano yo saldré de él, pero in inferno mula es en reñtion, y en verdá, que no me han de sacar de él los oficios de ánimas, que hace la cofradía por los cofrades enfuntos.*

13. Grandísimo gusto le daba al bueno del padre

maestro la conversacion del tio Bastian, porque en medio de sus charras explicaderas, descubria, que era hombre de humor y de entendimiento. Así pues, deseoso de oirle hablar más, le preguntó, quién habia fundado en Jaca la chica ó en Jacarilla la cofradía de Santa Orosia, porque le parecia cosa extraordinaria; puesto que, aunque habia visto muchas cofradías del Sacramento, de las Ánimas, de San Roque y de San Blas y de algunos otros Santos, pero que de Santa Orosia nunca la habia visto ni oido, atento á que esta Santa, aunque tan grande, era poco conocida en Castilla. *A eso responderé, Esentísimo padre,* dijo el tio Bastian (y á este tiempo tomó un polvo de la caja que á tal punto abrió el padre maestro), *que en cada villa su maravilla, y cada ludron tiene su santo de devocion. El cura de mi lugar es aragonés, nacido y bautizado en la Zuidá de Jaca, que dicen está allá junto á tierra de moros: y de camino quiero que sepa su Ausencia, que no quiere que le llamemos señor Guillen (que este es el apellido de su alcurnia), sino mosen Guillen, porque disqasi susa en su tierra; y al enprencipio cierto que todos nos riamos muchísimo, porque esto de mosen nos olia á cosa de Moisés.* No (le interrumpió el padre maestro), es voz muy antigua de la lengua castellana, tomada de la arábiga, para explicar *mi señor*, y se ha conservado en Aragon, como por distintivo y mayor respeto de los señores sacerdotes. *Pues este tal cura* (prosiguió el tio Borrego) *es un santo (así lo jueía yo delante de la cara de Dios), y porque dizque en la Zuidá de Jaca, donde él nació, tienen grandísima devocion con Santa Orosia, que es su Patrona, él tambien se la tiene; y como mi lugar*

se llama Jaca la chica, nos perdicó en un sermón (¡válgame Dios y qué sermón nos perdicó!), que sería gueno, que tuviese la misma Patrona que Jaca la grande, porque Dios y los Santos no reparan en estaturas: y para esto me acuerdo que trajo allá un tiesto de Isabel, cuando unció por Rey á David. Samuel diria el cura, interrumpió el maestro Prudencio. Samuel, ó Isabel, que para lo de Dios todo es uno, prosiguió el tio Borrego, á quien dijo su Magestá, que no mirase en su estatura si era grande ó chica, y luego lo dijo en latin tan craro y tan clavado, que lo entendió hasta la mi Coneja, que así se llama mi mujer Bartola Conejo, para servir á Dios y á su Eternidad. En fin; tantas y tales cosas nos dijo de la gloriosa Santa, que se juntó aquel mismo dia el conejo, y allí encontinenti votamos todos, que habia de ser Patrona del lugar; y de más á más fundamos una cofradia, en que entraron casi todos los vecinos; y por fin y por proste hicimos todos obrigacion ante el Fiel de Fechos de hacer todos los años á la bendita Santa una fiesta, que, déjelo señor, no la hay más celébre en toda la redonda: y como digo, cada mayor-domo se esmera en traer el perdicador mas famoso de toda la tierra; y así en los tres años cá que se fundó la cofradia, el primero perdicó un padre enfinidor, que se perdia de vista; el sigundo uno de estos padres gordos, que se llaman... que se llaman... válate Dios; ¡cómo se llaman! se llaman padres... padres, es ansina una cosa á manera de gubilete. Padres jubilados, dijo el maestro Prudencio. Sí, un padre jibalado, continuó el tio Borrego, y en verdá que era una águila: Y este año, que es el tercero, y á mí me ha to-

cado ser mayordomo, luego puse los ojos en nuestro padre Fray Bras, porque desde que le oí el sermón de San Benito del Otero en Cevico de la Torre, al momento le eché el ojo, y dije aci para mi sayo: ya te veo que eres garza, y como yo sirva alguna cofradía, no se me escapará este pajarero.

14. A este tiempo entró el granjero con la comida, y ya le pesaba al maestro Prudencio haberle dado tanta prisa para que los despachase, porque iba tomando grande gusto á la conversacion del tio Bastian. No obstante, como le hacian mayor fuerza los inconvenientes que tenia, de que el predicador mayor y Fray Gerundio hablasen á solas y despacio, llevó adelante su primera idea, de que comiesen presto, y despedir á los huéspedes luego que comiesen; y así dió orden al lego, para que mientras ellos tomaban un bocado, echase un pienso á las caballerías.

15. Durante la comida, preguntó el padre maestro al tio Borrego, ¿cómo se entendian los predicadores para predicar de una Santa, de quien habia tan pocas noticias en Castilla? *A eso, padre nuestro, respondió el tio Bastian, ya nuestro cura da providencia; porque ha de saber su Excelentísima, que le umbieron de Jaca un rimero de sermones como así (y levantó la mano derecha como media vara), todos imprimidos, que es un pasmo. Parece á ser que estos sermones todos son exemprarles, ó como se llaman, de uno que compuso un Flayre á la señora Santa Orosia, para perdicarle en la Zuidú de Jaca, y que al cabo no le perdicó no sé allá por qué trucamundanas, y corre vé y diles, que de haber habido. En fin el*

Flayre, que dicen era hombre encercunstanciado, y de los más guapos perdicadores que habia en aquellas tierras: aunque no perdicó el sermon le imprimió, y porque tiene grande amistad con el señor cura, le umbió el rimerero que dixé; y el señor cura, luego que sale mayordomo de la cofradia, le da un exemprar, para que se lo entregue al perdicador que nombrare, y le sirva, como dicen, de pautero. Pero á la salú de su ausencia, esentísimo padre, y mojemos la palabra; y echóse á pechos un vaso de á cuartillo.

16. Buen provecho, tio Bastian, respondió el maestro Prudencio, y continuó diciendo: Sin duda que ese sermon debe ser muy especial, y que traerá grandes noticias de Santa Orosia. Yo, padre nuestro, prosiguió el buen Borrego, limpiándose los vigotes y relamiéndose el trago, *soy un probe simpre, que ne sé leer ni escribir, y no lo entiendo; pero un hijo mio, que es un lince, pues no tiene más que diez y ocho años, y ya anda por proceso, nos le leyó una noche, á la mi Coneja y á mí, y nos pareció que decia unas cosas muy hondas. Ello es impusible de Dios, que no sea uno de los más estupendisimos sermones, que se han perdicado en el mundo; porque vea usa Trinidad: ¡sobre que anda de letra de molde y se ha empremido! Pero si su Caridá gusta de leerle, dexé, que yo pediré uno á mosen Guillen, y se le traeré cuando guelva á dexar en su convento á nuestro padre perdicador mayor.*

17. No es menester, replicó Fray Blas, que yo daré á V. Paternidad el que me presentó el señor mayordomo, que ahí le traigo en la alforja, porque me embelesa tanto su lectura, que no acierto á de-

jarle de la mano, y de puro leerle, casi le he aprendido de memoria. Es de los grandes sermones que he leído en mi vida. ¿Y toca todas las circunstancias? preguntó entonces Fray Gerundio. Déjame echar un trago á la salud de nuestro padre maestro, y despues te responderé. Bebió Fray Blas otro vaso de vino, que estaba á nivel con el de su mayordomo, limpióse con sosiego y con autoridad, y prosiguió diciendo: ¿que llama si toca todas las circunstancias? No deja una, que no toque. ¿Pero cómo? Toca el sitio donde está fabricada la iglesia de Jaca, toca su escudo de armas, toca el del señor obispo, que era á la sazón, toca el número de los regidores de la ciudad; toca el de las mujeres, que en otro tiempo la defendieron contra los moros; y aunque es verdad, que ninguno oyó el sermón, porque no se predicó; pero como le compuso para que le oyesen, toca el número sin número de los que pudieran oírle; y finalmente toca hasta el de los que llevaban el pálido, que eran ocho. Y todo con unos textos tan oportunos, tan adecuados, y tan literales, que no hay más que pedir, y parecia imposible que ingenio mortal pudiese llegar á tanto. Esto es predicar, ó esto es componer sermones, que todo lo demás es paja. Y casi fuera de sí dió una palmada en la mesa, tan récia, que faltó poco para que vasos, salvilla y jarro diesen en tierra; y lo que es el jarro, asegura un autor fidedigno, que hubiera caído al suelo, á no haberse abrazado prontamente con él, al tiempo de bolcarse, el vigilantísimo Sebastian Borrego.

18. Siglos se le hacian al bendito Fray Gerundio los instantes que tardaba en leer un sermón, que

ponderaba tanto un hombre como el padre Fray Blas, á quien él tenia por el mayor espanta-pueblos que conocian los púlpitos de aquel siglo. Reventando estaba por pedirsele, y ya tenia en el borde de los labios las palabras, cuando le contuvo el respeto del padre maestro, á quien ya el otro se le habia ofrecido; y tambien fué parte para detenerle un poco de miedo que le habia cobrado, hasta saber qué dictámen formaba del tal sermón su Paternidad; y más que le notó no sé qué gestos displicentes, mientras Fray Blas estaba ponderando el primor y la mendacidad, con que se tocaban en él todas las circunstancias.

19. Con efecto, al machucho del padre maestro Fray Prudencio le habia disonado tanto esto, que prorrumpió diciendo: aceto el sermón que me ofrece el padre predicador, no más que para divertirme con él, y compadecerme del que le compuso; pues por lo demás, supuesto lo que el padre predicador dice, no necesito leerle para juzgar desde luego, que será un tejido de despropósitos, de disparates y de puerilidades, sin que tenga de sermón más que el título y el tema; ¡sermónes de circunstancias y de tales circunstancias! No se ha inventado locura mayor, más torpe, más indigna de la cátedra del Espíritu Santo, ni que más acredite la mala cabeza del predicador, el depravado gusto de los oyentes, y la lastimosa ignorancia que hay en unos y en otros de lo que es verdadera elocuencia. Solo en España se estila esta vergonzosa necedad; y aún en España no se introdujo hasta más de la mitad del siglo pasado, en que comenzaron á profanar el púlpito con estas

ridículas indecencias unos títeres ó unos poetuelas en prosa, á quienes la ignorancia del vulgo aclamó por grandes predicadores. No se me señalará ni un solo sermón de estos que se llaman circunstanciados, que sea de data más antigua. Todas las naciones extranjeras hacen una gran burla de nosotros (y lo peor del caso es, que la tenemos bien merecida) por esta impertinente, loca y pueril extravagancia.

20. Sermón de circunstancias. ¿Pues acaso hay otra circunstancia en el sermón, que la de predicar del Santo, del misterio ó del asunto de que se habla? ¿Qué conexión tiene con las virtudes de Santa Orosia, que la catedral de Jaca esté en este sitio ni en el otro, y se llame así ó asá? ¿Que las armas del obispo sea un león ó un avestruz? ¿Que la iglesia catedral tenga por escudo dos llaves con dos puertas, ó dos arcas sin cerradura? ¿Que los regidores sean nueve ó sean veinte? ¿Que lleven el pábulo ocho ni ochenta? y finalmente; ¿qué arte ni parte tuvo Santa Orosia, ni qué gloria se la sigue, de que las mujeres jaquetanas hubiesen defendido la ciudad contra los moros, cuando esta hazaña sucedió muchos años ántes, que hubiese Santa Orosia en el mundo; conduce nada de esto para formar un gran concepto del mérito de la Santa, una grande idea de su poder, una viva confianza en su protección, ni para alentar á la imitación de sus heroicas virtudes, que es ó debe ser todo el empeño de los sermones panegíricos?

21. ¿Los maestros de la elocuencia Sagrada ni aún profana usaron jamás estas impertinencias? ¿Hállase por ventura ni un remoto rasgo de ellas en los sermones, en las homilias, en los panegíricos de los

Santos Padres? ¿Ciceron y Quintiliano hicieron nunca asuntos de semejantes vagatelas? Si un abogado se introdujese en estrados públicos á hablar en un pleito, haciendo circunstancia de las armas del presidente, de los escudos de los jueces, del dosel de la sala, del artesonado de la pieza, y de otras necesidades semejantes; ¿habria paciencia para dejarle acabar su arenga; y no dispondrian luego que fuese á concluirla á los orates? Pues aquí de Dios y de la razon; ¿cómo se sufre esto en los predicadores? ¿Cómo se les aplaude? ¿Cómo se les celebra? ¿Cómo no se convierten en silvos los elogios? ¿Y cómo no vuelan contra ellos los sombreros y las monteras á falta de tronchos? Pero esto era para más despacio, y tampoco es para aquí. Ahora, pues, ustedes han acabado ya de comer, y tienen que andar cinco leguas hasta Jacarilla, Fray Gregorio saca las caballerías; Fray Blas, déjeme ese sermon para entretenerme, y no hay que perder tiempo, que se va haciendo tarde.

22. Por mal de sus pecados, al querer levantarse de la mesa el bueno del mayordomo, no pudo; porque le pesaba más la cabeza, que lo restante del cuerpo. Era el caso, que miéntras el celoso Fray Prudencio habia estado tan enardecido predicando contra los predicadores, que perdian néciamente el tiempo en hacerse cargo de ridículas circunstancias, el tio Bastian no le habia perdido, y menudeando los tragos, que todos eran de á fólio, el vino hizo su oficio; y cuando quiso ponerse en pié, cayó entre la mesa y el banco, teniendo la desgracia de tropezar con la cabeza en la esquina de éste, y se hizo una herida, que parecia una espita. No hubo más reme-

dio, que aplicarle una estopada, llevarle entre cuatro mozos de labranza á la cama, y darle tiempo hasta el dia siguiente para que volviese del rapto.

23. Mucho sintió este accidente el maestro Prudencio, porque ya era preciso, que á lo ménos aquella tarde estuviesen juntos el predicador y Fray Gerundio, y temia que aquel echase á perder lo que juzgaba habia adelantado por la mañana. Viendo que ya no tenia otro remedio, propuso en su ánimo no dejarlos ni un instante solos; y cuando estaba trazando el modo de tenerlos entretenidos, el mal dimoño que no duerme, dispuso que en aquel instante viniese á visitarle el arcipreste del partido, que era cura de un lugar poco distante de la Granja; y despues de hechos los primeros cumplidos, dijo que con licencia de aquellos padres, traia algunos casos, que consultar en secreto con su Reverendísima.

CAPÍTULO II.

SÁLENSE Á PASEAR FRAY BLAS Y FRAY GERUNDIO, Y DE LAS RIDÍCULAS
REGLAS PARA PREDICAR, QUE LE DIÓ AQUEL CON TODOS
SUS CINCO SENTIDOS.

ELLOS que no deseaban otra cosa, sin aguardar á más razones, toman los báculos, y los sombreros, y sálense solos al campo, bien resueltos á no volver á la Granja, hasta muy entrada la noche. Quiso ánte todas cosas el predicador mayor leer luego á su querido Sabatino el sermón, que habia de predicar á Santa Orosia, y le llevaba en el pecho, entre el coletillo y la saya del hábito, asegurándole que era de los sermones más á su gusto que habia compuesto hasta entónces. Pero Fray Gerundio le dijo, que para leer el sermón ya habria tiempo, y que en aquella tarde tenia mil cosas que decirle, las cuales no quería que se le olvidasen: especialmente, que como la ocasion es calva, era menester cogerla por los cabellos, pues acaso no pillarían otra semejante en mucho tiempo, Espetóle toda la conversacion, que habia tenido por la mañana con el padre maestro, lo que le habia dicho acerca de las facultades en que debia estar por lo ménos medianamente instruido todo buen orador; la necesaria lectura de los Santos Padres, y á falta de ésta el modo de suplirla con la

lección atenta de buenos y escogidos sermonarios; los que determinadamente le había señalado que eran los de Santo Tomás de Villanueva, Fray Luis de Granada y el padre Vieira; y finalmente las reglas, que á petición suya había ofrecido darle para predicar bien todo género de sermones.

2. Y á tí, ¿qué te pareció de todo lo que te dijo ese santo viejo? le preguntó Fray Blas. ¿Qué quiere V. que me pareciese? le respondió Fray Gerundio, que todos los viejos saben á la pez, y que en fin los viejos no dicen más que vejezes. Ahora bien, le replicó Fray Blas, excusemos de razones, porque contra experiencia no hay razón, y para que veas cuán sin ella habla ese santo hombre, oye un argumento sencillo, pero convincente. Yo no he estudiado ningunas de esas facultades, que te dijo eran tan necesarias para ser uno buen predicador. Yo no he leído de los Santos Padres, más que lo que encuentro de ellos en las lecciones del breviario, y en los sermones sueltos que se me vienen á las manos, ó en los sermonarios de que uso. Yo no sé, que haya visto ni aún por el pergamino, los sermones de Santo Tomás de Villanueva. Por lo que toca á los de Fray Luis de Granada, lléveme el diablo si en mi vida he leído ni siquiera un renglon; y solo de Vieira he leído algunos sermones, porque me gustan mucho sus agudezas. Siendo esto así, te pregunto ahora; ¿párecete en Dios y en tu conciencia, que predico yo decentemente? ¿Qué llama decentemente? replicó con viveza Fray Gerundio: yo en mi vida he oído ni espero oír á otro predicador semejante. Luego para predicar bien (concluyó Fray Blas) no es menester

nada de eso, que te quiso encajar el antaño de Fray Prudencio.

3. El argumento no tiene respuesta, dijo el candidísimo Fray Gerundio, y así desde ahora le doy á V. palabra de no hacer caso de todo cuanto me diga. Mi guia, mi ayo, mi maestro, y como dicen, mi padrino de púlpito ha de ser V.; sus consejos han de ser mis oráculos, sus lecciones mis preceptos, y no me apartaré un punto de lo que V. me enseñare. Así pues, ya que la tarde es larga y la ocasion no puede ser más á pedir de boca, deme V. algunas reglas claras, breves y perceptibles, de manera que yo las pueda conservar en la memoria, para componer bien todo género de sermones; porque aunque muchas veces hemos hablado, ya de éste, ya de aquel punto tocante á la materia, pero nunca le hemos tratado seguidamente, y como dicen, por principios. Soy contento, respondió el predicador, y óyeme con atencion sin interrumpirse.

4. Primera regla: eleccion de libros. Todo buen predicador ha de tener en la celda, ó á lo ménos en la librería del convento los libros siguientes: *Biblia*, *Concordancias*, *Poliantea ó el Theatrum vite humane de Beyerlink*, *Teatro de los Dioses*, *los Fastos de Masculo ó el Calendario Etnico de Mafejan*, *la Mitología de Natal Comite*, *Aulo Gelio*, *el Mundo Simbólico de Picinelo*; y sobre todo, *los Poetas Virgilio, Ovidio, Marcial, Catulo y Horacio: de sermonarios no ha menester más, que el Florilgio Sacro*, cuyo autor ya sabes quien es, porque en ese solo tiene una India.

5. Segunda regla. Tenga V., le interrumpió Fray

Gerundio. ¿Y no será bueno añadir algun expositor ó Santo Padre? No seas simple, le respondió Fray Blas, para nada son menester. Cuando quieras apoyar algun concepto ó pensamientillo tuyo con autoridad de algun Santo Padre, dí que así lo dijo el águila de los doctores, así la boca de oro, así el panal de Milan, así el oráculo de Seleucia, y pon en boca de San Agustin, de San Juan Crisóstomo, de San Ambrosio ó de San Basilio lo que te pareciere: lo primero, porque ninguno ha de ir á cotejar la cita; y lo segundo, porque aunque á los Santos Padres no les hubiese pasado por el pensamiento decir lo que tú dices, pudo pasarles. Por lo que toca á los expositores, no hagas caso de ellos, y expon tú la Escritura como te diere la gana, ó como te viniere más á cuento; porque tanta autoridad tienes tú como ellos para interpretarla. Que Cornelio diga esto, que diga lo otro Barradas, que Maldonado piense así, ni que el Abulense discurra asá; ¿á tí qué te importa? Cada cual tiene sus dos deditos de frente, como el Señor le ha deparado. Y en fin, porque me hago cargo de que para parecer hombre leído, y escriturario, es menester citar á muchos expositores, no te quito que los cites cuando te diere la gana, ántes te aconsejo que los cites á puñados; pero para citarlos no es necesario leerlos, y haz con ellos lo que te dije que hicieses con los Santos Padres. Prohíjales lo que quisieres, teniendo gran cuidado de que el latín no salga con solecismo; por mí la cuenta si te lo conocieren en la cara. Un solo expositor te aconsejo, que tengas siempre á la mano, este es el Silveira, porque es cosa admirable para un apuro; y si se te

antojare probar que la noche es dia, y que lo blanco es negro, harto será que no encuentres en él con que apoyarlo.

6. Tercera regla. El título ó asunto del sermón sea siempre de chiste, ó por lo retumbante, ó por lo cómico, ó por lo facultativo, ó por algun retruecanillo. Pondréte algunos ejemplares, para que me entiendas mejor, *Triunfo amoroso, Sacro Himeneo, Epitolamio festivo, etc.* Sermón que se predicó á la profesion de cierta religiosa; por señas, que en el primer punto la hizo el predicador *Ciervo*, y en el segundo *Leon*, dos animales, que se registran en el escudo de su familia; ¡estos son títulos, estos son asuntos, y esta es inventiva! Si en el blason de la señorita hubiera un Hipogrifo, ni más ni ménos le hubiera acomodado el predicador á su profesion religiosa, porque los hombres de ingenio son los verdaderos químicos, que de todo sacan preciosidades. Oye otros tres admirables títulos por términos contrarios. *Parentacion dolorosa, oracion fúnebre, epicedio triste*, en las exequias de otra religiosa de grande esfera; y aunque el orador no tomó asunto determinado, sino historiar poéticamente la vida de su excelentísima heroína, lo hizo tan conforme á las reglas del arte, que en la frase jamás se apartó de él, en la cadencia apénas la pierde de vista, y tal vez le sigue exactamente hasta en la misma asonancia. Escucha por Dios como da principio al cuerpo de la oracion, y pásmate si no te quieres calificar de tronco. *A Dios, Celeste Coro; á Dios, Lírios Seráficos; á Dios, amadas Hijas; á Dios, Cisnes sagrados.* ¿Qué le falta á esta cláusula para ser una perfecta

redondilla de romance ordinario, sino haber hecho esdrújulo el último pié del postrer verso, como lo pudo hacer fácilmente el reverendísimo orador, diciendo: *á Dios, cisnes extáticos?* En verdad que nada e costaria, como nada le costó la otra perfectísima redondilla de romance, que se sigue pocos renglones más abajo. *Querida esposa; ¿á qué aguardas? Bella mujer; ¿á qué esperas? Sal de esa caduca vida, y ven á lograr la eterna.*

7. Bien sé, que algunos monos condenan mucho en la prosa esta especie de cadencia, y mucho más cuando se junta la asonancia, queriendo persuadirnos, que tanto disuena el verso en la prosa, como la prosa en el verso. Citan para eso, entre otros muchos, á no sé que Longino, autor allá del siglo de oro, que trata de pueriles, de insensatos y aún de rudos á los que usan de este estilo: *Puerile est, imó tardi rudisque ingenii solutam orationem inamænâ versûs harmonia contâxere;* pero ¿qué importa que lo diga Longino? ni ¿qué caso hemos de hacer de un hombre, que acaso seria tercero ó cuarto nieto del que dió la lanzada á Cristo? Fuera de que Longino escribió en griego, y los que le tradujeron en latin y en francés le pudieron haber levantado mil testimonios. Finalmente, lo que á todo el mundo suena bien; ¿por qué ha de ser disonante? pero vamos prosiguiendo con las títulos y asuntos de sermones.

8 *Mujer llora y vencerás:* sermon-á las lágrimas de la Magdalena; ¿qué cosa más divina, que haber acertado á representar el amargo llanto de la mujer más penitente, con el título, y aún con los amatorios lances de una de las comedias más profanas? Estos

primorcillos no se hicieron para ingenios ramplones y de cuatro suelas. *El Lazarillo de Tormes*: sermón predicado en la dominica cuarta de cuaresma, llamada comunmente de *Lázaro*, á cierta comunidad religiosa; en el cual apenas hay travesura, enredo, ratería ni truanada de aquel famoso pillo ó idea fingida de un famoso salteador de figones y mal-cocinados, que no se acomode con inimitable propiedad á la resurreccion de *Lázaro*, de la que hizo asunto el predicador, dejando el propio de la dominica, y predicando solo del nombre que se daba á aquella semana. *Lo máximo en lo mínimo*: sermón predicado á San Francisco de Paula, sin salir de este oportuno retruecanillo, que parecia nacido para el intento.

9. *El particular in esendo, y universal in predicando*: sermón famoso al célebre Confalon de cierta ciudad, que es el Lydius Lapis de los predicadores de rumbo, y los sermones suelen ser unas bellas corridas de toros, ingeniosamente representadas desde el púlpito, sacando á plaza todos cuantos toros, novillos, bueyes y vacas pacen en los campos de las letras sagradas y profanas, y convirtiéndose el estandarte ó bandera del Confalon en banderilla, que comunmente clava el auditorio al predicador, *porque no ha dado en el chiste*. En fin, porque ya me voy dilatando demasiado en esta regla, si quieres tú dar en el chiste de los asuntos, no tienes más que imitar los del celebérrimo *florilégio sacro*, que debe ser tu pauta para todo. Allí encontrarás los siguientes: *Gozo del padecer, en el padecer del gozar*, á los dolores gozosos de la Virgen. *Real estado de la razon, contra la quimérica razon de estado*, viernes de enemigos.

Luz de las tinieblas, en las tinieblas de la luz, al Santísimo Sacramento. Dicha de la desgracia, en la desgracia de la dicha, al entierro de los huesos de los difuntos; y así de casi todos los asuntos de aquel nunca bastantemente alabado ingenio y verdaderamente mónstruo de predicadores. Si algun hombre de génio melancólico, indigesto y cetrino quisiere persuadirte, como muchos han intentado persuadirme a mí, que esta especie de asuntos ó de títulos, sobre no tener sal, gracia, agudeza ni rastro de verdadera ingeniosidad, son pueriles, alocados y muy ajenos de la seriedad, gravedad y magestad con que se deben tratar todas las materias en el púlpito, nunca te metas á disputar con ellos, déjalos que abunden en su opinion, hazlos una grande cortesía, y sigue tú la tuya. Porque aún dado caso que ellos tengan razon, los que la conocen son cuatro, y los que se pagan mucho de estos sonsonetes, epitetos cómicos, antítesis y bocanadas, son cuatrocientos mil.

10. Cuarta regla. Sea siempre el estilo crespó, hinchado, erizado de latin ó de griego, altisonante, y si pudiere ser cadencioso. Huye quanto pudieres de voces vulgares y comunes, aunque sean propias; porque si el predicador habla desde más alto, y en voz alta, es razon que tambien sean altas las expresiones. Insigne modelo tienes en el autor del famoso florilugio, y solo con estudiar bien sus frases, harás un estilo que aturrulle y atolondre á tus auditorios. Al silencio, llámale *taciturnidades del labio*; al alabar, *panegirizar*; al ver, *atingencia visual de los objetos*; nunca digas *habitacion*, que lo dice cualquier payo, di *habitáculo*, y déjalo por mi cuenta: *existir*,

es vulgaridad : *existencial naturaleza* , es cosa grande. Que la culpa original se deriva por el pecado, á cada paso lo oímos ; *pero que se traduce por el fomes del pecado* , si no fuere más sonoro , á lo menos es más latino y más obscuro ; y acaso no faltará algún tonto que juzgue , que el primer pecado se cometió en Hebreo , y que un escritor ó literato llamado *Fomes* , le tradujo en castellano. Algun escrupulillo tengo , de que la proposicion (salvo la hermosura de la frase) es disparatada , porque la culpa no se deriva ó no se traduce por el pecado , sinó por la naturaleza que quedó infecta con él. Pero al fin , la verdad de esto quédese en su lugar ; porque como soy poco teólogo , no me quiero meter en lo que no entiendo.

11. Guárdate bien de decir nunca la *vara de Aaron* , porque juzgarán que es la vara de algun alcalde de aldea ; en diciendo la *Aaronitica vara* se concibe una vara de las Indias , y se eleva la imaginacion. *Cecuciente naturaleza* , es claro que suena mejor , que naturaleza corta de vista , porque esta última expresion parece que está pidiendo de limosna unos anteojos de vista cansada. Sobre todo , *ignitas aras del deseo* , por deseo ardiente y encendido , es locucion que embelesa. Basten estos verbi-gracias , para que sepas las frases que has de estudiar , ó á lo menos imitar en el *florilogio sacro* , y con esto solo harás un estilo cultísimo por el camino más fácil. Para que comprendas mejor , ¡ qué cosa tan bella es esta ! oye una cláusula en el mismo estilo , formada casi solamente de los propios términos : *Cuando la cocuciente naturaleza , superando los ignitos singultos del deseo , erumpe del materno habitáculo , y presenta su exis-*

tencial ser á las atingencias visuales, aunque con la lave original traducida por el fomes, los circostante se erigen, cual Aaronítica vara, ansiosos de conspí-cirla. Dígote de verdad, que un sermon en este estilo, no hay oro en el mundo para pagarle.

12. Hay otro estilo tambien muy elevado, aunque por diferente rumbo, el cual no consiste en frases peregrinas ó latinizadas, sino en una junta y armoniosa mezcla de voces, que siendo cada una de por sí natural, llana y sencilla, las da la colocacion no sé qué aire primoroso, que hechiza, suspende y arrebatá. Esto mejor se explica con ejemplos: Supongamos, que me hubiesen encargado un sermon de honras, y que para explicar mi dolor por la muerte de la persona, á quien se dedicaba la oracion fúnebre, diese principio á ella de esta manera: *¡Ay de mí! no sé que siento en el alma: parece que esta se me arranca ó forceja por salirse del cuerpo. El corazon quiere seguirla, la garganta se me añuda, la voz no acierta con los labios. A no suplir un precepto la falta del espíritu, no seria posible hablar. Los suspiros se atropellan en la boca, y al salir de tropel, mezclándose con las lágrimas, turban la vista, sin dejarla perceber más que objetos melancólicos y tristes. ¿No te parece que seria ésta una grandísima frialdad, y que á lo ménos cualquiera simple vejezuela entenderia lo que queria decir? Pues oye como explicó este mismo concepto un venerable varon en el exordio de aquella parentacion dolorosa, oracion fúnebre y epicedio triste de que te hablé en la segunda regla.*

13. *¡Ay de mí; qué pavor recibe el alma; qué desmayo el corazon asusta! El alma fugitiva de sí*

misma no acierta á dar noticia: el corazon soliendo- se del pecho apénas late, porque apénas de esa tumba solo pulsa: anudada la garganta, es áspero cordel el mismo aliento: desmayada la voz, halla un cariño que las ausencias suple del espíritu, porque se vé animada de un precepto: árbitro este del balbuciente labio, confundiendo los atropellados suspiros del pecho, con la copiosa lluvia de los ojos, solo libres para atormentarse con tristezas. ¿Qué te parece? no es este un encanto; y ¿qué importará, que el ilustrísimo señor Valero, en aquella su célebre carta pastoral (que no sé cierto por qué la han alabado tanto los hombres más doctos de la monarquía) haga una sangrienta sátira contra el estilo elevado en los sermones, especialmente cuando le usan unos hombres, que por su profesión austera y penitente, y por su traje de mortificación, menosprecio del mundo, mortaja y desengaño, parecia que ni en el púlpito ni fuera de él habian de abrir la boca, sino para pronunciar huesos, calaveras, juicio final y fuego eterno? No me acuerdo de sus palabras formales; pero bien sé que son muy semejantes á estas.

14. «¿Qué es ver subir al púlpito á un predicador, amortajado más que vestido, con un estrecho «saco, ceñido de una soga, de que hasta el mismo «tacto huye ó se retrae, calado un largo capucho «piramidal hasta los ojos, con una prolongada bar- «ba, salpicada de canas cenicientas, el semblante «medio sorbido de aquel penitente bosque, y lo de- «más pálido, macilento y extenuado al rigor de los «ayunos y de las vigiliás, los ojos hundidos hácia «las concavidades del cerebro, como retirándose

«ellos mismos de los objetos profanos, y gritando
 «mudamente, *apartadnos, Señor, de la vanidad del*
 «*mundo!* ¡Qué es ver, digo, á este animado esque-
 «leto en la elevacion de un púlpito, asustando con
 «sola su vista aún á los que no son medrosos, pro-
 «poner el tema del sermon con magestad, arreman-
 «gar el desnudo brazo, mostrar una denegrida piel
 «sobre el duro hueso hasta el mismo codo, y dar
 «principio al sermon de esta ó de semejante ma-
 «nera!

15. *Bizarro propugnáculo de España, célebre Co-
 lonia latina, idea de cónsules clarísimos, y gloria de
 los pueblos arevacos, ¿qué es esto?... ¿Qué es esto,
 bella emulacion del orbe, jurada reina de los carpen-
 tanos montes, en cuya ilustre falda, si la vista de
 dos profundos valles, te ciñe, al murmurio de Eresma
 y de clamores te acompaña?... ¿Qué es esto, Arco de
 paz peregrina, donde los ciento y cincuenta y nueve
 de tu puente, son trofeos gloriosos del que ostenta Mi-
 llán en este dia, por real florido iris de su cielo? Et
 reliqua.*

16. «¿No quedaria escandalizado el auditorio
 «(prosigue la substancia de dicho melancólico pre-
 «lado) al oír aquel viviente cadáver prorumpir en
 «unas voces tan pomposas, tan hinchadas, tan flori-
 «das, y cuando esperaban escuchar de unos labios
 «emboscados en la espesura de aquella penitente
 «barba, ó desengaños que los aterrassen, ó inflama-
 «dos afectos que los encendiesen, hallarse con una
 «relacion crespá, sonora, retumbante, la mitad en
 «prosa y la mitad en verso, que no parecia mal en
 «unas tablas? Si saliese al teatro un comediante con

« su peluca blonda y empolvada, sombrero fino de
 « plumage, y por cucarda un lazo de diamantes,
 « chupa de riquísima tela, casaca correspondiente
 « á la chupa, medias bordadas de oro, zapatos á la
 « gran moda, con dos lazos de brillantes por evillas,
 « espadin de puño de oro, baston del mismo puño,
 « camisola y vueltas de París, bordadas con exqui-
 « sito primor, y él de estatura heroica, de semblante
 « grato y señoril, de talle airoso, de bizarra planta,
 « de noble y desembarazado despejo, y puesto enme-
 « dio del tablado, componiéndose las vueltas, dando
 « dos golpecillos halagüeños hácia las caidas del pe-
 « luquin ó de la peluca, proporcionado la postura,
 « echa una airosa cortesía al silencioso concurso, y
 « calado garbosamente el sombrero, rompiese en esta
 « relacion :

*Ahora, Señor, ahora,
 Que la inexorable Parca
 Quiere aplicar á mi vida
 Los filos de su guadaña.
 Ahora, ahora, Señor,
 Que postrado en esta cama
 Me siento tal, que no sé
 Si he de llegar á mañana.*

« ¿Habria bastantes silvos para él en la mosquetería?
 « ¿No agotaria todas las peras, manzanas y tronchos
 « de la cazuela? ¿El alcalde de corte, que fuese
 « semanero, no daría pronta providencia para que
 « llevasen á aquel pobre hombre á la casa de la mi-
 « sericordia? Sí. Pues, á mal dar, tan loco es un ca-
 « puchino que representa en el púlpito, como un
 « comediante que hace mision en el teatro. Y lo mis-

«mo se debe entender de cualquiera predicador, sea
 «de la profesion que se fuere; pues el haber puesto
 «el ejemplar en un capuchino, es por la especial di-
 «sonancia que hace esta hojarasca y vana frondosi-
 «dad en aquel traje.» Hasta aquí la substancia de
 dicho Ilustrísimo. ¿Pero qué substancia tiene todo
 esto? El maligno cotejo que hace entre el predicador
 y el comediante no viene al caso, por más que pa-
 rezca convincente; porque si en las tablas se repre-
 sentan vidas de santos y autos sacramentales en ver-
 so; ¿porqué no se podrán predicar en los púlpitos
 relaciones y jacaras en prosa? Que me respondan,
 que me respondan á esta retorsioncilla!

17. Otro estilo hay, que sin ser elevado en la
 expresion, es de gran gusto en el sonsonete, y son
 pocos los auditores, que no se alampnan por él. Este
 es el cadencioso, diga Logino lo que quisiere, y
 digan lo que se les antojare todos los descendientes
 por línea recta de los sayones, que dieron muerte
 al Salvador. El estilo cadencioso es de dos maneras,
 una cuando la cadencia es de verso, ya lírico, ya
 heróico; otra cuando consiste en cierta correspon-
 dencia, que tiene la segunda parte de la cláusula
 con la primera, como si la primera acaba en *onte*,
 que la segunda concluye en *unte*, si la caída de una
 es en *irles*, la de la otra sea precisamente en *arles*,
 si aquella termina en *tamborlan*, esta termine en
matusálen. Los ejemplos te pondrán esto mejor de-
 lante de los ojos.

18. Cadencia de verso lírico. Fuera del divino
 ejemplar, que ya te puse en el famoso sermón, inti-
 tulado: *Parentacion dolorosa, oracion fúnebre, epi-*

*cedio triste, oye otro sacado de cierto sermón, que se predicó con extraordinario aplauso en una catedral donde hervian los hombres doctos como los garbanzos en olla de potage, y todo él fué por el mismo estilo, sin perder siquiera pié ni sílaba. Asustada mi ignorancia,.. confuso mi encogimiento,.. ni sé si atribuya á dicha,.. ni sé si desgracia sea,.. la que busco en mi elección,.. para tanto desempeño,.. mil asuntos al sonrojo,.. mil materiales al susto.. Pues si balbuciente el labio,.. se esfuerza á articular voces,.. es seguro el desacierto. Dat lingua nesciente, sonos: Y si abismado en mí mismo,.. á impulsos de conocerme,.. busco en el silencio asilo,.. ó es silencio irreverente,.. ó es sospechoso el silencio: Silentium mihi ignaviae tribuisti: Pero entre estos dos escollos,.. tenga paciencia el Scila,.. y toléreme el Caribdis,.. que por no estrellarme ingrato,.. en peñas de desatento,.. escojo naufragar triste,.. contra rocas de ignorante. Y así va prosiguiendo sin perderle pizca hasta el mismo *quàm mihi*. No te puedo ponderar cuánto se celebró este sermón: en el mismo templo resonaron mil vítores y vivas, y despues hasta las mismas damas compusieron décimas en elogio del predicador; por merecer esta dicha, y por lograr esta gloria, ¿no se pueden llegar en paciencia todas las lanzadas de ese Longino ó Longinos de mis pecados, que tan mal está con este bellissimo estilo?*

19. Cadencia de verso heróico. Un sermón al glorioso San Ignacio de Loyola, comienza de esta manera: *Al Marte más sagrado de Cantábrida;... al que en las venas del nativo suelo,.. para morrion, espada, peto y coto,.. forma encontró, y materia inac-*

cesible.... A la bomba, al cañon, al rayo ardiente,.. al que nació soldado, mal me explico,.. al que nació Alejandro de la gracia,.. y desde que dejó el materno albergue,.. con una Compañia, y con su brazo,.. aspiró á conquistar á todo el mundo,.. juzgando (y no tan mal) que le sobraba,.. la mitad de la tropa, y mucho aliento.... Al grande Ignacio, digo, de Loyola,.. reverentes consagran estos cultos,.. émulos de su fuego sus paisanos, etc. Aseguróme uno, que se halló presente, cuando se predicó este gran sermón, que no obstante de ser inmenso el auditorio, no se oyó en todo él ni siquiera un estornudo. Tanta era la suspension de los ánimos, y embeleso con que todos le escuchaban. ¿Pues qué caso hemos de hacer de cuatro carcuezos, que porque ellos tengan ya el gusto destituido del calor natural, nos vengan á jerebear la paciencia, y á decirnos que este estilo y modo de predicar no es de oradores sino de orates?

20. Finalmente, hay cadencia, que sin ser de verso lírico ni heróico, es de correspondencia de períodos; y no hay duda sino que es una belleza. Admirable ejemplo en un sermón predicado con sobrepelliz y bonete á la canonizacion de San Pio V. Su principio era este: «Ya, ya sé á quienes intima « fatales sobresaltos el eco de estos sonoros universales cultos. Ya, ya sé que el apoteosis del Máximo « Pontífice Pio Quinto, inquieta, alborota, turba sus « erizadas olas al Lepanto. Ya, ya sé que el eco del « sonoro clarín del Vaticano desmaya, estremece, « atemoriza el orgulloso corazón del Agareno.» Y así vá prosiguiendo, sin que en todo el sermón (que no es corto) se encuentre media docena de cláusulas, que no medien y no terminen en este airosoísimo

sonsonete. Dime, amigo Fray Gerundio, ¿no te embelesan estos diferentes géneros de estilo; no te hechizan; y no es menester que tengan unos oídos con todo el órgano al revés, aquellos á quienes disuenan? Íbale á responder Fray Gerundio, á tiempo que llegó á ellos corriendo y exhalado un mozo de la Granja, diciendo que el padre maestro los llamaba, porque el arcipreste habia hecho su visita, acabado su consulta, y se habia vuelto á su casa.

21. No es ponderable cuanto sintieron uno y otro, que se les interrumpiese la conversacion, porque habia tela cortada para muchas horas. Pero no pudiendo excusarse de acudir al llamamiento de *nuestro padre*, tuvieron que volverse á la casa, dejando dentellones de la obra para proseguirla en mejor ocasion. No obstante, por el camino en que no aceleraron mucho el paso, Fray Blas volvió á repetir brevemente las mismas lecciones á su discípulo, para que se le imprimiesen más en la memoria, y añadió, que todavía tenia que darle otras reglas muy importantes acerca de las partes más esenciales de que se compone un sermón: como *de las entradillas ó de los arranques, de las circunstancias en la salutacion*, que, diga nuestro padre ni un capítulo entero de padres nuestros lo que se les antojare, son la cosa más necesaria, la más oportuna, la más ingeniosa, y la que más acredita á un predicador; *del elogio de los otros predicadores*, en funciones de octava ó fiestas de canonizacion, cuando han precedido ó se han de subseguir otros sermones; *del modo de disponer, y de guisar estos elogios; de la clave para encontrar en la Sagrada Escritura y en las letras*

profanas el nombre ó el oficio de los mayordomos, y muchas veces todo junto; del uso de la mitología, de las fábulas, de los emblemas y de los poetas antiguos cosa que ameniza infinitamente una oracion; de los asuntos figurados ó metafóricos, tomándolos, ya de los planetas, ya de los metales, ya de las plantas, ya de los brutos, ya de los peces, ya de las aves. Como v. gr. llamar á Cristo en el Sacramento, el Sol sin Ocaso, ó el Sol que nunca se pone; á San Juan Crisóstomo el Potosí de la Iglesia, aludiendo á las minas del Potosí, ya que Crisóstomo quiere decir Boca de oro; á Santo Domingo la Canícula en su tiempo, con alusion al perro que le figuró en el seno materno, ya que la fiesta del Santo se celebra en la canícula; á Santa Rosa de Lima la Rosa de la Pas-sion; á San Francisco Javier el Eleutropio sagrado ó el divino girasol, porque siguió con sus pasos al planeta, que dicen sigue esta planta con su vista, y así de los demás.

22. Estas y otras mil cosas tenia que decirte, pero lo que se dilata no se quita, y los mismos sermones que vayas predicando, me irán dando oportunidad para decírtelas. Lo que ahora te encargo es, que no hagas caso de las maximotas de nuestro padre maestro Fray Prudencio, ni de las de otros de su calaña, porque estos hombres tienen tan arrugado el gusto como la piel, y solamente les agradan aquellos sermones, que se parecen á los de los teatinos, infierno por delante y Cristo en mano. Dióle palabra Fray Gerundio, de que no se apartaria un punto de sus consejos, de sus principios, y de sus máximas; y con esto entraron en la Granja, donde pasó lo que dirá el capítulo siguiente.

CAPÍTULO III.

LEE EL MAESTRO PRUDENCIO EL SERMON DE SANTA OROSIA,
 DA CON ESTA OCASION ADMIRABLES INSTRUCCIONES A FRAY GERUNDIO,
 PERO SE ROMPE INÚTILMENTE LA CABEZA.

No era tan temprano cuando los dos volvieron á la Granja, que no hallasen al maestro Prudencio con el velon encendido, montados los anteojos en la punta de la nariz, con el sermon de Santa Orosia delante de sí, un polvo en una mano, reclinada la cabeza sobre la otra, la caja abierta encima de la mesa, y el gesto un si es no es avinagrado. Y fué así, que como el predicador Fray Blas le habia dicho, que llevaba el sermon de Santa Orosia en las alforjas y se le habia ofrecido, él luégo que montó el Arcipreste, y apenas acabó de rezar Maitines y Laudes para el dia siguiente, cuando con la licencia de anciano, y con la autoridad de padre maestro, registró las alforjas, dió con el tal sermon á poco escrutinio y se puso á leerle. Pero á la primera cláusula, fué tal el enfado que le causó, que á no haberle contenido su génio blando y apacible, le hubiera hecho pedazos.

2. Apénas avistó en la sala á los dos paseantes, cuando encarando con Fray Blas le dijo no sin alguna colerilla: Dígame padre predicador; ¿y es posible

que me alabase tanto este sermón de Santa Orosia? Ya por su misma relación sospechaba yo lo que sería: ya me daba el corazón, que no había de encontrar en el más que necedades y disparates; pero confieso, que nunca creí encontrar tantos. Yo no sé, porque motivo no le predicó el orador; solo sé, que si yo hubiera de dar licencia para predicarle, tarde le predicaría. Padre maestro, respondió el predicador entre entonado y desdeñoso, alabé ese sermón y vuelvo alabarle, y digo, que son pocos todos mis elogios para los que él merece. Pues dígame, pecador de mí, le replicó el maestro Prudencio; no basta la primera cláusula para calificar al autor de un pobre botarate; *¿señores, estamos en Jaca, ó en la Gloria?* Todo el chiste de esta pueril y ridícula entradilla consiste, en que es muy parecida á aquella vulgaridad de chimenea y bodegón; *señores, estamos aquí ó en Jauja*; miren, por Dios, ¡qué arranque tan oportuno para dar principio á una oración sagrada y en un teatro tan sério! Vamos adelante; *¿pero quién duda estamos en la Gloria, estando en Jaca? Porque si el sitio de la Gloria, es el Cielo, hoy es un Cielo este sitio*; puede haber retruecanillos más insulsos ni paloteado de voces más insustancial?

3. Y ¿cómo probará que la Iglesia de Jaca se equivoca con el Cielo? Valiéndose de un embrollo de embrollos, sin atar ni desatar, y confundiendo el Cielo material con la Gloria, como á él le parece que le viene más á cuento. Dice, que es un Cielo aquella Iglesia, lo primero, porque la Gloria se llama Iglesia triunfante, y es Iglesia triunfante la de Jaca, porque en el sitio que ocupa se ganó una victoria contra los

moros, y desde entónces se llamó *el Campo de la Victoria*. Por esta cuenta tambien la famosa mezquita de Damasco se pudiera llamar mezquita triunfante, pues en ella ganaron los moros una victoria contra los cristianos; ¡despropósito ridículo y extravagante acepcion de la Iglesia triunfante! Que no se llama así, porque hubiese sido campo de batalla ni de victoria de los Santos que la compone, sino porque triunfan allí de lo que pelearon acá. Y no ha dejado de caerme muy en gracia, que para probar la trivialísima vulgaridad, de que el Cielo se llama *Iglesia triunfante* embarra la márgen con una prolija cita de Silveyra, notando el tomo, el libro, el capítulo, la exposicion y el número, muy parecido al otro tontarron de predicador, que decia: *Humilitas llamó profundamente mi padre San Bernardo á la humildad, como lo puede notar el curioso en sus libros de consideracion al papa Eugenio.*

4. La segunda prueba de que la iglesia de Jaca es un Cielo, es, porque el sol es presidente del Cielo, al sol le llaman *mitra* los persas; el domicilio del sol es el signo de leon, y el señor obispo de Jaca tiene mitra y un leon por escudo de armas: por esta regla, más cielos hay de tejas abajo, que de tejas arriba, porque de tejas arriba solo se cuentan once, y acá podremos contar más de once mil, siendo cosa averiguada, que todas las iglesias catedrales tienen obispo, todos los obispos tienen mitra, y si el persa llama mitra al sol, tenemos acá abajo tantos soles como obispos, y tantos cielos como iglesias catedrales. Vamos claros, que la prueba es ingeniosa, sutil y terminante; ¿y qué nos querrá decir el padre doctor

predicador, en que *el signo de leon es el domicilio del sol?* Si quiere decir, que aquella es su casa propia ó alquilada donde vive de asiento, que eso significa *domicilio*, es un despropósito de que se reirá cualquiera ventero, que tenga en el portal de la venta, junto al papel de la tasa, un miserable almanak. Se le llama *domicilio del sol*, porque este brillante postillon del Cielo, en su jornada anual, hace mansion por algunos dias en la venta ó en la casa imaginaria de este signo, para dar cebada de luz á sus caballos: tan domicilio del sol es el signo de cabra, como el signo de leon, y cualquiera de los otros once signos, donde descansa este planeta, tiene el mismo derecho para llamarse su domicilio.

5. Tercera prueba. La iglesia de Jaca es Cielo; porque el Cielo se llama *tiara*, y Cartario dice, que tiene dos puertas con dos llaves: las armas de la catedral de Jaca son dos llaves y una tiara; pues aquí, ¿qué tenemos que hacer para declararla por Cielo con autoridad de Cartario? ¡Pobre monigote! Todas las iglesias que no tienen escudo de armas particular, usan el de la Iglesia de Roma, que es una tiara con dos llaves, en significacion de su jurisdiccion ó potestad espiritual y temporal, y para significar dichas iglesias particulares, que no tienen otro patrono que al Pontífice, y que son de la comunión católica, apostólica, romana. Pues étele, que por esta razon tanto derecho tiene á ser cielo la más pobre iglesia rural, como la catedral de Jaca, y queda muy lucido el padre doctor con su impertinente cita de Cartario. Pero donde está más donoso es en las otras tres razones de congruencia, que añade, para que la iglesia de

Jaca tenga las mismas armas, que la de San Pedro en Roma, Cabeza de todas las iglesias. Dice, que esto será, ó porque ni la Cabeza del orbe, Roma, pueda gloriarse de mayor nobleza, que la insigne catedral de Jaca (hicieron bien en no dejarle predicar este sermón, porque tengo por cierto, que solo por esta proposición, aquel ilustre y cuerdo cabildo le hubiera echado el órgano, los perreros, y aún los perros); ó porque parece debia estar la Cabeza de la Iglesia en Jaca, á no haberla colocado San Pedro en Roma (ya escampa y llóvian necesidades), ó porque el Cielo, hermosa república de tanto brillante zafiro, es solo condigna imagen de cabildo tan respetoso. (Y suponiendo que su Cartario habla del Cielo formal, que es la Gloria, porque de esta dice, que tiene dos puertas con dos llaves; afirmar que la gloria solo es condigna imagen de la iglesia de Jaca; ¿no merece una coraza y una penca, ó á lo ménos un birrete colorado?)

6. ¡Déjolo, que no tengo ya paciencia para leer tanta sarta de despropósitos! ¡y este sermón se imprimió! ¡y en su elogio se compusieron décimas, octavas y sonetos! y el buen cura de Jaquetilla ó de Jacarilla se le presenta por modelo á los predicadores de Santa Orosia! ¡y el padre predicador alaba tanto este sermón! Lo dicho dicho, padre maestro, respondió el predicador, le alabo y le alabaré, porque si todos los sermones se hubieran de examinar con esa prolijidad, y si en ellos se hubiera de reparar en esas menudencias, allá iba á rodar toda la gala y toda la valentía del púlpito; ¡qué gala ni que valentía de mis pecados! exclamó el maestro Prudencio; ¿es

gala el decir tantos disparates como palabras? ¿es valentía el pronunciar á cada paso herejías, blasfemias ó necedades? Y dígame, padre Fray Blas; ¿qué tiene que hacer nada de esto con las heroicas virtudes de Santa Orosia, con el poder de su patrocinio, ni con la imitacion de sus ejemplos, que son los tres únicos fines, que puede y debe proponerse en su panegírico un sagrado orador? ¿qué conducirá para la grandeza de la santa, que el sol entre por el mes de Junio en el signo de Cancer, ni que este signo se componga de nueve estrellas, las cuales, en sentir de nuestro reverendísimo orador, representan los nueve senadores, ó los nueve regidores que constituyen el ayuntamiento de aquella ilustrísima ciudad? ¿y qué sabemos si esta se dará por ofendida, de que para su elogio hubiese buscado un símbolo encance-rado, que cierto la hace poquísima merced? ¿Y qué tendrá que ver el martirio de Santa Orosia, con que en las estrellas haya machos y hembras, dispa-rate de á quintal, de que debiera reirse el padre maestro, aunque le leyera en todos los libros de la biblioteca bizantina, cuanto más en las tautologias de Villaroel, y no traer á colacion en el púlpito, para que el auditorio imaginase, que las estrellas procreaban y se propagaban por via de generacion?

7. Padre maestro, replicó el predicador Fray Blas, hágase V. Paternidad cargo, de que todo eso se dice en la salutacion, la cual se destina únicamente para tocar las circunstancias, y no tiene conexion con el cuerpo del sermon, que es donde corresponde el elogio del santo ó de la santa. Téngase padre predi-cador, repuso con alguna viveza el maestro Pru-

dencio, eso es decir, que la cabeza no ha de tener conexion con el cuerpo; que el principio no la ha de tener con el medio ni con el fin; y que el cimientto ha de ir por un lado y el edificio por otro; ¿la salutacion, es parte del sermon ó no lo es? Si no lo es, ¿para qué se gasta el tiempo en ella? Si lo es, ¿por qué no ha de tener conexion, órden y trabazon con todo lo demás? ¿y en dónde ha leído el padre predicador, que la salutacion ó el exordio de los sermones se hizo para lisonjear á los cabildos, para disparatar á costa de los mayordomos, para engaitar á los auditorios, para pasearse por los retablos, para correr toros y novillos, para tocar el son á las danzas, y para otras mil necedades é impertinencias como estas, de que se vén atestadas las más de las salutaciones?

8. Yo no sé, padre maestro, si lo he leído ó no lo he leído, respondió el satisfechísimo Fray Blas; solo sé, que lo que se usa no se excusa, que ese es el estilo general de España, y que á los oradores se nos encarga estar al uso, segun aquella reglecita que saben hasta los niños: *Orator patriæ doctum ne spreverit usum*. Bien se conoce, replicó el maestro, que el padre predicador entiende todas las cosas no más que por el sonido, y de esa manera no es de admirar que forme tan extrañas ideas de ellas. Lo primero, esa regla no se hizo para los que llamamos oradores ó predicadores, sinó para aquellos que hablan ó pronuncian el latin en prosa, la cual se llama *oracion*, para distinguir la del verso. A estos se les previene, que cuando encontraren algun acento, que en verso no tiene cantidad fija ó determinada

de breve ó larga, sinó que unas veces se pronuncian largo y otras breve, en prosa le pronuncien siempre como acostumbran los inteligentes y eruditos de su país, y que no presuman hacerse singulares, despreciando esa costumbre. Lo segundo, aunque la regla hablara con los que llamamos oradores, que son los predicadores, tampoco favoreceria su intento, porque no dice ó encarga, que el predicador siga y no desprecie cualquiera uso, sinó el uso docto, *doctum ne spreverit usum*, esto es, el arreglado, el puesto en razon, el que acostumbran los hombres universalmente reputados por doctos y por inteligentes en la facultad. Este es el que propiamente se llama *uso*, que los demás son abusos y corruptelas. Pues ahora, señáleme un solo orador de España, de estos que la gente cuerda tienen por verdaderos oradores, y no por orates; de estos, que no los buscan para títeres de los púlpitos, y para dominguillos de las festividades; de estos que logran y merecen general reputacion de hombres sabios, cultos, bien instruidos y circunspectos: señáleme, vuelvo á decir, uno solo de estos, que siga ese mal uso, que no le desprecie, que no le abomine, que no se compadezca de los que le practican y le aplauden, ó que no haga burla de los unos y de los otros, y después hablaremos.

9. Por el contrario, yo estoy pronto á mostrarle muchos sermones impresos y manuscritos de insignes oradores modernos de nuestra España, que habiendo predicado las mismas festividades y con las mismas llamadas circunstancias, sobre las cuales bobearon y desbarraron sin tino otros predicadores, que los

precedieron; ellos ó las despreciaron todas con generosidad, sin tomarlas siquiera en boca, ó si las tocaron fué con un aire de burla y de desprecio, que hizo visible y aún risible á todo el auditorio la ridiculez de esta costumbre. Algunos sermones de estos tengo en la celda, pero por casualidad traje conmigo uno, cuya salutacion le he de leer, que quiera que no quiera, y aqui le tengo debajo del atril porque estaba en ánimo de leersele á Fray Gerundio. El padre predicador debe oirla con particular cariño, por lo que se toca en ella de su santo, San Blas, de quien se hace tambien particular circunstancia. Es la salutacion de un sermón, que se predicó á la Purificacion de nuestra Señora en el dia de San Blas, y en la iglesia de los niños de la doctrina de Valladolid, cuya ciudad es su patrona, juntamente con la real congregacion de la misericordia. Todas estas teclas dicen, que se han de tocar, y el predicador de quien voy hablando todas las tocó, pero de una manera, que debia llenar de provechosa vergüenza á todos los que las tañen. Después de hacer reflexion, á que en el misterio de la purificacion, la Virgen hizo á Dios dos grandes sacrificios, el primero el de la reputacion ó concepto de su virginidad, pues se purificó, como si necesitara de purificarse; el segundo, el de su Unigénito Hijo, pues se le ofreció aquel dia al Eterno Padre, con pleno conocimiento de todo aquello, para que se le ofrecia; y después de reflexionar con juicio, con solidez y con piedad, que en estos dos grandes sacrificios padeció cuanto podia padecer como vírgen y como madre, concluyó, que de cualquiera manera que se considerase el misterio, se

debía convenir, en que el misterio de la purificación de la vírgen, era el misterio de su dolorosa pasión. Y propuesto este devotísimo asunto, prosiguió de esta manera:

10. «Pues ahora, hablemos sin preocupacion, y «discurrámos con serenidad; ¿será bien parecido, que «en un sermón tan serio como el de la Pasión de la «Virgen, me deje yo llevar de la pasión de la vani- «dad, acomodándome con una vergonzosísima cos- «tumbre, que ha introducido la total ignorancia de «lo que es elocuencia verdadera? ¿Será bien que por «no parecer ménos que otros, haga traición á mí «sagrado ministerio, pierda el respeto á ese gran «Dios Sacramentado, en cuya presencia estoy, pro- «fane la Cátedra del Espíritu Santo, y prácticamente «me burle de un auditorio tan numeroso, tan grave, «tan piadoso, tan docto, tan acreedor á todo mi res- «peto y á toda mi veneracion? ¿y no haría yo todo «esto, si practicase lo que altamente abomino, lo que «abominan todas las demás naciones del mundo, y «lo que no cesan de llorar con lágrimas de sangre, «cuantos hombres de verdadero juicio y de verdadera «crítica hay en la nuestra?

11. «Llamado y traído aquí por la real, por la «gravísima, por la piadosísima congregacion ó co- «fradía de la misericordia, para predicar del tierno, «del doloroso, del instructivo misterio de la purifi- «cacion de la Vírgen, un sermón digno de un orador «cristiano; ¿no haría yo todo lo dicho, si en el ser- «món ó en el exordio me entretuviese puerilmente «en hacer asunto de la misma cofradía, y del título «que da razon de sumisericordioso instituto? ¿si levan-

«tase figura sobre la accidentalísima circunstancia,
 «de que la fiesta no se celebre en el dia propio,
 «sinó en el siguiente, dedicado á San Blas, obispo
 «de Sebaste, y de que se celebre en una basilica
 «consagrada tambien al mismo santo prelado y mártir?
 «¿si finalmente hiciese misterio de la educacion
 «de esos niños de la doctrina, que están en primer
 «lugar al amparo de la Virgen y de San Blas, y después
 «bajo la caritativa proteccion de esta noble y leal
 «ciudad, y de esta real cofradía, no me direis, ¿qué
 «colexion tienen con la Purificacion de la Virgen, unas
 «circunstancias tan distantes del misterio, y tan fuera
 «del asunto? ¿puede haber texto en la Sagrada Es-
 «critura, que las ate ni las comprenda, sinó que
 «sea desatando de su lugar al mismo texto, arras-
 «trándole por los cabellos, violentándole y profa-
 «nándole, contra lo que tan severamente nos tiene
 «prohibido á los predicadores y á todos la Santa
 «Iglesia?

12. «Si yo quisiera hacer esto como regularmente
 «se estila, ¿no seria una cosa muy fácil para mí?
 «Para unir la purificacion con la misericordia, solo
 «con prevenir que esta fiesta se llamó antiguamente
 «en la Iglesia latina, y todavía se llama hoy en la
 «Iglesia griega *la fiesta del encuentro*, venia clavado
 «el textecito de *misericordia, et veritas obviaverunt*
 «*sibi*, saliéronse al encuentro la misericordia y la
 «verdad, pero vendria clavado con toda propiedad,
 «esto es, taladrado de parte á parte. Para la circuns-
 «tancia de celebrarse la fiesta, no en el dia propio,
 «sinó en el siguiente, no tenia que salir del Evangelio
 «del dia. Observaria el modo con que se explica el

« Evangelista: *Postquam impleti sunt dies*, después
 « que se cumplieron los dias de la Purificacion. No-
 « taría con muchas recancanillas, que el Evangelista
 « no dice, *quando* se cumplieron, sinó *después* que
 « se cumplieron, *postquam impleti sunt*, y concluiría
 « muy satisfecho de mi trabajo, que esta proposicion
 « no se verifica rigorosamente en el dia en que se
 « cumplen, sinó en el dia después. Y consiguiente-
 « mente, que el dia propio de celebrar esta fiesta, es
 « aquel en que la celebra esta real cofradía; ¿pero
 « esto qué vendria á ser en conclusion? Querer cor-
 « rejir la plana á la Santa Iglesia, y merecer que me
 « quitasen la licencia de predicar.

13. « Para hacer que San Blas hiciese papel en
 « el misterio de la Purificacion, no me sobraria otra
 « cosa, que materiales, aunque tales serian ellos;
 « ¿pues no estaba ahí el santo viejo Simeon, á quien
 « muchos hacen sacerdote, y aún algunos quieren
 « que fuese pontífice? Con hacer á uno figura ó repre-
 « sentacion del otro, estaba todo ajustado. Si me re-
 « plicasen, que esto no podia ser, porque San Blas
 « es abogado contra las espinas, y Simeon en el mis-
 « mo misterio clavó á la Virgen una, que la penetró
 « hasta el alma, y la duró toda la vida; diria lo pri-
 « mero, que no es lo mismo espina que espada, y
 « que Simeon habló de esta y no de aquella: diria
 « lo segundo, que hay espinas que atragantan, y es-
 « pinas que vivifican, espinas que se atraviesan, y
 « espinas que nos libertan; y para probar estos re-
 « truecanillos citaria cien textos de espinas apeteci-
 « bles, que solo me costaria el trabajo de abrir y
 « trasladar las concordancias, y en vez de salutacion

« ó de exordio, predicaria un erial. Pero si no me
« pareciese acomodar á San Blas por este camino, á
« la mano tenia otro; ¿no dice Simeon, que habiendo
« visto al Niño Dios, vió al que era la salud de su
« pueblo? *Quia viderunt oculi mei salutare tuum;*
« ¿San Blas, no fué médico de profesion ántes de ser
« obispo? Pues con médico, con salud y con pueblo
« enfermo; ¿qué bulla, que gira y que zambra no
« podía traer?

14. « El patronato de la Ciudad, y la piadosa pro-
« teccion con que ampara á estos niños desampara-
« dos, estaba acomodado con la mayor facilidad del
« mundo. ¿Tenia más que recurrir á aquella Ciudad
« Santa del Apocalipsi, que el refugio de los que pre-
« dican por asonancia ó no más que por el sonsonete,
« y decir, que yo estaba ahora viendo en realidad lo
« que San Juan no habia visto más que en figura;
« porque aquella ciudad no era más que representa-
« cion de esta, con la diferencia de que vá tanto de
« la una á la otra, cuanto vá de lo vivo á lo pintado?
« Y para probar este disparate con otro mayor, habia
« más que decir, que aquella ciudad, en sentir de
« muchos expositores, representaba á la santa ciudad
« de Jerusalem; y haciendo memoria de que el Niño
« Jesús se perdió en Jerusalem, y que esos niños de
« la doctrina se ganan en Valladolid, preguntar en
« tono enfático y misterioso: ¿cuál será ciudad más
« santa, aquella en donde hasta el Niño Jesús se pier-
« de, ó aquella en donde se ganan los que no son
« Niños Jesuses? Ello no sería más que una pregunta
« escandalosa, con su saborete de blasfema; pero no
« faltarian ignorantes que la oyesen con la boca abier-

« ta, y que al acabar el sermón exclamasen: *Nun-*
 « *quàm sic locutus est homo*: ¡Este sí que es hombre!
 « ¡esto sí que es predicar! ¡no hay hombre que pre-
 « dique como éste!

15. « Valga la verdad, señores; ¿no es este el
 « modo más común, con que se ajustan estas que se
 « llaman *circunstancias*? ¿y no es cosa vergonzosa
 « ajustarlas de este modo? ¿pero por ventura se pue-
 « den acomodar de otra manera? ¿y ha de haber va-
 « lor, no digo en un orador cristiano, sino en un
 « hombre de juicio, en un sugeto de mediana litera-
 « tura para hacerlo, ni en un auditorio cuerdo, capaz,
 « culto y discreto para aplaudirlo? No lo creo. De mí
 « sé decir, que hecha esta salva de una vez para
 « siempre, encárguenme el sermón, que me encar-
 « garen, nunca haré el más leve aprecio de otras
 « circunstancias, que de aquellas, que tuvieren una
 « proporción natural y sólida, ó con el misterio, ó
 « con el asunto. V. gr. la presencia de Cristo Sacra-
 « mentado para solemnizar la Purificación de su
 « Santísima Madre, tiene una naturalísima correspon-
 « dencia con el asunto y con el misterio. Con el
 « asunto, porque este se reduce á representar lo que
 « la Virgen padeció en el misterio. Con el misterio,
 « porque una de sus principales partes fué el sacrifi-
 « cio que hizo la Virgen en ofrecer á su Hijo, para
 « que padeciese lo que padeció por los hombres; y
 « en esta voluntaria oferta consistió todo lo que en la
 « Purificación padeció la Virgen como Madre. Pues
 « ahora: el Sacramento es memoria de la pasión de
 « Cristo: *Recólitur memoria passionis ejus*: la Puri-
 « ficación también es recuerdo de ella; con sola esta

« diferencia, que en el Sacramento se hace memoria
 « de lo que Cristo padeció; en la Purificacion de lo
 « que habia de padecer. La pasion de la Madre en el
 « Templo de Jerusalem, no fué otra, que la pasion
 « del Hijo en el monte Calvario; ¿pues qué cosa más
 « natural ni más proporcionada, que el que esté á la
 « vista el monumento más sagrado de la pasion del
 « Hijo, en el dia en que se hace memoria de la pa-
 « sion de la Madre? De esta voy á predicar, implo-
 « rando la asistencia de la divina gracia. *Ave María.*»

16. Mire ahora el padre predicador, si hay en España quien haga justicia, y si falta quien saque la espada de recio contra ese pueril é ignorantísimo uso que me cita. Y ha de saber que esta salutacion fué oida con tanto aplauso del numeroso y escogido auditorio, en cuya presencia se predicó, que aún aquellos mismos, que por inadvertencia ó por falta de valor estaban comprendidos en lo que ella abominaba y reprendia, salieron tan convencidos de su error, que se decian unos á otros, lo que Menage y Balzac, dos célebres escritores franceses, se dijeron mutuamente al acabarse la primera representacion de la famosa comedia de Molière, intitulada: *Las preciosas ridiculas*, en que con inimitable gracia se hizo burla del estilo metafórico y figurado, que por entónces se estilaba en Francia: *Molière* (se dijeron el uno al otro) *tiene sobrada razon, ha hecho una crítica juiciosa, delicada, justa y tan convincente, que no tiene respuesta; de aquí adelante, monsieur, es menester que abominemos lo que celebrábamos, y celebremos lo que aborrecíamos.* Con efecto, algunos de los predicadores, que oyeron esta salutacion, y que

ántes se dejaban llevar de la corriente, avergonzados de sí mismos, despreciaron después dicha mala costumbre, y comenzaron á predicar con solidez, con piedad y con juicio, sin que por eso se les disminuyese el séquito, ántes conocidamente creció la estimacion y el aplauso.

17. Muy dóciles eran esos reverendos padres, respondió con su poco de airecillo irónico el padre Fray Blas, si es que eran religiosos. Ó muy blandos de corazon eran sus mercedes si fueron seglares. De mí sé decir, que no me ha convertido la salutacion: tan empedernido estoy como todo eso; porque aunque parece que hacen fuerza sus razones, á mí me hace mayor fuerza la práctica contraria de tantos predicadores insignes como la usan, y sobre todo el aplauso con que celebran los auditorios el toque y retoque de las circunstancias, enseñando la experiencia, que como estas se toquen bien ó mal, aunque lo restante del sermon vaya por donde se le antojare al predicador, siempre es celebrado; y al contrario, como aquellas no se zarandeen, bien puede el predicador decir divinidades, que el auditorio se queda frio, tiénelo por voto, y le dan la limosna del sermon á regaña-dientes y de mala gana (1).

(1) Algo y aún algos, como diria Sancho Panza, existe hoy, de lo mismo que critica el P. Isla, poniendo este razonamiento en labios de Fray Blas. Podríamos citar un pueblo, pero nos contentamos con decir que dista cinco leguas poco más ó ménos de la coronada villa de Madrid, donde cada año se celebra una solemnísimá fiesta dedicada á una milagrosa imágen de Jesucristo Crucificado, á la que los hijos de dicho pueblo profesan una entasiasta devocion, que ha sido abundantemente premiada, pues hasta el presente, la

18. Ni me diga V. Paternidad, que este es mal gusto del vulgo, y errada opinion de los que no lo entienden. Maestrazos y muy maestrazos están en el mismo dictámen, y no quiero más prueba, que ese mismo sermon de Santa Orosia, que tan en desgracia de V. Paternidad ha caido. Tres aprobaciones tiene de tres maestros conocidos y bastantemente celebrados, uno dominico, otro jesuita, y el tercero de la misma órden del autor que compuso y no predicó el sermon. Lea V. Paternidad los encarecidos elogios que le dan todos tres, y los dos primeros específica y nombradamente por el toque de las circunstancias, y dígame después, si es cosa de vulgo, del populacho y de ignorantes, el aplaudir que se haga caso de ellas.

poblacion no ha sido jamás invadida por enfermedades contagiosas, por más que todos los pueblos circunvecinos las hayan experimentado. Si el predicador encargado de dirigir la palabra al pueblo en aquella festividad, ha de dejar complacidos á los vecinos de N., ha de concretarse á explicar la historia del hallazgo ó aparecimiento de la Santa Imágen, y á referir con todas sus circunstancias, porcion de milagros que hasta los chicos saben de memoria á fuerza de oírlos explicar. Si el orador es persona de bastante ciencia y pronuncia lo que se llama un buen discurso, pero prescindiendo de circunstancias y nombres propios, quedan todos disgustadísimos, y de seguro que aquel predicador no volverá á ocupar el púlpito de N.; el que estas líneas escribe, escuchó no hace muchos años á uno de los más reputados oradores de la córte, un precioso y bien meditado panegírico de aquel Santísimo Cristo, y tambien escuchó á los del pueblo, exclamar con tristeza: «Nos hemos lucido ogaño con el predicador: no ha dicho una palabra sobre los milagros ni ha nombrado al que se encontró el Cristo.» (Sic.) Esto quiere decir que aún hay mucha ignorancia en nuestros pueblos aunque sea unida á la piedad.

19. Mire, padre predicador, repuso el maestro Prudencio, con sorna y con cachaza, una pieza me ha movido, sobre la cual tendria que hablar algunas horas, si fuera ocasion y tiempo, aunque bastantes han hablado ya mucho y bien acerca de ella. Esta es la impropia y extravagantísima costumbre, introducida en España y en Portugal, pero escarnecida generalmente de las demás naciones, de que las censuras de los libros, y aún de los más miserables folletos, se conviertan en inmoderados panegiricos de sus autores, siendo así, que á censor solo le toca decir breve y sencillamente, si el libro ó el papel contienen ó no contienen algo contra las pragmáticas y leyes reales, ó contra la pureza de la Fé y buenas costumbres, segun fuere el tribunal, que le comete la inspeccion, ó que le despacha la remisiva. Digo, que no es ahora ocasion ni oportunidad de censurar á los censores, porque se va haciendo tarde, y se pasará la cena; solo le digo, que en esas mismas aprobaciones que me cita, ó yo soy muy malficioso, ó la del maestro jesuita es muy bellaca, y harto será, que bien entendida no sea una delicada sátira contra los desaciertos del sermón en todas sus partes. A mí á lo ménos me dá no sé qué tufo, de que el padrecito tiró á echarse fuera de alabar dicho sermón, y á lo ménos es cierto, que por su misma confesion declara repetidas veces, que él *nada aprueba ni alaba*.

20. Supónese el bellacuelo muy de la familia y muy de la casa ó de la órden del autor: y asiéndose fuertemente del aldabon de *laudat te alienus*, que él construye, *alábetelo extraño*, dice una vez, que no

debe admitir el empleo de aprobante; dice otra, que cuenta por una de sus mayores dichas el no poder alabar aquel sermón; dice la tercera, que él es muy de casa para meterse en alabarlo; dice la cuarta, hablando determinadamente de las circunstancias, que á él no le toca celebrarlo; dice la quinta, que los elogios caerán mejor en cualquiera otra boca, que en la suya; y finalmente dice la sexta, que aún por lo que toca al buen gusto del caballero, que da á la prensa el sermón, será mayor consecuencia; ó á lo ménos no dejará de ser mayor cortesanía, dejar toda la acción de elogiarle á los de fuera; *laudet te alienus*. O yo soy un porro y no entiendo palabra de ironías, ó el tal censor es un grandísimo bellaco. Todo su empeño es echar el cuerpo fuera del asunto, huir la dificultad, y decir con gracia y con picaresca, que alaben otros lo que él no puede ni debe alabar. Y más, que he llegado á maliciar (Dios me perdone el juicio temerario), que en aquella taimada construcción, que da al *laudet te alienus*, alábetelo el extraño, por la palabra *extraño* no entiende él precisamente, á los que no fueren tan de casa ó en el efecto ó en el afecto como él se supone, sino que deja en duda, si se han de entender los extraños en la facultad, los forasteros en ella; más claro, los que no entienden palabra. Bien puede ser malicia mia, pero á mí me dá el corazon, que no me engaño.

21. Pues á mí me dá el mio, replicó Fray Blas, que V. Paternidad se engaña mucho; porque si ese, padre maestro, no quiere aprobar el sermón; ¿quién le obligaba á hacerlo? ¿quién le ponía un puñal á los pechos, para que le aprobase? A que se añade, que

si el autor se valió confiadamente de él, para que le hiciese esa merced, como regularmente sucede, que las censuras se remiten por los jueces á los que les significan los autores, nos es verosímil que le hiciese esa tradicion, y que cuando el pobre esperaba un panegírico, se hallase con una sátira. La hombría de bien parece estaba pidiendo, que si no podia acomodar con su conciencia intelectual el aprobarle, se excusase de hacerlo, y no salir después con esa pata de gallo.

22. Poco á poco, Fray Blas, repuso el padre jubilado, que aunque tu réplica es sin duda especiosa, y tu modo de discurrir, siquiera por esta vez, está fundado, no carece de respuesta, pues no siempre lo más verosímil es lo más verdadero. ¿Qué sabemos si al aprobante le pusieron en alguna precision política ó caritativa, á que no pudiese honradamente resistirse (1)? A mí se me figura un caso, que le tengo por

(1) Hé aquí otro punto de crítica, que tambien pudiéramos llamar de actualidad. A veces los que piden aprobacion de una obra, apéras saben á quien se ha cometido la censura, importunan al censor, para que formulen su opinion formando un panegírico de la obra. Lo censurable es que haya quien por complacer prodigue alabanzas que no son merecidas y mucho más que se censure sin haber leído. Y á propósito de esto, citaremos un caso de fecha reciente. Hará cosa de cuatro años se presentó en casa del que estas líneas escribe, un señor muy piadoso, que habia escrito una obrita á manera de Catecismo de Doctrina Cristiana, con el objeto de que le leyésemos y diésemos nuestra opinion. La obra bajo el punto de vista literario era *malísima* y por lo demás si no contenia herejias, estaba plagada de simplezas. Como no desempeñábamos el oficio de censor nombrado por la autoridad eclesiástica, nos contentamos con decir al autor que para escribir sobre materias teológicas no era sufi-

muy natural. Es constante, que dicho sermón no se predicó, no se sabe por qué, y también lo es, que por lo mismo que no se predicó, el autor, que era hombre bastantemente condecorado en su religion, y sus parciales hicieron empeño en que habia de imprimirse, como en despique ó en satisfaccion de aquel desaire. Pues ahora, supongamos que el provincial de dicha religion no fuese muy de la devocion del autor; que fuese estrecho amigo del aprobante, y que se cerrase en que no habia de dar licencia para que el sermón se imprimiese, miéntras no pasase por la censura de este. Vé aquí un caso muy verosímil, en que el autor ó sus parciales batirian en brecha al pobre jesuita, ponderándole cuanto se interesaba la estimacion, el honor y aún los ascensos de aquel religioso, en que no se negase á hacerles

ciente mucha piedad, sinó mucha ciencia. Entónces nos citó á un respetabilísimo y sabio sacerdote al cual habia leído su trabajo, y que le habia dicho que era muy bueno. ¡El hombre se creia un Balmes! Presentóse á la autoridad eclesiástica para que fuese censurada la obrita, y le fué negado el permiso para imprimirla. No podia ser de otro modo. El hombre creyó que se le hacia la guerra por envidia y no cedió. Presentóse al Prelado, el cual después de haberla leído, le manifestó que no podia concederle la licencia que solicitaba para la impresion. Aquel dignísimo Prelado murió en Roma á donde habia acudido con motivo de la celebracion del concilio Vaticano. Poco después se imprimió la obra *con licencia de la autoridad eclesiástica* y ya hemos visto anunciada la segunda edicion. Es claro que la autoridad eclesiástica, se fundó en el informe dado por el censor que nombró. ¿Qué deberia hacerse con el censor? Nosotros por nuestra parte no solo le hubiésemos privado del oficio, sinó que le hubiésemos mandado al Seminario por un par de años. ¡Si viviese el padre Isla, aún encontraria motivos para escribir algo!

este obsequio. Puesto un hombre de bien y de buen corazon en este estrecho; ¿qué partido habia de tomar? Negarse á la censura, no habia términos para eso: aplaudir el sermón á cara descubierta, no hallaba méritos para ello, ni lo podia componer con su sinceridad; reprobarle, era perder sin recurso al autor en el concepto de su jefe, y hacerse del bando de los que le insultaban; ¿pues qué arbitrio ó qué remedio? No parece se podia escoger otro más prudente, que el que tomó: dar una censura equívoca, que ni aprobase ni desaprobase el sermón, buscando un especioso pretextó para excusarse de alabarle él, y para remitir á otros toda la accion de alabarle.

23. Bien puede ser eso así, replicó Fray Blas, pero los elogios de los otros dos aprobantes no son equívocos, son muy claros y muy significativos; y en verdad, que ni uno ni otro son por ahí dos pelaires, ambos son sugetos de tanta forma, que les sobran dictados para asistir á un concilio. No lo niego, respondió el maestro Prudencio; pero ya tengo dicho, que de elogio de censores y de poetas se ha de hacer poco caso, por cuanto unos y otros, regularmente hablando, no dicen lo que verdaderamente son las obras que elogian, sino lo que debieran de ser. Si el mérito de estas se hubiera de calificar por las ponderaciones de aquellas, las obrillas más infelices y más miserables, las indignas de la luz pública, y dignas solamente de una pública hoguera, las que contribuyen más, y con mayor justicia á que abulten más si se aumenten cada dia los expurgatorios, esas serian las más excelentes, porque esas puntualmente son las que salen á la calle con

más ruidosas campanillas de aprobaciones, acrósticos, epigramas, décimas y sonetos mendigados, cuando tal vez no los haya fabricado el mismo autor, buscando solo amigos, para que le presten sus nombres; ¿y dejan por eso de estar expuestas á las careajadas y al desprecio de los inteligentes, ni á que el Santo tribunal de la Inquisicion se entre por ellas con vara levantada, sin dársele un bledo por la autoridad ni por la turba-multa de los aprobantes?

24. Es cierto, que si estos se redujeran precisa y puramente á los estrechos términos de su oficio, que es ser unos meros censores; si desempeñaran como debian la grande confianza que se hace de ellos, no aprobando obra que no examinasen primero con el mayor rigor: si tuviesen la santa sinceridad de exponer todos sus reparos á los tribunales que les cometen las censuras, y se mantuviesen después con teson en la honrada resolucion de no aprobar la obra, hasta que se hubiese dado plena satisfaccion á sus reparos ó se hubiesen corregido los desaciertos; entónces sí que serian de gran peso aún los elogios más moderados de las aprobaciones. Pero si sabemos como se practica comunmente esta farándula, si es notorio, que la amistad, la conexion ó la política, son las únicas, que por regla general dan la comision á los aprobantes; si ya se ha reducido esto á una pura formalidad y ceremonia, tanto, que si algun ministro celoso, no ménos de la honra de las ciencias, que del crédito de la nacion, quiere que esto se lleve por el rigor de la razon y de la ley, se le tiene por ridículo, y aún se le trata de impertinente; ¿qué aprecio hemos de hacer de los elogios, que leemos

en esos disparatados panegíricos, llamados censuras por mal nombre?

25. ¡Oh, Fray Blas, Fray Blas, y cuántas veces he llorado yo á mis solas este perjudicialísimo desorden de nuestra nacion, que no trasciende ménos á Portugal, y apénas es conocido en otras regiones; y qué fácil se me figuraba á mí el remedio! ¿Sabes cuál es? Que se procediese contra los aprobantes, como se procede contra los contrastes y contra los fiadores; ¡qué cosa más justa! Porque el aprobante no es más que un contraste, que examina la calidad y los quilates de la obra que se le remite; es un fiador, que sale á la eviccion y saneamiento de todo aquello que aprueba; ¿declaraste que era oro lo que era alquimia, que era plata lo que era estaño, que era piedra preciosa un pedazo de vidrio baladí? pues págalo, bribon, y sujétate á la pena que merece tu malicia ó tu ignorancia. Si crees, que real y verdaderamente merece esa obra que apruebas los excesivos elogios con que la ensalzas, tácitamente te constituyes por fiador de sus aciertos: si no crees, que los merezca, eres un vil adulador y lisonjero. Pues, bellacon, trata de pagar lo que corresponde á la ruindad de tu lisonja, ó á la precipitacion de tu fianza.

26. Padre nuestro, replicó Fray Blas, si se estableciera esa ley, ninguno se hallaria que quisiese admitir la comision de aprobante ó de censor. Si se hallaria tal, respondió Fray Prudencio, porque en ese caso debieran señalarse censores de oficio en la córte, en las universidades y en las ciudades cabezas de reino ó de provincia, á quienes, y no á otros,

se remitiese el exámen de todos los libros, que hubiesen de imprimirse, como se practica en casi todas las naciones de Europa, fuera de nuestra península. Estos, claro está, que habian de ser unos hombres de autoridad, de respeto, de gran caudal de ciencia, doctrina, erudicion y sana crítica; pero sobre todo, de una entereza á toda prueba. Se les habian de señalar pensiones proporcionadas, y se habian de tener presentes su laboriosidad, su integridad y su celo, para premiarlos con los ascensos correspondientes á sus respectivas carreras. Pero si alguno blandease, si fuese flojo de muelles, si por respetos humanos y políticos, por flojedad ó por otros motivos no cumpliese con su obligacion, y aprobase libros, sermones, discursos ó papeles volantes, que no fuesen dignos de la luz pública; ¿sabes á qué le habia de condenar yo? Después de privarle de oficio, y de una declaracion pública y solemne de su insuficiencia ó de su mala fé, le habia de condenar á que repitiesen contra él todos los compradores de la obra que habia aprobado, y á que satisfaciese sin remision el dinero que malamente habian gastado aquellos pobres sobre la palabra y hombría de bien de su censura.

27. A más se habia de extender esta providencia. Se habia de mandar sériamente á los censores, que se ciñesen rigurosamente á los términos de su oficio; esto es, que fuesen censores y no panegiristas, diciendo en pocas palabras, claras y sencillas, el juicio que formaban de la obra, sin meterse con Séneca, Plinio ni Casiodoro, y dejando descansar á los padres, á los expositores, á los humanistas y á los poe-

tas, cuyas autoridades solo sirven para acreditar la pobre y miserable cabeza del censor, que quiere aprovechar aquella ocasion de ostentarse erudito con aquellos desdichados ignorantes, que califican la erudicion de un autor por lo cargado, y por lo súpicio de las márgenes, sin saber los infelices la suma facilidad, con que el más zurdo y el más idiota puede hacer esta maniobra. Nada de esto es del caso para cumplir con su oficio, el cual se reduce á dar su censura breve, grave y reducida á lo que toca á la jurisdiccion del tribunal, que se la comete.

28. ¿Cuántas necedades se atajarían con esta providencia; cuánto papel se ahorraría; y cuánto gasto excusarían los autores, á quienes no pocas veces cuesta tanto la impresion de las aprobaciones, como la de la misma obra? Muchas y muchas pudiera citar, en que aquellas ocupan casi tanto volúmen como todo el cuerpo de esta, pero las callo por justos respetos. Ningunos son más perjudicados que los autores mismos, si es que costean la impresion, porque compran ellos mismos sus elogios, y ellos imprimen á su costa, para que vengan á noticia de todos. ¿Puede haber mayor sandez ni mayor pobreza de espíritu? Semejantes, en cierta manera, á los que alquilan plañideras para los entierros, á quienes les cuesta su dinero las lágrimas fingidas y artificiosas, que en ellos se derraman. (1)

(1) La escrupulosa fidelidad con que nos ceñimos á los monumentos, que seguimos en esta historia, no nos permite el suprimir esta juiciosa invectiva del maestro Prudencio, contra los abusos referidos; pero como hoy sabiamente se han reformado por auto del Real y supremo

29. No para aquí la miseria humana de algunos de nuestros escritores ó escribientes. ¿Será creíble, que se hallen no pocos, que á falta de hombres buenos, y por no deber nada á nadie, ellos mismos se alaben á sí propios, siendo los artífices de aquellos elogios suyos, que se leen estampados en la antesala de sus obras? Pues sí, amigo predicador, se hallan hombres de tan buena pasta, y de tan envidiable serenidad. Más de dos y más de veinte pudiera nombrarte yo, que han caído en esta flaqueza. No son tan simples (claro está) que suscriban sus nombres y apellidos al pié ó á la frente de sus elogios, que ese ya sería un candor, que se iría acercando al gorro verde ó colorado; pero con un anagrama, ó con un nombre supuesto, ó prestándoles el suyo ciertos aprendices de eruditos, que hay en todas partes, hermanos del trabajo, y las más de las veces bajo la inscripción anónima de *un amigo*, de *un apasionado*, de *un discípulo del autor*, el buen señor se alaba á taco tendido, y embóquense esa píldora los lectores boquirubios.

30. Pero, padre maestro, le interrumpió el predicador, ese es juicio temerario, ó no los hay entre los fieles cristianos; ¿de dónde le consta á V. Pateridad, que aquellos elogios fueron fabricados por los mismos autores de las obras? ¿acaso se lo confiaron

consejo de Castilla de 19 de Julio del año pasado de 1756, á cuya justa prudente providencia es de desear y de esperar que se conformen los jueces eclesiásticos, en la parte que les corresponde; aunque sea cierta la enfermedad, le está ya aplicada la conveniente medicina, y ya no hay necesidad de la receta, que apuntan los monumentos de nuestra historia. (*Nota del autor.*)

ellos á V. Paternidad? Mira, Fray Blas, respondió el maestro Prudencio, no has de ser tan sencillo, que cierto algunas veces tienes unas *parvoizes che fan pietá*. No es menester que los autores nos lo revelen para conocerlo: el mismo estilo se está descubriendo á sí propio, ni en prosa ni en verso es fácil desmentirse ó desfigurarse, y sin tener todo aquel olfato, que tienen *los entendimientos bien abiertos de poros, para perceber el aire sutilísimo que da en los escritos á conocer sus autores*, como se explica galanamente el autor de la carta contra *la derrota de los alanos*, cualquiera entendimiento, ó, mejor diremos, discernimiento, que no esté muy arromadizado, luego sigue el rastro, porque le dan unos efluvios, que le derriban. Fuera de que, autores hay tan bonazos, que ellos mismos lo confiesan; y qué; ¿juzgas que es sencillez? A la verdad no es otra cosa; pero los bellacones no lo decían por tanto, sino porque no tienen valor para revolveirse á carecer de aquella gloria ó de aquella vanidad que les resulta, de que sepan sus confidentes, que tambien saben hacer coplas, aunque sean á sí mismos.

CAPÍTULO IV.

ENTRA EL GRANJERO LA CENA, INTERRÚMPESE LA CONVERSACION,
Y SE VUELVE Á CONTINUAR DE SOBREMESA.

IBA Fray Blas á replicarle, cuando entró el Granjero Fray Gregorio con los manteles para poner la mesa, diciéndoles con gracia, y con labradoril desbarrazo: *Padres nuestros, onia tempus habent: tempus disputandi, et tempus cenandi*: el bendito San Cenon sea con vuestas Paternidades, y ahora déjense de circunloquios, que los huevos se endurecen, el asado se pasa, y por el reloj de mi barriga son las nueve de la noche. Tiene razon Fray Gregorio, dijo el maestro Prudencio, y sentáronse todos á la mesa. No fué la cena espléndida, pero fué honrada y decente: dos ensaladas, una cruda y otra cocida, un par de huevos frescos, pavo asado, liebre guisada, y postres de queso y aceitunas; pero Fray Gerundio los divirtió mucho en la cena. Como su pedantísimo preceptor el dómine Zancas-largas, para cada cosa, para cada especie y aún para cada palabra tenia de repuesto en la memoria un monton de latinajos, versos, sentencias y aforismos, que espetaba á todo trance, viniesen ó no viniesen, solo con que en sus textos centones se hallase alguna palabra

que aludiese á lo que se discurría ó se presentaba; y por este medio pedantesco se hubiese adquirido entre los ignorantes el crédito de un mónstruo de erudición, *y pozo de ciencia*, como le llamaban en aquella tierra; su buen discípulo Fray Gerundio procuró copiarle esta impertinencia, así ni más ni ménos, como todas las otras extravagancias, que eran en el dichoso dómíne más sobresalientes. Con esta idea se atestó bien de versos latinos, apostegmas y lugares comunes, para lucirlo en las ocasiones; y cuando le venia el flujo de erudito, era el Frailecito una diarrea de disparatorios en latin inestancable.

2. Luego, pues, que por primera ensalada, se presentaron unas lechugas crudas en la mesa, vuelto á su amigo Fray Blas, le hizo esta pregunta:

*Claudere quæ cænas lactuca solebat avorum;
Dic mihi cur nostras inchoat illa dapes?*

Algo atajado se halló el padre predicador con la preguntilla, porque como era en verso latino, y él solo habia estudiado el latin, que bastaba para el gasto del breviario, y aún ese no bien, no la entendió mucho al primer embion, y así le dijo: habla más claro, si quieres que te responda. Pero al fin, volviendo Fray Gerundio á repetirle el dístico, pronunciándole con mayor pausa, como por otra parte el latin tampoco era muy enrebesado, vino á entenderle Fray Blas, y dijo, en suma, lo que pregunta ese verso es; *¿porqué nosotros comenzamos á cenar por lechugas, cuando nuestros abuelos solian acabar con ellas?* Pues la razon salta á los ojos; porque en casi todas las cosas nosotros comenzamos por donde acabaron

nuestros abuelos. Dijo Claudiano, interrumpió al punto Fray Gerundio, aplaudiendo la explicacion: *Cœpisti, quâ finis era*, y el maestro se rió tanto de la impertinente prontitud del uno, como de la sandez del otro.

3. Siguiéronse después unos puerros cocidos sin cabeza, y apénas los vió Fray Gerundio, cuando exclamó:

*Fila Tarentini gravitèr redolentia porri
Edisti quoties, oscula clausa dato.*

Confesó Fray Blas, que solo entendia, que el verso hablaba de *puerros*, por aquello de *porri*; pero que para descargo de su conciencia, no percebia lo que queria decir. Entónces Fray Gerundio le puso á la vista el régimen ó el órden de la construccion, *quoties edisti fila gravitèr redolentia porri Tarentini dato oscula clausa*, advirtiéndole de paso, que en el territorio de la ciudad de Tarento se dan los puerros más afamados de toda Italia, como en Navarra los ajos de Corella, y en Castilla la Vieja los espárragos de Portillo, con cuya luz, dijo Fray Blas, ya me parece que entiendo el concepto del verso: quiere decir, si no me engaño, que siempre que se comen puerros de Tarento, y lo mismo discurro que sucederá, aunque los puerros sean de Melgar de arriba, más parece que se besa, que se come, por cuanto más es chupar que comer, y para chupar se pliegan los labios. Dió V. en el hito, replicó Fray Gerundio; pero con todo eso, mejor que el poeta latino explicó la insulsez de esta ensalada el castellano que dijo:

*Quien nisperos come,
Quien bebe cerveza,
Quien puerros se chupa,
Quién besa á una perra,*

Ni come, ni bebe, ni chupa, ni besa.

No dejó de reirse tampoco esta vez el maestro Fray Prudencio de la candidez de Fray Gerundio, cayéndole en gracia el chiste de la coplilla, y aunque alabó la felicidad de su memoria, todavía se compadeció algun tanto, de que no la emplease mejor.

4. Él que se vió celebrado, se tentó un poquillo de vanidad, é hizo empeño de no dejar cosa que saliese á la mesa, sin saludarla con su dístico. Así, pues, luego que se pusieron en ella los huevos, cogió uno en la mano, arrimóle á la luz, y pareciéndole que tenia pollo, soltó la carcajada, y dijo:

*Candida si croceos circumfluit unda vitellos,
Hesperius scombri temperet ova liquor.*

5. Quedóse en ayunas el bueno de Fray Blas, porque este era mucho latin para un predicador romancista, y en ayunas se hubiera quedado á no haberse compadecido de él su buen amigo Fray Gerundio, explicando el pensamiento en este serventesio, que sabia de memoria:

*Cuando algun pollo, ó polla,
Encierra el huevo en cándido recinto,
La barriga es la olla,
Y cuézase en porcion de blanco ó tinto.*

6. Aprovechóse de esta ocasion el maestro Pru-

dencio para chasquear un poco al predicador, insultándole sobre su cortedad en el latin, y le dijo con alguna picaresca: Paréceme, Fray Blas, que tú eres como aquel cura, que decia á sus feligreses: *Yo, á la verdad, no sé mucho latin, pero no tiene remedio, me he de dedicar á estudiarle, y hasta que le aprenda no he de hacer más que predicar.* Paso con esos golpes, padre nuestro, replicó algo atufado Fray Blas, que entendió todo el énfasis picante de la satirilla: para predicar no he menester entender latin de poetas, bástame construir medianamente el de la Biblia; y para eso el Calepino y yo á otros dos guapos.

7. En esto salió el asado á la mesa, que era medio pavo, y apénas le columbró Fray Gerundio, cuando exclamó en tono de plañidera,

*Miraris quoties gemmantes explicat alas:
Et potes hunc sævo tradere durè coco!*

Y sin dar lugar á que volviese á sonrojarse su amigo, dió él mismo la explicacion en el siguiente epígrama:

*Cuando el pavo ostentoso
La rueda tiende y brilla magestuoso,
Asombrado le miras:
Y á este que tanto admiras,
Cruel, duro, severo,
Le entregas tú después á un cocinero!*

Pero, sin embargo de la compasion que esto le causaba, no dejó de meterle bien el cuchillo por la coyuntura, y después de hacer plato al padre maestro, él se quedó con una buena racion de entrepechuga y pellejo, alargando la fuente á Fray Blas, con quien no gastaba ceremonias.

8. A este tiempo ya se habia embasado algunos tragos, y á cada uno que bebia dedicaba su dístico, de los muchos de que habia hecho provision para estas ocasiones, sin pararse en que los dísticos hablasen de los vinos más famosos de Europa en la antigüedad, y el que él bebia fuese un chacolí, ó un vinagrillo de la tierra. Como él espetase sus versos, que hablasen de mosto conocido, todo lo demás era para él muy indiferente, y así al primer trago le saludó con esta impertinencia:

*Hæc de vitifera venisse picata Viena
Ne dubites, misit Romulus ipse mihi.*

Al segundo con este disparate:

*Hoc de Cæsareis mitis vindemia cellis
Misit Iulæo, quæ sibi monte placet.*

Al tercero con este requiebro:

*Hæc fundana tulit felix autumnus opini,
Expressit mulsum Consul, et ipse bibit.*

9. En fin, á ningun trago dejó sin su dedicatoria latina: y consta por buenos papeles, que en solo aquella cena brindó veinte veces, y esto sin perjuicio de la cabeza, que la tenia á prueba de jarro, por haberse criado en Campazas con la mejor leche del Páramo y de Campos. No se puede ponderar lo aturdido que estaba el bueno del predicador al oír chorrear tanto latinorio á su amigo y queridito; pues, aunque lo más de ello se le pasaba por alto, y allá se iba por el ánima más sola, con todo eso se le caía la baba, viéndole lucir tan á taco tendido, protestan-

do, que si bien siempre habia hecho alto concepto de su ingenio, nunca creyó que llegase á tanto, por no haber concurrido con él en otra funcion semejante. No sabia como diantres habia podido meter en la cabeza tanta multitud de versos, y sobre todo se asombraba de aquella oportunidad con que los aplicaba; siendo así, que el desdichado Fray Gerundio no esperaba más oportunidad para encajar sus versos, que la de oír ó ver alguna cosa, de la cual se hiciese mencion, en los que tenia hacinados en su burral memoria, usando de la erudicion profana puramente por la asonancia, ni más ni ménos como habia usado de la sagrada en la chistosa salutacion que habia predicado en el refectorio. Pero, como el buen Fray Blas tampoco entendia de otras propiedades para el uso y para la aplicacion de sus textos, no distinguia de colores, y lo que le sonaba le sonaba, confirmándose en el dictámen, de que mozo como aquel no le habia pillado la órden en dos siglos.

10. Creció su admiracion, cuando, sirviéndose á la mesa una cazuela de liebre guisada, oyó á Fray Gerundio prorumpir en esta definitiva sentencia:

Inter aves turdus, si quid, me iudice, certet:

Inter quadrupedes, gloria prima lepus.

No entendió el predicador más que á media rienda, y así en bosquejo lo que queria decir, aunque ya le dió al corazon poco más ó ménos, cual seria el pensamiento, cuando notó que diciendo y haciendo se echaba Fray Gerundio en su plato casi la mitad de la cazuela. Pero el padre maestro, que comprendió muy bien toda el alma del concepto, dijo con su apa-

cibilidad acostumbrada: hombre, eso de que en tu dictámen *entre las aves no hay plato más regalado que el tordo, ni entre los animales que la liebre*, prueba bien, que el mismo gusto tienes en el paladar, que en el entendimiento, y que el mismo voto puedes dar acerca de una mesa, que acerca de un sermón. Yo siempre oí, que el tordo era extraordinario de Fraile, y la liebre plato de cofradía. ¿Y quién le ha dicho á V. Paternidad, replicó Fray Gerundio, que en las cofradías no sirven muy buenos platos, y que á los frailes no les dan extraordinarios muy delicados? Substanciales sí, respondió el maestro Prudencio, pero delicados no.

11. En esto salieron los postres, un queso y un plato de aceitunas. Aquí le pareció á Fray Blas, que sin duda alguna se le habia acabado la talega á Fray Gerundio, porque; ¿qué poeta se habia de poner á tratar de aceitunas y de queso? Pero le engañó su imaginacion, y quedó gustosamente sorprendido, cuando vió que tomando el queso en una mano, y un cuchillo en otra para partirle, recitó con mucha ponderacion este par de coplitas:

*Caseus, Etruscae signatus imagine lunæ,
Præstabit pueris prandia mille tibi.*

Y sin detenerse, añadió esta traduccion, que tambien habia leído:

*Con un queso, parecido
A la Luna de Toscana,
Hay para dar de almorzar
A los niños mil mañanas.*

Eso lo mismo será, glosó Fray Prudencio sonriéndose, aunque se parezca á la Luna de Valencia; pues no sé, que para el caso ni para el queso, tenga más gracia una Luna que otra; y qué; ¿no dices algo á las aceitunas? Allá voy, padre maestro, respondió Fray Gerundio, y tomando media docena de ellas, dijo:

*Hæc, quæ Picens venit subducta trapetis,
inchoat, atque eadem finit oliva dapes.*

Que uno construyó así:

*Esta, que no fué al molino,
Para que no fuese aceite,
Unas veces es principio,
Y tambien postre otras veces.*

¿Qué dices, borracho? le preguntó Fray Blas en tono de zumba; ¿cuándo sirvieron de principio las aceitunas? ¿Cuándo? respondió Fray Gerundio, cuando se comenzaba á comer por donde ahora se acaba, y cuando las lechugas servian de postre, *juxta illud*:

Claudere quæ cœnam lactuca solebat avorum, etc.

Y sino, acuérdesse V. de lo que dijo al principio de la cena, que nosotros comenzamos por donde acabaron nuestros abuelos.

12. Halló bastante gracia el maestro en esta reconvencion, y se confirmó en su antiguo dictámen, de que á Fray Gerundio no le faltaba cantera, y que solo le habia hecho falta el cultivo, la aplicacion á facultades serias y precisas, la crítica y el buen gusto. Pero al fin, con no poco se acabó la cena, se

dieron gracias á Dios, y se levantaron los manteles; después de lo cual tomó la mano Fray Blas, y dijo: Padre maestro, acabemos de evacuar el panto de las censuras de los libros, que nos interrumpió Fray Gregorio, porque á lo que veo, me parece que V. paternidad es del mismo dictámen que aquel famoso censor del segundo tomo del *Teatro Crítico Universal*, que huyendo el cuerpo á la censura del libro, se metió á censurar á los censores; pero en verdad que llevó brava tunda en cierta aprobacion del tercer tomo. En la substancia, respondió el maestro, del mismo parecer soy, y hallo, que tiene mucha razon en lo que dice: el modo puede ser que no hubiese agrado á todos, porque le oí notar de pomposo, arrogante y satisfecho; y á algunos tampoco les pareció bien, que reservase esta crítica para aquel lugar en que no venía muy al caso; adelantándose tal cual á argüirle de ménos consiguiente, pues protestando en la misma censura, *que no se hallaba con ánimo de ayudar fructuosamente al autor del teatro en el árduo y mol recibido oficio de desengañador*, él mismo le está ejercitando en la misma censura: con esta diferencia, que el autor del teatro ejerce el oficio de *desengañador* de sábios y de ignorantes, pues á todos comprenden los *errores comunes*; pero el censor ejerce el de *desengañador* únicamente de sábios, porque á solos estos, ó en la realidad ó en la estimacion, se fian por lo comun las aprobaciones de los libros.

13. Sobre la zurra, que le da todo un colegio de padres aprobantes del tercer tomo, tambien he oido variedad de opiniones. Convienen todos, en que la

correccion fraterna está discreta, bien parlada y con mucha sal, sin que la falte su granito de pimienta; pero como los autores de ella son de la misma estamēa, que el autor del teatro, algunos desearan que esta comision se la hubieran encargado á otro de diferente paño, en quien caeria mejor. Dicen que esto de salir á la defensa de uno de su ropa, solo porque no se le alaba, no suena bien: otra cosa seria si positivamente se le hubiera injuriado sin razon, que entónces á ningunos tocaba más inmediatamente sacar la cara por él, que á los de casa. Pero este reparo me parece poco justo y aún poco reflexionado; porque aquellos padres maestros no impugnan directamente al censor, porque no alaba al autor del teatro, sino porque censura á los que le alaban á él y á todos los demás autores; con que, no tanto es defensa del autor como de los censores, y en esta todo el mundo tiene derecho á meterse, con especialidad aquellos á quienes se les ha encomendado este oficio.

14. Algunos maliciosos aún se adelantan á más: paréceles á ellos, que ven una gran diferencia de estilo en lo restante de la aprobacion y en el párrafo en que se censura al censor de los censores: con esta aprehension se les figura por otra parte, que el estilo de este párrafo es muy parecido al nobilísimo, perspicuo y elegante, que gasta el autor del teatro; ¿y qué quieren inferir de aquí? Lo que se está cayendo de su peso; que este parrafillo le dictó el mismo autor, pues se hallaba dentro de casa, y sin explicarse más, hacen un gesto y tuercen el hocico. Pero esta me parece demasiada temeridad y sobrada delicadeza. Conocer en pocos renglones añadidos á

otros muchos la diversidad de estilo, es para pocos ó para ninguno, sin exponerse á juzgar erradamente, salvo que aquella sea tan visible, que luego salte á los ojos; pues claro está, que si en un sermón del padre Vieira se mezclaran solos cuatro renglones del autor del Florilégio, un topo vería al instante la diferencia y aún la disonancia: mas no estamos en el caso. El estilo de los aprobantes no es tan desemejante del autor del teatro, que diste infinito de él. Fuera de que á los buenos escritores nunca los puede faltar un buen estilo, dice Quintiliano: *Bonos numquàm honestus sermo deficiet*; y así como no es imposible, sino muy regular, que uno dé en el mismo pensamiento que otro, así tampoco lo es, que le explique de una misma manera. Mas supongamós que el párrafo en cuestión sea del mismo autor del Teatro; *quid indè?* No veo en ella cosa que me disuene, porque en él nada se le elogia, y ántes se me representa un rasgo de su moderación y de su prudencia. Finjamos por un poco (y es una cosa bien natural) que los reverendísimos aprobantes hubiesen dejado correr la pluma en este punto con algun mayor calor y libertad de lo que pedía la materia. Demos por supuesto (y no es ménos natural que lo primero) que confiasen al autor su censura, para que la viese ántes que se estampase. Como la leyó á sangre fría, notó que estaba un poco acalorada, y tomó de su cuenta templarla, dictando un párrafo, en que se dice lo que basta, y en realidad á ninguno saca sangre. Esto es lo que yo concibo que pudo ser; pero si fué otra cosa, todo ello importa un bledo.

15. En lo que no convengo ni convendré jamás

es, en que las censuras de los libros, especialmente las que se hacen de oficio, esto es, por comision de tribunal legitimo, se conviertan en panegiricos; y perdónenme los reverendísimos censores del censor de todos ellos, que no me hace fuerza la razon, con que intentan defender la práctica contraria. Dicen, que *el panegirico, que se introduce en la censura, siendo el mérito del autor sobresaliente, es deuda; siendo mediano, urbanidad; y solo siendo ninguno, será adulacion.* Yo diria, con licencia de sus reverendísimas, que el panegirico que se introduce en la censura, aunque el autor le merezca, siempre es impertinente; y si no le merece, no solo es una adulacion indigna, sino una mentira, un engaño sumamente perjudicial al progreso de las ciencias, al honor de toda la nacion, y á la utilidad comun. Al censor solamente le mandan, que diga sencillamente su parecer sobre el mérito de la obra, aprobándola ó desaprobándola, sin que se detenga en alabar al autor, sino que sea indirectamente, por aquel elogio que necesariamente le resulta, de que se apruebe su produccion; con que, pararse muy de propósito á hacer un gran panegirico del autor, aunque sea el de mayor mérito, sin dejar epíteto que no le aplique, renombre con que no le proclame, ni erudicion que no obstante el aprobante para exornar su encómio, no solo no es deuda, sino una obra muy de supererogacion.

16. Ya se entiende, que hablo solamente de aquellos largos panegiricos, que de propósito se introducen en las censuras, adornados de todo género de erudicion, los cuales son los que únicamente se

pueden llamar *panegíricos*. Y de estos digo, que aunque los autores los tengan muy merecidos, son fuera del asunto en las aprobaciones, digámoslo así, judiciales; y en este sentido, á mi ver, habló tambien el censor de los censores. Pero aquellos elogios, que resultan del breve y sencillo juicio que se forma del mérito de la obra, como de su utilidad, de su inventiva, de su solidez, de su buen estilo, etc., estos así como no merecen el nombre de panegíricos, así tampoco deben condenarse en los censores, ántes apénas pueden cumplir con su oficio, sin que digan algo de esto; y en este sentido convengo tambien, en que los elogios pueden ser deuda y pueden ser urbanidad.

17. ¿Pero quién ha de tener paciencia para sufrir otros diferentes rumbos, que siguen los aprobantes? Todos ó casi todos, son panegiristas, y de estos ya he dicho bastante. Algunos añaden á este oficio el de glosadores ó adicionadores de la obra que aprueban: otros se meten á apologistas del asunto, especialmente si este es de materia crítica, ó de algun punto contencioso: cuando la obra es apologética, las aprobaciones por lo comun se reducen á una apología de la misma apología; y aprobacion bien larga he visto yo, que sin tocar en la substancia de la obra hasta el último párrafo, gasta el aprobante muchas hojas en alabar la patria del autor, la nobleza de su origen, las glorias de su religion; y de todo esto infiere, que el libro es una cosa grande, y que no puede contener ápice ni punto, que se oponga á los dogmas de la Fé ni á la más severa disciplina. Digo, y vuelvo á decir, que todas estas me parecen

unas grandísimas impertinencias, dignas de ser destruidas de nuestra nacion, como lo están de casi todas las demás del mundo, cuyos censores se ciñen precisamente á lo que se les manda, diciendo en breves y graves palabras su dictámen, y dejando á los lectores, que hagan de la obra y del autor todos los panegíricos que se les antojaren.

18. Muy enfrascado estaba el maestro Prudencio en la conversacion, cuando advirtió que Fray Gerundio se habia quedado dormido en la silla como un cepo, y que el predicador bostezaba mucho, cayéndosele los párpados de manera, que cada instante necesitaba apuntalarlos. Hízose cargo de la razon, y despertando á Fray Gerundio, no sin mucha dificultad, se fueron todos á la cama, quedando despedido el predicador Fray Blas desde la noche, porque pensaba madrugar mucho el dia siguiente, para marchar á Jacarilla, en compañía de su mayordomo el tio Bastian, que para entónces ya le suponian perfectamente convalecido del accidente, que le habia acometido de sobre-comida ó sobre-bebida.

CAPÍTULO V.

ESTRENA FRAY GERUNDIO EL OFICIO DE PREDICADOR SABATINO
CON UNA PLÁTICA DE DISCIPLINANTES.

AÚN no bien habia amanecido el dia siguiente, cuando llegó un mozo del convento con una carta del prelado, en que mandaba á Fray Gerundio, que cuanto ántes se retirase, porque le hacia saber, que la villa habia votado una procesion de rogativa por el agua, de que estaban necesitados los campos, en la cual habia determinado salir la cofradía de la Cruz, y que era menester disponerse para predicar la plática de disciplinantes. Mucho se holgó nuestro predicador sabatino con esta noticia, por cuanto estaba ya reventando por darse á conocer en el público, y se le hacian siglos los dias que tardaba una funcion. Pero fué tan desgraciado, que media hora ántes que llegase el propio, habia partido para Jacarilla su grande amigo Fray Blas, y esto no dejó de contristarle algun tanto, porque le podia dar alguna idea ó algunas reglas propias de su buen gusto, para disponer aquella especie de funcion, de la cual nunca habian tratado en particular; y siendo la primera, le importaba mucho salir de ella con el mayor lucimiento. Ya se le ofreció consultar el punto con el

maestro Prudencio; pero dijo allá para consigo, este viejo me dirá alguna de las que acostumbra; aconsejaráme, que encaje á los cofrades un trozo de mision; que diga, como las calamidades públicas siempre son castigo de los pecados públicos y secretos; que lo confirme con ejemplos de la Sagrada Escritura y de la historia profana, de los cuales me contará un rintero de ellos, porque el viejo sabe más que Merlin: prevendráme, que despues me deje naturalmente caer sobre la necesidad de aplacar á la Divina Justicia por medio de la penitencia, porque no hay otro; y por fin y postre querrá que los espete, que de este único medio se valió el mismo Jesucristo, derramando toda su sangre por nuestros pecados, para satisfacer á su Eterno Padre y aplacar la justa indignacion contra todo el linage humano; y al llegar aquí, querrá que me afervorice, y que los exhorte á despedazar primero su corazon, y después sus espaldas, no con espíritu de vanidad, sino con espíritu de compuncion. Esta retahila me encajará el padre maestro, como si la oyera, y me querrá persuadir, que á esto y no á otra cosa se debe reducir este género de pláticas; pero á otro perro con ese hueso. Cierto que quedaria yo bien lucido en la primera funcion, en que me estreno de puertas á fuera, con predicar como pudiera un carcuezo, y con decir lo que diria cualquiera vieja. Yo me guardaré de preguntarle nada á su Paternidad, y compondré mi plática como Dios me diere á entender, sin ayuda de vecinos.

2. Con este pensamiento se entró en el cuarto donde estaba el maestro Prudencio todavía recogido,

porque con la conversacion de sobre-cena se le habia encendido la cabeza, y habla pasado mala noche. Dióle parte de la carta con que se hallaba del prelado, el cual le habia enviado mula al mismo tiempo, para que se retirase, y dijole, que si mandaba algo para el convento. El maestro, puesto que no dejó de sentir este incidente, porque habia consentido, en que ya que no le quitase del todo la bodoquera, podria quitarle algunos bodoques en los paseos y conversaciones de la Granja; pero al fin, viendo que no tenia remedio, hubo de conformarse, y solamente le previno, que tratase de platicar con juicio y con piedad, porque el asunto lo pedia: advirtiéndole, que, mediante Dios, esperaba oirle. Bien está, padre maestro, le respondió Fray Gerundio; pierda cuidado V. Paternidad, que por esta vez pienso que he de acertar á darle gusto, y con esto se despidió.

3. Dice una leyenda antigua de la órden, que en todo el camino que habia desde la Granja al convento, que no era ménos que de cuatro leguas largas, iba nuestro Fray Gerundio tan pensativo y tan dentro de sí mismo, que no habló ni siquiera una palabra al mozo, que iba delante de la mula, y lo que más admiracion causó á todos los que le conocian, fué, que no solo no se paró á echar un trago en una venta, que habia en la mitad del camino, pero que ni siquiera reparó en ella. Esto consistió, como él mismo lo confesó después, en que iba totalmente preocupado en hacer apuntamientos mentales, y en buscar especies y materiales allá dentro de su memoria para disponer una plática de rumbo, que diese golpe, y que de contado le acreditase.

4. Desde luego se le ofrecieron á la imaginacion, como en tropel, las confusas ideas de esterilidad, rogativa, cofradía, cruz, penitentes, pelotillas, ramales, sangre, penitentes de luz, etc.; y todo su cuidado era, como habia de encontrar en la mitología ó en la fábula algunas noticias, que tuviesen alusion con estas especies, pues por lo que toca á la coordinacion y al estilo, eso no le daba maldita la pena, pues siguiendo el mismo que habia usado en el sermón de Santa Ana, y procurando imitar el inimitable del Florilégio, estaba seguro del aplauso del auditorio, que era el único objeto, que por entónces se le proponia.

5. Para hablar de la esterilidad, al instante se la ofreció la edad de plata, y la edad de hierro; porque hasta la primera los hombres eran unos angelitos, y la tierra producía por sí misma todo género de frutas, y de frutos para su sustento y regalo, sin necesitar de cultivo, el que enteramente ignoraban; pero como en la edad de plata comenzasen á ser un poco bellacos, también la tierra comenzó á escasearles sus frutos, y se empeñó en que no les habia de dar alguno, sin que les costase su trabajo. Más aquí estaba la dificultad; porque los pobres hombres, acostumbrados á la abundancia y al ocio, no sabian como habian de beneficiarle, hasta que compadecido Saturno bajó del Cielo, y los enseñó el uso del azadon y del arado, para que en fin costándolos su trabajo y sudor, la tierra los sustentase. Pero luego le ocurrió, que esto no venia muy á cuento, porque aquí no se trataba de esterilidad nacida de falta de cultivo,

sino de falta de agua, y para esta habia de menester una fábula, como el pan para comer.

6. Dichosamente se le vino en aquel punto á la memoria la edad de hierro, en la cual nada producía absolutamente la tierra ni cultivada ni por cultivar, y es que los dioses la negaron enteramente la lluvia, en castigo de las maldades de los hombres, que se habian hecho muy taimados, y solo trataban de engañarse los unos á los otros, como dice el doctísimo conde natal. No se puede ponderar la alegría que tuvo, cuando se halló sin saber como con una introduccion tan oportuna; y apuntándola allá en el desencuadernado libro de su memoria, pasó á resolver en su imaginacion algunas especies de mitología, que se pudiesen aplicar á cosa de rogativa.

7. A pocas azadonadas se le vino oportunamente á ella aquel famoso caso de Baco, cuando hallándose en la Arabia desierta, por donde caminaba á cierto negocio de importancia, y muriéndose de sed, por no encontrar una gota de agua en medio de aquellos adustos arenales, juntó los pastores de la comarca, y formando con ellos una devota procesion ó rogativa en honra del dios Júpiter, ofreció que le fabricaría un templo, si le socorria en aquella necesidad; y al punto se apareció el mismo Júpiter en figura de un carnerazo fornido y bien actuado de puntas retorcidas, que escarvando con el pié en cierta parte, brotó una copiosa fuente de agua dulce, y Baco agradecido cumplió su voto, edificando al dios carnero el primer templo, con el título de Júpiter Amon. Dióse mil parabienes por este hallazgo, especialmente cuando supo después, que el mayordomo de la cofradía de

la Cruz en aquel año se llamaba Pascual Carnero, y propuso en su ánimo hacerle Júpiter Amon, con lo que le pareció haber encontrado un tesoro para tocar la circunstancia principal, y tuvo por sin duda allá para consigo, que desde aquel punto no habria sermón de cofradía, que no le pretendiese con empeño.

8. Remachóse en este buen concepto que hizo de sí mismo y de su grande suficiencia, cuando para hablar de la misma cofradía, compuesta por la mayor parte de labradores, se le vinieron al pensamiento los sacrificios ambarvales, que se hacian en honor de la diosa Ceres, tutelar de los campos y de las cosechas, á los cuales sacrificios presidia cierta especie de cofradía, compuesta de doce cofrades, que se llamaban los *hermanos arvales*, esto es, los *cofrades del campo*, derivando su denominacion de *arvus arvi*, que le significa; porque aunque es verdad, que estos no eran más que doce, y los cofrades de la Cruz pasaban de ciento, ese le pareció chico pleito; pues si el número siete en la Sagrada Escritura significa multitud, más significara el número doce en la mitología.

9. Donde se halló un poco apurado fué en tropezar con alguna erudicion de buen gusto, que pudiese aludir á cofradía de la Cruz, y después de haberse aporreado por algun tiempo la cabeza, sin encontrar cosa que le satisfaciese, su buena fortuna le deparó una admirable especie, que á un mismo tiempo le sirvió para cumplir gallardamente con la circunstancia agravante de la Cruz, y con la de los penitentes de sangre, que no le daba ménos cuidado

que la otra. Acordóse haber leído en un extraordinario libro, que se intitula: *Idea de una nueva historia general de la América Septentrional*, como en honor del dios *Izcocauhqui*, que era el dios del fuego, iban los indios al monte por un grande árbol, que con mucho acompañamiento, música y aparato conducian al patio del templo: allí le descortezaban con extraordinarias ceremonias, le elevaban después á vista de todo el pueblo, para que constase á todos que tenia la altura, que prescribia la ley; después le bajaban, y cada uno le adornaba con ciertos papeles teñidos en sangre propia: hecho lo cual volvian á levantarle con gran tiento, devocion y reverencia. Entónces los amos tomaban á cuestras á sus esclavos, y bailando al rededor de una grande hoguera, que estaba encendida junto al árbol, cuando los pobres esclavos estaban más descuidados, daban con ellos en las llamas y se hacian ceniza.

10. No cabe en la imaginacion quanto se regocijó el bendito Fray Gerundio con este, á su parecer, felicísimo y oportunísimo hallazgo, porque en solo él tenia quanto habia menester, para lo que le restaba que ajustar. Habia árbol traído del monte con mucho acompañamiento, y elevado con grande devocion en el patio del templo; ¡qué símbolo más propio del Árbol de la Cruz! Y más que, por descortezarle después, no perdía nada para el intento. Habia papeletos teñidos en sangre de los cofrades, que levantaban el árbol, cosa ajustadísima y pintiparada á los penitentes de sangre, pues que esta tiñese papeles ó tiñese faldones, es cuestion de nombre, particularmente cuando ya se sabe, que de los faldones se

hace el papel. Habia amos, que bailaban al rededor del árbol y de la hoguera con los esclavos á cuestas, á los cuales echaban despues en la lumbre, y ellos se quedaban riendo; metáfora muy natural de los penitentes de luz, que son como los amos de la cofradía, los cuales se contentan con alumbrar á los penitentes de sangre, para que estos se quemem y se abrasen á azotes, ya entre los manojos de los ramales, ya entre las ascuas de las pelotillas.

11. Mil parabienes se dió á sí mismo, por haber encontrado con una provision de materiales, los más exquisitos y más adecuados para el intento, que á su modo de entender se podia juntar; y ya quisiera él, que la plática fuese el dia siguiente, para darse cuanto ántes á conocer; pues, una vez juntos los materiales, en dos horas le parecia que podria disponerla, particularmente habiéndose de reducir á una exhortacion muy breve, como él mismo lo habia observado en las pláticas de aquella especie que habia oido, por cuanto se comenzaba á platicar, al mismo tiempo que se iba ya formando la procesion; y en órden á tomarla de memoria, eso le daba poco cuidado, porque realmente era de una memoria feliz y como dicen burral.

12. No obstante, haciendo un poco más de reflexion sobre todas las circunstancias de esta última erudicion mitológica, no podia enteramente aquietarse, pareciéndole que la aplicacion de los papelitos teñidos en sangre á los penitentes de la cofradía, era un poco violenta; y aunque juzgó, que en caso de necesidad y en un lance forzoso, ya pudiera pasar, mayormente en una aldea donde no hubiese más crí-

ticos ni más censores, que el barbero y el fiel de fechos; pero bien quisiera él hallar otra cosa más terminante y como en propios términos de *penitentes de sangre*, para asegurar más su lucimiento, sin exponerse á melindrosos reparos de gentes escrupulosas, de los cuales habia algunas en su comunidad y en el pueblo, que como llevamos significado, era una villa de media braga, ni tan desierto como Quintani-lla del Monte, ni tan poblado como Cádiz y Sevilla.

13. Con este cuidado se iba ya acercando al lugar, asaz pensativo y no poco pesaroso, cuando de repente dió un alegre grito, acompañado de una gran palmada sobre el albardon de la mula; y prorumpió diciendo; ¡hay borracho como yo! Vaya, que soy un mentecato. En el mismo admirable libro intitulado: *Idea de una nueva historia general de la América Septentrional*, pocas hojas más allá donde se refiere lo del árbol y lo de los papelitos de sangre en honor del famoso dios *Izcocáuhqui*, me acuerdo haber leído dos especies, que luego las apunté para estas ocasiones, y son tan nacidas para ellas, que aunque yo mismo las hubiera fingido, no podian venir más á pelo. Ambas especies se encuentran en el párrafo X, que trata de los símbolos de los meses indianos, segun Gemelli Carreri: y la primera dice así, porque la tengo en la memoria, como si la estuviera leyendo.

14. «Tozótli, símbolo del segundo mes, quiere «decir *sangría ó picadura de las venas*; porque así «mismo en el segundo dia de este mes los indios, ó «fuese con las puntas del *maguey* ó con navajas de «pedernal, en señal de penitencia se sacaban sangre

« de los muslos, espinillas, orejas y brazos, y ayuna-
 « ban al mismo tiempo... Era esta fiesta de peniten-
 « tes dedicada al dios *Tlalóc*, *dios de las lluvias*. Y
 « más abajo. Los que tenían el oficio de hacer *Xu-*
 « *chiles* ó ramilletes entre año, llamados *Xochiman-*
 « *que*, festejaban en la tercera edad á la diosa *Chival-*
 « *ticue*, que es lo mismo que decir *enaguas de mujer*,
 « ó por otro nombre *Coatlatona*, *diosa de los melli-*
 « *zos*. La segunda especie es como se sigue, sin fal-
 « tarle tilde.

15. « *Hueytozótli*, superlativo de *Tozótli*, sím-
 « bolo del tercer mes, quiere decir, *punzadura ó*
 « *sangría grande*: porque en deteniéndose las aguas,
 « que no comenzaban hasta este tiempo, correspon-
 « diente á nosotros por Abril, se aumentaban las pe-
 « nitencias, crecía la saca de la sangre, y eran ma-
 « yores los ayunos, y aún los sacrificios. La fiesta se
 « hacia al dios *Cinteolt*, *dios de el maíz*, etc.» Estas
 dos especies tengo apuntadas en mi cuaderno, y en-
 comendadas á mi memoria; y me andaba yo apor-
 reando los cascós por encontrar otras, que se adap-
 tasen á las circunstancias principales del asunto;
 ¿dónde las habia de hallar más exquisitas? ¿dónde
 más nuevas? ¿dónde más cortadas al talle del inten-
 to? Aquí tengo esterilidad de la tierra por falta de
 agua: aquí tengo á *Tlalóc* dios de las lluvias: aquí
 tengo una procesion de penitentes de sangre, y no
 ménos que en el mes de *Hueytozótli*, que es el mis-
 mismo mes de Abril, en que nos hallamos, y en que
 se ha de celebrar nuestra procesion: aquí tengo *Xu-*
chiles y *Xochimanques*, esto es, los que hacian ra-
 milletes ó *ramales*, que allá se vá todo, y es bien

corta la diferencia: aquí tengo *Coatlátóna* ó enaguas de mujer, cosa tan precisa para que se vistan los penitentes; y en fin, aquí tengo una India, y ya no me trueco ni por cuarenta Fray Blases ni por cuantos autores de Florilogios puedan producir las dos Estremaduras. Ola: pero esto no quita, que yo los venero siempre como á mis dos maestros, como á los dos modelos, como á mis originales en la facultad de la carrera que emprendo.

16. Embelesado en estos pensamientos, y casi loco de contento, nuestro Fray Gerundio llegó á la puerta reglar de su convento; apeóse, fué á la celda del prelado, dió su *benedicite*, tomó la vénia, retiróse á la suya, desalforjóse, desocupó, echó un trago, y sin detenerse un punto puso manos á la obra; trabajó su plática, que aquella misma noche quedó concluida, y llegado el dia de la procesion, á que concurrió mucho gentío de la comarca, Anton Zotes y su mujer, á quienes el mismo hijo habia escrito para que viniesen á oirle, sin faltar tampoco el maestro Prudencio, que la noche ántes se habia retirado de la Granja, con gentil denuedo representó su papel, que copiado fielmente del original, decia así ni más ni ménos.

17. «A la aurífera edad de la inocencia, *lavabo*
«*inter innocentes manus meas*, en trámite no inter-
«rupto sucedió la argentada estacion de la desidia:
«*Argentum et aurum nullius concupivi*. No llegó la
«ignavia de los mortales á ser letálica culpa; pero
«se arrimó á ser borron nigricante de su nívea can-
«didez primera:

Pocula tartareo haud aderant nigrefacta veneno.

« Sobresaltados los dioses, *ego dixi dii estis*, deter-
 « minaron prevenir el desórden con admonicion bee-
 « néfica. Admirablemente el simbólico: *Ante diem*
 « *cave*; y paralogizaron la correccion en preludios de
 « castigo: *Corripe eum inter te, et ipsum solum*.

18. « La madre Cibeles (ya sabe el docto, qu-
 « en el Etnico fabuloso Lexicon se impone este cog-
 « nomento á la tierra: *Terra autem erat inanis et*
 « *vucua.*) La madre Cibeles, *Cibeleia mater*, que dijo
 « oportuno el proboscide poeta: la madre Cibeles,
 « que hasta entonces expontaneaba sus fruges, resol-
 « vió negarlas, miéntras no la reconviniese por ellas
 « el penoso afan del madido Colono: *In columna nu-*
 « *bis*. Mas; oh Cielos; ¿cómo habia de elaborar el in-
 « feliz agrícola, si le faltaba la causa instrumental
 « para el cultivo, y si del todo ignoraba la causa ma-
 « terial y la eficiente para el instrumento? *Quæcum-*
 « *que ignorant, blasphemant; quomodo fiet istud?*
 « Conmiserado Saturno bajó de lo alto del Olimpo:
 « *Descendit de Cælis*, y enseñó al hombre el uso del
 « azadon tajante, y del arado escindente: *Terra scin-*
 « *detur aratro*. ¿Habeislo entendido, mortales? Lue-
 « go bien decia yo, que siempre son los pecados oca-
 « sion de los castigos: *Et peccatum meum contra me*
 « *est semper*. Pero aún no estamos en el caso.

19. « A la argentada estacion sucedió el seculo
 « ferrugineo: *Sæculum per ignem*, y aunque en él
 « habia instrumentos para el cultivo, y poseian los hom-
 « bres científica comprehension de su manejo, *posse-*
 « *dit me in initio viarum suarum*, obstruida la cibé-
 « lica madre, correspondía con esterilidades á los
 « afanes del agrícola: *Et pater meus agrícola est*. Aquí

«el reparo. Si la reconvenia con sus sulcos el corvo
 «hierro: si la llamaba con sus golpes la afilada
 «plancha; ¿por qué no se daba por entendida?
 «¿por qué no producía la tierra verdigerantes fru-
 «tos? *Germínes terra herbam virentem.* ¿Qué oportuno Lira? porque el Cielo empedernido la negaba
 «la lluvia: *Non pluit menses septem;* ¿pero qué
 «motivo pudo tener esa tachonada techumbre, para
 «tan cruel duricie? Dijolo Cartario muy á mi in-
 «tento; porque los hijos de los hombres habian
 «multiplicado las nequicias: *Et delitiæ meæ esse cum*
 «*filiis hominum.* ¿Pues qué remedio? Oid al sapien-
 «tísimo Mitólogo.

20. «Despréndase el gran Baco de esa bobeda
 «celestes; enseñe á los hombres compungirse, y á
 «implorar la clemencia del tonante con una rogativa
 «penitente: *Te rogamus audi nos:* ofrézcale cultos y
 «sacrificios en futuras aras, y bajará el mismo Júpi-
 «ter Amon, que es lo mismo que Carnero, y con
 «una sola patada ó debajo de la planta de su pié, á
 «planta pedis, hará que broten aguas que apaguen
 «la sed y fertilicen los campos: *Descendit Jesus in*
 «*loco campestri.* Para el docto no es menester apli-
 «cacion; vaya para el ménos entendido. ¿No es así,
 «que ha siete meses, que las nubes nos niegan sus
 «salutíferos sudores? ¿No es así, que á esta denega-
 «cion se han seguido los síntomas de una tierra em-
 «pedernida? Pues institúyase una devota rogativa:
 «vayan en ella los cofrades de la Cruz de penitentes;
 «presídala su digno mayordomo Júpiter Amon, Pas-
 «cual Carnero, que debajo de sus piés, *de sub cuius*
 «*pede,* brotarán aguas copiosas, que secunden nues-
 «tros campos:

Horrida per campos bam, bim, bombardada sonabant.

« Más; es muy celebrado en las Sagradas Letras el
« Cordero Pascual: *Agnus Paschalis*. Sabe el discre-
« to, que de los corderos se hacen los carneros. Lue-
« go nuestro insigne mayordomo Pascual Carnero,
« sería cuando niño Cordero Pascual. La ilacion es
« innegable. Pero aún no lo he dicho todo.

21. « A la frugífera Ceres, diosa tutelar de los
« campos y de las cosechas, se ofrecian aquellos sa-
« crificios, que se llamaban Ambarvales, y se hacia
« una solemne procesion al rededor de los campos,
« para ofrecerla estos sacrificios: *Ambarvales hostiæ*;
« ¿y quiénes eran los que principalmente la forma-
« ban? Unos devotos cofrades, que se llamaban Ar-
« vales: *Arvales fratres*; los cuales en sentir de los
« mejores intérpretes, eran todos labradores. No lo
« levanto yo de mi cabeza: dícelo el profundísimo
« Caton: *Ambarvalia festa celebrabant Arvales fratres,*
« *circumeuntes campos, et litabant Ambarvales hostia.*
« ¿Y á quién se ofrecian? ya lo he dicho, á la diosa
« Ceres, que se deriva de *cera*, para denotar tambien
« á los cofrades de Luz: *Vos estis lux mundi*.

22. « Mas porque el crítico impertinente ó escru-
« puloso no eche ménos á los penitentes de sangre,
« id conmigo, y vereis, que esto de los penitentes
« no es invencion de modernos, como quieren algu-
« nos ignorantes, sino una cofradía muy antigua, es-
« tablecida en todos los siglos y en todas las nacio-
« nes. Ea, dad un salto á la América septentrional.

23. « Allí vereis al dios *Tlalóc*, superintendente
« de las lluvias, haciéndose de pencas, y no querer

« desatarlas en el mes de *Tozólli*, que es el de Mar-
 « zo. Allí veréis, que para moverle á piedad, se ar-
 « man los indios de *magueys* ó puntas de pedernal, y
 « se sacan copiosa sangre de todas las partes de su
 « cuerpo. Allí veréis, que el irritado *Tlalóc* continúa
 « las señas de su enojo en el mes de *Hueytozólli*,
 « que corresponde al de Abril en que nos hallamos,
 « y negando en él la agua por los pecados de aquellos
 « infelices, arrepentidos estos, aumentan las peniten-
 « cias, y se sacan sangre hasta correr por el suelo
 « al rigor de los *Xuchiles*, esto es, á la violencia de
 « los ramales, empapando en ella á la diosa *Chival-*
 « *ticue*, que es tanto como la diosa de las enaguas, y
 « dirigiendo la penitente procesion al templo de *Ci-*
 « *teolt*, dios del maiz ó trigo de Indias, para que in-
 « tercediendo con *Tlalóc*, y uniéndose con él, los
 « franquease los frutos de la tierra.

24. « Ea, hermanos, á vista de tan oportunos co-
 « mo eficaces ejemplares, ¿qué haceis? ¿en qué os
 « deteneis? *Quid facis in paterna domo, delicate miles;*
 « ¿A qué aguardáis para empuñar con brioso denuedo
 « esos cándidos *Xuchiles*, y convocando primero el
 « humor purpúreo á las dos carnosidades postergadas,
 « no le sacais despues con los cerosos *magueys*, has-
 « ta dejar empapadas las alvicantes *Chivalticues*, y
 « corra por ellas la sangre á regar la dura tierra:
 « *Guttæ sanguinis decurrentis in terram?* Mirad, fie-
 « les, que está enojado nuestro divino *Tlalóc*: mirad
 « que el benéfico *Citeolt* se pone de parte de su ceño.
 « Corred, corred á aplacarlos; volad, volad á satisfa-
 « cerlos: empuñad, vuelvo á decir, esos *Xuchiles*; to-
 « mad bien la medida á esos *magueys*; brote de vues-

« tras espaldas el rojo licor á borbotones. Asi aplaca-
« reis la ira de los dioses; así satisfareis por vuestras
« culpas; así conseguireis para vuestros campos epi-
« talámios de lluvia, y para vuestras almas epíciclos
« soberanos de gracia, prenda segura de la gloria:
« *Quam mihi, et vobis, etc.* »

25. No bien habia pronunciado la última palabra, cuando resonaron en el templo unos gritos que salian por entre los caperuces, á manera de voces encañonadas por embudo ó por cervatana, que decian: *Vitor el padre Fray Gerundio, vitor el padre Fray Gerundio*; y lo que más es, que quedaron los penitentes tan movidos con la desatinada plática, no obstante que los más, y aunque digamos ninguno de ellos habia entendido ni siquiera una palabra, que al punto arrojaron las capas con mayor denuedo, y comenzaron á darse unos azotazos tan fuertes, que ántes de salir de la iglesia ya se podian hacer morcillas con la sangre, que habia caido en el pavimento. Las mujeres, que estaban junto á la tia Catanla, la dieron mil abrazos, y aún mil besos, dejándola al mismo tiempo bien regada la cara de lágrimas y de mocos, todos de pura ternura, y diciéndola, que era mil veces dichosa la madre que habia parido tal hijo. Un cura viejo que se hallaba por casualidad inmediato á Anton Zotes, y que sin embargo de haber llevado tres veces calabazas para Epístola, una para Evangelio, y dos para Misa, todavía por sus años y por su bondad era hombre respetable, dándole un estrecho abrazo, le dijo: *Señor Anton, cincuenta y dos pláticas de disciplinantes he oido en esta iglesia, desde que soy indigno sacerdote (en buena hora lo diga); pero*

plática como esta, ni cosa que se la parezca, ni la he oído ni pienso jamás oír. Dios bendiga á Gerundito, y no me mate su Magestad hasta que le vea Presentado.

26. Déjase á la consideracion del pio y curioso lector, cómo quedarian el tio Anton y la señora Cajuja, cuando oyeron estas alabanzas de su hijo, y fueron testigos oculares de sus aplausos; y tambien es más para considerado, que para referido el gozo, la vanidad y la satisfaccion propia, que en aquel punto se apoderaron del corazon de Fray Gerundio, al escuchar él mismo tan grandes aclamaciones. Pero como son poco duraderos los contentos de esta vida, y siempre dispone Dios, que en medio de los mayores triunfos sucedan algunos acaecimientos tristes, que nos acuerden que somos mortales, quiso la mala trampa, que al bajar del púlpito y en la misma sacristía de la iglesia le dieron al bueno de Fray Gerundio un humazo de narices, que á ser otro que no fuera de tan buena complexion, le hubiera trastornado.

27. Fué el caso, que se hallaba de recluta en aquella Villa un capitan de infantería, capaz, despedido, muy leido, y habiendo oído la plática, luchando á ratos con la cólera, y á ratos con la risa, determinó finalmente holgarse un poco á costa del predicador, y entrando en la sacristía, despues de darle un abrazo ladino, pero muy apretado, le dijo con militar desenfado: vamos claros, padrecito predicador, que aunque he rodado mucho mundo y en todas partes he sido aficionado á oír sermones, en mi vida he oído cosa semejante. Plática mejor de carnestolendas y exhortacion más propia para una procesion de mogiganga ni Quevedo. Algo cortado se quedó Fray Ge-

rundio al oír este extraño cumplimiento; y como el punto de desembarazo no podía medir la espada con el despejo del señor soldado, le preguntó con alguna turbacion y encogimiento; pues ¿qué ha tenido la plática de mogiganga ni de cosa de antruidos?

28. No es nada lo del ojo, y llevábale en la mano, le replicó el oficial. Ahí es un grano de anís las fabulillas con que V. Paternidad nos ha regalado para compungirnos. La de Saturno vale un millon, la de Baco se debe engastar en oro; lo de Júpiter, Amon y Pascal Carnero, con aquel retoquecillo del cordero Pascal, no hay preciosidades con que compararlo; y en fin, todo aquel pasaje de los penitentes americanos con enaguas, ramales y pelotilas, los dioses en cuyo obsequio hacian las penitencias con sus pelos y señales, el motivo de ellas y hasta la oportunidad de los meses en que las hacian, todo es un conjunto de divinidades; y V. Paternidad aunque tan mocito, puede ser predicador en jefe ó á lo ménos mandar un destacamento de predicadores, que si son como V. Paternidad, pueden acometer en sus mismas trincheras á la melancolía, y no solo desalojarla de su campo, sino desterrarla del mundo. Y sin decir más ni dar tiempo á Fray Gerundio á que replicase, le hizo una reverencia y se salió de la sacristía.

CAPÍTULO VI.

DONDE SE REFIERE LA VARIEDAD DE LOS
JUICIOS HUMANOS, Y SE CONFIRMA CON EL EJEMPLO DE NUESTRO
FAMOSO PREDICADOR SABATINO, QUE NO HAY FATUIDAD
QUE NO TENGA SUS PROTECTORES.

Así se despidió el bellacon del capitán del bueno de Fray Gerundio, habiendo echado un jarro de agua á todas las complacencias con que se hallaba el santo varón por los vitores y aplausos de la iglesia, y dejándole triste, desconsolado y pensativo. Pero como en esta vida ni los gustos ni los disgustos son muy duraderos, el que le causó la satirilla viva y desenfadada del señor oficial, le duró poco; porque apenas subió de la sacristía á la celda, cuando se entró en ella toda la mosquetería del convento; es decir, la gazapiña de colegiales, coristas, legos y gente moza. Como este por lo comun es uno de los vulgos más atolondrados del mundo, y por lo mismo uno de los más perjudiciales, no es ponderable el porrazo que dió á casi todos la tal plática; porque no distinguiendo de colores, y gobernándolo solo por el boato y por el sonsonete, á los más les pareció un milagro del ingenio.

2. Entraron pues de tropel en la celda de Fray Gerundio, con tal zambra, gresca y algazara, que

parecía venirse á tierra el convento, y como todos habian sido sus condiscípulos, siendo con corta diferencia de una misma edad, aunque él ya era sacerdote y predicador, no acertaban á mirarle con respeto, con que dejaron correr las expresiones de su gozo con toda la libertad de una familiarísima llaneza. Unos le abrazaban, otros le vitoreaban, estos le hablaban por un lado, aquellos por el otro, algunos le tiraban por el hábito y por las mangas para que les contestase, no faltaron otros que le levantaban en el aire, aclamándole ya por el mayor predicador que tenia la órden; tanto, que uno que era segundo vicario de Coro, exclamó con voz gruesa y corpulenta: *Hasta ahora creia yo, que en el mundo no habia otro Fray Blas; pero bien puede aprender otro oficio, porque todo cuanto predica, aunque tan exquisito, tan conceptuoso y tan raro, es pazófia respecto de lo que hoy hemos oido á Fray Gerundio.* A un lego anciano, sencillo y bondadoso, que habia sido refiletero más de cuarenta años, y le estaba mirando de hito en hito, se le caian las lágrimas de puro gozo y ternura. El despensero le dijo, que tenia á su disposicion todo el vino de la dispensa, porque á quién tanto honraba el santo hábito, era razon que todo se le franquease: el cocinero se le ofreció muy de veras á su servicio; y hasta el procurador, que no suele ser gente muy bizarra, le regaló desde luego *in voce* con dos barriles de sardinas escavechadas, y esto sin perjuicio de regalarle con otros dos de otras, cuando las tuviese, en prendas de su amor y complacencia.

3. Déjase á la consideracion del pio y curioso lector cuanta seria la de nuestro Fray Gerundio al oirse

alabar con tantas aclamaciones, por cuanto no era hombre insensible á sus aplausos, ni tampoco era de parecer como el otro orador afilosophado, que el grito de la muchedumbre inducia fuertes sospechas de grandes desaciertos.

4. Pero véa aquí, que cuando la gente del chilindron estaba en lo mejor de su trisca, y el bendito Fray Gerundio más engolfado en sus glorias, entraron en su celda el prelado, el maestro Fray Prudencio, y los demás padres graves á darle la que llaman la acenoria; esto es, la enhorabuena de la funcion, como loablemente se estila en todas las religiones. Al punto cesó la algazara de los mozos, y cada cual se compuso lo mejor que pudo, metiendo las manos debajo del escapulario, y arrimándose hácia las paredes con los ojos bajos y con reverente silencio. El prelado se contentó con decirle; que descansase, y habiéndose detenido un breve rato, sin hablar más palabra, se retiró luego: de los demás maestros, unos solo hicieron el ademan de bajar un poco la cabeza, marmullando entre dientes una especie de enhorabuena estrujada, que no se entendia; otros se la dieron con palabras claras, pero tan equívocas, que algun malicioso podia interpretarlas con poca benignidad, como el que le dijo: *Fray Gerundio; ¡cosa grande! por el término no la he oido mayor, ni espero oirla igual, sino que sea á tí.* Dos ó tres de ellos, que eran algo encogidos y un si es no taciturnos, solamente le dijeron: *Dios te lo pague, Fray Gerundio, que lo has trabajado mucho;* y el bueno del frailecito quedó muy solazado, pareciéndole que era lo mismo trabajarle mucho, que trabajarle bien.

5. A todo esto callaba el maestro Prudencio, sin hacer más que mirarle de cuando en cuando con unos ojos entre compasivos y severos: mas luego que se retiraron los otros padres maestros, viendo que los colegiales amagaban hacer lo mismo, los dijo: esténse quietos, que ahora tengo yo que platicar á nuestro padre platicante, y mi plática tambien puede ser provechosa para ellos. Sentóse en una silla, hizo á Fray Gerundio que se sentase en otra, y volviéndose hácia él, le habló de esta manera.

6. «Fray Gerundio, ¿has perdido el juicio? ¿Estabas en él cuando compusiste una sarta de tanto disparate, y cuando tuviste valor para predicarla? ¿Es esto lo que me ofreciste al despedirte de mí en la Granja, diciéndome, que perdiese cuidado, que por esta vez pensabas que habias de acertar á darme gusto? Pues qué ¿piensas que podia yo gustar del mayor tejido de locuras y de despropósitos que he oido en los dias de mi vida, sino que le exceda ó le compita la desatinada salutacion del sermón de Santa Ana? ¡Y esto en una funcion de suyo tan séria, tan tierna, tan dolorosa, en que todo debiera respirar compuncion, lágrimas, gemidos y penitencia! Estoy por decir, que cuando no se hubiera cometido otro pecado, que el de tu plática, él solo merecia que nos castigase Dios con el terrible azote de la sequedad y de la esterilidad que padecemos. Pero no me atrevo á decir tanto, porque conozco, que no pecas de malicia, sino de ignorancia ó de inocencia.

7. «Ven acá, hombre, tu plática se ha reducido á otra cosa, que á atestarnos los oidos de fábulas

«ridículas, insulsas é impertinentes, verificándose
 «á la letra lo que ya dijo en profecía el Apóstol por
 «tí y por otros predicadores como tú, que huirian
 «de la verdad, y convertirian toda su atencion á las
 «fábulas, trascendiendo este depravado gusto á los
 «oyentes: *¿A veritate quidem auditum avertent, ad*
 «*fábulas autem convertentur?* ¿Qué fuerza han de
 «tener estas para movernos á hacer penitencia por
 «nuestras culpas, y aplacar por este medio el rigor
 «de la Divina Justicia, tan justamente irritada contra
 «ellas?

8. «¿No tendrían más eficacia los ejemplos ver-
 «daderos de la Sagrada Escritura y de la historia ecle-
 «siástica, una y otra atestada de los horrendos cas-
 «tigos temporales, con que Dios en todos tiempos
 «ha escarmentado los pecados de los hombres, sin
 «dejar el azote de la mano, hasta que se le diese
 «satisfaccion por medio del dolor, de la enmienda y
 «de la penitencia? ¿Los diluvios, las inundaciones,
 «las guerras, las hambres, las pestes, las esterili-
 «dades, los terremotos, los volcanes y todos los de-
 «más movimientos extraños de la naturaleza, gober-
 «nados por el Supremo Autor de ella, han nacido
 «jamás de otro principio ni han tenido otro fin?

9. «¿Qué siglo de oro, ni qué siglo de estaño,
 «ni qué siglo de hierro, ni qué embustes de mis pe-
 «cados? No ha habido más siglo de oro, que la es-
 «trechísima duracion del estado de la inocencia, re-
 «ducida segun los más á pocos dias, y segun algunos
 «á pocos instantes. Entre la inocencia y la malicia no
 «hubo medio. Desde que comenzaron á multiplicar-
 «se los hombres, comenzaron á multiplicarse los

« pecados , de suerte que estos solamente fueron po-
« cos , miéntras fueron pocos los que podian pecar.
« Y desde entónces comenzó Dios sus amorosos avi-
« sos , castigando á unos para escarmentar á otros,
« hasta que extendida la maldad , sin dejarse recon-
« venir del escarmiento , fué tambien menester que
« se extendiese el castigo.

10. « Si el tiempo que has perdido miserable-
« mente en leer ficciones , le hubieras dedicado á
« ojear , aunque no fuese más que de paso , la Sagra-
« da Biblia , en ella encontrarías historias infalibles
« en que fundar tu exhortacion , sin el ridículo y
« aún sacrílego recurso á patrañas fabulosas. Esteri-
« lidad nacida de falta de agua , y de sobra de peca-
« dos , encontrarías en Egipto en tiempo de Faraon y
« de Joseph. Esterilidad procedida del mismo princi-
« pio encontrarías en Israel en tiempo del profeta
« Elías. Esterilidad originada de la misma causa , en-
« contrarías en el reino de Judá , en tiempo de los
« dos Joranes cuñados. Y si después de la Historia Sa-
« grada , hubieras siquiera pasado los ojos por la Ecle-
« siástica y por la profana , apénas hallarías siglo , que
« no te ofreciese á docenas los ejemplares en diversos
« reinos y provincias , con la circunstancia de que no
« cesó el castigo , miéntras no cesaron ó se disminu-
« yeron los pecados. ¿ Pues á qué fin el recurso á los
« sueños , á las fábulas ?

11. « No quiero decir , que el estudio ó la noticia
« de estas sea inútil , y que no tenga su uso. Tiénele
« y muy loable , así para la inteligencia de los auto-
« res gentiles , especialmente poetas , como para la
« comprension de la teología pagana , que todo es-

« taba reducida al sistema fabuloso. Pero en el púl-
 « pito no debe tener otro uso, que el de un altísimo
 « desprecio. Si tal vez se toca alguna, que fuera me-
 « jor no hacerlo, debe ser tan de paso, y con tanto
 « desden, que el auditorio conozca la burla que el
 « mismo predicador hace de ella. Es bueno que los
 « gentiles, como escribe Tertuliano, hacian tanta de
 « nuestros sagrados misterios, que solamente los
 « tomaban en boca en los teatros, para hacer irri-
 « sion de ellos; ¿ y ha de haber predicadores cristia-
 « nos, que hagan tanto aprecio de sus fábulas, que
 « apenas se valgan de otros materiales en los púlpi-
 « tos, para engrandecer nuestros misterios, ó para
 « persuadir las verdades más terribles y más ciertas
 « de nuestra Religion? ¿Cómo se puede persuadir
 « con solidez una verdad por medio de una mentira?
 « ¿Ni qué parentesco pueden tener los misterios de
 « Jesucristo con los embustes de Belial? *¿Quæ conven-
 « tio Christi ad Belial?*

12. « Pero supongamos que en la fábula se halle
 « algun remedo, como en muchas de ellas se halla
 « en realidad, de nuestras verdades ó de nuestros
 « misterios: ¿Qué fuerza añade á unas, ni qué es-
 « plendor aumenta á otros este ridículo remedo? Ade-
 « lanto más: quiero suponer, que la fábula tenga la
 « mayor semejanza imaginable con algunos de los
 « misterios, que creemos y adoramos; como por
 « ejemplo: el nacimiento de Minerva, diosa de la sa-
 « biduría, que se fingió haber nacido del cérebro de
 « Júpiter, con la generacion del Verbo, que es sa-
 « biduría eterna, que fué engendrado desde la eter-
 « nidad de la mente del Padre. ¿Y qué sacamos de

« eso? Se nos hace más creible ó más respetable esta
 « verdad, porque encontremos un borron, ó una obs-
 « curísima sombra suya en aquella disparatada men-
 « tira?

13. « Ya sabemos todos, que el demonio, á quien
 « llama no sé qué Santo Padre perniciosísima mona,
 « para confundir más los misterios de la fé, ó para
 « hacerlos ridículos, introdujo algunos rasgos, ó co-
 « mo algunos vislumbres de ellos en las supersticio-
 « nes paganas; pero tan envueltos entre estas, y tan
 « mezclados de hediondecas, despropósitos y extra-
 « vagancias, que se conoce el diabólico artificio con
 « que tiró á obscurecerlos, ó á hacerlos enteramente
 « risibles. ¡Y es posible, que lo que el diablo inventó
 « para burlarse de lo que creemos y de lo que el
 « mismo cree con fé tan experimental, ha de servir
 « para que nosotros lo apoyemos!

14. « Pero si el valerse de fábulas en el púlpito
 « para persuadir nuestras verdades, siempre es cosa
 « intolerable, y en cierta manera especie de sacrile-
 « gio, lo es mucho más cuando se predica á gente
 « vulgar y sencilla. El auditorio discreto da á la fá-
 « bula el valor que se merece, recíbela por su justo
 « precio, y, en fin, sabe que la fábula es mentira.
 « Respecto de él, no hay más inconveniente, que
 « mezclar lo sagrado con lo profano, y lo fabuloso
 « con lo verdadero. Sobrada monstruosidad es esta
 « mezcla, pues hasta en los pintores y los poetas,
 « cuyas licencias son tan ámplias, la calificó de into-
 « lerable el mejor de los satíricos:

*Sed non ut placidis coeant immitia, non ut
 Serpentes avibus gementur, tigribus agni.*

« Mas cuando se predica á un concurso compuesto
 « por la mayor parte de gente del campo, inculta y
 « sin letras, hay el gravísimo inconveniente, de que
 « entienda la fábula por historia, la ficcion por reali-
 « dad, y por verdad la mentira. Dígalo sino el testa-
 « mento de aquella vieja, que por haber oido á su
 « cura en los sermones que hacia á sus feligreses
 « hablar muchas veces del dios Apolo, dejó en él este
 « legado: *Item, mando mis dos gallinas y el gallo al*
 « *bendito señor San Pollo, por la mucha devocion*
 « *que le tengo, desde que oí predicar tanto de él al se-*
 « *ñor cura.* ¿ Parécete que será imposible, que entre
 « tantos pobres hombres, de que se compone la co-
 « fradía de la Cruz, á la cual has platicado, no haya
 « algunos y aún muchos, que vayan persuadidos á
 « que Ceres, Júpiter Amon, Baco y los demás ave-
 « chuchos que citaste, son unos grandes santos, y
 « los tengan por especiales abogados de la lluvia?

15. « ¿Y qué te diré de aquel tejido de dislates,
 « tomado de la Mitología Americana, en que pareció
 « consistia lo fuerte de tu plática, segun te inculcaste
 « en ello, y segun el esponjamiento y la satisfaccion
 « con que lo representaste? No creí, ni aún que tú
 « fueses capaz de desvarrar tanto, y mira, que esta
 « es una grande ponderacion. ¿Quién diantres te de-
 « paró aquellas noticias, ni cómo tuviste la poca for-
 « tuna de tropezar con ellas para hacerte más ridí-
 « culo? Cierto que tienes singular talento de dar con
 « lo peor de los libros, y gracia conocida para apro-
 « vecharte de ello. Valga la verdad: tú quisiste hacer
 « ostentacion de tu memoria y de tu feliz pronuncia-
 « cion, quedándote con aquellos nombres bárbaros,

«exóticos y estrafalarios de *Tlalóc, Tozoztli, Huey-
«tozotli, Magueys, Xucilles, Chivalticue y Cileolt,*
«pareciéndote que esto era una gran cosa, y que de-
«jabas aturdido al auditorio. Con efecto, así fué, por-
«que aquella pobre gente no distingue de colores, y
«la basta no entender lo que se dice para admirarlo.

16. «Pero no me dirás, ¿qué gracia ó qué chis-
«te tiene eso? La memoria local y material suele ser
«prenda muy comun de los más rudos. Y en fé de
«que yo lo soy, la poseo tan feliz, aún siendo un po-
«bre viejo, que á la primera vez que oí esos nom-
«bres, me quedé con ellos como lo acabas de ver.
«¿Pues qué mucho los hubieses aprendido tú, á cos-
«ta quizá de un ímprobo trabajo?

17. «No quiero decirte nada del estilo pueril,
«atolondrado, necio y pedantesco, porque es perder
«la obra y el aceite. Fray Blas y ese maldito Florilo-
«gio, que debiera quemarse en una hoguera, te tie-
«nen infatuado el gusto y todo conocimiento de lo
«que es el idioma castellano puro, castizo y verda-
«dero. El que usas en el púlpito ni es romance, ni es
«latin, ni es griego, ni es hebreo, ni sé lo que en suma
«es. Dime, pecador, ¿por qué no predicas como ha-
«blas?

18. «¿Qué quiere decir, *aurífera edad, trámite
«no interrumpido, letálica culpa, borron nigricante,
«candidez primeva, paralogizar la correccion, espon-
«tanear las fruges, madido colono,* y toda la demás
«retaila de nombres y verbos latinizados, con que
«empedrate tu plática, que la entenderian los co-
«frades, como si los hubieras platicado en siríaco ó
«en armenio? ¿No conoces, desdichado de tí, que

« esa es una pedantería, que solamente la gastan los
 « ignorantes, y aquellos pobres hombres, que ni si-
 « quiera saben la lengua en que se criaron? No me-
 « recias, que al acabar la plática, en lugar de los ví-
 « tores con que te aclamaron los simples, te hubie-
 « sen aplicado este otro vitor, que te venia tan de
 « molde como al padre Fray Crispin, que sin duda
 « debió de ser el Fray Gerundio de su tiempo :

*Vitor el Padre Crispin,
 De los cultos culto Sol,
 Que habló español en latin,
 Y latin en español.*

19. « De propósito he querido decirte lo que
 « siento á presencia de todos estos mozos, y para ese
 « fin los hice detener; porque sobre estar ya cansado
 « de hacerte algunas advertencias privadas, y haber
 « visto, con grande dolor mio, que son inútiles mis
 « correcciones particulares, hice juicio que debia
 « hablarte ya más en público, para que no tras-
 « cendiese á ellos tu mal ejemplo. Mis años y mis
 « canas me dan licencia para esto, y la parte que
 « tuve en que se te dedicase á esta carrera, que tanto
 « apetecias, me obliga en cierta manera á dar esta
 « satisfaccion, porque nunca se piense apruebo lo
 « que abomino.

20. « Ni creas que solo yo soy de este dictámen;
 « pues en ese caso se podia atribuir á la mala con-
 « dicion, que regularmente se achaca á los de mi
 « edad, aunque por la misericordia de Dios la mia
 « no está reputada por la peor. Acompañanme en él
 « todos los padres graves de la comunidad; esto es,

« los únicos que tienen voto en la materia. Todos
« se lastiman igualmente que yo del malogro de tus
« prendas, y en la sequedad y seriedad con que se
« presentaron á darte la enhorabuena, pudiste cono-
« cer lo mucho que los habia desazonado tu plática.
« Sino todos te hablan con la claridad que yo, será,
« ó porque no todos te estiman tanto, ó porque no
« concurren en ellos las particulares circunstancias,
« que concurren en mí para no lisonjarte, ó porque
« en las comunidades tiene grandes inconvenientes
« el oficio de desengañador, tanto, que hasta los pre-
« lados necesitan ejercitarle con mucho tiento, no
« obstante que su empleo les precisa á practicarle.
« Yo atropello por todo, pensando ménos en mí cuanto
« tú puedas pensar, otros discurrir y muchos mur-
« murar, que el deseo de tu estimacion, el bien de
« las almas, el decoro del púlpito y el crédito de la
« órden. »

21. Y al decir esto, se levantó de la silla, tomó la puerta, se salió de la celda, y se fué á la suya. Fray Gerundio quedó pensativo, los colegiales por un largo rato silenciosos, y los legos mirando á éstos y á aquel. Unos escupian, otros gargajeaban, algunos se sonaban las narices, y ninguno se atrevia á hablar palabra. Hasta que un colegial, teólogo del cuarto año (como lo dejó notado un autor curioso, indagador y menudo), el cual era alegrete, vivaracho, intrépido y decidor, rompió el silencio diciendo: *¿Quién va tras el viejo con bizcochos y vino y á hacerle mudar camisa, porque el sermón ha estado largo, patético, moral y fervoroso?* Riéronse todos, ménos Fray Gerundio, que aún se mantenía suspenso, cabizbajo y como medio corrido.

22. Pero presto le consoló el teologuillo; porque llegándose á él, y dándole dos palmadas sobre los hombros, le dijo: ola, Fray Gerundio, *sursum corda*; ¿pues qué haces caso de las misiones de nuestros padres matusalenes? ¿no vés, hombre, que tienen ya el busto con más cazcarrias y lagañas, que ojos de aprendiz de bruja? ¿qué saben ellos cómo se ha de predicar, si ya casi se les ha olvidado como se ha de vivir? Todo lo que no les huele á antaño, los ofende, y ellos nos apestan á los demás con sus antañadas. Ellos conocieron al mundo así, y dándole ha, que se ha de mantener el mundo como ellos le conocieron, sin hacerse cargo de que la bola da vueltas, que por eso es bola. Como ya no pueden lucir, rabian cuando otros lo lucen, á manera de aquellos árboles secos de puro carcuezos, que en tiempo de primavera, al llenarse los otros de flores y de verdes hojas, ellos parece que se secan más de pura envidia.

23. Hablan de los sermones, como de las modas y de los bailes. Un corbatin los espirita, por cuanto ocupa el lugar, que debiera ocupar una balona, y no pueden mirar sin furor unos calzones ajustados, acordándose de sus zaragüelles. La mariona, la pabana y las folías valen para ellos más que todos los paspieses del mundo, y todos los valencianos juntos los darán gana de vomitar, en comparacion de un zapateado. Ni más ni ménos en los sermones: erudicion, mitología, elevacion de estilo, cadencia armoniosa, pinturas, descripciones, chistes, gracia, todo los provoca á vómito; y es, que tienen el estómago del gusto tan destituido de calor, como el del

cuerpo: nada pueden digerir sino que sean papas, puches, picadillos, y á lo sumo carnero y vaca cocida.

24. Hay cosa como querernos persuadir, que las fábulas no se hicieron para el púlpito; pues ¿para donde se hicieron? ¿para los estrados y para los locutorios de monjas? ¿puede haber gracia mayor ni mayor ingenio, que probar una verdad con una mentira, y calificar un misterio infalible con una ficcion? Aquello de *salutem ex inimicis nostris*, no es del Espíritu Santo. Y lo otro de *contraria contrariis curantur*, no es del divino Hipócrates; y lo de más allá de *opposita juxta se posita magis elucescunt*, no es del profundo Aristóteles; ¿cuándo está mejor ponderada la virtud del Sacramento del Bautismo, y la del agua bendita, que poniéndola al lado de la que fingian á las aguas lustrales, con que se purificaban los gentiles para disponerse á los sacrificios? *Lustravitque viros*, que dice el incomparable Virgilio. ¿Ni como es posible explicar con gracia, la que tiene el sacramento del matrimonio, sin hacer una bella descripcion del dios Himeneo, presidente de las bodas, ó el dios casamentero, jóven bizarro, de estatura heróica, blanco y rojo, como un aleman, pelo blanco, su hacha encendida en la mano, y coronado de rosas? y para ponderar la fineza de Cristo en el sacramento de la Eucaristía, ¿se ha encontrado hasta ahora razon más convincente, ni se ha inventado en el mundo pensamiento más delicado, que el de aquella fabulilla de Cupido, cuando para rendir á cierto corazon un poco duro, después de haber apurado inútilmente todas las flechas del aljava, él se flechó

en el arco, y él se disparó á sí mismo, con lo cual quedó el susodicho corazon blando y derretido como una manteca?

25. Dice el padre maestro, que usar de fábulas en el púlpito, es de ignorantes y de pobres hombres. Eso seria allá cuando su Paternidad nació, y se usaba el baile de las paraletas, pero hoy que está el mundo más cultivado, es otra cosa. Yo tengo en mi celda varios sermones impresos de un famoso predicador de estos tiempos, que asombró en Aragon; aturdió en Navarra, y atolondró en Madrid, tanto, que se ponian soldados á las puertas de los templos donde predicaba, para evitar la confusion y el desórden en el tropel de los concursos: y este tal predicador, á quién no negará el padre maestro, ni hombre mortal se lo ha negado, que es ingenio conocido, apénas predicaba sermon, cuyas pruebas no se redujesen á encajonar una fábula entre un lugar de la Sagrada Escritura; y en verdad, en verdad, que no perdió casamiento y que no como quiera le aplaudieron los vulgares, sino tambien muchos hombres que tenian señoría.

26. Entre otros me acuerdo de cierto sermon, que predicó en la profesion de dos ciertas señoras muy distinguidas, y luego se dió á la prensa como cosa grande, en el cual, porque el hábito de la órden es de color negro, las comparó con grandísima propiedad á la diosa Vesta, que sobre la fé y palabra de Cartario, vestia tambien de este mismo color: *Factum est ut nigra appellaretur propter vestem nigram*. Después dijo, y dijo muy bien, que Minerva habia sido la primera fundadora de la enseñanza de las niñas, citando unas palabras del mismo Cartario, que aunque

solo prueban que Minerva fué la inventora de las labores mugeriles, hilar, coser, devánar, etc., porque Cartario no dice más, pero harto dice, para que creamos que tambien se las enseñaria á otras, pues el que estas fuesen niñas ó fuesen ya mujeres casaderas y aún casadas, no hace para el intento, y siempre se verifica haber sido la fundadora de la enseñanza, que es la substancia del negocio.

27. Finalmente, más allá trae una comparacion gallarda, para probar cuanto se enamora Dios de las almas religiosas que viven en clausura; pues cita con la mayor oportunidad del mundo la fábula de Danae, hija de Arcrisio, rey de los argivos, á la cual, siendo doncellita, encerró su padre en una torre, donde no pudiese tener comunicacion alguna con los hombres, para que no se verificase el fatal pronóstico del oráculo, que le intimó habia de morir á manos de un nieto suyo. Pero Júpiter se la pegó al astuto viejo; porque enamorado de la señorita, se transformó en lluvia de oro, se caló en la torre, y la doncella parió á su tiempo á Perséo, que yendo dias y viniendo dias, finalmente vino á cumplirse el fatídico oráculo, quitando la vida á su abuelo. Y no hay que reparar en que la lluvia se introdujese por la torre; porque podian estar abiertas las ventanas, ó aunque fuese torre de un rey, no hay repugnancia en que tuviese algunas goteras.

28. ¿Quién creyera, que una fábula, al parecer tan súcia, pudiese jamás servir de prueba para una cosa tan limpia como es el especial amor que profesa Dios á las almas castas que viven en clausura? Pues aquí está el ingenio: nuestro sutilísimo orador la aplicó con la mayor delicadeza y con la mayor energia: *En*

Danae, dice, *contemplo una alma retirada, que vota permanencia en la clausura: En Júpiter, transformado en lluvia de oro, á Cristo, que baja como lluvia y pan del Cielo:* y luego al márgen un par de textecitos literales; para la palabra *Pan*: *Panis de Cælo descendens*; para la palabra *lluvia*: *Et nubes pluant justum*; ¿puede haber cosa más bien dicha? ¿ni pudiera imaginarse invencion más propia ni más feliz? Porque ahora que *Danae* no fuese la doncella más casta ni más recatada del mundo, como lo acreditó el efecto; y que *Júpiter* fuese un Dios bellaco y estrupador, ese es chico pleito. Ello hay vírgen, hay clausura, hay un dios que visita á la doncella, sea por lo que se fuere, que eso no nos toca á nosotros averiguarlo; ¿pues qué más se ha de menester para probar que Cristo profesa una ternura especial á las vírgenes encerradas, y para *contemplarlas* á estas *danaes*, y *Júpiter* á aquel? Que es sin duda una contemplacion, sobre ingeniosa, devota y pía.

29. Así, pues, amigo Fray Gerundio, riéte de las vejeces de nuestro padre maestro, déjale que gruñe, creme, que los viejos por lo comun se disgustan de todo lo que ellos no saben hacer, y que á los más se les puede aplicar con la variacion de una sola palabra, aquello de... *Nam quæ non fecimus ipsi... Vix ea recta voco*. Y tú prosigue predicando como has comenzado, que si continuas así, llegarás sin duda á ser la honra de tu pátria, el crédito de la órden, el oráculo de los pueblos, y, en fin, el hombre del mundo.

30. No se puede ponderar el aplauso con que fué recibida en toda aquella juvenil mosquetería la arenga del colegialillo barbi-poniente y bullicioso. Después

de haberle vitoreado casi tanto como los cofrades de la Cruz habian vitoreado la plática de disciplinantes, repitieron los plácemes y las enhorabuenas á Fray Gerundio, aún con mayor algazara que ántes, exhortándole todos á que siguiese el milagroso rumbo de predicar, á que habia dado tan dichoso principio, y pidiéndole los más que les diese el papel de la plática para sacar muchos traslados. Con esto, no solo respiró nuestro abochornado Fray Gerundio, sino que se esponjó, se empabonó, se encaramó, se llenó de vanidad, y quedó tan persuadido á que el modo de predicar era aquel, y á que cualquiera otro modo era una pobretería, que ya no le sacarian de su error frailes descalzos. Pero lo que le acabó de rematar fué un soneto en elogio suyo que salió el dia siguiente, y decia así:

Al incomparable

FRAY GERUNDIO ZOTES

ALIAS, DE CAMPAZAS.

SONETO.

No hay otro FR. GERUNDIO ni le ha habido ;
 Hará inmortal el nombre de Campazas ;
 En casas, en conventos, calles, plazas,
 Vá dos cuartos que mete mucho ruido :
 No nos cite el francés envanecido
 A Fleury, á Bufdaluë, ni á otros mazas ;
 ¿Qué Señeri? ¿qué Oliva ó Calabazas?
 ¿Ni qué Vieyra, portugués erguido?
 ¿Demóstenes, y Tulio? Dos zoquetes ;
 ¿Los demás oradores? Mil orates,
 Por no llamarlos pobres monigotes :
 Solo Fray Blas, con otros mozalvetes,
 Sino le exceden, le hacen sus empates ;
 Por lo demás es gloria de los ZOTES.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

LIBRO CUARTO.

CAPÍTULO PRIMERO.

EN DONDE SE PONDERA LO QUE VA SALIENDO Y VERÁ EL
CURIOSO LECTOR.

PUES como íbamos diciendo de nuestro cuento, yendo y viniendo dias, el bendito entre todos los benditos de Fray Gerundio, quedó tan satisfecho de su trabajo con la arenga panegírica y apologética á favor de su plática de disciplinantes, que le hizo el susodicho teologuillo, con los aplausos de la escuela moza, y con la gritería de la lega, que por poco no tuvo al maestro Fray Prudencio por hombre que habia perdido el seso. Pero á lo ménos pareciéndole que le hacia mucha merced, hizo juicio firme y verdadero de que ya estaba algo chocho, y propuso en su corazon no hacer caso de nada que le dijese. Y se adelanta un autor á sospechar, que hizo propósito oculto de huir el cuerpo al viejo todo cuanto le fuese posible; bien que eso no lo asegura como noticia

cierta, y solamente lo dá por conjetura, fundándose en unos apuntamientos de letra muy gastada, que se hallaron en el hondon de un cajon. Y el diablo, que no dormia, para remachar el clavo de su sandez, dispuso que algunos dias después recibiese una carta de su íntimo amigo Fray Blas, escrita desde Vocanilla, la cual decia así: «Amigo Fray Gerundio. «Doite mil abrazos en el corazon, ya que no puedo «con la boca: en toda esta tierra no se habla más «que de tu famosa plática de disciplinantes. Fray «Roque el refitolero me escribe maravillas, y el sacristan de Gordoncillo, que te oyó (y ha venido «aquí á concertar un esquilon), comienza y no acaba. Ambos tienen voto, ó yo soy un porro. Mosen «Guillen, que es el señor cura de este lugar, y tiene «en la uña *el teatro de los dioses*, desea un traslado «de ella, y dice que la ha de hacer imprimir, aunque sea necesario vender el macho falso, que compró en la feria del botiguero. Enviámela por el portador, que es el barbero de este lugar, persona «segura y de toda mi estimacion. A él me remito «sobre mi sermon de Santa Orosia, pues no me parece bien, que yo me alabe; y sábete que tiene tan «buena tijera para cortar un sermon, como para «igualar un cerquillo: solo te digo, que además de «la limosna del mayordomo, que no es maleja, me «ha valido ya dos borregos, y docena y media de «chorizos, que de todo se sirve Dios, que te guarde «muchos años á pesar de cazcarrientos.» FR. BLAS *siempre tuyo.*

Quando Fray Gerundio se halló, con que le pedian su plática allá de luengas tierras (pues para su

geografía ocho leguas de tierra era la mitad del mundo), cuando consideró que se pedía no ménos que para imprimirla, y se vió en vísperas de ser autor de la noche á la mañana, y esto sobre ser hombre, en cuyo aplauso y elogio incontinenti se escribían y divulgaban sonetos, se tuvo en su corazón por el mayor predicador que han conocido los siglos; y no solo se confirmó en la estrafalaria idea de predicar, que ya se habia formado, sino que con el tiempo fué salpicando todas las más ridículas y más extravagantes, como se verá en esta puntual historia.

Pero veis aquí, que en el mismo zaguan de la segunda parte de ella, parece que hemos dado un tropiezo, que á buen librar harto será que escapemos sanas las narices; es posible, dirá un lector, (que las tenga de podenco), es posible, que habiendo oido la famosa plática Anton Zotes y Catania Rebollo su mujer, habiendo sido testigos de los aplausos y de los vítores con que fué celebrada; habiendo visto por sus mismos ojos el prodigioso fruto que hizo en la valentía con que arrojaron las capas los penitentes de sangre, y en el denuedo con que manejaron unos el ramal, y otros la pelotilla; que habiendo recibido ellos tantos plácemes, tantos parabienes, tantas bendiciones, así en la iglesia, como fuera de ella: ¿es posible (vuelvo á decir tercia vez) que no tuvieron siquiera una enhorabuena que llegar á la boca, para dársela á su hijo? Se hace verosímil que ya que no fuese aquella noche, por ser ya tarde, y por dejarle descansar, á lo ménos la mañana siguiente muy de madrugada, no fuesen á la iglesia del convento ó á la portería, y que allí Anton Zotes no diese cien abra-

zos á su hijo, y la tía Catanla no añadiese de más á más otros tantos besos aferrados en lágrimas y moccos, todos de purísima ternura? ¿Se hace creíble tanta sequedad y tanto despojo? Y si esto no fué así, sino que en efecto los buenos de los padres de Fray Gerundio hicieron con su hijo todas estas demostraciones de cariño, dándole las debidas señas de complacencia y de gozo; ¿con qué conciencia pasa en silencio el historiador una circunstancia tan substancial, que tanto puede servir para el aliento y aún para la edificación?

A esto pudiéramos responder muchas cosas, pero las dejamos todas por no ser prolijos: y confesando de buena fé que todo pasó así ni más ni ménos, añadimos en consecuencia de la verdad y de la fidelidad que profesamos, que no solamente hubo dichos moccos, lágrimas, besos y abrazos, sino que Anton Zotes, en presencia del prelado y otros padres graves, que habian bajado á cortejar á él y á su mujer, dijo: «Fray Gerundio, ya te envié á escribir, como me «habian echado la mayordomía del Sacramento. Pero «entónces no te envié á decir que me predicases el «sermon, porque no te habia oido predicar, y no «queria ponerme á que quedásemos envergonzados: «ahora que te he oido, dígame que me lo has de pre- «dicar, con la bendicion de su reverendísima, nuestro «reverendo padre.» No pudo negarse el prelado á concederla, aunque del escapulario adentro no le dió mucho gusto, porque como á hombre sério y de razon le habia desazonado la plática; ¿pero qué habia de hacer en aquella coyuntura, y con unos hermanos tan devotos de la órden, que hacian al convento toda

la limosna que podían? Al fin, sacáronlos de almorzar unas tortillas, chanfaina, queso y aceitunas. Almorzaron muy bien, sirviendo el almuerzo de comida, y se volvieron á Campazas, no viendo la tierra que pisaban ni las horas de Dios, por llegar al lugar, para contar á el licenciado Quijano, y á toda la parentela, lo que habian visto por sus ojos, oído por sus oídos, y palpado por sus manos.

Dejemos ir enhorabuena á los dos dichosísimos consortes en buena paz y compañía, miéntras nosotros nos volvemos á nuestro Fray Gerundio, que desde el mismo punto y momento en que le echó su padre el sermón del Sacramento, no pensaba ni de día ni de noche, ni soñaba en otras cosas, que en el modo de desempeñarle: hacíase cargo de las circunstancias, que le ponian en mayor empeño. Primer sermón que predicaba en público, (porque la plática de disciplinantes no la calificaba de sermón); predicarle en su lugar, y en la misma parroquia donde le habian bautizado (porque no habia otra); ser mayor-domo su padre, cantar la misa su padrino, los danzantes de la procesion, el auto sacramental que siempre se representaba, los novillos que se corrian, las dos ó tres docenas de cohetes que se arrojaban, y la hoguera que se encendia la vispera de la fiesta. Todo esto se le ofreció á la imaginacion como punto crítico y principal de su empeño, pareciéndole que era indispensable, no solo hacerse cargo de todo ello, sino que solo en esto estrivaba toda la dificultad; pues por lo que tocaba al asunto del Sacramento, en cualquiera sermulario encontraria campo abundante donde forragear. Es cierto que no se habian olvidado

las juiciosas reflexiones que habian oido al maestro Fray Prudencio contra la ridícula y extravagante costumbre de tocar en los sermones estas que llaman *circunstancias*: tambien es cierto, que tenia muy presente la salutacion al sermon de la Purificacion en el dia de San Blas, que el mismo maestro Prudencio habia leído al predicador mayor y á él, en que con gravedad y no sin gracia se hace ridícula esta costumbre, convenciéndola de tal con razones que no admiten réplica: pero tambien es igualmente cierto, que se le imprimió altamente la sólida advertencia de su amigo el predicador Fray Blas, la cual se redujo á aquel apóstegma, que puede hacerse lugar entre los principios de Maquiabelo: *Sentire cum paucis, vivere cum omnibus*; sentir con pocos, y obrar con muchos: y aún por desgracia habia leído aquellos dias, no se sabe donde, el dicho que comunmente se atribuye á nuestro insigne poeta Lope de Vega, y harto será que no sea un falso testimonio; porque no cabe que un hombre de tanto juicio y de tanta discrecion dijese una truanada tan insulsa: pero al fin ello se cuenta, que reconociendo él mismo los defectos de sus comedias, los excusa diciendo, *que los conoce y los confiesa; pero que con todo eso las compone así, porque las buenas se silvan, y las malas se celebran*. Haciale esto más fuerza que todo á nuestro Fray Gerundio, y resolvió por última determinación no omitir circunstancia alguna de las insinuadas, aunque lloviesen Fray Prudencios. Solo dudó por algun tiempo, si para hacerse cargo de ellas, acudiria por socorro á las fábulas, ó apelaria á los textos y pasages de la Escritura Sagrada, porque de todo

habia visto en los famosos predicadores. Algo más se inclinaba á lo primero, por llevarle hácia allí su gé- nio ayudado del ejemplo de Fray Blas, y de la conti- nua lectura del *florilgio*; pero como estaba reciente la fuerte repasata que le habia dado el padre maes- tro, contra el uso ó contra el abuso de la fábula en la séria magestad del púlpito, no pudiendo sobre todo borrar de la memoria aquello que le habia oido, de que era especie de sacrilegio, expresion que le habia estremecido, porque al fin no dejaba de ser hombre timorato á su modo; por esta vez y sin per- juicio, hasta que examinase bien el punto, se deter- minó á buscar en la Escritura acomodo honrado para todos las circunstancias.

Hallóle fácilmente donde todos le encuentran, que es en las *concordancias de la Biblia*, sin más trabajo, que ir á buscar por el abecedario la palabra latina que corresponde á la castellana, para la cual se desea aquel texto, y aplicar cualesquiera de los muchos que hay en la Escritura para cuantas veces se pueden ofrecer: así en ménos de una hora dispuso los apun- tamientos siguientes:

Primera circunstancia: *Primer sermon que pre- dico: viene clavado aquello de PRIMUM QUIDEM SER- MONEM FECI ó THEOPHILE*. Segunda: *Predícole en mi lugar, y se llama Campazas: para esto viene como nacido aquel texto: DESCENDENS JESUS STETIT IN LOCO CAMPESTRI*. Tercera: *Predico en la parroquia en que me bautizaron, y se llama Juan el que me bautizó; ¿qué cosa m'is propia que aquello: JOANNES BAPTI- ZAVIT IN AQUA ET SPIRITU SANCTO?* Cuarta: *El ma- yordomo es mi padre: IN DOMO PATRIS MEI MANSIO-*

NES MULTÆ SUNT. *Tambien mi padre es labrador; Pater meus agricola est. Llamase Anton Zotes: el arca del Testamento, figura del Sacramento, anduvo por el pais de los azocias: OBIIT IN AZOTUM. Quinta: Echóme el sermon mi padre, el cual está vivo y sano: ET MISIT ME VIVENS PATER. Cantará la misa mi padrino..... Aquí.....*

Aquí se quedó un poco atascado, porque habiendo revuelto cuantas *concordancias* se hallaban en su celda, conviene á saber, las antiquísimas de Hugo cardenal, las de Alberstad, las de Arlote, las de Roberto Estéban, y por última apelacion, las de Zamora, no encontró la palabra *padrino* en todas ellas; y ya desesperado estaba resuelto á acudir al *theatrum vitæ humanæ*, ó á cualquiera poliantea por algun padrino de socorro, y aún en caso necesario valerse del *tu mihi patrinus* es de Terencio, en el *Hautontimorumenos*, cuando le depara su dicha el texto más oportuno del mundo: tropezó, pues, con aquello que se lee en el verso 14 del cap. 16 de la Epístola á los romanos: *salutate patrobam*: y pasando luégo á leer el capítulo, encontró en él un tesoro: porque casi todo el referido capítulo se reduce á las memorias (hablando á nuestro modo) que el apóstol encargaba se diesen de su parte á todos los cristianos que se hallaban en Roma, y eran de su especial cariño, ó por su mayor fervor, ó por algun beneficio particular que habian hecho á la Iglesia, y porque se habia esmerado en favorecer y en amar al mismo apóstol: á todos los saludaba, nombrándolos por sus nombres, y en el verso 14 nombra entre otros á Patrobo.

« ¡ Oh! (dijo entónces Fray Gerundio, más alegre

« que si hubiera hallado una mina) de patrobo á padrino hay un canto de un real de á ocho de diferencia, y con decir que el padrino antiguamente se llamaba *Patrobo*, y que corrompido el vocablo, se llamó después *padrino*, está todo ajustado. Si alguno me replicare (que él se guardará muy bien de eso), le responderé, que con mayores corrupciones que esta, nos tienen apestados los etimologistas y trampa adelante. Pues hay, que no daría golpe el *salutate Patrobam*, haciendo reflexion sobre el *salutate*, diciendo que hasta el apóstol se acordaba del padrino en la salutacion. » Bien quisiera él encontrar tambien algun textecillo oportuno, para encajar el apellido *Quijano*, no dejando de conocer que este sería el *non plus ultra* del chiste y del ingenio; porque el texto del padrino en general se pudiera aplicar á cualquiera pastor, que sacó de pila un hijo de Juan Borrego; pero túvolo por caso desesperado: no obstante después de haber andado batallando largo tiempo en su imaginacion, sin ofrecérsele cosa que le cuadrase, le ocurrió el pensamiento más disparatado que se podia ofrecer á un hombre mortal.

Quijano, se decia él á sí mismo, sale de *quijada*; esto no admite duda: pues ahora, de las quijadas se dicen cosas grandísimas en las sagradas letras; porque dejando á un lado, si Cain mató á su hermano con la quijada de un burro, que esta circunstancia no consta á lo ménos en la vulgata, y aunque constara, no lo podia aplicar bien para mi intento; pero consta ciertamente que Sanson con la quijada de un asno quitó la vida á mil filisteos: consta, que habiendo quedado fatigado de la matanza, y estando pere-

ciendo de sed, sin haber en todo aquel campo ni contorno una gota de agua, hizo oracion á Dios, para que le socorriese en aquella extrema necesidad, y del diente molar de la misma quijada brotó un copioso chorro de agua cristalina con que apagó la sed, y se refociló Sansón. Consta finalmente, que en memoria de este prodigio, se llamó el lugar donde sucedió, y se llama el dia de hoy *la fuente del que invoca de la quijada*: *Idcirco appellatum est nomen illius loci, fons invocantis de maxilla, usque in præsentem diem.*

¡Qué cosa más divina para mi asunto! aquí tenemos una misteriosa quijada, que con agua celestial y milagrosa dá nuevo espíritu á Sansón, y le restituye á la vida, á lo ménos se la conserva. El agua es simbolo del agua del bautismo, cuya virtud es milagrosa y celestial, y la quijada que la subministró, sombra muy propia de mi padrino que la administra, cuyo apellido es *Quijano*, está haciendo muy clara alusion á aquel misterioso origen. Que la quijada fuese de un burro ó de un racional, ese es chico pleito para la substancia del intento, y más cuando á cada paso leemos en la Sagrada Escritura, que los brutos y las fieras simbolizan á los mayores hombres.

Ajustada tan felizmente esta circunstancia, por todas las demás se le daba un pito; pues para los danzantes tenia la danza de David delante del arca del Testamento, que sale en todas las danzas del Corpus, y si no queria echar mano de esta, por más ordinariamente vulgar, tenia la danza de las melenas largas, como él lo construia, de la cual hace men-

cion el profeta Isaías, cuando dice, *et pilosi saltabunt ibi*: y más que se acordaba muy bien, que los danzantes de su lugar siempre llevaban tendidas las melelas, cosa que los agraciaba infinitamente, y lo de *pilosi saltabunt*, venia para ellos á pedir de boca. Para el auto sacramental le parecia que podia acomodar todos los textos que hablan de alguna figura del Sacramento; *porque figura y representacion*, discurriria él, *todo es una misma cosa; con que si tenemos representacion y Sacramento; ¿qué más falta ya para el auto sacramental?*

Donde iba muy holgado, y á su parecer literalmente, era en la circunstancia de novillos, porque aunque fuese menester cien textos diferentes para cien corridas, estaba pronto á sacarlos de la Escritura, aplicando todos los que hablan de vítulos; y si como eran novillos fueran toros, por lo ménos para más de treinta corridas, ya tenia provision de textos. Los cohetes y las carretillas que se disparaban, los encontraba vivísimamente figurados en aquellos cuatro misteriosos animales que tiraban la carroza de Ezequiel, los cuales iban y venian por el aire, *in similitudinem fulguris corruscantis*, como unos rayos, como unos relámpagos y como unas exhalaciones. La hoguera no le daba maldito cuidado, puesto que tenia en la Escritura más de cien hogueras en que calentarse, sin más trabajo que arrimarse á cualquiera de las que se encendian para consumir los holocaustos; y si se le ponía en la cabeza, hacer también circunstancias de los muchachos que saltaban por la hoguera sin quemarse; ¡qué cosa más propia y natural, que los tres muchachos del horno de Babilonia!

Así acomodó en sus apuntamientos las circunstancias que le parecieron precisas y absolutamente indispensables; pero faltábale una, que aunque los predicadores se hacían cargo de ella, á él no le sufría el corazón dejar de tocarla. Esta era hacer conmemoración de su querida madre, porque hacerla de su padre y de su padrino, y no hacerla de su madre que le parió y que le había tenido nueve meses en sus entrañas, se le representaba una dureza insupportable, y que no se componía bien con el tierno amor que la profesaba. Ya se vé que para hablar en general, de madre, de hijo, de parir y de vientre, tenía los textos á millares; pero no se contentaba con esta generalidad, y quisiera un textito terminante, paladillo, que hablase de su madre Catánla Rebo-
llo, con sus pelos y señales.

Anduvo, tornó, volvió por mucho tiempo, así las concordancias como los textos, sin poder hallar cosa que le aquietase, hasta que al fin se le vino en la memoria el ingenioso medio de que se valió cierto predicador para salir de semejante aprieto. Llamábase María Rebenga la mayordoma de cierta cofradía de mujeres, en cuya fiesta predicaba, y no pudiendo encontrar en la Escritura texto que hablase expresamente de Rebenga; ¿qué hizo? Dijo así: había la esposa convidado al esposo para su huerto, con estas palabras, *veniat dilectus meus in hortum*, venga mi amado esposo á espaciarse por el huerto, y como se diese por desentendido al primer convite, le volvió á instar con las mismas voces, *veniat dilectus meus in hortum*, venga á espaciarse por el huerto mi querido. Ahora noten, dos veces le dice que venga, ve-

nias, venias, como quien dice, *venga y revenga*. Con este arbitrio salió el discreto predicador del empeño con el mayor lucimiento, y más, cuando añadió, que á la primera instancia en que la esposa no le dijo más que *venga*, hizo como que no queria; pero cuando en la segunda oyó la palabra el *revenga, venias, venias*, no pudo ménos de rendirse.

A este modo le pareció á Fray Gerundio, que tambien él podia desempeñarse, haciendo reflexion, que el apellido *Rebollo* parece que suena dos veces bello, y tuvo por imposible que no se hallase algo de *bollo* en la Biblia, en cuyo caso él se ingeniaria para la aplicacion; pero se quedó yerto, cuando en toda ella no encontró siquiera un *bollo* que llegar á la boca, y pareciéndole que alguna cosa de *Rebollo* no podia faltar en alguno de tantos huertos de que se hace mencion en los sagrados libros, ni aún esto pudo encontrar; y aburrido ya, abandonó del todo el pensamiento de nombrar á su madre expresamente por el apellido; pero apuntó el texto de *beatus venter qui te portavit, et ubera quæ suxisti*, para aplicarle cuando se ofreciese buena ocasion.

Dispuesto así el plan de la salutacion, por el cuerpo del sermon se le daba un comino; pues haciendo á Cristo en el Sacramento, ó Sol, ó Fénix, ó Águila, ó Jardin, ó Amatiste, ó Piropo, ó Cítara, ó Clavicordio, ó Fuente, ó Canal, ó Rio, ó Azucena, ó Clavel, ó Girasol, despues carga bien de broza y de fagina, de textos, autoridades, glosas, varias lecciones, varios versos latinos, sentencias, apostegmas, alusiones, tal cual fabulilla apuntada, aunque no sea más que para mayor adorno, estaba seguro de componer un sermon, que se pudiese dar á la imprenta.

En lo que estuvo un poco indeciso fué, si seguiria ó no seguiria en el mismo estilo que habia usado, así en el sermón del refitorio, como en la plática de disciplinantes. Es cierto, que él estaba perdidamente enamorado de él; porque sobre adaptarse mucho á su primera educacion, especialmente en la escuela del dómine Zancas-Largas, todas aquellas voces rumbosas, altisonantes, y rumbáticas estrambóticas, se hallaba canonizado en la plática de su héroe el predicador Fray Blas, y veia que en todo caso le celebraba la turba multa; no obstante no dejaba de hacerle muchas cosquillas la burla que así el padre provincial como el maestro Prudencio habian hecho del tal estilo; pero sobre todo, lo que le hizo titubear más, fué un papel que por rara casualidad llegó á sus manos, como lo dirá el capítulo siguiente.

CAPÍTULO II.

LEE FRAY GERUNDIO UN PAPEL ACERCA DEL ESTILO, Y QUEDA
ATURRULLADO.

HABIA muerto por aquellos dias en el convento un padre predicador, hombre de mucha suposicion en la Religion, que habia seguido la carrera del púlpito con el mayor aplauso, y que (lo que es más) le tenia muy merecido, porque sobre ser un grande religioso, era verdaderamente sábio, elocuente, nervioso, de juicio muy asentado, de buen gusto y de acreditado celo. Su espolio (así suelen llamarse en las religiones aquellas alhajuelas que dejan los religiosos difuntos) casi se redujo todo á sus sermones manuscritos, y algunos otros papeles y apuntamientos concernientes, por la mayor parte, á la misma facultad; y aunque en la comunidad hubo algunos golosos de ellos, especialmente de la gente moza, que suele hacer su veranillo en semejantes ocasiones; pero el prelado con mucho acuerdo y prudencia se los aplicó á Fray Gerundio: lo primero, porque parecia más acreedor que otro alguno, hallándose al principio de la carrera; y lo segundo y principal (que esa fué en realidad la máxima del prudentísimo prelado), para que leyendo en aquellos sermones, y tomándo-

les el gusto, procurase imitarlos, y si no podia ó no queria, á lo ménos los predicase á la letra, lográndose en cualquiera de estos arbitrios, que aprovechase sus talentos, y no dijese en el púlpito tantos disparates.

Puntualmente se hallaba nuestro Fray Gerundio batallando en sus deudas, sobre qué estilo habia de seguir en el sermón, cuando entró en su celda el prelado con los papeles y sermones del difunto, encargándose los con cariño, recomendándole mucho su lectura y su imitacion; y luego se retiró, porque le llamaban otras dependencias. Fray Gerundio en su natural viveza y curiosidad, no pudo contenerse sin registrar luego los títulos de aquellos papeles y sermones, que venian todos repartidos en tres legajos. Desató el uno, y lo primero que encontró fué un cartapacio de pocas hojas con este epígrafe: *Apuntamientos sobre los vicios del estilo*. Pasmóse de aquella extraordinaria casualidad, comenzó á leer, y halló que decia:

«PRIMER VICIO: *Estilo hinchado*. Llámase así por analogía, por aquella viciosa desproporcion del cuerpo viviente, cuando en lugar de carne y jugo nutritivo, está ocupada alguna porcion de él de alguna pituita nociva, que le causa tumor ó inflamacion: consiste este estilo, dice Tulio, en inventar nuevas voces, ó en usar las anticuadas; en aplicar mal en una parte las que se aplicarian bien en otra, ó explicarse con palabras más graves y magestuosas de lo que pide la materia. La hinchazon del estilo unas veces está solo en las palabras, otras solo en el sentido, y otras en todo junto. Ejemplos de hin-

«chazon en las palabras: Dionisio el Tirano llamaba á
 «las doncellas expectativas, *las expectantes de Varon:*
 «á la *Columna Menocratem*, ó *Validi potentem*, la
 «forzada: y Alejandro, hermano de Casandro rey de
 «Macedonia, llamaba al gallo Monavien, *el Músico*
 «matutino: al barbero, *Drachma*, porque esta mo-
 «neda le pagaba por afeitarse: al prègonero, *Coenize*,
 «porque con la medida de este nombre, se median
 «las cosas que se vendian al prègon.

«Ejemplos de hinchazon en el sentido. Séneca en
 «la tragedia de *Hércules Eteo*, le introduce pidiendo
 «el Cielo á su padre Júpiter, con estas faustosísimas
 «palabras:

» ¡ Quid tamen nectis moras !

» ¿ Numquid timemur ? ¿ Numquid impositum sibi

» Non poterit Atlas ferre eum Cœlo Herculem ?

« Quiere decir: ¿ *Qué detencion es esta? ¿ Qué me te-*
 « *mes? O si yo subo á él, ¿ tienes recelo de que Atlante*
 « *no pueda con el Cielo?* Parece que no es posible pen-
 « samiento más hinchado; pero todavía lo es más el
 « que sigue:

» Da, da tuendos, Jupiter, saltem Deos:

» Illa licebit fulmen á parte auferas,

» Ego quam tuebor.

« No es más que decir:

» A lo ménos Júpiter permite,

» Que amparar á los dioses solicite,

» Y para el que tomaré á mi cuidado

» Sobran tus rayos, bástale mi lado.

« De esto hay infinito en los poetas y oradores cas-
 « tellanos. Ejemplo del estilo hinchado en las palabras

« y en el sentido : El poeta Nenio hace decir al gigante
 « Tifon lo que sigue : *No pararé hasta montar á caba-*
 « *llo sobre mi hermano el Cielo: pero en llegando allá;*
 « *tengo de fabricar otro Cielo, ocho veces más grande*
 « *que el antiguo, porque en este no quepo yo. Asimismo*
 « *he de hacer que se casen las estrellas, para que*
 « *sea más numerosa la poblacion de los astros. A Mer-*
 « *curio le he de poner en un cepo, y á la Luna la re-*
 « *cibiré por moza de cámara, para que me haga las*
 « *camas. Cuando me quiera lavar, mandaré que me*
 « *laven en una palangana todo el Eridano celestial, etc.*
 « A cada expresion es una locura y una arrogancia.

« **SEGUNDO VICIO: *Estilo cacozelo.*** Llámase así aquel
 « estilo afectado, que consiste en imitar las palabras
 « del otro, de manera que las que en una parte es-
 « tán en su lugar y tienen alma, en otras no pueden
 « estar más dislocadas ni ser más frias. Ejemplo:
 « Pintó Parrasio á un muchacho con un canastillo de
 « uvas, tan vivas estas y tan naturales, que engaña-
 « dos los pájaros bajaban á picarlas. Celébrase mu-
 « cho esta pintura; y el mismo Parrasio, ó por mo-
 « destia verdadera, ó por burla de los que la celebran,
 « notándoles de poco inteligentes, dijo: que la pin-
 « tura no podia estar peor; porque aunque las uvas
 « fuesen verdaderas, si el muchacho estuviese bien
 « pintado, no se atreverian los pájaros á ellas.

« Leyó un retórico pedante llamado *Espiridion*,
 « este hecho y dicho, y ofreciéndose celebrar otra
 « pintura del mismo Parrasio, colocada en el templo
 « de Minerva, en la cual se representaba el cuerpo de
 « Prometeo en el monte Cáucaso, continuamente des-
 « pedazado de un buitre, y continuamente reproduci-

«do, después de muchas ponderaciones sobre la
 «horrible propiedad de la pintura, dijo por última,
 «queriendo imitar la de las uvas, que *hasta en el*
 «*mismo templo bajaban los buitres á encarnizarse en*
 «*el retrato*. Riéronse los circunstantes de un remedo
 «tan frio como impropio, porque los buitres no son
 «como las golondrinas, los murciélagos y las lechu-
 «zas, que estas saben muy bien lo que pasa en los
 «templos, y aquellos solo pueden dar noticia de lo
 «que sucede en los montes y en los peñascos.

«Otro ejemplo: Dió principio un orador á las hon-
 «ras de Felipe IV con esta enfática expresion: *¡Con*
 «*que en fin hasta los reyes mueren!* y paróse un poco,
 «dando lugar á que el auditorio reflexionase sobre
 «ellas. Fué sumamente aplaudida la naturalidad y la
 «elevacion de este misterioso principio. Pocos dias
 «después pronunció la oracion fúnebre del capiscal
 «de cierta iglesia un predicadorcillo, y queriendo re-
 «medar lo que habia oido aplaudir, comenzó de esta
 «manera: *¡Con que, en fin, hasta los capiscales mue-*
 «*ren!* Fueron tales las carcajadas del auditorio, que
 «el orador no pudo proseguir más adelante, y los que
 «comenzaron honras acabaron entremeses. TERCER
 «VICIO: *Estilo frio* es en parte parecido al *cucozelo*,
 «ó al remedador, en que el frio principalmente con-
 «siste en pensamientos nuevos, extraños y peregrin-
 «nos. Tal fué el de Egezias, insulsísimo sofista, en el
 «panegírico de Alejandro, cuando dijo, que se habia
 «abrasado el famosísimo templo de Diana en Efeso,
 «al mismo tiempo que Olimpia estaba pariendo á
 «aquel príncipe; porque ocupada la diosa en asistir
 «á este parto, no pudo acudir á apagar el fuego de

« su templo. Pensamiento tan frio, añade Plutarco,
 « que él solo bastaba para apagar el fuego.

« A esta frialdad de estilo están muy expuestos los
 « predicadores, que se entregan inmediatamente al
 « estilo: con economía, con eleccion y con la pru-
 « dencia que le usaron los Santos Padres, es á una
 « mano oportuno y provechoso; pero practicándole
 « con exceso y á pasto, no hay cosa más fria ni que
 « más fastidie ni que ménos se pegue; ¿quién podrá,
 « por ejemplo, tolerar que le anden perpétuamente
 « predicando estas ó semejantes alegóricas interpre-
 « taciones? *El pórtico de Salomon es la conversacion*
 « *de Cristo: La estrella Arcturo es la ley: las Pléyades*
 « *la gracia del Nuevo Testamento: las Anades los conse-*
 « *jos de los Santos Padres: el zéfiro los predicadores*
 « *evangélicos: la perdiz el diablo, y los cinifes los ló-*
 « *gicos ó sofistas. Pasen enhorabuena estas alegorías;*
 « ¿pero quién no se empalaga, cuando le llenan las
 « orejas de ellas?

« CUARTO VICIO. *Estilo pueril*: consiste este en
 « una suavidad sin jugo, en una dulzura empalagoza,
 « en retruSCANILLOS sin substancia, en juegos ó palo-
 « teados de voces, en equivoquillos, en ternuras afec-
 « tadas, en alusiones cariñosas, en ciertas figurillas
 « alegres y floridas, en pinturillas teatrales, y final-
 « mente en todo lo que suena estilo clausulado y ca-
 « dencioso. Por lo regular solo usan de este estilo
 « los entendimientos aniñados, ó los que están po-
 « seidos del amor; porque acostumbrados á leer en
 « los romancistas, requiebros, ternuras, halagos, ro-
 « sas, azucenas y claveles, hechizados de los con-
 « ceptos que lisonjean su pasion, juzgan que no hay

« cosa mayor ni más divina. De este principio nacen
 « aquellos versos, que compuso el emperador Adria-
 « no dirigidos á su alma, ó como quieren otros, al
 « jóven Antinoo, de quien estaba perdidamente ena-
 « morado.

« Animula, vagula, blandula

« Hospes, comesque corporis;

« Quæ nunc abibis in loca

« Pallidula, rigida, nudula,

« Nec, ut soles, dabis jocos.

« Veia una pintura en el mismo estilo pueril, co-
 « piada á la letra de cierto sermon que anda impreso.
 « *Quiere la águila hidrópica de luz, beberla al plane-
 « ta más propicio la impetuosa corriente de su ruadal
 « fogoso: navega por el viento, sirviendo de seguros
 « remos la ligereza de sus alas. Nunca vuelve los ojos
 « al suelo; siempre los tiene fijos en el flamante glo-
 « bo. Si dejo amenidades de los vergeles, domina cam-
 « pos azules; si la tierra con verdores la lisonjea, el
 « sol con benévolas influencias la halaga. Lleva pen-
 « diente en su pico ó prisionera en la estrecha cárcel de
 « sus garras á su prole hermosa y tierna: mírala con
 « desvelo, atiéndela con cuidado, registra sus ojos, re-
 « para sus movimientos. Pero si ella, ó embargada de
 « luces ó ciega de resplandores; vuelve el rostro, en-
 « corba el cuello, pestañea sus dos queños orbes decli-
 « nando en cobardes timideces, la despeña con ira, la
 « precipita con rabia, y arrojándola de las nubes, la
 « destina para tiro de crueles voracidades. Mas si
 « amante de aquella mayor antorcha, alada de su in-
 « cesante carrera, enamorada de su esplendor, apan-
 « sionada de su brillantéz, conserva estable la vista*

«*aguantando el tropel de tantas llamas, en plácidos*
 «*alborozados ademanes, la expresa más intentos sus*
 «*amores, siendo prueba de su legítima filiación el*
 «*simpático afecto de la caridad.*

«Pintura pueril, donde no se encuentra ni un solo
 «pensamiento masculino, ni un solo pensamiento ner-
 «vioso y varonil, reduciéndose toda ella á figurillas
 «comunes; y metáforas vulgares; porque quitado
 «aquello de llamar al Sol *planeta más propicio*, ó la
 «*muyor antorcha*, á sus rayos, *corrientes de raudal*
 «*fogoso*, al Cielo *flamante globo*, á los ojos *dos pe-*
 «*queños orbes*, no queda más fuego ni más substancia,
 «que las clausulillas cortadas, antitesis ridículas, y
 «repeticiones de frases, para explicar un mismo con-
 «cepto. Y cuando el autor dijo, *que si la águila dejó*
 «*amenidades de los vergeles, domina campos azules*,
 «debía de pensar sin duda, que las águilas andan en
 «los jardines y florestas, como los ruiseñores y ca-
 «narios; porque si supiera que las águilas tienen sus
 «nidos siempre en los sitios más horrorosos de la na-
 «turaleza, buscando unas veces la cima y otras el
 «huevo de algún peñasco escarpado, no diría el dispa-
 «rate de que *dejaba amenidades de los vergeles*, y hu-
 «biera buscado otra antitesis, más propia para acom-
 «pañar á su dominación sobre los *campos azules*.

«QUINTO VICIO: *Estilo parentirso*: llámase así
 «aquel modo de predicar descompuesto, desentonado
 «y furioso, en que el Predicador más parece orate
 «que orador; todo gritos, todo exclamaciones, todo
 «ponderaciones intolerables, todo gestos, todo ex-
 «tensiones del cuerpo, todo movimientos convulsivos,
 «y todo figuras magníficas y grandiosas, para expli-

« car las cosas más bajas y más ridículas. Dáse con mucha propiedad el nombre de *parentirso* á este estilo, « por alusion á tirso ó garrote nudoso, cubierto de « hojas, que se usaba en las fiestas bacanales, con el « cual se sacudian de garrotazos unos á otros los que « las celebraban, como si estuviesen locos; porque en « realidad no hay otra cosa que más rompa la cabeza, « que este estilo ó este modo de predicar.

« No es menester citar ejemplos para conocer este « estilo, porque bien frecuentes los tenemos á la vista, especialmente en los sermones de Cuaresma, « que llaman *de accision*, cuando los predicán ciertos « predicadores visoños, llenos de celo, pero faltos de « experiencia y no sobrados de juicio. Suélnse reducir sus sermones, pasmarotas, á exclamaciones « importunas, á voces descompasadas y á una agitación de cuerpo tan violenta, que al acabar el sermón quedan más quebrados y molidos que si hubieran estado cavando todo el día; y miéntras ellos se « retiran muy satisfechos de su trabajo, el auditorio se « vá riendo de su bobería ó compadecido de su locura.

« Suelen éstos en el discurso del sermón, llorar, « encenderse, enojarse, irritarse, invocar al Cielo y « á la tierra lo más oportunamente del mundo: y lo más « gracioso es, que cuando dicen las cosas más comunes « ó más y frias, pareciéndoles que tienen ya el auditorio conmovido, con la mayor satisfaccion dicen: « *Pero ya veo que se os despedazan las entrañas, ya « veo que se os parte el corazon, ya veo que corren « hasta el suelo vuestras lágrimas.* Y lo que hay en el « caso es, que miéntras tanto los oyentes están con

« los ojos muy enjutos, con el corazón entero, y con
 « las entrañas frescas, salvo que se les despedazan de
 « risa.

« **SEXTO VICIO: *estilo escolástico***: incurrese de va-
 « rias maneras, ó cuando el sermón más parece una
 « disputa que una oración, por las pruebas, por las
 « confirmaciones, por los argumentos, por las res-
 « puestas y por las réplicas, ó cuando en el discurso
 « de él, aún cuando por lo demás tenga mucho de
 « aire oratorio, se introducen frecuentemente silogis-
 « mos formales, con su mayor, menor y consecuen-
 « cia, ó cuando se citan con exceso y con afectación
 « de sabios, puntos controvertidos en la escuela: *sabe*
 « *el Maestro, no disonará al Teólogo*. Incurren por lo
 « común en este vicio tres géneros de gentes: los pre-
 « dicadores demasíadamente mozos, que aún están,
 « como dicen, con *el vade en la cinta*: los demasíada-
 « mente viejos, encarnecidos en las aulas y en las
 « universidades; y aquellos, así viejos como mozos,
 « que por su profesión ó instituto, no pueden lucir
 « con sus estudios escolásticos en teatros públicos,
 « destinados para eso, y escogen el púlpito para ha-
 « cer impertuna ostentación de ellos.

« También se llama *estilo escolástico* el de algunos
 « oradores, tan supersticiosamente aligados á las leyes
 « y reglas de la oratoria, que antes quebrarían los pre-
 « ceptos del decálogo, que faltar al mínimo cañón de
 « la retórica: esos tienen gran cuidado de que todo
 « el artificio se descubre de par en par: el exordio,
 « la proposición, la división, las pruebas, la exorna-
 « ción, el epílogo y el ir midiendo las figuras, como
 « con un compás, distribuyéndolas y repartiéndolas

« en sus cajoncillos y cuartos como tablero de damas.
 « No hay cosa más insufrible y más fastidiosa, que
 « una composicion tan arreglada, hasta el gesto y tono
 « de la voz, el movimiento del cuerpo y acciones de
 « las manos ponen el mayor cuidado de que salgan á
 « nivel. Con mucha gracia se reia de ellos Demóste-
 « nes, cuando decia, que no creia pendiese la fortu-
 « na de la gracia, de que la mano se moviese hácia
 « aquí ó hácia allá: *fortunam gratiæ ex eo non pen-
 « dere, an manum in hanc vel in illam partem infle-
 « xeris.* Este es aquel estilo, que por otro nombre se
 « llama *pedantesco.*

« SÉPTIMO VICIO: *Estilo poético:* dice Theofrasto,
 « y convienen todos en ello, que es sumamente nece-
 « sario al orador ejercitarse en la lectura de los me-
 « jores poetas, especialmente cómicos y trágicos, y
 « aún añade Halicarnaseo, que no puede ser perfecta
 « una oracion, sino es parecida á un poema.

« La verdadera inteligencia de esta regla, que tam-
 « bien la adoptan Ciceron y Quintiliano, es la que
 « dan estos mismos. Dice Ciceron, que el orador ha
 « de aprender á hablar, con número y medida; pero
 « no con aquella medida que hace el verso, porque
 « es el vicio de la oracion, *nam id quidem orationis
 « est vitium;* sino en aquella medida, que causa en
 « el oido aquella armonía llena y numerosa, siendo
 « constante que es numeroso todo lo que suena: por
 « eso dijo un discreto, que para hacer buena prosa,
 « era menester buena oreja.

« Quintiliano explica más la materia, y dice, que
 « el orador debe aprender del poeta la elevacion del
 « concepto, la viveza de la expresion, el imperio y

« la mocion de los afectos, la propiedad y el decoro
 « de las personas ; pero advierte, que no ha de pasar
 « de aquí, y que no debe imitar al poeta ni en la li-
 « cencia de las figuras ni en la forzosa medida de
 « los piés: *meminerit tamen non per omnia poetas*
 « *oratori esse sequendos, nec libertate verborum, nec*
 « *licentia figuræ, nec pedum necessitate.*

« Por no entender esta regla, ó por entenderla al
 « revés, han caido tantos historiadores y tantos ora-
 « dores en el intolerable vicio del estilo poético, to-
 « mando de los poetas lo que debian huir, y huyendo
 « lo que debian tomar: de la sublimidad del pensa-
 « miento, de la valentia y magestad de la expresion,
 « del divino fuego con que inflama los afectos, nada
 « absolutamente ; pero de sus entusiasmos, de sus
 « figuras arrebatadas, y de las medidas de sus piés,
 « absolutamente todo, sin faltarles más que las últi-
 « mas y las consonantes.

« ¿ Quién ha de tener paciencia para oír á un ora-
 « dor sagrado, que desde toda la magestad del púl-
 « cito pinta un leon de esta manera? *Mirad este co-*
 « *ronado mónstruo de la selva, dominante terror de la*
 « *campaña, atended como eriza la melena, como afile*
 « *el acero tajante de las uñas; como furioso acomete,*
 « *como estremecido ruge!* (*Da pedes, et fient carmina*).
 « No le faltan más que los piés para ser verso, pero
 « ni aún los piés le faltan por aquello de *coronado*
 « *mónstruo de la selva, dominante terror de la cam-*
 « *paña, atended como eriza la melena:* son piés ca-
 « bales de un verso heróico y lo otro de *como furioso*
 « *acomete como estremecido ruge,* son dos piés ajus-
 « tados de verso lírico.

« Amiano, Enodio y Sidonio Apolinar fueron los
 « que introdujeron esta peste, y con ello inficionaron
 « las cuatro partes del mundo: para decir Amiano,
 « que una injusta y cruel guerra abrasó toda la ciu-
 « dad, se explica con estas poéticas frases: *Cum pri-
 « mum (Aurora surgente) universa quæ videre pote-
 « ram armis coruscantibus stellabant, et ferreus equi-
 « tatus opplebat campos et colles; sæviens per urbem
 « æternam urebat cuntos Bellona ex primordiis mini-
 « mis ad clades ducta luctuosas.* ¶ Apénas la Aurora
 « habia dejado el lecho, y pudo descubrir con su luz lo
 « que pasaba, cuando ví que toda la campaña resplan-
 « decia con las armas centellantes, y que la caballería
 « cubierta de hierro acerado llenaba los campos y ca-
 « lles: Belona cruelmente enfurecida todo lo reducía á
 « pavesas en aquella ciudad interminable, pasando de
 « los menores daños á estragos tan lastimosos, que ojalá
 « los hubiera borrado de la memoria el silencio ó el
 « olvido.

« Pero esto no tiene comparacion con la pintura
 « que hace del suelo helado y resbaladizo en tiempo
 « de invierno. *Hieme vero humus crustata frigoribus,
 « et tamquàm levigata, ideoque labis in cænum præ-
 « cipitantes impellit, et patulce vales per cyducia plena
 « glacie perfidè devorant nonnunquam transeuntem.*
 « ¶ Encostrada en el invierno la tierra al rigor de
 « frios y escarchas, pasa de desigual y consistente á
 « lisa y resbaladiza, y así impele con violencia al
 « que quiera caminar con paso precipitado, de manera
 « que ofreciéndose á la vista los valles más espaciosos,
 « tal vez están tan llenos de perfidia como de hielo, y
 « se tragan al mismo caminante.

« No se traen más ejemplos del estilo poético, por-
 « que no hay cosa más de sobra en los libros, ni apé-
 « nas se oye otro en los pulpitos, con tanto dolor de
 « los celosos, como risa de los verdaderamente crí-
 « ticos.

« OCTAVO VICIO: *Estilo metafórico y alegórico:*
 « tiene mucho parentesco con el poético en lo hin-
 « chado de las frases, y solo se diferencia de él en que
 « huye de aquellas voces propias y naturales, que se
 « inventaron para la sencilla explicacion de las cosas,
 « y busca estudiosamente las que solamente significan
 « los conceptos, por alguna semejanza ó analogía. La
 « metáfora se puede ejecutar con una palabra sola,
 « como de un hombre, cuando se dice, que *es un*
 « *leon*, por ser fiero, ó de un empedernido, *que es*
 « *una piedra de mármol*. La alegoría se ha de seguir
 « ó continuar en una ó muchas cláusulas, sin per-
 « derla de vista, hasta que llegue á hacer completo y
 « perfecto sentido de la oracion, como cuando deci-
 « mos, *que embarcada la alma en la nave del cuerpo,*
 « *se hace á la vela por la mar de este mundo, y sur-*
 « *cando piélagos de miserias, entre borrascas de con-*
 « *tradicciones, escallos de fortunas peligrosas, y ba-*
 « *gios de adversidades, ya zozobra, ya naufraga,*
 « *hasta que soplando el aire favorable de la gracia,*
 « *llegue feliz al puerto de la salvacion*. No se puede
 « negar, que así la metáfora, como la alegoría usa-
 « das con oportunidad, dan mucha gala al estilo, le
 « ennoblecen y le elevan; ¿pero quién podrá tolerar
 « una oracion ó un libro entero escrito todo en este
 « estilo? Solo el gusto gótico, que estragó todas las
 « ciencias y las artes, pudo hallar gracia en esta

«frialdad, y solo aquellos que llamaban *el hierno de Ciceron* á la divina elocuencia de este hombre incomparable, podian reputar por oro su asquerosísima basura.

«¿Dónde hay cosa más ridícula, que la alegoría con que Enodio alaba la descripcion que hizo del mar un amigo suyo en cierta obra? *Dum salum quæris verbis compositis, et incerta liquentis elementi placida oratione describis; dum sermonum cimbam..... inter scopulos Rector diligens frenas, et curiosum artificem fabricatus... pelagus oculis meis, quod aquarum simulabas eloquiis, demonstras.....* Quiere decir: *Cuando intentas pintar al salobre charco con palabras escogidas á mano, como flores; cuando pretendes describir con placida oracion, así las inconstancias como los inquietos rumbos del líquido elemento; cuando gobiernas diestro piloto la navecilla de las voces entre los escollos de la facundia, y con mano maestra de artífice experto examinas, balanceas y equilibrias el cuerpo y el peso de las expresiones, no representaste á mis ojos el peligro de aguas, que disimulabas, sino el piélago de elocuencia, que no pretendias.*

«Solo puede competir con esta insulsez la carta que un cierto estudiante escribió á su padre para darle á entender lo mucho que habia aprovechado en la retórica; y sobre todo lo bien que sabia seguir una alegoría. La carta decia así:

«*Orígen y señor mio: Derivándose de V. como de su manantial inagotable este corto arroyuelo de mi vida, que serpentea líquido por estos dilatados campos de Villagarcia, es de mi obligacion poner en*

« noticia de V. como ya es muy delgado el hilo de su corriente, porque los rayos del sol, que nos abrazó en Carnestolendas, elevaron hacia arriba tantos vapores, que apenas le han dejado caudal para humecer la yerba. Por tanto si V. no quiere que el arroyuelo se seque, socórrale con raudales, ya sea por arcaduces de lino (las alforjas), ya por conductos de pieles embotadas (botas ó pellejos.) Amo señora subservidora (la madre que le dió la luz), que esta su menor antorcha se pone á la obediencia de sus rayos. De V. su fénix varon (era el único hijo con dos hermanas), el precursor sin hiel (llamábase Juan Palomo.) ¿Habria hombres en la naturaleza, que pudiesen con un libro en este estilo? ¿A los de Atlante, qué pudieron con el Cielo, no les brumaria una cosa tan pesada?»

Hasta aquí el papel de apuntamientos, con que tropezó Fray Gerundio, y lo leyó *de verbo ad verbum*, sin perder ni sílaba ni coma, y apenas acabó de leerle cuando se quedó suspenso por un rato; cerró los ojos, sentó el codo derecho sobre el brazo de la silla, teniendo en la izquierda el papel que habia leído. Estuvo un buen rato de tiempo pensativo, y al cabo levantóse con impetu de la silla; coge el papel entre las dos manos, y hácelo dos mil pedazos, arrójale con indignacion por la ventana, y dando dos pasos por la celda, acompañados de media docena de patadas, exclamó diciendo: *¡Válgate el diantre por el papel, y por el grandísimo impertinente que le fabricó, que me habeis revuelto los sesos! Es imposible que el autor no fuese el hombre más prolijo y el más indigesto, que ha nacido de madres. ¿Pues qué para*

hablar un hombre como Dios le ayuda, se han de menester tantas ceremonias? Y si este autorcillo envinagrado tiene por viciosos todos los estilos que acaba de nombrar; ¿dónde hallará uno que no sea pecador? Al magnífico le llama hinchado, al culto remedador ó caco, ¿qué sé yo? al figurado frio, al tierno florido y delicioso ó pueril, al vehemente parentirso ó paren diablo, al reglado escolástico; ¿pues en qué estilo hemos de hablar ó escribir? V. yace con cuatro mil pipas de den..... (y déjolo así porque era escrupuloso) que yo escribiré y hablaré en el que me diere la gana; pues el que he usado hasta de aquí ha merecido tantos aplausos, aténgome á él y no á lo que dice este apuntador descontentadizo y mal hablado.

Con efecto en un santiamen dispuso su sermon, sin apartarse un punto de su estilo estrambótico, ni desamparar sus queridas frases estrafalarias. Para fecundar la imaginacion ó la fantasía en ellos, leyó un par de sermones de su riquísimo tesoro el *Florilogio sacro*, y aún para mayor abundamiento volvió á recurrir cierto sermon impreso de otro autor, que le habian prestado en otra ocasion para que le leyese, y á él le cayó tan en gracia, pareciéndole un milagro de elocuencia, que no paró hasta que el dueño le hizo absoluta y entera donacion de él *inter vivos*, transfiriéndole su dominio, y omnimoda propiedad.

Intitulábase este sermon: *Triunfo amoroso, Sacro Himeneo, Epitalámio festivo, mirífico desposorio, que el Cordero Eucarístico celebró en su profesion solemne Sor, etc. compuesto por el reverendísimo P. Fr. etc.* El título solo de la pieza le contentó, y le arrebató las potencias y sentidos. Reparó que la dedicatoria

y aprobaciones ocupaban tanto como el sermón; porque en materia de hojas estaban tantas á tantas, y de contado esto le hizo formar un concepto superior al mérito de la obra; pues á cada palabra de ella correspondia otra en elogio suyo. Comenzó á leerla, y juzgó que no se habia engañado en su concepto; porque quedó como extático de admiracion y asombro, al encontrarse con las primeras cláusulas de la salutacion, que decian así ni más ni ménos.

«O el amor está de bodas, ó yo no entiendo de amor. ¡Qué invencion, qué sacro enigma, dulce divino Cupido, sol de justicia amoroso! ¡qué laberintos de luces disimula en gloria tanta este disfraz de misterios!» Es cierto que el estilo no le pareció tan elevado, como el del *Florilogio*; porque en realidad las voces son regulares, y de estas que se usan en tierra de cristianos; ¿pero qué importa, si envidió aquella perfecta cadencia de verso lírico? Es un dulcísimo encanto, sobre todo aquel arranque: *O el amor está de bodas, ó yo no entiendo de amor*, le parecia á nuestro sabatino, que no habia oro con que pagarle; y por lo ménos daria algo porque se le ofreciese alguna cosa parecida, para dar principio á su sermón. No dejó de ofrecérsele, que la tal entradilla ó *el amor está de bodas, ó yo no entiendo de amor*, parecia un poco más retozona, que lo que á religiosos conviene, y que acaso algun bufon del auditorio diria (allá para su colete); *Cuerno en el Fraile, ¿y qué respingon que sale?* Antes creo que nada ganara, si entendiese mucho su reverendísima en la materia. Digo, que todo esto le pasó por el pensamiento á nuestro Fray Gerundio, pero lo despreció con una

noble libertad de espíritu, por dos importantísimas razones. La primera, porque si los predicadores hubieran de hacer caso de truanes y bellacos, ahorcarían el oficio; pues apenas podrían decir cosa que no la torciesen y maliciasen. La segunda, porque si no disonó aquel arranque en un predicador de profesion mucha más austera y de hábito mucho más penitente que el suyo, con la circunstancia de estar cubierto de canas, y cargado de años y de empleos en la religion, mucho ménos disonaria en él por las razones contrarias.

Desembarazado tan felizmente de este reparillo, y persuadido que no era posible abrir el sermon con cláusula más curiosa, comenzó á batallar en su imaginacion con una multitud de cláusulas, que de tropel se le ofrecieron, todas parecidas á ella, sin saber cual habia de elegir, porque cada una le parecia mejor. Aseguró despues á un confidente, por cuya deposicion lo supimos (pues sin algo de esto, ó sin que lo dejase anotado en alguna parte; ¿cómo era posible que llegase la noticia hasta nosotros de lo que le habia pasado por el pensamiento?) aseguró (vuelvo á decir) á un confidente suyo, que entre las cláusulas semejantes á manera del *Epitalamio festivo*, que á borbotones se le vinieron al pensamiento, las que más le dieron que hacer, porque le agradaron más, fueron las siguientes.

O hay Sacramento en Campazas, ó no hay en la Iglesia fé: esta le pareció una invencion milagrosa, para captar desde luego una suspension extática. O Jesucristo está allí, ó yo no sé donde estoy. O aquel es cuerpo de Cristo, ó no hay en los naipes ley. Mucho

le agradó este principio, porque sobre ser el más popular de todos, aquello de cotejar la existencia de Cristo en el Sacramento con la ley de los naipes, se le figuró una valentía de ingenio jamás oída ni vista. En esta última razon, y como no fuese una blasfemia heretical, vamos claros, que era un pensamiento singularísimo. *O aquel no es vino ni pan, ó soy un borracho yo*: aún esta cláusula le agradaba más que todos, sino fuera por la palabra *borracho*, que le pareció demasiadamente llana; y aunque ya se le ofreció, que *ébrio y beodo* significaban lo mismo con alguna mayor decencia; pero siempre que no ajustaba también al pié del verso, creyó que en quitando la palabra *borracho*, se le quitaba á la cláusula la gracia.

Finalmente, todo bien considerado, se determinó á dar principio al sermon, con la cláusula primera: *O hay Sacramento en Campazas, ó no hay en la Iglesia fé*. Para tomar esta acertada determinacion, tuvo buenas y legítimas razones; pues sobre ser aquella cláusula, sin disputa alguna, la más suspensiva y la más enfática de todas, era también la más verdadera, siendo indubitable, que si en Campazas no habia Sacramento, supuesta la consagracion, tampoco le habia en la iglesia de San Pedro en Roma ni en ninguna de toda la cristiandad, y allá iba la fé por esos trigos de Dios: fuera de que esta cláusula le venia de perlas para el asunto que ya habia resuelto, conviene á saber, que Campazas era la patria nativa del Sacramento de la Eucaristía, lo que, á su modo de entender estaba suficientemente probado; porque llevando como llevaba la opinion (y es en la realidad

la más probable) de que el verdadero y legítimo nombre de Campazas en su primera institucion habia sido *Campazos*, esto es, *Campos espaciosos*, y *campos muy dilatados*, y consiguientemente, que el lugar de Campazas fué, digámoslo así, como el tronco, como el fundamental lugar y área de frugífera region de campos, á la cual dió curioso y oportuno nombre. Supuesto esto, todo esto desataria nuestro Fray Gerundio con tanta solidez como sutileza, de esta manera: «La materia remota del Sacramento de la Eucaristía, es el trigo: la nativa patria del trigo es campos; la casa solariega de campos es Campazas: luego Campazas es la patria y lugar del Santísimo Sacramento.»

Esta por lo que toca á la materia del Sacramento á la especie del pan; vamos en la misma materia en la especie del vino: *sic argumentor*: «El vino es materia remota del Sacramento de la Eucaristía; el vino nace en las viñas, las viñas en los campos, los campos en Campazas; *ergo*, para la exornacion, no me sobra otra cosa, que materiales tomados de la escuela de los expositores, de los padres, de los autores profanos, y si me resuelvo á valerme de la fábula, tambien de los mitólogos, todo cuanto se dice de los campos, y de todo lo que pertenece á ellos, como especialmente de trigos, viñas y vino, viene clavado á mi asunto. Pasan de ciento los textos de la Escritura que hablan de campos, y solo en leer á Gislerio en la exposicion de cualquiera capítulo de los cantares, encontraré un campo de autoridades para llenar el sermon de latin, todo perteneciente á viñas, trigos y campos, y para car-

«ger las márgenes de tantas citas, que apenas que-
 «pan en ellos, de manera que solo con verlas me
 «tenga por el hombre más lucido y más sabio que ha
 «nacido de mujeres. De autores profanos, no hay
 «más que abrir las Geórgicas de Virgilio, y algunas
 «de sus Eclogas, que en ellas hallaré versos á
 «pasto, y todos muy al intento, con que podré atur-
 «rullar á mi mismo preceptor el dómine Zancas Lar-
 «gas; y en fin, si quiero amenuzar la funcion con la
 «florida erudicion de las fábulas (que á esto todavía
 «no me he determinado), ahí están los prodigios
 «que se cuentan de Ceres, Flora, Annona, y por fin
 «y postre toda la cornucopia de la divina Almaltea;
 «pues todas estas deidades son de la jurisdicción y
 «departamento de la provincia de Campos, que me
 «darán barro á mano, para completar no solo la
 «amenidad de mi gran amigo Fray Blas, sino casi
 «casi para apostárselas al soberano autor del famoso
 «*Florilogo*.»

Ni más ni ménos como lo ideó Fray Gerundio, dis-
 puso su sermon, y estudiado que le hubo, y llegán-
 dose el dia de predicarle, montó en un macho de
 noria, tuerto y algo perezoso, que le envió su padre,
 y partió á Campos, donde sucedió lo que dirá el ca-
 pítulo siguiente.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

ÍNDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO.

LIBRO SEGUNDO.

	<u>Páginas.</u>
CAP. IV. De la burla que hizo el predicador mayor del razonamiento del ex-provincial, y de lo que pasó despues con Fray Gerundio.	5
CAP. V. De una conversacion muy provechosa, que un beneficiado del lugar tuvo con Fray Gerundio, si Fray Gerundio se hubiera sabido aprovecharse de ella.	23
CAP. VI. En que se parte el capítulo pasado, porque ha crecido más de lo que se pensó, y se dá cuenta de la conversación prometida.	38
CAP. VII. Cásase de hablar el beneficiado, saca la caja, toma un polvo, estornuda, suénase, límpiase y prosigue la conversacion.	56
CAP. VIII. Predica Fray Gerundio el primer sermón en el refectorio de su convento: encaja en él una graciosísima salutación y deja los estudios.	83
CAP. IX. De los varios pareceres que hubo en la comunidad, acerca de la salutación y talentos en nuestro Fray Gerundio, y de como prevaleció en fin el que era menester hacerle predicador.	400

7000 Dos TOMOS

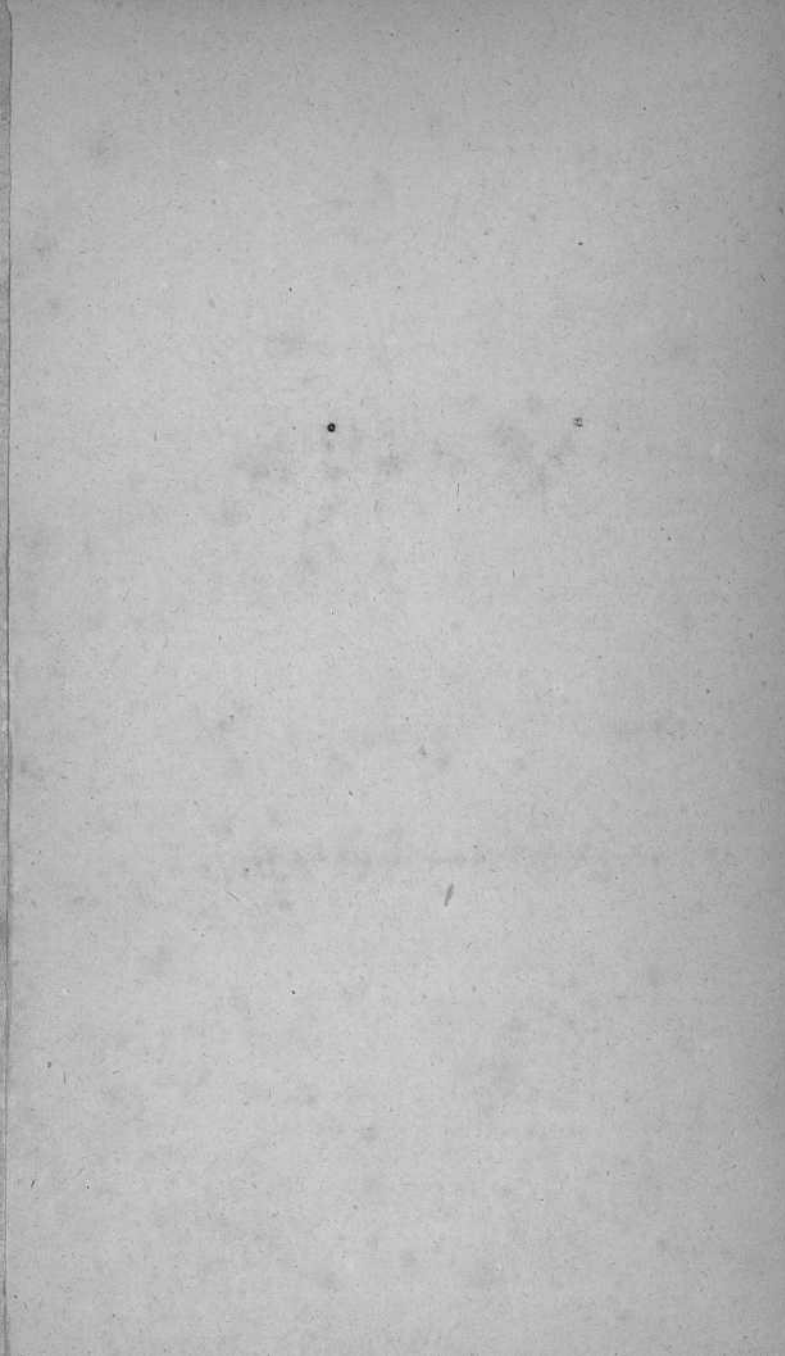
CAP. X.	En que se trata de lo que verá el curioso lector si lo leyere.	122
---------	--	-----

LIBRO TERCERO.

CAPÍTULO PRIMERO.	De un enredo de Barrabás, que hizo el mal dimoño para acabar de rematar á Fray Gerundio.. . . .	142
CAP. II.	Sálense á pasear Fray Blas y Fray Gerundio, y de las ridiculas reglas para predicar, que le dió aquel con todos sus cinco sentidos.	161
CAP. III.	Lee el maestro Prudencio el sermón de Santa Orosia, dá con esta ocasion admirables instrucciones á Fray Gerundio, pero se rompe inútilmente la cabeza.	179
CAP. IV.	Entra el granjero la cena, interrúmpese la conversacion, y se vuelve á continuar de sobremesa.	207
CAP. V.	Estrena Fray Gerundio el oficio de predicador sabatino con una plática de disciplinantes	222
CAP. VI.	Donde se refiere la variedad de los juicios humanos, y se confirma en el ejemplo de nuestro famoso predicador sabatino, que no hay fatuidad que no tenga sus protectores.	240

LIBRO CUARTO.

CAPÍTULO PRIMERO.	En donde se pondera lo que va saliendo y verá el curioso lector.	259
CAP. II.	Lee Fray Gerundio un papel acerca del estilo, y queda aturrullado.	273



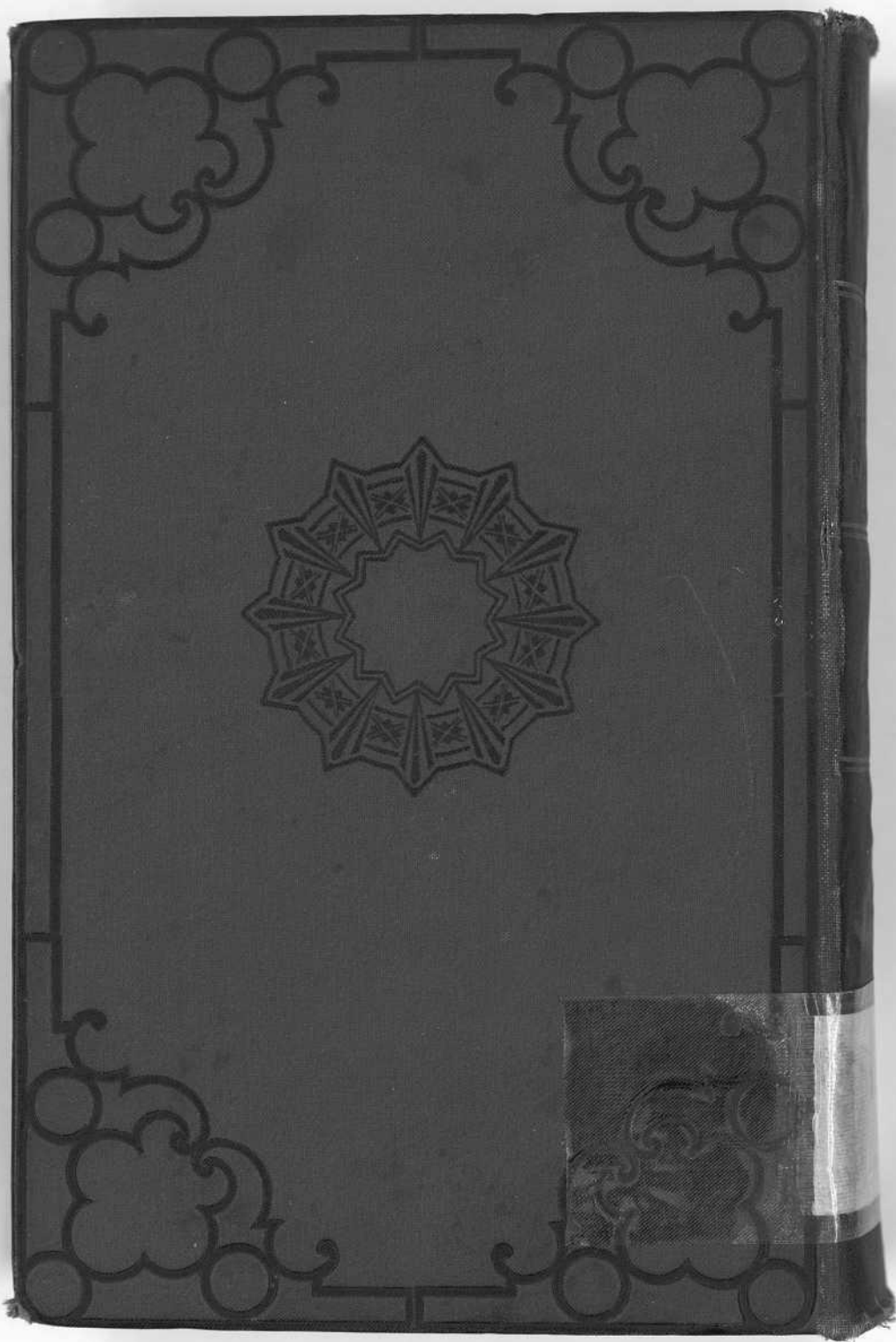


Librería A. BATLLE

COMPRA Y VENTA DE LIBROS

Paja, 23 - Tel. 301 58 84 - Barcelona-2





HISTORIA
DE FRAY GERONDIO
DE CAPAZAS

1539